Historia Augusta

Edición de

Vicente Picón y Antonio Cascón



AKAL/CLASICA

LA *Historia Augusta* es una colección de biografías imperiales que, con independencia de los múltiples problemas que suscita a los especialistas, entre los que hay que destacar especialmente aquellos que giran en torno a su fecha de composición y autoría, constituye una fuente muy importante de información para cualquier lector, no sólo respecto de las particularidades de cada una de las vidas de los emperadores, desde Adriano a Numeriano, sino también sobre infinidad de aspectos y detalles relativos a las concepciones políticas, sociales, religiosas, vigentes en Roma entre los siglos II y III d.C. Su lectura, sin duda, ha de resultar provechosa y atractiva a todos los que sientan curiosidad por conocer esta etapa importante de la Antigüedad.

Vicente Picón García es Profesor Titular de Filología Latina en la Universidad Autónoma de Madrid, donde se doctoró con la tesis «La sociedad romana a través de Suetonio», por la que obtuvo el premio extraordinario de doctorado en la sección de Filología Clásica. Ha publicado diversos trabajos de investigación sobre sintaxis, filología, estilística y, en el campo de la literatura latina, en el que ha centrado su atención especialmente, sobre historiografía y en particular sobre el género biográfico.

Antonio Cascón Dorado es Profesor Titular de Filología Latina en la Universidad Autónoma de Madrid, donde se doctoró con la tesis «El pensamiento de Fedro en la tradición fabulística greco-latina». Su actividad investigadora sobre la Literatura latina se ha centrado preferentemente en el campo de la fábula y la historiografía, fruto de la cual son los trabajos que ha publicado sobre distintos aspectos de estas materias.

ISBN: 84-7600-361-7

Maqueta R.A.G.

Vicente Picón García ha realizado el estudio de la *Introducción general* y la traducción de las vidas que van desde Adriano a Alejandro Severo (1 a 18) y desde Aureliano a Numeriano (26-30).
Antonio Cascón Dorado ha realizado la traducción de las vidas que van desde los dos Maximinos al Divino Claudio (19-25).
El índice de nombres, para el que cada traductor ha elaborado la parte correspondiente a las vidas por él traducidas, ha sido redactado conjuntamente por ambos.



Los Berrocales del Jarama
Aptdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
ISBN: 84-7600-361-7
Depósito legal: M. 42.852-1989
Impreso en Anzos, S. A. - Fuenlabrada (Madrid)

HISTORIA AUGUSTA

Edición de Vicente Picón y Antonio Cascón

Profesores titulares de Filología Latina
Universidad Autónoma de Madrid



AKAL



Indice

I. *Introducción*

II. *Vidas*

I. Introducción

La Historia Augusta es una obra de capital importancia para entender la historia de Roma de los siglos II al IV d. de C. Así se ha puesto de relieve por diversos filólogos, historiadores e incluso autores de obras de divulgación. Chastagnol, por ejemplo, en una ponencia del año 63 [1], en la que da un repaso a los aspectos más fundamentales de dicha obra, señala cómo su utilización es necesaria para la investigación de esa etapa del imperio y encabeza su trabajo con estas palabras de Marguerite Yourcenar: «No es posible a los historiadores modernos de la Antigüedad desconocer la Historia Augusta: los mismos que le niegan todo valor se ven obligados de buen o mal grado a servirse de ella. Dado que los documentos que nos quedan del siglo II y III son escasos y pobres, es en este texto inseguro, y que eminentes eruditos han podido suponer razonablemente que es una impostura casi total, donde a falta de otra cosa podemos encontrar un refrito de verdad.» [2]

Yourcenar deja entrever en ellas la utilidad de la Historia Augusta, pero, al mismo tiempo también, los problemas de base que la afectan.

En efecto, es problemática la fecha de composición y su autoría. Es problemática la restitución del texto en mu-

---

[1] M. A. Chastagnol, *L'Histoire Auguste*, Ass. Guillaume Budé, VII Congrès Aix-en Provence 1-6-1963, «Les Belles Lettres», París, 1964, p. 187.

[2] M. Yourcenar, *Sous bénéfice d'inventaire*, París, 1962, p. 9.

chos pasajes y la veracidad de los datos que transmite, ya que unas veces no están constatados, otras resultan simples inventos del autor, otras no son exactos, las fuentes a veces no son seguras, etc. Por todo ello, vamos a exponer brevemente los aspectos que consideramos más importantes y de mayor utilidad para la comprensión de la obra.

1. Título

El título que figura en el *Codex Palatinus Latinus 899*[3] es el siguiente: *Vitae diuersorum principum et tyrannorum a Diuo Hadriano usque ad Numerianum a diuersis compositae* «Vidas de diversos emperadores y pretendientes desde el Divino Adriano hasta Numeriano escritas por diversos autores», título que constata la pluralidad de autores. Sin embargo, desde el siglo XVI se la llama popularmente *Historia Augusta*, debido al título que propuso Isaac Casaubón en su edición de 1603, *Historiae Augustae scriptores sex*, y que extrajo por comparación del título que en la Vida de Tácito 10,3 se le atribuye a la obra del historiador Tácito, a quien se le presenta como antepasado de aquel emperador y a quien se le llama *scriptor historiae Augustae* con poca propiedad, como hizo ver Hohl[4]. Mommsen piensa que el título original sería *De uita Caesarum* o *Vitae Caesarum*, pero el que se ha impuesto definitivamente es el de Historia Augusta.

2. Fecha de composición

La fecha de composición ha sido objeto de grandes controversias y ha dado lugar a múltiples estudios de tal

[3] El mejor de todos los códices, según E. Hohl, *Scriptores Historiae Augustae*, Lipsiae, 1927, pp. 5-7. Adoptó esta misma postura en dos artículos anteriores en KLIO, 1913, pp. 258-288 y 387-423 y en uno posterior en BERLINER PHILOLOGISCHE WOCHENSCHRIFT, 48, 1928, pp. 1.115-1.118

[4] E. Hohl, *Scriptores*, I, p. 5, n. 1.

manera que se puede afirmar sin temor a equivocarse que todos los eruditos que se han dedicado al estudio de la obra han propuesto hipótesis nuevas respecto a las existentes hasta entonces o, si han aceptado las de alguno de sus predecesores, las han enriquecido con la aportación de nuevos argumentos. Para no perdernos en detalles sobre las distintas fechas propuestas, hasta el año 1963 aceptamos los tres períodos que en bloque distingue Chastagnol [5].

El primero se inicia con Dessau, quien en el año 1889, en un artículo que se hizo célebre [6], negó la datación tradicional que atribuía la composición de la Historia Augusta al período diocleciano-constantiniano (284-337) y propuso que había que retrasarla hasta los años 385-388, en época de Teodosio el Grande.

Dessau se apoyó en dos bloques de argumentos, unos que prueban la existencia de falsedades y otros que abogan por el retraso de fecha. Los primeros se basan en el estudio crítico de los pasajes dedicatorios y de los elogios a la familia Constantiniana, que revela la incompatibilidad de los pasajes entre sí y la discordancia con la época a la que pretenden pertenecer, lo que indicaría que la finalidad del autor era engañar. Los segundos los basa en la idea de que algunos pasajes de la Historia Augusta dependerían de autores de época post-constantiniana. En concreto, el de la Vida de Severo, 17,5 a 19,4 dependería de los *Caesares*, XX,1-30 de Aurelio Victor (editada hacia el 360/1) y el de la Vida de Marco, 16,3 a 18,2, que dependería del *Breuiarium historiae Romanae ab urbe condita*, VIII, 11-14 de Eutropio (editada hacia el 369/70). Algunos estudiosos aceptaron la tesis de Dessau, retrasando la fecha incluso hasta comienzos del siglo V como en el caso de Seeck [7], mientras otros, como Klebs, Peter,

---

[5] M. A. Chastagnol, *op. cit.*, pp. 191 y ss.

[6] H. Dessau, «Über Zeit und Personlichkeit der SHA», HERMES, 24, 1889, pp. 436-465.

[7] O. Seeck, «Studien zur Geschichte Diocletians und Constantins», en JARBÚCHER FÚR KLASSISCHE PHILOLOGIE, 26, 1890, pp. 609-639.

de Sanctis, Lecrivain y Homo seguían defendiendo la fecha tradicional. Mommsen [8] adoptó una postura intermedia proponiendo que se publicaría una primera edición hacia el año 330 y una reedición posterior en época de Teodosio (392-395).

El segundo período se inicia con Baynes [9]. También él piensa que la Historia Augusta constituye una falsedad, ahora bien, considera que no se puede resolver el problema de dicha falsedad sin explicar la razón por la que se falsificaba y sin identificar la persona en beneficio de la cual se realizaba la falsificación. En consecuencia, realizó en su estudio un detallado análisis de las tendencias que se daban en la obra concluyendo que las dos más importantes serían las siguientes: mostrar el antagonismo entre Constancio y Juliano y propagar las ideas políticas y religiosas preconizadas por Juliano el Apóstata. Por tanto, habría que anteponer la publicación de la obra a los años 361-363 del reinado de este emperador a quien se intentaría beneficiar con ella.

La hipótesis de Baynes tuvo éxito y la aceptaron buen número de estudiosos, aunque algunos siguieron suscribiendo la fecha tradicional, mientras que otros, como Alföldi, Norden y Kornemann se decidían por la época de Teodosio.

El tercer período se inicia con W. Hartke quien publicó en el año 1940 un minucioso estudio sobre el ambiente político, literario y filosófico que late en la Historia Augusta [10]. Considera que en ella se hace propaganda en pro de un usurpador de la época de Teodosio y de sus partidarios del estamento senatorial de opiniones paganas y que la finalidad no sería otra sino conseguir que el emperador perdonara a los insurrectos. Por tanto, para él,

---

[8] Th. Mommsen, «Die Scriptores Historiae Augustae», HERMES, 25, 1890, pp. 223-300.

[9] N. H. Baynes, *The Historia Augusta, its Date and Purpuse*, Oxford, 1926.

[10] W. Hartke, *Geschichte und Politik im spätantiken Rom*, Leipzig, 1940.

la obra habría sido escrita en el período que siguió a la usurpación de Eugenio, esto es, entre 394 y 398.

Su hipótesis tuvo éxito de forma que, tras la aparición de su estudio, según Chastagnol, se observa cierta tendencia a considerar el año 394 como fecha a partir de la cual (*terminus post quem*) habría que datar a la Historia Augusta [11]. No obstante, sigue habiendo autores que no aceptan esta datación como es el caso de Stern [12].

Stern parte de la tesis de Dessau considerando que los pasajes donde el autor/autores pretenden dirigirse a un emperador reinante (Diocleciano, Constantino, Constancio Cloro, etc.) serían escritos falsos para inducir a error.

A este supuesto habría que añadir el hecho de que a lo largo de la Historia Augusta se contiene un auténtico panegírico que caracteriza a la familia Constantiniana (desde Claudio a Constantino), luego para él es lógico que la obra se haya escrito bajo el reinado de los miembros de esta familia, y, consiguientemente, habría que fecharla antes de la desaparición de esta dinastía, es decir, entre el año 337 (muerte de Constantino) y el 361 (acceso al trono de Juliano). Ahora bien, para Stern ésta última fecha es descartable, pues piensa, en contra de la opinión de Baynes, que la obra no parece un escrito de propaganda en favor de Juliano [13].

Efectivamente, tras analizar un buen número de contradicciones y falsedades que contiene la obra [14], deduce que su sentido e intencionalidad radicaría en el deseo de extraviar al lector sobre la fecha de redacción y orientar el contenido en determinada dirección. Esta, según él, es

[11] Chastagnol acepta también el año 398 como término *ante quem* propuesto por Hartke, no así otros estudiosos que la fechan en épocas más tardías, como Straub, Mazzarino, Bursian y Cracco Ruggini, Chastagnol, *op. cit.*, p. 193. También A. Belleza, *La problematica sull' Historia Augusta*, MAIA, 1967, pp. 185-189.

[12] H. Stern, *Date et destinataire de l'Histoire Auguste*, París, 1953.

[13] Por otra parte, Stern niega la dependencia de la Historia Augusta de Aurelio Víctor y, por tanto, que el termino *a quo* sea el año 361, cfr., *op. cit.*, pp. 18 y ss.

[14] H. Stern, *op. cit.*, pp. 28 y ss.

muy clara en los pasajes dedicatorios [15]: todos ellos convergen en la exaltación de uno de los miembros de esta familia, Constancio II, y en la aceptación de su política aristocrática senatorial romana contra Magencio [16].

El autor o autores de la Historia Augusta serían, pues, escritores contemporáneos de Constancio II que habrían conocido perfectamente sus ideas políticas y dinásticas y que intentarían con su escrito propagandístico ganarse el favor del soberano.

Stern avala y perfila esta conclusión con otros argumentos complementarios basados en la comparación de la Historia Augusta con los *Annales Caesarum* del 354, en el análisis del ideal del buen príncipe y en el de las tendencias sociopolíticas y religiosas [17]. Todo ello le induce a fechar la obra concretamente entre la derrota de Magencio en Mursa en el 28 de julio del año 351 y el 354.

Pero, aunque la argumentación de Stern es brillante y parece coherente, no tuvo éxito, ni tampoco se aceptaron las hipótesis de los que hasta el año 1963 propusieron fechas similares. Antes al contrario, se han ido imponiendo las hipótesis de los que defienden una datación tardía, como se demuestra en distintos artículos de los *colloquia* de Bonn posteriores a ese año en los que los estudiosos de la Historia Augusta han insistido sobre la problemática de su datación y de sus tendencias [18]. En ellos se advierte cierta unanimidad (aparte de en otros puntos) en que la composición de la obra es de época postconstantiniana, en que el autor o los autores han utilizado directamente escritores del siglo IV como Eutropio, Aurelio Victor y Amiano Marcelino, en que hay reminiscencias del medio cristiano y en que, por tanto, no es anterior a

---

[15] *Ibid.*, c. IV.

[16] *Ibid.*, p. 50, donde Stern anota el detalle importante sobre la exaltación de Constancio, pues se le presenta como a un descendiente de la estirpe troyana.

[17] *Ibid.*, pp. 52-96.

[18] Cf. A. Chastagnol, *Recherches sur l'Histoire Auguste*, Bonn, 1970, en especial, el primer capítulo titulado «Les recherches sur l'Histoire Auguste de 1963 a 1969» y Th. Liebmann-Frankfort, «Quelques études récentes sur l'Histoire Auguste», *AC*, 38, 1969, pp. 507-514.

fines del siglo IV. Ahora bien, la datación concreta que se propone oscila en un arco de 50 años al menos: Chastagnol [19], Schwartz [20] y Syme [21] la fechan hacia el año 395 con la muerte de Teodosio, mientras que otros la sitúan en el siglo V: Alföldi [22] después del 405, Straub [23] hacia el 420 y Kohns [24], incluso en el 440.

A parte de estos intentos de datación de la obra en con-

---

[19] A. Chastagnol, «Zosime II, 38 et l'Histoire Auguste», BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, Bonn, 1964-65, pp. 43-78.

[20] J. Schwarts, «Sur le date dell' Histoire Auguste», BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, Bonn, 1966-67, pp. 91-99.

[21] R. Syme, «The bogus Names in the Historia Augusta», BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, Bonn, 1964-65, pp. 257-272. Cf. también *Emperors and biography. Studies in the Historia Augusta*, Oxford, 1971, el capítulo primero, pp. 1-16. Syme concluye así: «The present inquiry, based on the bogus names, permits and perhaps encourages a dating in the vicinity of the year 400. That concorde with other types of evidence, many and varied.»

[22] G. Alföldi, «Barbareneinfälle und religiöse Krisen in Italien», BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, Bonn, 1964-65, pp. 1-19. Basa su argumentación en la interpretación de la vida de Aureliano, 18,2-21,4. Según él la narración de la incursión de los bárbaros en Italia en el 270-271 y de la consulta a los libros sibilinos sería una transposición del autor de la Historia Augusta de la invasión de la península por los bárbaros del Danubio y de la orden de Estilicón de destruir los libros sibilinos. Con ello el autor pretendería mostrar el sacrilegio cometido por un emperador cristiano indicando que fueron los dioses paganos quienes, bajo Aureliano, libraron a Roma de los bárbaros.

[23] J. Straub, *Heidnische Geschichtsapologetik in der chistlichen Spätantike. Untersuchungen über Zeit und Tendenz der Historia Augusta*, 1963, donde planteó los tres principales problemas de la Historia Augusta: el de la autoría y los de la fecha y finalidad de la obra, relacionando estos dos últimos entre sí y tratando de penetrar en el contexto político, social, religioso y cultural que la envuelve. En los capítulos IV y V de la segunda parte revela el carácter apologético de la Historia Augusta concluyendo (pp. 183-193) que ésta constituye una especie de *Historia aduersus christianos* y que no se excluye que se habría compuesto como una especie de réplica a la *Historia aduersus paganos* compuesta por Orosio a instigación de S. Agustín. Cf. la jugosa reseña de G. Sanders en *AC*, 35, 1966, pp. 585-593.

[24] Para quien las medidas tarifarias de Alejandro Severo se identificarían con los *statuta pretia* fijados por Valentiniano en el año 440 (Nov. *Val.*, 5), cf. BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, 1964/65, Bonn, 1966, pp. 99-126.

junto, se han hecho también numerosísimos estudios parciales para determinar la fecha en la que escribiría e incluso viviría cada historiador, suponiendo la diversidad de autoría, y también la fecha concreta en que serían redactadas las distintas vidas. Unos ejemplos.

Peter, ya en 1860, dedicó el capítulo primero de su *Commentatio philologica* a este aspecto titulándolo: *De tempore quo conscriptae esse uidentur singulae scriptorum historiae Augustae uitae*. Sus conclusiones fueron estas [25]:

años 292-305	Esparciano escribe las vidas de Adriano *, la de Elio, Didio, Severo y Nigro.
	Vulcacio Galicano la de Avidio.
	Capitolino las de Antonino Pío *, Marco Antonino el filósofo, Vero y Macrino.
años 303-305	Trebelio Polión escribe las vidas de los dos Valerianos, de los dos Galienos, de los treinta tiranos y de Claudio.
año 305	Vopisco escribe las vidas de Aureliano, poco después la de Tácito.
año 302	Vopisco escribe la de Probo.
año 315	o poco después, Vopisco escribe las de Firmo, Saturnino, Próculo, Bonoso, Caro, Carino y Numeriano.
año 324	o poco después, Lampridio escribe las de Cómodo *, Diadumeno *, Heliogábalo y Alejandro. Capitolino escribe las de Clodio Albino, los dos Maximinos, los tres Gordianos y Maximino y Balbino *. Esparciano escribe las de Geta y Caracalla *.

Straub ha defendido que la vida de los treinta tiranos sería posterior al año 404, fecha de la datación de la car-

[25] H. Peter, *Historia critica scriptorum Historiae Augustae*, Lipsiae, 1860, p. 718. Las fechas de las vidas notadas con asterisco son dudosas.

ta 108 de S. Jerónimo, pues hay una relación de dependencia entre la noble Calpurnia a la que se alude en *30 Tiranos*, 32,5 ss. y la Paula de S. Jerónimo [26].

Chastagnol fija determinadas fechas de la cronología interna de la Historia Augusta, deduciéndolas del análisis de 25 pasajes de Claudiano que delantan distintas relaciones existentes entre ellos y aquélla. Según él, la lectura y utilización de Claudiano por la Historia Augusta se habría dado en un estado muy avanzado de la redacción de ésta, siendo las siguientes las fechas de datación de determinadas vidas: la de Heliogábalo y Probo datan del año 398; las de Alejandro Severo y las de los Gordianos datan de finales de 398 y comienzos del 339, igual que las de los 4 Tiranos, y la Vida de Caro y de sus hijos cerraría la obra en el primer trimestre del 399 [27].

Birley fecha la vida de Aureliano entre el año 305-6 basando su argumentación en la conversación que, según el prefacio de dicha vida, Vopisco mantuvo con Junio Tiberino el día 25 de marzo en que se celebraban las fiestas en honor de Cibeles [28].

Romano, tomando como base de su argumentación el consulado de Furio Plácido, ha llegado incluso a fijar determinadas etapas biográficas de Vopisco. Así, piensa que su nacimiento tuvo lugar alrededor del año 280 y que llegó a Roma hacia el año 300. Entre el 304 y 306 escribiría la Vida de Aureliano; entre el 306 y 313 escribiría las otras y publicaría el *corpus* hacia el 344 [29].

---

[26] J. Straub, «Calpurnia Univiria», BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, 1966/67, Bonn, 1968, pp. 101-118.

[27] A. Chastagnol, *«Le poète Claudien et l'Histoire Auguste»*, HISTORIA, 19, 1970, pp. 444-463.

[28] A. R. Birley, *The Augustan History*, en *Latin biography*, ed. por A. Dorey, New York, (sin fecha) pp. 113-138.

[29] D. Romano, *Il consulato de Furio Placido e la cronologia de Vopisco,* AAPAL, 36, 1976-1977, pp. 241-249.

3. Autoría

El problema de la autoría se plantea así: ¿se debe la obra a una sola persona o a varias que trabajaban en equipo, o se trata de seis nombres ficticios que solaparían el autor único de ella?

La tradición de los manuscritos atribuye seis autores a la obra con sus nombres propios y a cada uno de ellos se les imputan distintas vidas que en su mayor parte contienen dedicatorias específicas por las que los filólogos se orientan como base argumental para la datación. Véanse estos extremos en el cuadro adjunto (págs. 18-19).

Como se advierte fácilmente, a Diocleciano se le dirigen siete vidas, dos más que a Constantino. Esparciano le dirige tres: las de Elio (c. 1), Severo (c. 20) y Pescenio Nigro (c. 9). Julio Capitolino le dirige tres: las de Marco Antonio (c. 19), Vero (c. 11) y Opilio Macrino (c. 15). Vulcacio Galicano, la de Avidio Casio (c. 3), que fue la única que compuso.

A Constancio se le dirigen seis vidas. Julio Capitolino le dirige tres: las de Clodio Albino (c. 4), la de los dos Maximinos (c. 1) y la de los tres Gordianos (c. 1 y 34). Esparciano, una: la de Antonino Geta (c. 1) y Elio Lampridio, dos: la de Heliogábalo (c. 2 y 34) y la de Alejandro Severo (c. 65 y 67).

Trebelio Polión y Flavio Vopisco, que son los últimos autores de la lista, dirigen sus dedicatorias a distintos amigos en las nueve vidas que compusieron, cuatro aquél, a saber, las de los dos Valerianos, de los dos Galienos, de los treinta Tiranos y del Divino Claudio, y cinco Vopisco: las del Divino Aureliano, Tácito y Probo y las conjuntas de Firmo, Saturnino, Próculo, Bonoso y de Caro, Carino y Numeriano.

No contienen dedicatoria alguna las de Antonino Pío, Cómodo Antonino, Helvio Pértinax, Didio Juliano, Antonino Caracalla, Antonino Diadumeno y Máximo y Balbino.

El autor más productivo, supuesta la diversidad de autoría, es Julio Capitolino que compuso 9 vidas. Le siguen Elio Esparciano con 7, Flavio Vopisco con 5, Elio Lampridio y Trebelio Polión con 4 cada uno y Vulcacio Galicano con 1. La producción, según se ve, no observa ninguna proporcionalidad, lo que no tiene nada de extraño, ya que los proyectos de cada autor así como su carácter son distintos, como se desprende de varios pasajes de las biografías [30]. Vopisco se dirige más directamente a sus lectores, habla de sus intenciones y expone diversos puntos de vista sobre diversos aspectos. Esparciano, Capitolino y Vulcacio Galicano anuncian también sus propósitos, mientras que Lampridio se muestra más reservado [31].

Hasta aquí hemos hablado de diversos autores. Ahora bien, hay que tener en cuenta que desde que Dessau observó que en cada una de las vidas se daban «las mismas tendencias extravagantes, los mismos giros extraños, las mismas manías y el mismo amor a las falsedades», se ha ido imponiendo la hipótesis del autor único en numerosísimos estudios que han ido apareciendo en este sentido [32]. Los argumentos en pro de esta hipótesis se basan fundamentalmente en la homogeneidad de tendencias de todo tipo que se dan en ellas tanto de carácter ideológico como de carácter lingüístico. Pero, para estas últimas, dicha homogeneidad se ha tratado de constatar sobre todo con criterios filológicos, que se prestan más a la cuantificación y a la constatación estadística, puesto que las tendencias de carácter ideológico, las político-sociales, religiosas, etc., son más susceptibles de subjetividad.

Así, por ejemplo, Zernial [33] ha estudiado las cláusulas llegando a la conclusión del autor único, pues, según él, se repiten éstas con las mismas características en todas las vidas y en los documentos que se insertan en ellas. Lo mismo ocurre con las aliteraciones, las asonancias y otros

---

[30] A. R. Birley, *op. cit.*, pp. 117-118.
[31] *Ibid.*, p. 118, cf. *Heliogábalo*, 35, 1-7.
[32] Cf. M. A. Chastagnol, *L'Histoire Auguste*, pp. 210-211.
[33] H. L. Zernial, *Uber den Satzschluss in der H.A.*, Berlín, 1956.

VIDAS	Elio Esparciano	Julio Capitolino	Vulcacio Galicano	Elio Lampridio	Trebelio Polión	Flavio Vopisco	Dedicación	Dioclesiano Constantino Amigos	
Adriano	×						—		
Elio	×							×	
Antonino Pío		×					—		
Marco Antonino		×						×	
Vero		×						×	
Avidio Casio			×					×	
Cómodo Antonino				×			—		
Helvio Pértinax		×					—		
Didio Juliano	×							×	
Severo	×							×	
Pescenio Nigro	×							×	
Clodio Albino		×							×
Antonino Caracalla	×						—		
Antonino Geta	×								×
Opilio Macrino								×	
Antonino Diadumeno				×			—		
Antonino Heliogábalo				×					×
Alejandro Severo				×					×

VIDAS	Elio Esparciano	Julio Capitolino	Vulcacio Galicano	Elio Lampridio	Trebelio Polión	Flavio Vopisco	Dedicación	Dioclesiano Constantino Amigos
Los 2 Maximinos		×						×
Los Gordianos		×						×
Máximo y Balbino		×					–	
Los 2 Valerianos					×			×
Los 2 Galienos					×			×
Los 30 Usurpadores					×			×
El Divino Claudio					×			×
El Divino Aureliano						×		×
Tácito						×		×
Probo						×		×
Firmo, Saturnino Próculo y Bonoso						×		×
Caro, Carino y Numeriano						×		×

fenómenos estilísticos. Todo ello abogaría además en favor de la hipótesis de la falsificación intencionada del autor, dado que se observan las mismas tendencias entre los documentos y las vidas, siendo así que aquéllos no tenían porque coincidir con éstas, si provenían de distinta mano. Szelest [34] y otros [35] llegan a la misma conclusión fijándose en la unidad lingüística y de composición de las distintas biografías, por lo que se considera legítimo estudiar todas ellas en conjunto como formando una unidad [36].

4. Contenido

Como ya apuntamos, la importancia de la Historia Augusta reside en el caudal de datos que contiene, que la convierten en una fuente básica para el conocimiento de una etapa del imperio que no es pródiga en ellos. De ahí que se hayan apoyado en ella los más famosos tratados históricos que se han escrito desde el siglo XVIII, como los de Vossius, Tillemont y Gibbon, aunque a veces la han utilizado sin las suficientes reservas críticas como hace notar Birley [37].

---

34 Cf. Meander, 16, 1961, pp. 535-544, donde estudia las introducciones, dedicatorias y epílogos llegando a la conclusión de un autor único. Otro tanto ocurre con las digresiones. Szelest constata cómo éstas tratan temas no conservados en la literatura latina antigua y en todas las vidas en que se dan el estilo es el mismo, cf. «Les digressions chez les auteurs de l'Histoire Auguste», EOS, 58, 1969-70, pp. 115-123.

35 G. Carlozzo deduce el autor único del conjunto de concordancias que se dan en las vidas en el modo de introducir las citas, los discursos, la narración de oráculos, etc., cf. «Su alcuni procedimenti de compozione nella H.A.», PAN, 5, 1977, pp. 53-57. S. N. Adams concluye lo mismo del análisis de la sutil distinción que se mantiene en todas las vidas entre *interficio/occido*, cf. «The autorship of the Historia Augusta», CA, 22, 1972, pp. 186-194, y del estudio de pares de sinónimos, cf. «The linguistic unity of the Historia Augusta», ANTICHTHON, 11, 1977, pp. 93-102. Véase también en igual dirección, J. Beranger, «Observations sur les clausules dans l'Histoire Auguste», BONNER HISTORIA AUGUSTA-COLLOQUIUM, 1979/81, Bonn, 1982, pp. 43-66. I. Marriot, «The authorship of the Historia Augusta. Two computer studies», JRS, 69, 1979, 65-77.

36 Cf. Birley, *op. cit.*, p. 127.

37 *Ibid.*, pp. 114 y ss.

Para el siglo II y el primer cuarto del siglo III tenemos a Dión Casio, pero nos falta la narración del reinado de Antonino Pío desde el año 138 al 161 [38].

Para el período comprendido entre el año 180 en que murió Marco Aurelio hasta la proclamación de Gordiano III a primeros de julio del 238 contamos con la *Historia del Imperio Romano* de Herodiano [39].

Para el resto del siglo III hasta el 285 y para las partes no cubiertas por Herodiano y Dión Casio, quedan breves crónicas, como la de Aurelio Víctor, que escribió un sumario histórico de los Césares desde Augusto hasta el 360/1 titulado *Epitome de Caesaribus* y otras fuentes literarias, como Aulo Gelio, Frontón, etc., jurídicas o de autores cristianos.

La Historia Augusta relata el período comprendido entre el año 117 (Adriano) hasta el 285 d. C. (Carino, pero falta la etapa transcurrida entre Gordiano y Valeriano con los siguientes reinados:

Filipo el Arabe	244-249
Filipo hijo	247-249
Decio	IX-249-V-251
Decio hijo	250?-V-251
Hostiliano	verano-otoño de 251?
Galo	¿VI?-251-X-253
Volusiano	XI-251-X-253
Emiliano	VI-IX-253

Véase a continuación, salvo esta laguna, la distribución de las distintas biografías que contiene la Historia Augusta con las fechas respectivas de los biografiados, se-

---

[38] A través de la reelaboración que en el siglo XI hizo Juan Xifilino de los libros 36-80 quien ya encontró, según sus propias indicaciones (70,2) una laguna en Antonino Pío y los comienzos de Aureliano. Juan Zonarias en el siglo XII hizo otro extracto de los libros 1-21 y 44-80.

[39] J. J. Torres, *Historia del Imperio Romano*, Madrid, 1985, pp. 34 y ss. Es a partir de la fecha en que falta Herodiano cuando se revela la importancia de la Historia Augusta.

gún los períodos que se suelen distinguir en esta etapa imperial:

Siglo II

I. *Dinastía Antonina* Adriano a Cómodo (117-192):

Adriano	117-138
Elio	(Adoptado 136-muere en 138)
Antonino Pío	138-161
Marco Antonino	161-180
Lucio Vero	161-169 (asociado al poder con Marco)
Avidio Casio	175 (primavera: auto-proclamado emperador)
Cómodo	180-192

Siglo III

II. *Los Severos* de Pértinax a Alejandro Severo (193-235):

Pértinax	193 (1-I al 28-III)
Didio Juliano	193 (60 días)
Septimio Severo	193-211 (aclamado emperador el 9 abril)
Pescenio Nigro	193 (primavera, proclamado emperador)
Clodio Albino	193-195 (nombrado César por Severo)
Antonino Geta	211-212
Antonino Caracalla	212-217
Opilio Macrino	217-218
Antonino Diadumeno	218 (¿primavera? co-emperador con Macrino)
Heliogábalo	218-222
Alejandro Severo	222-235

III. *Anarquía militar* de Maximino a Galieno (235-268):

2 Maximinos	235-238
Máximo y Balbino	238
3 Gordianos	238-244
...laguna	...
2 Valerianos	253-260
2 Galienos	260-268
30 Usurpadores	(¿?)

IV. *Emperadores ilirios* de Claudio el Gótico a Diocleciano (268-285):

Claudio el Gótico	268-270
Aureliano	270-275
Tácito y Floriano	275-276
Probo	276-282
Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso	(Usurpadores)
Caro, Carino y Numeriano	282-285

La materia está distribuida en 30 biografías que no guardan uniformidad alguna, puesto que unas narran la vida de un solo personaje, otros incluyen la de dos o más; unas contienen el relato de la vida de los emperadores reinantes (*Augusti*), otras relatan las de los presuntos herederos (*Caesares*) y otras incluso las de los aspirantes al trono (*Tyranni*).

Mommsen distinguió dos tipos entre todas estas biografías. Llamó *Vitae maiores* a las dedicadas a los emperadores y *Vitae minores* las que narran las vidas de los Césares, emperadores *iuniores*, usurpadores y pretendientes, como Elio, Vero, Casio, Pescenio Nigro, Albino, Geta y Diadumeno [40].

[40] Cf. Mommsen, *op. cit.*, p. 246. Belleza (*op. cit.*, p. 17) las llama vidas «principales» y «secundarias».

La característica más acusada de estas vidas *minores* es que en ellas se multiplican los datos documentales, tal vez para compensar con ello la falta de documentación que existía sobre los personajes en cuestión, como lo reconoce Esparciano en la Vida de Pescenio Nigro con estas palabras: «Es raro y difícil que los escritores relaten correctamente las biografías de aquellos hombres a los que la victoria sobre sus enemigos les convirtió en usurpadores y, por esta razón, es difícil encontrar en actas o crónicas la totalidad de los datos concernientes a ellos; en primer lugar, las cosas que suponían un honor para ellos son deformadas por los historiadores; después, otros datos son eliminados de éstos y, finalmente, la preocupación que se adopta en investigar su vida y su conducta es mínima, ya que se piensa que basta con relatar su osadía, la batalla en la que fueron derrotados y la pena que sufrieron.» [41] Por ello tal vez también los autores de estas vidas repiten igual o con leves variaciones muchas de las noticias relatadas ya sobre los emperadores en las vidas *maiores* [42].

A parte de esta distinción de Mommsen aceptada en general, se han hecho otras teniendo en cuenta otros puntos de vista. Así D. den Hengst [43] del estudio de los prefacios deduce tres series bien diferenciadas: la primera consta de una secuencia de Augustos del 117 al 217 más próxima al modelo suetoniano, sin prefacios y con dos invocaciones a Diocleciano, sin duda de época posterior. La segunda, a parte de las vidas de Macrino, Heliogábalo, Severo Alejandro, los dos Maximinos, los dos Gordianos y Máximo y Balbino, añade volviendo atrás las de los príncipes asociados Elio, Vero, Geta, Diadumeno y las de los usurpadores Avidio Casio, Pescenio Nigro y Clodio Albino. Se caracteriza esta serie porque apostrofa en forma de dedicación, de epílogo o de transición en el inte-

---

41 Esparciano, *Pescenio Nigro*, I,1.

42 Nosotros hemos reflejado esta característica en nuestra traducción anotando algunos de los pasajes paralelos en las primeras vidas menores.

43 D. den Hengst, *The Prefaces in the Historia Augusta*, Amsterdam, 1981.

rior, a Diocleciano (cfr. vida de Macrino, Elio, Vero; Avidio Casio, Pescenio Nigro) o a Constancio. La tercera serie reemplaza los apóstrofes a emperadores por los de los amigos y da a los prólogos un carácter panegírico y reflexivo en torno al pasado de Roma o sobre el modo de biografiar del autor.

5. Plan y estructura de las vidas

El plan seguido por el autor o autores de la Historia Augusta se acerca en ocasiones al de Suetonio que narraba los acontecimientos *per species*, es decir, concentrado los acontecimientos en «tipos» o «categorías», no de acuerdo con el estricto orden cronológico (*per tempora*) en el que se habían realizado con estos pasos fundamentales [44]:

— Nacimiento: fecha y lugar.
— Familia y antepasados.
— Niñez y adolescencia: estudios y preparación para la vida pública.
— Reinado: esplendor y declive.
— Muerte (anticipando o siguiendo prodigios, fisiognomía).
— Honores o *damnatio memoriae*.
— Como ejemplo de acercamiento a este modelo puede servir el siguiente esquema de la vida de Antonino Pío, que es uno de los más sencillos y transparentes [45]:

---

[44] Para el método suetoniano, cf. Funaioli, RE, IV, A, 1931, p. 631; *Ibid.*, «I Cesari di Svetonio», *Miscelanea per F. Ramorino*, Milán, 1927. E. Cicek, *Structures et idéologie dans les «Vies des douze Césars» de Suetone*, París, 1977. W. Steidle, *Sueton und die antike Biographie*, Münich, 1963. Sobre la influencia de Suetonio en la Historia Augusta, cf. M. G. Bertinelli, «I dodici Cesari nell'Historia Augusta», en STUD. DI STOR. ANT. IN MEMORIAM DI LUCA DE REGIBUS, Genova, 1969, pp. 145-146. H. W. Bird, «Suetonian influence in the later lives of the Historia Augusta», HERMES, 99, 1971, pp. 125-134. G. Townend, *Suetonius and his influence* en *Latin Biography*, pp. 76 y ss.

[45] Cf. Magie, *op. cit.*, p. 16. H. Peter, *op. cit.*, p. 32. Leo, *Die Griechische-Römische Biography*, Leipzig, 1911, pp. 273 y ss.

I (c. 1, 1-7):	Antepasados.
II (c. 1,8 a 5,2):	Vida hasta el acceso al trono.
III (c. 5,3 a 12,3):	Política y acontecimientos del reinado.
IV (c. 1,5 a 12,3):	Rasgos personales.
V (c. 12, 4-9):	Muerte.
VI (c. 13, 1-2):	Estatura.
VII (c. 13, 3-4):	Honores *post mortem.*

Ahora bien, la Historia Augusta no sigue siempre este esquema, sino que lo varía con gran flexibilidad [46] y no se acerca estrictamente al plan suetoniano ni siquiera en aquellas vidas en las que reconoce que tiene a Suetonio por modelo, sino que desvirtúa el código biográfico propuesto por él. Una veces lo restringe eliminando determinadas *species*. Otras, las más, lo amplía introduciendo aquí y allá excrecencias ajenas al género biográfico o trastoca y mezcla las rúbricas. Así, Capitolino dice en las vidas de Máximo y Balbino (c. 4) que seguirá a Suetonio exponiendo, antes de narrar las *res gestae*, la *species de moribus atque genere*, es decir, la rúbrica sobre sus costumbres y su linaje, y que adoptará la «brevedad» del estilo suetoniano. Pero basta comparar los capítulos 5, 6 y 7 para ver las distancias entre ambos. Capitolino engloba en ella distintas rúbricas e invierte el orden. Trata no sólo los *mores* y el *genus,* sino también los cargos ostentados. Además ya había anticipado en los capítulos I y II el carácter de los dos emperadores y había expuesto su nombramiento transcribiendo discursos y adoptando una narración casi novelesca. Dentro de la narración de las *res gestae* (8-14), son evidentemente ajenos a la biografía la exposición de las diversas teorías sobre el origen de los *munera* o la época de su celebración (8), o el relato de las características y del origen de la *hecatombe* (c. 11). Digresiones eruditas, como éstas y otras de carácter filosófico, religioso, etc., se desparraman con frecuencia en la

[46] J. M. André y A. Hus, *La Historia en Roma*, 1975, pp. 179-180.

Historia Augusta. Pero es sobre todo en los últimos capítulos donde Capitolino se aparta más de Suetonio enredándose de nuevo en discusiones sobre el carácter y la formación de ambos emperadores y, especialmente, sobre la identificación o no de Máximo y Pupieno en un único emperador, aportando como prueba de su identidad una carta larguísima de un coetáneo [47].

La lasitud en la utilización de categorías típicamente biográficas y la diferencia en la introducción y tratamiento de los datos, etc., se debe, entre otras razones, a que la Historia Augusta ha utilizado muy diversas fuentes: Dión Casio, Herodiano, Mario Máximo, Junio Cordo, Aurelio Víctor, Eutropio, etc. [48]. De alguna manera, en mayor o menor medida, han debido dejar diversas huellas sobre ella. Así Mario Máximo, autor de una serie de biografías desde Nerva a Heliogábalo y al que se cita en muchas ocasiones, dado su modo peculiar de concebir la Historia [49], ha debido influir en el autor o autores de la

[47] Cf. V. Picón, «Diversificación del género biográfico en el imperio: factores básicos», ACTAS DEL VI CONG. ESP. EST. CLAS., Madrid, 1983, II, p. 106. Además de estas diferencias, Birley (*op. cit.*, p. 116) destaca otras notables, como la inclusión de las vidas de herederos y usurpadores junto a las de emperadores y la consideración como vida unitaria a un conjunto de dos o más vidas diversas.

[48] El problema de las fuentes que ha seguido la Historia Augusta ha hecho correr mucha tinta. Véase sobre todo la monografía de T. D. Barnes, *The sources of the Historia Augusta*, Bruxelles, 1978. Es especialmente interesante el c. 5 donde estudia la influencia de diversos autores como Dión Casio, Herodiano, los epitomadores (pp. 79-107) y las obras perdidas de autores griegos, señalando luego las relaciones con Aurelio Victor, Eutropio, Festo y otros autores. Cf. también Chastagnol, *L'Histoire Auguste*, pp. 197-199 para otras fuentes distintas de Mario Máximo y Junio Cordo. Respecto a Herodiano y Dión Casio, antes que Baines, Kolb no satisfecho con la indagación de fuentes centrada en la identificación de los historiadores menores que influyen en la Historia Augusta, aborda el problema de la *Hauptquelle*, o fuente principal, a base de contrastación de citas textuales, concluyendo que la obra utiliza abundantemente a Herodiano y Dión Casio mezclándolo, fundiéndolos y creando de ese modo un relato nuevo y distinto, más moralizante y sentencioso, como si los autores quisieran compensar al lector por la alteración de la verdad histórica conseguida.

[49] F. Vopisco, *Firmo*, 1, 2, donde se le califica de *homo omnium verbosissimus qui et mythistoricis se voluminibus implicuit.*

Historia Augusta en esa tendencia que se observa en ésta a acumular ingredientes alusivos a la vida privada y personal de los emperadores [50]. Otro tanto cabe decir de Junio Cordo, del que parece que se ha recogido especialmente lo relativo a los escándalos, chismes y costumbres culinarias, pues este autor era muy aficionado a realzar estas cosas [51].

6. Valor histórico

Además de las distinciones aludidas de Mommsen entre vidas mayores y menores y de D. den Hengst en tres secciones teniendo en cuenta los prefacios, se admite una tercera distinción entre dos secciones que se diferenciarían muy bien entre sí, una que comprendería las vidas compuestas por los cuatro primeros autores y otra que abarcaría las vidas redactadas por Trebelio Polión y Vopisco [52]. Sobre esta segunda sección y sobre las vidas menores se ciernen especialmente las sospechas de inautenticidad y ficción debido sobre todo a la abundancia de documentación que acumulan en sus relatos.

Ya en 1870 Czwalina demostró que los documentos que aparecen en la vida de Casio atribuidos a distintas manos, por ejemplo, las cartas de Vero, del prefecto del Pretorio, de la emperatriz Faustina y del mismo Casio fueron compuestas todas por el mismo autor [53].

Desde entonces se han realizado múltiples estudios en este sentido avocando a resultados parecidos, de tal manera que se considera que de la lista de 150 cartas, dis-

---

[50] Magie (*op. cit.*, pp. 18 y ss.) considera, en efecto, que Mario Máximo influye en la enfatización de la vida privada y Cordo en la multiplicación de chismes y que ambos dejaron huellas sobre todo en Vopisco en las vidas de Aureliano y Probo.

[51] J. Capitolino, *Clodio Albino*, 11,2: *golosum enim Cordus, qui talia persequitur in suis voluminibus, fuisse dicit.*

[52] Cf. Birley, *op. cit.*, p. 130.

[53] C. Czwalina, *De epistularum actorumque quae a scriptoribus Historiae Augustae proferuntur fide atque auctoritate I*, Bonn, 1870.

cursos, decretos y aclamaciones que la Historia Augusta contiene, sólo se aceptan como genuinas las dos aclamaciones de Cómodo (c. 18-19) [54]. Estos resultados han inducido a actitudes despectivas hacia la obra, actitudes que L. Homo trató de reorientar tras haber mostrado efectivamente su falsedad en el estudio que acabamos de citar, que se hizo famoso. He aquí sus palabras: «Concluiremos en una palabra. Los documentos de la Historia Augusta no deberán ser abandonados sistemáticamente como inútiles e insignificantes. Sin duda, son apócrifos y han sido compuestos por los autores mismos de las biografías, según creemos haber demostrado, pero no representan menos un elemento de documentación muy apreciable para el período tan mal conocido de la anarquía militar de una parte y para la época diocleciano-constantiniana de otra. La Historia no tiene en absoluto el derecho de ignorarlos.» [55]

Respecto al resto del relato, hay que tener en cuenta también que se dan anacronismos, inexactitudes, contradicciones, incoherencias e interpolaciones [56]. Todo ello invita a aceptar el texto en su conjunto con reservas y con espíritu crítico y hace que, como dice Birley, sea preciso analizar con cuidado el material que contiene. Aceptada esta premisa, la Historia Augusta adquiere una importancia excepcional, pues dicho material con el fondo de verdad que encierra permite trazar un panorama claro sobre los avatares del poder y sobre otros múltiples as-

---

[54] Sobre este aspecto, cf. C. Lecrivain, *Etudes sur l'Histoire Auguste*, París, 1904, pp. 45 y ss. H. Peter, *Die scriptores*, pp. 156 y ss. en relación con las cartas y documentos de las biografías de Polión y Vopisco. Pero, sobre todo, L. Homo, «Les documents de l'Histoire Auguste et le valeur historique», RH, 151, 1926, pp. 161-198; 152, 1926, pp. 1-31. B. Baldwin ha estudiado las aclamaciones llegando a la conclusión de que son tan poco auténticas como los demás documentos, cf. «Acclamations in the Historia Augusta», ATHENAEUM, 59, 1981, pp. 138-149.

[55] L. Homo, «Les documents», RH, 152, 1926, p. 31.

[56] Para los anacronismos, inexactitudes e incoherencias, cf. Chastagnol, *L'Histoire Auguste*, pp. 196 y ss. Stern, *op. cit.*, pp. 28-31. Magie, *op. cit.*, I, pp. 21-22 (sobre las interpolaciones).

pectos de la sociedad imperial desde el punto de vista histórico, cultural, institucional, político, religioso, costumbrista, etc. En efecto, son muchos los estudios que se han realizado en estas direcciones. He aquí el resumen de algunos.

Rostagni en su Historia de la Literatura ha sugerido cómo en toda la obra subyace la fe en Roma sustentada por una clase senatorial que ha perdido el sentido de la realidad y suspira por la vuelta a la edad de oro y por un militarismo absurdo [57]. En este mismo sentido, Gaden más recientemente ha defendido que el autor o autores de la Historia Augusta no excluirían una vuelta a la edad de oro que se basaría en la constitución de un nuevo equilibrio de poderes que devolvería al senado el que él había perdido [58]. Balbino García en la introducción a su traducción española, tras aludir a las peripecias del poder que se describen en la obra, resume los datos de los cambios producidos en lo económico, social, cultural y religioso que se observa en ella [59]. Beranguer en uno de los coloquios de Bonn ha defendido que la Historia Augusta permite reconstruir una ideología imperial proponiéndonos el modelo de soberano ideal: su autor o autores sintetizan en Probo las cualidades que deben adornar al buen príncipe para trasladar luego la idea del soberano ideal al de la tetrarquía, mostrando sus virtudes y dejando traslucir la ideología senatorial que subyace en ella, por lo que precisamente se distingue de las obras de Aurelio Víctor y Eutropio [60]. Pero sin duda los estudios más profundos y más elocuentes son los que han intentado dela-

[57] A. Rostagni, *Storia della Letteratura Latina*, III, Torino, 1964, pp. 527 y ss.

[58] A. Gaden, *«Quelques remarques sur le passé et l'avenir de Rome dans l'Histoire Auguste»*, Centre Jean Palerne. *Mémoires* II, Saint-Etienne, 1980, pp. 73-95.

[59] B. García, *Escritores de la Histoira Augusta*, Madrid, 1969, pp. 661-679.

[60] J. Beranguer, «L'Idéologie imperiale dans l'Histoire Auguste», en BONNER HISTORIA-AUGUSTA-COLLOQUIUM, Bonn, 1972/74, 1975, pp. 25-53.

tar las tendencias para determinar la fecha, como los aludidos de Straub, Stern, Baynes, o el de Santo Mazzarino y otros [61].

También desde posiciones críticas es posible sacar fruto, como ya se ha apuntado, en las vertientes lingüísticas y filológicas. Este es, en definitiva, el camino a seguir para el estudio de esta obra, como ya propuso Mommsen, camino del que sin duda aún quedan trechos por recorrer a pesar de los avances logrados en los últimos años [62].

7. Valor literario

El valor literario de la Historia Augusta es escaso [63]. Y no tiene nada de extraño, ya que el autor o autores en repetidas ocasiones dicen que no pretenden exponer con elocuencia o estilo elevado su materia sino con estilo sencillo y que, por su amor a la curiosidad, multiplican los datos para satisfacer así también la curiosidad de sus lectores [64]. Su narración es desmañada, sinuosa e irregular. Constituye una especie de taraceado de fichas temáticas conexionadas sin seguir en muchos casos el pensamiento lógico. En ella se repite el perfecto una y otra vez y se multiplican las oraciones participiales acentuando con ello la pesadez. Los personajes quedan caracterizados, en general, mediante el léxico estereotipado de la fisiognomonía, con una ausencia total de dramatismo incluso en pasajes que se prestaban para ello.

La lengua es pobre y la sintaxis irregular y alejada de lo clásico. Se caracteriza, entre otros rasgos, por el uso

---

[61] S. Mazzarino, *Aspetti sociali del quarto secolo*, Roma, 1951, pp. 345-370. Cf. Bibliografía (estudios de G. Kerler y K. P. Johne).

[62] Sobre el interés que ha provocado la Historia Augusta en los últimos años, incluso a nivel divulgativo y escolar, cf. Belleza, *Prospettive del testo della Historia Augusta*, Brescia, 1979, pp. 19-21.

[63] Véase especialmente el c. XVI titulado «Literary Talent» de R. Syme, *Emperors and biography. Studies in the Historia Augusta*, Oxford, 1977, pp. 248-265.

[64] Trebelio Polión, *30 Tiranos*, 33,8; F. Vopisco, *Probo*, 2, 7-8.

excesivo de determinadas partículas, como *nam, tamen, enim, etiam, autem,* etc., que dificultan la fluidez de la narración, pues en ocasiones además no se usan con su valor propio; por el abuso de algunas conjunciones como el *cum* histórico empleado torpemente; por la utilización impropia de los pronombres y por la oscuridad de las expresiones debida entre otras causas a la brevedad general, que a veces se salpica con variaciones poco elegantes, y al cambio violento de sujetos sucesivos que impiden la fácil comprensión del texto. Véase el siguiente ejemplo de utilización de *ipse*:

Laetum ad mortem coegit misso a se ueneno: ipse *enim inter suasores Getae mortis primus fuerat, qui et primus interemptus est.* Ipse *mortem eius saepissime fleuit.* «Obligó a Leto a suicidarse, enviándole él mismo el veneno: en efecto, aquél (*ipse* = Leto) había sido el primero que le había aconsejado que asesinara a Geta y fue también el primero que pereció. Y el propio Basiano (*ipse* = Basiano) lloró en muchísimas ocasiones su muerte.»

Nótese la confusión a la que da lugar el empleo de *ipse* repetido sucesivamente refiriéndose en cada caso a un sujeto distinto, en el primer caso a Leto, referencia que queda más oscurecida por el *se* que precede al *ipse*, y en el segundo caso a Basiano, que es del que se está hablando. Su bivalencia funcional para identificar a *ille* e *hic idem* no se percibe con claridad hasta que no se entiende el contexto.

8. Transmisión del texto [65]

Tras la publicación de la Historia Augusta, tenemos noticias ya de la utilización del texto por Símaco en el siglo V. Sedulio Escoto compuso en el siglo IX una colección de fragmentos (*collectaneum*) y en este mismo siglo se copia el *Codex Palatinus* (P). De estas fuentes proce-

[65] Cf. Magie, *op. cit.*, I, pp. 24 y ss.

derán las dos versiones distintas que correrían en este siglo IX. A partir de entonces surgen más copias del P, utilizándosele como base de otras ediciones entre el siglo X y el XIV, hasta que de una copia reciente de dicho manuscrito *Bonus Accursius* preparó en 1475 la *editio princeps* y desde entonces se han sucedido ininterrumpidamente siglo tras siglo las ediciones.

H. Peter, en unos comentarios filológicos que publicó antes de sacar a luz su edición, distinguió dos familias de manuscritos [66]. La primera, a la que llama *antiquior*, estaría constituida por códices que concuerdan siempre en sus lecturas incluso en sus detalles mínimos, entre los que se hallan: 1) el *Codex Bambergensis,* 2) el *Codex Palatinus*, 3) los *excerpta* llamados *Palatina*, 4) el *Codex Murbacensis*, 5) le *editio princeps Medionalensis* y 6) los *Códices Vaticani* 1899 y 1901. La segunda, que para él es de inferior autoridad (*multo deterior*), estaría constituida por los manuscritos más modernos (*recentioris aetatis*) que utilizó Casaubón en su edición y por otros distintos que existen en otras bibliotecas.

En la actualidad, los filólogos tipifican también en dos series el conjunto de manuscritos que nos han transmitido la Historia Augusta. Una estaría representada por el citado *Codex Palatinus* (P) del que piensan que derivarían más o menos directamente el *Bambergensis* (B), el *Ottobonianus* (O), el *Parisinus Latinus* 5816 (*Paris. 5816*), el *Riccardianus* 551 *(Ricc.)* los *Vaticani* 1899 y 5301 (*Vat. 1899* y *Vat. 5301*) y el *Urbinas* 414 (U). La otra, a la que se la denomina Σ incluiría el resto de los manuscritos, salvo algunos *excerpta*, derivados de un original común distinto del *Palatinus*, tan viejo como él o más y en la que muchas de sus lecturas serían en algunos casos más correctas respecto al arquetipo que las del mismo P.

Así piensa Hohl, quien defiende que ambas series serían independientes y que, a su vez, derivarían de un mis-

[66] H. Peter, *Historia critica*, pp. 19 y ss.

mo arquetipo antiguo [67]. Por eso basa su edición en la reproducción de las mejores lecturas del P^1 que distingue de las introducidas erróneamente (P^a) y luego corregidas de nuevo (P^b), pero con la adición de determinadas lecturas de los códices de la serie Σ elegidas de forma racional y metódica ante la sospecha de mayor corrección. Con ello logra un texto que consideramos correcto, por lo cual le hemos adoptado como base para nuestra traducción. No obstante, discrepamos del editor en distintos pasajes. He aquí las lecturas de algunos de los que consideramos más importantes [68]:

Adriano, 4,5: *eosdemque s <a> e pe i <n> isse* Hohl / / *eisdemque saepe isse.*
Marco, 22,6: *loquentum uel sermoni uel dictis* Hohl / / *loquentum dictis uel sermone.*
27,11: <*quod moreretur, sed quod moreretur talem-*>addidit Hohl / / (del.).
Severo, 19, 5: *eiusdemque etiam ian <n>ae* Hohl / / *eiusdem etiam Septimianae.*
22,5: *Totum fu <d> isti* Hohl / / *Totum fuisti.*
Pescenio Nigro, 11,2: *pu[r] tauit* Hohl / / *portauit.*
12,6: *nigrum formauimus* Hohl / / *nigram formauimus.*
Clodio Albino, 2, 5: *facultatem uel praesente m <e> et <admissus> ad me* Hohl / / *facultatem praesentem et ab me.*
Alejandro Severo, 4,3: *fuerant, <relictis, cum ante> salutare... potera <n> t* Hohl / / *fuerant, <foribus autem> salutare... poterat.*

[67] E. Hohl, *Scriptores*, p. 6: *...Sui iuris sunt neque ex Palatino pendent, ut praeter codicem Murbacensem... Seduli excerpta Cusana et Parisina, Florilegium Vaticanum Latinum 5114, Σ codicum familia. Ibid,* p. 7: *...quod idoneis argumentis mihi quidem probatur ex uno eodemque archetypo et Palatinum et hanc familiam originem ducere.*

[68] Alguna otra lectura se ofrece en las notas y otras las hemos omitido por razones de brevedad. Nótese que en las vidas desde los Maximinos a Aureliano estas discrepancias se recogen siempre en las notas correspondientes.

9, 6: *orabis. Ti <bi> certe sum <im> us* Hohl / / *ornauisti. certi sumus.*
10, 5: *sunt dicti sic Antoninus, id e [m]st Pius* Hohl / / *Sunt dicti [sunt]. Antoninus idem sepius.*

Alejandro Severo, 44, 6: *leges <antiquas> ac no <ua> s* Hohl / / *leges in annos.*
48, 6: *iussu imperatoris <Maximini> occissus et... <Alexander> a militaribus occissus est* Hohl / / *iussu imperatoris occissus est... et a militaribus occissus est.*

Aureliano, 7, 8: *quasi <dom>in<o>, nemo* Hohl / / *quasi in... nemo.*
8, 2: *ne tu id [d] iu<s>tius* Hohl / / *nec tu id diutius.*
26, 3: *hostium <tantum> quantum si uir a me oppugnandus esset <adest, sed sub fem>in<a> conscientia* Hohl / / *hostium quantum si uir a me oppugnandus esset, in conscientia.*
26,5: *quasi <uir> poenam timen[te]s* Hohl / / *quasi poenam timentes.*

Caro, 2, 6: *quam timeba<n>t boni* Hohl / / *quam tumebat boni.*
8, 5: *aegrotaret et <in tentorio iaceret>* Hohl / / *aegrotaret.*

9. Principales ediciones y traducciones [69]

a) *Ediciones:*

La *editio princeps* fue publicada por *Bonus Accursius* en 1947 en Milán. Después, han ido apareciendo en todos los siglos sin interrupción distintas ediciones siendo éstas las más importantes: la Aldina de 1516, la de Erasmo de Rotterdam de 1518, la de Isaac Casaubón de 1603, la de Claudio Salmasio de 1620, una edición de varios au-

[69] Para mayor detalle de ediciones y traducciones remitimos a Magie, *op. cit.*, I, p. 37. Hohl, *Scriptores*, pp. 12 y ss., pero sobre todo A. Belleza, *Prospettive del testo*, en el cap. II titulado: *Le edizione integrale e parziale e la traduzione della Historia Augusta dal 1955 ad oggi*, pp. 29-67.

tores con los comentarios de Casaubón, Gruter y Salmasio, publicada por Hack en 1677, la edición Bipontina en dos volúmenes de 1787 y 1789, la de H. Jordan y F. Eyssenhardt de 1864 y la de H. Peter en dos volúmenes de 1865.

En el presente siglo las dos ediciones completas más importantes son: D. Magie, *The scriptores Historiae Augustae*, London, 1921, 1960-1. E. Hohl, *Scriptores Historiae Augustae*, Leipzig, 1927, 1965, 1971, 1973.

Han aparecido además algunas ediciones parciales, como las siguientes:

Elio Pasoli, *Scriptores Historiae Augustae. Iuli Capitolini Opilius Macrinus*, Bologna, 1968[2].

Eugenio Manni, *Trebellio Pollione. Le vite di Valeriano e di Gallieno*, Bologne, 1969.

Iuli Capitolini Maximini duo, con notas de Sebastiano Condorelli, Messina, 1970.

b) *Traducciones:*

Contamos con tres traducciones importantes del siglo pasado, la de C. A. Closs en 6 vs., Stuttgart, 1856-7; la francesa de Th. Baudement de la colección Nisard, París, 1845 y la española de F. Navarro y Calvo, en 2 vs., Madrid, 1889-90.

En el presente siglo han aparecido las siguientes:

D. Magie, cfr. *Ediciones*.

Leopoldo Agnes, *Scrittori della Storia Augusta*, UTET, 1960.

Balbino García, *Escritores de la Historia Augusta*, en *Biógrafos y panegirista griegos y latinos*, Madrid, 1969.

Federico Roncoroni, *Storia Augusta*, Milano, 1972.

P. Soberini, *Scrittori della Storia Augusta*, Torino, 1983.

Además, las siguientes parciales:

H. Bardon, *Le crépuscule des Césars* (selección de textos editados y traducidos), Monaco, 1964.

A. Birley, *Lives of the Later Césars. The firs part of the Augustan History*, London, 1983.

Historia Augusta. RömischeHerrschergestalten, I: Von Hadrianus bis Alexander Seuerus (obra de distintos autores: E. Hohl, J. Straub, E. Merten y A. Rösger), Bonn, 1976.

10. Nuestra tradución

Como hemos señalado hace un momento, hemos seguido la edición de Hohl para nuestra traducción, salvo en los casos que hemos adoptado otras variantes y hemos tenido en cuenta algunas traducciones anteriores, como la francesa de Baudement, la inglesa de Magie y las españolas de Navarro y Calvo y Balbino García, sobre todo.

Nos hemos procurado atener a dos principios básicos, la fidelidad al texto y la facilitación de la comprensión. Ahora bien, teniendo en cuenta las características especiales de la composición, lengua y estilo narrativo de la Historia Augusta, si se han dado determinadas condiciones que han imposibilitado atenerse al primer principio, hemos aceptado que prevaleciera el segundo sobre el primero.

También respecto a las notas nos hemos dejado guiar por dos principios, el de la economía y el de la utilidad, de manera que sólo hemos incluido aquéllas que hemos estimado necesarias para entender mejor la traducción, rechazando las que suponen mayor erudición. Por eso hemos anotado preferentemente aquéllas que inciden sobre lo más específicamente romano en estas vertientes: a) histórica, de ahí las anotaciones sobre hombres ilustres, generales famosos, etc.; b) literaria, de ahí las notas sobre escritores, especialmente los menos conocidos; c) de civilización y cultura, de ahí las anotaciones para identificar personas, lugares, edificios públicos, prendas e instrumentos útiles, juegos, cargos, fiestas, divinidades, corporaciones, sobre todo, las más extrañas a nuestro mun-

do y las menos conocidas (por esta razón faltan las anotaciones a las magistraturas ordinarias, cónsul, pretor, edil, etc.); d) lingüística, de ahí las anotaciones a expresiones típicas, juegos de palabras específicos, etc.; y e) de crítica textual en los casos en que hemos aceptado alguna variante respecto a la edición básica.

11. Bibliografía

a) *Obras generales, diccionarios, léxicos:*

S. I. Kovaliov, *Historia de Roma*, Buenos Aires, 1964.
L. Pareti, *Storia di Roma e del mondo romano*, Torino, 1960, vols. IV y V.
A. Piganiol, *Historia de Roma*, Buenos Aires, 1964.
M. Rostovtzeff, *Historia social y económica del Imperio Romano*, Madrid, 1962, 2 vols.
J. Ellul, *Historia de las instituciones de la antigüedad*, Madrid, 1970.
L. Homo, *Las instituciones políticas romanas. De la ciudad al Estado*, México, 1968.
J. Guillén, *«Urbs. Roma». Vida y costumbres de los romanos*, Salamanca, 1981, 3 vols.
U. E. Paoli, *«Urbs.». La vida en la Roma Antigua*, Barcelona, 1973.
R. J. A. Talbert, *Atlas of classical History*, London, 1985.
R. Chevallier, *Dictionnaire de la littérature latine*, París, 1986.
Daremberg-Saglio, *Dictionnaire des Antiquités grecques et romaines*, París, 1919, 5 vols.
I. Errandonea, *Diccionario del mundo clásico*, Barcelona, 1954, 2 vols.
J. C. Fredouille, *Dictionnaire de la civilisation romaine*, París, 1968.
A. Rich-M. Chéruel, *Dictionnaire des antiquités romaines et grecques*, París, 1816.
C. Lessing, *Scriptorum Historiae Augustae Lexicon*, Hildeshein, 1964.
A. Pelletier, *Lexique d'antiquités romaines*, París, 1972.

b) *Estudios específicos de la Historia Augusta:*

Para evitar la prolijidad que supone dar una amplia lista de autores con sus respectivos títulos, remitimos a los numerosos artículos y estudios utilizados, citados en la Introducción, de los que se da cuenta en las notas correspondientes de pie de página, pues ellos contienen abundante material bibliográfico; a las ediciones de Hohl y Magie; al repertorio bibliográfico de J. Marouzeau, *L'Année philologique*, bajo los epígrafes *Historia Augusta* o de los diversos autores de ella; pero sobre todo a los volúmenes titulados *Bonner-Historia-Augusta-Colloquia* de los coloquios correspondientes a los años 1962, 1963, 1964/5, 1966/7, 1968/9, 1970/1, 1972/4, 1975/6, 1977/8, 1979/81, dedicados exclusivamente al estudio de la Historia Augusta y publicados en esa ciudad. He aquí solamente una selección de las monografías más destacables aparecidas desde el año 1970:

T. D. Barnes, *The Sources of the Historia Augusta*, Bruxelles, 1976.
A. Belleza, *Prospettive del testo dell'Historia Augusta*, Brescia, 1979.
H. W. Benario, *A commentary on the Vita Hadriani in the Historia Augusta*, California, 1980.
A. Chastagnol, *Recherches sur l'Histoire Auguste*, Bonn, 1970.
D. den Hengst, *The Prefaces in the Historia Augusta*, Amsterdam, 1981.
K. P. Johne, *Untersuchungen zur Datierung und sozialen Herkunft der Historia Augusta*, Berlín, 1976.
G. Keller, *Die Aussenpolitik in der Historia Augusta*, Bonn, 1970.
B. Mouchová, *Untersuchungen über die Scriptores Historiae Augustae*, Praha, 1975.
P. Soverini, *Problemi di critica testuale nella Historia Augusta*, Bologna, 1981.
R. Syme, *The Historia Augusta*, Bonn, 1971.
Emperors and biography. Studies in the Historia Augusta, Oxford, 1971.

12. *Siglas de revistas y abreviaciones:*

Siglas

AAPal	*Atti dell'Accad. Letter. e arti di Palermo.*
AC	*L'Antiquité Classique.*
Antichtthon	*Journal of the Aust. Soc. for Class. Studies.*
Athenaeum	*Studi periodici di Letteratura e Storia.*
CIL	*Corpus Inscriptionum Latinarum.*
CQ	*Classical Quartely.*
DESSAU	*H. Dessau, Inscriptiones latinae selectae.*
Eos	*Commentarii Societatis Philologicae Polonorum.*
Hermes	*Zeischrift für Klassische Philologie.*
Historia	*Revue d'histoire ancienne.*
JRS	*The Journal of Roman Studies.*
Klio	*Beiträge zur alten Geschichte.*
Maia	*Rivista di Letteratura classiche.*
Meander	*Revue de civilisation du monde antique.*
Paideia	*Rivista letteraria de Information bibliographica.*
Pan	*Studi dell'Ist. Fil. Lat. Univ. di Palermo.*
PIR	*Prosopographia Imperii Romani.*
PLM	*Poetae Latini Minores (Barens).*
RE	*Real-Enciclöpädie der Klassischen Altertumswissenschaft.*
RH	*Revue Historique.*

Abreviaciones:

Para las citas de las distintas vidas en la introducción y en las notas utilizamos las siguientes abreviaciones.

Adriano.	
Elio.	
Antonino	Antonino Pío.
Marco	Marco Antonino el Filósofo.
Vero.	
Avidio Casio.	
Cómodo	Cómodo Antonino.
Pértinax.	Helvio Pértinax

Didio Juliano.	
Severo.	
Pescenio Nigro.	
Clodio Albino.	
Caracalla	Antonino Caracalla.
Geta	Antonino Geta.
Macrino	Opilio Macrino.
Diadumeno	Antonino Diadumeno.
Heliogábalo	Antonino Heliogábalo.
Alejandro Severo.	
Maximinos	los dos Maximinos.
Gordianos	los tres Gordianos.
Máximo y Balbino.	
Valerianos	los dos Valerianos.
Galienos	los dos Galienos.
Treinta Usurpadores	los treinta Usurpadores.
Claudio.	
Aureliano.	
Tácito.	
Probo.	
Firmo	Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso.
Caro	Caro, Carino y Numeriano.

II. Vidas

1. ADRIANO

(Elio Esparciano)

1 La familia más antigua del emperador Adriano era procedente de Piceno [1]; la más reciente, de Hispania, puesto que el propio Adriano relata en su autobiografía [2] que sus mayores habían nacido en Adria [3] y que posteriormente fijaron su residencia en Itálica [4] en tiempo de los Escipiones. Su padre 2
fue Elio Adriano, llamado el Africano, primo hermano del emperador Trajano; su madre fue Domicia Paulina, natural de Cádiz; su hermana Paulina, casada con Serviano; su esposa, Sabina, y su abuelo, Marilino, el primero que en su familia fue senador del pueblo romano.

Adriano nació en Roma, el 3 de las calendas [5] de 3
febrero (el 24 de enero), durante el séptimo consulado de Vespasiano y el quinto de Tito. Al quedar 4
huérfano de padre a los diez años de edad, contó con dos tutores, su primo hermano Ulpio Trajano,

---

[1] Región de Italia situada en la costa oriental del Adriático.

[2] A esta biografía alude también Esparciano en el c. 16. Debía ser una autojustificación.

[3] Ciudad de Italia, situada al este de la vía Popilia, entre Rávena y Padua.

[4] Ciudad de la Bética, en *Hispania,* fundada por Escipión Africano.

[5] De esta palabra *(Kalendae)* deriva el término calendario. Las calendas eran una de las tres fechas que se tomaban como referencia para determinar el día exacto al que se aludía. Eran el 1 del mes. Las nonas *(Nonae)* eran el 5 o el 7, y los idus *(Idus),* el 13 o el 15 (distribuidas) así: 7 y 13: marzo, mayo, julio y octubre; 5 y 15: los restantes meses).

entonces ex pretor y que después asumió el impe-
rio, y el caballero [6] romano Celio Atiano. Tras ha- 5
berse entregado con gran celo a los estudios grie-
gos a los que le inclinaba su temperamento de tal
2 manera que algunos le llamaban «Griegecillo», re-
gresó a su patria a los quince años de edad e inició
inmediatamente el servicio militar, entregándose a
la caza con pasión hasta merecer censura por ello. 2
Por este motivo Trajano le sacó de su patria y le
tomó por hijo, y no mucho después le nombró de-
cenviro [7] para velar por la libertad y la ciudadanía
y, a continuación, tribuno [8] de la segunda legión,
la Auxiliadora. Después de esto, fue trasladado a la 3
Mesia inferior cuando ya el gobierno de Domicia-
no tocaba a su fin. Se dice que allí supo por boca 4
de cierto matemático [9] sobre su futuro gobierno lo
mismo que ya sabía por la predicción de su tío pa-
terno, el gran Elio Adriano, que estaba versado en
la ciencia de la astrología. Después de haber sido 5
enviado a felicitar al ejército tras la adopción de
Trajano por Nerva, fue trasladado a la Germania
superior. Partiendo desde allí presuroso a visitar a 6
Trajano con el fin de anunciarle el primero la muer-
te de Nerva, Serviano, el esposo de su hermana
(quien suscitó contra él el odio de Trajano delatan-
do sus gastos y sus deudas) le entretuvo y retuvo

[6] Es decir, miembro del orden ecuestre, frente al senador que lo era del senado. Para pertenecer a él se exigió poseer un censo determinado (400.000 sestercios en el siglo I a. de C.). En el imperio, el orden ecuestre constituyó la cantera de funcionarios y administradores imperiales.

[7] Miembro de la comisión de los *decemuiri stlitibus iudicandis*, que poseyeron distintas funciones a lo largo de la historia, entre otras, atender las reclamaciones de libertad.

[8] Uno de los seis comandantes de la legión que ejercían su autoridad bajo el *legatus legionis*. Eran elegidos por el emperador entre los hijos de senadores o caballeros.

[9] Este término *(mathematicus)* designaba en latín a la persona que se dedicaba a las matemáticas, pero también a los astrólogos, como en este caso, por servirse de las matemáticas para hacer sus adivinaciones.

durante mucho tiempo rompiendo a propósito su carruaje, pero él se adelantó al emisario [10] del propio Serviano haciendo el viaje a pie. Gozó del amor 7
de Trajano pero, a pesar de ello, sufrió una maquinación por obra de los pedagogos de unos muchachos a los que Trajano amaba con pasión, con el apoyo de Galo [11]. Por aquel tiempo, por cierto, 8
cuando consultaba las suertes virgilianas [12] por hallarse inquieto ante el juicio que el emperador tenía sobre él, le salió la siguiente profecía que, según la versión de otros escritores, le sobrevino de unos versos sibilinos [13]:

> «¿quién es aquél que allá lejos, coronado con [ramas de oliva,
> lleva las ofrendas sagradas? Reconozco los [cabellos y la barba blanca
> del rey de Roma, que cimentará por primera [vez una ciudad con leyes
> y que, desde su humilde Cures y su pobre [tierra,
> será enviado a regir un gran imperio, al cual [sucederá después...» [14]

Por otra parte, tuvo la premonición de que lle- 9
garía después a ser emperador, gracias a una respuesta procedente del templo de Júpiter Nicéforo [15], que el filósofo platónico Apolonio Siro había

[10] En latín, *beneficiarius*, soldado que no prestaba servicio activo, sino como asistente a los jefes y oficiales.

[11] Pasaje corrompido. Sigo la lectura de P. Soverini, *Problemi*, p. 30.

[12] Las *sortes uergilianae* eran las primeras palabras que se leían al abrir un libro de Virgilio y que se interpretaban como si se tratara de un oráculo.Estas consultas eran muy frecuentes, cf. *Clodio Albino*, 5, 4. *Alejandro Severo*, 4, 6; 16, 5; *Claudio*, 10, 4 ss.

[13] Llamados así porque se encontraban en los *libri Sibyllini* que, según la tradición, redactó la Sibila en Cumas y que el rey Tarquinio encargó custodiar a los *duumuiri sacris faciundis*.

[14] Cf. Virgilio, *Eneida*, VI, 808 - 812. Alusión a Numa Pompilio y los primeros pobladores de Roma.

[15] Tal vez en Pérgamo.

incluido en sus libros. Finalmente, gracias al apoyo 10
de Sura [16], volvió enseguida a lograr una amistad más plena con Trajano, al aceptar como esposa a la nieta de la hermana del emperador, matrimonio que favorecía Plotina pero que Trajano apenas deseaba, según cuenta Mario Máximo [17].

3 Ejerció la cuestura siendo cónsules Trajano, por tercera vez, y Articuleyo y, habiendo provocado la risa durante el ejercicio de esta magistratura al leer en el senado un discurso del emperador con una pronunciación muy ruda, dedicó su esfuerzo hasta llegar al más profundo conocimiento y elocuencia
del latín. Después de su cuestura, se encargó de las 2
actas del senado [18] y acompañó a Trajano a la guerra dácica, manteniendo una relación muy amis-
tosa con él; puesto que, como él mismo afirma, lle- 3
gó incluso a darse al vino para mostrarse complaciente con las costumbres de Trajano, y que por esto se vio recompensado por él con gran liberali-
dad. Durante el segundo consulado de Cándido y 4
de Cuadrato fue nombrado tribuno de la plebe [19],
y en el transcurso de su magistratura, según confe- 5
sión suya, se le vaticinó la perpetuidad del poder tribunicio porque perdió la pénula [20] que solían utilizar en tiempo lluvioso los tribunos de la plebe, nunca los emperadores. Y ésta es la razón por la

[16] L. Licinio Sura, cónsul por primera vez en 107.

[17] Autor de las biografías de los emperadores que ocuparon el trono desde Nerva a Heliogábalo.

[18] Como *curator ab actis senatus* o *actorum senatus*. Su función era redactar los decretos que emitía el senado y las relaciones que se presentaban en él.

[19] Creación original de Roma que surgió en el 491 a. de C. para representar y defender a la plebe. El tribuno de la plebe ejerció sus funciones sin tener que manifestar sus motivos, y eran dos: *el auxilium*, socorro al ciudadano, y la *intercessio*, o veto previo de una ley.

[20] La pénula *(paenula)* era un abrigo apropiado para resguardarse del frío y de la lluvia. Tenía forma de capuchón y se colocaba pasando la cabeza por una abertura central, sin necesidad de broches o hebillas.

que todavía hoy los ciudadanos romanos ven a los
emperadores sin esta prenda.
En la segunda expedición contra los dacios, Tra- 6
jano le puso al frente de la primera legión Minervia
y se lo llevó consigo. Por cierto, en aquella ocasión
se hicieron célebres muchas de sus acciones. Por 7
eso, al galardonarle Trajano con una piedra precio-
sa de diamante que había recibido de Nerva, le hizo
concebir la esperanza de que llegaría a ser su suce-
sor [21]. Fue nombrado pretor durante el segundo 8
consulado de Suburano y Serviano y, con tal mo-
tivo, Trajano le dio dos millones de sestercios [22]
para la celebración de los juegos. Destinado des- 9
pués en calidad de legado pretoriano [23] a Panonia
inferior, rechazó a los sármatas, mantuvo en el ejér-
cito la disciplina militar y reprimió a los procura-
dores [24] que se extralimitaban excesivamente en sus
atribuciones. Por ello fue nombrado cónsul. Du-
rante el ejercicio de esta magistratura, se enteró por 10
mediación de Sura de que Trajano tenía el propó-
sito de adoptarle y, a partir de aquel momento, los
amigos del emperador dejaron de menospreciarle y
darle de lado. A la muerte de Sura, se incrementó 11
la confianza de Trajano hacia su persona, sobre
todo por los discursos que compuso por el em-
perador.

---

[21] Esta costumbre se remonta a Augusto quien, según Dión Casio LIII, 30, dio su anillo a Agripa indicando que sería su sucesor.

[22] El sestercio era una moneda romana equivalente a dos ases y medio *(II et semis,* de donde luego se escribió en abreviaturas *HS)* o a un cuarto de un denario.

[23] Delegado del emperador que recibía generalmente el nombre de *legatus pro praetore.* En este caso, dado que Adriano desempeñó anteriormente el cargo de prétor, se le llama *legatus praetorius,* «legado pretoriano o expretor».

[24] Se trata de los encargados de recaudar los tributos en las provincias para enviarlos al fisco del emperador (cf. n. 75). El término *procurator,* por lo demás, es general pues se aplica a múltiples funciones, de ahí los títulos *procurator a bibliothecis, ab epistulis, a libellis,* etc.

4 Se valió también del favor de Plotina [25], por cuya
influencia fue nombrado legado cuando se realizó
la campaña contra los partos. Por cierto, por aquel 2
tiempo, Adriano matenía amistad con los senado-
res Sosio Papio y Platorio Nepote [26] y con los ca-
balleros Atiano, que había sido antaño tutor suyo,
Liviano y Turbón [27]. Recibió la promesa de su 3
adopción cuando Palma y Celso [28], que habían sido
siempre enemigos suyos y a quienes él mismo per-
siguió después, se hicieron sospechosos de aspirar
al trono. Después de que fue nombrado cónsul por 4
segunda vez con el apoyo de Plotina, adquirió la
certeza absoluta de su adopción. Numerosos rumo- 5
res aseguraron que había seducido a los libertos del
emperador, que se había mostrado solícito con sus
favoritos y que les había hecho frecuentes visitas
por aquella época en la que gozaba de mayor inti-
midad en Palacio [28 bis]. Recibió la carta de su adop- 6
ción el día quinto de los idus de agosto (el 9 de
agosto), cuando se encontraba como legado en Si-
ria y ordenó que se celebrara siempre en dicho día
el aniversario de aquel acontecimiento. Le anuncia- 7
ron la muerte de Trajano el día tercero de los idus
del mismo mes (el 11 de agosto), fecha en la que
decretó que debía celebrarse el aniversario de su ac-
ceso al poder.

---

[25] Cf. 2, 10.

[26] Platorio Nepote, personaje muy influyente bajo el reinado de Trajano. Cónsul con Adriano en el 119. Después cayó en su enemistad, cf. 15, 2 y 23, 4.

[27] T. Claudio Liviano fue prefecto de la guardia bajo Trajano (Dion Casio LXIX, 9). Sobre Q. Marcio Turbón, cf. 5 a 7 y 9,4.

[28] A. Cornelio Palma y L. Publilio Celso tuvieron gran prestigio con Trajano. Acusados de conspirar junto con Nigrino y Lusio Quieto, fueron ejecutados, cf. 7. La noticia está documentada también en una inscripción: C.I.L., III, 550 =Dessau, 308: *comes expeditionis Daciae, donis militaribus ab eo (Traiano) donatus bis.*

[28 bis] G. Scarpit (PAIDEIA, 36, 1981, 38) critica la lectura popular *polluisse* propuesta por Soverini (MAIA, 32, 1980, 187-189). Según él, hay que mantener *saepe isse* y corregir *eosdemque* en *eiisdemque*.

Ciertamente, corrieron frecuentes rumores de 8
que Trajano había decidido nombrar como sucesor
suyo a Neracio Prisco [29], no a Adriano, y que sus
amigos estaban de acuerdo con su designación, has-
ta tal punto que le dijo a Prisco en cierta ocasión:
«Te confío las provincias, si me ocurre alguna fa-
talidad.» También muchos dicen que Trajano de- 9
seó morir sin nombrar un sucesor fijo, como Ale-
jandro de Macedonia; y otros muchos aseguran que
tuvo la intención de enviar un discurso al senado
para pedirle que, si le ocurría algo, nombrara un
príncipe para la República Romana, adjuntando so-
lamente los nombres de algunos candidatos para
que el senado eligiera al mejor de entre ellos. Y no 10
faltaron quienes propalaron que, por un ardid de
Plotina, cuando había muerto ya Trajano, Adriano
había sido llamado para recibir la adopción por un
individuo que se hallaba escondido y que hablaba
en lugar del emperador.

5 Tan pronto como consiguió el poder, se atuvo a
las costumbres tradicionales y aumentó su esfuer-
zo por mantener la paz en todo el orbe de la tierra. 2
Porque, coincidiendo con la sublevación de aque-
llas naciones a las que Trajano había subyugado,
los moros frecuentaban los ataques, los sármatas in-
citaban a la lucha, a los britanos no era posible man-
tenerlos sometidos bajo el dominio de Roma, Egip-
to se veía apremiado por distintas sediciones y, fi-
nalmente, Libia y Palestina dejaban entrever sus in-
tenciones hostiles. Por este motivo, Adriano aban- 3
donó todas las regiones que poseía Roma más allá
del Tigris y del Eúfrates imitando, según él, a Ca-
tón, quien declaró libres a los habitantes de Mace-
donia dada la imposibilidad de mantener su protec-
ción. Al ver que Partamasiris, al que Trajano había 4

[29] L. Neracio Prisco, gran jurista y miembro del consejo imperial de Trajano y consejero también de Adriano, junto con Juvencio Celso, Salvio Juliano y otros: cf. 18.

hecho rey de los partos, no tenía demasiado pres-
tigio entre éstos, le nombró rey de los pueblos de
al lado.
Por otra parte, mostró tanta inclinación a la cle- 5
mencia que, a pesar de que Atiano le aconsejó en
los primeros días de su reinado mediante una carta
que diera muerte a Bebio Macro [30], prefecto de la
Ciudad [31], en caso de que se opusiera a su gobier-
no, a Laberio Máximo [32] que se hallaba desterrado
en una isla, pues se había hecho sospechoso de
conspirar al trono, y a Frugo Craso [33], a ninguno
causó daño; sin embargo, más tarde y sin orden 6
suya, el procurador asesinó a este último cuando
ya había salido de la isla, bajo el pretexto de que
tramaba una conjura. Distribuyó entre los solda- 7
dos una gratificación doble de la normal para cele-
brar la inauguración de su reinado. Separó a Lusio 8
Quieto [34] del mando de los pueblos mauritanos,
que entonces estaban bajo su poder, porque se ha-
bía hecho sospechoso de aspirar al trono, encargan-
do a Marcio Turbón que reprimiera el tumulto de
Mauritania tras apaciguar a los judíos. Tomadas es- 9
tas medidas, partió para Antioquía con el fin de ins-
peccionar los restos mortales de Trajano que tras-
ladaban Taciano, Plotina y Matidia. Después de ha- 10
berse hecho cargo de ellos y de remitirlos por mar
a Roma, regresó a Antioquía y, tras poner al frente

[30] Bebio Macro fue un amigo de Plinio el Joven, cf. Plinio, *Epist.*, III, 5.

[31] El prefecto de la Ciudad tenía por misión, durante el imperio, asegurar la tranquilidad en Roma y en un radio de acción de 100 millas. Estaba al frente de las cohortes urbanas y tenía jurisdicción criminal sobre Roma y su región. Era elegido entre senadores y consulares.

[32] M. Laberio Máximo cónsul por segunda vez en 103. No se sabe nada sobre los proyectos a que alude Esparciano.

[33] C. Calpurnio Craso conspiró contra Nerva por lo que fue desterrado a Tarento. Sobre su conspiración contra Adriano cf. Dion Casio, LXVIII, 3 y 16.

[34] Lusio Quieto. Fue acusado de conspirar contra Adriano y por ello condenado a muerte, cf. 7.

de Siria a Catilio Severo [35], se volvió a Roma atravesando el Ilírico.

6 Adriano pidió honores divinos para Trajano mediante una carta refinadísima que entregó al senado y logró su concesión, con el beneplácito general, hasta tal punto que la asamblea decretó espontáneamente en favor de Trajano otros muchos honores que aquél no había pedido. En otra carta que 2
escribió al senado pidió excusa por no haber permitido que la asamblea decidiera sobre su ascensión al imperio pues, como era evidente, había sido aclamado emperador por los soldados con gran celeridad, porque la república no podía permanecer sin él. Al concederle el senado el triunfo que se debía 3
a Trajano, rehusó personalmente dicho honor e hizo transportar la imagen de Trajano en el carro triunfal, con la intención de que un emperador tan extraordinario no se viera privado, ni siquiera después de muerto, del honor del triunfo. Aplazó la 4
aceptación del título de Padre de la patria que le ofrecieron nada más asumir el poder y por segunda vez algo después, argumentando que Augusto se había hecho acreedor de este nombre tarde. De- 5
volvió a Italia el oro coronario [36] y rebajó este impuesto en las provincias, pero solamente después de que le dieron cuenta al detalle y con escrupulosidad de las dificultades por las que atravesaba el tesoro.

Cuando se enteró poco después de la sublevación de los sármatas y roxolanos, se dirigió a Me- 6
sia, enviando por delante a su ejército. Puso al fren- 7
te de Panonia y de Dacia provisionalmente a Mar-

[35] L. Catilio Severo fue cónsul por segunda vez en el 120 y prefecto de la Ciudad en el 138 cf. 24, 6-8. Era bisabuelo de Marco Aurelio, cf. Marco, 1, 4.

[36] Se llamaba así el oro destinado a las coronas que ofrecían las ciudades aliadas de Roma a los grandes vencedores y que luego solían ostentarse en el carro del triunfo. Al principio la aportación era voluntaria. Luego se hizo forzosa.

cio Turbón, una vez que dejó la administración de
Mauritania, galardonándole con las insignias de la
prefectura. Concertó la paz con el rey de los roxo- 8
lanos, que se quejaba de la disminución de los tri-
butos, pero después de que se informó adecuada-
mente del tema.

7 Adriano se vio libre de las asechanzas que Ni-
grino [37], con la complicidad de Lusio y de otros
muchos, había tramado contra él, para llevarlas a
cabo cuando ofrecía un sacrificio, a pesar de que le
había designado como sucesor. Por lo cual, Palma 2
fue asesinado en Tarracina, Celso en Bayas, Nigri-
no en Faenza y Lusio en el transcurso de un viaje,
de acuerdo con las consignas del senado, pero con-
tra la voluntad de Adriano. En consecuencia, para 3
refutar enseguida el amarguísimo concepto que
corría sobre su proceder, puesto que había permi-
tido que se diera la muerte simultáneamente a cua-
tro consulares [38], regresó a Roma después de haber
confiado a Turbón la Dacia, honrándole con el tí-
tulo de prefecto de Egipto [39], para que gozara de
mayor autoridad; y, para reprimir los rumores que
corrían en torno a su persona, mandó que se dis-
tribuyera al pueblo ante su vista un doble congia-
rio [40], aparte de los tres áureos [41] por persona que
habían sido repartidos ya durante su ausencia. Tras 4
justificar también en el senado sus actuaciones an-
teriores, juró que nunca castigaría a ningún sena-

[37] Posiblemente, C. Avidio Nigrino al que menciona Plinio: cf. *Epist.*, LXV y LXVI.

[38] Se llamaban así durante la república las personas que habían ejercido el consulado. En el imperio, sin embargo, el emperador podía nombrar consulares a quienes no habían sido cónsules, con los mismos privilegios ostentados por los antiguos cónsules.

[39] Gobernador de la provincia de Egipto, donde dirigía la administración, mandaba el ejército y hacía justicia.

[40] Distribución al pueblo de víveres, vestidos y otros donativos. Deriva de *congius*, medida de líquido equivalente a 3,283 litros. Cf. n. 104.

[41] Moneda de oro de 100 sestercios o de 25 denarios.

dor sin contar con la resolución de la asamblea. Ins- 5
tituyó enseguida un servicio de correo a cargo del
fisco [42], para que los magistrados no se vieran opri-
midos por esta carga. No omitiendo ninguna opor- 6
tunidad para ganarse el favor popular, perdonó a
los deudores privados de la Ciudad y de Italia las
incalculables sumas de dinero que debían al fisco y
a las provincias también las inmensas cantidades
que adeudaban, una vez que fueron quemados en
el foro del divino Trajano los pagarés, para confe-
rirlos a todos mayor seguridad. Prohibió que in- 7
gresaran los bienes de los condenados en su tesoro
privado, habiendo sido depositados en su totalidad
en el del Estado. Aumentó la cuantía de la dona- 8
ción a los niños y niñas a los que Trajano había re-
partido ya alimentos [43]. A los senadores que se ha- 9
bían arruinado sin culpa propia les completó los
bienes patrimoniales de su censo senatorial [44] en
consonancia con el número de hijos, de tal modo
que a la mayor parte de ellos les proporcionó, en la
fecha señalada y sin dilación alguna, la ración que
necesitaban para su sustento. Para que pudieran 10
ejercer sus cargos, se mostró extremadamente libe-
ral en sus donativos no sólo con sus amigos, sino
también con otros muchos, sin distinción alguna. 11
Ayudó con sus dispendios a algunas mujeres para
que pudieran mantener su plan de vida. Ofreció 12
combates gladiatorios durante seis días consecuti-
vos y exhibió mil animales salvajes en el día de su
cumpleaños.

[42] Augusto estableció, a costa de las ciudades de tránsito, un *cursus publicus*, o sea unos cursores o *tabellarii* que llevaban las cartas oficiales haciendo paradas en distintas mansiones *(stationes)* y utilizando ordinariamente el caballo como medio de locomoción. Adriano trasladó los costos de este servicio al fisco, o tesoro particular del príncipe. Para este concepto, cf. n. 75.

[43] Recibía el nombre de alimentos *(alimenta)* las cantidades de dinero que pagaba el poder imperial para alimentar a los niños pobres.

[44] La cantidad precisa para el censo senatorial era de 1.000.000 de sestercios, frente a los 400.000 del censo ecuestre cf. n. 6.

8 Asoció a la intimidad de la majestad imperial a los miembros más distinguidos del senado. Despre- 2
ció los juegos circenses decretados en su honor, a excepción de los conmemorativos de su natalicio [45]. 3
Aseguró frecuentemente en las asambleas del pueblo y en el senado que gobernaría la república, consciente de que era un bien del pueblo, no de su propiedad. Nombró a muchos ciudadanos cónsu- 4
les por tercera vez, porque él también había ostentado este cargo tres veces; sin embargo, encumbró a un número incontable de ellos con el honor de un segundo consulado. Y, por lo que respecta a su 5
tercer consulado, lo desempeñó sólo durante cuatro meses y administró justicia con mucha frecuencia durante su ejercicio. Asistió siempre a las sesio- 6
nes reglamentarias del senado, cuando se encontraba en Roma o en sus cercanías. Elevó la dignidad 7
del senado a tal altura restringiendo los nombramientos de los senadores que, cuando nombró senador a Atiano revistiéndole con los ornamentos consulares [46] tras dejar la prefectura del pretorio [47], manifestó que no disponía de ningún título más honroso que ofrecerle. No permitió que los caballe- 8
ros romanos actuaran como jueces en los procesos que afectaban a los senadores, ni cuando él se hallaba presente ni cuando estaba ausente. En efecto, 9
por aquel entonces era costumbre que, cuando el

[45] La celebración del aniversario del nacimiento del emperador está atestiguada desde Augusto, cf. Suetonio, *Aug.*, 57,1. Además de juegos circenses, como en esta ocasión, se decretaban otros espectáculos, cf. *Pértinax*, 15, 5, *Antonino*, 5, 2.

[46] Estos ornamentos eran los lictores, los fasces y la segur, la banda de púrpura o *laticlauus*, la toga blanca o *praetexta* y los borceguíes rojos *calcei patricii*.

[47] Jefatura de la guardia imperial o cohortes pretorias. La desempeñaban dos prefectos elegidos por el emperador entre los caballeros, que fueron adquiriendo cada vez más poderes y más importantes: mando de las tropas estacionadas en Roma e Italia, participación en el consejo del príncipe *(consilium principis)* y asunción de la presidencia en los procesos, que se celebraban ante el emperador, si éste se hallaba ausente.

príncipe revisaba determinados procesos, llamara a consejo [48] a senadores y caballeros romanos y dictara sentencia ateniéndose a la opinión de ambos estamentos. En fin, despreció a los príncipes que tu- 10
vieron menos consideraciones con los senadores. A 11
su cuñado Serviano, con el que mostró tanta deferencia que corría siempre a su encuentro cuando venía de su dormitorio, sin que mediara una petición o una súplica suya, le concedió por tercera vez el consulado, no asumiendo él esta magistratura como colega suyo, para no emitir su opinión en segundo lugar, dado que Serviano había sido ya dos veces cónsul antes que él.

9 Entre tanto, abandonó muchas provincias adquiridas por Trajano y destruyó, contra los deseos generales, el teatro que éste había construido en el Campo de Marte. Y, ciertamente, estas medidas de 2
gobierno parecían mucho más siniestras porque Adriano fingía que Trajano le había dado órdenes en secreto para que realizara todo aquello que considerara molesto para el pueblo. Decidió dar 3
muerte a Atiano su actual prefecto y en otro tiempo tutor suyo, porque no podía soportar su influencia política; pero se retractó inmediatamente porque se veía asediado por el odio que había provocado el asesinato de cuatro consulares, cuya muerte, por cierto, él atribuía a los designios de Atiano. Como no podía darle un sucesor, porque 4
él no lo pedía, se las ingenió para que lo pidiera y, tan pronto como presentó su petición, transfirió la dignidad pretorial a Turbón [49]. Por entonces tam- 5
bién nombró a Septicio Claro [50] sucesor de Símile,

[48] Los consejeros del emperador comienzan a utilizarse desde Augusto, pero sólo se constituyen con carácter oficial bajo Adriano.

[49] Cf. n. 27.

[50] Cayo Septicio Claro fue amigo de Suetonio, quien le dedicó las «Vidas de los XII Césares». Septicio, Símile, y el propio Suetonio serían destituidos de sus cargos al mismo tiempo, cf. *Adriano* 11, 3.

el otro prefecto. Después de alejar de la prefectura 6
a estos dos hombres a los que debía el poder, se dirigió a Campania y ayudó a todas sus ciudades con beneficios y largezas, incluyendo entre sus amistades a los mejores ciudadanos. En Roma, en cam- 7
bio, honró con su presencia las ceremonias con que los pretores y los cónsules inauguraban sus cargos, asistió a los convites que ofrecían sus amigos, visitó dos y tres veces al día a los enfermos, incluso a algunos caballeros y libertos, los restableció con sus consuelos, los animó con sus consejos y los invitó en todo tiempo a sus festines. En definitiva, actuó 8
en todo como un simple particular. Tributó hono- 9
res extraordinarios a su suegra mediante la celebración de juegos gladiatorios y con otros homenajes.

10 Después de esto, se dirigió a la Galia y ayudó a todas las ciudades con distintas liberalidades. Des- 2
de allí se trasladó a Germania y, aunque prefería la paz a la guerra, entrenó a los soldados, como si la guerra fuera inmediata, instruyéndoles con pruebas de resistencia, dándoles ejemplo de vida militar incluso con su presencia entre los pelotones y comiendo con placer el rancho castrense delante de todos, es decir, tocino, queso y agua mezclada con vinagre, a imitación de Escipión Emiliano [51], de Metelo [52] y de su protector Trajano, remunerando a muchos con premios y a algunos con cargos, para que pudieran soportar sus órdenes que resultaban muy severas. Fue él efectivamente quien, después 3
de César Octaviano, mantuvo la disciplina que se estaba relajando por la despreocupación de los príncipes que le precedieron. Reguló los servicios y los gastos y no toleró jamás que nadie se ausen-

[51] Es decir, P. Cornelio Escipión Emiliano (184-128 a. de C.). Tomó y destruyó Cartago el 146 y en 133 reprimió la revuelta de Numancia, lo que le valió el título de *Africanus Numantinus*.

[52] Cecilio Metelo Numídico, que luchó contra Yugurta en 109-107, cf. Salustio, *Yug.*, 43-80.

tara del campamento sin causa justificada, no siendo la simpatía de los soldados, sino la justicia la que determinaba la recomendación de los tribunos. Y 4
animaba a los demás también con el ejemplo de su virtud, ya que hacía marchas armado por espacio de veinte mil pasos, hacía demoler los suntuosos comedores de los cuarteles, los pórticos, las grutas artificiales y los jardines [53], vestía con frecuencia 5
una indumentaria muy sencilla, empuñaba un tahalí desprovisto de oro, prendía su sayo con una fíbula sin piedras preciosas y llevaba envainada una espada que sólo tenía la empuñadura de marfil; vi- 6
sitaba a los soldados enfermos en sus alojamientos, escogía el lugar para emplazar el campamento, no daba el bastón de mando de centurión a nadie que no fuera fuerte y que no tuviera buena fama, ni nombraba tribunos más que a los que tenían la barba poblada o una edad tal que, por su prudencia y años, pudieran sobrellevar el peso del tribunado y 7
no permitía que los tribunos aceptaran ningún presente de los soldados, hacía desaparecer todo tipo de refinamientos de todas las partes y, finalmente, reparaba el armamento de los soldados y renovaba su equipaje. Respecto a la edad de los soldados, él 8
consideraba también que nadie debía servir en el ejército, contrariando las costumbres ancestrales, con menos años de los que el valor militar exigía, ni con más de los que permitía la condición humana, y procuraba siempre conocer a los soldados y saber su número.

11 Procuraba además inspeccionar minuciosamente los almacenes del ejército, examinando también los impuestos de las provincias sagazmente para poder

[53] Se trata de distintos lugares de esparcimiento. Eran famosos, sobre todo, estos dos últimos, los *cripta,* grutas o pasajes subterráneos y *topia,* jardines artificiales al aire libre, con los que los soldados intentaban paliar los rigores del sol. Traducimos por «suntuosos comedores» el término *triclinia,* estancias dedicadas a comedores, algunos de gran lujo y extensión, cf. U. E. Paoli, *Urbs.* pp. 78, 79, 94.

subsanar cualquier necesidad, si se echaba en falta algo en algún sitio. Con todo, se esforzaba más que ningún otro emperador por no comprar nunca ni conservar nada que fuera superfluo. Y así, después 2
de haber cambiado la actitud de los soldados comportándose como un rey, se dirigió a Bretaña donde reprimió gran número de abusos, siendo el primero que construyó un muro de ochenta mil pasos de longitud, para que mantuviera separados a los bárbaros de los romanos [54].

Sustituyó en sus cargos a Septicio Claro, prefec- 3
to del Pretorio, a Suetonio Tranquilo, jefe de la correspondencia [55] y a otros muchos, alegando que por aquella época se habían comportado con su esposa Sabina con mayor familiaridad en el trato de lo que exigía la etiqueta de la corte imperial y asegurando que, si hubiera sido un simple ciudadano, la habría repudiado por su actitud displicente y huraña. Deseaba saber no sólo lo que ocurría en su pa- 4
lacio, sino también en la casa de sus amigos hasta tal extremo que se enteraba de todos los secretos por mediación de los «frumentarios» [56], y sus amigos no se daban cuenta de que conocía su vida privada hasta que él mismo no se lo revelaba. Por ello, 5
no resultará aburrido insertar la narración de un incidente que demuestra que él consiguió múltiples noticias sobre sus amigos. En efecto, en una oca- 6
sión en que a cierto individuo le había escrito su esposa reprochándole que no quisiera volver con ella porque se lo impedía su afición a los placeres y a los baños, y Adriano se había enterado de ello por

---

[54] La famosa muralla de Adriano de 100 km. que se extendía desde la desembocadura del Tyne hasta el golfo de Solway First.

[55] Cayo Suetonio Tranquilo (75-160 a. de C.), autor de las «Vidas de los XII Césares». Esparciano en lugar de llamarle *procurator ab epistulis*, le llama *magister epistolarum*, utilizando la terminología que se impuso después.

[56] *Los frumentarii* eran una especie de inspectores que utilizaban los emperadores como espías. Cf. *Macrino*, 12,4; *Claudio*, 17,1.

los «frumentarios», cuando aquél le pidió un per-
miso de viaje, Adriano le reprochó su afición refe-
rida. Entonces aquél le replicó: «¿Acaso mi esposa
te ha escrito también a ti lo que a mí?» En realidad, 7
piensan que esta práctica constituyó su vicio más
importante y añaden a él otras afirmaciones sobre
su pasión por los muchachos y sus adulterios con
mujeres casadas por las que se dice que Adriano an-
duvo inquieto, imputándole además que no fuera
capaz de ser fiel a sus amigos.

12 Normalizada la situación en Bretaña, se trasladó
a la Galia preocupado por una sedición que surgió
en Alejandría a causa del buey Apis [57]. Su hallaz-
go, después de muchos años, dio origen a una re-
friega entre diversos pueblos, dado que todos com-
petían con celo por ver en cuál de ellos debía ser
entronizado. Por este tiempo hizo construir en Ni- 2
mes en honor de Plotina una basílica de admirable
arquitectura. Después se dirigió a Hispania e inver- 3
nó en Tarragona, donde restauró el templo de Au-
gusto a sus expensas. Convocó a todos los colonos 4
de Hispania a una asamblea en Tarragona y al ver
que los procedentes de Itálica rechazaban el alista-
miento entre mofas, como textualmente afirma Ma-
rio Máximo, y que el resto de los colonos lo ha-
cían con fuertes amenazas, actuó con prudencia y
cautela. Por esta época, cuando paseaba en Tarra- 5
gona por un bosquecillo, afrontó, no sin que se le
alabara por ello, un gravísimo peligro, pues la ata-
có con violencia, y espada en mano, un siervo de
su huésped. Lo retuvo y entregó luego a los cria-
dos que corrían hacia él; pero, cuando constató que
estaba loco, mandó que lo llevaran a los médicos
para que lo curaran, sin dar él muestras de turba-
ción alguna. Por estas fechas y en otras ocasiones, 6
en muchos lugares en los que servían de frontera

[57] Dios adorado por los egipcios bajo la forma de buey.

con los bárbaros no los ríos sino unos simples mo-
jones, separó a los bárbaros clavando profunda-
mente troncos enormes y entrelazándolos a modo
de empalizada que sirviera de muro. Impuso un rey 7
a los germanos, reprimió las revueltas de los mau-
ritanos y consiguió suplicaciones [58] del senado. Por 8
aquel tiempo la guerra con los partos no fue más
que una intentona que Adriano reprimió mediante
una entrevista.

13 Después de esto, se dirigió por mar a Acaya a tra-
vés de Asia y de las islas y, siguiendo el ejemplo de
Hércules y Filipo, se inició en los misterios Eleu-
sinos [59], otorgó muchos favores a los atenienses y
ocupó un sitial actuando como presidente de los
juegos. Y aseguran que en Acaya también se ob- 2
servó la costumbre de que ninguno de sus acom-
pañantes entrara en los templos con armas, a pesar
de que durante las celebraciones religiosas muchos
de los asistentes solían llevar cuchillos. Después na- 3
vegó hasta Sicilia, donde subió al monte Etna, para
contemplar la salida del sol que, según dicen allí,
aparece con varios colores a modo de arco iris. Des- 4
de allí vino a Roma y desde Roma se trasladó a
África, asignando muchos privilegios a las provin-
cias africanas. Difícilmente emperador alguno re- 5
corrió tantas tierras con tanta rapidez. Finalmente, 6
después de volver a Roma tras haber permanecido
en África, dirigiéndose inmediatamente a Oriente,
hizo el viaje pasando por Atenas, donde inaguró las
obras que había iniciado en esta ciudad, como el
templo de Júpiter Olímpico y un altar erigido en
su propio honor, y, de la misma manera, a lo largo
del itinerario que hizo por Asia, consagró los tem-

[58] Las *supplicationes* eran plegarias y ceremonias de acción de gracias decretadas por el senado en honor de una o más divinidades. También las podía decretar el senado, como en este caso, para honrar a un general victorioso, en sustitución del triunfo, la ovación, etc.

[59] Misterios relacionados con el culto a Deméter, diosa de la agricultura.

plos que habían recibido su nombre. Después acep- 7
tó de los habitantes de Capadocia unos esclavos
destinados al servicio de los campamentos. Invitó 8
a la amistad a gobernadores y reyes, cursando tam-
bién dicha invitación a Osdroe, rey de los partos,
al que devolvió su hija que había sido hecha prisio-
nera por Trajano, garantizándole la devolución de
la silla regia que igualmente le había sido arrebata-
da. Y, cuando acudieron a visitarle algunos reyes, 9
se portó con ellos de tal modo que los que no qui-
sieron venir se arrepintieron de ello; y actuó así es-
pecialmente por Farasmanes [60], que despreció or-
gullosamente su invitación. Ciertamente, cuando 10
hacía el recorrido por las provincias, castigó a los procuradores y gobernadores por sus faltas con tanta rigurosidad que se creía que era él quien por propia iniciativa sobornaba a los acusadores.

14 En el curso de estos viajes concibió tal odio con-
tra los habitantes de Antioquía que decidió separar
Siria de Fenicia para que no se llamara Antioquía
la metrópoli de tantas ciudades. También por este 2
tiempo los judíos se alzaron en guerra, porque se
les prohibió la práctica de la circuncisión. En una 3
ocasión en que estaba haciendo un sacrificio en el
monte Casio, a donde había subido por la noche
para contemplar la salida del sol, se desencadenó
una tempestad y un rayo carbonizó a la víctima y
al victimario. Tras recorrer Arabia, llegó a Pelusio, 4
donde construyó el túmulo de Pompeyo, al que
dotó de gran suntuosidad. Perdió durante una tra- 5
vesía por el Nilo a su favorito Antinóo [61], al que
lloró como si fuera una mujer. Sobre lo cual corren 6
diversos rumores, pues unos autores dicen que él
se había consagrado al servicio de Adriano otros,

[60] Rey de los iberos, que ocupaban parte del actual distrito de Transcaucasia.

[61] Joven hermoso, natural de Bitinia, cf. Dión Casio, LXIX, 11: Adriano fundó en su honor una ciudad llamada Antinoe o Antinópolis.

lo que hace presumir la belleza de Antinóo y la ex-
cesiva sensualidad de Adriano. Pero, como quiera 7
que sea, los griegos le deificaron accediendo al de-
seo de Adriano, pues afirmaban que pronunciaba
oráculos que, según dicen, había compuesto el mis-
mo emperador.

Fue muy aficionado a la poesía y a la literatura, 8
y muy experto en aritmética, geometría y pintura.
Se jactaba de su habilidad para tocar la cítara y para 9
cantar. Era inmoderado en sus deseos. Llegó inclu-
so a componer muchos poemas en verso sobre las
personas a las que amaba.

[Escribió poemas eróticos[62]]. Fue muy diestro 10
en el manejo de las armas y muy entendido en el
arte militar, e hizo también prácticas con las armas
de los gladiadores. Fue, al mismo tiempo, severo y 11
afable, serio y jocoso, irresoluto y presuntuoso, ta-
caño y generoso, doble y franco, cruel y clemente
y, siempre y en todo, constante.

15 Enriqueció a sus amigos sin que ellos se lo pi-
dieran realmente, no negándoles tampoco nada
cuando se lo pedían. No obstante, también escu- 2
chó con complacencia las cosas que se rumorea-
ban sobre ellos y por esta razón los consideró
como enemigos a casi todos, a los más amigos y
a aquéllos a los que había elevado a los más altos
cargos, como a Atiano, Nepote y Septicio Claro. 3
En efecto, precipitó en la indigencia a Eudemón,
anteriormente cómplice de su ascenso al trono; 4
obligó a Polieno y a Marcelo a que se dieran una
muerte voluntaria, zahirió a Heliodoro con libelos 5
infamantes y permitió que Ticiano fuera acusado 6
como culpable de un intento de usurpación y que
por ello se le proscribiera. Persiguió encarnecida- 7
mente a Umidio Cuadrato, Catilio Severo y Tur-
bón y obligó a morir al esposo de su hermana, Ser- 8

[62] Parece que se trata de una glosa al texto.

viano, que tenía noventa años de edad, a fin de que
no le sobreviviera. En fin, persiguió a libertos y a 9
algunos soldados. Y, a pesar de que poseía mucha 10
facilidad para redactar en prosa y en verso y de que tenía muchos conocimientos en todas las artes, no obstante, se rió, despreció y humilló a los profesores de todas ellas por creerse más entendido que
ellos. Con frecuencia compitió con estos mismos 11
profesores y filósofos, y por ambas partes publicaron libros y poemas en plan de réplica. Por cierto,
un individuo llamado Favorino, habiéndose visto 12
reprendido por Adriano por el uso que había hecho en cierta ocasión de un término y habiendo cedido a su crítica, ante los reproches de sus amigos que le censuraban su mal proceder por plegarse a la voluntad de Adriano respecto al uso de un término que ya habían empleado escritores afamados, suscitó grandes carcajadas entre todos los presentes, pues les dijo: «No me aconsejáis bien, amigos
míos, puesto que no soportáis que yo considere 13
más sabio que nadie a quien tiene bajo su mando a treinta legiones».

16 Adriano deseó tanto que su fama se hiciera célebre, que dio a algunos libertos suyos versados en las letras los libros que había escrito sobre su vida [63], ordenándoles que los publicaran con sus firmas; por otra parte, también se dice que los li-
bros de Flegonte son de Adriano. Escribió libros 2
muy oscuros de contenido satírico imitando a Antímaco [64]. Al poeta Floro [65] que escribió este poema:

[63] Cf. I, 1.

[64] Antímaco de Colofón (¿400 a. de C.?), autor de un poema épico, la Tebaida, al que Adriano prefería a Homero, según Dión Casio, LXIX, 4.

[65] L. Aneo floro, africano, profesor con grandes cualidades de síntesis demostradas en su *Epitome de gestis romanorum*, resumen del *Ab urbe condita* de Livio. Se conocen 30 versos de él incluidos en la Antología Palatina.

«Yo no quiero ser César, 3
caminar entre britanos,
ocultarme entre...,
soportar hielos de Escitia».

le contestó: 4

«Yo quiero ser Floro,
andar de taberna en taberna,
ocultarme por los tugurios,
soportar rechonchas chinches».

Le gustaba además el estilo arcaico en la expre- 5
sión. Declamó controversias. Prefería Catón[66] a 6
Cicerón, Ennio[67] a Virgilio y Celio[68] a Salustio,
y con igual jactancia emitía juicios sobre Homero
y Platón. Se creyó tan entendido en astrología que 7
el día uno de enero por la noche había escrito ya
aquello que podría ocurrirle a lo largo del año y,
de hecho, dejó escrito para el año en que murió lo
que iba a realizar hasta la crítica hora en que mu- 8
rió. Pero, aunque era propenso a censurar a los mú-
sicos, a los autores trágicos y cómicos, a los gra-
máticos y a los retóricos y oradores, con todo, hon-
ró y enriqueció a todos los profesores, a pesar de
que les acosaba constantemente con preguntas. Y, 9
aunque él mismo era el culpable de que muchos se
apartaran de su presencia apesandumbrados, afir-
maba que le causaba mucha tristeza ver a alguien
afligido. Trató con gran familiaridad a los filósofos 10
Epicteto y Heliodoro y, para no citar a todos por
su nombre, a los gramáticos, retóricos, músicos,
geómetras, pintores y astrólogos, y por encima de
los demás, según dicen, a Favorino. A los maestros 11

[66] Marco Porcio Catón (95-46), orador cuya característica más acusada es su austeridad de estilo.

[67] Ennio (239-169), famoso sobre todo por su poema épico titulado *Annales*.

[68] Lucio Celio Antípater, analista que escribió una historia sobre la segunda guerra púnica.

que parecían ineptos para ejercer su profesión los
enriqueció y dio distintos honores, pero luego los
destituyó.
17 A los que tuvo por enemigos mientras era un ciu-
dadano particular los despreció siendo emperador
hasta tal extremo, que a un enemigo capital de an-
taño le dijo cuando ya ocupaba el trono: «te has
librado». Proporcionó siempre caballos, mulos, 2
vestidos y todo el equipamiento necesario a los alis-
tados por él personalmente a las armas. Envió fre- 3
cuentemente a sus amigos, sin que lo esperaran, los
regalos típicos de las Saturnales [69] y las Sigilarias [70]
y los recibía también gustoso de ellos y, a su vez,
les ofrecía otros. Para descubrir los fraudes de sus 4
proveedores, cuando ofrecía banquetes en múltiples
triclinios [71], ordenaba que sirvieran manjares de
otras mesas, incluso de las más alejadas. Superó a 5
todos los reyes en sus dádivas. Se bañaba frecuen-
temente en público y mezclándose con todo el
mundo. Por ello, se hizo célebre aquella broma de 6
los baños: en una ocasión en que vio a un veterano
al que había conocido en el ejército restregarse en
la pared la espalda y el resto del cuerpo, le pregun-

---

[69] Las *Saturnalia* eran una fiestas que se celebraban en honor de Saturno para conmemorar su acogida en el Lacio por Jano, cuando aquél fue destronado por Júpiter. Comenzaban con un sacrificio en el templo de Saturno, celebrándose después banquetes públicos tras los que la gente gritaba *¡Io Saturnalia! ¡Bona Saturnalia!* Los esclavos, sobre todo, se entregaban al regocijo, pues se recordaba la edad de oro en la que no existía la esclavitud. Se intercambiaban regalos de muchas clases, como en las Sigilarias, cf. *infra.*

[70] *Sigillaria.* Fiestas que se celebraban a continuación de las *Saturnalia,* llegándose a fundir con ellas, y en las que se repartían como obsequios estatuillas de arcilla (cf. *sigillae*), u otras figuras de cobre o bronce.

[71] El triclinio era un lecho de tres plazas en el que se podía comer recostado. Después de la república se fue reemplazando por un lecho de madera semicircular (cf. Marcial, XIV, 87; Apuleyo, *Metamorfosis,* V), dispuesto alrededor de una mesa redonda llamada *sigma,* al que alude el texto, nombre que recibía por una de las formas primitivas de la letra griega sigma, que se escribía con forma de C.

tó el motivo por el que se rascaba en el mármol y, cuando oyó que actuaba así porque no tenía esclavo, le regaló esclavos y dinero para que los mantu-
viera. En cambio, otro día, cuando una multitud de 7
ancianos se restregaban en la pared con el fin de provocar su generosidad, ordenó que los hicieran acudir ante él y que luego se rascaran los unos a
los otros mutuamente. Fue también amante de la 8
plebe, pero muy jactancioso. Era tan aficionado a los viajes que quería aprender personalmente todo lo que había leído sobre los distintos lugares del
mundo. Soportó fríos y tempestades con tanta pa- 9
ciencia que nunca se cubrió la cabeza. Se mostró ex- 10
tremadamente deferente con muchos reyes, en cambio, a un gran número de ellos llegó a comprarles
la paz, se vio despreciado por algunos, y a muchos 11
hizo extraordinarios regalos, pero a ninguno más espléndidos que al rey de los iberos [72], al que envió un elefante y una cohorte de cincuenta solda-
dos, además de otros magníficos presentes. Habien- 12
do recibido de Farasmanes también como donación personal ricos regalos, y entre ellos unas clámides [73] de oro, Adriano envió a luchar a la arena a 300 reos vestidos con clámides de oro para reirse de tales regalos.

18 Cuando administraba justicia, mantenía en el tribunal no sólo a sus amigos o a los miembros de su séquito, sino también a jurisconsultos, principalmente a Juvencio Celso, Salvio Juliano, Neracio Prisco, y otros, a condición de que su elección la
hubiera realizado la totalidad de los senadores. En- 2
tre otras disposiciones, estableció que no se destruyera ninguna casa en ninguna ciudad con el propósito de transportar a otras ciudades sus materiales

[72] Farasmanes, cf. 13, 9.

[73] Manto cuadrado o rectangular echado sobre la espalda y prendido mediante un broche. Procedía de Tesalia donde se llamaba *chlamys*. (Λχαμύς).

de construcción, aunque fueran de poco valor. 3
Concedió la duodécima parte de los bienes de sus
padres a los hijos de los proscritos. No admitió acu- 4
saciones de lesa majestad [74]. Rehusó las herencias 5
de las personas desconocidas, y no aceptó tampoco
las de las conocidas si tenían hijos. Respecto a 6
los tesoros, dispuso que si alguien se los había en-
contrado en sus propias fincas, se hiciera dueño de
ellos; si los había encontrado en terreno ajeno, die-
ra la mitad a su dueño; y, si los había encontrado
en unas fincas de dominio público, los repartiera a
medias con el fisco [75]. Prohibió que los amos ma- 7
taran a sus esclavos y ordenó que fueran los jueces
quienes los condenaran, si eran dignos de condena. 8
A los mercaderes y maestros de gladiadores les pro-
hibió la venta de esclavos o esclavas, si no había ra-
zón para ello. Mandó azotar en el anfiteatro a los 9
que habían dilapidado sus propios bienes, si tenían
poder legal sobre ellos, y luego les dejó libres. Eli- 10
minó los calabozos de esclavos y de siervos. Re-
partió los baños por sexos. Ordenó que, si algún 11
amo había resultado asesinado en su casa, no se in-
terrogara a todos los esclavos, sino a aquéllos que
podían saberlo por vivir cerca.

19 Desempeñó la pretura en Etruria siendo empe-
rador. Fue dictador [76], edil y duunviro [77] en distin-

[74] Se llamaban delitos de majestad los que atentaban contra el Estado. Para castigarlos Sila sancionó una ley llamada *lex majestatis.* Bajo el imperio se siguió legislando en contra de estos delitos con penas que iban desde el exilio a la muerte.

[75] El *fiscus* era una canastilla que utilizaban los romanos para guardar la moneda. Luego vino a significar la cantidad de dinero destinada a los gastos del soberano y del tesoro de la corona por oposición al tesoro del Estado *(aerarium).*

[76] No se trata del antiguo magistrado extraordinario nombrado por el senado en casos exepcionales, pues Antonio abolió definitivamente esta magistratura, sino de un cargo que en algunas ciudades sutituía al de los pretores o duunviros (cf. n. 77).

[77] Cargo honorífico asumido por Adriano. Los duunviros *(duumuiri iuri dicundo)* eran los magistrados principales de las colonias.

tas ciudades latinas, demarco [78] en Nápoles, magistrado quinquenal [79] en su país natal y en Adria, a la que consideró como su segunda de patria, y arconte [80] en Atenas.
En casi todas las ciudades construyó algún edi- 2
ficio y organizó juegos. Ofreció en el estadio de 3
Atenas una cacería de un millar de fieras. Jamás des- 4
terró de la ciudad de Roma a ningún cazador ni a
ningún actor. En Roma, además de otros espectá- 5
culos desmedidos, distribuyó especias al pueblo en
honor de su suegra y dio órdenes para que rociaran las gradas del teatro con chorros de bálsamo y
de azafrán en honor de Trajano. Ofreció en el tea- 6
tro representaciones de todo tipo, siguiendo una
costumbre ancestral e hizo actuar públicamente a
los histriones de la corte. Hizo dar muerte a mul- 7
titud de fieras en el circo, y a menudo hasta un centenar de leones. Ofreció con frecuencia al pueblo
las danzas militares pírricas [81]. Asistió a menudo a 8
las luchas gladiatorias. A pesar de que erigió infi- 9
nidad de construcciones en todas las partes, nunca
grabó su propio nombre, excepto en el templo de
su padre Trajano. En Roma reconstruyó el Pan- 10
teón [82], los Setos [83] y la basílica de Neptuno [84], un

---

[78] Era el magistrado principal de Nápoles donde, por ser ciudad griega, se conservó su nombre originario *«demarchos»* [δημαρχος].

[79] Magistrado con poderes censorios para cinco años.

[80] El arconte por excelencia era el primero de los nueve magistrados de Atenas que recibían dicho nombre. Adriano fue arconte en el año 112, como consta por una inscripción, cf. C.I.L., III, 550.

[81] Las danzas pírricas (Πυρριχη) eran danzas guerreras inventadas, según la tradición, por Pirro o Neoptólemo, hijo de Aquiles. Los danzarines imitaban en ellas todas las fases del combate. César introdujo una imitación de ellas en Roma, cf. Suetonio, *Caes.*, 39, y luego se siguieron representando ininterrumpidamente, cf. Suetonio, *Nero*, 12.

[82] Edificado junto a los *Saepta Iuliae* (cf. n. 83). La primera construcción del Panteón (Πανθεῖον) data del año 27 a. de C., en tiempos de Agripa. Fue reconstruido por primera vez por Domiciano tras un incendio que le destruyó parcialmente. La segunda reconstrucción a que alude el texto fue encomendada probablemente a Apolodoro de Da-

gran número de templos, el foro de Augusto [85], los
baños de Agripa [86], y consagró todos ellos con
los nombres propios de sus fundadores. Cons- 11
truyó también un puente, al que le dio su propio
nombre, un sepulcro al lado del Tíber [87] y el tem-
plo de la Buena Diosa [88]. También, con la colabo- 12
ración de su arquitecto Decriano, llevó a cabo el
traslado del Coloso [89] del lugar en el que actual-
mente está situado el templo de la Ciudad, mante-
niéndolo en pie y en suspenso, pero con un esfuer-
zo tan gigantesto que tuvo que emplear para su
transporte veinticuatro elefantes. Y, después de ha- 13
ber consagrado al Sol esta estatua, tras borrar el ros-
tro de Nerón al que había estado dedicada anterior-
mente, proyectó tallar otra similar en honor de la
Luna, bajo la dirección del arquitecto Apolodoro.
20 Fue muy afable en las entrevistas, incluso en las
de los más humildes, despreciando a aquéllos que
trataban de privarle de la satisfacción de ser bon-
dadoso, bajo el pretexto de que así preservaba su
dignidad imperial. Cuando estuvo en Alejandría pro- 2

---

masco, quien reformó su arquitectura originaria, constituyéndose luego como modelo para muchas obras del neoclasicismo.

[83] Se llamaban «Setos» *(saepta)* a los cercados del Campo de Marte donde se reunían las tribus y centurias en los comicios romanos para proceder a las votaciones. Inicialmente se delimitaron con vallas de madera, pero luego con distintas construcciones, como las galerías de mármol que inició César y recibieron el nombre de *Saepta Iuliae.*

[84] Estaba al Norte de los *Saepta*, construido por Agripa en el año 25 d. de C.

[85] Al Noreste del Foro Romano y contiguo al templo de *Mars Ultor.*

[86] Al Sur del Panteón.

[87] Se trata del *Mausoleum Hadriani,* ubicado a la orilla derecha del Tíber, la actual residencia veraniega de los Papas, el castillo de S. Angelo. Lo acabó de construir Antonio Pío, cf: *Antonino,* 8, 2.

[88] Una divinidad romana que recibía también otros nombres como *Fauna,* por ser esposa del dios Fauno, y *Fausta,* y cuyo culto estaba reservado a las mujeres romanas y vedado a los hombres.

[89] Estatua de Nerón de dimensiones gigantescas que estuvo emplazada en el vestíbulo de la *Domus Aurea* de Nerón, cf. Suetonio *Nero,* 31, 1.

puso en el museo a los profesores múltiples cues-
tiones y respondió él personalmente a las que ellos
le proponían. Mario Máximo dice que fue cruel por 3
naturaleza y que realizó con humanidad muchas de
sus acciones precisamente movido por el temor de
que le aconteciera lo mismo que a Domiciano. Y, 4
aunque no eran de su agrado las inscripciones en
las obras públicas, dio el nombre de Adrianópolis
a muchas ciudades, como por ejemplo, a la propia
Cartago y a una parte de Atenas. También impuso 5
este nombre a un número incalculable de acueduc-
tos. Fue el primero que instituyó el abogado del fis- 6
co [90]. Tenía una gran memoria y un talento extraor- 7
dinario; en efecto, dictaba personalmente sus dis-
cursos y respondía a todo tipo de cuestiones. Se 8
conservan muchísimos de sus chistes, pues era muy
dicharachero, de ahí que se hizo famosa aquella res-
puesta que dio a un individuo que ya comenzaba a
estar cano, cuando se le presentó por segunda vez
con la cabeza teñida a pedirle algo que le había pe-
dido antes: «Ya le he dicho que no a tu padre». Lla- 9
maba por su nombre, sin necesidad de *nomencla-
tor* [91], a muchísimas personas, cuyos nombres ha-
bía oído una sola vez y todos juntos, de tal modo
que, en muchas ocasiones, corregía las equivocacio-
nes de los *nomenclatores*. Decía también los nom- 10
bres de los veteranos que había licenciado tiempo
atrás. Repetía de memoria a muchos oyentes los li-
bros que acababa de leer y que le eran incluso des-
conocidos. Escribía, dictaba, escuchaba e incluso, 11
si ello se puede creer, hablaba con los amigos al
mismo tiempo. Conocía todas las cuentas públicas

[90] El *aduocatus fisci* representaba los intereses del fisco en los juicios en que éste se veía envuelto. A veces comenzaba la carrera ecuestre con el ejercicio de este cargo.

[91] Esclavo que tenía por función reconocer y nombrar a las personas que visitaban a su amo, o a aquéllas con los que éste se encontraba o cruzaba en la calle.

con más precisión que la que cualquier padre de
familia escrupuloso tiene sobre su propia casa. 12
Amaba a sus caballos y a sus perros hasta tal ex-
tremo que construyó sepulcros para enterrarlos. 13
Fundó la ciudad de Adrianoteras en cierto lugar [92],
porque allí había tenido una cacería con suerte y ha-
bía dado muerte a una osa.

21 Investigó sobre todas las sentencias escudriñan-
do constantemente los últimos detalles hasta que
consiguió descubrir la verdad. No consintió que sus 2
libertos fueran conocidos por sus actividades pú-
blicas ni que poseyeran poder alguno en su casa,
culpando con sus propias palabras a todos los em-
peradores anteriores de los vicios de aquéllos, tras
haber condenado a todos los libertos suyos que se
habían jactado de su poder sobre él. De ahí que aún 3
se recuerda aquella acción suya severa, pero no au-
sente de gracia, en relación con el trato a los escla-
vos. En efecto, como en una ocasión vio que un es-
clavo suyo paseaba, lejos de su vista, entre los se-
nadores envió a un individuo para que le diera una
bofetada y le dijera: «No se te ocurra pasear entre
personas de las que algún día puedas ser esclavo». 4
El único alimento que comió con gusto, entre to-
dos, fue el tetrafármaco [93], un combinado de fai-
sán, tetina de cerda, jamón y pasteles.

Hubo durante su reino hambre, peste y terremo- 5
tos cuyos efectos, en su conjunto, alivió cuanto
pudo, y prestó auxilio a muchas ciudades que ha-
bían sido devastadas por ellos. También se desbor- 6
dó el Tíber. Concedió el derecho Latino [94] a mu- 7
chas ciudades y a muchas otras perdonó sus tribu-

---

[92] En Bitinia.

[93] Véase para la discusión del nombre, si tetrafármaco o pentafármaco, en Elio, 5,4 y 5. Fue un plato favorito de Alejandro, cf. *Alejandro Severo*, 30, 6.

[94] Suponía la autonomía municipal y la concesión de la ciudadanía romana a los magistrados locales.

tos. No hubo durante su reinado ninguna expedi- 8
ción bélica grave; y las guerras pasaron casi en si-
lencio. Fue muy amado por los soldados por la ex- 9
traordinaria preocupación que mostró hacia el ejér-
cito y, al mismo tiempo, porque fue muy generoso
con ellos. Mantuvo siempre la amistad con los par- 10
tos, porque destituyó al rey que Trajano les había
impuesto. A los armenios les permitió tener un rey, 11
siendo así que durante el gobierno de Trajano so-
lamente habían tenido un legado. No exigió a los 12
habitantes de Mesopotamia el tributo que Trajano
les había impuesto. Mantuvo una amistad muy es- 13
trecha con los albanos e iberos, pues colmó de do-
nativos a sus reyes, a pesar de que habían desdeña-
do visitarle. Los reyes de los lactrianos le enviaron 14
legados para pedirle en tono suplicante su amistad.
22 Nombró tutores con muchísima frecuencia.
Mantuvo tanto la disciplina en la vida civil como
en la militar. Ordenó que los senadores y los ca- 2
balleros romanos vistieran siempre la toga [95] en pú-
blico, excepto cuando volvieran de alguna cena. Él 3
mismo se presentaba siempre con la toga cuando se
encontraba en Italia. A los senadores, cuando acu- 4
dían a un festín, los recibía de pie y se reclinaba jun-
to a la mesa o cubierto con el palio [96] o con la toga
suelta. Actuó con la escrupulosidad de un juez fi- 5
jando los gastos de los banquetes y los redujo de
acuerdo con las costumbres tradicionales. Prohibió 6
que entraran en Roma vehículos con cargas desme-

[95] La *toga* era el vestido distintivo de los romanos, como el *pallium* era el de los griegos. Era ordinariamente de lana blanca, salvo para los pobres que no podían soportar frecuentes limpiezas y para los casos de duelo. Durante el imperio se pusieron de moda las togas de color, que se diferenciaron además según sus diversos usos: *praetexta, picta, palmata,* etc.

[96] El *pallium* (ἱμάτιον) se introdujo en Roma hacia el siglo I d. de C. como vestido romano (cf. n. anterior). Consistía en un trozo de tela de gran tamaño y de forma rectangular. Su amplitud permitía cubrir todo el cuerpo de distintas formas.

suradas. No permitió montar a caballo en las ciudades. Tampoco permitió a nadie, a menos que se 7
encontrara enfermo, bañarse en público antes de la hora octava. Fue el primero que confió las procu- 8
ratelas de la correspondencia y de las requisitorias[97] a caballeros romanos. Enriqueció espontá- 9
neamente a los que veía que eran pobres e intachables, pero llegó incluso a odiar a los que se habían
enriquecido con astucia. Se preocupó con especial 10
atención por los ritos romanos, pero menospreció a los extranjeros. Desempeñó el cargo de Pontífice
Máximo[98]. Presidió frecuentemente los procesos 11
que se celebraban en Roma y en las provincias, admitiendo en su tribunal a los cónsules, a los pretores
res y a los senadores más conspicuos. Drenó el lago 12
Fucino. Nombró como jueces para toda Italia a 13
cuatro consulares. Cuando visitó África, llovió a su 14
llegada tras cinco años de sequía y por ello fue estimado por los habitantes de esta provincia.

23 Tras haber recorrido casi todas las partes del mundo con la cabeza descubierta, la mayor parte de las veces entre las más violentas tempestades y los fríos más intensos, cayó en una enfermedad
mortal. Embargado de preocupación por buscar un 2
sucesor, pensó primero en Serviano al que, como
ya dijimos, obligó después a morir. Mantuvo en 3
el más absoluto desprecio a Fusco[99] porque, instigado por los presagios y prodigios, había concebi-
do la esperanza de alcanzar el imperio. Detestó a 4
Platorio Nepote[100], al que antes había amado de

[97] Se trata de las *procurationes ab epistulis* y *a libellis*. La reforma de Adriano fue importantísima pues arrebató a los libertos los cargos que ejercían desde Claudio y se los encomendó al estamento ecuestre tranformando así la administración imperial.

[98] Es el jefe supremo del colegio de los pontífices que creó Numa, encargado de guardar la tradición, velar por el culto, etc. Después de que César asumió en el 63 este pontificado, todos los emperadores llevaron el título de *Pontifex Maximus*.

[99] Pediano Fusco era abuelo de Serviano, cf. Dión Casio, LXIX, 17.

[100] Cf. 4, 2.

tal manera que, cuando acudió a visitarle porque se
hallaba enfermo, o no le admitió a su presencia por
considerarle sospechoso, pero tampoco le castigó. 5
Y detestó igualmente a Terencio Genciano [101] aun-
que a éste con más violencia aún porque veía que
entonces el senado le apreciaba y, finalmente, a to- 6
dos aquéllos que pensó que accederían al poder im-
perial, como si se tratara de futuros emperadores. 7
Y, realmente, reprimió toda la fuerza de su congé-
nita crueldad hasta el momento en que estuvo a
punto de morir en su residencia de Tívoli [102], de-
bido a una hemorragia. Entonces ya, sin traba al- 8
guna, después de haber dado muerte a muchas per-
sonas directamente o mediante manejos ocultos,
obligó a Serviano a suicidarse, acusándole de que
aspiraba al trono porque había obsequiado con una
cena a los esclavos imperiales, porque se había sen-
tado en el escaño real que estaba situado junto a su
lecho y porque se había presentado en actitud mar-
cial ante las guardias de los soldados, a pesar de ser
un anciano de noventa años. También murió por 9
entonces su esposa Sabina, rumoreándose que ha-
bía sido Adriano quien la había dado un veneno.

Entonces determinó adoptar a Ceyonio Cómo- 10
do, yerno del antiguo conspirador Nigrino, pues le
resultaba agradable por su belleza. Adoptó por tan- 11
to a Ceyonio Cómodo Vero, a pesar de la oposi-
ción general, y le llamó Elio Vero César. Con oca- 12
sión de su adopción [103] concedió unos juegos cir-
censes y distribuyó un donativo [104] entre el pue-

---

[101] D. Terencio Genciano ejerció una comandancia importante en la guerra que Trajano mantuvo con Tracia.

[102] La construcción de esta *uilla*, llamada *Villa Hadrianea*, parece que se inició en el 120, creciendo con sucesivos edificios hasta el año 138. «Se levantaron edificios residenciales, palacetes, pórticos, exedras, estadios, teatros, bibliotecas, odeón, etc.», cf. A. García y Bellido, *Arte romano*, Madrid, 1972, p. 385 ss.

[103] Para el concepto de adopción, cf. n. 2 de *Elio*.

[104] El donativo *(donatiuum)* era una largueza hecha por el empera-

blo y los soldados. Le honró con la pretura y le im- 13
puso inmediatamente al frente de la Panonia, tras
habérsele concedido el consulado y las costas pre-
cisas para su ejercicio. Le volvió a designar cónsul
por segunda vez. Y, como veía que tenía poca sa- 14
lud, solía repetir: «Nos hemos apoyado en una pa-
red caediza y hemos perdido los cuatro millones de
sestercios que hemos distribuido al pueblo y a los
soldados por la adopción de Cómodo». Por lo de- 15
más, Cómodo ni siquiera pudo dar gracias a Adria-
no en el senado por la adopción a causa de su en-
fermedad. Por fin, al arreciar ésta por la ingestión 16
excesiva de un antídoto, murió el mismo día de las
calendas de enero mientras dormía. Por ello Adria-
no no prohibió su luto, pues era el día destinado a
los votos públicos [105].

24 Y, una vez muerto Elio Vero César, ante el aco-
so violento de una funestísima enfermedad, Adria-
no adoptó a Arrio Antonino [106], que recibió des- 2
pués el nombre de Pío, pero con la condición de
que adoptara él, a su vez, a Anio Vero y a Marco
Antonio [107]. Estos son los primeros que después
gobernaron el Estado como dos Augustos, en igual-
dad de condiciones. Respecto a Antonino, se dice 3
que recibió el nombre de Pío porque ofrecía su bra-

---

dor al ejército distinta del congiario *(congiarium)* que se distribuía generalmente al pueblo, cf. Suetonio, *Nero,* 7; *Alejandro Severo,* 16, 5. Nótese como en Elio, III, 3 se diferencia el congiario distribuido al pueblo del donativo en metálico.

[105] Votos públicos eran los que formulaban los magistrados en nombre del Estado. A partir del año 30 los votos anuales solían hacerse el día 3 de enero. Por esta razón se suprimió en esta ocasión el luto por Elio muerto el uno de enero, para que no coincidiera con dicha fecha.

[106] Se trata de T. Aurelio Fulvo Boyonio Arrio Antonino, cf. *Antonino,* 1,1, cuyo nombre fue T. Elio César Antonino, después de su adopción.

[107] El autor confunde los nombres. El primero, Lucio Ceyonio Cómodo, fue llamado Lucio Elio Cómodo Antonino tras su adopción, y Anio Vero, al acceder al trono. El segundo, M. Anio Vero fue llamado M. Elio Aurelio Vero tras su adopción, y M. Aurelio Antonino, tras la muerte de Antonino Pío.

zo a su suegro, fatigado ya por la edad, si bien 4
otros afirman que recibió dicho apodo porque
arrancó a muchos senadores de las manos de Adria-
no, que ya comenzaba a mostrarse cruel, y otros,
porque ofreció grandes honores al propio Adriano 5
después de su muerte. Muchísimos vieron con do-
lor que se hubiera adoptado a Antonino en aque- 6
llos momentos, especialmente Catilio Severo, pre-
fecto de la Ciudad, que preparaba para sí el trono.
Pero, cuando se descubrieron sus intenciones, éste 7
fue destituido de su cargo, tras haberle asignado un
sucesor.

Adriano, sin embargo, atormentado ya por el tedio 8
con que vivía los últimos momentos de su vida, or-
denó que un siervo le atravesara con la espada. 9
Cuando se dio a conocer este suceso y le llegó la
noticia también a Antonino, al ver a los prefectos
y a su hijo que habían entrado a visitarle y que le
rogaban que sobrellevara con ánimo sereno el des-
tino que le reservaba la enfermedad, indignado con-
tra ellos, ordenó que dieran muerte al delator [108]
quien, no obstante, fue salvado gracias a la inter-
vención de Antonino. Enseguida redactó el testa- 10
mento, pero no por ello abondonó las actividades
exigidas por la política, mientras que Antonino ase-
guraba que él sería un parricida si, tras haber sido
adoptado, permitía que Adriano se suicidara. Des- 11
pués de haber testado, intentó de nuevo darse la
muerte, enfureciéndose más aún porque se le había
sustraído el puñal. Pidió también veneno a su mé- 12
dico, pero éste se suicidó para no dárselo.

25 Por aquel tiempo se presentó inesperadamente
una mujer que decía que había recibido durante un
sueño un aviso para que indujera a Adriano a que
no se suicidara, pues se iba a restablecer de la en-

---

[108] El delator fue una figura que se hizo famosa sobre todo desde Tiberio: vivía de las denuncias y acusaciones de sus conciudadanos, cf. Tácito, *Ann.*, IV, 30; Suetonio, *Nero*, 10.

fermedad y que, como no había realizado el encargo, se había quedado ciega; que, no obstante, había recibido por segunda vez la orden de darle el mismo aviso y de besar sus rodillas, con la prome-
sa de recobrar la vista, si así lo hacía; y que, cuan- 2
do ella hizo esto de acuerdo con la petición del sueño, recobró la vista, después de haber lavado sus
ojos con agua del santuario de donde había venido. 3
Acudió también desde Panonia un anciano ciego a
visitar a Adriano que estaba con fiebre y le tocó. 4
Como consecuencia de la acción, aquél recobró la vista y la fiebre le desapareció a Adriano, aunque Mario Máximo recuerda que estas cosas se realizaron mediante un simulacro.

Después de esto, Adriano se dirigió a Bayas de- 5
jando a Antonino en Roma a cargo del gobierno. 6
Al ver que allí tampoco mejoraba nada su salud, mandó llamar a Antonino y murió en su presencia en la misma ciudad de Bayas el día sexto de los idus
de julio. Y odiado por todos, recibió sepultura en 7
una quinta que poseía Cicerón en Puzol. Cuando 8
estaba a punto de morir, como ya dijimos anteriormente, ordenó suicidarse al referido Serviano, ya nonagenario, con el fin de que no viviera más tiempo que él, ni llegara a ser emperador, como él creía; y, por pequeñas ofensas, decretó la muerte de otros
muchos ciudadanos a los que salvo Antonino. Se 9
dice que, ya moribundo, compuso los siguientes versos:

«Almilla blandilla y tiernecilla,
huésped y compañera de mi cuerpo,
a qué regiones te dirigirás ahora
paliducha, rígida y desnudita.
Ya no bromearás, como de costumbre». 10

compuso otros versos similares a éstos, y no mucho mejores en calidad, y también versos en griego.

Vivió sesenta y dos años, cinco meses y diecisie- 11
te días. Reinó veintiún años y once meses.

26 Fue de elevada estatura, de elegante figura, de ca-
bello ondulado; tenía la barba larga, para cubrir las
cicatrices que poseía en su rostro de nacimiento, y
una complexión robusta. Cabalgaba y caminaba 2
mucho, y se ejercitaba constantemente en el uso de
las armas y en el lanzamiento de la jabalina. En las 3
cacerías mató muchas veces un león con su propia
mano; pero, un día, en una de ellas, se rompió una
clavícula y una costilla. Repartía siempre con sus
amigos las piezas cobradas. Exhibió durante sus 4
banquetes tragedias, comedias, Atelanas [109]; a tañe-
dores de sambucas [110], a lectores y poetas, de acuer-
do siempre con las circunstancias. Reconstruyó ad- 5
mirablemente la residencia de Tívoli, haciendo que
colocaran en ella inscripciones con los nombres más
famosos de las provincias y de otros lugares, como
los de Liceo, Academia, Pritaneo, Canope, Pecile y
Tempe [111]. Y para no omitir nada, también hizo
que representaran los infiernos.

Tuvo los siguientes presagios de su muerte: en 6
su último cumpleaños, cuando estaba encomendan-
do a los dioses a Antonino, su pretexta [112] se le des-
lizó espontáneamente dejándole la cabeza descu-

---

[109] Farsas originadas en Atela, ciudad de Campania. En su representación intervenían tipos populares con máscaras disformes y de rasgos jocosos, siendo los más famosos el *Maccus*, el *Pappus*, el Buccus y el *Dossenus*. Relacionadas con el género satírico y los flíacos tarentinos, fueron elevadas a género literario por Pomponio y Novio en torno al 90 a. de C., distinguiéndose nétamente de la comedia togada y paliada.

[110] La sambuca (σαμβύχη) era un instrumento parecido al harpa.

[111] El Liceo era una célebre escuela situada en las afueras de Atenas donde enseñó Aristóteles. La Academia era la escuela-jardín donde enseñó Platón. El Pritaneo era la residencia de los pritanos o miembros del senado ateniense. Canope era una ciudad del Bajo Egipto, que fue famosa por su corrupción. El Pecile era un pórtico de Atenas célebre por sus pinturas y el Tempe, un valle de Tesalia regado por el Perseo.

[112] La pretexta *(praetexta)* era un tipo de toga especial adornada con una banda de púrpura, tomada primitivamente de los etruscos, que con la *bulla* (dos placas cóncavas de oro que formaban como una especie de globo, cf. Macrobio, *Saturnales*, I, 6) llevaban los niños de nacimiento libre de ambos sexos y los principales magistrados.

bierta. Un anillo, en el que estaba esculpida su ima- 7
gen, se le cayó espontáneamente del dedo. La vís- 8
pera de su cumpleaños se presentó un individuo
desconocido gritando ante el senado. Adriano se
irritó contra él, pensando que hablaba sobre su
muerte, aun cuando nadie comprendió sus palabras.
El mismo, al querer decir en el senado «Después de 9
la muerte de mi hijo», dijo «Después de mi muer-
te». Soñó, además, que pedía a su padre una po- 10
ción soporífera. Soñó, igualmente, que un león le
ahogaba.

27 Tras su muerte, muchos lanzaron múltiples im-
properios contra él. El senado quería anular sus ac-
tos. Tampoco le hubiera concedido la apoteosis [113], 2
si no lo hubiera solicitado vivamente Antonino. Fi- 3
nalmente, éste erigió en su honor un templo en
Puzol, en lugar de una tumba, instituyó un certa-
men quinquenal [114], flámenes, cofrades [115] y otras
muchas cosas apropiadas para honrar a alguien

---

[113] La apoteosis (del griego ἀποθέωσις) o deificación es la ceremonia por la cual un mortal es incluido entre el número de los dioses y llamado a participar en sus honores divinos. Desconocida durante la república, se solía decretar para los emperadores tras su muerte, haciéndose de rigor a partir de Nerva. El rito estaba minuciosamente reglamentado y se celebraba durante varios días al término de los cuales el emperador era declarado *diuus* asegurándose su culto decretándole templos, sacerdotes, etc., como se revela en el texto. El término latino equivalente al griego es *consecratio,* cf. Tácito, *Ann.*, XIII, 2; Suetonio, *Dom.*, 2.

[114] El *certamen quinquennal* fue instituido por primera vez por Nerón, según Suetonio (*Nero,* 12, 3) de tal forma que se le llamó también *Neronianum* (*Nero,* 21). Consistía en competiciones triples: musicales, gimnásticas y ecuestres.

[115] El texto latino dice *flamines et sodales. Flamen* era el título dado a los sacerdotes romanos que estaban al servicio de una divinidad y se distinguían de acuerdo con el nombre del dios del que eran ministros, v. g., *Dialis,* de Júpiter, *Martialis,* de Marte, etc. En el imperio, como indica el texto, se nombran flámenes para encargarse del culto a los emperadores divinizados. Los *sodales* son los individuos que pertenecen a una misma corporación a la que se confiaba el culto de un emperador divinizado. Los aquí citados son los llamados *sodales Hadrianales.*

a quien se considera como una divinidad. Como ya 4
hemos dicho, muchos piensan que fue por esto por lo que Antonino fue llamado Pío.

2. ELIO

(Elio Esparciano)

1 A Augusto Diocleciano, su súbdito, Elio Esparciano, salud.

Tengo la intención, ¡oh, Augusto Diocleciano, el más eximio entre tantos emperadores!, de exponer para conocimiento de tu divinidad no solamente la vida de aquéllos que han ostentado la dignidad de príncipes en esa posición privilegiada [1] que tú mantienes, como he hecho hasta el divino Adriano, sino también la de aquéllos que recibieron el nombre de Césares, sin haber sido emperadores o Augustos, o la de aquéllos que de cualquier otro modo llegaron a suscitar los rumores o a concebir la esperanza de
que iban a alcanzar el poder. De entre ellos, debo 2
hablar, en primer lugar de Elio Vero, que fue el primero que recibió solamente el título de César [2] al ser acogido en la familia imperial mediante la adop-
ción de Adriano. Y, puesto que son demasiado po- 3
cos los hechos que hay que narrar y dado que el prólogo no debe ser más extenso que la narración, empezaré ya a hablar de él.

---

[1] Traducción del término *statio,* cuyo sentido militar es el de «puesto de guardia, sitio en el que se permanece, mansión». También se aplica a los puestos de vigilancia situados en los puertos, ríos, etc. Aquí se refiere, como en otras ocasiones, a la dignidad imperial, cf. *Vero,* 1,6; *Caro,* 1,8; *Avidio Casio,* 7,1.

[2] Al adoptarlo Adriano, recibió el conombre de César, pero, dado que no llegó a ser emperador, no recibió este nombre como título imperial ni ningún otro.

2 Ceyonio Cómodo, que también recibió el nom-
bre de Elio Vero [3], al que adoptó Adriano después
de haber recorrido ya el orbe de la tierra y cuando
ya se veía agobiado por enfermedades cada vez más
siniestras, a medida que su edad se hacía más pesa-
da, no tiene en su biografía nada digno de mención, 2
excepto que fue el primero en recibir solamente el
nombre de César, no por testamento, como era cos-
tumbre hasta entonces, ni de la manera como Tra-
jano fue adoptado, sino casi del mismo modo que
en nuestros tiempos Maximiano y Constancio han
sido nombrados Césares por vuestra Clemencia,
como si se tratara de determinados hijos de empe-
radores, designados herederos de la augusta majes-
tad por su virtud.

Y, puesto que se debe decir algo sobre el nom- 3
bre de César, sobre todo en la biografía del hom-
bre que alcanzó este nombre sin otros títulos, los
escritores más sabios y eruditos piensan que el pri-
mero al que llamaron César recibió dicho nombre
porque mató en una batalla a un elefante, animal
que en la lengua de Mauritania se llama *caesai*, o 4
porque nació después de haber fallecido su madre
tras haberla seccionado el vientre, o porque fue
dado a luz ya dotado de una larga cabellera, o por-
que tenía los ojos de color azul celeste *(caesii)*, más
intenso de lo que es habitual en los hombres. Cier- 5
tamente, cualquiera que fuera la causa, fue un hado
feliz el que hizo florecer este nombre tan ilustre y
que estaba destinado a perdurar con la eternidad
del universo.

Pues bien, el hombre de que estamos hablando, 6
recibió primeramente el nombre de Lucio Aurelio
Vero; ahora bien, después de que Adriano le ads-
cribió a la familia de los Elios, es decir, a la suya,
cambió dicho nombre recibiendo el de César. Su 7

[3] Cf. *Adriano,* 23,11, y n. 103.

padre fue Ceyonio Cómodo, a quien unos llama-
ron Vero, otros Lucio Aurelio y otros muchos
Anio. Sus antepasados, todos nobilísimos, proce- 8
dían en su mayor parte de Etruria o de Faenza. 9
También hablaremos de la familia de éste con más
extensión en la biografía de su hijo Lucio Aurelio
Ceyonio Cómodo Vero Antonino, a quien Anto-
nino adoptó por orden de Adriano. En efecto, esta 10
biografía es la que debe contener todos los detalles
que afectan a la genealogía de la familia que cuenta
con un emperador sobre el que deben darse múlti-
ples noticias.

3 Elio Vero fue adoptado por Adriano por aquella
época en que, como dijimos, tenía poco vigor físi-
co y cuando pensaba en la necesidad de contar con
un sucesor. Recibió en seguida el nombramiento de 2
pretor y se le encomendó la provincia de Panonia
en calidad de jefe militar y gobernador [4]. Poco des-
pués fue elegido cónsul y, puesto que estaba desti-
nado a asumir el poder imperial, se le nombró cón-
sul por segunda vez. Se ofreció un congiario [5] al 3
pueblo con ocasión de su adopción y se repartie-
ron entre los soldados tres millones de sestercios;
se organizaron juegos circenses y no se omitió nada
que pudiera aumentar la alegría del pueblo. Gozó 4
de tanta influencia ante el emperador Adriano que, de-
jando aparte el afecto demostrado con su adopción,
por el cual se sentía más unido a él, era el único
que conseguía lo que quería, incluso si se lo pedía
por carta. Y, desde luego, no descuidó la provin- 5
cia que se le había encomendado: en efecto, al- 6
canzó la fama, sino de excelente, sí al menos de
buen general porque llevaba a cabo sus empresas
con éxito, o mejor dicho, con feliz fortuna. No obs- 7
tante, su salud fue tan escasa que Adriano se arre-

[4] *Dux et rector.* Esparciano utiliza aquí estos términos con el sentido que tuvieron en época posterior a Adriano.

[5] Cf. n. 101 a *Adriano.*

pintió casi nada más adoptarlo y, si hubiera vivido durante más tiempo, posiblemente lo habría apartado de la familia imperial, puesto que pensaba con frecuencia en adoptar a otros candidatos. En fin, 8
cuentan los autores que escribieron con mayor detalle la biografía de Adriano que éste conoció el horóscopo de Vero y que le había adoptado, a pesar de no estar muy de acuerdo con su capacidad para gobernar el Estado, solamente porque quería satisfacer su pasión, y según algunos, para cumplir un juramento que dicen que él y Vero habían contraído con cláusulas secretas. Mario Máximo asegura 9
que Adriano fue perito en astrología y su afirmación la corrobora diciendo que él tuvo conocimiento de todo en torno a su persona, de tal manera que escribió minuciosamente, antes de que ocurriera, lo que iba a acontecer durante todos los días de su vida hasta la hora de su muerte.

4 Además, es bien sabido que solía repetir con frecuencia refiriéndose a Vero:

«Los hados solamente mostrarle han a la tierra;
pero no le permitirán vivir por más tiempo.» [6] 2

Y cuando en una ocasión cantaba estos versos mientras daba un paseo por un jardín y se le acercó uno de los literatos, con cuya compañía disfrutaba Adriano porque le resultaba agradable, pretendiendo completarlos con estos otros:

«¡Oh, dioses!, la estirpe romana os habría parecido demasiado poderosa,
si hubiera alcanzado estos dones.» [7]

---

[6] Virgilio, *Aen.*, VI, 869. Este y los otros pasajes siguientes aluden a Marcelo, sobrino de Augusto, muerto en el año 33 a de C.

[7] *Ibid.*, *Aen.*, VI, 870.

dicen que Adriano respondió: «La vida de Vero no 3
admite estos versos», añadiendo a continuación este pasaje:

> ... «dad lirios a manos llenas;
> esparciré flores de púrpura, y el alma de mi nieto
> colmaré con estos dones al menos, y le rendiré
> este vano homenaje [8].

Se dice que entonces también dijo esta frase, al 4
tiempo que sonreía: «He adoptado a un dios, no a 5
un hijo.» Ahora bien, cuando uno de los literatos que estaba presente trataba de consolarle diciendo: «¿Y qué ocurriría si no se hubiera calculado correctamente el horóscopo de este hombre, pues creemos que él vivirá más tiempo?», dicen que Adriano respondió: «Tú dices esto sin importarte un bledo, porque buscas un heredero de tu patrimonio,
no del Estado.» De ello se deduce que tuvo la in- 6
tención de elegir otro candidato y, al final de su
vida, apartar a Vero de los asuntos del Estado. Pero 7
los acontecimientos favorecieron sus planes. En efecto, Elio murió debido a una ingestión de una bebida, con la que consideraba que se iba a curar, el día de las calendas de enero, cuando había regresado ya de su provincia y había dejado redactado un bellísimo discurso, que se lee todavía hoy, compuesto por él personalmente o con la ayuda de sus bibliotecarios o la de sus maestros de elocuencia, para dar las gracias a su padre Adriano en esa mis-
ma fecha. Adriano dio la orden de que no se guar- 8
dara luto oficial, porque lo impedían los votos solemnes [9] que se efectuaban ese día.

5 Vero llevó una vida muy agradable. Fue versado en las letras y, según dicen los maldicientes, más es-

---

[8] *Ibid.*, VI, 883.

[9] Cf. *Adriano,* 23, 16 y n. 105.

timado por Adriano por su belleza que por sus cos-
tumbres. No vivió en la corte imperial durante mu- 2
cho tiempo y, aunque en su vida privada no fue dig-
no de elogio, no obstante, no mereció ser criticado
mostrándose además atento con su familia, elegan-
te, hermoso, de belleza regia, de rostro venerable,
de elevada elocuencia, versificador fácil y aventaja-
do en el conocimiento de la política. Los autores
de sus biografías dicen que se entregó a múltiples 3
placeres, no deshonrosos ciertamente, pero sí un
tanto disipados. En este sentido, se dice que fue
Vero el inventor del «tetrafármaco» [10], o más bien 4
del «pentafármaco»que después usó habitualmente
Adriano, a saber, un combinado de tetina de cerda,
faisán, pavo, jamón adobado y jabalí. Las referen- 5
cias de Mario Máximo sobre este tipo de alimento
son distintas, pues le llama no «pentafármaco», sino
«tetrafármaco», como nosotros también hemos ex-
puesto en la vida de Adriano. Corren rumores tam- 6
bién sobre otro tipo de diversión que había inven-
tado Vero: había ordenado la instalación de un le- 7
cho [11], en el que descansaban cuatro cojines, cerra-
do por todas las partes con una menuda redecilla;
lo rellenaba con pétalos de rosa de los que había eli-
minado la parte blanca y, después, acostándose con
sus concubinas, se cubría con un cobertor hecho
de lirios tras haberse perfumado con aromas per-
sas. Hay ahora algunos que recuerdan frecuente- 8
mente que construyó lechos y mesas de rosas y li-
rios cuidadosamente escogidos, inventos que, aun-

---

[10] Cf. *Adriano*, 21, 4 y n. 93.

[11] Se refiere al lecho *(lectus)* para recostarse. Los había de distintos tipos. El *cubicularius* (cf. Cicerón, *Diu.*, II, 65) para dormir, el *lectus genialis* o nupcial, decorado con gran riqueza, el *lectus aduersus*, llamado así porque estaba emplazado en el mismo atrio, frente a la entrada de la casa, el *lectus triclinarius*, para acoger tres personas recostadas durante la comida y el *lectus funebris* sobre el que se llevaban los cadáveres a enterrar. Aquí se trata del primero.

que no son decorosos, no se prestan, sin embargo,
a la ruina del Estado. Se dice también que tenía ha- 9
bitualmente en su lecho las recetas de Apicio [12] (re-
copiladas por otros autores), los Amores de Ovi-
dio, y que afirmaba que Marcial [13], poeta epigra-
mático, era su Virgilio, y que se lo sabía de memo-
ria al pie de la letra. Algunos recuerdan invencio- 10
nes suyas más frívolas, por ejemplo, que en repe-
tidas ocasiones dotó de alas a sus mensajeros, imi-
tando a las de Cupido [14], y les impuso a menudo
los nombres de los vientos, al uno Bóreas, al otro
Noto, a éste Aquilón, a aquél Cierzo u otros nom-
bres similares, obligándoles a correr infatigable-
mente y en condiciones inhumanas. Igualmente a 11
su esposa, que se quejaba de sus placeres extrama-
trimoniales la contestó, según dicen: «Déjame ejer-
citar mis pasiones con otras: pues el nombre de es-
posa significa dignidad, no pasión.»

Su hijo es Antonino Vero, que fue adoptado por 12
Marco —o mejor, con Marco—, con el que com-
partió el imperio con igual poder. En efecto, son és- 13
tos los dos primeros que recibieron el título de Au-
gustos y sus nombres aparecen así registrados en
las listas de los cónsules de modo que se les llama,
no los dos Antoninos, sino los dos Augustos. Y la 14
novedad e importancia de este hecho tuvo tanta in-

[12] M. Gavio Apicio (¿25 a de C.?), célebre gastrónomo, autor de un tratado de recetas sobre salsas *(De condituris)* desarrollado hacia el año 400 en un manual de arte culinaria *(De re coquinaria)* y prescripciones dietéticas.

[13] M. Valerio Marcial, nacido en Bílbilis, la actual Calatayud, entre el 38 y el 41, autor de catorce libros de epigramas.

[14] Dios del amor, hijo de Venus. Se le representa como un niño provisto de alas, porque la pasión que inspira no es duradera.

fluencia, que algunos de los fastos consulares [15] comienzan la lista de los cónsules por ellos.

6 En atención a su adopción, Adriano ordenó que distribuyeran cantidades de dinero al pueblo y a los
soldados. Pero, como era un hombre bastante in- 2
genioso, al ver que tenía una salud debilísima, hasta el punto de que no era capaz de mover un es-
cudo de bastante grosor, se dice que comentó: «He- 3
mos perdido los tres millones de sestercios repartidos al ejército y al pueblo, puesto que nos hemos apoyado demasiado en una pared frágil y que no es capaz de sostener firmemente el Estado, ni tam-
poco a nosotros mismos». Estas palabras las dijo 4
Adriano en una conversación que mantuvo con su
prefecto. Como éste divulgó las palabras del empe- 5
rador y, como consecuencia de ello, Elio se puso casa día más grave por la inquietud en que se sumió, típica en un hombre desesperanzado, Adriano sustituyó al prefecto por sus revelaciones, deseando dar la impresión de que había suavizado el
tono de sus siniestras palabras. Pero no sirvió de 6
nada, porque, como dijimos, Lucio Ceyonio Cómodo Vero Elio César (pues recibió todos estos nombres) murió y fue sepultado con ritos funerarios propios de un emperador, sin haber obtenido ningún provecho de su realeza, salvo la considera-
ción que se dio a su muerte. En consecuencia, 7

[15] Los fastos *(fasti)* eran unos almanaques grabados sobre piedra de mármol que se exponían en recintos públicos para su consulta. Los había de dos tipos: *fasti sacri* o *Kalendares,* semejantes a nuestros almanaques, que señalaban los días de fiesta, los laborables, los mercados, etc., a los que se añadían fechas cronológicas de los acontecimientos importantes de Roma. Los *fasti annales, historici* tenían registrados los nombres de los cónsules *(fasti consulares)* y de otros magistrados, con la indicación de la fecha de entrada en el cargo y de su retirada. El nombre de *fasti* viene de una elipse de la expresión *fasti dies* «días faustos». Como para señalar éstos había que anotar también los «días infaustos», *fasti* significó simplemente, como hemos visto, «lista de días», «almanaque».

Adriano lloró su muerte como un buen padre, no
como un buen príncipe. Efectivamente, cuando sus
amigos preocupados le preguntaban sobre el can-
didato que tenía la posibilidad de ser adoptado, se
dice que les contestó: «Ya lo tenía decidido, inclu-
so en vida de Vero.» Respuesta que revela su buen 8
juicio, o su conocimiento del porvenir. Finalmen- 9
te, después de la muerte de Vero,tras dudar duran-
te bastante tiempo sobre lo que debía hacer, adop-
tó a Antonino, llamado Pío. Le impuso la condi-
ción de que adoptara, a su vez, a Marco y a Vero y
que diera a su hija en matrimonio a Vero, no a Mar-
co. Y Adriano no vivió durante mucho tiempo, 10
aquejado ya por el abatimiento y por enfermeda-
des de distinto tipo, repitiendo muchas veces que
un emperador debía morir sano, no enfermo.

7 Adriano ordenó que se emplazaran por todo el
orbe estatuas de gran tamaño en honor a Elio Vero
y templos en algunas ciudades. Finalmente, como 2
ya hemos dicho, en atención a los méritos de éste,
Adriano confió a su hijo Vero a Antonino Pío, para
que le adoptara junto con Marco, puesto que aquél
era nieto suyo y había permanecido tras la muerte
de Elio en su propia familia, repitiendo una y otra
vez estas palabras: «Ojalá la república conserve al-
guna cosa de Vero.» Sin duda, esto contradice lo 3
que un gran número de escritores han publicado so-
bre los remordimientos de Adriano en torno a esta
adopción, puesto que el segundo Vero no poseyó
nada digno en su conducta que diera esplendor a la
familia imperial, excepto su clemencia.

Estas son las noticias sobre Vero, que se han re- 4
señado por escrito. Y la razón por la que yo no le 5
he silenciado es porque me he propuesto exponer
las biografías de todos los que después del dictador
César, esto es, después del divino Julio, recibieron
el nombre de Césares, Augustos o emperadores, y
las de los que han obtenido la adopción o han sido
consagrados con el título de Césares por ser hijos

o parientes de los emperadores, con lo cual yo cumplo con mis íntimos sentimientos, aunque a muchos no les acucie la necesidad de conocer tales cosas.

3. ANTONINO PIO

(Julio Capitolino)

1 El linaje paterno de Tito Aurelio Fulvo Boyonio
Antonino Pío [1] procedía de la Galia Transalpina,
de la ciudad de Nimes, en concreto. Su abuelo fue 2
Tito Aurelio Fulvo quien, después de haber ocu-
pado diversos cargos públicos, llegó a alcanzar un
segundo consulado [2] y la prefectura de la Ciudad. 3
Su padre fue Aurelio Fulvo que también fue cón-
sul, hombre austero e íntegro; su abuela materna 4
fue Boyonia Procila; su madre, Arria Fadila; su
abuelo materno, Arrio Antonio, dos veces cónsul [3],
hombre piadoso y que se compadecía de Nerva por
haber asumido el poder imperial; su hermana de 5
madre, Julia Fadila; su padrastro, Julio Lupo, de
rango consular; su suegro, Anio Vero y su esposa, 6
Ania Faustina. Tuvo dos hijos varones [4], dos hijas 7
y dos yernos, Lamia Silano casado con la hija ma-
yor [5] y Marco Antonino, casado con la menor [6].
Antonino Pío nació el día 13 de las calendas de 8
octubre en la villa de Lanuvio durante el duodéci-

[1] El nombre correcto anterior a la adopción, como se constata en una inscripción, era T. Aurelio Fulvo Boyonio Arrio Antonino.
[2] Su primer consulado fue en el año 85.
[3] Su primer consulado fue en el año 69.
[4] M. Aurelio Fulvo Antonio y M. Galerio Aurelio Antonino, cf. C.I.L., VI, 984 y 989.
[5] Aurelia Fadila.
[6] Ama Galeria Faustina. Para su matrimonio con Marco, cf. 10,2.

mo consulado de Flavio Domiciano y el primero
de Cornelio Dolabela. Se educó en Lorio, que se
halla ubicada en la vía Aurelia, donde después cons-
truyó Antonino un palacio del que aún hoy se con-
servan ruinas. Pasó su niñez primeramente con su 9
abuelo paterno, luego con su abuelo materno, tra-
tando a todos sus familiares con piadoso afecto, por
lo que se vio enriquecido con la legación heredita-
ria de sus primos hermanos, de su padastro y de
muchos parientes.

2 Fue un hombre de notable belleza, de preclaro
talento, de moderadas costumbres, de expresión
noble, de plácido semblante, de carácter singular,
de brillante elocuencia, de particular erudición, so-
brio y celoso, aficionado al campo, gentil, genero-
so y respetuoso con lo ajeno, y mesurado y sin pre- 2
sunción en todas estas virtudes, loable, en fin, en
todo y digno de ser parangonado con razón con
Numa Pompilio a juicio de los hombres de bien. 3
El senado le dio el nombre de Pío porque, ante to-
dos los senadores, ayudaba a levantarse a su suegro
ya fatigado por la edad, ofreciéndole su mano (aun-
que esto no constituye una prueba de piedad tan re-
levante como para ostentar este título, puesto que
es más bien impío quien no realiza estas acciones,
que piadoso el que cumple con lo que está obliga-
do), o porque salvó a aquéllos a los que Adriano 4
había obligado a darse la muerte cuando ya se ha-
llaba enfermo, o porque decretó que se tributaran 5
a este emperador, contra la voluntad general, infi-
nitos e inmensos honores después de su muerte, o 6
porque, cuando Adriano intentó suicidarse, consi-
guió que no lo llevara a efecto merced a que le so-
metió a una vigilancia intensa y meticulosa, o por- 7
que fue realmente clementísimo por naturaleza y
no realizó durante su vida ninguna maldad. El mis- 8
mo exigió un interés del 3 por 100 al mes, es decir,
un interés mínimo, con la intención de ayudar a
muchos con sus bienes personales. Ejerció la cues- 9

tura con liberalidad [7] y la pretura con magnificen-
cia y desempeñó su consulado con Catilio Severo [8]. 10
Durante el tiempo que vivió como un simple ciu-
dadano, residió con mucha frecuencia en sus pose-
siones y dejó buena fama en todos los lugares. 11
Adriano le eligió entre los cuatro excónsules encar-
gados de la administración de Italia, confiándole el
gobierno de aquella parte de la península donde te-
nía el mayor número de posesiones de manera que
así Adriano velaba por el honor y la tranquilidad
de un hombre tan eximio.

3 Cuando era gobernador de Italia, le ocurrió un
presagio que le anunciaba el imperio pues, al subir
a ocupar el tribunal, recibió la siguiente aclamación,
entre otras: «Oh Augusto, que los dioses te guar-
den». Ejerció el proconsulado [9] en Asia con tal rec- 2
titud que sólo él sobrepasó a su abuelo. Durante el 3
desempeño de dicha magistratura, recibió otro au-
gurio del poder, del modo siguiente: mientras que
una sacerdotisa de Trales [10] solía saludar siempre a
los procónsules según la costumbre habitual incor-
porando en el saludo este título, en su caso se equi-
vocó, pues no dijo «Salud, procónsul» sino «Salud
emperador». También en Cízico [11] apareció trasla- 4
dada una corona de la estatua de un dios a la suya. 5
Y, después de su consulado, apareció en el jardín
un toro de mármol colgado por los cuernos de las
ramas de un árbol que había crecido súbitamente;
un rayo cayó sobre su casa sin dañarle, cuando el

---

[7] Alrededor del año 111.

[8] L. Catilio Severo, hermano de Plinio , cf. *Epist.*, I,22 III,12. Fue cónsul por segunda vez en el año 120, cf. *Adriano*, 5,6.

[9] Durante el principado recibían el nombre de procónsules, aunque no hubieran sido cónsules, los gobernadores de la provincias senatoriales. Tuvieron a sus órdenes a los *legati* y a los cuestores y, junto al mando del ejército, ostentaban la suprema jurisdicción en materia civil y criminal, asumiendo funciones similares a las del cónsul en la metrópoli.

[10] Ciudad de Lidia.

[11] Ciudad de Frigia.

cielo estaba despejado; en Etruria se encontraron en la superficie de la tierra unas tinajas que anteriormente habían estado enterradas, un enjambre de abejas cubrió las estatuas que le habían erigido a lo largo de Etruria y frecuentemente recibió avisos entre sueños para que incorporara la estatua de Adriano a sus Penates [12].

Perdió a su hija mayor cuando se dirigía a tomar 6
posesión del proconsulado. Se propalaron muchos 7
rumores sobre su esposa por el excesivo libertinaje y la gran frivolidad con que vivía, rumores que él
trató de ocultar con dolor de su espíritu. Después 8
de su proconsulado, habló frecuentemente en las reuniones del consejo de Adriano, en Roma, sobre todos los asuntos que consultaba el emperador, ofreciendo siempre la opinión más benigna.

4 Dicen que la adopción se realizó en la siguiente manera: después de la muerte de Elio Vero, al que Adriano había adoptado y concedido el título de
César, se celebraba una sesión en el senado. A ella 2
acudió Arrio Antonino ayudando a caminar a su suegro y por ello, según cuentan, Adriano le adop-
tó. Pero ésta no pudo, ni debió ser, en modo algu- 3
no, la única causa de la adopción, máxime cuando Antonino había desempeñado siempre correctamente sus cargos públicos y se había comportado de una manera irreprochable y digna en el ejercicio
de su proconsulado. Así pues, cuando Adriano hizo 4
público que quería adoptarle, aceptó un tiempo
para deliberar si quería ser adoptado. La ley de 5
adopción contenía estas cláusulas: que, así como Adriano adoptaba a Antonino, éste debía adoptar,

[12] Los Penates eran los dioses de la casa, a los que se creía dispensadores de todos los bienes que caían sobre la familia. Se los colocaba como si fueran un tesoro en lo más oculto de la casa. Los había públicados y privados. Se les tributaba honor celebrando sacrificios e interrumpiendo la comida diaria para ofrecerles una parte de los alimentos.

a su vez a M. Antonino, hijo de su cuñado y a
L. Vero, hijo de Elio Vero, al que adoptó Adriano,
recibiendo después el nombre de Vero Antonino. 6
La adopción se llevó a cabo el día 5 de las calendas
de marzo y, en la sesión del senado de ese día, agra-
deció a Adriano los sentimientos que había mos-
trado hacia él. Se le designó como colega de su pa- 7
dre adoptivo en el poder proconsular y en la po-
testad tribunicia [13]. Dicen que fue esta la primera 8
frase que pronunció cuando su esposa le criticaba su
poca generosidad con los suyos respecto a un asun-
to que desconocemos: «Necia, después de que he al-
canzado el imperio, he perdido incluso lo que an-
tes poseía». Distribuyó un congiario de su propio 9
peculio a los soldados y al pueblo, así como todo
lo que les había prometido su padre. Contribuyó 10
con grandes cantidades a las obras emprendidas por
Adriano y devolvió a los itálicos todo el oro coro-
nario [14] que había sido ofrecido con motivo de su
adopción y, a las provincias, la mitad.

5 Obedeció con gran escrupolosidad a su padre
adoptivo mientras este vivió. Pero, después de que
murió en Bayas [15], trasladó piadosa y reverente-
mente sus restos a Roma y los depositó en los jar-
dines de Domicia, elevándole a la categoría de los
dioses a pesar de la oposición general [16]. Dio per- 2
miso al senado para que confiriera el título de Au-
gusta a su esposa Faustina. Recibió el título de Pío.

---

[13] Por el poder proconsular el príncipe ostentaba el mando supremo y la jefatura de las fuerzas armadas y por la potestad tribunica su persona se hacía inviolable obteniendo el «derecho de auxilio», de «coerción» y de «intercesión». La asunción de los dos poderes, que eran la base del poder imperial, convertían a Antonino Pío en copartícipe del imperio.

[14] Para el nombre de estas coronas, cf. *Adriano,* 6,5 n. 36. Como se advierte aquí, la utilización del oro de este impuesto era más amplia que en origen (para coronas triunfales).

[15] Cf. *Adriano,* 25,6.

[16] *Ibid.,* 27,2.

Aceptó con agrado la asignación de estatuas en honor de su padre, de su madre, y de sus abuelos y hermanos, una vez muertos. No rechazó los juegos circenses que le dedicaron el día de su natalicio [17], rehusando en cambio otros honores. Ofrendó un escudo de extraordinaria magnificencia para honrar a Adriano e instituyó un colegio sacerdotal [18].

Al ser elegido emperador, no nombró ningún su- 3
cesor para sustituir a los hombres que había promovido Adriano a algún cargo y mostró tanta firmeza que mantuvo a los buenos gobernadores en
sus provincias durante siete y nueve años. Afrontó 4
un buen número de guerras valiéndose de sus legados. En efecto, venció a los britanos por medio de su legado Lolio Urbico, quien levantó otro muro de césped [19] tras remover de allí a los bárbaros y, por medio de sus generales y legados, obligó a los mauritanos también a pedir la paz y sometió a los germanos, dacios y otros muchos pueblos, incluyendo entre ellos a los judíos que habían reanuda-
do las hostilidades. Reprimió las sublevaciones que 5
surgieron en Acaya y en Egipto. Refrenó con frecuencia las incursiones de los alanos.

6 Ordenó a sus procuradores cobrar los tributos con moderación, exigió a los que se extralimitaban rendir cuenta de sus actos y nunca se alegró del lucro con que se oprimía a los habitantes de las pro-
vincias. Escuchó con agrado a los que le presenta- 2
ban quejas contra sus procuradores. Pidió en el se- 3
nado perdón para los condenados por Adriano, asegurando que el propio emperador habría adoptado
también esta misma actitud. Llevó la dignidad im- 4

[17] Se concedió el mismo honor a Adriano, cf. *Adriano*, 8,2.
[18] El de los *Sodales Hadrianales* mencionado en *Adriano*, 27,3.
[19] Su extensión era de 60 kilómetros, desde el río Forth al Clyde.

perial al más alto grado de moderación [20]. Por ello
se encumbró aún más en tanto que arreciaban las
protestas de los servidores de palacio, que ya no po-
dían en ningún momento aterrorizar a nadie ni ven-
der decisiones que ya se habían hecho públicas [21],
puesto que él no realizaba ya ninguna gestión va-
liéndose de intermediarios. Fue tan respetuoso con 5
el senado siendo emperador, como deseó que lo fue-
ran otros príncipes con él cuando era un ciudada-
no particular. Aceptó con muestras de profundo 6
agradecimiento el título de Padre de la patria que
la había ofrecido el senado y que en primera ins-
tancia rechazó. Durante el tercer año de su gobier- 7
no, perdió a su esposa Faustina a la que el senado
había divinizado [22], después de haber decretado en
su honor juegos circenses, la construcción de un
templo [23], la institución de un colegio de sacerdo-
tisas y la erección de estatuas de oro y de plata,
mientras que él, por su parte, la concedió también
el honor de que su estatua se hallara presente en to-
dos los juegos circenses. Aceptó la erección de una 8
estatua de oro que el senado le había concedido. A 9
petición de esta asamblea, nombró cónsul a M. An-
tonino, que aún era cuestor. Confirió este mismo 10
cargo antes de la edad reglamentaria a Anio Vero,
que después recibió el nombre de Antonino. No 11
tomó ninguna decisión ni sobre las provincias, ni
sobre empresa alguna, si no la había consultado an-
tes a sus amigos, y redactaba los decretos de acuer-

[20] El texto latino dice *ad summam ciuilitatem*. Para el sentido de este término, cf. I. Lana, *Civilis, ciuiliter, ciuilitas in Tacito e in Suetonio*, «Att. Ac. Sc. Torino», 106, 1972, 465-487.

[21] El texto alude a la práctica de traficar con las decisiones del emperador, valiéndose de su conocimiento para suscitar falsas esperanzas, en latín *fumos uendere*, cf. 11,1; *Alejandro Severo*, 23,8; 36,2.

[22] Esta divinización se constata por muchas monedas en las que aparece acuñado el título de *Diua Faustina*.

[23] La actual iglesia de S. Lorenzo in Miranda.

do con sus opiniones. Por cierto, éstos pudieron 12
contemplarle ataviado con el atuendo de un ciudadano normal y realizando ciertos menesteres domésticos.

7 Gobernó a los pueblos que le estaban sujetos con tanto esmero, que cuidaba de todo y de todos como
si fueran propiedades suyas. Bajo su gobierno pros- 2
peraron todas las provincias. Los cuadruplatores[24]
fueron eliminados. Las confiscaciones de los bienes 3
nunca fueron tan escasas como durante su reinado de tal modo, que sólo se proscribió por orden del senado a un individuo, llamado Atilio Ticiano, como reo de pretender el trono, ahora bien, Antonino prohibió que se buscara a los cómplices, prestando además ayuda incondicional y en múltiples
ocasiones a su hijo. Pereció también Prisciano 4
como reo del mismo delito, pero porque se suicidó voluntariamente. Y él vetó una investigación sobre esta conjura.

Su modo de vivir fue tal, que primaba en él la 5
magnificencia sin llegar a hacerse criticable y la economía sin caer en la ruindad; y su mesa se proveía solamente por sus propios sirvientes, sus pajareros,
pescadores y cazadores. Puso a disposición del pú- 6
blico gratuitamente unos baños que habían estado a su servicio y en ninguna ocasión cambió ninguno de los hábitos que habían presidido su vida priva-
da. Suprimió los salarios de muchos que veía que 7
los percibían a pesar de mantenerse ociosos, alegando que no había cosa más vergonzosa, o incluso más cruel, que el que arruinaran a la república aquellos individuos que no aportaban nada a ella
con su trabajo. Por esta razón también disminuyó 8
el salario del poeta lírico Mesomedis. Tuvo un es-

[24] El texto latino dice *quadruplatores:* son los delatores del delito de usura que se castigaba haciendo devolver el cuádruplo de los intereses percibidos, de donde recibían el nombre.

pecial conocimiento de las cuentas de todas las pro-
vincias y de lo que suponían sus rentas. Otorgó a 9
su hija sus bienes patrimoniales privados, pero lo
que ellos producían lo entregó al Estado. Vendió 10
los ornamentos imperiales innecesarios y algunas
propiedades y vivió en sus propias fincas rústicas,
cambiando de una a otra según las distintas esta-
ciones. No realizó ningún viaje, a excepción del 11
efectuado a sus propias posesiones y a Campania,
alegando que el cortejo de un emperador, aunque
fuera muy sencillo, resultaba gravoso para los ha-
bitantes de las provincias. Y, aunque residía en 12
Roma para poder enterarse más pronto de las no-
ticias que llegaban de todas las partes del mundo,
por ser el centro del imperio, sin embargo, gozó de
un gran prestigio entre todos los pueblos.

8 Distribuyó un congiario al pueblo y añadió un
segundo donativo a los soldados. Instituyó en ho-
nor de Faustina un colegio de doncellas sufragado
con fondos del Estado, a las que dio el nombre de
Faustinianas [25]. Subsisten todavía las siguientes 2
obras públicas realizadas bajo su iniciativa: el tem-
plo de Adriano en Roma consagrado para honrar
a su padre, el Grecostadio [26], restaurado después
de haberse incendiado, el anfiteatro [27] reconstrui-
do de nuevo, el sepulcro de Adriano [28], el templo

[25] Se conservan monedas con el título *Puellae Faustininianae*, acuñadas para honrar la memoria de Faustina.

[26] El Grecostadio o Grecostasis era, según unos autores, un edificio en el Foro Romano donde los embajadores de las naciones extranjeras se alojaban a costas del Estado durante el tiempo que ejercían su misión: según otros, una especie de plataforma que ocupaban dichos embajadores para asistir a las sesiones del senado. Los restos arqueológicos hallados al Noreste del Palatino (tres columnas corintias con parte de entablamento) no permiten deducir con certeza las características de esta construcción.

[27] Se trata del Coliseo, anfiteatro por excelencia.

[28] El *Mausoleum Hadriani* iniciado por este emperador, cf. *Adriano*, 19,11.

de Agripa, el puente Sublicio [29]; el Faro restaura- 3
do, el puerto de Cayeta, la reforma del puerto de
Terracina, los baños de Ostia, el acueducto de An-
cio y los templos de Lanuvio. Ayudó además con 4
dinero a un gran número de ciudades, para que rea-
lizaran nuevas construcciones o restauraran las an-
tiguas, y ofrecía su ayuda a los magistrados y se-
nadores de la Ciudad para que pudieran cumplir
sus funciones. Rechazó las herencias de los que te-
nían hijos. Fue el primero que decretó que no que- 5
dara en herencia ninguna legación hecha bajo la
amenaza de algún castigo. A ningún juez ímprobo, 6
en vida, le dio un sucesor, excepto a Orfito, pre-
fecto de la Ciudad, pero a petición propia. En efec- 7
to, bajo su gobierno se mantuvo en el cargo duran-
te veinte años el prefecto del Pretorio Gavio Máxi-
mo, hombre de gran austeridad, al que sucedió Ta-
cio Máximo. Para ocupar su lugar cuando murió, 8
Antonino nombró dos prefectos, Fabio Repentino
y Cornelio Victorino; pero a aquél le hundió la di- 9
famación de que había alcanzado la pretura por la
influencia de una concubina del príncipe. Bajo su 10
reinado ningún senador fue ejecutado, hasta el ex-
tremo de que incluso un parricida que confesó su
crimen fue abandonado en una isla desierta, puesto
que ya no le era lícito vivir de acuerdo con las le-
yes de la naturaleza. Alivió la escasez de vino, de 11
aceite y de trigo, comprando estos alimentos inclu-
so con perjuicio de su propio tesoro y repartién-
dolos gratuitamente al pueblo.

[29] Se llamaba así cualquier puente construido sobre pilotes de madera, llamados *sublicae*, que se elevaba ocasionalmente para distintos menesteres, v.g., para hacer pasar un ejército sobre un río, tal como se ven en los relieves de la columna de Trajano y de Antonino. El *pons Sublicius* por antonomasia es el situado al pie del Palatino que fue construido por Anco Marco, según la tradición, y que después de su destrucción en la guerra contra Porsena, fue edificado sin clavos a fin de que se pudiera retirar o colocar cada vez que fuera preciso.

9 En su reinado ocurrieron las siguientes calami-
dades: el hambre de la que ya hemos hablado, el
derrumbamiento del circo, un terremoto que des-
truyó ciudades de Rodas y Asia, a las que reedificó
en su totalidad de un modo admirable, y un incen-
dio en Roma que aniquiló trescientas cuarenta man-
zanas de casas o viviendas. Ardió la ciudad de Nar- 2
bona, el recinto fortificado de Antioquía y el foro
de Cartago. Se inundó el Tíber, apareció un come- 3
ta, nació un niño con dos cabezas, y una mujer dio
a luz cinco niños en un solo parto. Se vio en Ara- 4
bia una serpiente con cresta más grande que las or-
dinarias, la cual, comenzando por la cola, se devoró
a sí misma hasta la mitad del cuerpo. Hubo tam-
bién en Arabia una epidemia. Nació cebada en las
copas de los árboles en Mesia. Además de estos 5
prodigios, en Arabia cuatro leones domesticados se
ofrecieron espontáneamente para que les captura-
ran.

El rey Farasmanes [30] vino a Roma a visitar a An- 6
tonino y tuvo más deferencias con él que con
Adriano. Nombró a Pacoro rey de los lazos. Una
carta suya fue suficiente para hacer desistir al rey
de los partos [31] de sus ataques a los armenios y bas-
tó también su autoridad para hacer venir de Orien-
te al rey Abgaro. Puso término a los litigios de los 7
reyes. Rechazó por completo las pretensiones del
rey de los partos que volvía a pedir la silla real que
Trajano le había arrebatado. Volvió a enviar a 8
Rhoemetalce al reino del Bósforo, después de ha-
berse enterado del pleito que mediaba entre él y Eu-
pator. Envió tropas al Ponto para auxiliar a los ha-
bitantes de Olbiópolis contra los tauroscitas y ven- 9
ció a éstos imponiéndoles la obligación de entregar
rehenes a los olbiopolitas. Nadie tuvo, ciertamen- 10

[30] Rey de los iberos, cf. *Adriano,* 13,9.
[31] Volageso III, cf. *Marco,* 8,6.

te, tanta autoridad sobre las naciones extranjeras, a pesar de que siempre amó tanto la paz, que solía repetir con frecuencia aquella frase de Escipión en la que éste afirmaba que prefería salvar a un solo ciudadano antes de matar a mil enemigos.

10 El senado decretó que los meses de septiembre y octubre se llamaran respectivamente Antonino y
Faustino, pero Antonino rechazó el decreto. Hizo 2
famosísimas las nupcias de su hija Faustina al desposarse con Marco Antonino [32], hasta el punto de
distribuir un donativo a los soldados. Nombró cón- 3
sul a Vero Antonino después de que ejerció la cues-
tura. En una ocasión en que llamó a Apolonio [33], 4
al que había hecho venir desde Calcis, para que acudiese a la casa de Tiberio donde entonces residía, con el fin de confiarle a Marco Antonino, y aquél le dijo: «No es el maestro el que debe visitar al discípulo, sino el discípulo al maestro», el emperador se rió de él con estas palabras: «Le fue más fácil a Apolonio venir desde Calcis a Roma que desde su casa al palacio». Y censuró la avaricia que él mos-
traba también respecto a sus honorarios. Entre 5
otras pruebas de su piedad se puede citar la siguiente frase que dijo, cuando Marco lloraba la muerte de su educador y los siervos del palacio le invitaban a que dejara de mostrar su ternura: «Dejadle ser hombre, porque ni la filosofía ni el poder ma-
tan los sentimientos». Enriqueció a sus prefectos y 6
los galardonó con los distintivos consulares [34]. Res- 7
tituyó los bienes de sus padres a los hijos de los condenados por concusión, pero con la condición de que ellos devolvieran a las provincias los bienes que
sus padres las habían cobrado. Fue muy propenso 8

[32] *Elio*, 6,9; *Marco*, 6,2; *Vero*, 2,3.

[33] Filósofo estoico, profesor de Marco y Vero, cf. *Marco*, 2,7; 3,1; *Vero*, 2,5. Según *Marco* (2,7) era de Calcedonia; según Dión Casio (LXXI, 351) de Nicomedia.

[34] Cf. *Adriano*, 8,7, n. 43.

al perdón. Organizó unos juegos en los que exhibió elefantes, hienas, tigres y rinocerontes, cocodrilos e hipopótamos, y toda clase de fieras de todas las partes del mundo. Hizo correr también a cien leones acompañados de tigres en una sola carrera.

11 Trató a sus amigos cuando gobernaba de la misma manera que cuando era un ciudadano privado, puesto que jamás pudieron vender en complicidad con los libertos ninguno de sus actos de gobierno [35], suscitando falsas esperanzas, porque fue muy
riguroso en el trato con sus libertos. Gustaba de la 2
habilidad de los comediantes. Le causaba gran placer la pesca, la caza, así como pasear y charlar con los amigos. Pasó con ellos las vendimias [36] como
un simple particular. Ofreció honores y sueldos a 3
los retóricos y filósofos en todas las provincias. Muchos afirmaron que los discursos que se presentan firmados con su nombre son de otros autores,
pero Mario Máximo asegura que fueron suyos. 4
Compartió con sus amigos banquetes privados y
públicos, y no realizó ningún sacrificio mediante 5
sustitutos, salvo cuando se encontró enfermo. 6
Cuando pedía distinciones honoríficas para sí o para sus hijos, hizo todos los trámites como si fue-
ra un ciudadano particular. Asistió ordinariamente 7
también él a los banquetes [37] que daban sus ami-
gos. Entre otras muestras de cortesía que pudieran 8
citarse, una es la siguiente: en una ocasión visitaba

---

[35] Cf. 6,4, n. 21.

[36] El término *uindemia* al que alude el pasaje se aplica literalmente a la recolección de la uva (cf. Varrón *L.L.*, V, 38), pero también a la recolección de otros productos, como las aceitunas (Plinio, *N.H.*, XV,2), la miel (Columela, IX,1,5,1), etc.

[37] Los *conuiuia* (σύνδειπνα) a los que alude el texto eran unas fiestas o banquetes que tenían lugar a horas regulares, por lo que estaban exentos de la idea de libertinaje o exceso; se diferenciaban de la *comissatio*, que era una orgía prolongada después del *conuiuium*.

la casa de Hómulo [38] y, asombrado al contemplar
unas columnas de púrpura, le preguntó dónde las
había comprado, tolerando pacientemente la res-
puesta que éste le dio: «Cuando vayas a una casa aje-
na, mantente mudo y sordo». Por lo demás, siem-
pre acogió sin inmutarse numerosas bromas de este
individuo.

12 Ratificó muchas prescripciones en materia de jus-
ticia y se sirvió de hombres conocedores del dere-
cho, como Vindio Vero, Salvio Valente, Volusio
Meciano, Ulpio Marcelo y Diaboleno. Reprimió las 2
sediciones en cualquier lugar que surgieron, no con
crueldad, sino con moderación. Prohibió sepultar 3
a los muertos dentro de las ciudades. Estableció los
costos máximos de los juegos gladiatorios. Puso el
máximo esmero en aliviar los gastos del servicio de
posta. Rindió cuentas de todos sus actos en el se-
nado y por medio de edictos.

Murió a la edad de setenta años, pero se le añoró 4
como a un adolescente. Dicen que su muerte
ocurrió así: habiendo ingerido durante la comida
queso de los Alpes con gran ansiedad, devolvió por
la noche, y al día siguiente la fiebre le dio escalo-
fríos. Al tercer día, viendo que el mal se agravaba, 5
encomendó el Estado y su hija a Marco Antonino
en presencia de los prefectos y ordenó que transfi-
rieran a ésta la estatua de oro de la Fortuna que so-
lía colocarse en el dormitorio de los emperado-
res [39]; a continuación dio al tribuno la contraseña 6
de «Ecuanimidad» y, volviéndose como si fuera a
dormir, espiró en Lorio. Enajenado, durante el ac- 7
ceso de fiebre no habló más que de la república y
de los reyes con los que se había irritado. Legó a

---

[38] M. Valerio Homulo, cónsul en el año 152, cf. *Marco*, 6,9.

[39] La veneración a Fortuna de manera especial por los emperadores está constatada desde Galba, cf. *Suetonio*, Galba, 4,3. Véase igualmente *Marco*, 7,3 y *Severo*, 23,5.

su hija sus bienes patrimoniales privados. Sin embargo, en su testamento honró a todos los suyos con mandas adecuadas. 8

13 Fue elegante y de elevada estatura. Pero como era alto y viejo y se iba encorvando, se vendaba colocándose tablillas de tilo en el pecho para andar derecho. También de anciano, antes de que llegaban 2
los clientes [40], comía pan seco para mantener las fuerzas. Tenía la voz ronca y sonora pero agradable.

Fue divinizado por el senado, asintiendo todos a 3
porfía, puesto que todos alababan su piedad, su clemencia, su talento y su probidad. Se le decretaron además todos los honores que antes se habían ofrecido a los mejores emperadores. Se hizo merecedor 4
de un flamen [41], de juegos circenses, de un templo y de una cofradía de Antoninianos [42] y, por lo que atañe a su actuación personal, fue el único de casi todos los emperadores que gobernó sin derramar ni una gota de sangre de sus conciudadanos ni de sus enemigos y que con razón puede ser comparado con Numa, pues mantuvo siempre la prosperidad, la religiosidad, la serenidad y las costumbres religiosas de éste.

---

[40] Se llamaban *clientes* a las personas de distinta procedencia que se ponían bajo la protección de un ciudadano *(patronus)* o de un grupo de familias *(gens)*. El lazo que unía e inspiraba las relaciones entre ambos era la *fides*. El *patronus* debía ser el protector y los clientes le debían respeto y sumisión. Una de las obligaciones de los clientes, a la que alude el texto, era acudir todas las mañanas a saludar a su patrón en la *salutatio matutina*, después de la cual éste repartía una porción de provisiones *(sportula)*.

[41] Cf. *Adriano*, 27,3, n. 115.

[42] Los *Sodales Antoniniani*, según el texto latino, creación paralela a la de los *Sodales Hadrianales*, *Flauiales*, etc.

4. MARCO ANTONINO, EL FILOSOFO

(Flavio Vopisco Siracusano)

1 Marco Antonino, que se consagró a la filosofía
durante toda su vida y sobrepasó a todos los de-
más emperadores en pureza de vida, fue hijo de
Anio Vero, quien murió siendo pretor. Su abuelo 2
fue Anio Vero, que alcanzó el consulado dos veces
y la prefectura de la Ciudad, y que fue admitido en-
tre los patricios por los emperadores Vespasiano y
Tito cuando eran censores. El cónsul Anio Libón 3
fue su tío y Galeria Faustina Augusta su tía [1]. Su
madre fue Domicia Calvila, hija de Calvisio Tulio,
que ostentó dos veces el consulado; su abuelo pa- 4
terno fue Anio Vero, oriundo del municipio de Su-
cuba, de Hispania, nombrado senador cuando ya
había dejado la prefectura; su bisabuelo materno
fue Catilio Severo [2], dos veces cónsul y prefecto de
la Ciudad, y su abuela paterna, Rupilia Faustina,
hija del consular Rupilio Bono.
Marco nació en Roma, el día 6 de las calendas de 5
mayo, en una quinta situada en el monte Celio, du-
rante el primer consulado de Augur y el segundo
de su abuelo. Remontándose a su origen, se com- 6
prueba, como afirma Mario Máximo, que su fami-
lia arrastra su sangre del rey Numa [3] y del rey Sa-

---

[1] Cf. *Antonino,* 1,3.
[2] Cf. *Adriano,* 5,10 n. 35.
[3] Numa Pompilio, que sucedió a Rómulo como rey de Roma entre 717-673 y organizó la vida religiosa de la Ciudad.

lentino Malemnio, hijo de Dasumo y fundador de
la ciudad de Lupia [4]. Fue educado en el mismo lu- 7
gar donde nació, y en la casa de su abuelo Vero, si-
tuada al lado del templo de Laterano. Tuvo tam- 8
bién una hermana menor llamada Ania Cornificia [5]
y se casó con una prima hermana suya, llamada
Ania Faustina [6]. Durante sus primeros años, Mar- 9
co Antonino recibio el nombre de Catilio Severo,
que era el de su bisabuelo paterno. Pero, al morir 10
su padre, Adriano le dio el nombre de Anio Verí-
simo, y, después de tomar la toga viril [7], el de Anio
Vero. Una vez muerto su padre, le adoptó y educó
su abuelo paterno.

2 Fue ponderado desde los primeros años de su ni-
ñez. Pero, cuando sobrepasó los años en que los ni-
ños se ven rodeados de las atenciones de sus nodri-
zas, le confiaron a eximios preceptores y así llegó
a conocer los principios de la filosofía. Tuvo como 2
maestros para sus primeros estudios al literato Eu-
forión, al actor cómico Gémino y al músico y geó-
metra Andrón. A todos ellos les mostró muchísi-
ma deferencia como impulsores de dichas discipli-
nas. Además, frecuentó la escuela de gramática del 3
griego Alejandro Cotiense y de los latinos Trosio
Apro, Polión y Eutiquio Próculo de Sica. Aprove- 4
chó la enseñanza de los oradores griegos Aninio
Macro, Caninio Céler y Herodes Atico [8] y del la-

[4] En la Calabria, al sur de Bríndisi.

[5] Ania Cornificia Faustina, que casó con Umidio Cuadrato.

[6] Cf. *Antonino*, 1,7.

[7] Se llamaba toga *pura* o viril la que llevaban ordinariamente los hombres, confeccionada de lana blanca, sin ningún adorno ni color extraño, Cf. Cicerón, *Att.*, V,20.

[8] T. Claudio Ático Herodes, cónsul en el año 143.

tino Frontón Cornelio [9]. Pero, de entre ellos, con- 5
firió grandes honores a Frontón, para el que llegó
a pedir en el senado la concesión de una estatua. A
su vez, promovió a Próculo hasta el proconsulado,
asumiendo los gastos de su promoción. Se entregó 6
con vehemencia al estudio de la filosofía, incluso
cuando era aún un niño. En efecto, tras cumplir los
11 años, asumió primero el atuendo propio de los
filósofos, adquiriendo después su capacidad de
aguante, ya que estudiaba envuelto en el palio grie-
go y dormía en el suelo, aunque, siguiendo a rega-
ñadientes los consejos de su madre, a veces se acos-
taba en un lecho cubierto de pieles. Recibió las en- 7
señanzas también del filósofo estóico Apolonio de
Calcedonia [10], maestro de Cómodo, que estaba
destinado a ser más tarde pariente suyo.

3 Tuvo tanto amor a la filosofía que, aun después
de haber sido admitido en la familia imperial, iba a
casa de Apolonio a recibir lecciones. Escuchó tam- 2
bién a los estoicos Sexto de Queronea, nieto de Plu-
tarco, Junio Rústico, Claudio Máximo y Cina Cá-
tulo pero, como era aficionado a la escuela peripa- 3
tética, escuchó a Claudio Severo, aunque principal-
mente a Junio Rústico, a quien reverenció y siguió,
porque gozaba de un gran prestigio en tiempo de
paz y de guerra, y que era versadísimo en la filo-
sofía estoica, con quien compartió todas las de- 4
cisiones, fueran públicas o privadas, a quien dio
siempre el ósculo de saludo antes que a los prefec-
tos del Pretorio, a quien designó también cónsul por
segunda vez y para quien el senado pidió estatuas

---

[9] M. Cornelio Frontón (100-169), originario de Cirta, cónsul en el año 143 d. de C. Fue un célebre orador. Sus escritos descubiertos en los años 1815 y 1823 en las bibliotecas Ambrosiana y Vaticana contienen principalmente la correspondencia con Marco Aurelio, Antonino Pío y varios amigos, además de una serie de disertaciones y un escrito de consolación a Marco.

[10] Cf. *Antonino,* 10,4.

después de su muerte. Fue tanto el honor que tri- 5
butó a sus maestros, que mantenía imágenes suyas
de oro en su larario [11] y honraba sus sepulcros acu-
diendo a visitarlos y ofreciendo sacrificios y flores. 6
Estudió también jurisprudencia escuchando las en-
señanzas de Lucio Volusio Meciano. Y dedicó tan- 7
to trabajo y esfuerzo a los estudios, que debilitó su
cuerpo, aspecto solo por el que mereció repren-
sión la etapa de su niñez. Asistió también con fre- 8
cuencia a las escuelas públicas de declamadores y,
de entre los alumnos que estudiaron con él, estimó
principalmente a Seyo Fusciano [12] y Aufidio Vic-
torino [13] del orden senatorial, y a Bebio Longo y
Caleno, del orden ecuestre. Se mostró especialmen- 9
te liberal con ellos, actuando de tal manera que en-
riqueció a aquéllos a los que no podía encomendar
un cargo público por el modo de vida que llevaban.

4 Se educó bajo la protección de Adriano que,
como ya dijimos, le llamaba Verisímo y le distin-
guió a los seis años con el honor del caballo públi-
co [14] y a los ocho le nombró miembro del colegio 2

---

[11] Nicho o pequeña capilla con frontón triangular que acoge la imagen pintada o la estatuta del *lar familiaris* o «espíritu de la familia». Además del *lar* se acogían otras divinidades o genios tutelares venerados por los miembros de la familia, así como aquellos personajes que se habían hecho famosos por su santidad o por otras cualidades, como en este caso. Véase cómo honraba Alejandro Severo a su larario en 29 de su biografía.

[12] Prefecto de la Ciudad con Cómodo, cf. *Pertinax*, 4,3.

[13] C. Aufidio Victorino fue comandante en Germania (cf. 8,8), procónsul en Asia y cónsul por segunda vez en el año 183.

[14] Entre las centurias que formaban la clase ecuestre, 18 tenían un censo superior y recibían del Estado el caballo público *(equus publicus)*, es decir, el precio de la compra y sostén del caballo para servir en la caballería. Estos eran los *equites Romani equo publico*, que eran elegidos por los censores, de condición libre, mayores de 18 años y con una renta de 400.000 sestercios cf. *Adriano*, n. 6. Frente a ellos, estaban los simples caballeros que se procuraban ellos mismos el caballo. Después de Adriano, los emperadores concedieron títulos honoríficos de *equites equo público*, como en este caso, que suponía una distinción extraordinaria, aunque no era una realidad en cuanto al servicio.

de los Salios [15]. Siendo miembro de este colegio recibió un presagio sobre su ascenso al poder: en una ocasión, en que, según la costumbre, todos los asistentes a un sacrificio lanzaban sus coronas al lecho [16] de los dioses, mientras que las de otros se adhirieron a distintos lugares, la lanzada por él quedó prendida en la cabeza de Marte como si él la hubiera colocado con su mano. Fue durante el ejercicio de este sacerdocio el primero de los danzarines [17], adivino y maestro, y consagró y rechazó a muchos miembros de esta cofradía, sin que nadie le dictara las fórmulas mágicas rituales pues se las sabía todas de memoria. Tomó la toga viril a los quince años de edad y en seguida se desposó con la hija de Lucio Ceyonio Cómodo, de acuerdo con los deseos de Adriano. Y no mucho después, recibió el nombramiento de Prefecto de las Fiestas Latinas [18]. Durante el ejercicio de este cargo se comportó con gran distinción en presencia de los magistrados y en los banquetes que ofrecía el emperador Adriano. Después, cuando su madre le llamó para hacer las particiones entre él y su hermana, entregó todo el patrimonio de su padre a ésta y respondió que se sentía satisfecho con los bienes que había recibido de su abuelo, agregando que, si así

[15] Cofradía *(sodalitas)* encargada del culto a Marte.

[16] Al *puluinar*, es decir, un colchón o colchoneta que se tendía sobre los lechos o el edredrón que los cubría. Por extensión, la palabra designa los lechos ricamente ataviados sobre los que se colocaban las imágenes de los dioses en la fiesta del *lectisternium* para participar del banquete que se les ofrecía.

[17] *Praesul* es cualquier persona que salta o danza a la cabeza de otros (cf. Cicerón, *Div.*, I,26). Por extensión se aplica, como aquí, al jefe de los salios que todos los años recorría la Ciudad danzando y mostrando a la multitud los escudos sagrados *(ancilia)*.

[18] Las Fiestas Latinas *(Feriae Latinae)* comenzaron posiblemente con la constitución de la federación de los pueblos del Lacio. Se celebraban anualmente durante tres días, de los que dos se dedicaban a distintos festejos y uno a la celebración de un sacrificio ofrecido por los pueblos federados.

lo quería, entregara su madre también a su herma-
na el patrimonio que le correspondía a él, para que
ésta no fuera más pobre que su marido. Era con- 8
descendiente de carácter, de tal manera que algu-
nas veces cedía a la fuerza a salir de caza, asistir al
teatro o presenciar otros espectáculos. Se dedicó 9
también a practicar la pintura siguiendo las instruc-
ciones de Diogneto. Tuvo afición por el boxeo, las
luchas, las carreras, la caza de aves; pero, ante todo,
jugaba a la pelota y salía de caza. Pero su pasión 10
por la filosofía le apartó de todas estas actividades
y le volvió serio y ponderado, aunque no destruyó
en él totalmente la afabilidad que mostraba, ante
todo, con los suyos, después, con los amigos y, fi-
nalmente, con aquéllos a quienes no conocía. Por
lo demás, solía ser frugal, aunque de un modo ra-
zonable; tímido, aunque no cobarde; y serio, sin
caer en la tristeza.

En estas circunstancias, cuando Adriano después
5 de la muerte de Lucio César buscaba un sucesor
para el trono, porque no consideraba idóneo a Mar-
co, que contaba sólo con diez y ocho años de edad,
eligió para la adopción a Antonino Pío, esposo de
la tía de Marco, con la condición de que éste adop-
tara como sucesor suyo a su vez a Marco [19], y Mar-
co a Lucio Cómodo. Por cierto, el día en que fue 2
adoptado Vero [20] soñó que tenía hombros de mar-
fil y, cuando le preguntaron si éstos serían capaces
de aguantar el peso, se dio cuenta de que eran más
vigorosos de lo que solían ser habitualmente. Sin 3
embargo, cuando se enteró de que Adriano le ha-
bía adoptado, en lugar de sentir alegría, se sintió
contrariado y, cuando recibió la orden de trasladar-
se al domicilio particular de Adriano, salió de mala

[19] Es un típico ejemplo de error de la Historia Augusta. Confróntase esta afirmación con *Adriano*, 24,1; *Elio*, 6,9 y *Antonino*, 4,5.

[20] Se refiere a Marco, pues éste poseía el nombre de Vero y el de Verísimo otorgado por Adriano, cf. *Adriano*, 1,10.

gana de la villa de su madre. Y, cuando sus criados 4
le preguntaron por qué accedía con tristeza a la
adopción a la casa real, les enumeró los males que
el poder imperial lleva consigo. Fue entonces cuan- 5
do, por primera vez, comenzó a llamarse Aurelio
en lugar de Anio, porque había pasado por dere-
cho de adopción a la familia Aurelia, es decir, a la
de Antonino. Así, pues, tras haber sido adoptado a 6
los diez y ocho años de edad, durante el segundo
consulado de Antonino, ya padre adoptivo suyo,
recibió el nombramiento de cuestor a instancia de
Adriano pasando por alto su edad. Cuando se tras- 7
ladó al palacio imperial después de su adopción,
mostró a todos sus familiares el mismo respeto que
les había mostrado siendo un simple particular. Y
era tan frugal y cuidadoso de sus bienes como ha- 8
bía sido en su casa privada, deseando acomodar sus
actos, sus palabras y sus pensamientos a las ense-
ñanzas de su padre.

6 A la muerte de Adriano en Bayas, mientras Pío
partió allí para trasladar sus restos, Marco se que-
dó en Roma y cumplió las normas de rigor en ho-
nor de su abuelo y, aunque era cuestor, ofreció un
espectáculo gladiatorio como si fuera un particular. 2
Inmediatamente después de la muerte de Adriano,
Pío inquirió de Marco por medio de su esposa si,
una vez roto el compromiso de matrimonio que ha-
bía adquirido con la hija de Lucio Ceyonio Cómo-
do, querría desposarse con (su hija Faustina)[20 bis]
a pesar de la diferencia de edad. Y aquél, tras haber
reflexionado, dijo que aceptaba. Después de estos 3
sucesos, Pío nombró a Marco cónsul como colega
suyo, cuando aún era cuestor, le galardonó con el
título de César, y, siendo ya cónsul designado, le

[20 bis] Casiodoro estableció aquí una laguna que los editores pretenden completar con *Antonino*, 4,5 y *Vero*, 2,3.

nombró seviro[21] de los escuadrones del orden ecuestre, se sentó a su lado cuando organizó junto con sus colegas los juegos sevirales, le ordenó trasladarse a la casa de Tiberio, le honró, a pesar de su oposición, con todo el boato de la corte y le admitió en los colegios sacerdotales[22] ateniéndose a la voluntad del senado. Le designó también cónsul 4
por segunda vez cuando él asumió por cuarta vez dicha magistratura. Por aquellos mismos tiempos 5
se dedicó a sus estudios con gran pasión, a pesar de que se hallaba ocupado en múltiples tareas y de que asistía a los actos oficiales de su padre para adquirir la formación precisa para gobernar el Estado. Después de esto, tomó por esposa a Faus- 6
tina y, tras reconocer a su primera hija, recibió la potestad tribunicia, el poder proconsular fuera de la Ciudad[23] y el derecho de hacer cinco proposiciones en el senado[24]. Y adquirió tanto prestigo 7
ante Pío que éste nunca promocionó a nadie de buena gana sin su consejo. Por su parte, Marco se 8
mantenía en la más estricta sumisión a su padre, aunque no faltaban quienes le hacían objeto de algunas murmuraciones, destacándose sobre los de- 9
más Valerio Hómulo, quien un día que vio a la madre de Marco, Lucila, que estaba adorando una imagen de Apolo en su jardín, cuchicheó en voz baja: «Ahora está suplicando para que acabes tus días y

[21] Es decir, comandante de uno de los seis escuadrones o *turmae* en que estaban encuadrados los caballeros.

[22] En los de los *Pontifices*, los *Augures*, los *Quindecimuiri sacris faciundis*, los *Septemuiri epulonum* y probablemente también en los de los *Fratres aruales* y en las cofradías de los *Augustales*, *Fauiales* y otros de época imperial, pues el hijo del emperador entraba a formar parte de estos colegios al ser nombrado César.

[23] Cf. *Antonino*, 4,7, n. 13.

[24] Aunque este derecho varió según las épocas, nunca se permitió presentar más de cinco proposiciones, cf. *Pértinax*, 5,6; *Alejandro Severo*, I,3; *Probo*, 12,8.

llegue al gobierno su hijo». Su insinuación no tuvo efecto alguno ante Pío: tan grande era la honradez 10
de Marco y tan grande la moderación con que éste participó en el gobierno imperial.

7 Cuidó tanto su reputación que, cuando era aún un niño, aconsejaba constantemente a sus administradores para que no actuaran con demasiada presunción, y en alguna ocasión rechazó las herencias que le ofrecían, devolviéndolas a los parientes del difunto. Finalmente, vivió durante veintitrés años 2
en el domicilio de su padre con un comportamiento tal, que el amor de éste aumentaba día a día; y, durante tantos años, nunca durmió fuera del palacio, salvo dos noches en distintas ocasiones. Por ello, 3
Antonino Pío, al ver que llegaba el fin de su vida, llamó a sus amigos y a los prefectos y le recomendó a todos ellos confirmándole formalmente como sucesor del trono, e inmediatamente, tras dar al tribuno el santo y seña de «Ecuanimidad», ordenó traladar al dormitorio de Marco la estatua de oro de la Fortuna[25] que solía guardar en el suyo. En- 4
tregó parte de sus bienes maternos a Umidio Cuadrato[26], hijo de su hermana, ya que ésta había muerto. Después de la muerte del divino Pío, al ha- 5
berse visto obligado por el senado a asumir la dirección del Estado, designó a su hermano copartícipe del gobierno, dándole el nombre de Lucio Aurelio Vero Cómodo y le confirió los títulos de César y de Augusto. A partir de entonces, co- 6
menzaron a gobernar el Estado simultáneamente y fue entonces cuando el imperio romano comenzó a tener por primera vez dos Augustos[26 bis]... pues

[25] Cf. *Antonino*, 12,5-6.

[26] M. Umidio Cuadrato, cónsul en el año 167. Fue hijo de Ania Cornificia Faustina (cf. 1,8 y 3,7).

[26 bis] Hay una laguna en el texto. Suplo, según Mommzen, < *cum imperium sibi re*>*lictum*.

compartió con otro el imperio que <le habían con-
fiado a él >. Después, él mismo recibió el nombre
de Antonino. Y, como si fuera padre de Lucio Có- 7
modo, no sólo le llamó Vero, añadiéndole el nom-
bre de Antonino, sino que desposó a su hija Lucila
con él, a pesar de que legalmente era hermano suyo. 8
Para celebrar esta unión, ordenaron que los niños
y niñas de corporaciones de nueva creación [27] se
inscribieran para recibir una ración de alimentos. 9
Así, pues, después de que llevaron a cabo los actos
que tenían que realizar en el senado, se dirigieron
juntos al cuartel de los pretorianos y, para celebrar
el reparto del poder, prometieron veinte mil sester-
cios a cada uno de los soldados y una suma equi-
valente al resto de los militares. Enterraron el cuer- 10
po de su padre en el sepulcro de Adriano [28], ho-
menajeándole con fastuosas honras fúnebres. Des-
pués, en el día de luto que siguió, se organizó una
procesión para celebrar los funerales públicos. Y 11
ambos emperadores pronunciaron elogios fúne-
bres [29] por su padre en la tribuna de los oradores
y nombraron en su honor un flamen y cofrades Au-
relianos [30], eligiendo a aquél entre sus parientes y
a éstos entre sus amigos más íntimos.

8 Cuando alcanzaron el poder ambos emperado-
res, se portaron con tanta civilidad que nadie echó
en falta la dulzura de Pío, dándose la circunstancia
de que un mimógrafo de su tiempo llamado Maru-
lo les hostilizaba con sus mofas, sin que fuera cas-

[27] Serían corporaciones similares a las *puellae alimentariae Faustinianae* creadas por Antonino Pío, cf. *Antonino*, 8,1.

[28] *Adriano*, 19,11.

[29] Un tipo de oratoria que se practicó en distintos pueblos. En Grecia se echó mano de ella para elogiar a los muertos por la patria. En Roma se utilizó como pretexto para exaltar a personajes e ideales políticos determinados y como dedicación póstuma a los familiares desaparecidos.

[30] Son los llamados *Sodales Antoniniani*, cf. *Antonino*, 13,4 y Adriano, 27,3, n. 113.

tigado por ello. Ofrecieron unos juegos gladiato- 2
rios funerarios en honor de su padre. Marco se en- 3
tregaba por completo al estudio de la filosofía y se
ganaba el amor de los ciudadanos. Pero interrum- 4
pió esta felicidad y seguridad del emperador la pri-
mera inundación del Tíber, la más grave que ocu-
rrió en aquellos tiempos, pues conmovió mu-
chos edificios de la Ciudad, mató a muchos ani-
males y provocó una escasez de alimentos que
originó gravísimas consecuencias. Marco y Ve- 5
ro aliviaron todos estos males con su solicitud y
su asistencia personal. En aquel tiempo estalló tam- 6
bién la guerra contra los partos que Vologeso ha-
bía estado preparando ya bajo el reinado de Pío [31],
aunque la declaró formalmente en época de Marco
y Vero, después de que obligó a huir a Atidio Cor-
neliano que entonces gobernaba Siria. Era inminen- 7
te también la guerra en Bretaña y los catos se ha-
bían introducido en territorio de Germania y Re-
cia. Se envió a Calpurnio Agrícola [32] contra los bri- 8
tanos y a Aufidio Victorino [33] contra los catos. En 9
cambio, a la guerra contra los partos se envió a su
hermano Vero con el consentimiento del senado,
mientras que él se quedó en Roma, porque los pro-
blemas de la Ciudad exigían la presencia de un em-
perador. Por cierto, que Marco agasajó a Vero 10
acompañándole desde el senado hasta Capua junto
con una comitiva de amigos, a la que se sumaron los
jefes de todos los cargos de la administración. Pero, 11
cuando Marco llegó de regreso a Roma y se enteró
de que Vero se hallaba enfermo en Canusio, [34], acu-
dió a visitarle después de haber hecho votos por él
en el senado, votos que cumplió tan pronto como

---

[31] *Antonino*, 9,6.
[32] Se le menciona en las inscripciones de Bretaña.
[33] Cf. 3,8.
[34] Es la actual Canosa, en Apulia, cf. *Vero*, 6,7.

regresó a Roma y se enteró de que Vero se había hecho a la mar. Éste, ciertamente, después de que 12
llegó a Siria, vivió entregado a una vida licenciosa en las ciudades de Antioquía y Dafne y se ejercitó en las luchas de gladiadores y en cacerías, siendo entonces cuando recibió el título de *imperator*[35], aunque hacía la guerra con los partos por medio de sus legados, mientras que Marco se entregaba sin des- 13
canso a las actividades que exigía el gobierno y soportaba con paciencia, y casi con gusto y hasta deseándolo, la vida placentera de su hermano. En fin, 14
fue Marco quien, desde su residencia en Roma, planeó y ejecutó todo lo necesario para la continuación de la guerra.

9 Estacio Prisco acabó con éxito la guerra en Armenia después de tomar Artaxata y se propuso para los dos emperadores el título de Arménicos. Marco rechazó dicho título inicialmente por modestia, pero después lo aceptó. Al acabar la guerra con los 2
partos, los dos recibieron el título de Párticos. Marco también rehusó este ofrecimiento aunque posteriormente aceptó el título. Por otra parte, rehusó 3
también el título de Padre de la patria que le habían ofrecido en ausencia de su hermano, hasta que éste volvio a Roma. En el transcurso de esta guerra 4
acompañó hasta la ciudad de Bríndisi a Cívica[36], tío paterno de Vero, y a su hija a la que, a punto ya de contraer matrimonio, había confiado a su hermana después de haberla entregado una riquísima dote. La envió a Vero y se volvió inmediatamente 5
a Roma, requerido por los rumores de quienes aseguraban que Marco quería reivindicar para sí la gloria de haber acabado la guerra y que por ello mar-

[35] «Emperador», «caudillo», título que solían recibir los generales después de una victoria y que suponía la concesión del triunfo.

[36] M. Ceyonio Cívica Bárbaro, cónsul en el año 157, un hermano de L. Elio César.

chaba a Siria. A continuación escribió una carta a 6
los procónsules para que nadie saliera a recibir su hija[37] durante su viaje.

Mientras tanto, protegió las causas destinadas a 7
defender la libertad de tal modo que fue el primero que ordenó a todos los ciudadanos registrar ante los prefectos del tesoro de Saturno[38] el nacimiento de sus hijos e imponerlos el nombre en el plazo de
treinta días después de su nacimiento. Impuso en 8
las distintas provincias el uso de archivos públicos ante los cuales se debía seguir el mismo procedimiento para el registro de los nacimientos que se seguía en Roma, con el fin de que cualquier ciudadano pudiera sacar de ellos las pruebas testimoniales, si por casualidad entablaba en su provincia un
proceso respecto a su condición de hombre libre. 9
Apoyó todos los términos de esta ley sobre la reivindicación de la condición de hombre libre y dictaminó otras leyes sobre los banqueros y sobre las subastas públicas.

10 Designó al senado como juez para muchas investigaciones y, muy en especial, para aquéllas que eran de su jurisdición. Ordenó también que las investigaciones sobre la condición de los fallecidos se
realizaran en el plazo de cinco días. Ningún empe- 2
rador mostró mayor respeto que él hacia el senado. Sin embargo, para conferir aún más honor a esta asamblea, delegó la resolución de determinados problemas a muchas personas de rango pretoriano y consular que en esos momentos no eran magistrados, con el fin de que se aumentara más su
prestigio con el ejercicio de la jurisprudencia. Eli- 3
gió como senadores a muchos de sus amigos otor-
gándoles el rango de ediles o pretores. A muchos 4

[37] Lucila, cf. 7,7; *Vero*, 7,7.

[38] El templo de Saturno contenía el tesoro público *(aerarium)*. En él se guardaba el producto de las rentas anuales, las cuentas públicas, los decretos del senado y los estandartes de las legiones.

senadores que eran pobres pero honestos les con-
cedió la dignidad de tribunos o de ediles. Y no eli- 5
gió a nadie para el orden senatorial sin conocerlo
bien. Con los senadores tuvo también la delicadeza 6
de estudiar en secreto los casos en que había que
decidir sobre la pena capital de alguno de ellos y
de hacer pública la decisión sólo después de haber-
la estudiado adecuadamente, y no permitió que los
caballeros romanos intervinieran en estos procesos. 7
Por otra parte, siempre que le fue posible, asistió a las
sesiones del senado si se encontraba en Roma, aun-
que no hubiera ninguna proposición que someter a
consulta; ahora bien, cuando quería hacer alguna
propuesta, la presentaba personalmente aunque tu-
viera que venir desde Campania. Además, frecuen- 8
temente permaneció en los comicios [39] incluso has-
ta bien entrada la noche y nunca se retiró de la Cu-
ria [40], antes de que el cónsul hubiera dicho: «No os 9
detenemos más tiempo, senadores». Designó al se-
nado como juez de las apelaciones hechas por el
cónsul.

Mostró una especial atención en la administra- 10
ción de la justicia. Añadió los días «judiciarios» al
calendario, fijando así en doscientos treinta los días
del año destinados al estudio de causas y discusión
de litigios. Fue el primero que instituyó el cargo de 11

---

[39] Con el término de comicios *(comitia)* se designan las diferentes asambleas del pueblo que, junto con las magistraturas y el senado constituían los tres órganos de gobierno del Estado Romano. En ellas tenían lugar los grandes debates políticos. De los votos que se sacaban en ellas dependía el nombramiento de los magistrados y ostentaban atribuciones judiciarias importantes; pero durante el imperio su papel legistativo y electoral es puramente formal, careciendo ya de competencia judiciaria.

[40] La *Curia* en su origen era una sala común o plaza donde los ciudadanos romanos se reunían para intercambiar problemas. Luego se aplicó esta palabra al edificio donde se reunía el senado. Hubo varias: la *Hostilia*, la *Iulia*, la *Pompeia*. Donde habitualmente se reunía el senado era en la primera.

pretor tutelar [41], para que en adelante se tratara con
más celo el problema de los tutores, ya que hasta
entonces éstos eran designados por los cónsules. En 12
cambio, estableció que todas las personas adultas
pudieran aceptar administradores sin tener que ex-
poner las causas de su decisión, mientras que hasta
entonces el nombramiento de aquéllos se había rea-
lizado sólo en caso de incontinencia o de locura, si-
guiendo las cláusulas de la ley Pletoria [42].

11 Se preocupó también de los gastos públicos y
acabó con las calumnias de los cuadruplatores, mar-
cando con una nota infamante a los falsos acusado-
res. Despreció las delaciones que enriquecían al fis- 2
co. Encontró prudentes medidas para la distribu-
ción de los alimentos públicos. Por decisión del se-
nado concedió procuradores a muchas ciudades,
para ampliar aún más los cargos senatoriales. En 3
tiempo de hambre distribuyó trigo entre los ciuda-
danos de Italia, sacándolo de los graneros de Roma
y veló porque el aprovisionamiento de grano fuera
completo. Moderó con todo tipo de medidas los 4
combates de gladiadores. Moderó también los do-
nativos que se hacían a los actores ordenando que
éstos recibieran sólo cinco piezas de oro y que nin-
gún promotor de espectáculos sobrepasara los diez
áureos. Vigiló cuidadosamente las travesías de 5
Roma y de los caminos. Adoptó con rigurosidad
las medidas precisas para el aprovisionamiento de
trigo.

---

[41] Este oficio fue instituido después de la muerte de Vero en el año 169. El primero que ostentó el cargo fue Arrio Antonino, según consta en una inscripción, cf. C. I. L. V, 1874 = Dessau 1118.

[42] Los manuscritos dan *letoria* P y *lectoria* Σ. Acepto *Plaetoria*, conjetura propuesta por Jordan, aceptada por Magie. La ley Plaetoria *de circumscriptione adolescentium* de 186 a. de C. amparaba a los púberes menores de veinticinco años, castigando a aquéllos que, abusando de su inexperiencia, les indujeran a realizar negocios jurídicos perjudiciales. Existe una laguna en el texto.

Se preocupó de los jueces que había nombrado 6
para Italia, siguiendo el ejemplo de Adriano [43],
quien había encargado ejercer la justicia a personas
que ostentaban el rango consular. Veló con discre- 7
ción por las provincias de Hispania que estaban ex-
haustas por las levas de colonos itálicos... [43 *bis*] con-
traviniendo las disposiciones de Adriano y Trajano. 8
Promulgó también leyes sobre los impuestos de la
vigésima parte de las herencias, sobre las tutelas de
los libertos, sobre las propiedades que las madres
recibían por herencia así como sobre las herencias
de los hijos a la parte que le correspondía a su ma-
dre, y para que los senadores que no fueran de Ita-
lia poseyeran en la península la cuarta parte de sus
bienes. Dio además a los comisarios encargados de 9
los distritos y de las calles poder para castigar a
quienes habían exigido a alguien impuestos que ex-
cedieran lo establecido o para entregarlos al prefec-
to de la Ciudad, a fin de que fuera él quien los cas-
tigara. Con todo, se dedicó a restaurar la antigua ju- 10
risprudencia más que a establecer otra nueva. Man-
tuvo a su lado prefectos, a cuya autoridad y expe-
riencia siempre se atuvo para la promulgación de le-
yes. Pero se sirvió sobre todo de Escévola, hombre
muy experimentado en la jurisprudencia.

12 Tuvo con el pueblo un comportamiento similar
al que se muestra en un Estado libre. Actuó con 2
gran moderación en todo, intentando apartar a los
hombres del mal, iniciarlos en el bien, remunerar-
los con riquezas y perdonarlos indulgentemente, e
hizo de los malos buenos y de los buenos buenísi-
mos, y sobrellevó también pacientemente las iro-
nías de algunos individuos. En efecto, en una oca- 3
sión en que aconsejaba a un tal Vetrasino, que a pe-

[43] Cfr. *Adriano,* 22,13; *Antonino,* 2,11.

[43*bis*] Existe una laguna en el texto. Adopto la lectura de *Bal: Tra<iani Hadria> nique* (cf. *Adriano,* 12,4).

sar de su mala reputación le pedía un cargo, para
que se defendiera de la opinión que el pueblo tenía
de él y aquél le contestó diciendo que veía entre el
rango de pretores a muchos de los que habían lu-
chado con él en el circo, aguantó pacientemente la
respuesta. Y, para no castigar a cualquiera a la li- 4
gera, en lugar de ordenar que pidiera el cese de su
cargo a un pretor que había ejercido mal algunas
de sus funciones, confió la administración de la jus-
ticia a un colega suyo. Nunca favoreció al fisco con 5
su juicio en los procesos por lucro. Realmente, aun- 6
que era firme, se mostraba también razonable.

Después de que su hermano volvió victorioso de 7
Siria, se decretó para ambos el título de Padre de
la patria, puesto que Marco durante la ausencia de
Vero se había comportado con extraordinaria con-
sideración con todas las personas, fueran senadores
o particulares. Se les ofreció a ambos la corona cí- 8
vica [44], además de otros honores; Lucio pidió que
Marco obtuviera el triunfo con él y que, además,
sus hijos [45] recibieran el nombre de Césares. Pero 9
Marco fue tan modesto que, aunque había desfila-
do triunfalmente con Lucio, solamente después de
la muerte de éste se dejó llamar Germánico, título
que había conseguido para sí en esta guerra que no
había compartido con otro. Ahora bien, en la pro- 10
cesión triunfal llevaron consigo a los hijos de Mar-
co de ambos sexos, incluso a las muchachas aún vír-
genes. Asistieron también a los juegos decretados 11
para honrar el triunfo vistiendo la indumentaria

[44] Era la corona que se le ofrecía a un soldado romano como premio por haber salvado la vida de un conciudadano y haber dado muerte al enemigo. Al principio la confería el ciudadano salvado, luego el emperador.

[45] Marco Aurelio Cómodo y M. Anio Vero. La ceremonia se realizó el 12 de octubre del año 166, cf. *Cómodo*, 1,10; 11,13.

triunfal [46]. Entre otras manifestaciones de su pie- 12
dad, hay que reseñar también este acto de pruden-
cia: ordenó que se colocaran colchonetas debajo del
lugar donde actuaban unos funámbulos, pues algu-
nos muchachos se habían caído de la cuerda. Esta
es la razón por la que todavía actualmente se colo-
ca debajo una red.

Mientras se luchaba contra los partos, surgió la 13
guerra marcománica, que se había suspendido du-
rante mucho tiempo por la habilidad de los que par-
ticipaban en ella, para poderla activar de nuevo una
vez que hubiera acabado ya la de Oriente. Tam-
bién, tras hacer ciertas alusiones al pueblo sobre
esta guerra en unos momentos en que cundía el
hambre, presentó una moción en el senado a la
vuelta de su hermano, que había estado ausente cin-
co años, asegurando que eran necesarios los dos
emperadores para dirigir la guerra contra Germa-
nia.

13 Fue tan grande el terror que suscitó la guerra
contra los marcomanos, que Antonino mandó lla-
mar sacerdotes de todas las partes, practicó ritos ex-
tranjeros y purificó Roma con todo tipo de sacri-
ficios; y, habiendo retrasado por estas circunstan- 2
cias su salida para emprender la guerra, celebró
también durante siete días un «lectisternio» [47] si-
guiendo el rito romano. Sin embargo, surgió una 3

[46] Una toga pintada *(picta)* y una túnica bordada *(palmata)*, un cetro con la imagen de un águila, una guirnalda de hojas de laurel y una corona de oro.

[47] Un *lectisternium*, banquete de gran suntuosidad ofrecido a los dioses, tras sacar las imágenes de sus nichos, eran colocadas sobre lechos delante de una mesa provista de los más delicados platos que preparaban los *Epulones*, sacerdotes que presidían los festines de los sacrificios. La forma más solemne de los lectisternios deriva de Grecia, aunque los latinos también tomaron modelos de Etruria. L. Q. Stella, *La civiltá Micenica nei documenti contemporanei*, 1965, p. 237. C. Pascal *(De lectisterniis apud Romanos*, «Riv. di Filol». 22, 1894, pp. 272-279) los relaciona con ritos iranios y griegos.

epidemia tan grande que los cadáveres se transportaron en distintos vehículos y carruajes. Los Anto- 4
ninos promulgaron entonces leyes severísimas respecto a la inhumación y a las sepulturas, pues prohibieron que nadie las construyera a su gusto, reglamentación que se observa todavía hoy. Por cier- 5
to, dicha epidemia acabó con muchos miles de personas, muchas de ellas de entre los primeros ciudadanos, y Marco Antonino dispuso que se erigieran estatuas en honor de los más prestigiosos. Y fue 6
tanta su bondad que ordenó sepultar los cadáveres de los más pobres, incluso a costas del fisco, y perdonó, después de haber confesado su impostura cuando le llevaron a su presencia, a un impostor que, buscando el momento oportuno para saquear la ciudad acompañado de otros cómplices, arenga-
16 ba a la plebe desde una higuera salvaje en el Campo de Marte, asegurando en su discurso que iba a caer fuego del cielo y que sobrevendría el fin del mundo si se caía del árbol y se convertía en cigüeña, dándose la circunstancia, en efecto, de que se cayó del árbol en el momento señalado y que al caerse dejó escapar una paloma que tenía en el pliegue de la toga.

14 Los dos emperadores, ataviados con el manto de generales [48], se pusieron en marcha para atacar a los victuales y a los marcomanos que promovían todo tipo de tumultos y a otros pueblos que habían huido presionados por los bárbaros más alejados y que estaban dispuestos a la guerra, sino se les recibía en nuestras provincias. La expedición alcanzó gran 2
éxito puesto que llegaron hasta Aquileya. En efecto, la mayor parte de los reyes se retiraron con sus pueblos y dieron muerte a los autores de la sedi-

[48] Es decir, *paludati*, vestidos con el *paludamentum*, manto militar que los generales y oficiales superiores llevaban por encima de su armadura. Era más amplio que el sayo *(sagum)*, de un tejido más fino y de más ricos coloridos, blanco, escarlata o de púrpura.

ción. Los cuados, sin embargo, tras la pérdida de 3
su rey, afirmaban que no aceptarían al candidato
propuesto para sustituirle hasta que nuestros em-
peradores no hubieran dado su asentimiento. No 4
obstante, Lució marchó a regañadientes, dado que
la mayor parte de estos pueblos habían enviado
mensajeros a los legados de los emperadores para
pedir perdón por la sublevación. Más aún, pensaba 5
que era preciso volver, puesto que había muerto el
prefecto del Pretorio, Furio Victorio, y una parte
del ejército había perecido. Marco, por el contra-
rio, pensaba que había que atacarlos por conside-
rar que los bárbaros fingían la huida y otras arti-
mañas que pudieran hacer crear que estaban al mar-
gen de la guerra, para que no cayera sobre ellos
aquél ejército tan bien equipado. Finalmente, des- 6
pués de haber pasado los Alpes, avanzaron aún más
y tomaron todas las medidas necesarias para la de-
fensa de Italia y del Ilírico. Sin embargo, cediendo 7
a las presiones de Lucio, ordenó que éste regresara
a Roma, después de haber enviado una carta al se-
nado. Y, a los dos días de haberse puesto en cami- 8
no, Lucio pereció de un ataque de apoplejía, cuan-
do viajaba sentado con su hermano en un carruaje.

15 Marco Antonino tenía la costumbre de leer, de
escuchar informes y de sellar documentos durante
los juegos del circo. Por ello, según dicen, fue fre-
cuentemente zaherido por chanzas populares. Los 2
libertos Gémino y Agaclito [49], gozaron de gran in-
fluencia bajo el gobierno de Marco y de Vero.

Marco fue de una bondad tal que ocultó y excu- 3
só los vicios de Vero a pesar de que le causaban pro-
fundo malestar, le otorgó el título de «divino» des-
pués de su muerte, le honró con muchísimos sacri-
ficios, y ayudó y promocionó a sus tías y a sus her-
manas decretando para ellas distintos honores y

[49] Cf. *Vero*, 9,3.

asignaciones, y honró su memoria multiplicando las
ceremonia religiosas. Le dedicó un flamen y cofra- 4
des Antoninianos [50], y le rindió todos los honores
que se tributan a los emperadores divinizados. No 5
hay ningún príncipe que no se vea salpicado por la
mala fama, de manera que también sobre él se di-
fundió el rumor de que había dado muerte a Vero,
bien mediante la aplicación de un veneno cortando
una tetina de cerdo con un cuchillo por el lado que
previamente había sido envenenado y dándole a co-
mer la parte envenenada mientras que se reservaba
para sí la parte inofensiva, bien mediante la utiliza- 6
ción de los servicios del médico Posidipo que, se-
gún cuentan, le hizo una sangría antes de tiempo.
Después de la muerte de Vero, Casio se reveló con-
tra Marco [51].

Luego éste fue tan bondadoso con los suyos que
ofreció a todos sus parientes todo tipo de distin-
ciones y cargos y confirió enseguida el nombre de
César a su hijo Cómodo —hombre criminal y de-
pravado—, a continuación el sacerdocio, e inme-
diatamente después el título de emperador, la par-
ticipación en su triunfo y el consulado. Precisamen- 2
te entonces sin... [51 bis] el emperador corrió a pie en
el circo junto al carro triunfal de su hijo.

Después de la muerte de Vero, Marco Antonino 3
gobernó sólo la nación mucho mejor que lo había
hecho antes y mostrándose más virtuoso, puesto 4
que ya no se veía embarazado por ninguno de los
extravíos que Vero solía disimular y que se debían
a su fingida gravedad, por la que sufría como por
un vicio congénito, ni por aquellos otros vicios que
disgustaban de un modo especial a Marco Antoni-

---

[50] Cf. *Adriano*, 27,3 y *Antonino*, 13,4.

[51] En el año 175, cf. 25,6; *Avidio Casio*, 7 ss.

[51bis] Existe una laguna con el texto. *Helm* lee *sine <insignibus> vel sine <purpura>* «sin las insignias» o «sin el manto de púrpura».

no y que poseía ya desde sus primeros años, ni por los principios que regían su mente depravada, ni
por su modo de vivir. En efecto, poseía una calma 5
tan grande que nunca cambió su rostro ni por la tristeza ni por la alegría, ya que seguía los principios de la filosofía estoica que había aprendido de los mejores maestros y que él había espigado por
su cuenta en todas las fuentes posibles. Por otra 6
parte, también Adriano le hubiera nombrado su su-
cesor, si no lo hubiera impedido su juventud, lo 7
que se prueba por el hecho de que le escogió como yerno de Pío, para que ocupara algún día el imperio romano, ya que era persona que merecía tal cargo.

17 Así, pues, desde entonces gobernó las provincias con gran moderación y bondad. Llevó a cabo con
éxito la guerra contra los germanos. Puso fin per- 2
sonalmente, gracias a su valor y a la fortuna, a la guerra marcománica que revistió caracteres especiales y que fue de tal magnitud como no se recordaba otra igual, además de que coincidió con el momento en que una terrible peste estaba acabando con muchos millares de ciudadanos y de solda-
dos [52]. Liberó de la esclavitud a las provincias de 3
Panonia, después de haber destruido a los marcomanos, sármatas, vándalos y cuados y celebró en Roma el *triunfo* [53] con su hijo Cómodo al que ya
había nombrado César, como ya dijimos. Mas, 4
como había agotado todo el tesoro para llevar a cabo esta guerra y no tenía la intención de ordenar a las provincias que aportaran ningún impuesto ex-

---

[52] Cf. 13,3.

[53] El triunfo era una gran procesión *(pompa)* triunfal militar con la cual un general victorioso y sus tropas entraban en la Ciudad después de haber acabado una guerra importante. El cortejo entraba por la puerta triunfal y atravesaba los lugares más céntricos de la Ciudad hasta llegar al templo de Júpiter Capitolino.

traordinario, hizo una subasta pública de los ornamentos imperiales en el foro del divino Trajano y en ella vendió copas de oro, de cristal y de murra, vasos reales, vestidos de seda y oro de su esposa, y aún más, numerosas piedras preciosas que había en-
contrado en el tesoro privado de Adriano. Esta ven- 5
ta se prolongó durante dos meses y reunió tal cantidad de dinero que, después de haber conseguido finalizar la guerra marcománica, como había resuelto, facultó a los compradores para que pudieran devolver lo comprado y recuperar el oro si así lo quería. Y no se enojó con ninguno de aquéllos que no devolvieron lo comprado ni con los que lo devol-
vieron. Entonces permitió a los ciudadanos más 6
distinguidos exhibir en sus festines el mismo lujo que exhibía él en los suyos y utilizar una servidum-
bre parecida a la que él utilizaba. Se mostró tan 7
magnánimo en los espectáculos públicos que presentó en una sola cacería simultáneamente un centenar de leones que fueron abatidos a saetazos.

18 Murió a los sesenta y un años, después de un reinado de dieciocho años, durante los que gobernó siendo amado por todos los ciudadanos que le estimaban y le llamaban hermano, padre o hijo, se-
gún la edad de cada uno. Y en el día de su funeral 2
se hizo tan evidente el grandísimo amor que se le profesaba, que nadie consideró que había que llorarle, pues todos tenían la certeza de que había sido un regalo de los dioses y que por ello había vuelto
junto a ellos. Finalmente, antes de sepultar su ca- 3
dáver, como dicen muchos escritores, ocurrió algo que no había ocurrido antes, ni ocurriría posteriormente, que el pueblo y el senado le nombraron dios propicio tras haberse reunido, no por separado, sino en un único lugar.

Este hombre tan grande, tan bueno y que estuvo 4
tan unido a la divinidad durante su vida y cuando murió, dejó un hijo llamado Cómodo: si hubiera sido realmente feliz, no hubiera dejado descenden-

cia. No fue suficiente que todo el mundo, sin dis- 5
tinción de edad, de sexo, de condición y de rango
social le tributara honores divinos, porque llegó a
considerarse sacrílego a todo aquél que no tenía en
su casa una estatua suya si, por su fortuna, podía
o debía haberla adquirido. En fin, hoy en día se en- 6
cuentran en muchas casas estatuas de Marco Anto-
nino entre los dioses Penates [54]. Y hubo también 7
quienes adivinaron acontecimientos futuros y que
ocurrieron realmente, asegurando que él había pre-
dicho muchos de ellos entre sueños. Por ello, tam- 8
bién se le construyó un templo, se le asignaron sa-
cerdotes Antoninianos, sodales, flámenes y todo lo
que la antigüedad decretó para las personas sagra-
das [55].

19 Algunos dicen, y ello parece verosímil, que Có-
modo Antonino, su hijo y sucesor, no fue engen-
drado por él, sino que nació a causa de un adulte-
rio, y urden la siguiente historieta, basándose en los
rumores del vulgo: que Faustina, la hija de Pío y 2
esposa de Marco, habiendo visto en cierta ocasión
pasar a unos gladiadores, se enamoró ardientemen-
te de uno de ellos y luego reveló a su marido este
amor cuando se hallaba postrada por una larga en-
fermedad; que los caldeos [56], al relatarles Marco el 3
caso opinaron que, tras hacer morir al gladiador,
Faustina debía bañarse en su sangre y acostarse se-
guidamente con su esposo; y que, después de ha- 4
ber ejecutado su consejo, la reina se vio libre, en
efecto, de dicha pasión, si bien dio a luz a Cómo-
do, que fue un gladiador, no un príncipe, puesto 5
que, cuando fue emperador, luchó públicamente

[54] Divinidades del fuego, a las que se ofrecía una parte de los alimentos durante la comida, cf. *Antonino*, 3,5, n. 12.

[55] Cf. *Adriano*, 27,3.

[56] Pueblo de raza semita perito en la astrología. Los judíos dieron este nombre también a los astrólogos y los romanos llamaban así a astrólogos y adivinos.

ante la espectación de las masas en casi un millar
de combates gladiatorios, como se mostrará en su
vida. Esta historia se considera más verídica, sin 6
duda, porque el hijo de un príncipe tan virtuoso ob-
servó una conducta como no la había observado nin-
gún maestro de esgrima, ningún histrión, ningún
esclavo del circo, o ningún individuo engendrado
de la escoria del deshonor y del crimen. Por otra par- 7
te, muchos escritores aseguran que Cómodo nació
realmente de un adulterio porque está suficiente-
mente comprobado que Faustina, cuando estuvo en
Gaeta, escogió como amantes a marineros y gladia-
dores. Cuando a Marco Antonino le hacían co- 8
mentarios sobre ella con el fin de que la repudiara,
si no la condenaba a muerte, dicen que contestó:
«Si repudio a mi esposa, tendré que devolver tam-
bién la dote». Pero ¿qué otra cosa se consideraba 9
como dote, sino el imperio que él había recibido al
ser adoptado por su suegro y por la voluntad de
Adriano? En verdad, la vida de un príncipe irre- 10
prochable, su santidad, su serenidad de alma y su
piedad tienen tanto valor que el odio suscitado por
un pariente suyo no es capaz de deshonrar su fama. 11
En fin, ni un hijo gladiador, ni una esposa infame
dañaron a Antonino, puesto que conservó siempre
sus costumbres y no se inmutó ante las murmura-
ciones de nadie: hasta en nuestro tiempo se le con- 12
sidera un dios, trato que vos mismo, sacratísimo
emperador Diocleciano, habéis aceptado siempre y
aceptáis aún, ya que lo veneráis entre vuestras di-
vinidades, no como al resto de los dioses sino de
un modo especial, y soléis repetir que deseáis igua-
laros en la conducta y en la clemencia a Marco,
aunque en conocimientos filosóficos ni Platón
mismo podría igualarse, si volviera a la vida. Éstos
son realmente sus datos biográficos, resumidos
brevemente.

20 Pero éstos son los actos que realizó Marco An-

tonino después de la muerte de su hermano [57]: pri-
mero trasladó su cuerpo a Roma y le enterró en el
sepulcro de sus antepasados [58]. Se le decretaron ho- 2
nores divinos. Después, tras agradecer al senado el
decreto de la apoteosis de su hermano, mostró,
aunque de una manera velada, que habían sido su-
yos todos los proyectos bélicos con que habían
vencido a los partos. Añadió además otros detalles 3
con los que manifestó que desde entonces, por fin,
iba a gobernar el Estado como si partiera de cero,
al haber sido apartado aquél que parecía el más in-
dolente. El senado interpretó las palabras de Mar- 4
co en el mismo sentido que éste las había pronun-
ciado, pues parecía que daba gracias porque Vero
había abandonado esta vida. Después, llenó de po- 5
der, de consideración y de riqueza a todas las her-
manas y a los parientes y libertos de Vero. Velaba,
en efecto, de una manera especial por su propia re-
putación, pues preguntaba qué era lo que decían
unos y otros de él hasta que daba con la verdad, tra-
tando de corregirse en aquello que le parecía que
le habían reprendido con razón.

Cuando iba a partir a la guerra contra los ger- 6
manos, y antes de que hubiera transcurrido el tiem-
po destinado al luto, casó a su hija con Claudio
Pompeyano, hijo de un caballero romano, hombre
ya muy anciano y originario de Antioquía, pero no
lo bastante noble (al cual después otorgó dos veces
el consulado), aunque su hija tenía el título de Au-
gusta y era hija de una Augusta. Pero tanto Faus- 7
tina como la que se iba a desposar aceptaron estas
nupcias con contrariedad.

21 Cuando los mauritanos estuvieron a punto de de-
vastar todo el territorio de las provincias hispanas,
sus legados culminaron con éxito la guerra. Y, 2

[57] Cf. 15,8.
[58] En la tumba de Adriano, cf. *Vero*, 11,1.

cuando los soldados «Bucólicos» [59] causaron múl-
tiples daños en Egipto, fueron humillados por Avi-
dio Casio, que después intentó apoderarse del tro-
no. Por los mismos días de su marcha, cuando des- 3
cansaba en su retiro de Preneste, perdió a un hijo
de siete años llamado Vero César, al sajarle un tu-
mor debajo de la oreja. Guardó luto solamente du- 4
rante cinco días por él, y, consolando a los médi-
cos que les habían atendido, se entregó de nuevo a
la adminsitración de los asuntos públicos. Y, como 5
se estaban celebrando los juegos de Júpiter Ópti-
mo Máximo [60], no consintió que se interrumpieran
con luto público y ordenó que se limitaran a de-
cretar la erección de estatuas en honor de su hijo
muerto, que una imagen suya de oro fuera paseada
en la procesión de los juegos circenses y que su
nombre fuera inscrito en los himnos de los Salios. 6
Dado que entonces arreciaba aún la epidemia, res-
tableció con gran escrupolosidad el culto a los dio-
ses y, como se había hecho durante la guerra púni-
ca, ordenó preparar para la milicia a esclavos a los
que como a los «volones» [61] dio el nombre de «vo-
luntarios». Equipó con armas también a los gladia- 7
dores a los que llamó «complacientes». Enroló
como soldados también a ladrones de la Dalmacia
y de la Dardania. Armó también a los «diogmi-
tas» [62]. Compró tropas auxiliares a los germanos

---

[59] Recibirían este nombre, según algunos, los soldados procedentes de una tribu de pastores y bandoleros del Noroeste del Delta del Nilo, cerca de Alejandría, cf. *Adriano*, 6,7.

[60] Probablemente los *ludi Capitolini*, el 15 de octubre.

[61] Recibieron este nombre los esclavos que se ofrecieron como voluntarios para luchar en la segunda guerra púnica tras el desastre de Canas, cf. Livio, XX,57,11.

[62] Los *diogmitae* eran unos cuerpos de tropas armados a la ligera que ejercían la policía militar en las ciudades griegas y que fueron utilizados a veces durante el imperio como tropas regulares emplazadas en las fronteras para impedir las incursiones enemigas, perseguir a los ladrones, etc., cf. Amiano Marcelino, XXVII,9,6.

para luchar contra ellos mismos. A parte de estas 8
medidas, preparó sus legiones con toda la diligen-
cia posible para la guerra contra los germanos y los
marcomanos. Y, para no causar perjuicios a los ha- 9
bitantes de las provincias, hizo en el foro de Tra-
jano, como ya dijimos [63], una subasta de los obje-
tos de palacio en la que vendió, además de vesti-
dos, copas y vasos de oro, esculturas y pinturas de
artistas muy famosos. Aniquiló a los marcomanos 10
en el mismo paso del Danubio y devolvió a los ha-
bitantes de las provincias el botín que aquéllos les
habían arrebatado.

22 Se habían sublevado todos los pueblos que habi-
tan desde la frontera ilírica hasta la Galia: los mar-
comanos, los varistas, los hermunduros y cuados,
los suevos, los sármatas, los lacringes y los bureos;
éstos y otros más que se juntaron con los victuales,
como los sosibes, los sicobotes, los roxolanos, los
basternas, los alanos, los peucinos y los costobo-
cos. Era inminente también la guerra contra los par-
tos y los bretones. Así, pues, venció a pueblos muy 2
belicosos con gran esfuerzo, incluso con el suyo
personal, merced a la colaboración de los soldados
que imitaban su ejemplo y de los legados y prefec-
tos del Pretorio que mandaban también el ejército,
y aceptó la rendición de los marcomanos, muchos
de los cuales fueron deportados a Italia. Realmen- 3
te, antes de hacer algo, consultaba siempre con los
optimates [64], tanto sobre problemas bélicos como
sobre problemas civiles. Finalmente, su frase pre- 4
ferida fue siempre la siguiente: «Es más justo que
yo siga el consejo de tantos y tan eximios amigos
que tantos y tan eximios amigos sigan mis deseos,

---

[63] Cf. 17,4-5.

[64] Se llamaba así a aquéllos que apoyaban al partido senatorial o aristocrático, en oposición a los *populares* que favorecían a los partidarios de la plebe.

pues soy uno sólo». Por cierto, era criticado con ri- 5
gor porque, de acuerdo con los principios de su
doctrina filosófica, se mostraba imperturbable ante
las fatigas de la milicia y en su conducta general, 6
pero él replicaba incluso por escrito a los dichos de
aquéllos que hablaban mal de él. En la guerra ger- 7
mánica, en la marcománica y, más aún, en las pro-
movidas por otros muchos pueblos perecieron tam-
bién muchos nobles (y para honrarlos a todos ellos
les erigió estatutas en el foro Ulpio); por ello sus 8
amigos le aconsejaron frecuentemente que abando-
nara las expediciones bélicas y que se volviera a
Roma; pero él despreció estos consejos, continuó
en campaña y no se retiró hasta que finalizó todas
las guerras. Cambió provincias proconsulares en 9
consulares y provincias consulares en proconsula-
res o pretorianas [65] según las necesidades de la
guerra. Reprimió también con rigor y autoridad las 10
agitaciones que se habían originado entre los secua-
nos. Apaciguó igualmente la situación en Hispania, 11
soliviantada por la intervención de Lusitania. Or- 12
denó a su hijo Cómodo que viniera a la frontera y
le confirió la toga viril, aprovechando la ocasión
para distribuir un congiario al pueblo, y le designó
cónsul antes de la edad legal.

23 Si alguna vez fue proscrita alguna persona por el
prefecto de la Ciudad, no aceptó con gusto seme-
jante decisión. Personalmente se mostró muy par- 2
co en la distribución de dinero del tesoro público,
lo cual merece más bien elogio que censura; sin em- 3

[65] El pasaje es oscuro. Las provincias proconsulares las gobernaba un procónsul y dependían del senado. Eran las más pacíficas y estaban desguarnecidas de tropas. Las consulares las regía el emperador como si fuera un cónsul. Eran las más recientes por lo que requerían la presencia de tropas. Son las llamadas también *provinciae Caesaris*, encomendadas a los *legati Augusti pro praetore* a los que designaba el príncipe para que hicieran sus veces. Respecto a las pretorianas, no es clara su designación, ni se sabe con certeza a quién estaba encomendado su gobierno.

bargo, repartió dinero entre personas honradas, auxilió a las ciudades amenazadas de ruina y perdonó tributos e impuestos allí donde la necesidad
lo exigía. Dio órdenes enérgicas para que durante 4
su ausencia los empresarios de espectáculos más acaudalados proporcionaran juegos al pueblo romano.
mano. Efectivamente, cuando alistó gladiadores 5
para la guerra, se corrió entre el pueblo el rumor de que pretendía obligarle a que se dedicara a la fi-
losofía, dado que le privaba de los espectáculos. En 6
efecto, había dado órdenes, a fin de que no se impidiera el comercio, que los pantomimos ofrecieran sus exhibiciones bastante tarde y no todos los días. Corrió el rumor de que su esposa tenía relaciones amorosas con pantomimos, como ya dijimos ante-
riormente. Pero él rebatió estas noticias mediante 7
unas cartas. El mismo Marco prohibió pasear a caballo o en carruajes dentro de las ciudades. Eliminó los baños mixtos. Puso freno a la disolución de las costumbres de las matronas y de los jóvenes nobles. Apartó al vulgo de Pelusio de los cultos sa-
grados de Serapis[66]. Corrió la noticia de que algu- 8
nos individuos, simulando que eran filósofos, oprimían a la república y a los particulares; mas él refutó esta imputación.

24 Antonio tenía la costumbre de castigar todos los crímenes con una pena menor que la que las leyes suelen imponer, aunque algunas veces se mantenía inexorable contra los reos convictos de graves crí-
menes. Instruyó personalmente los procesos de 2
pena capital incoados a hombres de familia distin-

---

[66] El nombre de Serapis o Sarapis procede de la aféresis de Osarapis, compuesto de Osiris y Apis, Divinidad creada por los Ptolomeos como dios de Alejandría. Eran famosas sus curaciones y sus adivinaciones por medio de sueños. Sus fiestas se celebraban el 25 de abril y el 20 de marzo se hacía un festival llamado *Pelusia* para celebrar el desbordamiento del río. La intención del emperador sería evitar que los ritos de Serapis se contaminaran de la licencia de los de Pelusio.

guida dando pruebas, ciertamente, de una gran
equidad, de tal forma que llegó a reprender a un
pretor la precipitación con que había visto las cau-
sas de unos reos y le ordenó revisar el proceso, di-
ciendo que interesaba el rango social de aquellos
reos que entendiera su causa un juez que juzgara en
nombre del pueblo. Por otra parte, observó la jus- 3
ticia también con los prisioneros de guerra. Asentó
sobre territorio romano innumerables extranjeros. 4
Logró con sus súplicas desviar un rayo del cielo
para que cayera contra una máquina de guerra de
los enemigos, consiguiendo la lluvia para su ejérci-
to que se veía angustiado por la sed.

Quiso convertir a Marcomania y a Sarmatia en 5
provincias romanas y hubiera realizado este pro-
yecto si no se hubiera rebelado Avidio Casio bajo
su reinado en Oriente [67]. Además, éste se nombró 6
a sí mismo emperador, según dicen algunos, si-
guiendo el deseo de la emperatriz Faustina que ha-
bía perdido la esperanza de que su esposo recobra-
ra la salud. Otros dicen que Casio se nombró em- 7
perador después de haber fingido que Antonino ha-
bía muerto y de haberle proclamado «divino». Por 8
lo que respecta a Antonino, no se alteró gran cosa
por la deserción de Casio, ni dejó que su ira se ce-
bara contra sus amigos. No obstante, el senado le 9
declaró enemigo público y sus bienes fueron con-
fiscados para engrosar el erario público.

25 Dejando, pues, la guerra sarmática y marcomá-
nica, marchó contra Casio. También en Roma sur- 2
gieron diversos tumultos, pues se pensaba que Ca-
sio se presentaría en la Ciudad al hallarse ausente
Antonino. Pero Casio fue asesinado enseguida y su 3
cabeza se la presetaron a Antonino. Sin embargo,
Marco no se alegró de su muerte y ordenó que in-
humaran su cabeza. El ejército dio muerte también

[67] Cf. *Avidio Casio*, 7, ss.

a Meciano[68], a quien Marco había confiado Ale- 4
jandría; por otra parte, también fue asesinado el
prefecto del Pretorio que Casio se había nombrado
para sí. Marco Aurelio prohibió al senado que cas- 5
tigara severamente a los cómplices de esta revuelta, 6
al tiempo que le pidió que ningún senador recibie-
ra la muerte durante su principado para no manci-
llar así su reinado —dio órdenes para que llamaran 7
también a los deportados—, pues solamente fueron
condenados a muerte unos cuantos centuriones. 8
Perdonó a las ciudades que habían estado en con-
nivencia con Casio, perdonó también a los antio-
quenses que habían dicho muchas cosas contra
Marco y a favor de Casio, a los que anteriormente 9
había abolido sus espectáculos, sus asambleas pú-
blicas y todo tipo de reuniones y contra los que ha-
bía enviado un edicto muy severo. Sin embargo, un 10
discurso que pronunció Marco ante sus amigos y
que fue trasmitido por Mario Máximo revela tam-
bién que éstos se habían amotinado. En fin, cuan- 11
do se dirigía a Siria, no quiso visitar Antioquía, ni 12
tampoco Cirro de donde era Casio.

Estuvo en Alejandría donde se comportó afable-
mente con sus habitantes. Después, no obstante, vi-
sitó Antioquía. Mantuvo múltiples negociaciones
con los reyes y consolidó la paz cuando todos los
reyes y legados de los persas salieron a su encuen-
tro. Fue muy amado por todas las provincias orien- 2
tales. En muchas de ellas, además, dejó vestigios de
su pensamiento filosófico. Entre los egipcios se 3
comportó como un ciudadano normal y como fi-
lósofo en todas las actividades que desarrolló, tan-
to en los templos como en otros lugares. Y, aun-
que los alejandrinos dijeron muchas cosas venturo-
sas en favor de Casio, no obstante, Marco les per-
donó a todos, e incluso dejó a su hija entre ellos. 4

[68] Tal vez el jurista L. Volusio Meciano, citado en la vida de Antonino, 7,1.

En la villa de Halala, situada al pie del monte Tau-
ro, perdió a su esposa Faustina, que murió como
consecuencia de una súbita enfermedad. Pidió al se- 5
nado que decretara para ella honores divinos y la
construcción de un templo, y pronunció su elogio
fúnebre, a pesar de que había tenido que agüantar
con desagrado los rumores que corrían sobre su
deshonestidad, rumores que Antonino o descono-
ció o disimuló. Instituyó una nueva corporación de 6
niñas llamadas Faustinianas [69] en honor de su di-
funta esposa. Agradeció también al senado el acuer- 7
do de honrar con la apoteosis a Faustina, a la que 8
había tenido consigo incluso en los campamentos
de verano, llamándola por ellos «Madre de los cam- 9
pamentos». Convirtió también en colonia la aldea
donde murió Faustina y la dotó de un templo, pero
éste fue dedicado después a Heliogábalo. De acuer- 10
do con su habitual clemencia, soportó que Casio
fuera asesinado, pero no fue él quien ordenó su ase- 11
sinato. Heliodoro, el hijo de Casio, fue deportado,
mientras que los otros cómplices pudieron elegir el
lugar del exilio recibiendo una parte de sus bienes. 12
En cambio, los otros hijos de Casio recibieron
más de la mitad del patrimonio paterno y fueron
ayudados con donaciones de oro y plata y las mu-
jeres, en cambio, con distintos ornamentos; y su
permisividad llegó hasta el punto de que Alejan-
dría, la hija de Casio, y su yerno Drunciano pudie-
ron gozar de la potestad de viajar libremente, en-
comendados a la protección del marido de su tía.
En fin, se lamentó de la muerte de Casio, pues afir- 13
maba que su intención era gobernar sin que se
derramara la sangre de ningún senador.

27 Después de que normalizó la situación en Orien-
te, se detuvo en Atenas y se acercó a iniciarse en

[69] Cf. *Antonino*, 8,1.

los misterios de Ceres [70], para probar que era ino-
cente, y entró él sólo en el santuario. Al volver a 2
Italia en un navío, sufrió una violentísima tempes-
tad. A su llegada a Italia por Brindisi, se vistió la 3
toga y dio la orden a sus soldados de que también
ellos utilizaran esta prenda, de modo que durante
su reinado ya nunca vistieron el sayo [71]. Celebró 4
su triunfo en cuanto llegó a Roma y desde allí par-
tió hacia Lanuvio. A continuación, asoció a Cómo- 5
do como colega para ejercer la potestad tribunicia,
y dio al pueblo un congiario y magníficos espectá-
culos. Después corrigió muchos abusos civiles. Li- 6
mitó los gastos que originaban los juegos gladiato-
rios. Siempre tuvo en sus labios la máxima de Pla- 7
tón, según la cual las ciudades son florecientes si
las gobiernan filósofos, o si los gobernantes prac-
tican la filosofía. Casó a su hijo con la hija de Brucio 8
Presente celebrándose la boda como la de cualquier
particular; y, para festejar el acontecimiento, distri-
buyó un congiario entre el pueblo.

Después puso de nuevo su empeño en finalizar 9
la guerra, pero murió mientras dirigía las operacio-
nes, cuando ya su hijo comenzaba a desviar sus cos-
tumbres de los principios que le había inculcado. 10
Después sostuvo la guerra durante tres años con los
marcomanos, hermunduros, sármatas y cuados de
forma que, si hubiera vivido un año más, habría

[70] Divinidad romana de la vegetación y de la tierra, cuyas fiestas *(Cerealia* y *Fordicialia)* se celebraban el 15 y el 19 de abril respectivamente. Su culto se adaptó luego al de Deméter griega, con lo cual Ceres adquirió nuevas atribuciones, como la protección del matrimonio. En 191 a. de C. se introdujo el ayuno de Ceres *(ieiunium Caereris)* y otra fiesta después según el modelo de los misterios de Eleusis a la que tal vez alude el texto.

[71] Capa o manto de origen celta, de lana gruesa y de forma cuadrada, que se plegaba en dos y se sujetaba con una fíbula o un simple nudo. Se usaba especialmente como vestido militar por los oficiales y soldados y los ciudadanos la vestían en casos de tumultos o de desórdenes interiores.

convertido a estos pueblos en provincias romanas. 11
Se dice que dos días antes de expirar reunió a sus
amigos y les dio el mismo parecer sobre su hijo que
Filipo dio sobre Alejandro, cuando aún pensaba
mal de él, añadiendo que aceptaba gustoso la muer-
te porque moría dejando a tal hijo como sucesor.
En efecto, Cómodo se mostraba ya torpe y san- 12
guinario.

28 Así fue su muerte: cuando comenzó a sentirse
enfermo llamó a su hijo y le pidió ante todo que
no despreciara los últimos coletazos de la guerra,
para que nadie le tomara como un traidor de la pa-
tria. Y, al responderle su hijo que su primer deseo 2
era velar por su salud, le permitió que hiciera lo
que deseara, pidiéndole, no obstante, que esperase
unos pocos días para no partir al mismo tiempo
que él. Después, deseando morir, se abstuvo de co- 3
mer y de beber, y así aumentó su mal. A los seis 4
días llamó a sus amigos y, al tiempo que se reía de
las cosas humanas y despreciaba la muerte, les dijo:
«¿Por qué me lloráis y no pensáis más bien en la
epidemia y en la muerte de todos?». Y, al ver que 5
deseaban retirarse, dijo gimiendo: «Si ya me des-
pedís, os digo adiós, y me adelanto a vosotros». Y, 6
cuando le preguntaron que a quién recomendaba a
su hijo, les contestó: «A vosotros, si es digno de
ello, y a los dioses inmortales». Cuando el ejército 7
se enteró de la maligna enfermedad que le aqueja-
ba, sintió un vivo dolor porque le había amado de
un modo singular. Al séptimo día se puso más gra- 8
ve y aceptó sólo la visita de su hijo, al que despidió
enseguida, para que no se contagiara con la enfer-
medad. Después de despedirle, se cubrió la cabeza 9
como si quisiera dormir, y durante la noche exhaló
su espíritu. Dicen que, dado que veía que su hijo 10
iba a ser tal cual fue después de que él murió, de-
seó su muerte para que no se asemejase, como él
mismo decía, a Nerón, Calígula o Domiciano.

29 Se le recriminó a Marco Aurelio la promoción a

distintas dignidades de los amantes de su esposa Tértulo, Tutilio, Orfito y Moderato, a pesar de que sorprendió a Tértulo incluso desayunando con su
esposa. Un pantomimo aludió a éste en el teatro y 2
en presencia de Antonino: en una ocasión en que un bufón preguntaba a su esclavo el nombre del amante de su esposa y éste le decía tres veces Tulo, ante la insistencia del bufón que volvía a preguntarle, le respondió «Ya te lo he dicho tres veces: se
llama Tulo [72]». Sobre este incidente el pueblo y 3
otras personas hicieron muchos comentarios, recriminando a Antonino su paciencia. Por cierto, an- 4
tes de morir y de iniciar su segunda expedición contra los marcomanos juró en el Capitolio [73] que no había consentido que se condenara a muerte a ningún senador y aseguraba que él habría conservado también la vida de los insurgentes si se hubiera en-
terado de su condena. Nadie temió más, ni trató de 5
evitar a base de súplicas, como su fama de avaro, sobre la que intentó justificarse en muchas cartas.
Le imputaron también no haber sido sincero, ni tan 6
franco como parecía o como había sido Pío o Vero.
Le reprocharon igualmente haber institucionaliza- 7
do el boato de la corte apartando a sus amigos de las relaciones sociales generales y de los banquetes.

Decretó la consagración de sus padres. Honró 8
con la erección de estatuas a los amigos de sus padres que habían muerto.

No creyó a la primera a los que recomendaban 9
a alguien, sinó que investigó en todos los casos hasta descubrir la verdad.

[72] Juego de palabras basado en que el nombre *Tertullus* es un compuesto de *ter* y *Tullus.*

[73] Templo construido por el último Tarquinio sobre la cima meridional del monte Capitolio en honor de Júpiter, Juno y Minerva.

Después de que murió Faustina, Fabia se esforzó en contraer matrimonio con él. Pero Marco tomó como concubina a la hija del administrador de su esposa para no asignar a tantos hijos una madrastra. 10

5. VERO

(Julio Capitolino)

1 Se que la mayor parte de los escritores han trasmitido a la literatura y a la historia las biografías de Marco y de Vero de tal manera que ofrecieron primero la de Vero a sus lectores para que la conocieran, sin seguir el orden de sucesión del gobierno, sino el de la vida. Yo, por el contrario, he 2
considerado que debía publicar primero la biografía de Marco y luego la de Vero, puesto que Marco comenzó a gobernar primero y luego gobernó Vero [1], que pereció cuando aún vivía aquél.

Pues bien, Lucio Ceyonio Elio Cómodo Vero 3
Antonino, que recibió el sobrenombre de Elio por voluntad de Adriano y el de Vero y Antonino por su parentesco con Antonino [2], no está catalogado ni entre los malos ni entre los buenos emperadores. Pues se sabe que no estaba erizado de vicios, 4
que no abundó en virtudes y, en fin, que vivió, no en un principado propio e independiente, sino ostentando un poder similiar y de igual dignidad bajo el de Marco, de cuya línea de conducta se apartó, pues estaba marcada por el libertinaje de costumbres y por los excesos de una vida bastante disoluta. 5
En efecto, Vero era de costumbres sencillas e incapaz de fingir en nada [3]. Su padre fue Lucio Elio Vero, 6

[1] Sobre la asociación de Vero al poder, cf. *Marco*, 7,5.
[2] Cf. *Marco*, 7,7.
[3] Cf. *Marco*, 16,4; 19,6,7.

que, tras haber sido adoptado por Adriano, fue el primero que recibió el título de César y que murió situado en esta misma dignidad. Sus abuelos, bisa- 7
buelos y muchos de sus antepasados fueron consulares [4]. Lucio nació en Roma cuando su padre ejer- 8
cía la pretura el día dieciocho de las calendas de enero, la misma fecha en la que nació también Nerón [5], que luego llegaría a emperador. Su familia paterna 9
era en su mayor parte originaria de Etruria, mientras que la materna procedía de Favenza.

2 Como procedía de este linaje, entró a formar parte de la familia Elia cuando su padre fue adoptado por Adriano y, cuando murió aquél, que era el César, permaneció en la familia de Adriano, por quien 2
fue confiado Vero a Aurelio para que fuera adoptado cuando, tomando las medidas pertinentes para su sucesión, decidió que Pío fuera su hijo y Marco su nieto, con la condición de que Vero aceptara a 3
la hija de Pío [6], que se casó en realidad con Marco, porque Vero parecía incapacitado para ello a causa de su edad, como ya expusimos en la vida de Marco. En cambio, tomó por esposa a Lucila, hija de 4
Marco, y se educó en la casa de Tiberio. Escuchó 5
las enseñanzas del gramático latino Escaurino, hijo de Escauro [7], que fue profesor de gramática de Adriano, las de los gramáticos griegos Télefo, Efestión y Harpocratión, las de los maestros de retórica Apolonio, Céler [8], Caninio y Herodes Atico, las del latino Cornelio Frontón y las de los filósofos

[4] Cf. Su abuelo era Lucio Ceyonio Cómodo, cónsul en 106, cf. *Elio*, 2,7. Su bisabuelo fue probablemente L. Ceyonio Cómodo, cónsul en el año 28.

[5] Suetonio, *Nero*, 6,1.

[6] Cf. *Elio*, 6,9.

[7] Famoso gramático al que alude Plinio, *Epist.*, V, 11 y Aulo Gelio, *N. A.*, 11,15,3.

[8] *Marco*, 2,4.

Apolonio[9] y Sexto[10]. A todos ellos los amó de 6
una manera singular y, del mismo modo fue ama-
do por ellos, a pesar de que no tuvo mucho talento
para las letras. Con todo, cuando era niño, tenía afi- 7
ción a componer versos, y más tarde, discursos. Por
cierto, se dice que fue mejor orador que poeta o,
para hablar con más propiedad, peor poeta que re-
tórico. Y no faltan quienes aseguran que sus ami- 8
gos le ayudaron con su talento y que los escritos
que se le atribuyen a él fueron otros los que los es-
cribieron, puesto que, según dicen, mantuvo cons-
tantemente a su lado a muchas personas elocuentes
y sabias. Tuvo como preceptor a Nicomedes. Fue 9
sensual, muy alegre y extraordinariamente capaci-
tado para todo tipo de diversiones, juegos y bro-
mas. Cuando cumplió los siete años pasó a formar 10
parte de la familia Aurelia[11] y fue educado según
las costumbres y los deseos de Marco. Fue aficio-
nado a las cacerías, a los ejercicios gimnásticos y a
todos los ejercicios propios de la juventud. Y per- 11
maneció como un simple ciudadano en el palacio
imperial durante veintitres años.

3 El día en que Vero tomó la toga viril, Antonino
Pío, aprovechando la oportunidad de que dedicaba
un templo a su padre, se mostró liberal con el pue-
blo, y cuando aquél ofreció unos juegos al pueblo, 2
siendo ya cuestor, se sentó entre Pío y Marco. In- 3
mediatamente después de la cuestura, recibió el
consulado con su colega Sextio Laterano. Trans-
curridos unos años, fue nombrado cónsul por se-
gunda vez con su hermano Marco. Pero se mantu- 4
vo durante mucho tiempo como un particular y ca-
reció del honor con que era distinguido su herma-
no. En efecto, ni se sentó en el senado antes de asu- 5

---

9 *Antonino,* 10,4; *Marco,* 2,7.
10 *Marco,* 3,2.
11 Es decir, fue adoptado por Pío.

mir la cuestura, ni cuando viajaba iba con su pa-
dre, sino con el prefecto del Pretorio, y no recibió
ningún otro título honorífico que el de hijo de Au-
gusto. Fue tan aficionado a los juegos circenses 6
como a las luchas de gladiadores. A pesar de que
se veía zarandeado por los grandes desvaríos a que
le conducían sus placeres y su afán de lujo, Anto-
nino le mantuvo como hijo, al parecer, porque
Adriano había ordenado que pasara a ser hijo adop-
tivo de Pío, para así poderle llamar nieto suyo.
Hay indicios de que Vero mostró hacia Pío lealtad,
pero no amor. Sin embargo, Antonino Pío apreció 7
su ingenuidad de carácter y su pureza de vida y lle-
gó a exhortar a su hermano Marco a que le imitara. 8
Al morir Pío, Marco le confirió todos los honores
haciéndole partícipe del poder imperial y le convir-
tió en colega suyo, a pesar de que el senado le ha-
bía otorgado a él solo el imperio.

4 Así, pues, después de haberlo elevado al trono y
de haberle conferido el poder tribunicio, tras ha-
berle otorgado también el honor del consulado, or-
denó que le dieran el nombre de Vero traspasán-
dole su propio nombre, pues anteriormente le lla-
maban Cómodo. Lucio, por su parte, correspon- 2
diéndole a Marco, le obedeció en lo que proponía,
como un legado obedece al procónsul, o un gober-
nador al emperador. Fue entonces la primera vez 3
que Marco arengó a los soldados en nombre de los
dos, y para mantener la armonía en el gobierno,
Vero se comportó con dignidad y de acuerdo con
el plan de vida que seguía Marco. Pero, cuando mar- 4
chó a Siria, se desacreditó no sólo por el desenfre-
no de su vida, bastante licenciosa, sino también por
sus adulterios y por sus relaciones amorosas con
muchachos jóvenes [12], porque, según dicen, fue tan 5
grande su afan de placeres que, despúés que volvió

[12] Cf. *Marco*, 8,12.

de Siria, estableció un figón en su casa donde acu-
día después de comer con Marco y donde le ser-
vían todo tipo de personas infames. Dicen también 6
que aguantaba jugando a los dados toda la noche [13],
pasión que había adquirido en Siria, y que emuló
de tal manera los numerosos vicios de Gayo, Ne-
rón y Vitelio, que recorría por las noches las taber-
nas y lupanares cubriendo su cabeza con un capu-
chón, como el que usa la gente corriente en los via-
jes, y andaba en francachelas con individuos pen-
dencieros, se mezclaba en reyertas, disimulando
su personalidad, y había vuelto muchas veces a
casa con la cara amoratada por los golpes recibidos
tras haber sido identificado en las tabernas, a pe-
sar de que trataba de ocultarse. Arrojaba también 7
monedas de gran volumen en los figones para rom-
per con ellas las copas. Fue aficionado también a 8
las carreras de caballos tomando partido por los
verdes [14]. Ofrecía además con mucha frencuencia 9
luchas de gladiadores durante los banquetes, pro-
longando las comidas hasta el anochecer y quedán-
dose dormido en el diván donde había comido, has-
ta que se lo llevaban envuelto en los cobertores a su
dormitorio. Tenía el sueño muy ligero y hacía la di- 10
gestión enseguida. Pero Marco, a pesar de que sa- 11
bía todas estas cosas, hacía como que no estaba en-
terado del asunto, por vergüenza de reprender a su
hermano.

5 Se cuenta que fue muy famoso un banquete de
las características que siguen, en el cual dicen que

[13] Este juego estaba muy extendido en Roma. Se sabe que Augusto perdió en una noche 20.000 sestercios (Suetonio, *Aug.*, 71). Las apuestas que hizo Nerón fueron muy cuantiosas (Suetonio, *Nero*, 30,3) y Claudio fue tan fanático de los dados que hizo construir un tablero especial para su carro (Suetonio, *Claud.*, 33).

[14] Se trata de una bandería (la *factio prasina*) de las cuatro en que se distribuían los conductores de carros en el circo y los equipos de hinchas que los apoyaban. Las otras tres eran: la blanca (*factio alba* o *albata*), la encarnada (*factio russata*) y la azul (*factio ueneta*).

se sentaron a la mesa por primera vez doce personas, a pesar de que todo el mundo conoce la siguiente frase sobre el número de invitados: «Siete
hacen un festín, nueve, un tropel.» Se regalaron a 2
cada uno de los comensales hermosos esclavos que les servían a la mesa, se regalaron también a cada uno de los asistentes vajillas y maestresalas, se regalaron animales vivos domésticos o salvajes, aves o cuadrúpedos de la misma especie de aquéllos que
se habían servido, se regalaron también copas de 3
mirra o de cristal de Alejandría para que cada comensal bebiera en ellas una sóla vez, se regalaron vasos de oro y de plata y otros guarnecidos de piedras preciosas, es más, coronas adornadas con cintas de oro y con flores que no eran del tiempo y se regalaron, también, vasos de oro que contenían esencias, como los vasos de alabastro que se em-
plean para los perfumes, y finalmente, carros con 4
sus mulos y mulateros y con arreos de plata, para
que pudieran volver a casa. Dicen que se evaluó 5
todo el festín en seis millones de sestercios. Y que, 6
cuando Marco se enteró del convite, se echó a llorar y sintió un profundo dolor por el destino de la
república. Después de que finalizó el banquete, aún 7
siguieron jugando a los dados hasta el amanecer. 8
Esto ocurrió, realmente, después de la guerra con los partos, a donde se dice que Marco le había enviado para que no cometiera sus extravíos en Roma a los ojos de todo el mundo, o para que aprendiera lo que es la privación viajando por tierras extrañas, o para que el temor de la guerra le hiciera corregirse, o para que se diera cuenta de que era empe-
rador. Pero el resto de su biografía y este banquete 9
que acabamos de narrar demostrarán cuánto provecho sacó.

6 Se preocupó tanto por los juegos circenses que remitió frecuentemente desde las provincias cartas
para interesarse por ellos, y a su vez, las recibió. 2
En fin, en una ocasión en que asistía personalmen-

te a las carreras y se sentaba junto a Marco, soportó muchas injurias de la facción de los azules [15], porque favorecía con demasiado descaro a la bandería contraria. Efectivamente, incluso llevaba con- 3
sigo una imagen de oro de un caballo verde llamado Alado; ordenaba que le sirvieran en el pesebre 4
como pienso uvas pasas y parte de frutos secos en lugar de cebada y que se lo llevaran al palacio de Tiberio, cubierto de capotes teñidos de púrpura y, cuando murió, hizo erigirle una tumba en el Vaticano. Fue entonces cuando por primera vez, en 5
atención a este caballo, comenzaron a pedirse figuras de caballos de oro como premios por la victoria en los juegos. Y, en este sentido, aquel caballo 6
recibió honores tan grandes, que frecuentemente la facción de los verdes pedía para él un modio de áureos [16].

Marco acompañó a Vero hasta Capua cuando 7
éste partió a luchar contra los partos. Y, como a partir de allí se hartaba de comida en las fincas de todo el mundo, atacado por una indisposición, cayó enfermo junto a Canusio y allí acudió su hermano a visitarle. Durante su vida, e incluso en tiempo de 8
guerra, quedaron al descubierto muchas de sus cobardías y ruindades. En efecto, mientras que los si- 9
rios devastaban el Oriente tramando una sublevación después de haber dado muerte al legado del emperador y de haber pasado a cuchillo a las legiones, él cazaba en Apulia, hacía excursiones marítimas cerca de Corinto y de Atenas, entre orquestas y coros, y se entretenía recorriendo las ciudades

[15] La *factio ueneta.*

[16] El áureo *(aureus* o *nummus aureus)* era el patrón de la moneda de oro de los romanos. Su valor, en principio de 25 denarios de plata, varió con el tiempo, así como su tamaño. El modio era, después del ánfora, la medida romana más grande para los áridos, equivalente a 16 sextarios, es decir, a 8,75 litros.

costeras de Asia, una a una, y las de Panfilia y Cilicia que eran más célebres por sus fiestas.

7 Cuando llegó a Antioquía, se dedicó a disfrutar de los placeres. En cambio, sus generales Estacio Prisco, Avidio Casio y Marcio Vero acabaron la guerra con los partos en cuatro años e incluso llegaron a Babilonia y a la Media y recuperaron Ar-
menia [17]. Consiguieron así para él los títulos de 2
Arménico, Pártico y Médico, que ofrecieron tam-
bién a Marco, aunque se encontraba en Roma. Por 3
otra parte, Vero pasó durante cuatro años el invierno en Laodicea, el verano en Dafne, y el resto
del año en Antioquía [18]. Fue el hazmerreír de todos 4
los sirios, de los que se conservan muchos de los
chistes que dijeron contra él en el teatro. En las Sa- 5
turnales y en los días festivos siempre solía admitir
a sus esclavos a su mesa. No obstante, marchó por 6
segunda vez al Eúfrates porque sus satélites le estimulaban favorablemente a ello. Volvió también a 7
Efeso para recibir a su esposa Lucila, enviada por su padre Marco; pero, sobre todo, para que Marco no llegara con ella hasta Siria y así no se enterara de sus escándalos, pues Marco había comunicado al senado que iba a llevar personalmente a su hija
hasta Siria. Una vez acabada la guerra, confió a los 8
reyes el gobierno de sus reinos y las provincias a
sus satélites. Desde allí regresó a Roma para cele- 9
brar su triunfo, aunque en contra de sus deseos, porque abandonaba Siria que había sido como un reino de su propiedad, y celebró el triunfo junto con su hermano, recibiendo del senado los mismos
títulos que había recibido en el ejército [19]. Dicen 10
también que se quitó la barba cuando estuvo en Si-

---

[17] Cf. Marco, 9,1-2. La campaña de Armenia fue la primera. Luego siguieron las de la Partia y la Media.

[18] Cf. *Marco*, 8,12.

[19] Los de Arménico Pártico Máximo y Médico, cf. *Marco*, 9,1-2.

ria, siguiendo los deseos de una amante suya de baja catadura. Ello dio motivo a que los sirios lanzaran muchas bromas contra él.

8 Tuvo la fatalidad, según parece, de llevar consigo la peste a todas las provincias por donde pasó hasta que llegó a Roma [20]. Y dicen que la epidemia 2
surgió en Babilonia cuando se escapó un baho pestilente de una arquita de oro del templo de Apolo, en la que un soldado había abierto por casualidad un resquicio, y que desde allí apestó el reino de los partos y el orbe, y esto, no por culpa de Lucio 3
Vero, sino por culpa de Casio, que, en contra de lo que había prometido, tomó por asalto la ciudad de Seleucia que había acogido a nuestros soldados como amigos. Esta acción, por cierto, la justifica 4
entre otros también Cuadrato [21], historiador de la guerra pártica, acusando a los seleucios de haber sido ellos los primeros en romper el juramento. 5
Vero tuvo esta deferencia con Marco: que en el día del triunfo compartió con su hermano los títulos que le habían ofrecido a él solo. Cuando volvió de 6
la guerra con los partos fue ya menos deferente con su hermano; porque no sólo secundó los deseos de sus libertos con excesiva desvergüenza sino que también estableció muchas disposiciones sin contar con aquél [22]. Añadió a estos actos la desfachatez de 7
importar histriones de Siria, como si llevara ciertos reyes para celebrar el triunfo, de entre los cuales el más importante fue Maximino, a quien dio el nombre de Paris. Hizo construir además en la vía Clo- 8
dia una quinta de muy mala reputación en la cual se entregaron con gran lujuria a excesos báquicos durante muchos días él, sus libertos y los amigos

---

[20] Cf. *Marco*, 13,3 y ss.

[21] Anio Cuadrato, además de la historia de la guerra contra los partos a que alude el texto, fue autor de una historia de Roma desde su fundación hasta el reinado de Severo, cf. *Avidio Casio*, 1,1.

[22] Cf. 9,3-5.

de Paris, sin que le ofreciera ningún reparo la presencia de éstos, e invitó a Marco, que acudió allí 9
con el fin de ofrecerle una muestra de su virtud para que la respetara e imitara, y, durante los cinco días que residió en dicha mansión, se entregó sin interrupción a resolver cuestiones jurídicas, mientras Vero se dedicaba a asistir y a ofrecer festines. Man- 10
tenía también al actor Agripo, apodado Menfio, al que igualmente había traído de Siria como un trofeo de la guerra de los partos y al que impuso el nombre de Apolausto[23]. Había traído además con- 11
sigo tañedores de lira, flautistas, bufones, actores de pantomima, prestidigitadores y todo tipo de esclavos, con cuyos juegos se recrean Siria y Alejandría, hasta el punto de que daba la impresión de que había concluido una guerra contra comediantes, no contra los partos.

9 Un falso rumor, más que indicios de auténtica veracidad, había hecho creer que esta diferencia en el modo de vivir de ambos y otras muchas causas habían dado origen a las rivalidades de Marco y Vero. Pero el principal incidente que ocurrió fue el 2
siguiente: en una ocasión en que Marco envió como legado a Siria a un primo suyo paterno llamado Libón, y éste se mostraba más insolente de lo que cuadraba a un senador modesto, diciendo que escribiría a su primo si por azar se le ofrecía cualquier duda, Vero, que se hallaba en Siria, no pudo aguantarlo; y, como se dio la circunstancia de que Libón murió a consecuencia de una súbita enfermedad con casi todos los síntomas de envenenamiento, algunas personas creyeron, aunque no Marco, que se podía imputar su muerte a una artimaña de Vero. Esta circunstancia aumentó los rumores de sus en- 3
frentamientos. Tuvieron gran influencia ante Vero,

[23] Del griego απολαυσιός, «apto para el deleite».

como dijimos en la vida de Marco [24], sus libertos
Gémino y Agaclito, a quien aquél hizo desposar
con la mujer de Libón, a pesar de la oposición de 4
Marco; finalmente, Marco no asistió al banquete
que se dio cuando Vero celebró las ceremonias del 5
matrimonio. Vero aún tuvo otros libertos de de-
pravada conducta, como Coedes y Eclecto y algu- 6
nos más. Después de la muerte de Vero, Marco les
apartó a todos de su lado simulando que les hon-
raba, pero se quedó con Eclecto que fue quien des-
pués asesinó a su hijo Cómodo [25].

Como Marco no quería enviar solo a la guerra a 7
Lucio ni dejarle en Roma a causa de sus excesos,
marcharon juntos a luchar contra los germanos y
llegaron a Aquileya. Luego, a pesar de la oposición
de Lucio, atravesaron los Alpes, dedicándose Vero
exclusivamente a cazar y banquetear en Aquileya,
mientras Marco se ocupó de todos los preparativos 8
para la campaña. Sobre esta guerra —que se acabó,
en parte por mediación de los embajadores de los 9
bárbaros que pedían la paz, en parte por la actua-
ción de nuestros generales— ya hemos hablado con
profusión en la vida de Marco [26]. Una vez termi-
nada la guerra de Panonia volvieron a Aquileya a 10
instancias de Lucio y a continuación se apresura-
ron a tornar a Roma, porque éste echaba en falta
los placeres de la Ciudad. Pero no lejos de Altino,
y cuando iba en un carruaje, tuvo un ataque súbi- 11
do de la enfermedad que llaman apoplejía. Le ba-
jaron del carruaje y, luego de hacerle una sangría,
le condujeron a Altino, donde murió después de
haber vivido tres días sin musitar una palabra.

---

[24] Cf. *Marco*, 15,2.

[25] Cf. *Cómodo*, 15,2. Es dudosa, no obstante, la identificación del liberto de Vero con el asesino de Cómodo.

[26] Cf. *Marco*, 14,3-4.

10 Corrieron rumores de que había cometido inces-
to incluso con su suegra Faustina. Se dice igual-
mente que pereció por haber comido unas ostras
salpicadas con veneno astutamente por ésta, por-
que decía que él había revelado a su hija las rela-
ciones que había mantenido con su madre. No obs- 2
tante, también surgió aquella otra historieta que ex-
pusimos en la biografía de Marco [27], que resulta in-
compatible con la vida de un hombre de tales cua-
lidades. Además, hay otros muchos autores que atri- 3
buyen este crimen a su esposa, porque Vero había
favorecido demasiado a Fabia, pues Lucila no po-
día soportar su poder. La intimidad entre Lucio y 4
su hermana Fabia fue tan grande realmente, que la
estimación popular percibió también esto: que am-
bos concibieron un plan para quitar de en medio a
Marco; y que, cuando esto fue revelado a Marco 5
por el liberto Agaclito, Faustina se anticipó a él con
el veneno, para que éste no tomara la delantera.

Era hermoso de cuerpo, encantador de rostro, de 6
barba casi tan larga como la de los bárbaros, alto y
con la frente contraída en las cejas, de forma que
inspiraba respeto. Se dice que cuidó tanto sus ru- 7
bios cabellos que salpicaba su cabeza con polvillo
de oro para que su cabellera, al recibir más luz, des-
pidiera destellos dorados. Fue muy torpe de pala- 8
bra y muy amante del juego de dados. Vivió siem-
pre entregado al placer y fue otro Nerón en múlti-
ples aspectos, salvo en la crueldad y las burlas. Te- 9
nía, entre otros objetos de lujo, un cáliz de cris-
tal que tenía más capacidad de lo que un hombre
puede beber y al que había dado el nombre de Ala-
do, que era el de su caballo favorito.

11 Vivió cuarenta y dos años [28]. Gobernó once con

[27] Aquí se repite la versión de *Marco,* 15,5.

[28] Es un error de la *Historia Augusta,* pues nació el 15 de diciembre del 130 y murió en enero del 169 (30 años).

su hermano [29]. Su cuerpo fue enterrado en el sepulcro de Adriano donde también está enterrado Elio César, su padre natural.

Es conocido el rumor popular [30], inadmisible 2
ante la vida que llevó Marco, según el cual éste había ofrecido a Vero una parte de una matriz envenenada, pues la había cortado con un cuchillo untado con veneno por uno de sus lados. Pero pensar 3
esto de Marco es un sacrilegio, aunque los placeres y las acciones de Vero lo justifiquen. Nosotros no 4
dejaremos en suspenso dicha historia, sino que la rechazamos en su totalidad, tras haberla esclarecido y refutado adecuadamente, dado que hasta el momento, después de Marco, si exceptuamos a vuestra Clemencia, Augusto Diocleciano, ni la adulación parece que ha sido capaz de modelar un emperador como él.

---

[29] Otro error, pues reinó desde el 161 al 169.
[30] Véase la misma versión en 11,2 y *Marco,* 15,5.

6. AVIDIO CASIO

(Vulcacio Galicano)

1 Avidio Casio, como quieren algunos escritores, fue descendiente de la familia de los Casios por parte de madre, según dicen, e hijo de Avidio Severo [1], un hombre nuevo [2], que había sido jefe de la primera centuria [3] y había llegado después a los más altos cargos. Cuadrato [4] le recuerda en sus histo- 2
rias, y realmente con respeto, puesto que le defiende como un varón eximio e indispensable a la república y muy influyente ante el propio Marco; y 3
se dice que, por un destino fatal, murió cuando ya éste gobernaba.

Pues bien, el referido Casio, como ya hemos di- 4
cho, descendiente de la familia de los Casios, que conspiraron contra Julio Cesar [5], mantenía un odio secreto hacia el principado y no podía soportar el nombre de emperador, afirmando que no existía

---

[1] Su nombre real fue C. Avidio Heliodoro. Fue secretario imperial de Adriano y prefecto de Egipto bajo Antonino.

[2] Con esta expresión se designaba a cuantos iniciaban carrera política sin contar con algún antepasado de su familia que hubiera obtenido una magistratura curul (censura, consulado, etc.) Entre los más célebres «hombres nuevos» están Catón el Censor (cf. *infra*, n. 31), Mario (cf. *infra*, n. 12) y Cicerón.

[3] Traducción de *ordines duxerat*, que es la expresión regular para indicar el mando de las primeras centurias (*ordines*). Fue, por tanto, primer centurión o *primus pilus*.

[4] Cf. *Vero*, 8, 4, n. 21.

[5] A saber, C. Casio Longino y C. Casio Parmense.

nada más oneroso que el nombre de imperio, pues-
to que no podía eliminarse de la república si no
mediante otro emperador. En fin, se dice que en su 5
niñez intentó arrebatar a Pío el principado, pero
que esta pretensión de apoderarse del trono se man-
tuvo oculta gracias a su padre, hombre sabio y pon-
derado, pero que, no obstante, sus jefes siempre lo
consideraron sospechoso. En este sentido, una car- 6
ta de Vero, que he incluido aquí, indica que cons-
piró contra él. Extracto de la carta de Vero: «Avi- 7
dio Casio, por la impresión que yo tengo y por lo
que se descubrió ya bajo el gobierno de mi abue-
lo [6], que fue tu padre, está "ávido" de poder. De-
searía que ordenaras vigilarle. Todo lo nuestro le 8
desagrada, acopia grandes recursos y se ríe de nues-
tras cartas. A ti te llama una viejecilla filósofa, a mí
un monstruo de lujuria. Ve qué medidas debes tom-
nar. No odio a este hombre, pero ten cuidado, no 9
vayas a tomar una decisión perjudicial para ti y para
tus hijos, manteniendo entre los jefes en activo a
un hombre tal que los soldados escuchan compla-
cientes y contemplan con agrado».

2 Contestación de Marco Aurelio sobre Avidio Ca-
sio: «He leído tu carta que revela mayor preocupa-
ción de la que debe tener un general y que no se
corresponde con las exigencias de nuestro tiempo. 2
Porque, si está destinado por voluntad divina para
el imperio, no podremos darle muerte, aunque que-
ramos —pues conoces la frase de tu bisabuelo [7]:
"Nadie ha dado muerte a su sucesor—"; si no es
así, él mismo, espontáneamente y sin que nosotros
recurramos a medios crueles, caerá en los lazos del
destino. Añade, además, que nosotros no podemos 3
considerar como reo a una persona a la que nadie

[6] Aquí se alude a Antonino Pío como abuelo de Vero, cuando realmente era su padre adoptivo, lo que prueba la falsedad de la carta, cf. Introducción, pp. 16-18.

[7] Se alude a Trajano.

acusa y a la que, como tú mismo afirmas, aman los
soldados. En fin, en los casos de lesa majestad exis- 4
te la posibilidad de que parezca que sufren injusti-
cias inclusos aquéllos cuya culpabilidad ha sido
probada. En efecto, tú conoces esta frase de tu 5
abuelo Adriano: "Es miserable la condición de los
emperadores, que no gozan de la posibilidad de que
nadie les crea sobre los complots de los usurpado-
res, sino después de asesinados". Sin embargo, he 6
preferido ponerte este ejemplo y no el de Domi-
ciano que, según dicen, fue el primero que dijo esta
frase [8], porque ni aún las frases famosas de los ti-
ranos tienen tanto prestigio como deberían tener. 7
Que mantenga, por tanto, sus propias normas de
conducta, sobre todo, mientras siga siendo un buen
general, firme, esforzado y útil a la república. En 8
cuanto a los consejos que me das para que vele por
mis hijos procurando su muerte: que perezcan en
hora buena mis hijos, si Avidio merece más que
ellos ser amado, y si conviene para el bien del Es-
tado, que viva Casio y no los hijos de Marco». Es-
tas son las opiniones de Vero y de Marco sobre Ca-
sio.

3 Pero explicaremos brevemente el carácter y las
costumbres de este hombre. Efectivamente, no se
pueden tener muchas noticias sobre aquellas perso-
nas a las que nadie ha osado dedicar una biografía
por temor a aquéllos que les aniquilaron. No obs- 2
tante, nosotros añadiremos algunos detalles de
cómo llegó al trono, de cómo fue ejecutado y del
lugar donde fue derrotado, pues me he propuesto, 3
Augusto Diocleciano, escribir las biografías de
todos aquéllos que poseyeron con legítima razón o
sin ella el título de emperadores, a fin de que co-
nozcas, ¡oh Augusto!, a todos los que vistieron la
púrpura.

8 Cf. Suetonio, *Dom.*, 21.

Su carácter fue tal que unas veces se mostraba 4
duro y cruel; otras veces dulce y apacible; con fre-
cuencia piadoso y en otras ocasiones despectivo con
la religión; apasionado por el vino y abstinente;
glotón y comedido, lujurioso y casto. No faltaron 5
quienes le llamaron Catilina [9] pues se daba la cir-
cunstancia de que le gustaba que le llamaran así, a
lo que añadía que hubiera llegado a ser Sergio [10],
si hubiese dado muerte al «disputador» [11], aludien- 6
do con este nombre a Antonino, que había alcan-
zado tanta reputación en el conocimiento de la fi-
losofía que, cuando iba a partir para la guerra de
los marcomanos, ante el temor de que le ocurriera
un desenlace fatal, todos le rogaron, no por adula-
ción sino con franqueza, que publicara sus precep-
tos de filosofía. Y no sintió temor alguno, sino que 7
declamó durante tres días una serie sucesiva de ex-
hortaciones, —esto es de preceptos—. Fue además 8
Avidio Casio implacable en la aplicación de la dis-
ciplina en el ejército, y deseó que le llamaran Ma-
rio [12].

4 Puesto que hemos comenzado a hablar de su se-
veridad, hay que constatar que existen más sínto-
mas de su crueldad que de su severidad. Efectiva- 2
mente, fue el primero que hizo crucificar a los sol-
dados que habían cometido alguna violencia entre

---

[9] Lucio Sergio Catilina (108-63 a. C.) fue un patricio que, rodeándose de algunos otros nobles, de jóvenes arruinados y de la hez del populacho dirigió durante dos años (65-63) la conjuración que llevó su nombre hasta que murió en Pistoya luchando contra el ejército republicano. Según el autor de la Historia Augusta, algunos comparaban a Casio con Catilina por sus deseos de acabar con Marco.

[10] El mismo Catilina.

[11] Traducimos así el término *dialogista*, acuñado del griego διαλογίξομαι «disputo, discuto».

[12] C. Mario (157-86), a pesar de su humilde condición, escaló los más altos puestos de la república. Venció a Yugurta en el año 104, a los teutones y a los cimbrios y luchó contra Sila y el partido de los *optimates* en favor de los *populares* (cf. *Marco*, n. 64) y reformó profundamente el ejército dando un papel predominante a la cohorte, constituida por 600 hombres, la décima parte de una legión.

los habitantes de las provincias, en los mismos lugares donde habían cometido la falta. Fue también 3
el primero que inventó este tipo de suplicio: hincaba en el suelo un gran poste de madera de ciento ochenta pies y ataba en él a los condenados desde la parte superior a la inferior; hacía encender una hoguera y acababa así con ellos, unos abrasados por las llamas y otros asfixiados por el humo, agotados por el tormento o, también, presos de terror. Man- 4
daba igualmente arrojar a un río o a la mar a los condenados encadenándolos de diez en diez. Am- 5
putó también las manos a muchos desertores y a otros les cortó las piernas y las rodillas, diciendo que era más ejemplar la vida de un criminal que inspiraba compasión, que su ejecución. En una oca- 6
sión en que marchaba al frente del ejército y las tropas auxiliares, impulsadas por sus centuriones, habían dado muerte sin su conocimiento a tres mil sármatas que vivían sin preocupación alguna a orillas del Danubio y habían vuelto luego a su presencia con un gran botín, esperando sus centuriones que iban a ser recompensados porque con un puñado de hombres habían acabado con tantos enemigos mientras los tribunos pasaban el tiempo indolentemente y sin enterarse de la acción, ordenó que fueran apresados, crucificados y castigados como se castiga a los esclavos —ejemplo que no tenía precedentes— alegando que podría haberse tratado de una emboscada que acabara con el temor reverencial que inspiraba el imperio romano. Y, en 7
otra ocasión en que surgió una violenta sedición en el ejército, salió desnudo de su tienda, cubierto únicamente con el calzón [13], y dijo: «Heridme, si os

[13] Traducción del término *campestre*, especie de «calzón» o «taparrabos» que se ataba alrededor de los riñones y descendía hasta los dos tercios del muslo. Era una prenda utilizada por los gladiadores, los soldados y aquellas personas que realizaban ejercicios violentos para mantener el decoro al despojarse de sus vestidos, cf. Horacio, *Ep.* I, 11, 18. El nombre lo tomaba de su empleo en el *Campus Martis*.

atrevéis, y añadid este crimen al quebrantamiento
de la disciplina». Entonces, todos se aplacaron y lo- 8
gró hacerse temer por no haber dado él muestras
de temor. Este ejemplo infundió tanta disciplina a 9
los romanos e inspiró tanto terror en los bárbaros,
que pidieron a Antonino, entonces ausente, un tra-
tado de paz para cien años, pues habían visto que,
por decisión de un general romano, había sido con-
denados a muerte incluso aquéllos que habían lo-
grado la victoria actuando ilegalmente.

5 Muchas de las rigurosas medidas de Casio con-
tra el desenfreno de los soldados se hallan en la obra
de Emilio Parteniano que ha relatado la historia de
los que conspiraron al trono desde los años más re-
motos. En efecto, después de haberlos hecho azo- 2
tar en el foro y en medio del campamento, mandó
decapitar con el hacha a los soldados que había me-
recido este castigo y a muchos les amputó las ma-
nos. Prohibió también que los soldados llevaran en 3
campaña otra provisiones que no fueran tocino,
bizcochos y vinagre y, si descubría algún otro ali-
mento, castigaba este lujo con una pena severa. Hay 4
una carta del divino Marco sobre Casio dirigida a
su prefecto que dice así: «Confié a Avidio Casio las 5
legiones siríacas, que se encuentran disipadas por el
lujo y que viven de acuerdo con las costumbres de
Dafne. Sobre ellas Cesonio Vectiliano me escribió
diciendo que había comprobado que todas ellas ha-
cían uso de los baños calientes. Y pienso que no 6
me he equivocado pues también tú conoces bien a
Casio, un hombre de una severidad y disciplina
«casiana». En efecto, a los soldados no se les puede 7
gobernar sino con la antigua disciplina, pues cono-
ces este verso compuesto por un famoso poeta, y
que todo el mundo recita a menudo:

> «El Estado romano se mantuvo firme gracias
> a las costumbres y a los hombres antiguos [14].

Haz únicamente que las legiones tengan provi- 8

siones en abundancia pues, si conozco bien a Ca-
sio, sé que no se emplearán inútilmente». Carta del 9
prefecto a Marco: «Habéis actuado con cordura, mi
señor, al confiar a Casio la jefatura de las legiones
de Siria, pues a soldados de costumbres griegas 10
nada les conviene más que un jefe de cierto rigor. 11
Sin duda, él prohibirá todos los baños calientes y
hará caer a base de golpes todas esas flores que lle-
van los soldados en su cabeza, en su cuello o en su
seno. Todos los aprovisionamientos de los que ne- 12
cesita el ejército están a punto y nada falta bajo el
mando de un buen general; porque o no son mu-
chas las exigencias o no son muchos los gastos».

6 Y Casio no traicionó la opinión que se habían
forjado sobre él. Efectivamente, enseguida ordenó
que se convocara una asamblea [14 bis] y fijó sobre los
muros unos edictos en los que anunciaba que, si en-
contraba en Dafne algún soldado ceñido con el cin-
turón, posiblemente volvería sin él [15]. Acostumbra- 2
ba a pasar revista a las armas de los soldados cada
siete días así como a sus vestidos, calzados y po-
lainas; eliminó en el campamento todo tipo de co-
modidades y dio órdenes para que las tropas pasa-
ran el invierno en las tiendas de campaña, si no
corregían sus costumbres, y hubieran pasado en
ellas el invierno, sino hubieran vivido con más de-
coro. Cada siete días todos los soldados hacían ejer- 3
cicios que consistían en lanzar flechas y manejar las
armas. Decía, en efecto, que era lamentable que los 4
soldados no realizaran ningún ejercicio, mientras

[14] Es un fragmento de los *Annales* de Ennio, citado por Cicerón en el *De República*, 5.

[14 bis] El texto dice *in signa* «ante los estandartes», lugar donde se celebraban las asambleas militares. Estos *signa* eran: la gavilla o haz de heno, el *vexillum* o lienzo cuadrado fijo en una lanza y el águila.

[15] Despojar del cinturón a un soldado suponía una degradacón y un castigo. En este caso el castigo se imponía por ir ceñido con él (*accintus*) en lugares impropios de la ciudad.

que los atletas y los cazadores sí que los realizaban;
que la fatiga les resultaría después menor, si se acos-
tumbraban a ella.
Así, pues, una vez que enderezó la disciplina mi- 5
litar, llevó a cabo con gran éxito distintas empresas
bélicas en Armenia, Arabia y Egipto, y fue amado
por todos los pueblos orientales, especialmente por
los habitantes de Antioquía que le apoyaron en sus 6
aspiraciones al trono, como cuenta Mario Máximo
en la biografía de Marco Aurelio. Y, también, cuan- 7
do los soldados Bucólicos cometieron muchos he-
chos graves en Egipto [16], fueron reprimidos por
éste, como el mismo Mario Máximo refiere en la
vida del divino Marco.
7 Se proclamó emperador en Oriente, según dicen
algunos, a instancias de Faustina [17], que desconfia-
ba de la salud de Marco y temía que no iba a poder
defender ella sola a sus hijos, niños aún, y que apa-
reciera alguien que se los quitara de en medio, des-
pués de apoderarse de la mansión real. Sin embar- 2
go, otros dicen que Casio, para poder conseguir
que los soldados y los habitantes de las provincias
se pusieran de su parte y abandonaran su afecto ha-
cia Marco, empleó el siguiente ardid: decir que
Marco había muerto. En efecto, se dice que inclu- 3
so le dio el título de «divino», para calmar la año-
ranza hacia él. Cuando ya siguió adelante en su pro- 4
pósito de hacerse emperador, nombró rápidamente
prefecto del Pretorio a aquel hombre que le había
procurado las insignias reales [18], el cual fue también
asesinado en contra de la voluntad de Antonino por

[16] Cf. *Marco*, 15, 2.

[17] *Ibid.*., 24, 6.

[18] Alusión a los distintivos imperiales, posiblemente al *paludamentum* «manto de púrpura» (cf. *Marco*, n. 49), *pugio* «daga corta» y *sceptrum*, primitivamente un largo bastón semejante a la madera de una lanza (Virgilio, *Aen.*, XII, 206), luego más evolucionado y de distintos materiales, como el que acababa en una figura de águila que representa al emperador Antonino grabado en la columna erigida en su honor.

el ejército [19], que también con la oposición e incluso el desconocimiento de Antonino acabó con Meciano, a quien se le había confiado el gobierno de Alejandría y quien se había puesto de acuerdo con
Casio con la esperanza de participar en el poder. 5
Con todo, Antonino ni se irritó violentamente al enterarse de la sublevación, ni se enfureció contra
los hijos de Casio ni contra sus parientes. El sena- 6
do le declaró enemigo público y confiscó sus bienes [20]. Antonino no quiso añadirlos a su tesoro particular, y por ello se adjudicaron al tesoro público de
acuerdo con la prescripción del senado. No faltó 7
consternación en Roma cuando algunos aseguraban que Avidio Casio se iba a presentar en Roma durante la ausencia de Antonino, que era estimado de un modo excepcional por todos salvo por los degenerados, y que iba a saquear la Ciudad como un tirano, por culpa sobre todo de los senadores, que habían confiscado sus bienes y le habían conside-
rado enemigo del Estado. Y el amor que inspiraba 8
Antonino se reveló sobre todo en que el asesinato de Casio se ejecutó con el beneplácito de todos los
pueblos, a excepción de los antioquenses. Por cier- 9
to, Antonino no ordenó su ejecución, sino que se limitó a permitirla, dado que para todo el mundo era evidente que, si hubiese estado en su poder, le habría perdonado.

8 Cuando presentaron a Antonino la cabeza de Casio, él no sólo no se regocijó, ni se enorgulleció [21], sino que incluso sintió pena de que se le privara de una ocasión propicia para mostrar su clemencia, diciendo que su deseo hubiera sido prenderle vivo para echarle en cara los beneficios de que le había
hecho objeto y conservarle la vida. En fin, en una 2

[19] Cf. *Marco*, 25, 4.
[20] *Ibid.*., 24, 9.
[21] *Ibid.*., 25, 3.

ocasión en que un individuo decía que había que reprochar a Antonino la excesiva benignidad que había mostrado hacia un enemigo personal suyo, hacia sus hijos y allegados, y hacia todos los que había descubierto como cómplices de un usurpador, y añadía en tono de reproche: «¿Qué hubiera ocurrido, si hubiera vencido Casio?», dicen que el
emperador respondió: «No hemos honrado a los 3
dioses ni hemos vivido tan indignamente como para que él nos derrotara». Después mostró que todos los emperadores que habían sido asesinados habían dado motivos para que les dieran la muerte merecidamente y que ningún emperador bueno había
sido vencido o asesinado a la ligera por un tirano, 4
asegurando que Nerón había merecido la muerte, que Calígula debió morir y que Otón y Vitelio no
desearon realmente gobernar [22]. Una opinión simi- 5
lar tenía sobre Pértinax y sobre Galba, diciendo que la avaricia era el peor mal que existía en un empe-
rador. Añadía, en fin, que ni Augusto, ni Trajano, 6
ni Adriano, ni su padre habían podido ser vencidos por los rebeldes dado que muchos de ellos fueron eliminados o en contra de su voluntad, o sin su co-
nocimiento. Por su parte, el propio Antonino pi- 7
dió al senado que no castigara con rigor a los cómplices de la rebelión rogando al mismo tiempo que no impusiera la pena capital a ningún senador durante su reinado, lo que le granjeó una grandí-
sima estima. Finalmente, después de castigar a un 8
insignificante número de centuriones, hizo llamar a los que habían sido deportados [23].

---

[22] Alusión a los distintos modos como murieron estos emperadores, cf. Suetonio, Cal., 58; *Nero*, 47-49; *Otho*, 11; *Vit.*, 17: a Calígula le asesinaron dos oficiales de la guardia. Nerón se suicidó para evitar que le asesinaran. Otro tanto hizo Otón, tras la derrota de su ejército por Vitelio, y éste fue asesinado por los soldados de Vespasiano.

[23] Cf. *Marco*, 26, 12.

9 No castigó a los habitantes de Antioquía que ha-
bían conspirado con Avidio Casio, sino que los
perdonó, adoptando la misma actitud con los ha-
bitantes de otras ciudades que le había ayudado,
aunque al principio se irritó profundamente con los
antioquenses y les prohibió los espectáculos, pri-
vándoles también de otros muchos títulos honorí-
ficos de su ciudad que posteriormente volvió a
otorgarles. Antonino donó a los hijos de Avidio 2
Casio la mitad de los bienes de su padre, de la mis-
ma manera que a sus hijas las honró con la conce-
sión de oro, plata y piedras preciosas. Y, por lo que 3
respecta a Alejandría, la hija de Casio, así como a
su yerno Druenciano, les concedió la libertad de ir
donde quisieran. Y así vivieron gozando de la máxi- 4
ma seguridad, no como rehenes de un usurpador,
sino como miembros de la clase senatorial, puesto
que Antonino prohibió que ni siquiera en los jui-
cios se les echara en cara la desgracia de su familia,
condenando a algunos que se habían mostrado in-
solentes con ellos injuriándolos. Es más, les puso
bajo la protección del marido de su tía.

Pero, si alguien desea conocer toda esta historia, 5
que lea el segundo libro de la vida de Marco escri-
to por Mario Máximo, en el cual narra las acciones
que éste realizó cuando gobernó solo después de la
muerte de Vero. Entonces, en efecto, tuvo lugar la 6
revuelta de Casio, como lo prueba una carta que se
envió a Faustina, de la cual es una copia ésta que si-
gue: «Vero me escribió la verdad sobre Casio: que de- 7
seaba ser emperador. En efecto, pienso que tú ya has
oído lo que contaban de él los servidores de Vero. 8
Ven, por tanto, a Albano para que tratemos de la
situación general, con el beneplácito de los dioses.
Nada temas». De aquí se deduce que Faustina no es- 9
taba enterada de estas cosas, aunque Mario Máximo,
deseando desacreditarla, afirme que Casio había asu-
mido el poder con su complicidad. En efecto, se 10
conserva una carta de ésta dirigida a su marido en

la que le apremia a vengarse con rigor de Casio. Co- 11
pia de la carta de Faustina a Marco: «Me dirigiré a
Albano mañana, obedeciendo tus órdenes; no obs-
tante, desde este mismo momento te exhorto, si es
que amas a tus hijos, a perseguir con suma energía
a estos rebeldes. Efectivamente, se han acostumbra- 12
do mal los jefes y los soldados, pues, si no se les
reprime, se convierten ellos en opresores».

10 Otra carta de la misma Faustina a Marco: «Cuan-
do se sublevó Celso, mi madre Faustina exhortó a
tu padre Pío a que observara piedad, primero con
los suyos y luego con los extraños. Pues no es pia- 2
doso el emperador que no piensa en su esposa y en
sus hijos. Ya ves la edad que tiene nuestro hijo Có- 3
modo. Pompeyano [24], nuestro yerno, es bastante 4
anciano y, además, extranjero. Considera cuál va a 5
ser tu actuación con Avidio Casio y sus cómplices.
No seas indulgente con unos hombres que no han
sido indulgentes contigo, ni lo serían conmigo ni
con nuestros hijos, de haber resultado vencedores. 6
Enseguida seguiré yo también tu ruta. No he po-
dido ir a Formiano, porque nuestra hija Fadila [25]
está enferma. Pero, si no puedo encontrarte en For- 7
mias, trataré de llegar a Capua, ciudad que podrá
aliviar mi enfermedad y la de nuestros hijos. Te pido 8
que envíes a Formiano al médico Sotéridas. Por mi
parte no tengo ninguna confianza en Pisiteo que no
conoce los remedios oportunos para curar a una
doncella aún virgen. Calpurnio me ha entregado 9
una carta tuya sellada: si tardo en ir, te contestaré
a ella por medio del viejo eunuco Cecilio que, como
sabes, es un hombre fiel. A él confiaré de palabra 10
los rumores que la esposa de Avidio Casio, sus hi-
jos y su yerno lanzan, según dicen, sobre ti».

---

[24] *Ibid.*, 20, 6.

[25] Arria Fadila, cuarta hija de Marco, nacida en el año 150.

11 Se deduce por esta carte que Faustina no fue cómplice de Casio, más aún, que exigió con energía su castigo, puesto que a Antonino, que se mantenía inalterable y planeaba medidas más indulgentes, le convenció de que era preciso vengarse de él. 2
La carta que transcribo a continuación mostrará lo que Antonino le contestó: «Realmente, mi querida 3
Faustina, actúas con escrupolosidad velando por tu marido y por nuestros hijos. En efecto, he vuelto a leer en Formiano una carta tuya en la que me exhortas a castigar a los cómplices de Casio. Pero yo 4
estoy dispuesto a perdonar a sus hijos, a su yerno y a su esposa y voy a escribir al senado para que actúe de modo que la confiscación de sus bienes no sea demasiado gravosa, ni la pena demasiado cruel. 5
En este sentido, no hay ninguna cosa que suponga para un emperador romano mayor recompensa ante los pueblos que la clemencia. Ésta elevó a Cesar al 6
rango de divinidad, ésta divinizó a Augusto, ésta consiguió para tu padre el honor especial del título de Pío [26]. En definitiva, si el dictamen sobre esta 7
guerra se hubiera ajustado a mi criterio, Avidio no hubiera sido ejecutado. Por tanto, no estés inquieta: 8

«Los dioses me protegen, a ellos es grata mi [piedad» [27].

He nombrado cónsul para el año próximo a nuestro yerno Pompeyano». Ésta fue la respuesta de Antonino a su esposa.

12 Interesa, sin embargo, conocer las características del discurso que Marco Antonino envió el senado. 2
Extracto del discurso de Marco Antonino. «Así, pues, padres conscriptos [28], en recompensa de

[26] Cf. *Adriano*, 24, 4, *Antonino*, 2, 4.
[27] Horacio, *Od.*, I, 17, 13.
[28] *Patres conscripti* es un apelativo referido a los senadores. La traduciremos por el giro castellanizado «padres conscriptos», como aquí, o simplemente por «senadores».

vuestras felicitaciones por mi victoria elevo al consulado a mi yerno; me refiero a Pompeyano, cuya edad debería haber sido remunerada hace tiempo con esta magistratura, si no lo hubieran impedido esforzados ciudadanos, a los que la república tuvo
que pagar lo que les debía por sus méritos. Ahora, 3
en relación con la rebelión de Casio, yo os ruego y suplico, padres conscriptos, que depongáis vuestro rigor y mantengáis intacta mi piedad y mi clemencia, mejor dicho, la vuestra, y no permitáis que
el senado envíe a la muerte a ningún ciudadano. Que 4
ningún senador sea castigado, que no se derrame la sangre de ningún noble, que vuelvan los deporta-
dos y que los proscritos recuperen sus bienes. ¡Oja- 5
lá pudiera hacer subir también a muchos ciudadanos de las regiones infernales!

En efecto, jamás es del agrado de un emperador la venganza de su propio dolor pues, por muy justa
que ella sea, se considerará demasiado rigurosa. Por 6
tanto, deberéis perdonar a los hijos de Avidio Casio, a su yerno y a su esposa. Pero ¿por qué digo yo
perdonar, cuando no han cometido ningún crimen? 7
Que vivan con seguridad, sabiendo que viven bajo el reinado de Marco Aurelio. Que vivan disfrutando de la parte del patrimonio de sus padres que les ha correspondido, que disfruten del oro, de la plata y de los vestidos, que sean ricos, que estén exentos de preocupaciones, que vayan donde quieran y que sean libres y que lleven por los confines de todos los pueblos del mundo el testimonio de mi pie-
dad y de la vuestra. Y no es, padres conscriptos, 8
un acto importante de clemencia conceder el per-
dón a los hijos y esposas de proscritos: os pido, 9
pues, que liberéis de la muerte, de la confiscación de sus bienes, del temor, del deshonor, del odio y, en fin, de todo tipo de injurias a los cómplices de Avidio del orden senatorial y del orden ecuestre y
que otorguéis esta prerrogativa a mi reinado: que 10
quien haya caído en la contienda, con ocasión de

la sublevación de un pretendiente, sea elogiado aún
después de muerto».

13 El senado honró este ejemplo de clemencia con
las siguientes aclamaciones [29]: «Antonino piadoso,
que los dioses te conserven. Antonino clemente, 2
que los dioses te conserven. Tú has querido lo que
era lícito; nosotros hemos hecho lo que convenía.
Pedimos para Cómodo el poder imperial legal.
Consolida tu descendencia. Haz que nuestros hijos
vivan tranquilos. Ninguna fuerza daña un imperio 3
legítimo. Pedimos para Cómodo Antonino el po- 4
der tribunicio, pedimos tu presencia. Honor a tu fi- 5
losofía, a tu paciencia a tu ciencia, a tu nobleza y
a tu integridad. Tú vences a tus enemigos, triunfas
sobre los enemigos de la patria; los dioses te pro-
tegen». Y aún seguían más.

Así, pues, los descendientes de Avidio Casio vi- 6
vieron sin inquietud y tuvieron acceso a los cargos
del Estado. Pero Cómodo Antonino después de la 7
muerte de su padre, ya deificado, los condenó a to-
dos a ser quemados vivos, como si se les hubiera
sorprendido en una rebelión.

Éstas son las noticias que hemos hallado sobre 8
Avidio Casio. Su carácter, como antes dijimos, fue 9
siempre tornadizo, pero inclinado sobre todo al ri-
gor y a la crueldad. Si hubiera llegado a ocupar el 10
trono, hubiera sido no sólamente clemente, sino
también bueno, y además, un extraordinario y efi-
caz emperador.

14 Efectivamente, se conserva una carta que escri-
bió a su yerno cuando ya se había declarado em-

[29] El sentido general de esta palabra (*acclamationes*) es el de aprobación entusiasta manifestada con aplausos, gritos de alegría, etc., y se refiere a distintos actos de la vida, v. g. a las bodas (*Thalassio*), triunfos (*io triumphe*), etc. En sentido político, como aquí, significa asentimiento a algún acto extraordinario, a la elección de un emperador, etc., o por el contrario, rechazo a determinados actos. Véanse otras aclamaciones en *Cómodo*, 18-19 y *Alejandro Severo*, 6-11.

perador, en la que dice: «Desdichado el Estado que 2
soporta a individuos como éstos, ávidos de rique-
zas y opulentos. Desdichado Marco Aurelio, hom- 3
bre sin duda extraordinario, que, no obstante, deja
vivir a hombres cuya conducta no aprueba por el
deseo de que le llamen clemente. ¿Dónde está Lu- 4
cio Casio[30] cuyo nombre me cautiva en vano?
¿Dónde, aquel Marco Catón el Censor[31]? ¿Dón-
de, toda la disciplina de nuestros antepasados? Esta,
ciertamente, tiempo ha desapareció; pero ahora ni
siquiera se la busca. Marco Aurelio filosofa e in- 5
vestiga sobre los principios de las cosas, sobre las
almas, sobre lo honesto y lo justo; pero no se preo-
cupa del Estado. Ya ves que se necesitan muchas es- 6
padas, muchos epitafios para que la imagen de la
nación vuelva a su antiguo estado. Pero yo a estos 7
gobernadores de las provincias —¿Consideraré yo
acaso procónsules o gobernadores a quienes creen
que el senado y Antonino les confiaron las provin-
cias para que se entregaran a la lujuria y para que
se enriquecieran? Tú has oído que el prefecto del 8
Pretorio de nuestro filósofo era un pobre y un men-
digo tres días antes de alcanzar este cargo, pero que
súbitamente se hizo rico. ¿De dónde sacó las rique-
zas, pregunto yo, sino de las entrañas de la repú-
blica y de las posesiones de los habitantes de las
provincias? Que sean ricos, que naden en la opu-
lencia: así llenarán el erario público; que los dioses
favorezcan sólamente las buenas causas; los casia-
nos devolverán el principado a la república». Esta
carta de Casio indica que habría sido un empera-
dor muy severo y riguroso.

[30] No Lucio Casio, sino Cayo Casio Longino, quien conspiró contra César, cf. 1, 4.

[31] M. Porcio Catón (234-149) que se hizo famoso por su actuación como Censor en contra de la influencia del helenismo.

7. CÓMODO ANTONINO

(Elio Lampridio)

1 Ya hemos hablado bastante en la vida de Marco
Antonino [1] de los antepasados de Cómodo Anto-
nino. Este nació con su hermano gemelo Antonino 2
la víspera de las calendas de septiembre durante el
consulado de su padre y de su tío en Lanuvio, don-
de también se dice [2] que nació su abuelo materno. 3
Cuando Faustina estaba a punto de dar a luz a Có-
modo y a su hermano, vio en sueños que paría ser-
pientes, pero una de ellas más fiera. Y, después de 4
que dio a luz a Cómodo y a Antonino, éste murió
a los cuatro años de edad, aunque los astrólogos
aseguraban que según el curso de los astros sería
igual que Cómodo. Así, pues, una vez muerto su 5
hermano, Marco intentó educar a Cómodo con sus
propias enseñanzas y con las de grandes y eximios
maestros. Tuvo como maestros de gramática griega 6
a Onesicrates, como maestro de gramática latina a
Capela Antistio; Ateyo Santo fue su profesor de
oratoria. Pero no le fueron útiles en ningún senti- 7
do los maestros de tantas disciplinas. Tanto puede
la fuerza del propio carácter o la de aquéllos que
actúan como preceptores en palacio. Porque desde
su infancia fue impúdico, malvado, cruel, libidino-
so, impuro en su boca y pervertido, y ya desde en- 8

---

[1] Cf. *Marco*, 1, 1-2.
[2] Cf. *Antonino*, 1,8.

tonces un artista en todas aquellas artes que no eran a la dignidad de un emperador, hasta el punto de que modeló copas, danzó, cantó, silbó y, en fin, demostró su valía como bufón y consumado gladiador. A los doce años dio en Centuncelas [3] una 9
muestra de su futura crueldad, pues una vez se bañó en un baño que casualmente estaba demasiado tibio, ordenó arrojar al horno al bañero; entonces el pedagogo que había recibido esta orden quemó en el horno la piel de carnero para hacer que Cómodo creyera que se había cumplido la pena por la fetidez de aquel olor.

Recibió el título de César [4] junto con su herma- 10
no Vero [5], cuando era aún niño. A los catorce años de edad fue admitido en el colegio de los sacerdotes.
2 Fue cooptado entre los «tressolos [6]» como príncipe de la juventud [7], cuando vistió la toga viril. Cuando aún vestía la pretexta de la infancia, distribuyó un congiario al pueblo y ocupó la presidencia en la basílica de Trajano. Vistió la toga el día de 2
la nonas de julio, el día en el que desapareció de la tierra Rómulo y en que Casio se separó de Marco. 3
Después de haber sido recomendado a los soldados, partió con su padre a Siria y Egipto y volvió

[3] La actual Civitá Vecchia, en la costa de Etruria.

[4] Cf. 12, 3; *Marco*, 22, 12.

[5] Marco Anio Vero que murió en el 169. Cf. *Marco*, 21, 3.

[6] «Jóvenes aspirantes a caballeros». El texto es inseguro. Acepto la conjetura de *Lipsius: trossulos*, corrección de *tressolos* P. Los *trossuli* eran caballeros romanos que recibían su nombre de la ciudad de Etruria, *Trossulum*, conquistada por ellos sin el concurso de la infantería, cf., Plinio, *Nat. Hist.*, 23, 2, 35 ss. Luego el nombre adquirió un sentido figurado, como jóvenes que aspiraban a entrar en el censo ecuestre, que es el que tal vez tiene en el texto. Mommsen rechazó la lectura de *Lipsius*, proponiendo *inter<fra>tres solus*, basado en la que da el manuscrito Σ: *tres solos*. De aceptar su lectura la traducción sería: «de entre sus hermanos fue nombrado él sólo príncipe de la juventud».

[7] Título concedido por el orden ecuestre al hijo del emperador al tomar la toga viril e ingresar en la caballería romana.

con él a Roma. Después de esto, tras conseguir la 4
dispensa de la ley anaria [8], fue nombrado cónsul y
saludado como emperador junto con su padre, el
día cinco antes de la calendas de diciembre, duran-
te el consulado de Polión y Apro y obtuvo los ho-
nores del triunfo junto con su padre; efectivamen-
te, también este honor se debió a un decreto del se-
nado. Después, partió con su padre a la guerra con- 5
tra los germanos.

No pudo aguantar a los pedagodos que le habían 6
puesto para cuidar de su vida porque eran muy vir-
tuosos, mantuvo a los más degenerados y, cuando
les apartaron de su lado, sintió nostalgia por ellos
hasta el punto de enfermar. Después de que consi- 7
guió que volvieran gracias a la debilidad de carác-
ter de su padre, montó constantemente en las es-
tancias palaciegas, tabernas y figones y no puso lí-
mite ni al pudor ni a los gastos que originaban. Ju-
gaba a los dados en casa. Esclavizando a las mu- 8
jerzuelas de más bella contextura como en los pros-
tíbulos, reunió un lupanar para mofarse de la cas-
tidad. Siguió a los revendedores ambulantes y ad-
quirió caballos de carreras para su uso particular. 9
Guió carros con el atuendo de auriga, convivió con
los gladiadores, transportó agua como un servidor
de vendedores de esclavos, hasta el punto de que
podrías creer que él había nacido para la infamia
más que para aquel rango al que le elevó la fortuna.

3 Apartó de sus cargos a los más antiguos servidores
de su padre y alejó a los amigos que eran ya ancia-
nos. Intentó ganarse, proponiéndole placeres des- 2
honestos, al hijo de Salvio Juliano [9], que entonces
se hallaba al frente del ejército, más no lo logró y
desde entonces se dedicó a tender trampas a Julia-

[8] La *lex Vilia annalis* o *annaria* era la que fijaba la edad para acceder a las magistraturas.

[9] P. Salvio Juliano, cónsul en el año 175.

no [10]. Alejó de sí a los ciudadanos más honestos o 3
de forma ultrajante o mediante la concesión de car-
gos muy dignos. Fue apostrofado en escena por los 4
actores de pantomimos como una persona deshon-
rada y por ello los deportó inmediatamente hasta el
punto de que no aparecieron más en escena. Ce- 5
diendo a las estipulaciones de los enemigos, aban-
donó también la guerra que su padre casi había ter-
minado y se volvió a Roma. Cuando volvió a Roma, 6
colocó detrás de sí en su carro al actor Saotero y
celebró el desfile triunfal de tal manera que, vol-
viendo la cabeza en múltiples ocasiones, le besaba
públicamente. También hizo esto mismo en la or- 7
questa del teatro [11]. Y, aunque bebía hasta el ama-
necer y devoraba los recursos del imperio romano,
también por las mañanas volaba de taberna en ta-
berna hasta dar en los lupanares. Envió a gobernar 8
las provincias a individuos que eran cómplices de
sus vicios o que habían sido recomendados por
otros criminales. Llegó a ser odiado por el senado 9
hasta tal extremo que también él, a su vez, se en-
sañó contra este estamento tan prestigioso, desean-
do destruirle y se volvió sanguinario por verse
despreciado.

4 La vida que llevaba Cómodo incitó a Cuadrato
y Lucila [12], ayudados por los consejos del prefecto
del Pretorio Tarruteno Paterno, a proyectar su
muerte. Sin embargo, confiaron la ejecución de la 2

---

[10] Cf. 4, 8.

[11] La orquesta (*orchestra:* ορχήστρα) era la superficie que existía bajo el proscenio en la que actuaba y danzaba el coro (οχέομαι) en el teatro griego. Estaba limitada por la fila de asientos más bajos por un lado y por el muro sobre el que montaba la escena. En los teatros romanos, por la ausencia de coro, se destinaba este espacio para los senadores y personas distinguidas, cf. Suetonio, *Aug.*, 35; *Nero.*, 12.

[12] M. Umidio Cuadrato, cónsul en el año 167. Era hijo de Ania Cornificia Faustina, hermana de Marco, cf., *Marco*, 7,4. Lucila era la hermana mayor de Cómodo, viuda de L. Vero y casada tras la muerte de éste con Claudio Pompeyano, cf. *Marco*, 20,6.

muerte a su pariente Claudio Pompeyano. Cuando 3
éste disponía ya de la posibilidad de llevar a cabo su propósito, después de haber entrado con la espada desenvainada donde se encontraba Cómodo, descubrió estúpidamente el crimen al pronunciar estas palabras: «El senado te envía esta espada». Y así no llevó a cabo una acción en la que participaban,
además de él, otros muchos. Después de estos su- 4
cesos, fueron asesinados primeramente Pompeyano y Cuadrato, después Norbana, Norbano y Paralio; también la madre de éste junto con Lucila fue-
ron desterradas. Entonces los prefectos del Preto- 5
rio, viendo que Cómodo había provocado un odio inmenso por culpa de Saotero, cuyo poder el pueblo romano no podía soportar, hicieron salir con astucia a Saotero de Palacio para una ceremonia religiosa y cuando volvía a su quinta le dieron muer-
te valiéndose de unos mercaderes de trigo. Este 6
atentado le resultó a Cómodo más molesto que el
que tramaron contra su propia persona. Sin embar- 7
go, a Paterno, aunque era el culpable del asesinato de Saotero y, por lo que se podía conjeturar, cómplice del plan para asesinar a Cómodo y mediador para que la conjura no se castigara con mayor amplitud, a instigación de Tigidio [13], lo apartó del car-
go de prefecto concediéndole la laticlavia. Pero, des- 8
pués de unos pocos días, le acusó de conspirar contra él, afirmando que la hija de Paterno había sido prometida al hijo de Juliano porque quería confiar-
le a éste el poder imperial. Por ello dio la muerte 9
a Paterno, a Juliano y a Vitruvio Segundo, íntimo amigo de Paterno y encargado de la correspondencia imperial. Además, la familia de los Quintilios fue aniquilada en su totalidad, porque se decía que Sexto, el hijo de Condiano, se había evadido simu-
lando su muerte para organizar una revuelta. Fue- 10

[13] Tigidio Perene fue coprefecto con Paterno en el 182.

ron asesinados también Vitrasia Faustina, Velio
Rufo y el consular Egnacio Capitón. Los cónsules 11
Emilio Junco y Atilio Severo, sin embargo, fueron
desterrados y el emperador desahogó su crueldad
en otras muchas personas de múltiples formas.

5 Después de esto, nunca se presentó en público
de buen grado y no permitió que nadie le comuni-
cara noticia alguna si antes no la había dado el vis-
to bueno Perene. Sin embargo, éste, que conocía 2
perfectamente a Cómodo, encontró el modo de au-
mentar su poder. En efecto, convenció a Cómodo 3
a que se dedicara a los placeres, asegurándole que
él, en cambio, se consagraría personalmente a la ad-
ministración de los asuntos públicos, lo que Có-
modo aceptó gustoso. En consecuencia, ajustando 4
su vida a esta propuesta, se entregaba a los delirios
báquicos en Palacio entre banquete y baños con
trescientas concubinas que había reunido eligién-
dolas, de acuerdo con la belleza de su figura, entre
matronas y meretrices, y con otros trescientos jó-
venes libertinos a los que había elegido igualmente
entre los nobles o entre la plebe, bien por la fuer-
za, bien mediante recompensas, siendo su figura la
que determinaba la elección. Entre estas bacanales,
inmoló víctimas vestido de victimario [14]. Luchó en 5
el anfiteatro con las varas gladiatorias [15] entre los
gladiadores que pertenecían a sus ayudas de cáma-
ra y, a veces, con espadas bien afiladas. Por enton- 6
ces Perene reclamó que se le entregara todo el po-
der: mató a los ciudadanos que le vino en gana, des-

[14] Los victimarios (*uictimarii*) eran servidores o ministros de los sacrificios, cuya función era encender el fuego, preparar los objetos e instrumentos necesarios para el sacrificio y sujetar la víctima cuando el *popa* (Livio, XL,29) la iba a golpear para abatirla.

[15] Las *rudes*, unas varas o bastones que acababan en una especie de bola o botón y que utilizaban los gladiadores y soldados cuando se les enseñaba a atacar o defenderse. Era el arma específica del gladiador llamado *rudiarius*.

pojó a muchísimos, dio al traste con todas las leyes y arrojó en su bolsillo cuantos bienes robaba. Por 7
su parte, Cómodo, después de haber enviado a Capri a su hermana Lucila, la mandó matar. Después, 8
tras haber cometido estupro con sus otras hermanas, según dicen, y haber acogido entre sus brazos a una prima hermana, impuso el nombre de su madre a una de sus concubinas. Expulsó a su mujer 9
que había sido sorprendida en adulterio, después la envió al exilio y finalmente la asesinó. Obligaba a 10
sus concubinas a entregarse al amor ante sus ojos. 11
Ni se privaba de la infamia que suponía que se entregaran muchachos en sus brazos y no había parte de su cuerpo, incluida la boca, que no hubiera mancillado en ambos sexos. También por entonces, ha- 12
ciendo ver que era obra de unos ladrones, se llevó a cabo el asesinato de Claudio [16], padre de aquél que entró un día a presencia de Cómodo con una espada en la mano, y fueron ejecutados otros muchos senadores sin haber sido juzgados, así como algunas mujeres ricas. Y algunos individuos fueron 13
esquilmados por Perene en las provincias a causa de las riquezas que poseían o incluso fueron quitados de en medio. Es más, a aquéllos que carecían 14
de acusaciones por algunos crímenes ficticios, se les reprochaba no haber querido instituir como heredero a Cómodo.

6 En esta época Perene atribuía a su hijo las empresas bélicas que habían llevado a cabo con éxito otros generales romanos en Dalmacia. Pero este Pe- 2
rene que tuvo tanto poder, acusado de que en la guerra de Bretaña había puesto al frente de las tropas a algunas personas del orden ecuestre desposeyendo de su cargos a los senadores, fue declarado enemigo público por los legados del ejército en el

[16] Otro error. El asesinado fue el hijo de Claudio Pompeyano, pues éste todavía vivía en el año 193, cf. *Pértinax*, 4,10 y *Didio Juliano*, 8,3.

mismo momento en que descubrieron esta circuns-
tancia y, en consecuencia, fue entregado a los sol-
dados para que le hicieran pedazos. Para ocupar un 3
puesto de tanta influencia Cómodo eligió a Clean-
dro [17], uno de sus camarlengos. Después de la muer- 4
te de Perene y de su hijo, Cómodo revocó realmen-
te muchas de sus disposiciones, como si él no las
hubiera dictaminado, simulando que las restablecía
a su antiguo estado. Por cierto, no fue capaz de 5
mantener el arrepentimiento de sus crímenes du-
rante más de treinta días, ya que recurría a Clean-
dro para cometer crímenes más atroces que los que
había cometido por medio del susodicho Perene. 6
Cleandro sucedió a Perene en el poder, pero en la
prefectura le siguió Nigro, que, según cuentan, fue
prefecto del Pretorio sólamente durante dos horas; 7
en efecto, se cambiaba a los prefectos del Pretorio
de una hora a otra y de un día a otro y la actuación
general de Cómodo era peor que había sido antes. 8
Marcio Cuarto fue prefecto del Pretorio durante
cinco días. Los sucesores de éstos fueron retenidos
en sus cargos o asesinados a voluntad de Cleandro; 9
a un gesto suyo también fueron elegidos libertos
para formar parte del senado y engrosar las filas de
los patricios, y entonces por primera vez se nom-
braron cinco cónsules para un solo año y se pusie-
ron en venta todas las provincias. Cleandro vendía 10
todo por dinero: llamaba a los desterrados a Roma
y los honraba con cargos públicos y anulaba las
causas que ya habían recibido sentencia. Fue tan 11
grande su poder, a causa de la necedad de Cómo-
do, que al esposo de la hermana de éste llamado
Burro, que reprendía a Cómodo y le tenía al
corriente de lo que ocurría, le prendió bajo la sos-
pecha de que aspiraba al trono y le mató, tras ha-
ber acabado también con otros muchos que le de-

[17] Un frigio llevado a Roma como esclavo.

fendían. También fue ejecutado entre éstos el pre- 12
fecto Ebuciano; y para ocupar su puesto fue nom-
brado el propio Cleandro, junto con otros dos que
él personalmente había elegido. Y entonces por pri- 13
mera vez hubo tres prefectos del Pretorio, entre
ellos un liberto, que recibió el nombre de «prefec-
7 to del puñal [18]».

Pero a Cleandro se le confirió también la muerte
que había merecido. En efecto, como Arrio Anto-
nino había sido asesinado por sus intrigas median-
te las que se habían inventado algunos crímenes
para ganarse el favor de Atalo, a quien Arrio había
condenado durante su proconsulado en Asia, y,
como Cómodo tampoco había podido frenar la
hostilidad que suscitó entre el pueblo encolerizado,
aquél fue entregado a la plebe para que ésta le im-
pusiera el castigo, y junto con él fueron ejecutados 2
también Apolausto y otros libertos de palacio. Otra 3
acción de Cleandro fue la violación de las concu-
binas de Cómodo, con las que tuvo algunos hijos
que después de que el murió fueron asesinados jun-
to con sus madres. Para ocupar su puesto fueron 4
elegidos Juliano y Regilo, a los que luego Cómodo
también castigó con la muerte. Tras su asesinato, 5
ejecutó a los Silanos Servilio y Dulio junto con sus
familiares, después a Antio Lupo y a los Petronios
Mamertino y Sura y a Antonino hijo de Mamerti-
no y de una hermana suya, y después de ellos a seis 6
consulares a la vez, a Alio Fusco, a Celio Félix, a
Luceyo Torcuato, a Larcio Eurupiano, a Valerio
Basiano, a Pactumeyo Magno y a toda su familia; 7
en Asia, al procónsul Sulpicio Craso y a Julio Pro-
culo con su familia, y en Acaya, al antiguo cónsul
Claudio Lucano, a la prima hermana de su padre,
Faustina Ania, y a otros muchísimos. Había deci- 8

[18] El puñal o daga (*pugio*) era el símbolo del oficio del prefecto. Se utilizaba también como insignia imperial, cf. *Avidio Casio*, n. 21.

dido también dar muerte a otros catorce más, puesto que los recursos del imperio romano eran insuficientes para sufragar sus gastos.

8 Mientras tanto, el senado concedió a Cómodo el título de Pío, para mofarse de él, por haber designado cónsul al amante de su madre; y, cuando mató a Perene, le concedió el título de Feliz, considerándole como un nuevo Sila [19] por hallarse implicado en un gran número de asesinatos de muchos ciudadanos. Dicen que fue este mismo Cómodo, el lla- 2
mado Pío y Feliz, quien fingió también una conjuración contra su propia persona, para poder dar muerte así a un gran número de ciudadanos. Pero 3
no hubo ninguna otra conjuración que la de Alejandro, quien después se suicidó junto con los suyos, y la de Lucila, hermana de Cómodo. Los adu- 4
ladores le dieron también el sobrenombre de Británico, siendo así que los británicos tuvieron la intención incluso de elegir a otro emperador en su lu- 5
gar. Recibió además el sobrenombre de Hércules Romano [20], porque había matado fieras en el anfiteatro de Lanuvio. En efecto, tenía la costumbre de ejercitarse matando animales salvajes en sus fincas. 6
Además, fue tal su locura que deseó dar a la ciudad de Roma el nombre de Colonia Comodiana. Cuentan que se le ocurrió semejante monstruosidad cuando se encontraba disfrutando de las caricias de Marcia. Deseó igualmente conducir cuadrigas [21] en 7

[19] L. Cornelio Sila (137-78) fue el vencedor de Mario en la guerra civil. Tras su victoria, llevó a cabo las más terribles represalias, ordenando degollar a siete mil personas y anunciando que ninguno de sus enemigos podría esperar el perdón.

[20] Cf. 9. El título de *Hércules Romanus* lo constata también Dión Casio. LXXII, 15,5 y C.I.L. XIV, 3449 = Dessau, 400.

[21] Carruaje tirado por cuatro caballos, pero especialmente aplicado a los carros que tomaban parte en las carreras del circo que disponían de dos largas varas y de un yugo para sujetar la cerviz de los cuatro caballos.

el circo. Se presentó en público con una dalmáti- 8
ca[22] y, con este atuendo, dio la señal de salida de
las cuadrigas. Y por la época aquélla en que pro- 9
puso al senado cambiar el nombre de Roma por el
de Comodiana, no sólo aceptó con gusto el senado
semejante proposición para mofarse de él, según
parece, sino que incluso se impuso a sí mismo el
nombre de senado Comodiano, al tiempo que con-
fería a Cómodo el título de Hércules y de Dios.

9 Hizo el simulacro también de que iba a ir a África,
para hacer que le pagaran los gastos del viaje. Con-
siguió el dinero, pero lo invirtió en banquetes y ju-
gando a los dados. Se quitó de en medio al prefec-
to del Pretorio Motileno dándole a comer higos en- 2
venenados. Aceptó estatuas suyas con el traje de
Hércules y le ofrecieron sacrificios como a un dios.
Había proyectado, además, el asesinato de un buen 3
número de personas, proyecto que se descubrió
gracias a un muchacho que sacó de la habitación de
Cómodo una tablilla en la que figuraban los nom-
bres de los que estaban destinados a la muerte.
Practicó el culto a Isis[23] hasta el punto de hacerse 4
rapar la cabeza y de llevar en procesión la estatua

[22] Larga blusa hecha de lana de Dalmacia. No la usaron los romanos de los primeros tiempos y jamás fue de uso general hasta que la adoptó la Iglesia Católica, pues se consideró siempre como prenda afeminada.

[23] Diosa de origen egipcio. Isis es la tierra a quien Osiris, el sol, hace germinar con su calor dando lugar así al nacimiento de todos los seres. Representa, pues, el principio generador femenino. También está relacionada con ella el culto de ultratumba. Sus fiestas llamadas *Isia* se celebraban en Roma entre marzo y abril. Sus misterios eran muy similares a los de Eleusis. Para la celebración de su culto existieron numerosas asociaciones presididas por un *pater*, al que asistía un gran cortejo de sacerdotes, servidores, etc.

de Anubis [24]. Su tendencia a la crueldad le llevó a 5
ordenar a los fieles de Belona [25] que se cortaran
realmente el brazo. También obligaba a los sa- 6
cerdotes de Isis a golpear su pecho con piñas hasta la muerte. Cuando llevaba la estatua de Anubis, golpeaba con violencia las cabezas de los sacerdotes de Isis con el rostro del ídolo. Dio la muerte a leones e incluso a multitud de hombres golpeándoles con una clava, vestido de mujer y cubierto con una piel de león. A los individuos que tenían sus pies enfermos y a los que estaban imposibilitados para andar, les hizo adquirir el aspecto de gigantes envolviéndoles desde las rodillas hasta abajo con cintas de paño y lienzo como si fueran dragones, y al punto acabó con ellos a flechazos. Profanó con un homicidio real los misterios de Mitra [26], siendo

[24] Dios muy venerado entre los egipcios, que aparecía representado por un chacal o lobo de montaña. Su misión fundamental era pasar las almas acompañadas de *Horus* en el juicio final ante Osiris, de ahí que se le asimiló a Hermes y se le incorporó al panteón romano con el nombre de *Hermanubis*.

[25] Diosa de la guerra asimilada a la Palas griega, esposa o hermana de Marte. Su culto procede tal vez de los ritos de la diosa Ma de Capadocia, en cuyas procesiones públicas se veía a la sacerdotisa azotarse hasta derramar sangre. De ahí que entre los distintos ritos con los que se adoraba en Roma se incluyeran las maceraciones y autotorturas.

[26] Dios iranio o persa, mediador entre los dos principios del bien, Ormuzd, y del mal, Ahriman, pero como emanación del bien supremo, que se identifica con el sol, ayuda a los fieles a que triunfe el reino del bien. En occidente se identifica con el *sol inuictus*. Se le representa como un joven cubierto con gorro frigio, con túnica y con una capa echada al hombro, apoyando la rodilla en un toro sujetado con la mano izquierda mientras le hunde un puñal con la derecha. Aparece también rodeado de los signos del Zodíaco. Los fieles, que debían ser virtuosos, sufrían distintos ritos de iniciación que conocemos gracias al testimonio sobre todo de San Jerónimo, *Ep.* 107 y de Tertuliano, *De corona,* 15 *De Praescr. Haeret.*, 40,3. S. Jerónimo da el nombre de los iniciados en cada uno de los siete grados. Tertuliano recuerda alguna de las pruebas, como saltar un depósito de agua con los ojos vendados y las manos atadas con tripas de pollos o tomar parte en una muerte simulada. Así se explica que en muchas de ellas se causaba gran terror o se simulaba que se causaba, como se alude en el texto.

así que en ellos sólamente solían decirse o inventarse cosas que simulaban causar gran temor.

10 Fue desde su infancia glotón y obsceno. En su adolescencia deshonró a todos los hombres que le rodeaban sin importarle su categoría, y, a su vez,
fue deshonrado por todos ellos. A los que se reían 2
de él, los arrojaba a las fieras. Incluso ordenó arrojar a las fieras a un individuo que leía la biografía de Calígula escrita por Suetonio, porque había nacido el mismo día que el emperador. Si a alguno se 3
le había ocurrido comentar en público que deseaba morir, ordenaba que se le diera rápidamente la
muerte, aunque no quisiera. Era peligroso incluso 4
en las bromas. En efecto, a un individuo, al que vio que entre sus cabellos negros tenía otros blancos que parecían gusanillos, le colocó encima un estornino que creía que perseguía gusanos auténticos, y así consiguió que su cabeza supurara a causa de los
picotazos de éste. A un hombre grueso le abrió en 5
canal el vientre para que se desparramaran inme-
diatamente sus intestinos. Llamaba monopodios [27] 6
y miopes a los que había hecho sacar un ojo o cor- 7
tar un pie. Hizo morir, además, por aquí y por allá a un gran número de hombres, a unos porque se presentaban ante él vestidos con traje extranjero, a
otros porque eran nobles y muy distinguidos. Tuvo 8
entre sus amantes a hombres a los que llamaba con los nombres de las partes privadas de ambos sexos
y a los que besaba con gran placer. Amó muchísi- 9
mo también a un hombre provisto de un pene que superaba las dimensiones del de los animales, al que llamaba Onón [28]. Le llenó de riquezas y le nombró jefe de los sacerdotes de Hércules Rural.

11 Se dice que solía mezclar excrementos humanos con alimentos muy costosos y que no se privó de

[27] Del griego μόνος y ποοῦ «un solo pie».
[28] Del griego ὄνος «asno».

gustarlos, pensando que así se reía de sus convida-
dos. Exhibió en una fuente de plata a dos joroba- 2
dos contrahechos, después de haberlos cubierto de
mostaza; les promovió enseguida a distintas digni-
dades y les llenó de riquezas. Hizo arrojar a una 3
piscina, con su toga y en presencia de su servidum-
bre, a su prefecto del Pretorio Juliano. Además le
obligó a danzar desnudo delante de las concubinas,
tocando el címbalo [29] con su rostro demudado. Fue 4
rara la vez que no pidió para sus banquetes todo
tipo de verduras cocidas para prolongar por más
tiempo sus placeres. Se bañaba siete y ocho veces 5
al día y comía en el mismo baño. Acudía a los tem- 6
plos de los dioses, a pesar de estar manchado de im-
purezas y de sangre humana. Incluso imitó a los 7
médicos sacando sangre a algunos individuos con
mortales escalpelos [30]. También en su honor, los 8
aduladores llamaban Cómodo al mes de Augusto,
Hércules al de septiembre, Invicto al de octubre,
Triunfador al de noviembre y Amazonio al de di-
ciembre, de acuerdo con su signo. Sin embargo, el 9
de Amazonio lo recibió como consecuencia del
amor que mantenía con su concubina Marcia, a la
que le gustaba contemplar retratada como una
Amazona, y en atención a la cual quiso salir al an-
fiteatro romano vestido de Amazona. Participó 10
también en combates gladiatorios y aceptó distin-
tos nombres de gladiadores con tanto placer como
si recibiera las insignias de triunfador. Acudió re- 11
gularmente a los juegos públicos y ordenaba que
se registrara en los monumentos públicos las ve-

[29] Calco del griego κύμβαλον: instrumento musical parecido a los platillos. Lo utilizaban sobre todo los oradores de Cibeles (cf. Virgilio, *Georg.*, IV,64; Lucrecio, II,619) y los de Baco (Livio, XXXIX, 8 y 10); pero también se utilizó en actos profanos.

[30] El escalpelo (*scalprum*) era un instrumento agudo y cortante que empleaban los artistas y artesanos para distintos usos, adecuándose sus formas a ellos.

ces que acudía. Se cuenta que participó en los com-
bates gladiatorios setecientas treinta y cinco ve- 12
ces.
Fue nombrado César bajo el consulado de Pu- 13
dente y Polión, el día cuarto de los idus de octu-
bre, al que después llamó de Hércules. Recibió el 14
sobrenombre de Germánico en los idus de Hércu-
les, siendo cónsules Máximo y Orfito.
12 Fue admitido como sacerdote en todos los cole-
gios sacerdotales el día trece de las calendas de In-
victo durante el consulado de Pisón y Juliano. Par- 2
tió para la Germania el día catorce de las calendas
de Elio, como las llamó después. Tomó la toga vi- 3
ril bajo dicho consulado. Fue saludado como em- 4
perador con su padre el día cinco de las calendas
de Vencedor, cuando eran cónsules por segunda vez
Polión y Apro. Celebró el triunfo el diez de las ca- 5
lendas de enero del mismo año bajo los mismos
cónsules. Salió otra vez de Roma el día tres de las 6
nonas de Cómodo, bajo el consulado de Orfito y
Rufo. El ejército y el senado le presentaron oficial- 7
mente en la casa Palatina llamada Comodiana, para
que viviera en ella perpetuamente, el día once de
las calendas de Roma durante el segundo consula-
do de Presente. Cuando proyectaba por tercera vez 8
otra expedición, fue retenido por el senado y por
el pueblo. Se hicieron votos por él en las nonas 9
de Pío, el año en que Fusciano fue cónsul por se-
gunda vez. En el intervalo de estos sucesos, se- 10
gún se refiere en unos escritos, realizó trescientos
sesenta y cinco combates durante el reinado de su
padre y, tras la muerte de éste, consiguió tantas 11
palmas gladiatorias [31] venciendo o matando a recia-

[31] La palma o ramo de palmera fue adoptada por los antiguos como símbolo de victoria y, como tal, se la ofrecían a los atletas, gladiadores, conductores de carros, etc., de ahí que recibe distintos adjetivos para especificar su clase, como aquí el de gladiatoria.

rios [32], que llegó a alcanzar el millar. Mató con su propia mano muchos miles de fieras salvajes de distintas clases, llegando incluso a dar muerte a elefantes. Y muchas veces realizó estas hazañas asistiendo el pueblo romano al espectáculo. 12

13 Fue enérgico para estas acciones, pero para otras fue débil y enfermizo; además tenía una excrecencia entre la ingle de tales proporciones, que el pueblo romano podía percibirla a través de sus vestidos de seda. Por esta razón se escribieron muchos 2
versos, de los que Mario Máximo se vanagloria en su obra. Gozó de tantas energías para reducir a las 3
fieras que llegó a atravesar de parte a parte a un elefante con una lanza y traspasó el cuerpo de una gacela con una estaca y mató a muchos millares de bestias enormes, a cada una con un solo golpe. Su 4
desvergüenza fue tan grande que bebió en muchísimas ocasiones a la vista de todos, sentado en el anfiteatro o en el teatro vestido de mujer.

Sin embargo, durante su gobierno y a pesar de 5
vivir de esta manera, fueron vencidos por medio de sus lugartenientes los moros y los dacios, fueron pacificadas también las Panonias y Bretaña y se extendió su imperio a las provincias de Germania y Dacia a pesar de la resistencia que oponían sus habitantes; pero todos estos territorios fueron apaci- 6
guados por sus generales. Por su parte, Cómodo 7
era perezoso y descuidado a la hora de firmar documentos, de tal manera que solía estampar su firma en muchos libelos con una sola estampilla, mientras que en muchísimas cartas escribía sólo la palabra «adiós». Y todos los asuntos se llevaban a 8
cabo por mediación de otros individuos quienes, según cuentan, llegaron a utilizar hasta las condenas para llenar sus bolsillos.

---

32 Gladiador romano cuya arma específica y distintiva era la red (*retis*) para envolver a su adversario, generalmente un *secutor*, cf. n. 37.

14 A causa de esta incuria, como además robaban las provisiones de víveres aquéllos que entonces administraban la república, surgió también en Roma una gran escasez, aunque no faltaban productos. 2
Por cierto, poco después Cómodo dio muerte o proscribió a aquéllos que se dedicaban a robar de todo. Pero él mismo, simulando un siglo de oro 3
bajo el nombre de Comodiano, propuso un abaratamiento de los víveres y con ello hizo que la escasez fuera mayor.

Muchos individuos bajo su gobierno obtuvieron 4
por dinero el castigo de otros y su propia salvación. Llegó a vender incluso los diversos tipos de 5
suplicio, las sepulturas, la atenuación de los castigos y dio muerte a unos ciudadanos por otros. Ven- 6
dió también las provincias y los cargos administrativos, de forma que él recibía una parte del dinero y la otra, los que hacían la venta. Vendió a algunos 7
incluso la muerte de sus enemigos. Sus libertos vendieron también los resultados de los procesos. A 8
los prefectos Paterno y Perene no los aguantó mucho tiempo, pero tampoco ninguno de los prefectos que él había nombrado ejercitó este cargo durante tres años, pues a la mayor parte de ellos o les envenenó o les pasó a cuchillo. Con la misma facilidad cambió también a los prefectos de la Ciudad.

15 Eliminó con gusto a sus ayudas de cámara, a pesar de que había acomodado toda su actuación a sus deseos. Su camarlengo Eclecto, viendo la faci- 2
lidad con que eliminaba a sus colegas, se anticipó a su actuación y tomó parte en un complot contra su vida.

Incluso cuando estaba de espectador se equipó con 3
las armas de los gladiadores, cubriendo sus hombros desnudos con una banda de púrpura. Tuvo 4
también la costumbre, como atestiguan los escritos de Mario Máximo, de ordenar que se regis-

traran en las actas de la Ciudad [33] todas las accio-
nes que había realizado de manera indigna, vergon-
zosa, cruel y como un gladiador o un rufián. Lla-
mó también Comodiano [34] al pueblo romano, de- 5
lante del que actuó como gladiador en muchísimas
ocasiones [35]. Y, como el pueblo le aplaudió como 6
a un dios en muchas de las luchas en que interve-
nía [36], creyendo que se había burlado de él, dio ór-
denes para que el pueblo romano fuese masacrado
en el anfiteatro por los soldados de la flota que ten-
saban las velas. Había ordenado también incendiar 7
Roma, como si se tratara de una colonia de su pro-
piedad; y se habrían ejecutado sus órdenes si el pre-
fecto del Pretorio, Leto, no hubiera hecho desistir
a Cómodo de su propósito. Entre otros títulos 8
triunfales recibió también seiscientas veinte veces el
de «jefe de los secutores» [37].

16 Estos son los prodigios que ocurrieron durante
su reinado, tanto públicos como particulares: apa-
reció un cometa; se vieron en el foro las huellas de 2
los dioses orientadas hacia la salida; y antes de la
guerra de los desertores se incendió el cielo; en las
calendas de enero apareció en el foro repentinamen-
te una densa niebla que lo oscurecía; y antes del
amanecer se habían presentado aves incendiarias y
de mal agüero; el mismo Cómodo tuvo que tras- 3

---

[33] Las comenzó a publicar César, siguiendo su ejemplo sus sucesores. Contenían los anuncios oficiales y las noticias de interés para el pueblo romano.

[34] Cf. 8,6.

[35] Cf. 9,11.

[36] Cf. 11,10.

[37] El *secutor*, literalmente «perseguidor». Era el gladiador que luchaba con el *retiarius* persiguiéndole, cuando aquél fallaba en su asalto. Sus armas eran el casco, el escudo largo y rectangular y la ocrea. Traduzco como «jefe de los *secutores*» la expresión *prima palus*, que está formada por analogía de *primus pilus*, pues así como ésta significa «el primer centurión», aquélla significaría «la primera pica, el primero, el jefe, el capitán» de los *secutores*.

ladarse de Palacio a la villa Vectiliana [38] situada jun-
to al monte Celio porque decía que no podía dor-
mir allí; las dos puertas del templo de Jano [39] se 4
abrieron espontáneamente y se vio moverse a la es-
tatua de mármol de Anubis; la de Hércules, que 5
era de bronce y estaba emplazada en el pórtico de
Minucio [40], se cubrió de sudor durante muchos
días; se vio también un búho sobre su dormitorio,
tanto en Roma como en Lanuvio. Pero el mismo 6
Cómodo suscitó un prodigio que le resultó funes-
to: en efecto, en una ocasión se secó la mano en 7
su cabeza, después de haberla introducido en la he-
rida de un gladiador muerto en su presencia, y, con-
tra la costumbre habitual, ordenó que los especta-
dores acudieran a presenciar los combates gladia-
torios no con la toga, sino con la pénula [41], como
solía hacerse en los funerales, mientras que él ocu-
paba la presidencia con vestidos de luto; su casco
fue sacado dos veces a través de la puerta de Libi-
tina [42]. Repartió al pueblo un congiario distribu- 8

---

[38] La escuela para gladiadores. Se sabe por Dión Casio (LXXII, 22,2) que Cómodo se propuso pasar allí la noche del 31 de diciembre del año 192 para presentarse el día siguiente como *secutor*.

[39] El dios romano por excelencia y el más antiguo de toda Italia. Es el principio de las cosas, la entrada de la ciudad, el principio de la luz y dios supremo de las tribus fundadoras de Roma, cf. L. M. de Padiérgana, *Naturaleza de Jano según los fastos de Ovidio*, «Em», 1942, p. 66-97.

[40] Había dos pórticos de Minucio situados entre el monte Capitolino y el Tíber. El uno se llamaba Viejo y el otro Frumentario.

[41] La penula (*paenula*) era un vestido encimero, una especie de blusa redonda protegida por un capuchón, con un agujero redondo en la parte superior por donde se introducía la cabeza, y enteramente cerrado por delante o con una abertura desde la parte inferior hasta medio cuerpo, pero siempre sin mangas. Se utilizaba para resguardarse del frío, para los viajes, etc., a pesar de que a veces resultaba incómodo pues impedía la movilidad, cf. Cicerón, *Mil.*, 20: los que lo llevaban se sentían *adstricti et uelut inclusi* «constreñidos y como encerrados».

[42] La puerta de un anfiteatro por donde eran arrastrados los muertos. El nombre lo recibía de Libitina, la diosa que presidía los funerales.

yendo setecientos veinticinco denarios [43] por cabe-
za. Fue muy tacaño con todos los demás, porque
había disminuido el erario por los costes de su vida
licenciosa. A los juegos ordinarios de circo añadió 9
otros muchos, mas para satisfacer sus caprichos que
por motivos religiosos y para enriquecer a los jefes
de las banderías.

17 Instigados por su conducta, Quinto Emilio Leto
y su concubina Marcia, aunque demasiado tarde,
tramaron una conjura para darle muerte. Le ofre- 2
cieron primero veneno; pero al no ser efectivo, se
sirvieron para estrangularle de un atleta con el que
solía ejercitarse.

La contextura de su cuerpo era proporcionada, 3
el aire de su rostro atolondrado, como es habitual
en los alcohólicos, y su lenguaje confuso. Llevaba
siempre teñido su cabello y lo mantenía brillante
salpicándolo con limaduras de oro, y quemaba su-
perficialmente su cabellera y su barba por miedo a
su barbero.

El senado y el pueblo pidieron que su cuerpo 4
fuera arrastrado con un garfio y arrojado al Tí-
ber [44], pero después fue trasladado al mausoleo de
Adriano por orden de Pértinax [45].

No subsiste ninguna obra suya, a excepción de 5
los baños que Cleandro había construido en su
nombre. Pero el senado arrancó su nombre que se 6
había grabado en construcciones promovidas por
otros. No acabó las obras iniciadas por su padre. 7
Organizó la flota Africana para que sirviera de ayu-
da en caso de que escasease el trigo que llegaba de
Alejandría. Dio a Cartago también en plan jocoso 8

---

[43] Moneda de plata que valía al principio 10 ases (as: unidad de valor equivalente a 12 onzas o una libra de peso), luego 16, al reducirse su peso. La suma parece exagerada.

[44] Costumbre antigua en Roma. Lo mismo pidió el populacho que se hiciera con Tiberio, cf. Suetonio, *Tib.*, 65,1.

[45] Cf. 20,1.

el nombre de Alejandría ComodianaTogada y a la flota Africana el de Comodiana Hercúlea. Impuso 9
al Coloso algunos adornos que después fueron arrancados en su totalidad. Hizo quitar la cabeza 10
del Coloso que representaba a Nerón, colocó encima la suya y grabó debajo una inscripción, como era habitual, pero sin olvidar los títulos de Gladiador y Afeminado [46]. No obstante, Severo, un em- 11
perador riguroso y un hombre de tal nombre, lo incluyó entre los dioses por odio al senado, según parece, y le dio además un flamen, el Herculeano Cómodiano, que el propio Cómodo eligió para sí cuando aún vivía.

Dejó tres hermanas que le sobrevivieron. Severo 12
estableció que se celebrara el aniversario de su nacimiento.

18 Las aclamaciones del senado después de la muerte fueron rigurosas. Y para que se sepa cuál fue la 2
opinión que tenía el senado sobre Cómodo, yo he insertado aquí dichas aclamaciones, copiándolas de Mario Máximo, y el juicio de la resolución del senado:

«Quítensele todos sus honores al enemigo de la 3
patria, quítensele al parricida, que se le arrastre por el suelo. Que el enemigo de la patria, el parricida y el gladiador sea despedazado en el espoliario [47]. 4
¡Enemigo de los dioses! ¡verdugo del senado! ¡Enemigo de los dioses y parricida del senado! ¡Enemigo de los dioses! ¡Enemigo del senado! ¡que el gladiador acabe en el espoliario!; que el asesino de senadores sea expuesto en el espoliario. Que el ase- 5

---

[46] Cf. *Adriano*, n. 89 a 19, 12-13. Pasaje incorrecto, pues para esta época el Coloso ya no tenía la cabeza de Nerón sino la del sol por la que la sustituyó Adriano.

[47] Recinto del anfiteatro donde se desnudaba y despojaba de sus armas y vestidos (*spoliare*) a los gladiadores muertos en la arena.

sino de senadores sea arrastrado con un garfio: que
el asesino de inocentes sea arrastrado con un gar-
fio. ¡Enemigo! ¡parricida! ¡sí! ¡sí! Que sea arrastra-
do por el suelo el que no perdonó a su familia. Que 6
sea arrastrado con un garfio el que quiso darte
muerte. Con nosotros temiste, con nosotros estu- 7
viste en peligro. ¡Oh, Júpiter Óptimo Máximo!,
para que nos sintamos salvos, consérvanos a Pérti- 8
nax ¡Buena suerte a los pretorianos fieles! ¡Buena 9
suerte a las cohortes pretorianas! ¡Buena suerte a
los ejércitos romanos! ¡Buena suerte a la piedad del
senado! Que se arrastre al parricida. Augusto, te 10
pedimos que se arrastre al parricida. Te lo pedimos,
que se arrastre al parricida. Escucha César: ¡a los
leones los delatores! Escúchanos, César ¡Esperato
a los leones! Buena suerte a la victoria del pueblo 11
romano. Buena suerte a los soldados por su leal-
tad. Que las cohortes pretorianas tengan éxito. 12
Destrónense por todas partes las estatuas del ene-
migo de la patria, destrónense por todas partes las
estatuas del parricida, destrónense por todas par-
tes las estatuas del gladiador. Abajo las estatuas del 13
gladiador y parricida. Que arrastren al asesino de
ciudadanos, que arrastren al parricida. Abajo las es-
tatuas del gladiador. Si tú estás a salvo, nosotros es- 14
tamos a salvo y seguros; sí, sí, lo estamos, sí, dig-
namente; lo estamos, sí, con libertad. Ahora esta- 15
mos seguros: que teman los delatores. Que ellos te-
man para que nosotros estemos seguros. Para que
estemos a salvo, fuera del senado los delatores, que
ellos sean azotados. Puesto que estás a salvo, a los
leones los delatores. Bajo tu reinado apaléese a los 16
19 delatores. Que se borre el recuerdo del gladiador
parricida; que se arrojen por los suelos las estatuas
del gladiador parricida. Que se borre el recuerdo
del gladiador impuro, al espoliario el gladiador. Es-
cúchanos César: que se arrastre por los suelos con
un garfio al verdugo. Que se arrastre por los sue- 2
los, siguiendo la costumbre de nuestros antepasa-

dos, al matarife del senado. Ha sido más cruel que
Domiciano. Ha sido más impuro que Nerón. Así
actuó, pues que así sufra. Que se mantenga el re-
cuerdo de los inocentes. Devuélveles sus honores,
te lo rogamos. Que el cadáver del parricida sea 3
arrastrado con un garfio, que arrastren con un gar-
fio el cadáver del gladiador. Que se deposite en el
espoliario el cadáver del gladiador. Pídenos nues-
tros votos, pídenoslos. Todos votamos que se le
arrastre con el garfio. Él cometió una matanza ge-
neral: que le arrastren con el garfio. Él asesinó a 4
personas de todas las edades: que le arrastren con
el garfio. Él asesinó a personas de ambos sexos: que
le arrastren con el garfio. Él no perdonó a los su-
yos: que le arrastren con el garfio. Él saqueó los
templos: que le arrastren con el garfio. Él anuló tes- 5
tamentos: que le arrastren con el garfio. Él despo-
seyó a los vivos: que le arrastren con el garfio. He-
mos servido a esclavos. Él exigió dinero por la vida:
que le arrastren con el garfio. Él exigió dinero por 6
la vida y no guardó fidelidad: que le arrastren con
el garfio. Él vendió al senado: que le arrastren con
el garfio. Él arrebató a los hijos las herencias de sus
padres; que le arrastren con el garfio. ¡Fuera del se-
nado los espías! ¡Fuera los delatores! ¡Fuera los que 7
sobornan a los siervos! También tú, al igual que no- 8
sotros, has sentido temor. Estás enterado de todo
y conoces a los buenos y a los malos. Lo sabes todo,
corrige, pues, todos los abusos. Hemos temido por
tí. ¡Oh!, somos dichosos porque tu gobiernas.
Consulta al senado sobre el parricida, consúltale y
luego recuenta los sufragios. Pedimos tu presencia. 9
Los inocentes aún están sin sepultar. Que el cadá-
ver del parricida sea arrastrado. El parricida ha ex-
humado a los muertos. Que el cadáver del parrici-
da sea arrastrado.»

20 El cadáver de Cómodo fue enterrado por la no-
che, después de que Livio Laurense, administrador

del patrimonio imperial [48] se lo entregó al cónsul
designado Fabio Cilón por orden de Pértinax. Los 2
senadores gritaron: «¿Por orden de quién le han se-
pultado? Que desentierren al parricida inhumado, 3
que le arrastren por el suelo». Cingio Severo dijo:
«Se le ha sepultado de forma ilegal. El colegio de
pontífices [49] dice lo mismo que digo yo, que hablo
como pontífice. Puesto que ya he referido cosas que 4
son gratas, hablaré ahora de otras que nos apre-
mian: pienso que se deben abolir las disposiciones
que obligó a decretar en su honor este ser que no
vivió sino para destruir a los ciudadanos y para des-
honrarse a sí mismo; que se deben derribar las es- 5
tatuas que se le han erigido por todas las partes;
que hay que raer su nombre de todos los monu-
mentos públicos y privados [50] y que hay que lla-
mar a los meses con los nombres que tenían [51]
cuando esta peste se cernió por primera vez sobre
la república».

---

[48] Oficio creado probablemente por Claudio. El *patrimonium* era el conjunto de bienes considerados propiedad del emperador y que se transmitían, aunque la sucesión no fuese directa, de un emperador a otro. Se distinguía del *fiscus* o tesoro imperial (cf. Adriano, n. 75) y fue administrado independientemente. Septimio Severo consideró distinto de ellos la *res priuata*, para la que creó un procurador especial, cf. *Severo*, 9,4.

[49] Lo creó Numa y dispuso de tres, cinco y dieciséis miembros sucesivamente. Era el encargado de mantener la tradición y vigilar el culto público y privado, ostentando otras funciones adicionales: interpretar las leyes, como en este caso, consagrar edificios, etc.

[50] Cf. 17,6.

[51] Cf. 11,8.

8. HELVIO PÉRTINAX

(Julio Capitolino)

1 El padre de Publio Helvio Pértinax fue el liberto Helvio Suceso del que se dice que impuso este nombre a su hijo a causa de su perseverancia en el oficio de la compra-venta de lana, puesto que se dedicaba a él con pertinacia. Pértinax nació en los 2
Apeninos en la casa de campo de su madre. En el momento de su nacimiento un potro se subió a un tejado de una casa y, tras permanecer allí durante unos breves instantes, descendió y expiró al punto. 3
Su padre, conmovido por este acontecimiento, se dirigió a consultar a un astrólogo [1], el cual le dijo que ya había perdido a su hijo, mientras que a éste le vaticinó grandes cosas. Fue iniciado ya desde 4
niño en los conocimientos elementales de las letras y del cálculo y le confiaron además a un gramático griego y después a Sulpicio Apolinar [2]; después de que éste murió, él mismo ejerció la profesión de gramático.

Pero, viendo que no aumentaba sus beneficios 5
con el ejercicio de esta profesión, pidió la dignidad de centurión, utilizando la mediación de Loliano Avito [3], varón consular, y patrono [4] de su padre. 6

---

[1] A un caldeo (*chaldaeum*), cf. *Marco*, n. 56.

[2] C. Sulpicio Apolinar, natural de Cartago. Fue maestro de Pértinax y de Aulo Gelio. Le debemos las *periochae* de Terencio, de la Eneida y las *Quaestiones epistolicae*.

[3] Cónsul en el año 144.

[4] Para este concepto cf. *Antonino*, n. 40.

Después se dirigió a Siria como prefecto de una cohorte [5] durante el reinado de Tito Aureliano [6], pero el gobernador de esta provincia le obligó a hacer el viaje a pie desde Antioquía a su destino, porque había realizado el recorrido sin las cartas de recomendación. Habiendo merecido ser promocionado por el celo que mostró durante la guerra contra los partos fue trasladado a Bretaña, donde se le retuvo un
2 tiempo. Después, fue comandante de un cuerpo de
caballería de tropas auxiliares [7] en la Mesia y, más 2
tarde, actuó como procurador de la distribución de aprovisionamientos que se efectuaban en la vía Emilia [8]. Desde allí pasó a dirigir la flota de Ger-
mania. Su madre le siguió hasta este país, pero mu- 3
rió en él, y dicen que todavía se conserva allí su se-
pulcro. Después de esta expedición, fue trasladado 4
a la Dacia para ocupar un cargo de doscientos mil sestercios [9]; pero, habiéndose hecho sospechoso, fue sustituido en el cargo por Marco por las maquinaciones de algunos y, posteriormente, fue llamado de nuevo por mediación de Claudio Pompeyano, yerno de Marco [10], para confiarle el mando de la caballería, alegando que le iba a hacer ayu-
dante suyo. Habiendo merecido la aprobación por 5
el modo como ejerció este cargo, fue elegido para
formar parte del senado. Después, tras su segundo 6
éxito en la guerra, se descubrió la trama que se ha-

[5] El *praefectus cohortis* era el jefe de una cohorte auxiliar de infantería que, tras la reforma de César y Augusto, constaba de 200 hombres.

[6] Es decir, Antonino Pío.

[7] Es decir, *praefectus alae*. El cuerpo de caballería auxiliar (*ala*) constaba de 1.000 jinetes distribuidos en 20 escuadrones (*turmae*).

[8] Es decir, *procurator* (o *praefectus*) *alimentorum*. Para el concepto de estas subvenciones llamadas *alimenta*, cf. *Adriano*, 7,8. La distribución de los pagarés se hacía a lo largo de la Vía Emilia que corría como continuación de la Flaminia desde Rímini hasta Placencia.

[9] Esto es, como procurador llamado ducenario (*ducenarius*), encargado de supervisar las finanzas de la provincia.

[10] Cf. *Marco*, 20,6.

bía urdido contra él y el emperador Marco, para re-
parar la injuria que se le había infligido, le confirió
el rango de pretorio[11] y le confió el mando de la
primera legión y enseguida arrancó a los enemigos
la Recia y la Nórica. Como consecuencia de esta ha- 7
zaña, en la que se hizo notoria su destreza, fue ele-
vado al consulado por deseo de Marco. Hay un dis- 8
curso en la obra de Mario Máximo que contiene el
elogio de Pértinax y todo lo que hizo o padeció. 9
Pero, dejando a un lado este discurso, cuyo conte-
nido hubiera resultado pesado incluir aquí, diré que
Pértinax fue elogiado por Marco con mucha fre-
cuencia en las asambleas del ejército y en el senado
y Marco testimonió públicamente su dolor porque
era senador y porque no podía hacerle por tanto
prefecto del Pretorio. Después de que quedó neu- 10
tralizada la sublevación de Casio, abandonó Siria
para defender el Danubio y recibió enseguida el
nombramiento de gobernador de las dos Mesias y
poco después de la Dacia. Por la correcta adminis- 11
tración de estas provincias mereció el gobierno de
Siria.

3 Pértinax se mantuvo íntegro hasta que fue gober-
nador de Siria. Pero, después de la muerte de Mar-
co Aurelio, se aficionó al dinero, por lo que se vio
zaherido por chascarrillos populares. Después de 2
haber gobernado cuatro provincias consulares[12]
entró en la Curia de Roma cuando ya era rico, dán-
dose la circunstancia de que anteriormente no la ha-
bía visto cuando era senador, puesto que había ejer-
cido su consulado estando también ausente de
Roma. Además recibió enseguida órdenes de Pere- 3
ne para que se retirara a una quinta de su padre en
Liguria; en efecto, su padre se había hecho cargo

[11] A saber, el rango que ocupaba en el senado quien había sido ya antes pretor.

[12] Sobre las provincias consulares, cf. *Marco*, n. 65.

en esta región de una tienda de fieltro[13]. Pero des- 4
pués de que llegó a Liguria, compró muchas fincas
y rodeó la tienda de su padre de una infinidad de
construcciones aunque conservando su forma pri-
mitiva, permaneció allí durante tres años trafican-
do por medio de sus esclavos. Después del asesina- 5
to de Perene, Cómodo hizo justicia con Pértinax y
le escribió una carta pidiéndole que partiera para
Bretaña. Tras haber llegado allí, logró mantener a 6
los soldados al margen de cualquier complot dado
que deseaban tener un emperador, fuera quien fue-
ra, aunque preferían al propio Pértinax. Entonces 7
éste se expuso a convertirse en blanco del odio, por-
que se dijo que había acusado ante Cómodo a An-
tistio Burro y a Arrio Antonino de aspirar al tro-
no[14]. Y, en realidad, él mismo reprimió algunas se- 8
diciones que surgieron contra Cómodo en Bretaña
y afrontó un gran peligro por la sublevación de una
legión, pues estuvo a punto de ser pasado a cuchi-
llo, si no hubiera sido abandonado entre los muer-
tos. Esta amenaza la vengó Pértinax mismo con ex- 9
traordinario rigor, por cierto, pero, al fin, poco des- 10
pués pidió el cese en esta legación, alegando que las
legiones le eran ya hostiles por haber defendido la
disciplina.

4 Tras recibir un sustituto, le encomendaron la ad-
ministración de los aprovisionamientos[15]. Después
fue nombrado procónsul en África. Se dice que du- 2
rante el ejercicio de esta magistratura reprimió mu-
chas sediciones, pues le infundió una gran decisión
el conocimiento de los vaticinios procedentes del

---

[13] El texto latino dice *taberna coactiliaria*. Se llamaba así porque el fieltro procede de lana sometida a presión (cf. *coactilis* de *coago* «presionar») para formar con ello una pieza consistente.

[14] Cf. *Cómodo*, 6,11 y 7,1.

[15] Cf. 2, n. 8, donde se alude a la *curatela alimentorum* para la región cruzada por la Vía Emilia. Ahora le hace *praefectus*, es decir, administador de ellos en toda Italia.

templo de la diosa Celeste [16]. Después recibió la 3
prefectura de la Ciudad. Fue muy dulce y bondadoso en el desempeño de esta magistratura en la que sucedió a Fusciano, hombre severo, y se mostró muy complaciente con el propio Cómodo, por lo cual... [16 bis] <cuando éste fue cónsul por séptima
vez> Pértinax recibió el segundo consulado. Enton- 4
ces no rechazó la oportunidad que le ofrecieron otros conspiradores de actuar como cómplice en el asesinato de Cómodo.

Después del asesinato de Cómodo, el prefecto 5
del Pretorio Leto y el ayuda de cámara Eclecto se dirigieron a Pértinax con intención de infundirle
valor y le condujeron al cuartel pretoriano. Allí 6
Pértinax arengó a los soldados, prometió un donativo y dijo que Leto y Eclecto imponían sobre sus
hombros el poder imperial. Se fingió que Cómodo 7
había muerto de enfermedad, porque también los soldados tenían mucho miedo de que se pusiera a prueba su lealtad. Finalmente, Pértinax fue proclamado emperador al principio por un pequeño
número de individuos. Se elección tuvo lugar la vís- 8
pera de las calendas de enero, superados ya los se-
senta años de edad. Cuando llegó al senado desde 9
el cuartel, ya de noche, y dio la orden de que abrieran las estancias del interior de la Curia y no fue hallado el guardián en ella, se sentó en el templo
de la Concordia [17]. Y cuando se presentó ante él el 10
yerno de Marco, Claudio Pompeyano, llorando la

---

[16] Se refiere a Tanith, la diosa tutelar de Cartago, llamada en Roma *Caelestis Afrorum Dea*, es decir, «diosa Celeste o Celestial de los Africanos».

[16 bis] Hay una laguna que completamos con la frase propuesta por Ritschl, según Hohl.

[17] Diosa romana protectora de la vida moral y social y representante de la buena armonía en la patria y en el seno de las familias gobernantes. Su templo estaba al extremo Oeste del Foro, a los pies del monte Capitolino.

muerte de Cómodo, Pértinax le exhortó para que
asumiera el trono. Pero éste rehusó, porque veía
que Pértinax era ya emperador. En consecuencia, 11
inmediatamente todos los magistrados con el cón-
sul vinieron a la Curia adonde ya había entrado por
la noche Pértinax, y le proclamaron emperador.

5 Pértinax, después de escuchar el elogio que en su
honor pronunciaron los cónsules y la vituperación
de Cómodo, que el senado mostró con sus aclara-
ciones, dio las gracias a esta asamblea y sobre todo
a Leto, prefecto del Pretorio, por haber sido el pro-
motor de la muerte de Cómodo y de su elección
personal como emperador. Pero cuando Pértinax 2
hubo dado las gracias a Leto, el cónsul Falcón dijo:
«comprendemos ya qué clase de emperador vas a
ser por este detalle, porque vemos en los puestos
que siguen al tuyo, a Leto y Marcia, los instigado-
res de los crímenes de Cómodo». Pértinax le res- 3
pondió: «Eres un cónsul joven y no comprendes
que es necesaria la obediencia. Obedecieron a Có-
modo contra su voluntad, pero en cuanto han te-
nido una posibilidad, han mostrado qué es lo que
siempre desearon realmente». Flavia Ticiana, su es- 4
posa, recibió el título de Augusta en el mismo mo-
mento en que él cumplía los votos en el Capitolio. 5
Y fue el primero de todos que, en el mismo día en
que fue aclamado como Augusto, recibió también 6
el título de Padre de la patria, y al mismo tiempo,
el poder proconsular y el derecho de presentar en
el senado cuatro mociones [18]; lo que fue para Pér-
tinax como un presagio. Así, pues, Pértinax enca- 7
minándose al Palacio, que entonces no estaba ocu-
pado porque Cómodo había sido asesinado en la vi-
lla Vectiliana [19], al pedirle el primer día el tribuno

[18] Cf. *Marco*, 6,6 y n. 24.

[19] La quinta o casa de verano a que se alude en *Cómodo*, 16,3 y n. 38.

la contraseña, le entregó la siguiente: «luchemos»,
con lo cual reprochaba sin reserva la indolencia
de los reinados anteriores. Se trataba, realmente, de
la misma contraseña que había dado en todas las
ocasiones anteriores que había ejercido el mando.
6 Sin embargo, los soldados no soportaron este re-
proche y pensaron enseguida sustituirle por otro
emperador. Ese mismo día también Pértinax invitó 2
a los magistrados y a los jefes del senado a un ban-
quete, una costumbre que Cómodo había omitido. 3
Por cierto que, cuando las estatuas de Cómodo fue-
ron abatidas por los suelos, al día siguiente de las
calendas de enero, los soldados prorrumpieron en
quejas, porque el emperador había vuelto a dar otra
vez el mismo santo y seña. Además, temían tener
que servir bajo las órdenes de un emperador ya vie-
jo. Finalmente, el tercer día de las nonas, el día de 4
los votos anuales, los soldados intentaron llevar al
campamento a Triario Materno Lascivio, senador
de noble familia, para ponerle al frente del Estado
romano. Pero el se escapó desnudo, se dirigió a Pa- 5
lacio a ver a Pértinax, y luego se marchó de la Ciu-
dad.

Pértinax, coaccionado por el miedo, ratificó to- 6
das las concesiones que Cómodo había hecho a los
soldados y a los veteranos. Dijo que él también re- 7
cibía el imperio de manos del senado, aunque lo ha-
bía asumido ya por propia voluntad. Abolió por 8
completo, y bajo juramento, los procesos de lesa
majestad e hizo venir a aquéllos que habían sido
exiliados por este crimen, rehabilitando la memo-
ria de aquéllos que habían sido asesinados. El sena- 9
do confirió a su hijo el título de César. Pero Pér-
tinax rehusó para su mujer el título de Augusta y,
con relación a su hijo, dijo: «Cuando lo haya me-
recido». Y, como Cómodo había creado una gran 10
confusión en las cohortes pretorianas con innu-
merables nombramientos, Pértinax promulgó un
decreto del senado, mediante el cual ordenaba que

los que no habían ganado realmente la pretura, sino que la habían recibido por designación, quedaban pospuestos a los que habían sido pretores de verdad. Pero esta disposición también le acarreó una 11
gran aversión por parte de muchos ciudadanos.

7 Ordenó que se realizara un nuevo censo [20]. Dio órdenes para que se castigara severamente a todos los delatores, estableciendo, no obstante, las penas con mayor flexibilidad que los emperadores que le precedieron y graduándolas de acuerdo con la condición social de la persona que incurría en el crimen de delación. Promulgó una ley para que los 2
primeros testamentos que se hicieran no se consideraran nulos hasta que no se redactaran otros nuevos, con el objeto de que el fisco no pudiera por tanto nunca erigirse en sucesor. Por su parte, de- 3
claró públicamente que no aceptaría ninguna herencia que le dejaran por adulación o como consecuencia de un litigio confuso, de forma que se privara de sus derechos a los legítimos herederos o a los parientes. Y añadió estas palabras como preámbulo al decreto del senado: «es mejor, padres cons- 4
criptos, conservar un Estado pobre que llegar a amontonar riquezas a través de senderos de peligros e infamias. Pagó los donativos y congiarios 5
que había prometido Cómodo [21]. Veló con gran solicitud por los aprovisionamientos de trigo. Y, 6
como la penuria del erario era tan grande que no encontró, según confesó él mismo, más que un millón de sestercios, se vio obligado a exigir los impuestos que había establecido Cómodo rompiendo las promesas que había hecho públicamente. Final- 7
mente, cuando el ex cónsul Loliano Genciano le atacó

[20] El censo era la revisión que se hacía cada cinco años, tanto de la fortuna como de los ciudadanos romanos, para empadronar a éstos y distribuirlos en las distintas tribus, clases y centurias.

[21] Cf. 6,6.

porque había actuado en contra de lo que había prometido, aceptó que lo había hecho movido por
la necesidad [21 bis]. Subastó públicamente los bienes 8
de Cómodo e incluso mandó poner en venta sus esclavos y concubinas, exceptuando aquéllos que parecían haber sido llevados a Palacio por la fuerza.
Pero muchos de los que fueron incluidos por or- 9
den suya en la subasta después fueron incorporados de nuevo a su servicio y le divirtieron de anciano.

Algunos llegaron a alcanzar con otros príncipes
la dignidad senatorial. Proscribió y vendió a los bu- 10
fones que toleraban la ignominia de llevar nombres indecentísimos. La cuantía que supuso esta venta, que fue enorme, la distribuyó como donativo entre los soldados.

8 Exigió también a los libertos la restitución de aquellos bienes con los que se había enriquecido
al vendérselos Cómodo. Ciertamente, la subasta de 2
las propiedades de Cómodo fue muy célebre por los siguientes artículos: un vestido singular tejido de seda y bordado con hilos de oro, además de túnicas normales [22], pénulas [23], lacernas [24], quiridotas [25] al estilo dálmata, sayones militares bordados

[21 bis] Traduzco así la expresión *necessitatis rationem*, que luego quedará fijada como un cliché con el calco «razón de necesidad».

[22] La túnica ordinaria era una simple camisa de lana ceñida alrededor de los riñones que caía hasta las rodillas, con mangas cortas hasta la parte superior del codo. Las clases bajas la usaban como prenda única. La población libre la empleaba ordinariamente como prenda interior a la que sobreponía la toga. Existían muchas variedades.

[23] Cf. *Adriano*, 3,5 n. 20.

[24] Manto amplio, no completamente cerrado como la pénula, sino abierto por delante y recogido con broche (*fibula*) sobre la garganta. Podía sobreponerse a la toga o a otro vestido y disponía de capuchón (*cucullus*).

[25] La quiridota (*chiridota de* χειϱιδωτός) era una túnica de mangas largas que llegaban hasta la mano (χείϱ, de ahí su nombre), característica de los pueblos asiáticos y celtas. Se consideraba un vestido afeminado, de ahí el sarcasmo de Virgilio (*Eneida,* IX, 616) llamando mujeres a los troyanos por su utilización.

con franjas y clámides [26] de púrpura a la griega y al estilo castrense, y capuchones [27] como los que 3
llevan los bardos, capotes militares y armas de gladiadores recamadas de oro y de piedras preciosas. 4
Puso en venta también espadas como la de Hércules, collares de gladiadores, vasos de electro, de oro, de marfil, de plata y de vidrio y copas de la misma 5
materia representando un falo [27 bis], vasos de Samnio para calentar resina y pez, con el fin de quitar el vello a los hombres y suavizar su piel. También 6
carruajes construidos con una técnica nueva, dotados de ruedas intrincadas y de varios tipos y de asientos muy bien estudiados para evitar el sol o para poder tomar el aire en ellos con sólo darles un 7
giro, y otros que medían el camino recorrido e indicaban las horas y algunos otros diseñados de acuerdo con sus vicios. Además, devolvió a sus dueños a los esclavos que se habían refugiado en pa- 8
lacio escapándose de las casas particulares de aquéllos. Redujo a sus justos límites los inmensos gastos de los banquetes imperiales. Redujo también to- 9
dos los gastos de Cómodo. Y por la moderación que todos observaron siguiendo el ejemplo del em- 10
perador que se comportaba con gran austeridad, se originó un abaratamiento de los precios; en efecto, 11
disminuyó los gastos imperiales a la mitad de lo usual rechazando los que no eran necesarios.

9 Estableció premios para los que servían en el ejército. Pagó las deudas que había contraído en los primeros años de gobierno. Restituyó el erario a su situación anterior. Estableció un límite fijo para los 2
gastos de las obras públicas. Recaudó fondos para

[25 bis] El pasaje está muy corrompido. Acepto la conjetura de Egnatius, *phallo vitrobuli*.

[26] Cf. *Adriano*, 17,12 n. 73.

[27] Son los *cuculli Bardaici* o *Bardocuculli*, una prenda de vestir que acababa en capuchón (*cucullus*) utilizada por esta tribu iliria. Se manufacturaba también en la Galia (cf. Marcial, I,53,5).

la reparación de calzadas. Pagó a muchas personas
las cantidades que se les debían de tiempo atrás. Fi-
nalmente, hizo al fisco capaz de afrontar todos los
gastos ordinarios. También, con perseverante dis- 3
creción, sufragó los gastos realizados para dar de
comer a los pobres que se adeudaban ya desde ha-
cía nueve años, de acuerdo con un decreto de Tra-
jano. No se vio libre de la sospecha de avaricia 4
cuando era un simple ciudadano, puesto que exten-
dió más lejos los linderos de sus fincas en Vada Sa-
batia [28], tras haber ahogado a otros propietarios
con los intereses que exigía. En fin, recibió el apo- 5
do de somormujo rural, tomado de un verso de Lu-
cilio. Por otra parte, muchos le acusaron en sus car- 6
tas de haberse comportado con mezquindad en las
provincias que administró como procónsul, pues,
según dicen, vendió licencias y legaciones militares. 7
Al fin, se hizo rico súbitamente, siendo así que el
patrimonio de sus padres era de poquísima cuantía
y él no había recibido ninguna herencia. Ahora 8
bien, devolvió sus propiedades a todos aquéllos a
los que Cómodo les había privado de ellas, pero no
sin el precio correspondiente. Asistió siempre a las 9
sesiones reglamentarias del senado y en ellas presen-
taba habitualmente alguna proposición. Se mostró
siempre amable con los que le saludaban y le diri-
gían la palabra. Dejó en libertad a aquéllos que ha- 10
bían sido atacados con calumnias levantadas me-
diante el concurso de esclavos, condenando a los
delatores y elevando en la cruz a dichos esclavos; e
incluso rehabilitó la memoria de algunos que ya
habían muerto.

10 Falcón tramó una conspiración contra él... [28 bis] y
se lamentó ante el senado..., pues deseaba gobernar. 2

[28] *Vada Sabatia* o «bancos de arena»: puerto de Liguria próximo a Savona, llamado actualmente Vadi o Vai.

[28 bis] Estos puntos suspensivos y los que siguen indican que el pasaje está corrompido.

El senado creyó lo que decía..., cuando un esclavo exigía como residencia, un tanto ridículamente, la casa Palatina, como si fuera hijo de Fabia y de Vero y por tanto de la familia de Ceyonio Cómodo, ...y, al haber sido identificado, atendiendo a las órdenes recibidas, fue devuelto a su dueño tras ser azotado
con el látigo. En el castigo de este hombre, los que 3
odiaban a Pértinax encontraron, según dicen, una
ocasión para la sedición. No obstante, Pértinax 4
concedió el perdón a Falcón y pidió su impunidad
al senado. Y, al fin, Falcón vivió seguro disponien- 5
do de sus bienes y falleció dejando a su hijo como
heredero. A pesar de ello, muchos corrieron la voz 6
de que Falcón ignoró que se le estaba preparando
el trono imperial, y otros dijeron que él había sido 7
atacado por los testimonios fraudulentos de sus esclavos, que habían falsificado sus cuentas.

Pero el prefecto del Pretorio, Leto, y aquéllos 8
que odiaban la probidad de Pértinax, tramaron una
conjura contra él. En efecto, Leto se había arrepen- 9
tido de haber hecho emperador a Pértinax porque éste le criticaba acusándole de que divulgaba estú-
pidamente algunas de sus acciones. Además, a los 10
soldados les pareció grave que en el proceso de Falcón hubiera ordenado asesinar a muchos compañeros teniendo en cuenta el testimonio de un sólo esclavo.

11 Así, pues, salieron trescientos soldados armados
del cuartel formando una cuña para dar muerte al
emperador. Dicen que ese mismo día Pértinax no 2
encontró el corazón de la víctima cuando la inmolaba y, que, al tratar de espiar el prodigio, no descubrió la parte más importante del hígado [29], y en

[29] Todas estas circunstancias eran indicio de mal presagio. La parte importante del hígado (*caput*) debía residir en la extremidad del lóbulo derecho.

aquel momento, todos los soldados se mantenían en el campamento.

Como algunos de ellos se habían reunido salien- 3
do de sus cuarteles para formar la escolta del príncipe y Pértinax a causa del prodigio había retrasado aquel día el viaje que había preparado al Ateneo [30] para escuchar a un poeta, los que habían acudido para escoltarle comenzaron a volverse a su
cuartel. Pero súbitamente llegó a Palacio el pelotón 4
mencionado de trescientos soldados y ya no fue po-
sible alejarlos de allí ni dar aviso al emperador. Y, 5
en verdad, fue tan grande el odio que concibieron todos los cortesanos contra Pértinax que exhorta-
ron a los soldados a consumar el crimen. Éstos se 6
encontraron con Pértinax en el momento en que estaba organizando el servicio palaciego, y rebasaron los pórticos de Palacio hasta llegar al lugar que
llaman Sicilia y cenador de Júpiter. Cuando Pérti- 7
nax se enteró de esto, les envió al prefecto del Pretorio Leto. Pero éste, escapando por el pórtico con la cabeza cubierta, tras haber esquivado a los sol-
dados, huyó a su casa. Ahora bien, cuando se aden- 8
traron en las estancias más interiores, Pértinax se acercó a ellos y les aplacó con un largo y pondera-
do discurso. Pero un soldado de los tongros [31] lla- 9
mado Tausio arengó a sus compañeros incitándoles a la ira y al temor, y a continuación arrojó su
lanza contra el pecho de Pértinax. Entonces el em- 10
perador, implorando a Júpiter Vengador, se cubrió la cabeza con su toga, y fue acribillado a puñaladas
por los demás. Eclecto murió al mismo tiempo que 11
él también, pero después de haber dado muerte a
dos atacantes, mientras que el resto de los ayudas 12

[30] Fundado por Adriano en el 135 en el Capitolio de Roma. Dotado de 10 profesores de gramática, 5 de dialéctica, 3 de elocuencia, 2 de jurisprudencia y 1 de filosofía. Allí acudían los retóricos y poetas a hacer sus lecturas, cf. *Alejandro Severo*, 35,2.

[31] Pueblo de Bélgica.

de cámara de Palacio (pues los suyos, personales se los confió a sus hijos ya emancipados cuando fue nombrado emperador) huyeron por distintos sitios. 13
Ahora bien, hay muchos que dicen también que los soldados irrumpieron en su dormitorio y que le mataron allí mismo junto a su lecho cuando intentaba huir.

12 Fue un anciano venerable, de barba larga, de cabello rizado, de cuerpo bastante obeso, de vientre un tanto prominente, de talla adecuada a un emperador, de mediana elocuencia, y más lisonjero que amable, y nunca se le creyó franco. Y, aunque era 2
amable en palabras, en la realidad se comportaba con descortesía y rayano a la mezquindad, hasta tal extremo que, cuando aún era un ciudadano particular, solía ofrecer en sus convites medias lechugas y cardos. Y a no ser que le hubieran regalado al- 3
gún comestible, ofrecía a sus amigos, sin tener en cuenta el número, nueve libras de carne repartidas en tres servicios. Pero si le enviaban algún presente 4
de más envergadura, lo reservaba también para el día siguiente, puesto que siempre invitaba a un número de comensales a sus festines. También cuan- 5
do era emperador observaba esta misma costumbre en sus comidas, si no le acompañaban invitados. Si 6
alguna vez quería enviar a sus amigos algún alimento de su propia comida, les mandaba dos trocitos de carne, una porción de tripas y a veces contramuslos de gallina. Nunca comía faisanes[32] en sus banquetes privados, ni se los enviaba a nadie. Cuan- 7
do cenaba sin amigos invitaba a su esposa y a Valeriano, que había enseñado con él, para poder conversar sobre temas literarios.

No cambió a ninguno de los administradores que 8

[32] Se consideraba un plato exquisito que se reservaba para ocasiones de especial importancia, cf. *Alejandro Severo*, 37,6; *Tácito*, XI,5.

Cómodo había nombrado, aguardando hasta el día del aniversario de la fundación de la Ciudad, porque deseaba que dicho día constituyera el comienzo de su reinado y se dice que por esto también los ministros de Cómodo resolvieron darle muerte en su baño.

13 Tuvo horror al poder imperial y a todas las atribuciones imperiales, pues dio siempre pruebas de que le disgustaba hacer uso de ellas. En fin, no quería que creyeran que era distinto del que había sido
anteriormente. Observó una gran dignidad en el se- 2
nado de tal forma que agradeció a la asamblea su apoyo, y compartía sus charlas con todos como si
fuera el prefecto de la Ciudad. Tuvo intención tam- 3
bién de dejar el poder y volver a la vida privada. 4
No quiso que sus hijos se criaran en Palacio, fue tan tacaño y tan aficionado al lucro que, cuando llegó a emperador, practicó negocios en Vada Sebatia [33] por medio de hombres de su confianza, igual que solía hacer cuando era un ciudadano particu-
lar. No obstante, no se le tuvo mucha estima, pues- 5
to que todos los que se atrevían a conversar con franqueza, hablaban mal de él llamándole Crestó-
logo [34], porque hablaba bien pero actuaba mal. En 6
efecto, le llamaban así también incluso sus partidarios, los cuales se habían arrimado a él cuando ya era emperador, aunque no habían obtenido ningúna prebenda. Aceptó con complaciencia regalos, lle-
vado también por su amor a las riquezas. Dejó tras 7
su muerte un hijo, una hija y una esposa, la hija de Flavio Sulpiciano [35], que le reemplazó en el cargo

[33] Cf. 9,4.

[34] «De lenguaje seductor» y «de palabra halagadora», del griego χρηστόλογος apelativo que, según Aurelio Víctor (*Epitome*, 18,4), se le aplicaba porque era lisonjero más que generoso (*blandus magis quam beneficus*).

[35] Véase *Didio Juliano*, 2,4 ss.

de prefecto de la Ciudad. No se preocupó de la vir- 8
tud de su esposa, aunque ella amaba públicamente
a un citaredo. Además, se dice que también amó a
Cornificia con lo que se desacreditó extraordina-
riamente. Reprimió con gran dureza a los libertos 9
de Palacio, provocando así un odio impacable en
este estamento.

14 Los prodigios de su muerte fueron los siguien-
tes: tres días antes de ser asesinado, estando en la
piscina, creyó ver a un hombre que le perseguía con
una espada. Y, en el día en que fue asesinado, di- 2
cen que no se habían visto en las pupilas de sus ojos
las imágenes que ofrecen a los que las contemplan. 3
Y en el momento en que ofrecía un sacrifio ante los
lares, se extinguieron unos carbones que estaban al
rojo vivo, cuando normalmente se encienden más.
Y, como ya hemos dicho, no se encontró ni corazón
ni hígado en las víctimas. También se habían visto
el día antes de su muerte unas estrellas brillantísi-
mas junto al sol durante el día. Se dice que su mis- 4
ma persona fue objeto de un presagio sobre la su-
cesión de Juliano. En efecto, cuando Didio Juliano
le presentaba a su sobrino al que acababa de des-
posar con su hija, Pértinax le exhortó a honrar a su
tío y le dijo: «Respeta a mi colega y sucesor»; en 5
efecto, Juliano no sólo había sido anteriormente su
colega en el consulado, sino que también le había
sucedido en el proconsulado.

Los soldados y los cortesanos le odiaron, pero el 6
pueblo acogió su muerte con gran indignación por-
que veía que él podía haber restablecido en su to-
talidad las antiguas tradiciones. Los soldados que 7
le habían dado muerte clavaron su cabeza en una
pica y la pasearon por toda la Ciudad hasta llevarla
a sus cuarteles. Sus restos, tras unir a ellos la cabe- 8
za, fueron depositados en la tumba del abuelo de
su esposa. Y Juliano, su sucesor, le enterró con los 9
máximos honores que le permitieron las circuns-
tancias, después de que se encontró su cuerpo en

Palacio. Nunca habló de él en público, ni ante el 10
pueblo, ni ante el senado, pero después de que los
soldados le abandonaron también a él, Pértinax fue
incluido por el pueblo y el senado entre los dioses.
15 En cambio, bajo el gobierno de Severo, una vez
que Pertinax recibió la aprobación del pleno del se-
nado, se organizó en su honor un funeral sin la pre-
sencia del difunto y similar al que se concede a los
censores [36], y Severo le honró pronunciando su elo-
gio fúnebre. Por su parte, el propio Severo aceptó 2
del senado el nombre de Pértinax por amor a un
buen príncipe. El hijo de Pértinax fue nombrado 3
flamen de su padre. Los cofrades Marcianos que es- 4
taban encargados del culto de Marco Aurelio fue-
ron llamados Helvianos, en honor de Helvio Pér-
tinax [37]. Se celebraron además unos juegos circen- 5
ses festejando también el aniversario del día que asu-
mió el poder, festejos que suprimió más tarde Se-
vero, y otros juegos para celebrar el aniversario de
su nacimiento, que aún subsisten [38].

Nació el día de las calendas de agosto, bajo el 6
consulado de Vero y Bíbulo. Fue asesinado el día
cinco antes de las calendas de abril, bajo el de Fal-
cón y Claro. Vivió sesenta años, siete meses y vein-
tiséis días. Fue emperador dos meses y veinticinco
días. Distribuyó entre el pueblo un congiario de 7

[36] Capitolino caracteriza al funeral como un *funus imaginarium et censorium*, aludiendo con el primer adjetivo al montaje del cenotafio y con el segundo a los funerales de los censores que durante la república revistieron gran honor, en consonancia con esta alta magistratura que, aunque desaparecida desde época de Augusto, sin embargo, conservaba aún el recuerdo de su importancia. El senado votó estos funerales ya para Augusto, cf. Tácito, *Ann.*, 12,69, y Claudio, *Ibid*, 13,2.

[37] Estos cofrades fueron cambiando su nombre según el emperador. Con Antonino se llamaron Antonianos (cf. *Marco*, 15,4 y n. 30), después de la deificación de Marco, Marcianos, después de la muerte de Pértinax, Helvianos, después de la de Severo, Severianos, y después de la de Alejandro, Alejandrianos, cf. *Alejandro Severo*, 63,4.

[38] Para esta segunda costumbre, cf. *Adriano*, 8,2 y n. 45.

cien denarios. Prometió a los pretorianos doce sestercios, pero les dio la mitad. No dio al ejército lo que le había prometido porque le sorprendió antes la muerte. Una carta que Mario Máximo incluye en la biografía de este príncipe revela que tuvo horror al poder imperial; pero yo no la he querido transcribir aquí porque es demasiado larga.

9. DIDIO JULIANO

(Elio Espartiano)

1 El bisabuelo de Didio Juliano, que alcanzó el po-
der después de Pértinax, fue Salvio Juliano, cónsul
en dos ocasiones, prefecto de la Ciudad y juriscon-
sulto, cargo que le confirió mayor celebridad; su 2
madre fue Clara Emilia; su padre, Petronio Didio
Severo; sus hermanos, Didio Próculo y Numio Al-
bino; su tío materno, Salvio Juliano; su abuelo pa-
terno era ínsubro, nacido en Milán, y su abuelo ma-
terno, de la colonia de Hadrumeto.

Fue educado en la casa de Domicia Lucila, ma- 3
dre del emperador Marco Aurelio [1]. Gracias a su 4
apoyo, fue elegido entre los «vingintiviros» [2]. Fue
designado cuestor un año antes de lo que permitía
la edad legal. Con el favor de Marco Aurelio alcan- 5
zó la edilidad. También fue pretor gracias a su apo- 6
yo. Y después de ejercer la pretura estuvo en Ger-
mania al mando de la legión vigésimo segunda Pri-
migenia. Después gobernó Bélgica durante largo 7
tiempo y de una manera irreprochable. Allí, con tro-
pas auxiliares de las provincias enrolados precipita-

---

[1] Cf. *Marco*, 1,3.

2 Se llamaban *uigintiuiri* a los 20 miembros de empleados subalternos de otros magistrados que se repartían en cuatro comisiones con distintas funciones: diez jueces civiles *(decemuiri litibus iudicandis);* tres comisarios de policía *(tresuiri capitales);* tres controladores de la moneda *(tresuiri monetales)* y cuatro adjuntos de los ediles para inspeccionar la ciudad *(quattuoruiri uiis purgandis).* La elección de Didio fue para formar parte de la primera comisión, es decir, *decemuir litibus iudicandis,* como se constata por una inscripción, cf. C. I. L. VI,1401 = Dessau, 412.

damente, se opuso a las incursiones de los caucos,
pueblos de Germania, que habitaban junto al río
Alba. Por esta acción, con la aprobación del empe- 8
rador, mereció el consulado. Venció también a los 9
catos. Después recibió el nombramiento para ad-
ministrar Dalmacia y la libró de sus enemigos limí-
trofes. A continuación gobernó la Germania infe-
rior.

2 Después de ésto, mereció el nombramiento de
administrador de los alimentos en Italia. Entonces
fue acusado por un soldado de la marina llamado Se-
vero de conspirar con Salvio contra Cómodo; pero
éste, como había dado ya muerte a muchos sena-
dores y a ciudadanos distinguidos y poderosos im-
plicados en causas de alta traición, para que nadie
le pudiera imputar acciones tan crueles, puso en li-
bertad a Didio Juliano después de haber condena-
do a su acusador. Tras su absolución, fue enviado 2
de nuevo a gobernar su provincia. Luego gobernó
Britinia, pero no con la misma reputación con la
que había gobernado las otras provincias.

Fue cónsul junto con Pértinax, al que luego su- 3
cedió en el proconsulado de África, y por ello siem-
pre le llamó colega y sucesor, sobre todo aquel día
en que Juliano deseando desposar a su hija con un
pariente fue a visitar a Pértinax para comunicarle
dicho desposorio, pues le dijo: «<Respétala> con
la debida deferencia, ya que es mi colega y suce-
sor[2 bis]». Y, en efecto, enseguida tuvo lugar la
muerte de Pértinax. Después del asesinato de éste, 4
cuando Sulpiciano pretendía que le otorgaran el tí-
tulo de emperador en los cuarteles de los pretoria-
nos y Juliano acudió con su yerno al senado al en-
terarse de la convocatoria de la asamblea y halló las
puertas cerradas encontrándose allí con los dos tri-
bunos Publio Floriano y Vectio Apro, éstos co-

[2 bis] El texto está incompleto. Lo traduzco siguiendo a Helm: <*observa*> *que* «y <respétala>».

menzaron a exhortarle a que ocupara el trono. A
pesar de que Juliano les repetía que ya se había 5
nombrado un emperador, ellos le retuvieron a la
fuerza y le condujeron al cuartel pretoriano. Pero 6
cuando llegaron al cuartel, como nadie dejaba entrar a Juliano a pesar de que hacía grandes promesas desde la muralla, debido a que el prefecto del Pretorio y suegro de Pértinax, Sulpiciano, pronunciaba una arenga a los soldados y exigía para sí el trono, Juliano primeramente exhortó a los pretorianos a que no eligieran como emperador a un individuo que pretendía vengar a Pértinax; después escribió en una tablilla que él trataría de rehabilitar
la memoria de Cómodo[3]. Y sólo así fue admitido 7
dentro y luego proclamado emperador, pero con los ruegos de los pretorianos para que no hiciera ningún daño a Sulpiciano por haber deseado ser emperador.

3 Entonces Juliano nombró a Julio Flavio Genial y a Tulio Crispino prefectos del Pretorio, a petición de los pretorianos, y fue escoltado por un batallón imperial alistado por Maurencio, que anteriormen-
te se había asociado también a Sulpiciano. Y en rea- 2
lidad, aunque había prometido veinticinco mil ses-
tercios a los soldados, les dio treinta mil. Desde allí, 3
tras la celebración de una asamblea militar, se dirigió al atardecer al senado y se puso incondicionalmente a su disposición y por votación de un decreto de esta asamblea fue proclamado emperador y obtuvo la potestad tribunicia y el derecho proconsu-
lar, siendo incluido entre las familias patricias[4]. 4

[3] Porque el senado mandó eliminar su nombre de las construcciones no realizadas por él, cf. *Cómodo,* 17,6 y de todos los monumentos públicos y privados, cf. *Cómodo,* 20,5.

[4] Tenían de suyo el rango de patricias aquellas familias que descendían de los *patres reipublicae,* como la Julio-Claudia. Dado que ello era considerado como un honor, el senado otorgaba el patriciado a los emperadores que no lo tenían por nacimiento, que desde Vespasiano fueron casi todos.

También su esposa Malia Escantila y su hija Didia
Clara recibieron el título de Augustas. Desde allí 5
se retiró a Palacio llamando a su esposa y a su hija
para que se unieran con él, si bien ellas se traslada-
ron allí a regañadientes y temblando, como si pre-
veyeran ya el trágico fin que les amenazaba. Nom- 6
bró a su yerno Cornelio Repentino prefecto de la
Ciudad para que supliera a Sulpiciano. Entre tanto, 7
Didio Juliano era odiado por el pueblo porque se
había difundido la creencia de que Pértinax con su
autoridad corregiría los males de los tiempos de Có-
modo y se tenía la idea de que Pértinax había sido
asesinado por determinación de Juliano. Y, ense- 8
guida, los que habían comenzado a odiar a Juliano
hicieron correr en primer lugar el bulo de que éste,
desde el primer día, despreciando las comidas que
ofrecía Pértinax, había dispuesto un banquete sun-
tuoso en el que sirvieron ostras, aves de corral y pe-
ces. Consta que esta noticia fue falsa, pues se dice 9
que Juliano fue tan sobrio que racionaba para tres
días la carne de lechón y para otros tres la de lie-
bre, si alguien le hacía tales regalos y, con mucha
frecuencia, sin que le moviera ningún escrúpulo re-
ligioso para ello, no probaba la carne en sus comi-
das, contentándose con unas verduras y legumbres. 10
En fin, no hizo ninguna comida en regla antes de
que Pértinax fue sepultado, tomó algún alimento,
aunque embargado de tristeza por su muerte, y se
mantuvo en vela durante la primera noche, angus-
tiado por tan terrible destino.

4 Ahora bien, tan pronto como amaneció, recibió
al senado y al estamento ecuestre que se presenta-
ron en Palacio y saludó con gran cariño a cada uno
de sus miembros, de acuerdo con su edad, como si
fuera un hermano, un hijo o un padre. Pero el pue- 2
blo le hostigaba en las asambleas y delante de
la Curia con graves invectivas, confiando en la
posibilidad de su renuncia al trono que los solda-
dos le habían concedido. Cuando bajaba acompa- 3

ñado de los soldados y de senadores a la Curia, le
colmaron de imprecaciones y pidieron a los dioses
que, al realizar el sacrificio, no obtuviera buenos
auspicios. Lanzaron también piedras contra él, a pe- 4
sar de que trataba de aplacarlos constantemente con
la mano. Sin embargo, cuando entró en la Curia ha- 5
bló con suavidad y prudencia. Dio gracias al sena-
do por su elección y por la concesión, tanto a él
mismo como a su esposa y a su hija, del título de
Augustos. También aceptó el título de Padre de la
patria, pero rechazó una estatua de plata. El pue- 6
blo le cerró el paso cuando se dirigía desde el se-
nado al Capitolio, pero fue alejado y disuadido de
sus propósitos por las armas, por los golpes y por
las promesas de unas monedas de oro, en la cuan-
tía que el propio Juliano indicaba con los dedos
para infundir confianza. De allí se dirigió a presen- 7
ciar unos espectáculos circenses. Pero, tras haber
ocupado indiscriminadamente las gradas de los dis-
tintos estamentos, el pueblo redobló los imprope-
rios contra Juliano y llamó para que defendiera la
Ciudad a Pescenio Nigro [5] que, según decían, ejer-
cía ya el poder. Juliano aguantó todos estos ultra- 8
jes sin perturbarse y fue muy diligente durante todo
el tiempo de su reinado; sin embargo, el pueblo se
dejaba llevar por violentos impulsos contra los sol-
dados que habían asesinado a Pértinax por dinero.
Así pues, para ganarse el apoyo del pueblo, resta-
bleció muchas de las disposiciones decretadas por
Cómodo y suprimidas por Pértinax. No tomó nin- 9
guna medida ni favorable ni adversa con relación a
este emperador, lo que pareció a algunos excesiva- 10
mente riguroso. Por otra parte, consta que por mie-
do a los soldados guardó silencio sobre los hono-
res debidos a Pértinax.

[5] Cf. *Pescenio Nigro*, 3,1.

5 Juliano no temía ni a los ejércitos de Bretaña ni
a los de Iliria, a pesar de lo cual envió a un primi-
pilario [6] con la misión de asesinar a Nigro, pues sus
temores se centraban sobre todo en los ejércitos de
Siria. Entonces, Pescenio Nigro se rebeló contra él 2
en el Ilírico y Septimio Severo en Siria, con los res-
pectivos ejércitos que tenían a su mando. Pero ante
el anuncio de que se había rebelado Severo, del que 3
no tenía sospecha alguna, se alteró extraordinaria-
mente: acudió al senado y consiguió que se le de-
clarase enemigo público; más aún, a los soldados 4
que habían estado de parte de Severo, se les fijó un
día tope después del cual serían considerados tam-
bién enemigos públicos, si seguían con él. Además
de estas disposiciones, el senado envió una legación 5
de consulares [7] a los soldados para que trataran de
persuadirles de que abandonaran el partido de Se-
vero y de que aceptaran como emperador al que eli-
giera esta asamblea. Entre otros, fue enviado como 6
embajador Vespronio Cándido, un viejo consular,
odiado en otro tiempo por los soldados a causa de
su mandato cruel y mezquino. Enviaron a Valeria- 7
no Catulino para que reemplazara a Severo, como
si fuera posible sustituir a alguien que se había gran-
jeado ya el favor del ejército. Enviaron también al 8
centurión Aquilio, que ya era famoso por los ase-
sinatos que había ejecutado entre los senadores,
para que asesinara a Severo. Por su parte, Juliano 9
dio personalmente a los pretorianos la orden de sa-
lir al campo y de fortificar las torres, pero realmen-
te hizo salir a combate a hombres inactivos, corrom-
pidos por los placeres de la ciudad y reacios a los

---

[6] Era el primer centurión del primer manípulo de los *triarii*, cuerpos de infantería de arma pesada que formaban la tercera división de una legión romana. Estaba encargado de custodiar el águila y tenía derecho a asistir a las deliberaciones de los oficiales superiores y, en ausencia del tribuno, tomaba el mando de la legión.

[7] Para este concepto, cf. *Adriano*, 7,3, n. 38.

ejércitos militares, hasta el extremo de que compraban con dinero a otros soldados para que los sustituyeran en el trabajo que se les había encomendado.

6 Severo se acercaba a la Ciudad con un ejército hostil, mientras que Juliano no hacía ningún progreso con el ejército pretoriano y el pueblo le odiaba y se mofaba de él cada día más. Y, creyendo que 2
Leto apoyaba a Severo, a pesar de que por su mediación había logrado escapar de las manos de Cómodo, Juliano ordenó su muerte, olvidando tamaño beneficio. Y al mismo tiempo ordenó también la muerte de Marcia.

Pero, mientras Juliano actuaba así en Roma, Se- 3
vero se apoderó de la flota de Rávena y se pasaron al bando de Severo los legados del senado que habían prometido a Juliano su apoyo [8]. Tulio Crispi- 4
no, prefecto del Pretorio, que había recibido el encargo de lanzar la flota contra Severo, fue derrotado y se volvió a Roma. Al conocer estas cosas, Ju- 5
liano pidió al senado que las vírgenes Vestales [9] y todos los sacerdotes salieran junto con los senadores al paso del ejército de Severo y le implorasen con sus cintas desplegadas hasta el suelo, adoptando asi una...medida inútil contra un ejército de bárbaros. Sin embargo, el consular Plaucio Quintilo, 6
que era augur [10], se opuso a la actuación de Juliano, afirmando que no debería regir el imperio un

---

[8] Cf. *Severo*, 5,5.

[9] Muchachas que se consagraban con voto de castidad al servicio de la diosa Vesta. Entre su indumentaria hay que destacar, porque alude a ello el texto, las cintas de lana blanca *(infulae)* y las vendas *(uittae)* con las que sujetaban sus cabellos.

[10] El augur era un sacerdote romano que interpretaba la voluntad de los dioses mediante la observación de las aves, como hace ver el término griego ὀιωνοσκόπος de su vuelo y de su canto. Gozaban en Roma de gran autoridad y estuvieron asociados en una corporación llamada *collegium Augurum*. El emblema de su autoridad era un cayado llamado *lituus*.

individuo que fuera incapaz de enfrentarse con las
armas a su enemigo. Muchos senadores estuvieron 7
de acuerdo con él. Por ello Didio, lleno de ira, pi-
dió que enviaran soldados desde los cuarteles para
que redujeran a los senadores a obediencia, o de lo
contrario, les masacraran. Pero esta disposición no 8
gustó a nadie. En efecto, no parecía adecuado que
el senado soportara a Juliano, que le era hostil, sien-
do así que había sido esta asamblea la que había de-
clarado enemigo a Severo por causa del propio Ju-
liano. Por lo cual, tras habérselo pensado mejor, 9
volvió al senado con un plan más adecuado, y pi-
dió que la asamblea redactara un decreto para re-
partir el imperio. Inmediatamente se llevó a cabo
su propuesta.

7 Entonces todos se acordaron de un presagio que
se dio el propio Juliano el día que recibió el impe-
rio. En efecto, cuando el cónsul designado, al emi- 2
tir el juicio que tenía sobre él pronunció esta frase:
«pienso que Didio Juliano debe ser nombrado em-
perador», éste sugirió: «añade también Severo», tí-
tulo que Juliano se había arrogado de su abuelo y de
su bisabuelo. No obstante, hay quienes dicen que 3
Juliano no tuvo intención alguna de pasar por las
armas al senado, dado que la asamblea había toma-
do muchas decisiones a su favor.

Inmediatamente después de votar el decreto del 4
senado, Didio Juliano envió a uno de los prefectos
llamado Tulio Crispino y nombró como tercer pre- 5
fecto a Veturio Macrino, a quien Severo había es-
crito ya anteriormente una carta, con el fin de con-
ferirle el cargo. Pero el pueblo propaló el rumor de 6
que se había fingido la paz y de que se había enco-
mendado el asesinato de Severo al prefecto del Pre-
torio Tulio Crispino y Severo también lo sospechó. 7
En definitiva, de acuerdo con los soldados, Severo
prefirió ser enemigo de Juliano que copartícipe del
poder. Escribió enseguida a Roma a muchas perso- 8
nas y envió secretamente unos edictos que se ex-

pusieron al público. Juliano tuvo además la insen- 9
satez de utilizar a los magos [11] para celebrar muchos ritos con los que pensaba aplacar el odio del pueblo o apaciguar la exaltación bélica de los soldados. En efecto, los magos sacrificaron algunas 10
víctimas que no eran adecuadas para los ritos romanos y cantaron himnos profanos y Juliano hizo los ensalmos que, según las prescripciones, se hacen ante un espejo, en el que dicen que los niños ven el futuro, después de haber vendado sus ojos y haber pronunciado fórmulas mágicas sobre su cabeza, y en aquella ocasión se dice que un niño vio 11
la llegada de Severo y la retirada de Juliano.

8 Por cierto, cuando salió al encuentro de unos emisarios de Severo, Crispino fue asesinado por orden de éste a instancias de Julio Leto. Se anularon 2
también los decretos del senado. Juliano no obtuvo ninguna respuesta concreta del senado, a pesar de haber reunido a la asamblea y de haber pulsado las opiniones de los senadores sobre lo que se debía hacer. Pero, actuando después por propia iniciati- 3
va, dio órdenes para que Loliano Ticiano armara a gladiadores de Capua y mandó llamar de su villa de Tarracina [12] a Claudio Pompeyano para hacerle partícipe del imperio, porque había sido yerno de un emperador y había estado durante mucho tiempo al frente del ejército. Pero éste rehusó respondiendo que era anciano y que tenía ya la vista cansada. Se habían pasado ya también desde Um- 4
bría algunos soldados al partido de Severo y éste 5
había enviado también una carta dando órdenes para que mantuvieran vigilados a los asesinos de

[11] Realmente, eran los ministros del culto entre los medos y los persas; ahora bien, los romanos designaban también con el nombre de *magi* a los que predecían el porvenir.

[12] Ciudad de los Volscos en la costa del Lacio, entre las antiguas ciudades de *Antium* al Norte y *Fundi* al Sur.

Pértinax. Y en un breve espacio de tiempo, Juliano se vio abandonado por todos, aunque permaneció en Palacio con sólo uno de sus prefectos, Genial, y con su yerno Repentino. Al fin, se propuso que el senado con su autoridad arrancara el poder a Juliano. Y no sólo se llevó a cabo esta propuesta, sino que además se proclamó enseguida emperador a Severo fingiendo que Juliano se había dado la muerte con un veneno. No obstante, el senado envió a unos individuos por cuya intervención, con la ayuda de un simple soldado, Juliano fue asesinado en Palacio, a pesar de que imploraba clemencia del César, es decir, de Severo. Cuando alcanzó el poder imperial, Juliano había emancipado a su hija dándole su patrimonio; pero le fue arrebatado éste inmediatamente, junto con el título de Augusta. 6
7
8
9

Severo entregó el cadáver a su esposa Manlia Escantila y a su hija, para que le dieran sepultura, y ellas le llevaron a enterrar a la tumba de su bisabuelo situada a cinco millas en la vía Labicana [13]. 10

9 Se le echaron en cara a Juliano estos vicios: que había sido goloso y jugador, que se había entregado a los ejercicios gladiatorios y que todas estas pasiones las había adquirido de anciano, ya que durante su juventud jamás se le había acusado de ellas. Se le reprochó también su orgullo, aunque fue muy humilde, incluso cuando ejerció el poder. Por el contrario, fue muy afable en los banquetes, muy bondadoso ante las peticiones que le hacían y muy comedido respecto a la concesión de la libertad. 2

Vivió cincuenta y seis años y cuatro meses. Ostentó el poder imperial durante dos meses y cinco 3

[13] Arrancaba de Roma y, atravesando la ciudad de los *Labici* al lado de Túsculo, cruzaba entre la vía Prenestina por el Norte y la Tusculana por el Sur hasta encontrarse con ésta en Toleria.

días. Se le reprochó principalmente que hubiera nombrado como lugartenientes suyos para gobernar la república a personas a las que tenía que haber controlado con su autoridad. 4

10. SEVERO

(Elio Esparciano)

1 Después del asesinato de Didio Juliano, alcanzó
el poder imperial Severo, que era oriundo de África.
Su ciudad natal fue Leptis, su padre fue Geta y 2
sus antepasados fueron caballeros romanos, antes
de que hubiera sido otorgada a todos la ciudadanía;
su madre fue Fulvia Pía; sus tíos paternos fueron
Apro y Severo, los dos consulares; su abuelo
materno fue Macro y su abuelo paterno, Fulvio Pío. 3
Nació el seis de los idus de abril, durante el segundo
consulado de Erucio Claro y el sexto de Severo.
En los primeros años de su niñez, antes de ins- 4
truirse en la literatura griega y latina, en las que luego
fue muy versado, no se ejercitó con los niños
de su edad en ningún otro juego que en el que los
jueces, pues se sentaba e impartía justicia rodeado
de una hilera de niños que le ofrecían los haces y
las segures [1]. A los dieciocho años declamó en público.
Después se dirigió a Roma a causa de sus es- 5
tudios, pidió al divino Marco el laticlavo [2] obte-

[1] Loa haces *(fasces)* eran un manojo de varas de abedul, fresno u olmo atadas con correas en forma de haz. En medio de ellas se emplazaba un hacha *(securis)*. Eran el emblema del *imperium* y los llevaban los lictores delante de los magistrados dotados de él.

[2] «Laticlavo» de *latus clauus*, larga raya o banda de color púrpura que corría a lo largo de la túnica en dirección perpendicular delante del pecho. Su uso era originariamente privilegio de los senadores romanos, aunque parece que luego algunas veces se concedió este derecho excep-

niéndole gracias al apoyo que le prestó su pariente
Septimio Severo, que había sido ya dos veces
cónsul.
Cuando llegó a Roma, se encontró con un hues- 6
ped que estaba leyendo en ese preciso momento la
vida del emperador Adriano, coincidencia que con-
sideró como un presagio de su suerte futura. Tuvo 7
además otro presagio sobre su acceso al imperio.
Aceptó la toga presidiaria [3] del propio emperador
en una ocasión en que se presentó vestido con el
manto griego [4] a un banquete que se le había invita-
do con el emperador, siendo así que debía haber
acudido vestido con la toga romana. Esa misma no- 8
che soñó que mamaba de las tetas de una loba,
como hicieron Remo y Rómulo. Se sentó también 9
en la silla del emperador que un esclavo había de-
jado allí al azar, porque no sabía que no estaba per-
mitido hacerlo. También un día que dormía en un 10
establo, una serpiente se enrolló en torno a su ca-
beza y, ante los gritos y el terror de los esclavos,
desaparació sin causarle ningún daño.
2 Vivió una juventud cargada de pasiones y a ve-
ces de crímenes. Se defendió de una acusación de 2
adulterio y fue absuelto por el procónsul Juliano al
que sucedió en el proconsulado, tuvo como colega
en el consulado y sucedió igualmente en el impe-
rio. Ejerció con escrupulosidad la cuestura, renun-
ciando al tribunado militar. Después de ejercer di- 3
cha magistratura recibió por sorteo la cuestura de
la Bética y desde aquí se dirigió a África para po-
ner en orden su situación familiar tras la muerte de
su padre. Pero mientras se encontraba en África le 4
fue encomendada Cerdeña en lugar de la Bética,
porque los mauritanos saqueaban la Bética. Así, 5

cionalmente a algunos caballeros, cuyo distintivo era el *augustus clauus*, la banda estrecha.

[3] Una toga especial que se utilizaba entre las guarniciones.

[4] Es decir, con el *pallium*, cf. *Adriano*, 22,4, n. 96.

pues, después de ejercer la cuestura en Cerdeña, recibió la legación de procónsul de África. Durante 6
esta legación, cuando uno de sus conciudadanos de Leptis, a pesar de ser plebeyo, le saludó dándole un abrazo como a un antiguo compañero ante los que le escoltaban con las haces, Severo le golpeó con las varas, mientras el heraldo proclamaba: «No oses tu, un hombre plebeyo, abrazar temerariamente a un legado del pueblo romano.» Este incidente hizo que 7
también viajaran sentados en un carruaje los legados, que anteriormente viajaban a pie. Entonces, en 8
una ciudad de África, cuando acudió angustiado a consultar a un matemático, después de que se le descifró el horóscopo y vio en él los extraordinarios acontecimientos que le aguardaban, el astrólogo le dijo: «Dime tu horóscopo, no uno ajeno.» Y, cuan- 9
do Severo le juró que aquél era el suyo, el astrólogo le hizo una exposición de todos los hechos que acaecieron después.

3 Se hizo acreedor al tribunado de la plebe que le concedió el emperador Marco por un decreto y lo ejerció con gran severidad e inteligencia. Por en- 2
tonces tomó por esposa a Marcia, a la que no mencionó en el relato de su vida privada [5]. Después, cuando fue emperador, erigió estatuas en su honor. Fue nombrado pretor por Marco Aurelio a los 3
treinta y dos años de edad, no como candidato oficial del emperador, sino como uno más entre otros competidores [6]. Entonces fue enviado a Hispania 4
donde soñó primero que se le encargaba restaurar el templo de Augusto en Tarragona, que se estaba ya derrumbando; después contempló desde la cima 5

[5] Se refiere a la autobiografía que Severo escribió después de la muerte de Albino para justificarse de sus acciones y de su crueldad, cf. 18,6 y *Clodio Albino*, 7,1.

[6] Cierto número de aspirantes a las magistraturas eran elegidos por el emperador. Se llamaban *candidati Caesaris* porque llevaban la toga *candida*.

de una montaña muy alta el globo terráqueo y la ciudad de Roma, mientras las provincias entonaban un canto con la lira, a viva voz o con la flauta. Con- 6
cedió distintos espectáculos. A continuación fue nombrado jefe de la legión cuarta, la Escítica, que acampaba en las inmediaciones de Marsella. Des- 7
pués de esto se dirigió a Atenas para perfeccionar sus estudios y conocer los ritos sagrados, las construcciones públicas y las antigüedades de la ciudad. Dado que, durante su estancia en esta ciudad, recibió ciertos ultrajes de los atenienses, se enemistó con ellos y luego, cuando fue emperador, se vengó disminuyéndoles los privilegios que disfrutaban.
Después tomó posesión como legado de la provin- 8
cia de Lión. Como deseaba casarse de nuevo al ha- 9
ber perdido a su esposa, se informaba del horóscopo de las prometidas, pues él mismo era también muy versado en astrología; y, cuando oyó que había una mujer en Siria con un horóscopo tal, que la destinaba a casarse con un rey, la pidió por esposa —se trata de Julia— y se desposó con ella gracias a la mediación de sus amigos. Esta le hizo padre enseguida.

4 Los galos le estimaron como a ningún otro emperador por su severidad, honorabilidad e integri-
dad. Después gobernó las dos Panonias en calidad 2
de procónsul. A continuación recibió por sorteo la
provincia proconsular de Sicilia. Y reconoció otro 3
hijo que le nació en Roma. Durante su estancia en Sicilia se le acusó de haber acudido a consultar unas veces a los adivinos, otras a los Caldeos sobre su acceso al poder. Los prefectos del Pretorio, a quienes se les había encomendado oir su causa, le absolvieron dado que ya Cómodo empezaba a hacerse
odioso y enviaron a la cruz a su acusador. Ejerció 4
su primer consulado con Apuleyo Rufino, designándole Cómodo entre muchos candidatos. Después del consulado, se mantuvo casi durante un año inactivo; pero después, gracias al apoyo de Leto, re-

cibió el mando del ejército de Germania. Cuando 5
iba a partir a este destino compró unos jardines de
grandes dimensiones [7], siendo así que hasta enton-
ces había poseído una casa muy pequeña en Roma
y una sola finca en Venecia. Un día que tendido so- 6
bre el suelo comía un menú modesto con sus hi-
jos en estos jardines y su hijo mayor, que enton-
ces tenía cinco años, distribuía a sus compañeros
de juego con mano excesivamente liberal las frutas
que les habían servido y él le dijo reprendiéndole
paternalmente: «Reparte con más comedimiento,
pues no posees las riquezas de un rey», el mucha-
cho, de cinco años aún, le contestó: «Pero algún
día las poseeré.» Marchó a Germania y se compor- 7
tó de tal manera en el desempeño de su legación,
que aumentó su reputación ya puesta de relieve con
anterioridad.

Hasta entonces ejerció el arte militar como un
particular. Pero después, a instancias de una gran
mayoría y a pesar de su resistencia, el día de los
idus de agosto fue nombrado emperador en Car-
nunto por las legiones de Germania, cuando se en-
teraron de que Cómodo había sido asesinado y de
que Juliano ocupaba el trono, odiado también por
todo el mundo. Dio a los soldados <cincuenta mil> 2
sestercios, lo que no había hecho ningún empera-
dor anterior [7 bis]. Después de consolidar las provin- 3
cias que iba dejando a sus espaldas, se dirigió a Roma,
sometiéndose a él todos los habitantes de las regio-
nes por donde pasó, dado que los ejércitos de la Ili-
ria y de las Galias ya le habían prestado juramento

---

[7] Se designaba con el nombre de jardines *(horti)* a los parques de diversión en los que solía haber, según las dimensiones, umbrosas avenidas *(gestationes)* para pasear en silla o andaderas *(sella, lectica)*, espacios para los ejercicios de equitación *(hippodromi)*, fuentes, grutas, estatuas y otras obras de arte convenientemente repartidas para mayor esparcimiento.

[7 bis] Hay una laguna según Hohl que llenamos con <*quingena*> de Σ.

de fidelidad obligados por sus jefes, pues era con- 4
siderado por todos como el vengador de Pértinax. 5
Por aquel tiempo, a instancias de Juliano, Septimio
Severo fue declarado enemigo público por el sena-
do, después de que se envió una embajada para que,
por decreto de la asamblea, los soldados desertaran
de su ejército. Y, cuando Severo se enteró de que 6
le habían enviado la embajada por resolución uná-
nime del senado, primero se llenó de temor, pero
después sobornó a los legados y consiguió que ha-
blaran al ejército en su favor y que se pasaran a su
partido. Cuando se conocieron estos hechos, Julia- 7
no consiguió que el senado redactara un decreto
para repartirse el poder imperial con Severo, aun- 8
que no se sabe con seguridad si esto lo hizo de bue-
na fe o por engaño, dado que ya en una ocasión an-
terior había enviado a algunos célebres asesinos de
generales para que mataran a Severo, de la misma
manera que los había enviado para que mataran a
Pescenio Nigro, que también había asumido perso-
nalmente el poder contra él, instigado por los ejér-
citos de Siria. Pero Severo, tras haber burlado la ac- 9
ción de aquéllos a los que Juliano había enviado para
asesinarle, escribió una carta a los pretorianos con
la consigna de abandonar a Juliano o de darle muer-
te, consigna que fue atendida enseguida, pues Ju- 10
liano fue asesinado en Palacio y a Severo se le in-
vitó a entrar en Roma. De esta manera Severo re- 11
sultó vencedor sin que mediara nada más que una
orden suya, lo que jamás había ocurrido a nadie an-
teriormente, y acto seguido se dirigió con su ejér-
cito a Roma.

6 Después de que Juliano fue asesinado, como Se-
vero se mantenía aún en los cuarteles y en las tien-
das de campaña como si hiciera la marcha a través
de un territorio enemigo, el senado le envió una de-
legación de cien senadores para felicitarle y presen-
tarle sus súplicas. Los senadores se encontraron con 2
él en Terni y le saludaron, pero después de que fue-

ron registrados, para que no guardarán ningún
arma, mientras que él se mantenía armado y escol-
tado por hombres con armas. Al día siguiente en- 3
tregó setecientos veinte aúreos a los miembros de
la legación del senado, cuando salía a recibirle toda
la servidumbre de Palacio, y les envió por delante
a Roma, ofreciendo a los que así lo deseaban la po- 4
sibilidad de permanecer a su lado y de volver luego
con él a la Ciudad. Nombró también enseguida pre- 5
fecto del Pretorio a Flavio Juvenal, al que Juliano
había nombrado también como tercer prefecto
suyo. Mientras tanto se originó en Roma una in- 6
mensa agitación entre los soldados y los ciudada-
nos, porque Severo avanzaba armado contra los que
le habían declarado enemigo público. A estos su- 7
cesos se sumó la circunstancia de que Severo supo
que las legiones de Siria habían concedido el título
de emperador a Pescenio Nigro. Entonces, valién- 8
dose de unos emisarios suyos, interceptó los edic-
tos y las cartas que éste dirigió al pueblo y al sena-
do, para conseguir que no fueran expuestos al pue-
blo ni leídos al senado. Por aquel mismo tiempo Se- 9
vero pensó también nombrar como sucesor suyo a
Clodio Albino, a quién se le había concedido por
Cómodo mediante un decreto el poder de Cé- 10
sar[7 ter]. Pero, como sentía gran temor hacia las per-
sonas que le merecían una opinión favorable, envió
Heráclito para que ocupara Bretaña y a Plauciano
para que se apoderara de los hijos de Nigro. Cuan- 11
do Severo llegó a Roma, ordenó que los pretoria-
nos salieran a recibirle desarmados y con túnicas

[7 ter] Acepto la segunda lectura de Hohl I, p. 307: *a[ut] Commod*<o>-ia[nu]m.

«subarmales» [8]. Y, tal como estaban, los convocó
al tribunal, rodeándoles por todas partes de hom-
bres armados.

Después de que entró en Roma armado, subió
también al Capitolio con una escolta de soldados
armados. Desde allí se dirigió con la misma indu-
mentaria al Palacio, haciendo que llevaran delante
los estandartes que había arrebatado a los pretoria-
nos, no derechos, sino vueltos hacia abajo. Des- 2
pués, los soldados se establecieron por toda la Ciu-
dad en los templos, en los pórticos y en las estan-
cias de la corte, como si fueran posadas, con lo que la 3
entrada de Severo en Roma fue odiosa y terrible,
puesto que los soldados se apoderaban de las cosas
sin comprarlas, amenazando con la destrucción de
la Ciudad. Al día siguiente, Severo vino al senado 4
escoltado no sólo por soldados armados, sino tam-
bién por su amigos. Explicó en la asamblea la ra-
zón por la que había asumido el poder imperial ale-
gando que Juliano había enviado para matarle a
unos individuos que ya eran célebres por haber ase-
sinado a generales [9]. Obligó a firmar un decreto del 5
senado que prohibiera al emperador enviar a muer-
te a ningún senador sin contar con la asamblea. 6
Pero, mientras se hallaba en el senado, los solda-
dos se amotinaron y exigieron a la asamblea diez
mil sestercios por cabeza, siguiendo el ejemplo de
aquéllos que habían conducido a Roma a Octavia-

[8] El texto dice *cum subarmalibus inermes*. El *subarmale* es un tipo de vestido cuya naturaleza no está bien determinada. Algunos suponen que debía este nombre a que pasaba bajo uno de los brazos, como un *exomis*, túnica griega sin mangas muy corta *(substricta)* que al ponerla dejaba libre la espalda derecha (ὦμος) y el brazo. Otros piensan que se llamaba así porque se llevaba sobre la armadura *(arma)*. El texto, al constatar que debían ir desarmados, hace suponer que se trataría de un *exomis*.

[9] Cf. 5,8; *Didio Juliano*, 5,8; *Pescenio Nigro*, 2,5.

no Augusto y que habían recibido la misma cantidad. Y, aunque Severo no pudo reprimirlos como 7
era su deseo, sin embargo, logró apaciguarlos y disolverlos, tras haberles dado una gratificación. Des- 8
pués organizó un funeral como el de los censores [10] para honrar a la estatua de Pértinax y consagró a éste incluyéndole entre los emperadores divinizados, después de haberle asignado además un flamen y una cofradía de Helvianos que anteriormente habían sido Marcianos [11]. Ordenó además que 9
se le llamara Pértinax, aunque después decidió quese le suprimiera este nombre, pensando que constituía un mal presagio. Después pagó las deudas de sus amigos.

8 Casó a sus hijas con Probo y Ecio, después de haberlas dotado convenientemente. Y, cuando ofreció a su yerno Probo la prefectura de la Ciudad, éste la rechazó diciendo que le parecía menos ser prefecto que yerno del príncipe. Sin embargo, nom- 2
bró cónsules inmediatamente a sus dos yernos y los llenó de riquezas. Otro día acudió al senado y, tras 3
acusar a los amigos de Juliano, los proscribió y condenó a muerte. Presidió muchísimos procesos. Cas- 4
tigó severamente a los jueces acusados por los habitantes de las provincias, una vez demostrada su culpabilidad. Se encontró con una gran escasez de 5
víveres preocupándose de su aprovechamiento de tal manera, que a su muerte dejó al pueblo romano una reserva para siete años.

Partió para consolidar la situación política en 6
Oriente, sin haber hecho aún ni un sólo comentario en público sobre Nigro. No obstante, envió le- 7
giones a África con el fin de que éste no pudiera

[10] Cf. *Pértinax*, n. 36. Nótese que aquí el funeral se decreta para honrar la estatua del emperador muerto.

[11] Cf. *Marco*, 15,4. *Pértinax*, 15,4.

ocupar esta región pasando por Libia y Egipto ni acosar al pueblo romano con la escasez de alimentos.

Dejó como prefecto de la Ciudad a Domicio 8
Dextro en lugar de Baso y salió de Roma a los trein-
ta días después de haber llegado a ella. Ya fuera de 9
la Ciudad, tuvo que afrontar una violenta sedición
de su ejército junto al paraje denominado «las ro-
cas rojas» [12] a causa del emplazamiento del campa-
mento. Su hermano Geta [13] corrió rápidamente a 10
su encuentro y, en contra de lo que esperaba, Se-
vero le ordenó asumir el gobierno de la provincia
que le había sido confiada. Le llevaron a su casa los 11
hijos de Nigro a los que mostró la misma estima
que a los suyos. Había enviado una legión para que 12
ocupara Grecia y Tracia anticipándose a Pescenio;
pero Nigro ya tenía a Bizancio bajo su poder. De- 13
seando ocupar también Perinto, Nigro mató a un
gran número de soldados de Severo por lo cual fue
declarado enemigo público junto con Emiliano. Y 14
cuando invitó a Severo a repartirse el poder, éste re-
chazó con desdén su proposición. De hecho, pro- 15
metió a Nigro un exilio seguro, si éste era su de-
seo; en cambio, a Emiliano no le perdonó. Éste, 16
vencido poco después en Helesponto por los gene-
rales de Severo, se refugió primero en Cízico y lue-
go en otra ciudad donde fue asesinado por orden
de aquéllos. Y las tropas de Nigro también fueron 17
dispersadas por estos mismos generales.

9 Cuando se enteró de esto, Severo escribió al senado, como si ya hubiera acabado la guerra. Después se enzarzó en la lucha con Nigro, lo mató cerca de Cízico e hizo que pasearan su cabeza clavada en una pica.

---

[12] En latín, *Saxa Rubra*, en la vía Flaminia, diez millas aproximadamente al Norte de Roma.

[13] P. Septimio Geta, probablemente gobernador de Dacia en el año 195.

Después de esto, envió al destierro con su madre 2
a los hijos de Nigro a los que había mantenido en
el mismo género de vida que a los suyos propios. 3
Envió una carta al senado anunciándole su victoria
y no castigó con la muerte a ninguno de los sena-
dores que habían seguido el partido de Nigro, sal-
vo a uno. Se irritó mucho con los habitantes de 4
Antioquía porque se habían reído de él cuando era
administrador en Oriente y porque habían ayuda-
do a Nigro, incluso después de su derrota. Final-
mente les quitó muchas de sus prerrogativas. Tam- 5
bién privó del derecho de ciudadanía a los habitan-
tes de Neápolis [14] de Palestina, porque se habían
mantenido en pie de guerra durante mucho tiempo
apoyando a Nigro. Castigó con crueldad a un buen 6
número de ciudadanos que habían seguido a Ni-
gro, exceptuando a los que pertenecían al estamen-
to senatorial. Infligió también diversas afrentas y 7
multas a muchas de las ciudades que habían abra-
zado su causa. Ordenó la muerte de los senadores 8
que habían luchado con Nigro como generales o
como tribunos. Después llevó a cabo múltiples ope- 9
raciones próximas a Arabia, una vez sometidos los
partos al arbitrio de Roma, así como los adiabenos,
pueblo que en su totalidad había tenido los mismos
sentimientos que Pescenio. Y, por estas acciones, 10
cuando volvió a Roma se le concedieron los hono-
res del triunfo y el título de Arábico, Adiabénico
y Pártico. Pero rechazó el honor del triunfo para 11
que no se pensara que celebraba una victoria obte-
nida contra sus conciudadanos. Rehusó también el
título de Pártico para no irritar a los partos.
10 Justamente cuando volvió a Roma, tras finalizar
la guerra civil de Nigro, se le anunció que Clodio

[14] «Ciudad nueva» del griego νέα-πόλις. Probablemente se trata de Jerusalén, destruida en la rebelión de los judíos y reconstruida por Adriano, a la que llamó *Elia Capitolina*.

Albino había suscitado otra rebelándose en la Galia. Por ello fueron asesinados algo después los hijos de Nigro junto con su madre. Por tanto, inme- 2
diatamente declaró a Albino enemigo público, así como a los que le habían escrito o contestado con excesivos halagos. Y cuando se dirigía a luchar contra él, en plena marcha, confirió el título de César a su hijo mayor Basiano en Viminacio, añadiéndole el nombre de Aurelio Antonino para quitar a su hermano Geta la esperanza que había concebido de
llegar a emperador. Por cierto, puso a su hijo el 4
nombre de Antonino porque había soñado que iba
a ser su sucesor un Antonino. Por ello piensan al- 5
gunos autores que concedió a Geta también el nombre de Antonino para que también él le sucediese
en el imperio. Otros creen que la razón por la que 6
Basiano fue llamado Antonino fue porque el propio Severo quería pasar a formar parte de la familia
de Marco. Por cierto que, en las primeras escara- 7
muzas, los generales de Severo fueron derrotados por los de Albino. Entonces, angustiado, cuando acudió a consultar a los adivinos, se enteró por las respuestas de los augures[15] de Panonia que resultaría vencedor, pero que su enemigo no caería en sus manos ni lograría escapar, sino que perecería
junto al agua. Enseguida se pasaron a su lado de- 8
sertando muchos amigos de Albino y fueron prendidos muchos de sus generales, a los que Severo castigó.

11 Después de que los dos bandos libraran en la Galia en este intervalo múltiples combates con distinto resultado, Severo luchó con gran éxito contra Albino por primera vez en los alrededores de Tinur-
cio. Entonces afrontó realmente un gran peligro 2
al caer de su caballo, de tal forma que llegaron a creer

[15] Cf. *Didio Juliano*, 6,6.

que había muerto al haber sido alcanzado por el impacto de una bola de plomo y, como consecuencia de ello, el ejército estuvo a punto de elegir ya otro emperador. Por entonces, cuando se leyeron las ac- 3
tas que el senado había redactado proponiendo la exaltación de Clodio Celsino, que era de Hadrumeto y pariente de Albino, irritándose Severo contra el senado pensando que la asamblea había defendido esta propuesta para favorecer a Albino, propuso que se admitiera a Cómodo en el rango de los dioses, pensando que de esta forma podía vengarse del senado. Y fue el primero que confirió pú- 4
blicamente el título de «divino» a Cómodo en presencia de los soldados, y luego se lo comunicó al senado por escrito, enviándole al mismo tiempo un discurso sobre su victoria. Ordenó que fueran des- 5
pedazados los cadáveres de los senadores que habían recibido la muerte durante esta guerra. Des- 6
pués, cuando le llevaron el cuerpo de Albino, que aún estaba medio muerto, ordenó que le cortaran la cabeza y que le enviaran a Roma, adjuntando una carta. Albino fue derrotado el día onde de las ca- 7
lendas de marzo. El resto de su cadáver fue expuesto por orden de Severo delante de su propia casa y allí permaneció durante bastante tiempo. El mismo 8
Severo, además, montó sobre su caballo y le hostigó para que saltara por encima del cadáver de Albino y, al ver que se espantaba, le incitó para que a rienda suelta le pisoteara sin ningún miramiento. Otros dicen que fue él mismo quien dio la orden 9
de arrojar su cadáver al Ródano, junto con el de su esposa y los de sus hijos.

12 Una vez que fueron asesinadas muchísimas personas del partido de Albino, entre las que se encontraban muchos próceres de Roma y mujeres de alta reputación, quedaron confiscados los bienes de todos ellos, con lo cual acrecentaron el erario. También entonces recibieron la muerte muchos patricios españoles y galos. Finalmente, Severo dio a los 2

soldados más estipendios [16] que ningún otro empe-
rador. Y, gracias a la confiscación que hemos men- 3
cionado, dejó a sus hijos un patrimonio mayor que
ningún otro emperador, pues convirtió en propie-
dad del emperador la mayor parte del oro cobrado
en las Galias, en las provincias de Hispania y en Ita-
lia. Entonces se creó por primera vez el cargo que 4
cuidaba de la fortuna privada del emperador [17]. 5
Después de la muerte de Albino, fueron derrotados
en la guerra por Severo muchos que aún le eran fie-
les. Por aquella misma fecha anunciaron a Albino 6
también la defección al partido contrario de una le-
gión de Arabia.

Así, pues, después de haber vengado con severi- 7
dad la revuelta de Albino dando muerte a un gran
número de personas y habiendo extinguido el lina-
je de su rival, volvió a Roma airado contra el sena-
do y el pueblo. Hizo el elogio de Cómodo en el se- 8
nado y delante de la asamblea del pueblo, le llamó
dios y afirmó que este emperador sólo había desa-
gradado a los infames, con lo que se vió con clari-
dad la revuelta de Albino, dando muerte a un gran
ra. Y después de esto, disertó sobre su propia cle- 9
mencia, a pesar de que fue extraordinariamente
cruel e hizo perecer a los senadores a continuación
reseñados [18].

13 Ejecutó sin defensa alguna a estos nobles: Mu-
mio Secundino, Asèlio Claudiano, Claudio Rufo, 2
Vitalio Victor, Papio Fausto, Elio Celso, Julio

---

[16] Se llamaba estipendio *(stipendium)* a la paga o sueldo de los soldados. Se comenzó a pagar en Roma en el año 406 a de C. durante el sitio de Veyes. Inicialmente se daban tres ases por día para la infantería y seis para la caballería. Durante el imperio, las cantidades variaron; pero, en general, la caballería cobraba el doble.

[17] El *procurator rerum priuatarum*, cf. *Cómodo*, 20,1.

[18] Según Dión Casio (LXXV,8), ejecutó a veintinueve y perdonó a treinta y cinco. La lista de cuarenta y uno que da Esparciano incluye probablemente a algunos partidarios de Nigro.

Rufo, Lolio Profeso, Aurunculeyo Corneliano, Antonio Balbo, Postumio Severo, Sergio Lustral, 3 Fabio Paulino, Nonio Graco, Masticio Fabiano, Casperio Agripino, Ceyonio Albino, Claudio Sulpiciano, Memio Rufino, Casperio Emiliano, Coce- 4 yo Vero, Erucio Claro, L. Estilón, Clodio Rufino, 5 Egnatuleyo Honorato, Petronio el Joven, los Pesce- 6 nios Fausto, Veraciano, Aureliano, Materiano, Juliano y Albino; los Cerelios Macrino, Faustiniano y Juliano; Herenio Nepote, Sulpicio Cano, Valerio 7 Catulino, Novio Rufo, Claudio Arabiano y Marcio Aselión. Así, pues, el asesino de tantos ciudada- 8 nos y tan ilustres como éstos —pues un buen número de ellos eran consulares o pretoriales y todos ellos sin duda varones eximios— fue considerado como un dios por los africanos. Acusó a Cincio Se- 9 vero de haber querido envenenarle y, en consecuencia, le dio muerte.

14 Después, arrojó a los leones a Narciso, el estrangulador de Cómodo [19]. Además quitó la vida a muchos hombres, de familia poco conocida, para no hablar de aquéllos a los que aniquiló el fragor del combate. Después de estos asesinatos, deseando 2 congraciarse con todos pasó, de manos privadas al fisco el servicio de correos públicos [20]. Luego hizo 3 que el senado diera el título de César a su hijo Basiano Antonino y le concedió las insignias imperiales. A continuación surgió el rumor de una guerra 4 con los partos. Por propia iniciativa erigió estatuas en honor de su padre, de su madre, de su abuelo y de su primera esposa. Al conocer la conducta de 5 Plauciano, hasta entonces muy amigo suyo, le cobró tal odio que le declaró enemigo público y le in-

[19] Cf. *Cómodo*, 17,2, aunque según Dión Casio éste fue muerto por Didio Juliano.

[20] Parece que completó así la reforma emprendida por Adriano, cf. *Adriano*, 7,5, n. 42.

famó con una injuria pesada, pues hizo derribar sus estatuas en todo el orbe de la tierra, irritado sobre todo porque aquél había emplazado su estatua entre las de los parientes y familiares de Severo. Per- 6
donó a los habitantes de Palestina la pena que habían merecido por ponerse de parte de Nigro. Pos- 7
teriormente se reconcilió con Plauciano y, tras entrar en Roma como los que obtienen los honores de la ovación [21], se dirigió con él al Capitolio, aunque, andando el tiempo, también mando ejecutarle. Dio 8
la toga viril a su hijo menor, Geta, y al mayor le unió en matrimonio con una hija de Plauciano [22]. Los que habían declarado a Plauciano enemigo público fueron exiliados. —Así cambian siempre todas las 9
cosas, como regidas por una ley natural—. Enseguida nombró cónsules a su dos hijos. Engrande- 10
ció a su hermato Geta. Partió después a luchar con- 11
tra los partos, pero antes ofreció un espectáculo público de gladiadores y distribuyó entre el pueblo un congiario. En el intervalo de estos sucesos, dio 12
muerte a muchos ciudadanos aduciendo motivos reales o inventados. Sin embargo, la mayor parte 13
de ellos eran condenados bajo la acusación de haber dicho bromas, otros bajo la de haberse callado y otros bajo la de haber pronunciado frases en tono alegórico, como: «he ahí a un emperador realmente concorde con su nombre, verdaderamente pertinaz *(Pertinax)*, verdaderamente severo *(Seuerus)*.»

---

[21] El texto dice *ueluti ouans*. La ovación *(ouatio)* era una recompensa concedida al general victorioso inferior al triunfo, cf. *Marco*, n. 53. La primera que se concedió fue al cónsul Postumio, vencedor de los sabinos, hacia el año 500 a de C. El vencedor galardonado entraba en la ciudad a pie o a caballo, pero no sobre carro como en el triunfo, al son de flautas y no de trompetas, y se dirigía al Capitolio a hacer un sacrificio de un cordero *(ouis*, de donde *ouatio)*. El cortejo era menos espectacular que en el triunfo: los soldados le precedían con ramos de olivo y le acompañaban senadores, caballeros y los más destacados ciudadanos.

[22] Fulvia Plautila.

15 Los rumores de la gente aireaban la noticia de
que Septimio Severo promovía la guerra contra los
partos movido por el deseo de hacerse famoso, no
por ninguna necesidad. Finalmente, después de 2
transportar su ejército en Brindisi; llegó a Siria sin
interrumpir su marcha y luego rechazó a los par-
tos. Pero después volvió de nuevo a Siria, con el fin 3
de hacer los preparativos para guerrear contra aqué-
llos. Mientras tanto, por instigación de Plauciano, 4
perseguía a los partidarios de Pescenio Nigro que
quedaban, de tal manera que atacaba incluso a al-
gunos de sus propios amigos, achacándoles que ha-
bían atentado contra su vida. Hizo también morir 5
a muchos bajo la acusación de haber consultado a
los Caldeos o a los adivinos sobre su salud, sospe-
chando especialmente de todos los que podían as-
pirar al trono, porque tenía hijos de muy corta edad
aún y porque creía u oía decir que era esta la cir-
cunstancia que se alegaba por aquéllos que augura-
ban para sí el trono. Finalmente, después de haber 6
ordenado la muerte de algunos ciudadanos, pedía
excusas y, una vez que habían muerto, aseguraba
que no había sido él quien había ordenado tales eje-
cuciones. Según Mario Máximo, así es como actuó 7
sobre todo con Leto [23]. En una ocasión en que acu-
dió a visitarle su hermana Leptitana, que apenas ha-
blaba latín, como él sentía mucha vergüenza de ella
por ser el emperador, tras concederle múltiples pre-
sentes y a su hijo la laticlavia, le ordenó volver a
su patria junto con su hijo, que murió enseguida.

16 Así, pues, cuando acababa ya el verano, tras ha-
berse internado en Partia, llegó a Ctesifonte des-
pués de expulsar de allí al rey y se apoderó de la
ciudad, ya casi en la estación invernal, porque en
aquellas regiones se hacía mejor la guerra durante

[23] Legado suyo en la anterior campaña y defensor de Nisibis, ciudad de Mesopotamia, contra los partos.

el invierno, aunque los soldados se alimentaran con
raices de hierbas y contrajeran por ello enfermeda-
des e indisposiciones. Por esta razón, aunque no 2
pudo adentrarse más a causa de la resistencia de los
partos y de las diarreas de los soldados provocadas
por una dieta desacostumbrada, persistió en su em-
peño, tomó la ciudad, puso en fuga al rey y dio
muerte a un gran número de enemigos, con lo que
se hizo merecedor del nombre de Pártico. Por es- 3
tos éxitos los soldados proclamaron también copar-
tícipe del imperio a su hijo Basiano Antonino que
tenía trece años y ya había recibido el título de Cé-
sar. También a su hijo menor Geta le dieron el tí- 4
tulo de César llamándole también a él mismo An-
tonino, según aseguran muchos escritores. Para ce- 5
lebrar la concesión de estos nombres, distribuyó un
magnífico donativo entre los soldados y les conce-
dió todo el botín que pudieran capturar en la capi-
tal de Partia, que era lo que ellos deseaban, y desde
allí volvió a Siria como vencedor y con el título de
Pártico. Como no podía mantenerse erguido en el 6
carro debido a que se veía afectado por la gota, re-
chazó el honor del triunfo que le ofrecieron los se-
nadores; pero permitió obtener los honores del 7
triunfo a su hijo, a quien concedió el senado por de-
creto el triunfo Judaico, porque Severo había lu-
chado con éxito también en Siria. Después, cuando 8
se trasladó a Antioquía designó como colega suyo
en el consulado a su hijo mayor, concediéndole la
toga viril, e inmediatamente ambos tomaron pose-
sión de dicha magistratura en Siria. Después de esto 9
se dirigió a Alejandría tras haber distribuido entre
los soldados un sueldo muy sustancioso [24].

17 Durante su viaje, dio muchas leyes a los palesti-
nos [24]. Prohibió bajo severas penas hacerse judío.

[24] Cf. 14,6.

Respecto al cristianismo estableció una prohibición semejante. Después concedió a los habitantes de 2
Alejandría el derecho de elegir senadores, pues no contaban con una asamblea pública como anteriormente en época de los reyes y estaban satisfechos con un sólo juez que había nombrado el César. 3
Además cambió muchas de sus leyes. El propio Se- 4
vero indicó siempre posteriormente que este viaje le había resultado agradable por las ceremonias del culto del dios Serapis [25], por el conocimiento que había adquirido de los monumentos de la antigüedad y por la novedad de los animales y de los paisajes que había visto; porque visitó con mucha atención la ciudad de Menfis, la estatua de Memnón [26], las pirámides y el laberinto [27].

Y, puesto que es largo exponer los pormenores 5
de su actuación, he aquí sus acciones más salientes: licenció a las cohortes pretorianas, después de haber vencido y dado muerte a Juliano [28], divinizó a Pértinax oponiéndose a la voluntad de los soldados y ordenó abolir las decisiones de Salvio Juliano, aunque no consiguió su propósito. En fin, parece 6
que recibió el sobrenombre de «Agarrado» *(Pertinax)* no tanto por propia elección como por su carácter ahorrativo. Por otra parte, se le consideró excesi- 7
vamente cruel por sus múltiples asesinatos; así, en

[25] Cf. *Marco,* 23,8, n. 66.

[26] Gigantesca estatua sedente del rey egipcio Amenofis III, colocada a la entrada de su templo funerario de Medinet-Abu, a la orilla del Nilo, frente a Tebas. Los griegos la llamaron de Memnón, porque creyeron ver en ella la figura de este personaje mitológico, hijo de la Aurora.

[27] Construcción, en parte palacio y en parte templo y tumba, elevada por el faraón Amenemhat III en Egipto, formada por una red complicada de pasillos y habitaciones.

[28] Aquí y en el pasaje correspondiente de Aurelio Víctor *(Caes.,* XX,1) parece confundirse a Salvio Juliano (cf. *Adriano,* 18,1) y el *Edictum perpetuum* del que fue compilador con Didio Juliano y sus *Acta.* Pero las actas fueron rescindidas, no así el *Edictum,* que permaneció en vigor.

una ocasión en que se presentó en actitud suplican-
te uno de sus enemigos y le preguntó cual habría
sido su actuación si se hubiera encontrado en una
situación como la suya, Severo ordenó que le ase-
sinaran sin inmutarse ante tan prudente pregunta. 8
Anhelaba acabar con todo tipo de conspiraciones y
no se retiró casi de ningún combate sin salir
vencedor.

18 Subyugó al rey de los persas Abgaro. Sometió a
su autoridad a los árabes. Hizo tributarios a los
adiabenos. Fortificó la Bretaña, lo que constituyó 2
la mayor gloria de su reinado, por medio de un
muro construido atravesando la isla hasta tocar el
Océano por ambos lados [29]. Por ello recibió el nom-
bre de Británico [30]. Hizo segurísima a la ciudad de 3
Trípoli, de donde era originario, aniquilando a los
pueblos cercanos más belicosos, y aseguró para
siempre al pueblo romano una ración de aceite dia-
ria gratuita y muy abundante.

Fue inexorable con las faltas y mostró una saga- 4
cidad singular para promocionar a los hombres más
activos. Dedicó bastante tiempo al estudio de la fi- 5
losofía y de la oratoria y se excedía en sus ansias
de aprender. Fue enemigo implacable de los ladro-
nes [31]. Escribió él mismo su propia biografía pú- 6
blica y privada de forma veraz, justificando única-
mente el vicio de su crueldad [32]. Teniendo en cuen- 7
ta este vicio, el senado declaró que no debería ha-
ber nacido o que no debería haber muerto, porque
fue demasiado cruel y, al mismo tiempo, demasia-
do útil a la república. Sin embargo, en su propia 8

---

[29] Probablemente se trata de la reconstrucción del de Adriano, cf. *Adriano*, 11,2 y *Antonino*, 5,4.

[30] *Britannicus Maximus*, según una inscripción.

[31] Cf. Dión Casio, LXXVI,10, por quien se conoce un famosísimo ladrón llamado *Bulla Félix* que causó el terror en Italia.

[32] Cf. 3,2.

casa fue poco precavido, puesto que mantuvo en
ella a su esposa Julia que se había deshonrado por
sus adulterios e incluso era cómplice de una con-
juración. Como demoraba la guerra debido a que 9
la gota enervaba sus pies y los soldados, incapaces
de soportar semejante situación, proclamaron Au-
gusto a su hijo Basiano que estaba con él, ordenó
que le levantaran en brazos y le llevaran al tribu-
nal [33] y que se presentaran enseguida allí todos los
tribunos, los centuriones, los generales y las cohor-
tes que habían originado tal situación y que, a con-
tinuación, se pusiera en pie su hijo que había acep-
tado el título de Augusto. Y, habiendo dado órde- 10
nes para que castigaran a todos los autores de la
elección excepto a Basiano, ante las súplicas que to-
dos le hacían postrados ante el tribunal, dijo: «Al 11
fin comprendeis que quien gobierna es la cabeza,
no los pies.» Y, como la fortuna le había conduci-
do desde lo más bajo hasta el imperio gracias a sus
servicios militares y a su sabiduría pasando por
múltiples escalones, solía repetir: «Lo fui todo, pero
de nada me sirve.»

19 Murió en Eboraco [33 bis] en Bretaña, después de
haber sometido a los pueblos que se mostraban
hostiles con esta provincia, en el año decimoctavo
de su gobierno, consumido por una enfermedad
gravísima cuando era ya anciano. Dejó dos hijos, 2
Antonino Basiano y Geta, a quien también impuso
el nombre de Antonino, en honor de Marco. Fue 3
enterrado en el sepulcro de Marco Antonino, al que
honró sobre los demás emperadores hasta tal pun-

---

[33] El tribunal *(tribunal)* era una plataforma elevada que formaba uno de los extremos de una sala de juicio sobre el que se emplazaban las sillas curules de los jueces y otras personas de distinción que querían asistir a los debates; pero también recibía este nombre la plataforma elevada sobre la cual se sentaba el general para impartir justicia.

[33 bis] La actual York.

to que hizo figurar a Cómodo entre los dioses y con-
sideró que el nombre de Antonino debería ser asig-
nado a todos los emperadores que le siguieron, así
como se les asignaba el de Augusto. Él mismo fue 4
incluido en el rango de los dioses por el senado a
propuesta de sus hijos, que habían celebrado en su
honor un suntuosísimo funeral.

Las principales obras públicas realizadas por él, 5
que se conservan todavía hoy, son el Septizonio [34],
las termas de Severo y también las Septimianas en
el distrito del otro lado del Tíber, junto a la puerta
que lleva su nombre [35]; pero su estructura se
derrumbó enseguida e impidió que el público las
utilizara.

Todo el mundo emitió un juicio elogioso sobre 6
él después de su muerte, sobre todo, porque duran-
te mucho tiempo sus hijos no realizaron ninguna
acción beneficiosa para el Estado y porque la na-
ción se vio expuesta al saqueo de los depredadores
cuando múltiples usurpadores intentaron ocupar el
trono.

Severo usó vestidos tan baratos que su túnica 7
apenas tenía retazos de púrpura y cubría sus espal-
das con una tosca clámide. Comía muy poco, le 8
gustaban mucho las legumbres de su patria, a veces
le apetecía el vino y con frecuencia no probaba la
carne. Era hermoso, corpulento, de promisa barba, 9

---

[34] Edificio de una gran magnificencia hecho de siete pisos de columnas, unas sobre otras, que soportaban cada una un entablamento distito y una cornisa que daba la vuelta *(zona)*, de donde recibía el nombre de *septi-zonium*. Hubo dos construcciones de este tipo en Roma, una anterior a Tito (cf. Suetonio, *Tit.*, 2), en la región XII, y otra en la región X, al pie del Palatino y cerca del Circo Máximo, a la que alude el texto. Tres pisos de los construidos por Severo se aprovecharon bajo el pontificado de Sixto V para erigir la columnata del Vaticano.

[35] Según una antigua descripción de Roma, de la época de Constantino, la *notitia regionum*, estarían estos baños en la 1.ª región, en la parte más meridional de la Ciudad.

de cabeza cana y rizados cabellos, de rostro vene-
rable y de voz clara, aunque conservó hasta la vejez
su acento particular africano. Después de su muer- 10
te fue muy amado, una vez que desapareció el odio
que inspiraba su poder o el miedo que suscitaba su
crueldad.

20 Recuerdo haber leído en un libro de Elio Mau-
ro, liberto de un liberto de Adriano, llamado Fle-
gonte, que Septimio Severo cuando iba a morir se
alegró sin medida alguna, porque dejaba a dos An-
toninos con el mismo poder al frente de la repúbli-
ca, como había hecho Antonino Pío, que había de-
jado al frente de ella a los Antoninos Vero y Mar-
co. Pero que era mejor en su caso, porque Antoni- 2
no había dado a la república romana como empe-
radores a hijos adoptivos, mientras que él había en-
tregado a sus hijos legítimos: a Antonino, es decir,
a Basiano, que le había nacido de su primer matri-
monio, y a Geta, de su segunda esposa Julia. Pero
su esperanza le resultó totalmente fallida. En efec- 3
to, un parricidio privó al Estado de uno de ellos, y
del otro, su vida licenciosa. Y ninguno de los dos
ostentó por mucho tiempo aquel nombre venera-
ble. Y, al dar un repaso a los grandes personajes, 4
Augusto Diocleciano, se me aparece con suficiente
claridad que ninguno de ellos han dejado un hijo
óptimo y útil al Estado. En fin, o bien fueron hom- 5
bres que murieron sin hijos, o bien muchos de ellos
los tuvieron de tales cualidades, que mejor hubiera
sido que se hubieran ido de este mundo sin des-
cendientes.

21 Para comenzar por Rómulo[36], él no dejó nin-
gún hijo. Ninguno dejó Numa Pompilio[37] que pu-
diera ser útil al Estado. Y ¿qué decir de Camilo?[38]

[36] Rómulo, primer rey de Roma, que reinó hasta el 717.

[37] El sucesor de Rómulo (717-673).

[38] M. Furio Camilo, Dictador, que se apoderó de Veyes en el 396. Desterrado tras el incendio de Roma por los galos en el 390, se enfren-

¿tuvo acaso hijos que se parecieran a él? ¿Y Escipión? [39] ¿Y los Catones, que fueron tan grandes? 2
¿Y qué decir de Homero, de Demóstenes, de Virgilio, de Crispo [40], de Terencio, de Plauto y de otros más? ¿qué decir de César? ¿qué de Tulio [41], a quien sobre todo le hubiera resultado mejor no
tener hijos? ¿Qué de Augusto, quien ni siquiera 3
tuvo un buen hijo adoptivo, cuando gozó de la posibilidad de elegir entre todos? Se engañó también el mismo Trajano eligiendo a un sobrino y conciu-
dadano suyo. Pero pasemos a tratar de los hijos le- 4
gítimos, para dejar a un lado los adoptivos, no nos vayan a venir al pensamiento los Antoninos Pío y
Marco, deidades del Estado, ¿qué hubiera sido más 5
venturoso para Marco Aurelio que no haber deja-
do como heredero a Cómodo? ¿Y qué dicha ma- 6
yor para Septimio Severo, que no haber engendrado a Basiano? Quien asesinó enseguida a su hermano, tras haberle acusado de que se proponía tramar asechanzas contra él, alegando incluso una fic-
ción de parricidio: aquél que se casó con su ma- 7
drastra —¿qué digo madrastra?— o más bien con su propia madre, en cuyo regazo había matado a
su hijo Geta; aquél que asesinó a Papiniano, asilo 8
del derecho y tesoro de la ciencia de la jurisprudencia, por no haber querido justificar el fraticidio que él había cometido, a Papiano, que además era prefecto para que ya no le faltara tampoco esta dignidad a un hombre como él excelente por sí mismo
y por la sabiduría que poseía. En fin, para dejar a 9
un lado otros detalles, considero que los vicios de

tó victoriosamente a ellos y recuperó el tributo que habían pagado los romanos, por lo que se le consideró como el segundo salvador y fundador de Roma.

[39] Escipión Africano el Joven, quien parece que no tuvo hijos.

[40] C. Salustio Crispo (86-35), que escribió, entre otras obras, la Guerra de Yugurta y la Conjuración de Catilina.

[41] Es decir, M. Tulio Cicerón, el más famoso orador romano (106-43).

Basiano contribuyeron a que Severo, que era un hombre muy severo en todo, e incluso muy cruel, fuera considerado piadoso y digno de alcanzar los
altares de los dioses. Dicen que cuando se vio pos- 10
trado por la enfermedad, envió a su hijo mayor aquel divino discurso transmitido por Salustio, con el que Micipsa exhortaba a sus hijos a la paz [42]. Pero esto fue en vano y... a un hombre al que ya
sólo le afectaba la enfermedad. En fin, Antonino vi- 11
vió durante mucho tiempo siendo blanco del odio popular y, en consecuencia, aquel nombre, que había sido venerable durante largo tiempo, dejó de ser estimado, aunque repartió al pueblo vestidos por lo que recibió el nombre de Caracalla [43], y cons-
truyó unas termas suntuosísimas. Se conserva aún 12
en Roma el pórtico de Severo, que reproduce sus gestas esculpidas por orden de su hijo, según enseñan muchísimos escritores.

22 Éstos fueron los presagios de su muerte: soñó que era elevado al cielo en un carro recamado de piedras preciosas, tirado por cuatro águilas y delante del cual volaba no sé qué cuerpo inmenso con la forma de una figura humana y que, mientras era transportado, contó hasta el número ochenta y nueve, por encima del cual no vivió ni un año más,
pues llegó al trono imperial cuando ya era viejo. Y, 2
habiendo sido colocado en medio de un inmenso círculo de bronce, permaneció en él durante mucho tiempo sólo y abandonado. Más cuando temía caer cabeza abajo, vio que Júpiter le llamaba y le
colocaba entre los Antoninos. Una vez que duran- 3
te la celebración de unos juegos circenses se habían emplazado, como de costumbre, tres estatuitas de yeso de la Victoria con su palma cada una, la del medio, que tenía un globo en el que estaba inscrito

[42] Salustio, *Iug.*, 10.
[43] Cf. *Caracalla*, 9,7, ss. Vestidos usados por los galos con la misma función que cumplía la túnica para los romanos.

su nombre, se cayó de su peana impulsada por el
viento, pero se mantuvo erguida y así se quedó en
el suelo; la que estaba grabada con el nombre de
Geta se precipitó al suelo también y se hizo peda-
zos; pero aquélla que llevaba el nombre de Basia-
no, una vez perdida su palma, apenas se mantuvo
erguida por el remolino del viento. Después de vi- 4
sitar el muro que había construido junto a una em-
palizada en Bretaña, cuando regresaba a la posada
más próxima no sólo victorioso, sino con la paz
asegurada para siempre, pensando qué presagio le
sobrevendría, un soldado etíope que estaba enrola-
do en uno de sus destacamentos militares, de insig-
ne fama entre los bufones y cuyos chistes eran muy
conocidos, se presentó ante él ceñido con una co-
rona de ciprés [44]. Al ordenar airadamente que le 5
apartaran de su presencia, conmovido por el presa-
gio que auguraba el color de este hombre y el de
la corona que llevaba el etíope, dijo, según cuentan,
para mofarse de él: «Tú lo has sido todo, tú has
vencido totalmente, sé pues ya un dios victorioso.» 6
Y, al llegar a una ciudad, cuando pretendía hacer
un sacrificio, primero le condujeron al templo de
Belona [45] por una equivocación del arúspice ru-
ral [46] y después le presentaron cinco víctimas de co-
lor negro. Y, cuando se retiraba a Palacio después 7
de haber despreciado aquel presagio, las negras víc-
timas le siguieron casi hasta el mismo umbral de la
casa Palatina porque los sacerdotes las habían de-
jado sueltas.

23 Existen todavía repartidas por muchas ciudades

---

[44] Era indicio de muerte.

[45] Diosa de la guerra.

[46] Los arúspices eran unos adivinos de origen etrusco que deducían sus predicciones del examen de las entrañas de la víctima del sacrificio. Su prestigio creció durante época imperial. Claudio creó una corporación con un *Haruspex Maximus* como jefe. Alejandro Severo creó una cátedra de aruspicina.

las obras públicas singulares mandó cons-
truir. Pero el hecho más notable de su política fue
la reconstrucción de todos los santuarios públicos
de Roma que por culpa de los años se estaban
derruyendo, sin haber inscrito casi nunca su pro-
pio nombre, antes bien, habiendo mantenido en to-
dos los lugares las inscripciones grabadas por sus
fundadores. A su muerte, dejó los fondos corres- 2
pondientes a la contribución de siete años, con el
fin de que se pudieran distribuir merced a ellos se-
tenta y cinco mil modios[47] de trigo diarios y una
cantidad tan grande de aceite como fuera precisa, no
sólo para el uso de la ciudad de Roma sino para las
necesidades de toda Italia.

Dicen que sus últimas palabras fueron éstas: «re- 3
cibí un Estado alborotado por todas las partes y lo
dejé en paz incluso con la Bretaña, entregando a
mis Antoninos, a pesar de mi vejez y de la gota que
me acosa, un imperio sólido, si ellos actúan ade-
cuadamente, pero muy débil, si gobiernan mal.» A 4
continuación, ordenó que dieran al tribuno como
santo y seña la palabra «trabajemos», porque Pér-
tinax dio la palabra «luchemos» como santo y seña
cuando fue llamado al trono. Había encargado des- 5
pués que se hicieran dos estatuas de la Fortuna real
que suele acompañar a los emperadores y que sue-
le colocarse en las estancias de éstos, con el fin de
dejar a cada uno de sus hijos la imagen de una di-
vinidad tan venerable; pero, viendo que le apremia- 6
ba la hora de la muerte, ordenó, según dicen, que
colocaran dicha Fortuna alternativamente en la ha-
bitación de los dos emperadores. Basiano despre- 7
ció esta orden incluso antes de cometer el fra-
tricidio.

24 Su cuerpo fue recibido con gran veneración por
todas las provincias, desde Britania hasta Roma, 2

[47] Para su capacidad, cf. *Vero*, 6,6.

aunque algunos autores afirman que solamente se trasladó a Roma una cajita de oro que encerraba sus cenizas y que fue ésta la que sepultaron en el sepulcro de los Antoninos, mientras que Septimio fue incinerado allí mismo donde murió.

Cuando construía el Septizonio [48], lo único que 3
pensó fue que su obra fuera la primera con la que se toparan los que venían de África. Y dicen que, si 4
durante su ausencia no hubiera sido colocada por el prefecto de la Ciudad en el medio una estatua suya, su deseo habría sido hacer por aquella parte la entrada a las estancias de Palacio, es decir, al atrio real. Después, cuando Alejandro quiso llevar a cabo 5
este proyecto, se dice que los arúspices le hicieron desistir de él, porque no logró obtener buenos augurios.

[48] Cf. n. 34.

11. PESCENIO NIGRO

(Elio Esparciano)

1 Es raro y difícil que se confíe adecuadamente a
la literatura la biografía de aquéllos a los que la vic-
toria sobre otros les convirtió en usurpadores y por
ello también difícilmente se encuentran en las me-
morias y anales todos los datos por completo que
existen sobre ellos, pues, en primer lugar, aquellos 2
hechos que son importantes para su honra apare-
cen deformados por los historiadores; en segundo
lugar, otros han sido suprimidos por éstos y, por
último, su vida y su conducta no se investiga con
mucha escrupulosidad, porque se considera que es
suficiente exponer su osadía, la batalla en la que
fueron derrotados y la pena que sufrieron.

Dicen, en efecto, que Pescenio Nigro era descen- 3
diente, según unos, de familia humilde, y, según
otros, de familia noble; que su padre era Anio Fus-
co; su madre, Lampridia, y su abuelo, el adminis-
trador de Aquino, de donde procedía su familia.
Pero este detalle aún hoy en día es dudoso. Éste, 4
educado de forma mediocre en literatura, feroz de
carácter, rico en exceso, frugal de vida e inclinado
a gozar desenfrenadamente de todo tipo de place-
res, tuvo durante mucho tiempo el cargo de centu- 5
rión en el ejército y llegó a ocupar muchas veces el
de general, hasta el punto de que, por orden de Có-
modo, fue nombrado comandante de la armada de
Siria, influyendo de manera decisiva en su nombra-
miento, como ocurría entonces con todo, la reco-
mendación del atleta que estranguló a Cómodo.

2 Después de que le llegó la noticia de que Cómo-
do había sido asesinado, de que Juliano había sido
proclamado emperador y éste mismo había recibi-
do la muerte por orden de Severo y del senado y
de que también Albino había asumido en la Galia
el nombre de emperador, Pescenio fue proclamado
emperador por las legiones de Siria que tenía a su
cargo, según algunos más por odio a Juliano que
por rivalidad contra Severo. Durante los primeros 2
días de su gobierno, a causa del odio que se había
suscitado contra Juliano, se le favoreció a éste en
Roma de tal manera, al menos por parte de los se-
nadores que odiaban también a Severo, que éstos
rogaban por sus éxitos, entre las lapidaciones y mal-
diciones generales, y el pueblo le aclamaba dicien-
do: «Que los dioses nos le otorguen como empera-
dor, que nos le otorguen como Augusto.» Sin em- 3
bargo, los populares [1] odiaban a Juliano, porque los
soldados habían dado muerte a Pértinax y le ha-
bían aclamado a él como emperador, contravinien-
do la voluntad popular. Por ello, al fin hubo gran- 4
des sediciones. Para dar muerte a Nigro, Juliano ha-
bía enviado a un primipilario [2], una determinación
realmente estúpida, pues iba dirigida contra quien
ya disponía de un ejército y se podía defender a sí
misma, como si cualquier emperador pudiera ser
asesinado por un simple primipilario. Impulsado, 5
igualmente, por una insensatez similar había envia-
do un sucesor a Severo, cuando éste ya era empe-
rador. En fin, había enviado también al centurión 6

---

[1] Para el sentido de *populares,* cf. *Marco,* n. 64. Aquí parece que se trata de la chusma, de la masa popular.

[2] Cf. *Didio Juliano,* 6,1; *Severo,* 5,8. El primipilario *(primipilaris* o *primipilarius)* era el título que conservaba como una distinción honorífica, después de que había recibido su licencia, el oficial que había tenido el rango de *primipilus,* es decir, de primer centurión del primer manípulo de los *triarii*), cf. Suetonio, *Cal.,* 35 y 38.

Aquilio [3], conocido ya por sus asesinatos de generales ,creyendo que un centurión podría acabar con un emperador tan grande. Igual locura fue, según 7
cuentan, la actuación que tuvo con Severo, pues se valió de un interdicto que le prohibía asumir el poder, para que pareciera que había accedido antes que aquél al principado legalmente.

3 El juicio que el pueblo tuvo sobre Pescenio Nigro se hizo patente en el siguiente hecho: en una ocasión en que Juliano ofrecía unos juegos circenses en Roma y los asientos del circo Máximo [4] se ocuparon indiscriminadamente por el pueblo que le lanzaba graves injurias, todo el mundo, de común acuerdo, reclamó la presencia de Pescenio Nigro por odio, como dijimos, a Juliano y por amor a Pértinax, aunque éste ya había sido asesinado. Y 2
se dice que entonces Juliano aseguró que ni a él ni a Pescenio les estaba reservado un gobierno duradero, sino a Severo, a quien iban a odiar más los senadores, los soldados, los habitantes de las provincias y los populares. Esto quedó comprobado por los hechos.

Pescenio fue muy amigo de Severo durante el 3
tiempo en que administró la provincia de Lión. En 4
efecto, él mismo había sido enviado allí para capturar a los innumerables desertores que por aquel tiempo agitaban las Galias. Se ganó la máxima sim- 5
patía de Severo por la honorabilidad con que desempeñó esta tarea, hasta el punto de que éste, en los informes que remitía a Cómodo, hablaba de él como de un hombre imprescindible para la república. Y, realmente, se mostró enérgico en la disci-

---

[3] Cf. *Didio Juliano*, 5,7-8; *Severo*, 5,8.

[4] Fue el circo más importante construido por Tarquinio Prisco entre las dos colinas del Aventino y el Palatino, al sur del Capitolio, con capacidad para 150.000 personas en tiempo de César, ampliándose posteriormente para 385.000 espectadores.

plina militar. Bajo su mando, ningún soldado exi- 6
gió por la fuerza a los habitantes de las provincias
leña, aceite y otra ayuda similar. Por su parte, tam- 7
poco aceptó de los soldados ningún regalo. Igual
proceder observó cuando desempeñó el cargo de
tribuno. Y, ya de emperador, ordenó a un destaca- 8
mento de tropas auxiliares cargar a pedradas con-
tra dos tribunos que habían recibido, según se cons-
tató, algunas cantidades ilícitas de manos de los
proveedores. Se conserva una carta de Severo en la 9
que escribe lo siguiente a Ragonio Celso, goberna-
dor de las Galias: «Es una desgracia que no poda-
mos imitar en la observación de la disciplina mili-
tar a aquél al que hemos vencido en la guerra. Tus 10
soldados andan de un sitio para otro, tus tribunos
se pasan la mitad del día bañándose; en lugar de tri-
clinios tienen tabernas; en lugar de dormitorios, ha-
bitaciones de alquiler; danzan, beben, cantan y con-
sideran que lo que da la medida de los banquetes
es el beber sin medida. ¿Sucedería esto si quedara 11
aún alguna veta de la disciplina de nuestros padres?
Corrige, por tanto, primero a los tribunos; después,
a los soldados. Éstos te obedecerán, mientras te te- 12
man. Pero conviene que sepas, y ello por el testi-
monio que nos ofrece Nigro, que no es posible que
los soldados teman a los tribunos y sus jefes, si és-
tos no son íntegros.»

4 Esto era lo que decía Severo Augusto de Pesce-
nio. De él, cuando servía aún en la milicia, Marco
Antonino escribió a Cornelio Balbo lo que sigue:
«Me alabas a Pescenio: lo apruebo, porque también
tu antecesor afirmó que era valiente en el combate,
ponderado en su modo de vivir y, ya entonces, más
que soldado. En consecuencia, he enviado una car- 2
ta, para que se lea ante las banderas, con la orden
de que se ponga al frente de trescientos armenios,
cien sármatas y mil de nuestros soldados. Tu obli- 3
gación es mostrar que este hombre no ha llegado
por la ambición, pues no estaba de acuerdo con

nuestras costumbres, sino por el valor al rango que
mi abuelo Adriano y mi bisabuelo Trajano sólo
conferían a aquéllos que habían sido puestos a
prueba anteriormente.» Cómodo escribió sobre 4
este mismo: «Sé que Pescenio es un hombre deci-
dido y le he nombrado ya por segunda vez tribu-
no: le nombraré general en el momento en que Elio
Cordueno haya renunciado a su cargo político, de-
bido a sus muchos años.» Éstas eran las opiniones 5
generales sobre él. Y hasta el propio Severo asegu-
ró en muchas ocasiones que perdonaría a Pescenio
si no se obstinaba en su propósito. Finalmente, Pes- 6
cenio, al ser promovido al consulado por Cómo-
do, se vio antepuesto a Severo, quien se irritó más
aún porque Nigro había obtenido dicha magistra-
tura gracias a las recomendaciones de los centurio-
nes. Severo afirma en su biografía [5] que en una oca- 7
sión en que estuvo enfermo, antes de que sus hijos
tuvieran la suficiente edad como para poder asumir
el poder, tuvo la intención de nombrar como su-
cesores, en caso de que le ocurriera alguna desgra-
cia, a Pescenio Nigro y Clodio Albino, que fueron
después los dos sus más encarnizados enemigos. 8
Esto indica también cuál era la opinión que Severo
tenía sobre Pescenio.

5 Si creemos a Severo, Nigro ambicionaba la glo-
ria, vivía hipócritamente, tenía costumbres deprava-
das y era de edad avanzada cuando asaltó el trono
(por eso le echa en cara sus ambiciones), como si el
propio Severo hubiera llegado al trono siendo más
joven, él, que se quita años, pues fue emperador du-
rante dieciocho años y murió a los ochenta y nueve.

Severo envió a Heráclito para que ocupara Biti- 2
nia y a Fulvio para que se apoderara de los hijos
de Nigro, ya crecidos [6]. No obstante, no hizo nin- 3

[5] Cf. *Severo*, 3,2.
[6] *Ibid.*, 4,10.

gún comentario en el senado sobre Nigro, a pesar de que había recibido noticias sobre su acceso al poder y de que se dirigía personalmente a resolver
la situación crítica de Oriente. En realidad, lo úni- 4
co que hizo al partir fue enviar unas legiones a África para que Pescenio no la pudiera ocupar ni pudiera apremiar al pueblo romano con el hambre,
pues parecía que aquél podía conseguir este propó- 5
sito atravesando Siria y Egipto, provincias próximas a África, a pesar de la dificultad del itinerario
por tierra y por mar. Mientras Severo se dirigió a 6
Oriente, Pescenio mantenía realmente el control sobre Grecia, las Tracias y Macedonia, después de haber dado muerte a un gran número de ciudadanos ilustres, y exhortaba a Severo a participar con
él en el gobierno del imperio. Pero fue declarado 7
enemigo público por éste junto con Emiliano a causa de los asesinatos que había realizado. Después fue derrotado por los generales de Severo en la batalla que presentó por medio de su lugarteniente
Emiliano. Y, a pesar de que le prometía un destierro 8
seguro si se retiraba de las armas, inició la lucha por segunda vez persistiendo en su propósito, pero fue derrotado y herido en los alrededores de una laguna [7], junto a Cízico, mientras intentaba huir. Y en estas condiciones fue llevado ante Severo, recibiendo inmediatamente la muerte.

6 Su cabeza fue enviada a Roma después de haber sido paseada clavada en una pica, sus hijos y su esposa fueron asesinados, sus bienes patrimoniales
confiscados y toda su familia extinguida. Pero to- 2
dos estos actos se llevaron a cabo después de que se tuvo conocimiento de la sublevación de Albino, pues anteriormente Severo sólo había desterrado a
los hijos de Nigro y a su esposa. Pero Severo se en- 3

[7] En Bitinia, cerca de Nicea.

fureció por esta segunda guerra civil; más aún, la
tercera le volvió más cruel, y fue entonces cuando, 4
al asesinar a un número de senadores incalculable,
unos le dieron el nombre de Sila el Africano y otros
el de Mario [8].

Fue de elevada estatura, de elegante figura, de ca- 5
bellos con rizos graciosos en su coronilla, de voz
cavernosa, aunque armoniosa, de tal manera que
cuando hablaba en el campo se le podía oir a mil
pasos de distancia, a no ser que el viento fuera con-
tario, de rostro pudoroso y permanentemente son-
rosado, de cuello negro hasta tal punto que, al
decir de muchas personas, recibió por ello el nom-
bre de Nigro, de blancura deslumbrante en las res- 6
tantes partes del cuerpo y bastante grueso, insacia-
ble en la bebida, parco en la comida y desconocedor
absoluto del placer sexual, salvo para engendrar hi-
jos. En fin, incluso tomó la determinación de cele- 7
brar en la Galia determinados ritos sagrados que
se reservan a las personas honestas, pero con el con-
sentimiento del pueblo. A éste le contemplamos ac- 8
tualmente en la columnata semicircular de los jar-
dines de Cómodo, en una pintura de un mosaico,
celebrando los ritos de Isis [9] entre los amigos ínti-
mos de Cómodo. A ellos se entregó con tanta de- 9
voción que se afeitaba la cabeza, llevaba en proce-
sión la imagen de Anubis y hacía en ella todas las
pausas rituales.

Él fue, pues, excelente soldado, tribuno excep- 10
cional, eminente general, legado severísimo, cónsul
insigne, hombre admirado por su comportamiento
en su casa y fuera de ella, y emperador desdichado.
Hubiera sido muy útil al Estado bajo el gobierno

---

[8] Alusiones a las proscripciones de Sila y Mario. Recibía el apelativo de Africano *(Punicus)* por haber nacido en Africa.

[9] Cf. *Cómodo,* 9,3 y ss.

de Severo, hombre de rígido carácter, si hubiera aceptado mantenerse unido a él.

7 Pero Nigro fue engañado por los funestos consejos de Aureliano, quien le hizo persistir en sus pretensiones al trono, desposando a sus hijas con los hijos de aquél.

Fue tan grande su autoridad que, al ver que las 2
provincias se arruinaban por la facilidad con que se cambiaba el aparato administrativo, escribió primero a Marco Aurelio y después a Cómodo recomendándoles como primera medida que no cambiaran a ningún gobernador, legado o procónsul antes de que transcurrieran cinco años, pues en ese caso se verían obligados a dejar el cargo antes de haber aprendido a desempeñarlo. Después, para que 3
no accedieran a gobernar el Estado hombres «nuevos», exceptuando los cargos administrativos del ejército, dispuso que los que habían sido asesores [10] fueran luego gobernadores en aquellas provincias en las que habían desempeñado aquella función. 4
Posteriormente, Severo y muchos otros emperadores mantuvieron estas disposiciones, como lo prueban las prefecturas de Paulo y de Ulpiano, que formaron parte del consejo de Papiniano e inmediatamente después de haber ejercido el uno la secretaría de las memorias y el otro la de los informes [11]

---

[10] Se debe el nombre de asesores *(assessores)* a las personas que aconsejaban y ayudaban a un magistrado en sus funciones, formando parte de su séquito. También los gobernadores de provincia llevaban en sus séquitos un *consilium* de asesores que no podían ser naturales de las provincias donde ejercían el cargo y que recibían el nombre de *comites* o *contubernales*. En el Bajo Imperio los rectores y *praesides* debían requerir sus consejos en asuntos judiciales.

[11] Se trata de dos funcionarios, el *a libellis* y el *ab epistulis*, que ejercían la administración de los oficios *(scrinia)* imperiales, creados por Claudio. Adriano los eligió luego entre el orden ecuestre. Los otros dos fueron el *a rationibus* de «cuestiones financieras» y el *a cognitionibus* de «denuncias y litigios». Caracalla creó el quinto, *a memoria*, que entendía de distintos problemas políticos, cf. 22,8.

fueron nombrados enseguida prefectos. Cursó tam- 5
bién la disposición de que nadie desempeñara la
función de asesor en su propia provincia y que na-
die que no fuera romano de Roma, es decir, oriun- 6
do de la misma Ciudad, pudiera desempeñar un
cargo administrativo en Roma. Asignó además
sueldos a los jueces asesores para que no resultaran
gravosos a las personas que aconsejaban, pues de-
cía que el juez no debía ni dar ni recibir nada. Mos- 7
tró una severidad tan grande con sus soldados que
un día que le pidieron vino las tropas que prote-
gían la frontera de Egipto, respondió: «¿Tenéis el
Nilo y me pedís vino?» En efecto, la dulzura del
agua de este río es tan grande que los que habitan
sus riberas no sienten deseos de beber vino. Y a los 8
soldados que habían derrotado a los sarracenos, que
alborotaban y decían: «No podemos luchar, pues
no tenemos vino», les dijo: «Avergonzaos, pues los
que os han vencido beben agua.» Y a los palestinos 9
que le pedían que aliviara sus impuestos, pues se
los habían sobrecargado, les respondió: «Vosotros
queréis ver disminuido el impuesto sobre vuestras
tierras; yo, en cambio, desearía que pagarais inclu-
so por el aire que respiráis.»

8 Finalmente, la pitonisa del Apolo de Delfos [12], en un momento de gravísima turbación del Estado, cuando corrían rumores de que había ya tres emperadores, Septimio Severo, Pescenio Nigro y Clodio Albino, a las consultas que le hicieron preguntándole quién de los tres convenía más a la repú-

[12] Delfos, ciudad de la Fócida, al Sureste del monte Parnaso. La parte superior de la ciudad estaba consagrada a Apolo, cuyo templo, universalmente famoso, fue construido por el corintio Espintoro a costa de todos los griegos. Su oráculo era consultado por todo el mundo pagano. Se hizo célebre su pitonisa, la sacerdotisa que lanzaba sus vaticinios entre los vapores que salían de la boca de un antro que había en el templo.

blica contestó, según dicen, con un verso griego de este tenor:

«Extraordinario es el Negro, bueno el Africano, pésimo el Blanco.»

De acuerdo con el verso, se interpretó que el vaticinio llamaba Negro a Nigro, Africano a Severo 2
y Blanco a Albino. Y hubo quienes, movidos por 3
otra extraña curiosidad, preguntaban quién sería el que alcanzaría el imperio. A estas preguntas el oráculo respondió con otro verso como el que sigue:

«Se derramará la sangre de un animal blanco [y negro
y regirá el imperio del orbe un descendiente [cartaginés.»

Igualmente, cuando preguntaron quién sería el 4
que sucedería a éste, dicen que respondió también con un verso griego:

«A quien concedan los dioses ostentar el [nombre de Pío»

verso que no se comprendió hasta que Basiano tomó 5
el nombre de Antonino[13], que fue la verdadera
marca de identidad de Pío. Igualmente, cuando se 6
preguntó durante cuánto tiempo iba a ser emperador, dicen que respondió en griego:

«Se embarcará dos veces en el mar de Italia [con cien naves[14]
siempre que una sola nave logre atravesar el [mar»,

de donde se dedujo que Severo iba a estar en el poder durante veinte años.

9 Éstas son, ¡oh, Diocleciano, el más eximio de los

[13] Cf. *Severo*, 10,3.

[14] Adaptación del verso I,386 de la Eneida.

Augustos!, las cosas que hemos llegado a saber sobre Pescenio, merced a la lectura de muchos libros.
En efecto, como dijimos al comienzo de este volumen, no es fácil que haya alguien que se dedique a
escribir las biografías de aquéllos que no fueron
príncipes de la república, o no fueron proclamados emperadores por el senado, o no pudieron llegar a la cima de la fama por haber recibido muy
pronto la muerte. Ésta es la razón por la que Vin- 2
dex [15] permanece ignorado, Pisón [16] es desconocido y son desconocidos también todos aquéllos que
solamente lograron ser adoptados, o fueron aclamados emperadores por los soldados, como Antonio [17] en época de Domiciano, o fueron rápidamente asesinados perdiendo su vida y la posesión ilícita
del trono. Réstame ahora hablar sobre Clodio Al- 3
bino, al que se le considera casi como un aliado de
Pescenio, pues se rebelaron a un mismo tiempo
contra Severo y fueron derrotados y muertos por
este mismo emperador. Sobre él tampoco existen 4
datos suficientemente claros, porque su suerte
corrió pareja a la de Pescenio, aunque su vida difiere bastante de la de aquél.

Y para que no dé la impresión de que he pasado 5
por alto algunos detalles que atañen a Pescenio, aunque éstos se pueden leer en otros libros, diré que los adivinos predijeron a Septimio Severo que Pescenio no caería ni vivo ni muerto en sus manos,

---

[15] C. Julio Vindex, gobernador de la Galia Lugdunense que persuadió a secuanos, eduos y arvernos para rebelarse contra Nerón. Las legiones germanas, incitadas por la posibilidad de saquear las ciudades rebeldes, lucharon contra él, que al fin se suicidó, cf. Suetonio, *Nero,* 60.

[16] C. Calpurnio Pisón, cabecilla de una conspiración contra Nerón en el año 65, cf. Tácito, *Ann.*, XV, 48-52.

[17] L. Antonio Saturnino, gobernador de la Germania superior que consiguió que en el año 88 le nombraran emperador dos legiones de Maguncia; pero Lucio Norbano, el gobernador de la Germania inferior, acabó con sus pretensiones.

sino que perecería junto a las aguas, predición que 6
algunos autores atribuyen al mismo Severo, que era
muy perito en el arte adivinatorio. Y la verdad no
faltó a las respuestas de los adivinos, puesto que los
soldados de Severo encontraron a Pescenio mori-
bundo junto a la laguna [18].

10 Éste fue de una severidad tan grande que, cuan-
do vio que algunos soldados bebían en una copa de
plata durante las marchas, dio la orden de que ale-
jaran todos los utensilios de plata del alcance de los
expedicionarios, con una cláusula adicional que
permitía la utilización de vasos de madera, dispo-
sición que suscitó realmente el odio del ejército
contra él. Argumentaba, en efecto, que podía darse 2
el caso de que los bagajes de los soldados cayeran
en poder de los enemigos y que no se debía per-
mitir que las naciones extranjeras se pudieran va-
nagloriar de utilizar nuestros vasos de plata, siendo
los de madera, al parecer, menos a propósito para
inflamar la jactancia de los enemigos. Ordenó que 3
los soldados no bebieran vino en campaña, sino que
todos se contentaran con vinagre. Prohibió también 4
que los confiteros siguieran tras las expediciones,
ordenando que los soldados y todos los demás se
contentaran con la galleta [19]. Mandó cortar la ca- 5
beza a diez soldados de una misma compañía por
haberse comido un pollo que había robado uno de
ellos, y hubiera hecho ejecutar la orden, si no le hu-
biera rogado todo el ejército hasta el punto casi de
infundirle miedo de que se originara una sedición.
Y, a pesar de que perdonó la acción, condenó a los 6
diez soldados a pagar al provinciano diez veces el
valor que tenían los pollos, añadiendo que durante
toda la expedición nadie encendiera fuego en las

---

[18] Cf. 5,8.

[19] El *buccellatum*, galleta dura que se distribuía en las raciones que se repartían para las marchas.

acampadas que hacían los manípulos, para que los soldados no pudieran comer ningún alimento recién cocido, sino sólo pan y viandas frías, asignándoles vigilantes que les hicieron cumplir estas órdenes.
Ordenó igualmente que los soldados que 7
iban a ir a la guerra no llevaran monedas de oro ni de plata en el cinto, sino que las confiaran a una caja pública, para recuperarlas después de la guerra, asegurándoles que los depositarios a quienes se las habían confiado se las devolverían con toda seguridad a sus hijos y esposas, como legítimos herederos, para que no llegara a manos de los enemigos ningún botín, si por azar la fortuna les era adversa.
Pero todas estas disposiciones, a causa de la diso- 8
lución general que reinaba en tiempo de Cómodo,
le fueron desfavorables. En fin, aunque en su tiem- 9
po no se consideró a ningún general más severo que a él, esta severidad fue causa de su ruina más que <de su gloria>[19 bis]; sin embargo, después de muerto, una vez que desaparecieron la envidia y el odio, se admiraron aquellos ejemplos.

En todas las expediciones que hacían, comía el
11 rancho del ejército delante de su tienda a la vista de todos. Y nunca buscó lugares cubiertos para guarecerse del sol o de la lluvia si los soldados tampoco disponían de ellos. En fin, tras haber mostra-
do la lista de los vagajes a los soldados, consideró 2
que él y sus esclavos debían llevar en tiempo de guerra la misma cantidad que se llevaba por aquéllos, aunque a sus esclavos los cargaba también con las provisiones, para que no hicieran ellos las marchas despreocupados y los soldados cargados, lo que podría ser visto por el ejército con desagrado. Juró también en el curso de una asamblea que, du-
rante todo el tiempo que había permanecido en 3
campaña y el que aún permanecería después, ni ha-

[19 bis] *Recojo en la traducción la idea que se sugiere con la conjetura de Peter: <gloriam attulerunt>.*

bía actuado ni actuaría de distinta manera que un
soldado, pues tenía ante sus ojos a Mario y otros
generales similares. Y no trabó jamás otras conver- 4
saciones que no versaran sobre Aníbal [20] y genera-
les como él. Finalmente, un día que un individuo qui- 5
so recitar un panegírico en su honor, cuando ya era
emperador, le dijo: «Escribe las glorias de Mario,
de Aníbal o de cualquier otro general extraordina-
rio que haya muerto y di cuáles fueron sus ges-
tas, para que nosotros le imitemos. Porque es una 6
mofa cantar la gloria de los vivos, sobre todo la de
los emperadores de quienes se espera conseguir
algo, a quienes se teme, quienes pueden promocio-
nar a diversos cargos públicos, dar la muerte o en-
viar al destierro.» Su deseo, en cambio, era agradar
en vida y que se le elogiara una vez muerto.

12 Entre los emperadores, estimó a Augusto, a Ves-
pasiano, a Tito, a Trajano, a Pío y a Marco; a los
otros los llamaba hombres de paja o seres veneno-
sos. Y entre los otros personajes celebrados en las
historias prefirió a Mario [21], Camilo [22], Quintio [23]
y Marcio Coriolano [24]. Pero cuando le pidieron su 2
opinión sobre los Escipiones, dicen que respondió
que habían sido más dichosos que fuertes, y que
esto lo demostraban tanto su vida de familia como
su juventud, pues ésta no había sido brillante en los
dos casos durante el tiempo que vivieron en la pa-
tria. Todos tienen la seguridad de que, si hubiera 3

---

[20] Aníbal, famoso general cartaginés (247-138) que participó activamente en la segunda guerra púnica.

[21] Sobre Mario, cf. *Avidio Casio*, 3,8, n. 12.

[22] M. Furio Camilo, cf. *Severo*, n. 38.

[23] Quintio Cincinato, dictador en el año 458 a. de C., en el que venció a los ecuos que se habían sublevado, y en el 439, para calmar los disturbios que originó el asesinato de Espurio Malio.

[24] Cn. Marcio Coriolano, que destacó en la toma de la ciudad de Corioles, por lo que adquirió este nombre. Intentó eliminar el tribunado de la plebe y fue desterrado. Desde el destierro se dirigió contra Roma, pero rompió el cerco de la Ciudad a instancias de su madre Veturia.

alcanzado el imperio, habría corregido todos los excesos que Severo no pudo o no quiso corregir y que habría actuado no con crueldad, sino, más bien, con benignidad, pero con una benignidad al estilo militar, no indolente, necia o ridícula.

Aún se puede visitar hoy en Roma, en el campo 4
de Júpiter[25], su casa, que se conoce con el nombre de Pesceniana, en la cual se emplazó un año después de su vuelta de Tebas, en un salón con tres estancias, una estatua suya esculpida en marfil tebano, que él había recibido del rey de Tebas y que re-
producía sus facciones. Se conserva también un epi- 5
grama griego que en latín encierra esta idea:

> «Yérguese aquí la estatua del corpulento Ni- 6
> [gro, terror del soldado egipcio,
> aliado de Tebas y que desea la edad de oro.
> Le aman los reyes, le aman los pueblos, le
> [ama la dorada Roma
> y es querido de los Antoninos y del imperio.
> Tiene el nombre de Nigro, negra hemos es-
> [culpido su estatua,
> para que, oh metal, el aspecto de su figura
> [coincida con el tuyo.»

Ciertamente, Severo no quiso que se borraran los 7
versos de esta inscripción, a pesar de que así se lo propusieron los prefectos y los maestros de oficios,
a los que les añadió: «Si él fue así, que todos sepan 8
qué clase de hombre es el que hemos vencido; si no lo fue, que todos piensen que nosotros hemos vencido a un hombre semejante: por tanto, que se mantenga así la inscripción, pues éstas fueron sus características.»

[25] Lugar desconocido actualmente.

12. CLODIO ALBINO

(Julio Capitolino)

1 Después de la muerte de Pértinax, que fue asesinado por instigación de Albino, casi a un mismo tiempo simultáneamente fueron proclamados emperadores Juliano en Roma por el senado, Septimio Severo por el ejército en Siria, Pescenio Nigro en
Oriente y Clodio Albino en la Galia. Por cierto, 2
Herodiano dice que Albino fue el César de Severo [1]. Pero, como cada uno de ellos consideraba indigno que reinara el otro y los ejércitos de la Galia y de la Germania tampoco podían tolerar que cada cual tuviera su propio emperador, surgió una agitación general por todas las partes del imperio.

Clodio Albino fue de familia noble y natural de 3
la ciudad de Hadrumeto, de África. Por esto se atri- 4
buía a sí mismo aquel oráculo por el que dijimos en la vida de Pescenio que Severo había sido alabado, no queriendo que se interpretara como «el más malvado es el Blanco *(Albus)*», aquella frase

[1] Herodiano, historiador griego que describió en ocho libros el período que media desde la muerte de Marco Aurelio hasta la elevación de Gordiano. Para más detalle, cf. la introducción de Juan J. Torres Esbarranch, Herodiano, *Historia del imperio romano después de Marco Aurelio,* Madrid, 1985. El pasaje paralelo es II,15,3, donde dice: «Con el señuelo de los honores sedujo a Albino, que por otra parte era un hombre vanidoso y muy simple... Lo nombró César y con esta participación en el poder se anticipó a la aspiración que más ilusionaba a Albino.»

que figuraba en el mismo verso en el que se contenía el elogio de Severo y la alabanza de Pescenio
Nigro. Pero, antes de que yo diserte sobre su vida 5
y sobre su muerte, será preciso decir qué es lo que le hizo ilustre.

2 En una ocasión en que Cómodo quería nombrar un candidato para que sucediera a Albino, le remitió a este mismo una carta en la que le ordenaba
que asumiera la dignidad de César. He insertado 2
aquí un extracto: «El emperador Cómodo a Clodio Albino. En otra ocasión te envié una carta oficial para hablarte de tu sucesor y de tu nuevo cargo; pero ahora te envío ésta de carácter familiar e íntima, como ves, escrita toda ella de mi puño y letra, por la que te he concedido autorización para que, si fuera preciso, te presentes a los soldados y
asumas el título de César, pues tengo entendido que 3
Septimio Severo y Nonio Murco hablan mal de mí ante los soldados, para procurarse la dignidad del
puesto de Augustos. Cuando hayas hecho esto, ten- 4
drás además libre facultad para otorgar una paga de hasta tres monedas de oro, porque he enviado también yo a mis administradores una carta en este sentido, sellada con una estampilla de la Amazona [2], que tu recibirás personalmente y que entregarás a los recaudadores, si es necesario, para que te obedezcan cuando des alguna orden relativa al erario.
Y para que tú ostentes además algún símbolo de la 5
majestad imperial, dispondrás de la inmediata facultad de utilizar el manto de escarlata [3], tanto cuando te halles lejos de mí como en mi presencia, para después vestir también la púrpura, pero sin

[2] Según *Cómodo*, 9,9, este emperador tenía un retrato de Marcia, ataviada de Amazona.

[3] Se trata del *paludamentum*, que se usaba en la época republicana por los generales, cf. *Marco*, 14,1, n. 48.

oro [4], porque también mi abuelo Vero, que murió cuando era un niño, recibió esta distincion de Adriano que le adoptó».

3 Aunque Albino recibió esta carta, no quiso hacer lo que se le ordenaba en ella, pues veía que Cómodo estaba a punto de ser asesinado, porque con sus desmanes había destruido la república y se había cubierto de ignominia y porque temía que iba a recibir la misma suerte que aquél. En fin, se con- 2
serva un discurso suyo en el que hace mención a esta negativa, pronunciado cuando recibió el poder imperial que, según algunos, le fue confirmado también por la decisión de Severo. Éste es un ex- 3
tracto de él: «Compañeros de armas, yo he sido inducido a asumir el imperio en contra de mi voluntad. Lo prueba el hecho de que yo desprecié el título de César que Cómodo me otorgaba; pero debo someterme a vuestra voluntad y a la de Severo Augusto, poque creo que sólo un hombre eximio y un varón valiente puede gobernar bien la república. Y 4
no se puede negar lo que cuenta también Mario Máximo: que Severo tuvo al principio la intención de dejar como sucesores suyos a Pescenio Nigro y a Clodio Albino, si le ocurría alguna desgracia. Pero después, deseando apoyar a sus hijos ya ma- 5
yorcitos y sintiéndose celoso por el amor que suscitaba Albino, cambió de opinión y les aniquiló a ambos en una guerra, impulsado ante todo por los ruegos de su esposa. En fin, Severo le designó tam- 6
bién cónsul, lo que no hubiera hecho si no se hubiera tratado de un hombre excepcional, dado que era una persona escrupulosa en la elección de los magistrados.

4 Pero, para volver a hablar de él, Albino fue,

[4] Era la toga triunfal de púrpura, bordada en oro, que los emperadores utilizaban en actos de especial relieve.

como he dicho, oriundo de Hadrumeto, pero de
una familia distinguida entre sus paisanos y empa-
rentada remotamente con las familias romanas de
los Postumios, Albinos y Ceyonios [5]. Esta familia 2
sigue siendo también hoy, Constantino Máximo,
nobilísima y ha sido enaltecida por ti y aún será
enaltecida más, aunque ella ya adquirió gran pres-
tigio gracias a Galieno y a los Gordianos. No obs- 3
tante, éste nació en una casa modesta, con una he-
rencia muy escasa. Su padre, Ceyonio Póstumo, y
su madre, Aurelia Mesalina, eran personas piado- 4
sas y él fue su hijo primogénito. Recibió el nombre
de Albino porque, cuando le extrajeron del útero,
en contra de lo que suele ocurrir con los niños, que
normalmente adquieren un color rojizo cuando na- 5
cen, él era blanquísimo. La veracidad de este hecho
queda constatada por una carta que su padre entre-
gó a Elio Basiano, que entonces era procónsul de
África, pariente, según parece, de sus padres. Carta 6
de Ceyonio Póstumo a Elio Basiano: «Mi hijo ha
nacido el día siete antes de las calendas de diciem-
bre y todo su cuerpo ha adquirido inmediatamente
una blancura tal que supera a la del lienzo en el que 7
ha sido envuelto. Por ello, tras aceptarle como hijo
legítimo, le he confiado a la familia de los Albinos,
que tu compartes conmigo, y le he impuesto el
nombre de Albino. Te ruego que sigas velando ce-
losamente, como lo haces, por el Estado, por ti mis-
mo y por nosotros.»

5 Pues bien, Albino pasó toda su infancia en Áfri-
ca, habiendo sido mediocremente instruido en

---

[5] Según Magie (*The scriptores,* I, p. 466, n. 2), la formación de estos nombres la utilizaría el autor como un medio para asociar a los Ceyonios Albinos, una famosa familia del siglo IV, con los Postumios Albinos, famosos en el siglo II a. de C. Este deseo de buscar orígenes nobles para los Ceyonios Albinos se ha utilizado como argumento de que parte de la *Historia Augusta* no se escribió antes del final del siglo IV.

las letras griegas y latinas, porque ya desde enton-
ces poseía un espíritu altanero y belicoso. Efectiva- 2
mente, se dice que solía cantar a menudo en la es-
cuela con los demás niños estos versos:

«Empuño, como un loco, las armas; y no hay
[suficiente razón para ello»

repitiendo:

«Empuño, como un loco, las armas...» [6].

Dicen que cuando nació corrieron un buen nú- 3
mero de presagios que le anunciaban el imperio. En
efecto, nació un toro blanco con cuernos de color
púrpura intensísimo, lo que se consideró como un
milagro tanto por los cuernos como por el color. 4
Y dicen también que dichos cuernos, que habían sido
depositados por él mismo en el templo de Apolo de
Cumas siendo tribuno, permanecieron allí mucho
tiempo y que, cuando intentó sacar de este templo
las suertes sobre su destino, se le respondió por el
oráculo con estos versos:

«Éste salvó al Estado romano cuando le per-
[turbaba un gran tumulto,
cual jinete, destruirá a los cartagineses y al in-
[domable Galo» [7].

Y, realmente, consta que él subyugó a muchos 5
pueblos en la Galia [8]. Sin embargo, personalmente
tenía la sospecha de que se le había atribuido a él
la expresión «destruirá a los cartagineses» que se re-
fería a Septimio Severo, puesto que era africano.
Hubo también otro presagio que le auguró el im-
perio. En efecto, cuando nació este pequeñuelo, un 6
pescador le llevó a su padre como regalo una tor-
tuga gigantesca, siendo así que la familia de César
tenía la costumbre especial de lavar a los niños de
la casa en una concha de tortuga. El padre de Al- 7

[6] Virgilio, *Eneida*, II,314.
[7] *Ibid.*, 6, 857-858.
[8] Cf. 6,3.

bino, que era una persona instruida, considerando
ese hecho como un presagio, aceptó con gusto la
tortuga y ordenó que cuidaran de ella y que la uti-
lizaran para los baños calientes del niño, esperando
que ello provocaría su futuro prestigio. A pesar de 8
que raramente se ven águilas por el lugar donde na-
ció Albino, el séptimo día de su nacimiento, a la
hora del convite que se ofrecía para festejar el na-
cimiento del niño y en el momento en que se le im-
ponían los distintos nombres, siete águilas peque-
ñas fueron arrancadas de sus nidos y colocadas,
como si se tratara de un juego, en torno a la cuna
del niño. Tampoco su padre despreció el presagio,
sino que ordenó que las alimentaran y cuidaran con
atención. Sobrevino otro presagio más: aunque era 9
costumbre envolver a los niños de su familia en pe-
queñas vendas de color rojo, a éste le cubrieron con
una venda ancha de color púrpura porque, casual-
mente, estaban aún húmedas las vendas pequeñas
que había lavado y preparado su madre antes de dar
a luz. Por ello su nodriza en plan jocoso, le dio tam-
bién el nombre de Porfirio [8 bis]. Éstos y otros más 10
fueron los signos de su futura soberanía. Quien
quiera conocerlos que lea a Elio Cordo [9], que narra
todas las frivolidades que se cuentan sobre presa-
gios como éstos.

6 Tan pronto como llegó a la adolescencia, se con-
sagró al ejército y sus parientes Lolio Sereno, Be-
bio Meciano y Ceyonio Postumiano le dieron a co-
nocer a los Antoninos. Mandó como tribuno jine-
tes dálmatas. Mandó también a los soldados de la 2
cuarta y de la primera legión. Mantuvo con fideli-

[8 bis] *Porphyrius* «Porfirio» y *purpura* están relacionados, pues ambos términos devienen del griego πόρφυρη.

[9] Elio Junio Cordo, historiador citado por distintos autores de la Historia Augusta, cf. *Maximinos*, 4,1; 6,8; *Gordiano*, 4,6; 5,6; *Maximo y Balbino*, 4,2.

dad los ejércitos de Bitinia durante la rebelión de
Avidio. Posteriormente, Cómodo le trasladó a la 3
Galia, donde hizo célebre su nombre no sólo entre
los romanos, sino también entre los bárbaros, por-
que puso en fuga a los pueblos que habitaban mas
allá del Rin. Animado por estas hazañas, Cómodo 4
le ofreció el título de César y le permitió ofrecer
un donativo a los soldados y vestir el manto de es-
carlata [10]. Pero Albino rechazó prudentemente to- 5
dos estos honores, diciendo que Cómodo buscaba
algunas personas que perecieran con él o algunas a
las que él mismo pudiera enviar a la muerte bajo al-
gún pretexto. Se le eximió de la cuestura. Tras di- 6
cha exención, ejerció las funciones de edil solamen-
te durante diez días, porque rápidamente le envia-
ron al ejército. Después ejerció la pretura bajo el 7
gobierno de Cómodo, alcanzando gran fama. En
efecto, durante sus juegos, dicen que Cómodo hizo
representar combates en el foro y en el teatro. Se- 8
vero le nombró cónsul en aquella época en que se
había decidido a elegirle a él y a Pescenio para que
le sucedieran en el poder.

7 Accedió al imperio cuando ya era de edad muy
avanzada y más viejo que Pescenio Nigro, como el
propio Severo cuenta en su biografía [11]. Pero, una 2
vez derrotado Pescenio, como Severo quería rete-
ner el imperio para sus hijos y veía que el senado
sentía un gran amor hacia Clodio Albino, porque
pertenecía a una antigua familia, le envió unos emi-
sarios con una carta, redactada con extraordinario
amor y afecto, en la que le exhortaba a compartir
fielmente con él el gobierno de la república, ya que
Pescenio Nigro había muerto. He aquí un fragmen-
to de ella, según Cordo: «El emperador Severo Au- 3

---

[10] El *pallium coccinum*, igual que en II,5 es decir, el *paludamentum*, Cf. n. 3.

[11] Cf. *Severo*, 3,2.

gusto a César Clodio Albino, su hermano queridísimo y profundamente añorado, salud. Después de 4
haber vencido a Pescenio, he enviado a Roma una carta que el senado, que te ama sobremanera, ha recibido con complacencia. Te ruego que gobiernes la república con la misma pasión con la que eres amado, hermano mío, en el espíritu y en el poder.
Basiano y Geta te saludan. Nuestra Julia te saluda 5
a ti y a tu hermana. Enviaremos a tu hijito, Pescenio Princo, unos presentes que están de acuerdo
con su posición y con la tuya propia. Desearía que 6
mantuvieras al ejército fiel a la república y a mí, tú que sintonizas conmigo y eres mi queridísimo y amantísimo amigo.»

8 Severo entregó esta carta a unos guardias de su escolta, que le guardaban profunda fidelidad, encargándoles que se la entregaran a Albino a la vista de todos, pero que le dijeran que después querían comunicarle en privado muchos detalles sobre las operaciones bélicas, los secretos de los campamentos y la lealtad del personal de palacio; y que cuando se encontrasen a solas con él, bajo el pretexto de que iban a exponerle su misión, los cinco más fuertes de entre ellos lo mataran con las dagas que escondían bajo sus vestidos. Los emisarios cumplieron a la perfección su palabra. En efecto, cuando 2
se presentaron a Albino y le entregaron la carta, éste la leyó; pero, cuando le dijeron que tenían que comentarle ciertas cosas a solas y le pidieron para ello un lugar al que no pudiera acceder ningún testigo y no consintieron de ninguna manera que nadie pudiera acompañar a Albino a aquel pórtico tan distante, bajo el pretexto de que el mensaje no debía divulgarse, Albino comprendió sus asenchazas.
Finalmente, cediendo a sus sospechas, hizo que les 3
aplicaran la tortura. Al principio, ellos se negaron obstinadamente, pero después, vencidos por la necesidad, confesaron aquello que Severo les había ordenado.

Entonces, una vez que se revelaron los hechos y se descubrió la conjura, cuando Albino se dio cuenta de que se habían esclarecido sus sospechas, reunió un gran ejército y marchó contra Severo y sus generales. 4

9 Por cierto, en el primer combate que trabó con los generales de Severo, salió con ventaja; sin embargo, después de que el propio Severo hizo todo lo posible ante el senado para que Albino fuera declarado enemigo, marchando contra él se le enfrentó en la Galia con gran fuerza y coraje, aunque con distinta suerte. Finamente, cuando consultó a los 2
augures, pues se encontraba intranquilo, éstos le respondieron, según cuenta Mario Máximo, que Albino caería con toda seguridad en su poder, pero ni vivo ni muerto. Y así ocurrió. En efecto, cuando 3
se enfrentaron en el último combate, después de que un incontable número de los suyos cayeron muertos y de que muchísimos se dieron a la fuga y otros muchos se entregaron a sus enemigos, Albino se escapó y se atravesó con la espada, como dicen muchos, o, como afirman otros, después de haber sido herido por un esclavo suyo, fue conducido moribundo ante Severo [12] —por lo que se corrobora aquel augurio que se le había predicho anteriormente—. Hay además muchos que dicen 4
que fue asesinado por sus soldados que trataban de conseguir el perdón de Severo a cambio de la muerte de aquél.

Albino, según algunos, tuvo sólo un hijo; pero 5
Mario Máximo dice que tuvo dos. A éstos, Severo primero les concedió el perdón, pero después los atravesó con la espada juntamente con su madre, y ordenó que se les arrojara a un río. Mandó pasear 6
en la punta de una lanza la cabeza de Albino y lue-

[12] *Ibid.*, 11,6.

go la envió a Roma, después de haber remitido una carta al senado en la que se burlaba de los senadores porque habían amado a Albino hasta tal extremo que habían colmado de honores a sus parientes
y en especial a su hermano. Dicen que el cuerpo de 7
Albino permaneció durante muchos días tirado en el suelo delante de la tienda de Severo hasta que comenzó a despedir mal olor, y que allí los perros desgarraron sus carnes, hasta que, al fin, le arrojaron al río.

10 Hay varias versiones sobre sus costumbres. El propio Severo dice lo siguiente de él: le llama vil, malicioso, perverso, desvergonzado, ambicioso y
lujurioso [13]. Pero le imputó estos defectos durante 2
la guerra que mantuvo con él, o después de ella, cuando ya no se le podía creer, pues hablaba de él
como de un enemigo, puesto que anteriormente 3
también él le dirigió frecuentes cartas personales como a un amigo muy íntimo, muchos tuvieron buena opinión sobre Albino y hasta el propio Severo deseó que le nombraran su César y, cuando pensaba en un sucesor, a él fue a quien tuvo primero ante
sus ojos. Además se conservan otras cartas de Mar- 4
co Aurelio que ofrecen un testimonio no sólo de
sus virtudes, sino también de su carácter. Incluir 5
aquí una de ellas remitidas a sus prefectos, informán-
doles sobre su fama, no fue desatinado: «Marco 6
Aurelio Antonino a sus prefectos, salud. Yo he 7
dado a Albino, de la familia de los Ceyonios y yerno de Plautilo, natural de África, por cierto, aunque con escasos rasgos de los africanos, la comandancia de dos cohortes de tropas auxiliares [14]. Es un hombre experimentado, austero de vida y pon-

[13] *Ibid.*, 3,2.

[14] Se trata de las llamadas cohortes *alariae*, cuerpos de tropas aliadas o extranjeras que se organizaban en cohortes porque no llegaban a constituir una legión.

derado de carácter. Pienso que él ha de ser útil al ejército y que no le perjudicará con ninguna sor-
presa. He decretado que se le dé doble salario, un 8
atuendo militar sencillo, pero adecuado a su rango, y un cuádruple estipendio. Exhortadle a que se dé a conocer a la república, pues recibirá el premio merecido.»

Existe también otra carta en la que el mismo 9
Marco escribió sobre él por la época en que Avidio
Casio se rebeló, de la que ésta es una copia: «Es 10
preciso elogiar la firmeza de Albino que retuvo a los ejércitos que cometían una grave traición, cuando intentaban pasarse a las filas de Avidio Casio. Si no hubiera estado él, todos lo hubieran hecho.
Contamos, por tanto, con un hombre que merece 11
el consulado, a quien yo voy a otorgar este cargo en sustitución de Casio Papirio, que me dicen que es-
tá ya casi acabado. Entre tanto deseo que no ha- 12
gas público mi propósito, para que no llegue a oídos del mismo Papirio o de sus amigos y para que no dé la impresión de que nombramos a un cónsul para que ocupe el lugar de otro cónsul aún vivo.»

11 Así, pues, esta carta prueba que Albino fue un hombre leal; pero su lealtad la corrobora, sobre todo, el hecho de que envió dinero para reconstruir las ciudades que Pescenio Nigro había destruido, con lo cual lograba más fácilmente el apoyo de los
que las habitaban; Cordo, que narra en sus libros 2
estos pormenores, dice que fue un glotón y que llegó a devorar una cantidad tan grande de frutas
como no tolera la naturaleza humana. En efecto, 3
dice que comió en ayunas quinientos higos-pasas, a los que los griegos llaman *callistruthias*[15] y cien melocotones de Campania, diez melones de Ostia,

[15] Higos muy apetecibles para los gorriones (στρουθοι), de donde reciben el nombre.

veinte libras de uvas de Labico [16], cien papafigos [17]
y cuatrocientas ostras. Este mismo autor dice que 4
bebía poco vino, extremo negado por Severo, que
asegura que aquél se emborrachaba incluso en tiem-
po de guerra. Nunca mantuvo buenas relaciones 5
con los suyos, o por su embriaguez, como dice Se-
vero, o por la acritud de su carácter. Fue muy odio- 6
so para su esposa, injusto con sus siervos y cruel
con los soldados. Efectivamente, con frecuencia
mandó colgar de la cruz también a centuriones re-
gulares [18], aun cuando el motivo que se aducía no
exigiera tal castigo. En muchísimas ocasiones los
azotó con vergas y jamás perdonó delito alguno. 7
Fue elegantísimo en el vestir, de proverbial mezquin-
dad en los banquetes, preocupándose solamente de
la cantidad, mujeriego y uno de los amantes famo-
sos; no conoció nunca los placeres del amor inver-
tido, ni persigió tales vicios y fue muy versado en 8
la agricultura hasta el punto que escribió unas
Geórgicas. Algunos autores dicen que se conservan
unos cuentos Milesios [19] suyos, cuya fama era no-
toria, aunque los escribió en un estilo mediocre.

12 Fue amado por el senado como ningún otro prín-
cipe, debido especialmente al odio que sentían los
senadores hacia Severo, al que aborrecían con ve-
hemencia por su crueldad. Por fin, cuando venció 2
a Albino, Severo dio muerte a un gran número de

---

[16] Ciudad situada entre Roma y Preneste.

[17] Pájaro que come higos.

[18] Los *centuriones ordinarii*, que en ese preciso momento estaban al mando directo de las centurias, frente a otros con funciones administrativas en el estado mayor del gobernador, alistados en la guardia pretoriana, etc.

[19] Narraciones de carácter erótico llamadas así por el título de la obra de Arístides de Mileto, autor del siglo II, llamada *Milesiaca* (Μιλησιακά traducidas al latín con ampliaciones obscenas por C. Cornelio Sisena, cf. Ovidio, *Tr.* II,443 y ss.: *uertit Aristiden Sisenna, nec obfuit illi historiae turpes inseruisse iocos.*

senadores que se habían alistado realmente en el partido de aquél, o habían dado la impresión de hacerlo. Finalmente, cuando le dio muerte cerca de 3
Lión, ordenó que buscaran su correspondencia para averiguar a quién había escrito él o quién le había contestado, e hizo que el senado declarara enemigos públicos a todos aquéllos de los que encontró alguna carta; y no sólo no les concedió su perdón, 4
sino que ordenó que los ejecutaran y que expusieran sus bienes, remitiendo al tesoro público el producto de la venta. Existe una carta remitida por Se- 5
vero al senado, que revela sus intenciones. He aquí una copia de ella: «Nada más grave me puede acae- 6
cer, padres conscriptos, que si Albino se capta vuestro favor más que Severo. Yo he procurado el apro- 7
visionamiento de la república, yo he trabado múltiples combates por la república, yo he ofrecido al pueblo romano más aceite que puede producir la naturaleza. Al dar muerte a Pescenio Nigro, os he liberado de los males de la tiranía. Ciertamente, me 8
habéis correspondido magníficamente, me lo habéis agradecido sobremanera: a un africano, y además de Hadrumeto, que se fingía descendiente del trono genealógico de los Ceyonios, le habéis exaltado hasta tal extremo que le queréis por emperador, aun cuando yo soy aún vuestro príncipe. Yo pregunto, 9
¿acaso no había en un senado tan prestigioso un senador al que deberíais amar y que, a su vez, os amara? Habéis exaltado con honores al hermano de éste; esperáis que éste os conceda consulados, preturas o insignias de cualquier magistratura. Voso- 10
tros no me habéis mostrado la gratitud que mostraron vuestros antepasados ante la sedición de Pisón, ni la que testimoniaron a Trajano, ni el apoyo que hace poco tiempo ofrecieron oponiéndose a Avidio Casio. Me habéis pospuesto a ese individuo, que es un embustero, que posee habilidad para urdir todo tipo de imposturas y que ha mentido también respecto a su nobleza. Más aún, nos tuvi- 11

mos que tragar en el senado las palabras de Estatilio Corfuleno proponiendo que se decretasen ciertos honores para Albino y para su hermano. Sólo le faltó a Albino que éste noble varón propusiera que él celebrara también un triunfo sobre mí. Ma- 12
yor dolor para mí fue ver que muchísimos de vosotros considerasteis que se le debía elogiar como a un literato, siendo así que, absorbido por el atractivo de ciertas cantinelas de viejas [20], se ha hecho viejo entre cuentos milesios púnicos de su amigo Apuleyo [21] y otros divertimentos literarios.» Esta 13
carta muestra con claridad la severidad con que Severo se vengó del partido de Pescenio y de Clodio, 14
todo lo cual ya lo hemos relatado en su vida [22]. No obstante, quien desee conocerlo con más pormenores, que lea entre los autores latinos, a Mario Máximo y, entre los griegos, a Herodiano, pues ellos han narrado la mayor parte de los datos con fidelidad.

13 Albino fue esbelto de estatura, de cabello rizado y con bucles, de frente ancha, de una candidez admirable y asombrosa, de tal modo que la mayor parte de los autores piensa que por eso recibió el nombre de Albino [23], de voz afeminada y con el timbre próximo al de los eunucos, de tornadizo impulso, de profunda irritabilidad y locura funestísima e inconstante en sus apetencias, pues a veces sus- 2
piraba por el vino y con frecuencia se mantenía abstemio, y experimentado en las armas, por lo que con razón le llamaban el Catilina de su tiempo [24].

[20] Traducimos así la expresión *neniis anilibus.* Las nenias eran canciones fúnebres que cantaban plañideras a sueldo durante los funerales.

[21] L. Apuleyo (125-170), polígrafo conocido, sobre todo, por su novela Metamorfosis o Asno de oro.

[22] *Severo,* 3,2.

[23] Albino, del adjetivo *albinus,* formado con el sufijo *inus* sobre el adjetivo *albus* «blanco».

[24] Para expresiones como ésta, cf. *Caracalla,* 4,10 *Avidio Casio,* 3,8.

Creemos que no está fuera de lugar señalar las 3
causas por las que Clodio Albino mereció la esti-
ma del senado: cuando estaba al frente de los ejér- 4
citos de Bretaña por orden de Cómodo y se enteró
de que era falsa la noticia que corría sobre la muer-
te de éste, dado que había sido el mismo Cómodo
quien le había conferido el título de César, avanzó
ante los soldados y pronunció el siguiente discur-
so: «Si el senado del pueblo romano mantuviera 5
aquel poder que antaño tuvo y si un Estado tan im-
portante no estuviera confiado al arbitrio de un solo
individuo, el destino del Estado no habría venido
a parar a los Vitelios, ni a los Nerones, ni a los Do-
micianos. Seguirían ostentando el poder consular
aquellas familias nuestras, como la de los Ceyonios,
la de los Albinos y la de los Postumios, de los cua-
les vuestros padres aprendieron muchas cosas que,
a su vez, ellos habían oído a sus abuelos. Es cierto 6
que el senado anexionó África al imperio romano,
el senado anexionó la Galia, el senado subyugó las
provincias de Hispania, el senado impuso sus leyes
a los pueblos del Oriente, el senado tanteó a los
partos; hubiera llegado a someterlos si la suerte de
la república no hubiera destinado como jefe del
ejército romano a un general avaro [25]. César sub- 7
yugó la Bretaña cuando era senador, pero no aún
dictador. Este mismo Cómodo del que estamos ha-
blando, ¿no habría sido el mejor si hubiera temido
al senado? Y, realmente, la autoridad del senado 8
tuvo poder hasta el reinado de Nerón, puesto que
no temió condenar a un príncipe mezquino, ya que
los senadores dieron sus votos contra aquél que en-
tonces poseía el poder sobre la vida y la muerte y

[25] Alusión, tal vez a M. Licinio Craso (114-53), que con Pompeyo y César formó en el año 60 el primer triunvirato. Como su sobrenombre indica (*Crassus* «el rico»), representaba los grandes poderes del dinero al final de la república.

ocupaba el trono. Por esta razón, camaradas, yo no 9
quiero asumir el título de César que a mí me otor-
gó Cómodo. Ojalá los dioses hagan que tampoco 10
otros le deseen. Que sea el senado quien gobierne,
y quien distribuya las provincias; que sea el senado
quien nos haga cónsules ¿el senado, digo yo? Vo-
sotros mismos y vuestros padres, pues vosotros se-
réis también senadores.»

14 Este discurso fue enviado a Roma cuando aún vi-
vía Cómodo. Su contenido irritó a Cómodo en
contra de Albino y por ello le envió rápidamente
como sucesor en el cargo a Junio Servero, uno de
sus compañeros de armas [26]. Por el contrario, el dis- 2
curso de Albino complació tanto al senado que,
aunque él estaba ausente, la asamblea le honró con
extraordinarias aclamaciones [27], tanto en vida de
Cómodo como después de su muerte, de tal mane-
ra que algunos llegaron a aconsejar a Pértinax que
le asociara al trono, y fue su autoridad la que in-
fluyó extraordinariamente en Juliano para que pro-
yectara la muerte de Pértinax. Y, para que se vea 3
que esto es verdad, he transcrito a continuación una
carta de Cómodo a sus prefectos del Pretorio en la
que señala su intención de dar la muerte a Albino:

«Aurelio Cómodo a sus prefectos, salud. Creo 4
que habéis oído, en primer lugar, que se ha inven-
tado la noticia de que yo he sido asesinado por con-
sejo de los míos y, en segundo lugar, que Clodio
Albino ha pronunciado un discurso ante mis sol-
dados, pues se encomienda en gran manera al se-
nado y, por lo que estamos viendo, con éxito. Por- 5
que, quien sostiene que no debe de estar al frente
del Estado un único príncipe y quien asegura que
todos los asuntos del Estado deben estar regidos

[26] Véase Suetonio, *Nero*, 49,2.
[27] *Avidio Casio* 13,1 n. 29.

por el senado, éste tal está pidiendo para sí el imperio utilizando para ello al senado. Manteneos, por tanto, sumamente precavidos, pues ya sabéis que es un hombre al que todos deben rehuir, las tropas, el pueblo y vosotros.»

Cuando Pértinax encontró esta carta, la hizo pú- 6
blica para suscitar el odio contra Albino. Por esta razón, Albino instigó a Juliano para que asesinara a Pértinax.

13. ANTONINO CARACALLA

(Elio Esparciano)

1 De los dos hijos que dejó Septimio Severo —de
los que al uno el ejército le confirió el nombre de
Antonino, al otro se lo confirió su padre—, Geta
fue declarado enemigo público, mientras que Ba-
siano, como es sabido, alcanzó el poder imperial. 2
Sobre los antecedentes de éste, pensamos que es
inútil repetir ningún detalle, porque ya los hemos
anticipado todos suficientemente en la vida de Se-
vero. Pues bien, su infancia fue lisonjera, ingenio- 3
sa, amorosa para sus padres, complaciente para los
amigos de sus padres, bienquista para el pueblo,
grata para el senado y apta para granjearse el amor.
No se mostró perezoso en sus estudios, ni apático 4
en hacer el bien, ni tacaño en las liberalidades, ni
remiso en la clemencia, al menos en vida de sus pa-
dres. En fin, si alguna vez veía a los condenados ex-
puestos a las fieras, lloraba o apartaba los ojos, pro- 5
ceder que resultaba al pueblo muy agradable.
Siendo un niño de siete años, cuando se enteró de 6
que un compañero suyo de juegos había sido azo-
tado con gran crueldad porque practicaba la reli-
gión judía, se opuso durante mucho tiempo a ver a
su padre y al padre del niño, pues les consideraba
causantes de los azotes. Con su mediación logró de- 7
volver sus antiguos derechos a los habitantes de
Antioquía y de Bizancio, contra los que Severo se
había irritado por haber ayudado a Nigro. Cobró
aversión a Plauciano a causa de su crueldad. Rega- 8

ló por propia iniciativa a sus clientes [1] o a sus maestros lo que había recibido de sus padres con ocasión de las fiestas Sigilarias [2].

2 Pero estas cosas las realizó cuando era aún niño. Ahora bien, después que rebasó la niñez, bien por las advertencias de su padre, bien por la astucia de su carácter, bien porque consideraba que debía equipararse a Alejandro el Grande de Macedonia, se volvió más reservado, más severo e incluso de aspecto más atroz, hasta el punto de que muchos no creían que era el mismo que habían conocido de niño. Tenía siempre en sus labios a Alejandro Mag- 2
no y las hazañas que éste había realizado. En las reuniones elogiaba a menudo a Tiberio y a Sila. Fue 3
más orgulloso que su padre y despreció a su hermano por su gran modestia.

Después de la muerte de su padre, se dirigió al 4
campamento de los pretorianos y se quejó ante los soldados de que se veía envuelto en las asechanzas que le tendía su hermano y, en consecuencia, hizo que le asesinaran en Palacio y dio la orden de que quemaran inmediatamente su cadáver. Además, 5
dijo en el campamento que su hermano había intentado envenenarle y que se había comportado irreverentemente con su madre; y dio las gracias publicamente a los asesinos. En fin, les dio además 6
una paga adicional, como si le hubieran mostrado una fidelidad excepcional. Una parte de los solda- 7
dos que acampaban junto a Alba recibieron con gran indignación la noticia de la muerte de Geta, manifestando todos ellos que habían jurado guardar fidelidad a los dos hijos de Severo y que, por tanto, debían observarla con los dos y, tras haber 8
cerrado las puertas, no se le permitió entrar al emperador hasta que después de un buen espacio de

[1] Cf. *Antonino*, n. 40.
[2] Cf. *Adriano*, n. 70.

tiempo se calmaron los ánimos, no sólo porque él
expuso públicamente sus quejas y acusaciones con-
tra Geta, sino también porque los propios solda-
dos se apaciguaron, como suele ser habitual, por la
magnitud de la soldada que les ofreció; y, a conti-
nuación, regresó a Roma. Entonces entró en el se- 9
nado con una coraza [3] bajo su atuendo senatorial [4]
escoltado por soldados armados. Colocó a éstos en
medio entre los escaños en doble fila y, una vez dis-
tribuidos así, pronunció un discurso. Se quejó de 10
las celadas de su hermano de una manera confusa
y desordenada, con el fin de acusarle a él y de jus-
tificarse a sí mismo. Pero el senado no escuchó con 11
gusto sus palabras, puesto que afirmó que él había
permitido todo a su hermano y le había librado de
otras insidias y que, no obstante, aquél había ur-
dido gravísimas asechanzas contra él y no había
correspondido a su amor fraternal.

3 Después de esto, concedió la repatriación a aqué-
llos que habían sido relegados y desterrados. Des-
de allí se dirigió a visitar a los pretorianos y per-
noctó en los cuarteles. Al día siguiente subió al Ca- 2
pitolio, dirigió afablemente la palabra a aquéllos a
los que se disponía a asesinar y volvió de nuevo a
Palacio, apoyándose sobre Papiniano y Cilón.

Al ver llorar a la madre de Geta y a otras mujeres 3
después de la muerte de su hermano, intentó darles
muerte, pero se abstuvo de ello por no aumentar la
reputación de crueldad que le había acarreado su
fratricidio. Obligó a Leto a suicidarse, enviándole 4
él mismo el veneno: en efecto, aquél había sido el
primero que le había aconsejado que asesinara a
Geta, pero también fue el primero que pereció. Y 5

---

[3] La coraza *(lórica)* era un corselete de cuero, metal o bandas metálicas entrelazadas que cubría la espalda, el pecho, el vientre y los costados hasta la cintura.

[4] La túnica laticlavia provista del *latus clauus.*

el propio Basiano lloró en muchísimas ocasiones su
muerte. Hizo perecer a muchos que habían sido
cómplices de su asesinato e incluso a uno que ha-
bía honrado la imagen de su hermano. Después de 6
esto, ordenó dar muerte a su primo hermano pa-
terno Afro, al que había enviado el día anterior una
porción de los manjares de su mesa. Éste, aunque 7
se había precipitado por miedo a los sicarios [5] des-
de una altura y se había acogido junto a su esposa
tras haberse roto una pierna, no obstante, fue cap-
turado entre mofas por aquéllos y asesinado al pun-
to. Hizo perecer también a Pompeyano, nieto de 8
Marco Aurelio, hijo de su hija y de Pompeyano,
con quien se había casado Lucila, después de la
muerte del emperador Vero, y a quien había nom-
brado cónsul por segunda vez y había confiado el
mando de todas las guerras, que en aquellos mo-
mentos eran de extrema gravedad. Sin embargo, le
hizo morir de tal forma que pareciera que había
sido asesinado por unos ladrones.

4 Poco después Papiniano fue golpeado con un ha-
cha en presencia del mismo príncipe por unos sol-
dados y luego fue asesinado. Y, tras la ejecución,
dijo al asesino: «Debías haber cumplido mi orden
dándole muerte con la espada». Fue ejecutado tam- 2
bién Patruino [6] ante el templo del divino Pío y los
cadáveres de ambos fueron arrastrados por la plaza
sin el miramiento debido a su condición humana.
Igualmente hizo perecer al hijo de Papiniano, que
tres días antes había ofrecido como cuestor un mag-

[5] Sicario en general era el que se servía de la *sica*, especie de cuchillo o daga muy puntiaguda y con lámina doblada en forma de diente de jabalí. Era el arma nacional de los tracios y la empleaban también los gladiadores que tomaban su nombre de los tracios *(tracii)*. Los romanos la consideraban como arma de ladrones y asesinos, de ahí el sentido despectivo del término sicario.

[6] Valerio Patruino, al parecer, coprefecto de la guardia pretoriana y colega de Papiniano y Leto.

nífico espectáculo gladiatorio. Por aquellos mismos 3
días fue asesinada una cantidad innumerable de ciu-
dadanos que se habían puesto de parte de su her-
mano. Dio muerte incluso a los libertos [7] que ha-
bían ejercido cargos administrativos al servicio de
Geta. Después se multiplicaron los asesinatos por 4
todas las partes. Éstos se llevaron a cabo también
en los baños públicos, e incluso algunos perecieron
cuando estaban a la mesa, entre ellos, Samónico Se-
vero [8], del que se conservan aún muchos libros eru-
ditos. También estuvo a punto de perecer Cilón, 5
que era prefecto y cónsul por segunda vez, porque
había aconsejado a los dos hermanos que llegaran
a un acuerdo. En efecto, un día que unos soldados 6
de la cohorte urbana [9] arrastraban al propio Cilón,
despojado ya de su atuendo de senador y con los
pies desnudos, Antonino reprimió el tumulto. Des- 7
pués cometió otras muchas matanzas en la Ciudad
además de éstas, pues aquí y allá fueron apresados
y asesinados por soldados distintos ciudadanos, ha-
ciendo como que reprimía una conjura. Asesinó a 8
Helvidio Pértinax cónsul designado [10], solamente
porque era hijo de un emperador. Y no cesó hasta 9
que acabó con aquéllos que habían sido amigos de
su hermano, aprovechando distintas oportunidades
para ello. Lanzó arrogantes invectivas muchas ve- 10
ces contra él y, otras muchas, contra el senado en
los edictos que publicaba o en los discursos que

---

[7] Esclavos manumitidos que durante el imperio adquirieron gran prestigio y poder. Entre ellos se reclutaban médicos, arquitectos, músicos, etc., y desempeñaron importantes funciones en la administración imperial.

[8] Samónico Sereno fue autor de varios libros de carácter anticuario.

[9] Los llamados *urbaniaciani*, soldados de las cuatro cohortes urbanas creadas por Augusto y puestas bajo las órdenes del *praefectus urbis* para velar por la guarda de Roma.

[10] Uno de los dos cónsules *(suffecti:* «designados o suplentes») que reemplazaban a los cónsules normales *(ordinarii).*

pronunciaba, mostrando que también él iba a ser un Sila [11].

5 Después de consumar estas matanzas, se dirigió a la Galia, y, nada más llegar allí, dio muerte al pro-
cónsul de la Narbonense. Irritados después todos 2
los que administraban esta provincia, consiguió que le odiaran como un tirano, aunque en alguna ocasión se fingía bondadoso, a pesar de que era cruel
por naturaleza. Y, después de que cometió múlti- 3
ples atropellos contra los ciudadanos y contra los derechos que tenían las ciudades, sufrió un grave peligro, al verse atacado por una enfermedad. Fue extraordinariamente cruel con aquéllos que le cui-
daban. Después, cuando preparaba una expedición 4
a Oriente, renunció a emprender el camino y se quedó en Dacia. Mató a muchos bárbaros en los alrededores de Recia y arengó y gratificó a sus sol-
dados como si fueran soldados de Sila. Por cierto, 5
prohibió que le impusieran nombres de dioses, a pesar de que Cómodo lo había permitido, cuando le dieron el nombre de Hércules por haber matado
un león y otras fieras. Y, cuando sometió a los ger- 6
manos, se dio el título de Germano [12], afirmando en serio o en bromas, como era tonto y sin sentido, que debería haber recibido el título de Lucáni-
co si hubiera vencido a los lucanos [13]. Fueron con- 7
denados por entonces quienes se habían orinado en lugares en que se hallaban emplazadas estatuas o bustos del príncipe, y aquéllos que habían quitado

[11] Para esta expresión o similares, cf. *Clodio Albino*, 13,2.

[12] Aceptamos la lectura *Germanum: P*Σ, frente a *Germanicum: uulgo*, pues posiblemente Elio Esparciano quiere reflejar el retruécano que supone la utilización del término *germanus*, susceptible de doble significado «hermano» y «germano». El sobrenombre que asumió fue el de *Germanicus Maximus*.

[13] Otro juego de palabras, pues *Lucanicus* puede significar «salchicha» o «Lucánico», es decir, habitante de la región llamada Lucania, en la parte meridional de Italia.

las coronas de flores de éstos para colocarlas en otro lugar, enviando a la muerte también a quienes se las habían adosado al cuello como remedio contra las fiebres cuartanas o tercianas. Hizo una marcha 8
a través de la Tracia acompañado del prefecto del Pretorio; y, cuando desde allí iba a pasar a Asia, estuvo a punto de naufragar al partirse la entena de su nave, de modo que tuvo que desembarcar en un bote salvavidas junto con su guardia. El prefecto del Pretorio le recogió de allí en una trirreme y así escapó del peligro. Cazó con frecuencia jabalíes y 9
también hizo frente a un león. En alguna ocasión también envió cartas a sus amigos en las que se vanagloriaba y se jactaba de haberse acercado al valor que mostró Hércules.

6 Después de esto, volviendo su atención a la guerra contra los armenios y contra los partos, eligió como general para dirigirla a un hombre cuyo carácter coincidía con el suyo. Desde allí se dirigió 2
a Alejandría, convocó al pueblo en el gimnasio[14] y le llenó de reproches. Ordenó que se hiciera una leva de hombres fuertes para empuñar las armas; 3
pero inmediatamente acabó con los elegidos, siguiendo el ejemplo de Ptolomeo Evergetes, el octavo que llevaba este nombre. Además, tras dar la señal a los soldados para que asesinaran a sus huéspedes, provocó una gran matanza en la ciudad de Alejandría. Poco después, adentrándose por el 4
territorio de los cadusios y de los babilonios, trabó combate tumultuosamente con los sátrapas[15] de los partos, lanzando contra los enemigos incluso fieras salvajes. A continuación envió una carta al senado, 5
como si hubiera logrado una victoria, otorgándo-

[14] Edificio público donde la juventud perfeccionaba sus ejercicios gimnásticos después de haber pasado por la palestra, donde se iniciaba en ellos.
[15] Gobernadores de una provincia o región, en Persia.

sele el título de Pártico, pues el de Germánico ya le había obtenido cuando aún vivía su padre. Des- 6
pués, cuando pretendía reemprender la guerra contra los partos e invernaba en Edesa, y partiendo de aquí, se había presentado en Carras para celebrar la fiesta del dios Luno, el día de su cumpleaños, es decir, el día ocho de los idus de abril y precisamente durante las fiestas Megalenses [16], en el momento en que se alejaba a un lugar apartado para satisfacer sus necesidades naturales fue asesinado en una emboscada que le tendió el prefecto del Pretorio Macrino, que se apoderó del imperio después de él.
Fueron cómplices de este asesinato Nemesiano, su 7
hermano Apolinar y Triciano [17], comandante de la segunda legión Pártica y jefe de la caballería de reserva, y estaban al corriente del complot también Marcio Agripa [18], que estaba al frente de la flota, y la mayor parte de los oficiales por instigación de Marcial [19].

7 Fue asesinado a mitad del camino entre Carras y Edesa, cuando bajó de su caballo para orinar y avanzaba entre los soldados de su escolta, que se
habían conjurado también para su asesinato. En fin, 2
su escudero le atravesó el costado con un puñal, en el momento en que le ayudaba a subir al caballo y
todos gritaron que Marcial había sido el asesino. Y, 3
puesto que hemos mencionado al dios Luno, con-

---

[16] Fiestas celebradas del 4 al 10 de abril en honor de Cibeles, la gran madre de los dioses y diosa de la naturaleza, durante las cuales las personas distinguidas se intercambiaban obsequios y en las cuales se realizaban juegos escénicos y circenses.

[17] Nemesiano y Apolinar fueron tribunos de la guardia pretoriana y Elio Decio Triciano fue primero prefecto de la segunda legión y luego gobernador de Panonia nombrado por Macrino.

[18] De origen esclavo, escaló distintos puestos administrativos, mandando en aquel momento probablemente la flota que transportaba las tropas del Asia Menor.

[19] Un soldado que, según Dión Casio LXXVIII,5,3, se irritó contra Caracalla por no haberle ascendido a tribuno.

viene saber lo que nos han enseñado hombres muy sabios y a pie juntillas creen actualmente de manera especial los habitantes de Carras: que quien piensa que hay que llamar a la Luna con nombre femenino por ser ése su sexo, deberá servir siempre a las mujeres, quedando sometido a ellas; que quien 4
crea, en cambio, que es una divinidad masculina, ese tal dominará siempre sobre la mujer y no tolerará ninguna asechanza mujeril. Ésta es la razón por 5
la que los griegos y los egipcios, aunque incluyen en el mismo género a la mujer y al hombre y llaman también a la Luna dios, no obstante, en las celebraciones de los misterios le llaman Luno.

8 Sé que muchos han escrito sobre la muerte de Papiniano de tal forma, que su relato prueba que no conocían la causa de su asesinato, ya que cada uno de ellos da una versión diferente; pero yo he preferido dar a conocer la variedad de opiniones que existen antes que guardar silencio sobre la muerte de un hombre tan importante. Se ha difundido tra- 2
dicionalmente la idea de que Papiniano fue muy amigo del emperador Severo y pariente suyo por parte de su segunda esposa, según dicen algunos, y 3
que Severo le encomendó a él de manera especial sus dos hijos y que por esto Papiniano contribuyó a la buena armonía entre los dos hermanos Antoninos; más aún, que impidió que se diera la muerte 4
a Geta, cuando ya Basiano [20] comenzaba a quejarse de sus maquinaciones, y que por eso fue asesinado por unos soldados juntamente con aquéllos que favorecían a Geta, no solamente con permiso de Basiano, sino incluso por orden suya. Muchos 5
autores dicen que Basiano, después de la muerte de su hermano, mandó a Papiniano que refutara por

[20] Gran error cometido por el autor al creer que Basiano era hijo de Paciana Marciana, la primera esposa de Severo. Su edad era de 29 años.

él este crimen ante el pueblo y ante el senado, pero
que aquél le respondió que era más fácil cometer
un fratricidio que justificarlo. Corre también esta 6
historieta: que no quiso pronuciar un discurso con
el que debería atacar a su hermano justificándose
a sí mismo, que había sido el asesino, y que, al ne-
garse a ello, le respondió diciendo que el parrici-
dio era un crimen y otro crimen acusar a un ino-
cente asesinado. Ahora bien, esta versión no res- 7
ponde en absoluto a la verdad, porque, como pre-
fecto, no podía pronunciar discursos y, además,
porque se sabe que fue asesinado bajo el pretexto
de que era partidario de Geta. Se dice también que, 8
cuando era conducido a Palacio por unos soldados
que le habían apresado para asesinarle allí, Papinia-
no presagió su futuro diciendo que sería un idiota
consumado aquél que fuera elegido para sustituir-
le, si no vengaba una prefectura que había sido ata-
cada con tanta crueldad. Y el presagio se cumplió, 9
pues Macrino asesinó a Antonino, como expusimos
más arriba. Y, después de haber sido proclamado 10
emperador en los cuarteles juntamente con su hijo,
que hasta entonces se llamaba Diadumeno, impuso
a éste el nombre de Antonino, porque un Antoni-
no fue ardientemente deseado por los pretorianos.

9 Basiano vivió cuarenta y tres años. Fue empera-
dor seis años. Fue sepultado con un funeral públi-
co. Dejó un hijo, que posteriormente fue llamado 2
también él Marco Antonino Heliogábalo, pues el
nombre de los Antoninos se había arraigado de tal
manera en los espíritus de los hombres que no po-
día arrancarse de ellos porque, como el de Augus-
to, se había adueñado del pecho de todos.

Fue de malas costumbres y más cruel aún que su 3
padre. Fue glotón, borracho, odiado por sus pa-
rientes y aborrecido por todo el ejército, salvo por
los soldados pretorianos. En suma, los dos herma-
nos no se parecían en nada.

Entre las construcciones que dejó en Roma, hay 4

que citar unas termas [21] de gran magnificencia que
llevan su nombre, cuya sala de forma de sandalia [22]
no puede imitarse por otra construcción similar a
ella, según aseguran los arquitectos. En efecto, és- 5
tos dicen que está construida sobre una balaustra-
da de bronce o cobre a la que está confiado el peso
de toda la bóveda y que posee unas pórporciones
tan gigantescas que los entendidos en mecánica di-
cen que es imposible construir una obra así. Dejó 6
también un pórtico [23] al que dio el nombre de su
padre para que testimoniara las gestas por él reali-
zadas, sus triunfos y sus guerras. Recibió el nom- 7
bre de Caracalla [24] por una prenda de vestir, caída
hasta los talones, que había repartido al pueblo y
que hasta entonces no se usaba. Por eso también 8
hoy se llaman Antoninianas a las «caracallas» de esa
clase, utilizadas con mucha frecuencia por la plebe
romana. Construyó una nueva vía que pasa al pie 9
de sus termas, es decir, las Antoninianas, la vía más
bella que posiblemente tú encontrarás en Roma en-

---

[21] La *Thermae Antoninianae*, o de Caracalla, a las que Heliogábalo y Alejandro dotaron de un pórtico (cf. *Heliogábalo*, 17,8-9; *Alejandro Severo*, 25,6), cuyas ruinas aún subsisten a la derecha de la vía Apia, cerca de la puerta Capena.

[22] No se sabe exactamente el sentido de la expresión *cella solaris*, empleada por Esparciano. Las habitaciones que había en los baños con las comodidades necesarias para tomar el baño frío y caliente se llamaban *cellae*, porque los baños se componían de un número de recintos comunicados unos con otros como las celdillas de una colmena. Se llamaba *cella caldaria* la que contenía recipientes de agua caliente; *tepidaria* la que se utilizaba para el baño tibio y *frigidaria* o *frigidarium*, la que se usaba para el frío. Un adjetivo distinguía los diversos tipos, como ocurría con las *cellae*, que servían para otros usos, como la *cella uinaria*, la cava para guardar vino, *cella olearia*, para guardar aceite, etc. En el texto *soliaria* parece que alude a la *cella frigidaria* que contendría una gran piscina ¿de forma de sandalia? que le daría el nombre. Cf. Magie, *op. cit.*, II, p. 24, n. 2.

[23] Cf. *Severo*, 21,12.

[24] *Ibid.* 21,11.

tre sus anchas vías. Trajo a Roma los cultos a Isis 10
y erigió por todas las partes magníficos templos en
honor de esta diosa, celebrando sus ritos incluso
con mayor reverencia que con la que se celebraban
hasta entonces. Y en este sentido, ciertamente, me 11
parece extraño que se pueda decir que las ceremo-
nias sagradas en honor de Isis llegaron a Roma por
primera vez por su mediación, ya que Antonino
Cómodo celebró estos ritos con tanta devoción que
cargaba en sus hombros la efigie de Anubis y hacía
las pausas que exigía el ritual [25], a no ser que fuera
él quien tal vez agregó la efigie a la celebración
de la fiesta, no el primero que la llevó a Roma.
Su cuerpo fue sepultado en la tumba de los An- 12
toninos, a fin de que recibiera sus restos la misma
sede que le había dado el nombre.
10 Interesa saber cómo dicen que se celebró el ma-
trimonio con su madrastra Julia. Dicen que un día 2
que esta bellísima mujer se presentó casi comple-
tamente desnuda, simulando que se trataba de un
descuido, y Antonino la dijo: «Te querría, si fuera
lícito», ella le replicó diciendo: «Si quieres, es líci-
to. O ¿acaso no sabes que tú eres emperador, y que
tú das las leyes y no las recibes?». Al oír esto, su 3
pasión desordenada se vio azuzada a cometer el cri-
men y celebró unas bodas que él más que nadie de-
bería haber prohibido, si hubiera sido consciente
de que era él a quien le competía legislar. Tomó, 4
pues, como esposa a su madre (a la que no se la de-
bería llamar con otro nombre) y sumó a su fratri-
cidio un incesto, ya que se unió en matrimonio a
aquélla a cuyo hijo había asesinado poco antes.
No está fuera de lugar añadir aquí un dicho 5
irónico que lanzaron contra él. Efectivamente, 6
puesto que se dio a sí mismo los nombres de Ger-

[25] Cf. *Cómodo*, 9,4 y 6; *Pescenio Nigro*, 6,9.

mánico, Pártico, Arábigo y Alamánico (pues había vencido al pueblo de los alamanes), dicen que Helvio Pértinax, hijo de Pértinax, le dijo en tono jocaso: «Añade, si quieres, también el de Gético Máximo», porque había dado muerte a su hermano Geta y se daba el nombre de godos Getas a aquellos pueblos a los que había derrotado en combates improvisados, cuando se dirigió a Oriente.

11 Ocurrieron muchos prodigios sobre la muerte de Geta, como ya expondremos en su vida. En efecto, 2
aunque él murió antes que su hermano, nosotros hemos seguido el método de escribir primero la biografía de aquél que fue el primero que nació y el primero que gobernó.

Cuando el ejército le confirió el título de Augus- 3
to en vida de su padre, porque éste parecía que era incapaz de gobernar el imperio debido a la gota, dicen que Severo dio vueltas en su mente a la idea de asesinarle también a él, si no se hubieran opuesto a ello sus prefectos, que eran hombres ponderados. Algunos, por el contrario, afirman que los prefec- 4
tos desearon que se cometiera el asesinato, pero que Septimio se negó a ello para que su severidad no se viera deshonrada con el sambenito de semejante crueldad y, puesto que los auténticos autores del crimen habían sido los soldados, para que un adolescente no pagara las penas de su necia temeridad con el anuncio de un castigo tan grave como el de que se creyera que había sido condenado a muerte por el padre.

Sin embargo, este individuo, el más cruel de to- 5
dos los hombres y, para expresarlo con una sola frase, fratricida, incestuoso y enemigo de su padre, de su madre y de su hermano, fue elevado a la categoría de dios por su asesino Macrino por temor a los soldados y, sobre todo, a los pretorianos. Tiene 6
un templo, tiene salios, tiene una cofradía de Antoninianos él, que despojó a Faustina de su templo y de su nombre divino, sin duda del templo que ha- 7

bía erigido en su honor su marido al pie del monte Tauro, donde su hijo Heliogábalo Antonino consagró después otro templo en honor de sí mismo, de Júpiter Sirio o del Sol —pero esto es incierto.

14. ANTONINO GETA

(Elio Esparciano)

1 Yo sé, Constantino Augusto, que tu Clemencia
y que muchas personas pueden preguntarme por
qué yo escribo también la biografía de Geta Anto-
nino. Antes de hablar sobre su vida o sobre su 2
muerte, voy a exponer por qué también a él le im-
puso su padre Severo el nombre de Antonino. Pues
no se pueden decir muchas cosas en la biografía de
una persona que fue arrancada del mundo antes de
que ocupara el trono con su hermano.
En una ocasión en que Septimio Severo fue a 3
consultar a los adivinos y les pidió que le indicaran
quién sería su sucesor después de su muerte, vió en
sueños que le sucedería Antonino. Por ello, se pre- 4
sentó inmediatamente ante los soldados e impuso a
su hijo mayor Basiano el nombre de Marco Aure-
lio Antonino. Hecho esto, siguiendo los consejos 5
que le dictaba su condición de padre o, como di-
cen otros, amonestado por su esposa Julia que des-
conocía el contenido del sueño, porque con este
nombramiento había excluido personalmente a su
hijo menor Geta del acceso al imperio, dio la or-
den de que también éste recibiera el nombre de An-
tonino. En consecuencia, en las cartas que escribía 6
a sus amigos, si por casualidad se encontraba ausen-
te, siempre decía: «Saludad con el nombre de An- 7
toninos a mis hijos y sucesores.» Pero de nada va-
lió su prudencia paternal, puesto que sólo le suce-
dió como emperador el que fue primero en recibir

el nombre de Antonino. Éstas son las noticias sobre el nombre de Antonino.

2 Sin embargo, recibió el nombre de Geta porque se llamaba así su tío o su abuelo paternos, cuya vida y carácter Mario Máximo relató con bastante profusión en el primer septenario [1] de la biografía de Severo. Por otra parte, Geta fue llamado también 2
Antonino, porque Severo deseaba que todos los príncipes que le sucedieran recibieran el nombre de Antoninos, lo mismo que recibían el de Augustos, y esto por el amor que profesaba a Marco, al que llamaba siempre padre o hermano suyo y cuya filosofía y educación literaria imitó constantemente. Otros dicen que se le dio a Geta el nombre de An- 3
tonino no sólo en honor de Marco, puesto que éste tuvo aquel nombre como nombre adoptivo, sino también en honor de aquél que había recibido el sobrenombre de Pío, a saber, del sucesor de Adriano, sin duda porque este príncipe había elegido a 4
Severo para formar parte del consejo de abogados del fisco [2] sacándole del cargo de formulario forense [3] que tenía, dado que el comienzo del primer cargo o dignidad que le había concedido Antonino le había abierto el camino a tan grandes progresos, y porque, además, ningún emperador le parecía a él 5
más apto para imponerle dicho nombre que aquél cuyo nombre propio había pasado sucesivamente por cuatro emperadores.

Severo que conocía su horóscopo y que, como 6
muchos africanos, era muy entendido en horóscopos, según dicen, pronunció esta frase sobre el mis-

[1] El significado originario de *septenarius* no es claro. Puede referirse al curso de la narración de los siete primeros años de la Vida de Severo, o a un verso de siete pies de dicha biografía.

[2] Oficio instituido por Adriano, cf. *Adriano*, 20, 6.

[3] Debía de ser un abogado subalterno experimentado en fórmulas jurídicas *(formularius)* o que tenía como misión redactarlas o proponerlas.

mo Geta: «Me resulta extraño, queridísimo Juvenal, que nuestro Geta llegue a ser divinizado, pues no veo en su horóscopo ningún rasgo propio de un emperador.» —Juvenal era entonces su prefecto del Pretorio— Y Severo no le engañó, porque, después de que Basiano asesinó a aquél y temió el estigma de tiranía que le sobrevendría a causa de su fraticidio, cuando oyó decir que podría verse aliviado su crimen si divinizaba a su hermano, dicen que exclamó: «Que sea divino, con tal de que no esté vivo.»[4] Al fin, colocó a aquél entre los dioses y por ello la opinión pública volvió a serle favorable a pesar de ser un fraticida. 7 8 9

3 Aunque otros autores han dado otra versión, Geta nació el día seis de las calendas de junio durante el consulado de Severo y Vitelio en Milán, de Julia su madre, a la que Severo tomó por esposa, porque había descubierto en su horóscopo que ella sería esposa de un rey, aunque él era aún un ciudadano particular pero de óptima posición en el Estado. Nada más nacer, se anunció que un gallina había puesto un huevo de púrpura en el patio de un corral. Cuando se lo llevaron a su hermano Basiano y éste lo cogió y, como si fuera un niño pequeño, lo rompió estrellándolo contra el suelo, dicen que Julia exclamó en tono jocoso: «Maldito fratricida, acabas de matar a tu hermano.» A esta frase que su madre había lanzado para hacer reir, Severo la dio mayor importancia que el resto de los presentes; sin embargo, los que le rodeaban en aquel momento reconocieron después que Julia había hablado impulsada por una fuerza divina. Ocurrió también otro augurio: una vez que en la granja de un hombre de la plebe llamado Antonino nació un cordero que tenía un vellón de color de púrpura en la frente, precisamente en el día y hora en que había nacido 2 3 4 5

[4] Juego de palabras en latín: *diuus/uiuus* «divo, divino»/«vivo».

Geta, y oyó aquel hombre decir al arúspice que reinaría un Antonino después de Severo, pensó que la profecía se refería a él mismo; sin embargo, temiendo que semejante anuncio fuera el de su destino, hundió un cuchillo en el cordero. Este augurio fue 6
un anuncio también de que Geta sería aniquilado por Antonino, como se hizo después notorio. 7
Ocurrió también otro presagio sobre este crimen, que se cumplió igualmente, como lo demostró el fin extraordinario que tuvo Geta: en una ocasión 8
en que Severo quería celebrar el natalicio del pequeño Geta con un sacrificio, mató a la víctima un victimario llamado Antonino. Entonces pasó desa- 9
percibida esta coincidencia y nadie preguntó nada, pero después se comprendió su significado.

4 Fue un joven elegante, de carácter rudo, pero no impío, avaro, aficionado a los juegos de palabras, goloso, glotón y amante de vinos de distinta sole- 2
ra. Cuentan que de niño le ocurrió la siguiente anécdota: en una ocasión que Severo quería asesinar a unos ciudadanos del partido contrario y comentaba entre los suyos: «Os estoy quitando enemigos» y Basiano le apoyaba hasta el extremo de asegurarle que debía asesinar también a los hijos de aquéllos, si buscaba su bien, dicen que Geta preguntó cuántos eran los condenados a muerte; y, 3
cuando su padre le informó de ello, Geta insistió «¿tienen ellos padres? ¿tienen parientes? Y, ante la respuesta afirmativa de aquél, exclamó entre llantos: «Será superior el número de ciudadanos que se entristezcan por nuestra victoria, que el que se alegre por ella.» Y habría prevalecido su opinión si no 4
hubieran insistido el prefecto Plauciano y Juvenal esperando que se decretaran una serie de proscripciones, gracias a las cuales se hicieron ricos. A ellos se sumaba Basiano impulsado por una extrema crueldad, al cual, como se empeñaba en discutir con él 5
afirmando medio en broma, medio en serio, que había que acabar con todos los del patido opuesto

juntamente con sus hijos, Geta, según dicen, replicó: «Tú que no perdonas a nadie, serás capaz de asesinar también a tu hermano.» Frase que en aquel momento no significó nada, pero que después se consideró como un presagio.

5 Fue tenaz en el aprendizaje de las obras de los an-
tiguos escritores y recordaba también las ideas que
su padre le había inculcado; fue siempre odioso a
su hermano, más amable con su madre que con éste
y poseía una voz melodiosa, aunque algo balbu- 2
ciente. Le gustaban muchísimo los vestidos elegantes
hasta el punto de que su padre se reía de él. Todo
lo que sus padres le daban, lo empleaba para vestir
a su gusto y no hizo ningún regalo a nadie. Después 3
de la guerra contra los partos, cuando su padre llegó
al cénit de su gloria y concedió a Basiano el título
de copartícipe en el trono, Geta recibió también el
nombre de César y de Antonino, según dicen al-
gunos autores. Tenía la costumbre de plantear a los 4
gramáticos distintas cuestiones para que dijeran cómo
emitían sus sonidos cada uno de los animales, *ver-
bi gracia:* los corderos balan, los cochinillos gru- 5
ñen, las paloman arrullan, los osos braman airados,
los leones rugen, los leopardos chillan, los elefan-
tes barritan, las ranas croan, los caballos relinchan, los
asnos rebuznan, los toros mugen, y solía demostrar
que emitían así sus sonidos, aportando el testimonio de
autores antiguos. Le eran muy familiares los libros 6
que Severo Samónico escribió a Antonino [5]. Tenía 7
también esta costumbre: mandaba a esclavos expe-
rimentados que prepararan sus banquetes, y sobre
todo los almuerzos, distribuyéndolos de acuerdo
con las distintas letras: por ejemplo, en uno de ellos
había ganso, jabalí y ánade; o también pollo, per- 8
diz, pavo, puerco, pez, pierna y otros tipos de ali-

[5] Cf. *Caracalla,* 4,4 n. 8.

mentos que comenzaban con esta letra; o también faisán, harina, higos y otros manjares similares [6]. Por eso se le consideraba pródigo ya en su adolescencia.

6 Después de su asesinato, una parte de los soldados que había permanecido insobornable, acogió el fratricidio con muchísima pena, pues todos afirmaban que habían prometido fidelidad a los dos hijos y a los dos debían mantenerla y, en consecuencia, cerraron las puertas del cuartel y no dejaron entrar
al emperador durante mucho tiempo. En fin, Ba- 2
siano no pudo volver a Roma hasta que no expresó públicamente las quejas que tenía sobre Geta y aplacó los ánimos de los soldados pagándoles unos
sueldos desmesurados. Finalmente, tras su llegada 3
a Roma, fueron asesinados Papiniano y otras muchas personas que apoyaban la concordia entre los dos hermanos o que se habían puesto de parte de Geta, de tal manera que cayeron abatidos distintos ciudadanos del estamento senatorial y ecuestre, no sólo en el baño, sino también en la mesa o en público, y el propio Papiniano fúe asesinado con un hacha, no sin que Basiano reprochara que no se hu-
biera llevado a cabo la acción con una espada. En 4
fin, la situación llegó a tal punto que se sublevaron los soldados de la guarnición de Roma, a los que reprimió Basiano con fuerte autoridad ordenando dar muerte a su tribuno, según algunos, o des-
terrándole, según otros. Sin embargo, le entró tan- 5
to temor que acudió también a la Curia con una coraza bajo su túnica de senador y, pertrechado de ese modo, rindió cuenta de su actuación y de la
muerte de Geta. Se dice que por entonces, cuando un 6
pretor proclamaba los éxitos del emperador y le

[6] En latín *anser, apruna, anas; polux, perdix, pauus, porcellus, piscis, perna; phasianus, farrata, ficus.* Nótese que se considera igual fonema *ph* y *f*.

atribuía los títulos de Sarmático Máximo y Pártico Máximo, el hijo de Pértinax, Helvio Pértinax, que después fue asesinado por el mismo Basiano, le dijo: «Añade también el de Gético Máximo» que es como
decir el Gótico. Esta frase caló profundamente en 7
el pecho de Basiano, como quedó después demostrado por el asesinato de Pértinax y por los de otros muchos que perecieron cruelmente y en distintos
lugares, como ya dijimos anteriormente. También 8
consideró a Helvio sospechoso de aspirar a la tiranía, porque todos le amaban y porque era hijo del emperador Pértinax, circunstancias que no ofrecen suficiente seguridad a nadie realmente, si es un ciudadano particular.

7 Cuentan que el funeral de Geta se celebró con más esmero del que correspondía a una persona que
había sido asesinada por su hermano. Fue enterra- 2
do en el sepulcro de sus antepasados, esto es, en el de Severo, que está ubicado en la vía Apia, a la derecha según se va hacia la puerta, construido a imitación del *septizonium* que Severo había engalana-
do en vida para que luego albergara su cadáver[7]. 3
Tuvo la intención de asesinar también a la madre de Geta, su madrastra, porque lloraba a su hermano, y a otras mujeres a las que encontró llorándole
cuando volvió del senado. Además, Antonino fue 4
de una crueldad tan grande, que se mostraba especialmente lisonjero con aquéllos a los que había decidido dar muerte, de forma que eran más temibles sus
lisonjas que su ira. Ciertamente a todo el mundo le 5
pareció extraño que irrumpiera en llantos por la muerte de su hermano cada vez que se hacía mención de su nombre y que veía retratos o bustos su-
yos. Por otra parte, la versatilidad de Antonino Ba- 6

[7] El autor confunde el sepulcro de Adriano donde fueron enterrados los Antoninos y Severos (y más tarde Caracalla, cf. *Severo*, 19,3 y *Caracalla*, 9,12), con el *septizonium* construido por Severo, cf. *Severo*, 19,5.

siano fue tan grande, y, más aún, fue tan grande su sed de sangre, que unas veces ordenaba la muerte de los partidarios de Geta y otras la de sus enemigos, cuando el azar los ponía en sus manos. Por esta razón Geta era aún más añorado.

15. OPILIO MACRINO

(Julio Capitolino)

1 Las vidas de aquellos príncipes, trátese de usurpadores o de Césares, que no ejercieron el poder imperial durante mucho tiempo, se esconden en el olvido, porque no hay detalles sobre su vida privada que merezcan ser narrados, ya que ni se tendría conocimiento de ellos siquiera, si no hubieran intentado conseguir el trono, y porque no pueden contarse muchas cosas sobre su acción de gobierno, pues reinaron pocos años. No obstante, nosotros sacaremos a la luz del día las noticias que hemos extraido de diversos historiadores, pero sólo las que
merezcan ser narradas, pues no hay nadie que no 2
haya realizado alguna que otra acción meritoria durante su vida. Pero quien se propone escribir biografías ajenas, tiene el deber de narrar aquello que
merece la pena conocerse. Y, por lo que respecta a 3
Junio Cordo, su afán se centró en publicar las biografías de los emperadores que consideraba más desconocidos, aunque no obtuvo resultados sensa-
cionales, porque descubrió pocas cosas y todas ellas 4
indignas de que se mantengan en el recuerdo, afirmando que su intención era averiguar hasta los mínimos detalles, como si fuera preciso saber sobre Trajano, Pío o Marco, por ejemplo, cuántas veces paseaban, cuándo cambiaban de dieta, cuándo se mudaban de ropa y cuándo y a quiénes promovie-
ron a algún cargo. Así, con la exposición de todos 5
estos detalles, llenó sus biografías de recitados fa-

bulosos describiendo cosas como las referidas, sien-
do así que no se debe reseñar ningún dato o muy
pocos sobre cosas insignificantes; pero, si por es-
tos hechos se pueden comprender las costumbres
del biografiado que realmente deben conocerse
<yo las consignaré por escrito>[1], pero solo en par-
te, para que por ella se deduzca el resto.
2 Después del asesinato de Antonino Basiano, el
prefecto de su guardia pretoriana, Opilio Macrino,
que antes administraba sus propiedades particula-
res, se apoderó del trono, a pesar de que era de hu-
milde condición y de que poseía un espíritu y un
aspecto depravado, y se hizo llamar unas veces Se-
vero, otras Antonino [1bis] dado que era odiado por
todos, ciudadanos y soldados; y, habiéndose dirigido 2
inmediatamente a luchar contra los partos[2], evitó
la posibilidad de que los soldados dijeran lo que
pensaban sobre él y de que se incrementaran las crí-
ticas con las que le agobiaban. Con todo, el senado 3
le aceptó con agrado como emperador por odio a
Antonino Basiano, puesto que todos los senadores
en la asamblea dijeron a una voz «A cualquiera más 4
que a un parricida, a cualquiera más que a un in-
cestuoso, a cualquiera más que a un impuro, a cual-
quiera más que a un asesino del senado y del pue-
blo.»
Y tal vez a todo el mundo le parezca extraña la 5
razón de por qué Diadumeno, el hijo de Macrino,
quiso que se le designara con el nombre de Anto-
nino, cuando se asegura que él fue el autor de la
muerte de un Antonino.
3 Voy a relatar ahora los hechos que sobre él se ha-
llan reseñados en los anales: durante el reinado de
Antonino, la sacerdotisa de la diosa Celeste[2] de Car-

[1] Hay una laguna en el texto. Traduzco así aceptando una adición de P: *conscribam*.

[1bis] Su nombre oficial, después de la asunción del poder, fue realmente M. Opilio Severo Macrino Augusto.

[2] Para esta divinidad, cf. *Pértinax*, 4, 2 y n. 16.

tago, que por inspiración de esta divinidad suele vaticinar cosas verdaderas, en una ocasión en que predecía el porvenir a un procónsul que, como de costumbre, la preguntaba sobre la situación del Estado y sobre su poder futuro, cuando llegó a hablar de los emperadores, ordenó que contaran con voz clara las veces que ella nombraba a Antonino, y entonces, ante el asombro de todos los presentes, repitió ocho veces el nombre de Antonino Augusto. 2
Pero, contra la opinión general de que Antonino Pío reinaría durante ocho años solamente, éste los sobrepasó, y entre los que creían en los vaticinios quedó constatado que lo que había indicado la profetisa era algo distinto referido a aquel momento o a años más tarde. En definitiva, si se hace un re- 3
cuento de todos aquéllos que se llamaron Antoninos, se descubre que es ocho su número. A saber, 4
el primero, Pío; el segundo, Marco; el tercero, Vero; el cuarto, Cómodo; el quinto, Caracalla; el sexto, Geta; el séptimo, Diadumeno; y, el octavo, Heliogábalo. Y no hay que incluir entre los Anto- 5
ninos a los dos Gordianos, porque éstos tuvieron solamente el sobrenombre de Antoninos, o recibieron tambien el nombre de Antonios, no el de Antoninos. Este vaticinio fue la causa por la que Se- 6
vero se impuso a sí mismo también el nombre de Antonino y por la que hicieron lo mismo otros muchos príncipes como Pértinax, Juliano y el mismo Macrino. Pero este nombre fue retenido aún más 7
que el suyo propio por los mismos Antoninos, que fueron los verdaderos sucesores de Antonino. Esto es lo que dicen unos autores. Pero otros dicen que 8
fue su padre Macrino quien dio a Diadumeno el nombre de Antonino, para ahuyentar de los soldados la sospecha de que había sido él el asesino de Antonino. Otros, en cambio, escriben que fue tan 9
grande la nostalgia por este nombre, que ni el pueblo ni los soldados consideraban emperador a nadie, si no oían que se le daba este nombre.

4 Y, cuando se anunció que Vario Heliogábalo se
había erigido emperador, siendo así que ya el sena-
do había dado el título de César a Alejandro, mu-
chos senadores expusieron en la asamblea aquellas
acciones por las que pudiera mostrarse claramente
que había sido innoble, mezquino e inmundo. En 2
fin, éstas fueron las palabras de Aurelio Víctor, al
que se conocía con el apodo de Pinio: «que, du-
rante el reinado de Cómodo, Macrino había sido
un liberto que se había prostituido a sí mismo y se
había dedicado a oficios serviles en la mansión im-
perial, fácilmente sobornable y de costumbres mez-
quinas; que, tras haber sido apartado por Severo de 3
aquellos bajísimos oficios que ejercía y de haber
sido relegado a África, para ocultar la deshonra de
esta condena, se había entregado a la lectura, había
defendido pequeños procesos, había hecho decla-
maciones y, finalmente, había impartido clases en
una escuela; pero que posteriormente había sido ga- 4
lardonado con el anillo de oro [3] y nombrado abo-
gado del fisco bajo el gobierno de Vero Antonino,
merced al patrocinio de un compañero suyo de ma-
numisión llamado Festo.» Pero no sólo estas noti- 5
cias se consideran dudosas, sino que hay otros au-
tores que ofrecen otras distintas, que nosotros tam-
poco callaremos. En efecto, muchos han escrito que
participó en un combate gladiatorio y que se retiró
a Áfrlca tras recibir la vara de honor; que primero 6
fue cazador, luego notario público y finalmente
abogado del fisco. Desde este cargo escaló las más 7
ilustres dignidades. Después, cuando era prefecto
del Pretorio, tras haber desterrado a su colega, aca-
bó con la vida de su emperador Antonino Caraca-
lla con tanta astucia que no pareció que había sido
él el asesino. Porque, después de haber comprado 8

[3] Signo del rango de los miembros del censo ecuestre.

a su escudero y haber ofrecido una gran perspectiva con la muerte de Caracalla, se esforzó en que se difundiera la noticia de que había sido asesinado en un complot militar, porque ya no era grato a causa de su parricidio o de su incesto.

5 En fin, asumió rápidamente el poder imperial, invitando a participar en el gobierno a su hijo Diadumeno, al que los soldados dieron enseguida, como ya dijimos, el nombre de Antonino siguiendo sus indicaciones. Después envió el cuerpo de 2
Antonino a Roma para que le enterraran en el panteón de sus antepasados [4]. Mandó al prefecto del 3
Pretorio, colega suyo poco ha, que cumpliera con su deber y, sobre todo, que sepultara a Antonino con los debidos honores, organizando pompas fúnebres de munificencia regia, pues era consciente de que había sido amado profundamente por el pueblo a causa de los vestidos y congiarios que le había distribuido. Se añade a esto que temía un al- 4
boroto militar, pues, en caso de que éste se suscitara, no le permitiría ejercer el imperio, imperio que había usurpado, pero asumiéndolo como si no lo deseara, como ocurre con los hombres que dicen 5
que se les obliga a determinadas acciones que ellos proyectan, incluso recurriendo a los crímenes. Por otra parte, temió hasta a su colega, pensando que también el desearía imperar, pues todos esperaban que, si se producía el asentimiento de una sola unidad militar y él no se oponía a ello, todas las demás unidades harían lo mismo por odio a Macrino a causa de su vida depravada o de su humilde linaje, siendo así que todos los anteriores empera- 6
dores habían sido nobles. Además, Macrino añadió 7
todavía a su nombre el de Severo, a pesar de que no le unía ningún parentesco con él. De ahí que se conserva este juego: «Macrino es Severo del mismo

[4] Cf. *Caracalla,* 9, 12. Se refiere al sepulcro de Adriano.

modo que Diadumeno es Antonino.» Sin embargo, para aplacar enseguida el motín de los soldados, dio a los legionarios y a los pretorianos un estipendio
más cuantioso que de costumbre, porque deseaba 8
atenuar al crimen que suponía haber asesinado a un emperador, Y, como suele ocurrir, a aquel individuo al que no podía reportarle utilidad su inocencia, se la reportó el dinero, pues se mantuvo en el trono durante algún tiempo, a pesar de ser un hombre cargado de todos los vicios.

Después remitió una carta sobre la muerte de 9
Antonino en la que le llamaba a él «divino» y se justificaba a sí mismo y juraba que no sabía nada sobre su asesinato. Así, como es habitual en hombres infames, a su crimen sumó el perjurio en la carta que dirigió al senado, vicio con el que era lógico que iniciara su reinado un hombre sin escrúpulo alguno.

6 Interesa saber cómo fue el discurso con el que justificó su crimen, para comprender así la desvergüenza de este hombre y el sacrilegio con que co-
menzó su reinado este emperador malvado. Párra- 2
fos del discurso de los emperadores Macrino y Diadumeno: «Nuestro deseo hubiera sido, padres conscriptos, contemplar vuestra clemencia con nuestro emperador Antonino a salvo y volviendo recompensados con el triunfo. Porque entonces por fin seríamos todos felices por el esplendor de nuestro país y podríamos vivir bajo el gobierno de aquel príncipe que nos dieran los dioses como sucesor de
los Antoninos. Ahora bien, como esto no ha sido 3
posible debido a la sublevación del ejército, en pri- 4
mer lugar, os indicamos el comportamiento que esta institución ha tenido con nosotros, luego cumpliremos con nuestra primera obligación, decretando honores divinos en honor de aquel varón a quien juramos fidelidad, puesto que el ejército pensó que nadie era más digno para vengar el asesinato de Basiano que su prefecto al que el mismo Basiano ha-

bría encargado sin duda castigar esta sublevación,
si hubiera podido descubrirla cuando aún vivía.» Y 5
un poco más adelante: «Me confiaron a mi el im-
perio, cuya tutela, padres conscriptos, yo he reci-
bido de momento, y cuyo timón mantendré, si
opináis del mismo modo que los soldados, a los
que he abonado su paga y he dado todas las órde-
nes que suele dar el emperador.» Y un poco más 6
abajo: «El ejército ha galardonado a mi hijo Diadu-
meno, al que vosotros conocéis, con el imperio y
con un nombre, llamándole Antonino, para que sea
honrado tanto con este nombre, como con el ho-
nor del trono. Os suplicamos, padres conscriptos, 7
que aprobéis esta determinación depositando vuestro
voto benévolo y favorable, para que se conserve
entre vosotros el nombre de los Antoninos que tan-
tísimo amáis.» Y más adelante: «Los soldados han 8
decretado honores divinos a Antonino y también
nosotros los hemos decretado y os pedimos a vo-
sotros, padres conscriptos, que los ratifiquéis, aun-
que podríamos ratificarlos haciendo uso de nuestra
autoridad imperial, erigiéndole dos estatuas ecues-
tres, dos pedestres con uniforme militar y otras
dos que le representen sentado y con el traje civil,
e igualmente otras dos estatuas triunfales al divino
Severo. Vosotros, padres conscriptos, ordenaréis 9
que se cumplan todos estos decretos accediendo a
nuestros piadosos deseos en pro de los que nos han
precedido.»

7 Así, pues, después de que se leyeron las cartas en
el senado, la asamblea, contra la opinión general,
acogió con alegría la noticia de la muerte de Anto-
nino y, esperando que Opilio Macrino velaría por
la libertad pública, primeramente le elevó al rango
de patricio, aunque era un hombre «nuevo» [5] y has-

[5] Como se vio en el capítulo 2,1 era «de humilde condición» *(humili natus loco)*. Para el sentido de hombre «nuevo», cf. *Avidio Casio*, n. 2 y para la elevación al patriciado, cf. *Didio Juliano*, n. 4.

ta poco antes había sido sólo administrador del pa-
trimonio privado del emperador [6]. Luego, aunque 2
era un amanuense de los pontífices, de los que ac-
tualmentese llaman pontífices menores, le nombró
Pontífice Máximo y le impuso mediante un decre-
to el nombre de Pío. Sin embargo, tras la lectura 3
de estas cartas, se mantuvo el silencio durante mu-
cho tiempo, puesto que nadie en absoluto creía en
la muerte de Antonino. Ahora bien, cuando se 4
constató su asesinato, el senado lanzó contra él to-
das las invectivas reservadas a los usurpadores. Fi-
nalmente, se apresuraron a otorgar a Macrino la au-
toridad proconsular y el poder tribunicio.

Después de haber asumido por su parte el nom- 5
bre de Feliz, para alejar de sí la sospecha del asesi-
nato de Antonino, a su hijo, llamado hasta enton-
ces Diadumeno, le concedió el nombre de Antoni-
no. Este nombre le asumió también posteriormen- 6
te Vario Heliogábalo, que se decía hijo de Basiano,
hombre de una vileza extrema e hijo de una mere-
triz. En fin, se conservan unos versos de un poeta 7
anónimo que muestran que el nombre de Antoni-
no comenzó a ser usado por Pío y, poco a poco, des-
pués de haberlo ostentado los Antoninos, llegó a la
más extrema degradación, puesto que Marco An-
tonino es el único que parece haber engrandecido
la sacralidad de este nombre con la integridad de
su vida, mientras que Vero lo envileció y Cómodo
también lo mancilló. Y ¿qué se puede decir de An- 8
tonino Caracalla? ¿qué de Macrino? ¿qué, final-
mente, también de Heliogábalo el último de los An-
toninos, del que se recuerda que vivió en la más ex-
trema degradación?

[6] Cf. *Cómodo,* 10,1 y n. 48

[7] Un *scriba pontificius* «amanuense» o «secretario de los pontífices». Eran, junto con compañeros del mismo oficio, los llamados *pontifices minores* que luego constituyeron una corporación de gran importancia.

8 Pues bien, una vez proclamado emperador, declaró la guerra a los partos y partió contra ellos con un poderoso ejército, pues deseaba eliminar la deshonra de su linaje y la mala reputación de su vida pasada, mediante la consecución de una gran victoria. Pero, tan pronto como inició la lucha contra 2
los partos, fue aniquilado en el curso de una sublevación de sus legiones que huyeron junto a Vario Heliogábalo. Pero su reinado duró más de un año.

Por cierto, en esta guerra que había iniciado An- 3
tonino, Macrino en un primer momento opuso resistencia, aunque sus fuerzas eran inferiores a las de Artabano, quien trataba de vengar con autoridad la muerte de los suyos; pero después envió al rey Parto una embajada pidiéndole la paz que aquél le concedió de buen grado después de la muerte de Antonino. Habiéndose retirado desde allí a Alejan- 4
dría y entregándose en esta ciudad a la vida licenciosa, proporcionó al ejército un motivo justificado para darle muerte y para declararse partidario del pretendido hijo de Basiano, es decir, de Heliogábalo Basiano Vario, que posteriormente recibió los nombres de Basiano y de Antonino.

9 Hubo una mujer llamada Mesa o Varia [8], natural de la ciudad de Emesa [9], hermana de Julia, la esposa de Severo Pértinax el Africano, que después de la muerte de Antonino Basiano había sido expulsada de la mansión imperial por la insolencia de Macrino, a la que éste permitió conservar todos los bienes que había reunido después de muchos años. Esta mujer tenía dos hijas, Simiamira [10] y Ma- 2

[8] Confróntese estos datos con Herodiano, V, 3, 2 ss. Julia Mesa, casada con Julio Avito, cónsul *suffectus* en época de Severo y procónsul de Asia. Fue aclamada *Augusta* y *mater castrorum* en el 218.

[9] En Siria central, en el Orontes.

[10] Cf. *Heliogábalo* 2,1 y n. 5.

mea [11], la mayor de las cuales era madre de Helio-
gábalo, nombre que dan los fenicios al sol [12]. Pero
Heliogábalo era célebre por su belleza, por su es- 3
tatura y por el sacerdocio que ejercía, y era cono-
cido por todos los fieles que acudían al templo, y
sobre todo por los soldados. A éstos Mesa, o Va- 4
ria, les dijo que Basiano era hijo de Antonino, lo
que se divulgó poco a poco entre todo el ejército.
La propia Mesa era además inmensamente rica (gra- 5
cias a lo cual también Heliogábalo vivía con gran
lujo) y consiguió mediante sus promesas a los sol-
dados que las legiones abandonaran el partido de
Macrino. Pues bien, después de haberle acogido por 6
la noche con los suyos en la Ciudad, su nieto fue
aclamado con el nombre de Antonino, tras haberle
ofrecido las insignias del imperio.

10 Cuando informaron de todo esto a Macrino que
tenía su campamento en Antioquía, admirando la
audacia de esta mujer y al mismo tiempo despre-
ciando su proceder, envió a su prefecto Juliano con
unas legiones para que la sitiaran con sus partida-
rios. Pero, cuando mostraron a Antonino a las le- 2
giones, impulsadas por un extraño amor hacia él,
se pusieron todas de su parte y dieron muerte a Ju-
liano. Después, Antonino reunió una parte del ejér- 3
cito y marchó contra Macrino que se apresuraba a
cortarles el paso. Trabaron combate, pero Macrino
fue derrotado enseguida, pues sus soldados le trai-
cionaron por amor a Antonino Macrino fue asesi- 4
nado con Diadumeno en una aldea de Bitinia cuan-
do huía con él y unos partidarios suyos. Arranca-
ron su cabeza y se la llevaron a Antonino. Convie-
ne saber, además, que el joven Diadumeno fue Cé-

---

[11] Julia Mamea, la madre de Severo Alejandro, cf. *Alejandro Severo*, 5,1 y n. 8.

[12] Cf. *Heliogábalo*, 1, 5 y n.

sar, según dicen, no Augusto, y que de él transmitieron a la posterioridad muchos escritores que había tenido igual poder que su padre. También fue 5
asesinado el hijo, al que el poder imperial sólo le deparó la ocasión de ser asesinado a mano de los soldados. Efectivamente, no se encontrará en su 6
biografía nada que merezca ser narrado, salvo esto: que fue agregado a los Antoninos como un bastardo.

Macrino observó mayor rigidez y austeridad en
11 sus costumbres en la etapa que fue emperador, esperando conseguir que se olvidara toda su actuación anterior, siendo así que su misma severidad ofrecía una ocasión propicia para que se le reprochara y se le denigrara. Efectivamente, había desea- 2
do que le llamaran Severo y Pértinax, dos nombres que le parecían a él que denotaban severidad. Y, a pesar de que el senado le concedió el título de Pío y de Feliz, aceptó este último y rechazó aquél. Ésta 3
es la razón por la que, al parecer, se conserva un epigrama, no exento de humor, de un poeta anónimo griego, que se expresa en latín con estas ideas:

«Histrión ya de anciano, infame, severo, cruel 4
[e injusto
deseó ser al mismo tiempo impío y feliz, de
[tal forma
que no quiso ser piadoso, aunque sí dichoso,
algo que la naturaleza rehusa y la razón no
[admite.
Podía, en efecto, haberse llamado piadoso y
[feliz y haberlo parecido;
pero es impío y feliz y lo será siempre.»

Éstos versos los escribió un poeta anónimo latino 5
en el foro al lado de los versos griegos que se habían fijado allí anteriormente. Cuando Macrino tuvo conocimiento de ellos, dicen que respondió con estos otros:

«Si el destino hubiera dotado al poeta griego 6
de las cualidades que ostenta este granuja la-
[tino,
el pueblo y el senado hubieran permanecido
[en la ignorancia,
y ningún mercader me hubiera dedicado ver-
[sos abominables.»

Macrino creyó que había dado una respuesta ade- 7
cuada con estos versos, aunque eran mucho peores aún que los latinos; pero la gente se rió más de él que del poeta que recibió la orden de traducirlos del griego al latín.

12 Así pues, fue soberbio, sanguinario, se propuso gobernar al estilo militar y llegó a censurar incluso las reglas de conducta de los reinados anteriores,
elogiando sólo a Severo por encima de los demás. 2
En efecto, hizo crucificar a los soldados y les impuso siempre penas que estaban reservadas a los esclavos y, cuando sufrió alguna sedición militar, la mayor parte de las veces diezmó a los soldados, aunque alguna vez también los «centesimó» —una palabra acuñada por él y que la empleaba cuando se quería llamar a sí mismo clemente—, porque «centesimaba» a aquellos soldados que habían merecido más bien ser
diezmados o «vicesimados». Es muy largo de ex- 3
poner todas sus crueldades; sin embargo, yo citaré una que aunque poco importante, según su opinión, realmente es más horrible que todas las bar-
baridades cometidas por los tiranos. En una oca- 4
sión en que unos soldados trataron de violar a una sierva de su huésped, que había perdido ya hacía tiempo su recato, y Macrino se enteró de ello porque se lo comentó un mercader de trigo, ordenó que los llevaran a su presencia y les preguntó si ha-
bían sido ellos los violadores. Cuando constató su 5
culpabilidad, ordenó abrir en canal dos bueyes vivos de gran corpulencia y enterrar en ellos a los dos soldados, dejándo las cabezas fuera para que se pu-

dieran hablar. Y de esta forma les impuso su castigo, aunque ni sus antepasados ni sus contemporáneos aplicaron suplicios como el mencionado ni siquiera a los adúlteros. No obstante, Macrino luchó 6
no con menor coraje que éxito contra los partos, los armenios y los árabes, a los que llaman Eudémones [13]. Hizo atar en la parte inferior de un carro 7
de ruedas a un tribuno, que permitió que abandonaran un puesto de guardia, y ordenó que le arrastraran así, primero vivo y luego muerto, durante toda una marcha. Restableció también el suplicio 8
de Mezencio [14], y, de acuerdo con sus normas, ataba personas vivas con cadáveres y las obligaba a morir consumidas por el prolongado contagio. Por 9
esta razón también, cuando el pueblo mostró su simpatía hacia Diadumeno en el circo, le aclamó así:

«¡Oh joven de excepcional belleza,
cuyo padre no debía ser Mezencio!» [15]

Ordenó también encerrar y amontonar hombres vi- 10
vos entre paredes, y a los reos de adulterio los quemó siempre vivos y todos a la vez, haciendo para ello atar sus cuerpos. Condenó a morir bajo la espada de los gladiadores a los esclavos que se habían fugado de la casa de sus dueños, si éstos lograban prenderlos. A los delatores, si no aportaban prue- 11
bas, les condenaba a la pena capital, y, si las aportaban, les despachaba con una nota infamante, después de haber percibido el premio del dinero prometido.

13 Macrino fue experto en derecho, hasta el punto que decidió invalidar todos los rescriptos de los emperadores anteriores, para que en adelante la juris-

[13] Del griego εὐδαίμονες «felices».

[14] Rey etrusco que combatió aliado con Turno contra Eneas. Para la descripción del castigo, cf. Virgilio, *Aen.*, VIII, 485-488.

[15] El primer verso es de la Eneida, XII, 275; el segundo del VII, 654.

prudencia no se apoyara en ellos, sino en el dere-
cho, argumentando que constituía un crimen con-
siderar como leyes las disposiciones de Cómodo, de
Caracalla o de otros príncipes ignorantes, siendo así
que Trajano jamás había respondido por escrito a las
consultas que le hacían, para que no se aplicaran a
otras causas las respuestas del príncipe que se ha-
bían dictado para conceder algún favor. Fue gene- 2
rosísimo en las distribuciones de trigo, pero muy
tacaño en las donaciones de oro, y tan cruel, per- 3
tinaz y severo cuando azotaba a los siervos de pa-
lacio, que éstos le llamaban Macelino [16] en lugar de
Macrino, porque su casa se regaba con la sangre de
los esclavos más jóvenes como si fuera una carni-
cería. Le gustaba mucho comer y beber, hasta el 4
punto de que se emborrachaba algunas veces, pero
siempre por la tarde, pues cuando almorzaba sin
compañía alguna era extremadamente sobrio, mien-
tras que en la cena comía sin freno. Invitaba a sus 5
festines a literatos para obligarse a comer menos,
mientras se entretenía en charlar sobre los estudios
liberales.

14 Pero, cuando los ciudadanos pensaban en la ba-
jeza de su origen y veían la crueldad de su carácter
y ya no podían soportar más como emperador a un
hombre corrompido, no pudiéndole soportar sobre
todo los soldados que recordaban muchas de sus
acciones funestísimas y a veces indignísimas, tras
promover una sublevación, le asesinaron junto con
su hijo Diadumeno que, como se sabe, tenía el so-
brenombre de Antonino y del que ya se ha dicho
que había sido Antonino en sueños. Por ello se con- 2
servan estos versos que aluden a este hecho:

[16] El «carnicero». Apodo derivado de *macellum* «mercado de carne», alusivo a su crueldad.

«Hemos visto en sueños, ciudadanos, si no
[me engaño, también esto:
llevaba el nombre de los Antoninos aquel
[niño
que nació de padre esclavo, pero de madre
["virtuosa"
pues resistió a cien adúlteros e hizo proposi-
[ciones a otros cien.
También este calvo fue amante y después ma-
[rido,
he aquí un Pío, he aquí un Marco, pues él ja-
[más fue Vero.»[17]

También estos versos fueron traducidos del griego al latín: y, aunque en griego son muy expresivos, me parece a mí que han sido traducidos por algún poeta vulgar. 3 Cuando Macrino se enteró de su existencia, compuso unos yambos que se han perdido, pero que eran muy graciosos, según dicen. 4 Su pérdida ocurrió en el tumulto en el que fue asesinado, cuando también todos sus bienes fueron devastados por los soldados. 5

15 Como ya hemos dicho, su muerte fue como sigue: cuando el ejército se inclinó a favor de Antonino Heliogábalo, Macrino escapó y fue derrotado en la guerra y luego muerto en un arrabal de Bitinia, tras haberse entregado una parte de sus soldados, haber perecido otra parte y haber escapado los restantes. 2 Así a Heliogábalo se le consideró famoso, pues se creía que había vengado la muerte de su padre, y, como consecuencia de ello, accedió al trono, al que deshonró con sus desmesurados vicios, como la lujuria, la infamia, la glotonería, el orgullo y la fiereza. Él también obtuvo por suerte una muerte similar.

[17] Retruécano. *Verus* en latín es nombre de varón, «Vero», o adjetivo, «veraz».

Esto es lo que nosotros sabemos de Macrino, 3
aunque muchos autores discrepan en algunos puntos, como suele ocurrir con la historia de cualquier
hombre. Lo hemos espigado en múltiples fuentes y 4
se lo ofrecemos a tu serenidad, Augusto Diocleciano, porque nos hemos percatado de tu amor a los antiguos emperadores.

16. ANTONINO DIADUMENO

(Elio Lampridio)

1 La vida del joven Antonino Diadumeno, al que
el ejército proclamó emperador junto con su padre
Opilio Macrino después del asesinato de Basiano
por la facción de Macrino, no contiene ningún he-
cho digno de mención, excepto que recibió el nom-
bre de Antonino y que le sobrevinieron extraños
presagios anunciándole un breve reinado, tal como
ocurrió. En efecto, tan pronto como se supo entre 2
las legiones que Basiano había sido asesinado, una
profunda tristeza invadió los pechos de todos los
soldados, porque ya no tenían un Antonino al fren-
te del Estado, pensando que con él iba a perecer el
imperio romano. Cuando anunciaron estas nuevas 3
a Macrino, que ya era emperador, temiendo que el
ejército se inclinase a favor de alguno de los Anto-
ninos, puesto que había muchos generales proce-
dentes de familiares de Antonino Pío entre los ge-
nerales del ejército ordenó que se convocara inme-
diatamente una asamblea militar y confirió el nom-
bre de Antonino a su hijo, aunque aún era un niño. 4
He aquí su arenga: «Compañeros de armas, voso-
tros véis que ya soy de edad avanzada y que, en
cambio, es un jovencito aún Diadumeno, al que, si
los dioses le son favorables, tendréis como empe-
rador durante muchos años. Además, comprendo 5
que aún añoráis extraordinariamente el nombre de
Antonino. Por ello, puesto que parece que no me
queda mucha vida, ya que la fragilidad humana im-

pone su ley, otorgó con vuestro permiso a este joven el título de Antonino para que os represente
como un Antonino durante mucho tiempo». En- 6
tonces aclamaron: «Emperador Macrino, que los dioses te conserven; Antonino Diadumeno, que los dioses te conserven. Todos pedimos un Antonino
con larga vida, ¡oh, Júpiter Óptimo Máximo![1], que 7
vivan Macrino y Antonino. Tú lo sabes, Júpiter, Macrino no puede ser derrotado. Tú lo sabes, Júpiter, Antonino no puede ser derrotado. Tenemos
un Antonino, lo tenemos todo. Los dioses nos han 8
dado un Antonino. El joven Antonino es digno del imperio.»

2 El emperador Macrino respondió: «Recibid, por tanto, compañeros de armas, tres áureos a cambio de la potestad imperial, cinco a cambio del nombre de Antonino y los ascensos habituales, pero duplicados. Ojalá que los dioses permitan que se hagan estas donaciones con más frecuencia. Por lo que a nosotros respecta, repetiremos cada cinco años las
donaciones que hoy hemos otorgado.» Después de 2
esto, el mismo emperador Diadumeno Antonino, que era aún un jovencito, dijo: «Os doy gracias, compañeros de armas, por haberme galardonado con un imperio y con un nombre, puesto que habéis considerado dignos tanto a mí como a mi padre de proclamarnos emperadores romanos y de
confiarnos la república. Mi padre, sin duda, procu- 3
rará no defraudar al imperio y, por mi parte, yo me esforzaré en no defraudar el nombre de los Antoninos. Porque soy consciente de que he recibido los títulos de Pío, Marco y Vero, pero me va a ser
muy difícil corresponder a ellos. Mientras tanto, sin 4
embargo, por mi acceso al trono y por este nom-

[1] El Júpiter *Capitolinus* era el verdadero tutelar del pueblo romano, llamado *Optimus Maximus*, es decir, el mejor y más grande de los dioses. Recibía el culto público del Estado.

bre, yo os prometo todo aquello que os prometió mi padre y otro tanto, duplicando el número de cargos, como prometió también mi venerable padre Macrino, que se halla aquí presente.» El escri- 5
tor griego Herodiano omite estos detalles y se limita a reseñar estos dos hechos: la proclamación de Diadumeno como César por los soldados siendo aún niño y su asesinato junto con su padre.

Nada más acabar esta asamblea, se acuñaron mo- 6
nedas en Antioquía con el nombre de Antonino Diadumeno; pero la impresión de monedas con el nombre de Macrino se difirió hasta que no le decretó el senado. También fue enviada a esta asam- 7
blea una carta en la que se le notificaba la concesión del nombre de Antonino a Diadumeno. Por ello dicen que el senado también aceptó con agrado su ascenso al trono, aunque hay otros que piensan que lo hizo por el odio que tenía a Caracalla. El empe- 8
rador Macrino había decidido distribuir entre el pueblo para honrar a su hijo unas pénulas [2] de color encarnado que deberían llamarlas Antoninianas, como se llamaban Caracallas las distribuidas por Basiano [3], afirmando que había más motivos para llamar a su hijo Penuleo o Penulario [4], que Caracalla a Basiano. Prometió también un congiario An- 9
toniniano, por medio de un edicto, como el propio edicto lo puede demostrar. Palabras del edicto: 10
«Ciudadanos romanos, desearía ya estar entre vosotros. Vuestro Antonino os donaría un congiario que llevaría su nombre e instituiría, además, una cofradía de jóvenes Antoninianos y de doncellas Antoninianas para que propagara la gloria de un nombre tan estimado.» Y así sucesivamente.

3 Realizadas estas cosas, como hemos dicho, orde-

---

[2] Para esta prenda, cf. *Adriano*, n. 20.
[3] Cf. *Caracalla*, 9,7 y n. 24.
[4] Derivado de *paenula*.

nó que se confeccionaran en los cuarteles enseñas y banderas [5] Antoninianas e hizo unas estatuas de Basiano en oro y plata y se celebraron rogativas públicas [6] durante siete días por el nombre de Antonino.

Fue el más bello de todos los muchachos, bas- 2
tante alto de talla, de cabellos rubios, de ojos negros, de nariz respingona, de barbilla modelada con todo primor, de boca adecuada para los besos, robusto por naturaleza, pero un tanto afeminado por
educación. Cuando por primera vez tomó los ves- 3
tidos de escarlata y púrpura y las demás insignias castrenses imperiales, resplandeció como si fuera un ser astral o celeste, de forma que todos le tenían afecto a causa de su elegancia.

Esto es lo que tenía que decir sobre este mucha- 4
cho. Pasemos ahora a exponer los presagios de su reinado, presagios que, si han causado admiración en otros casos, en su caso han sido aún más admirables.

4 El día en que nació, su padre, que era entonces procurador del gran tesoro [7], inspeccionó unas ropas de púrpura y ordenó que llevaran las que consideró más brillantes a la habitación donde nació
Diadumeno dos horas después. Además, los niños 2

[5] Los estandartes *(uexilla)* eran un pieza de tela cuadrada atada por su parte superior a un travesaño horizontal, frente a la enseña o bandera *(signa)*, que era un palo coronado con la imagen de un águila, de un caballo, etc. El *uexillum* fue en su origen la enseña única y particular de la caballería romana y luego distintivo de las tropas auxiliares, así como el *signum* fue el de las legiones, de forma que cuando se quería hablar conjuntamente de legiones y tropas auxiliares se empleaba la frase *signa et uexilla*, cf. Suetonio, *Nero*, 13; *Vit.*, 11.

[6] *Adriano*, n. 58.

[7] Según Magie (*op. cit.*, II, p. 88, n. 3), este oficio de *procurator aerarii maioris* no existía como tal. Se trataría de un error por *procurator thesaurorum*, ya que en los *thesauri* se incluía todo el atuendo imperial.

suelen distinguirse por una especie de birrete [8] natural que les quitan las comadronas al nacer, para vendérsele después a los abogados crédulos, porque los pleiteantes dicen que les ayuda en los juicios. Pero este muchacho no nació con dicha mem- 3
brana en forma de birrete, sino de una fina diadema, aunque de una resistencia tan grande que no se podía romper porque estaban entretegidas sus fibras como las fibras que se emplean en los arcos. 4
Dicen también que cuando era muchacho le llamaban Diademado [8 bis], pero que luego, cuando ya fue un adolescente, recibió el nombre de Diadumeno, el mismo que tenía su abuelo materno, aunque el nombre de Diadumeno no difiere mucho del de Diademado. Se dice que en la finca de su padre na- 5
cieron doces ovejas de color púpura, de entre las cuales sólo una tenía tonalidades diversas. Se sabe 6
que, el mismo día en que nació, un águila le trajo, sin que él se diera cuenta, un palomino real, lo dejó en su cuna mientras dormía y luego se alejó sin causarle ningún mal. Los pantagatos [9] anidaron en la casa de su padre.

5 Por la fecha en que nació, los matemáticos, al conocer su horóscopo, dijeron con admiración que él mismo era emperador e hijo de emperador, como si su madre hubiera sido culpable de adulterio, tal como sostenía la opinión pública. Cuando paseaba por el campo, un águila le quitó el birrete [10] y, ante 2

---

[8] Con este nombre se alude aquí a una membrana natural que aparecía con esa forma al nacer y que se pensaba que tenía determinados poderes mágicos, cf. n. 10.

[8 bis] En latín, *Diadematus* «adornado con diadema». La diadema era una banda blanca y azul que usaban los monarcas en Asia. Se adoptó como emblema de soberanía, cf. Juvenal, XIII, 105.

[9] Aves de buen augurio de identidad desconocida.

[10] Se trata del llamado *pileus*, un birrete o bonete de filtro que llevaban solamente los hombres. Variaba de forma según las distintas naciones, pero en todas era redondo, sin bordes y ceñido a la cabeza.

la gritería que organizaron sus compañeros de in-
fancia, la colocó, según dicen, en el monumento
real que estaba situado al lado de la villa donde re-
sidía entonces su padre, encima de una estatua del
rey, de tal modo que encajara en ella. Muchos lo 3
consideraron como un presagio de mal agüero y
como un indicio de su muerte; sin embargo, los he-
chos posteriores probaron que el presagio anuncia-
ba algo glorioso. Además, nació el mismo día en 4
que nació Antonino, a la misma hora, y casi con
los mismos signos del zodíaco que se dieron cuan-
do nació aquél, por lo que los matemáticos decla-
raron que él sería hijo de emperador y emperador,
pero no por mucho tiempo. Se cuenta también que 5
el día en que nació, como coincidía con el día del
natalicio de Antonino, una mujer que vivía próxi-
ma a él exclamó: «Que se llame Antonino», pero
que Macrino sintió temor y se abstuvo de darle el
nombre propio de un emperador, porque ningún
miembro de su familia había sido investido con este
nombre y porque ya se había difundido públicamente
mente el rumor sobre el significado de su horósco-
po. Muchos autores relatan en sus escritos que 6
ocurrieron éstos y otros presagios, pero que el más
famoso fue el siguiente: en una ocasión en que se
hallaba Diadumeno en la cuna y un león, después
de haber roto las cadenas que le sujetaban, se esca-
pó sin que se le pudiera dominar, según algunos,
se acercó luego a la cuna, acarició al niño y le dejó
ileso, en tanto que su nodriza, que se lanzó contra
él, pereció extenuada por sus mordiscos. Y se dio
la casualidad de que se la encontró a ella sola en el
recinto en que yacía acostado el niño.

6 Éstas son las cosas que he considerado dignas de
mención respecto a Antonino Diadumeno. Y hu-
biera narrado su biografía al mismo tiempo que la
de su padre, si el nombre de los Antoninos no me
hubiera obligado a publicar aparte la biografía de
este niño. Ciertamente, el nombre de los Antoni- 2

nos fue tan amado en aquellos tiempos que, a aquél
que no se apoyaba en dicho nombre, no se le con-
sideraba digno de ser emperador. Ésta es la razón 3
por la que algunos consideran que Severo, Pértinax
y Juliano deben ser honrados con los prenombres
de Antoninos y que por ello después recibieron el
de Antoninos los dos Gordianos, padre e hijo. Pero 4
es distinto adoptarlo como prenombre que asumir-
lo como nombre propio. Así, Pío ostentó el nom- 5
bre propio de Antonino y el sobrenombre de Pío,
mientras que Marco Aurelio tuvo el nombre pro-
pio de Verísimo, pero, después de que se eliminó
este nombre borrándolo de entre los títulos, reci-
bió el de Antonino no como prenombre, sino como
nombre. Vero, a su vez, tenía el nombre de Cómo- 6
do, pero al ser eliminado éste, recibió el de Anto-
nino, como nombre propio, no como prenombre. 7
Marco, en cambio, confirió a Cómodo el nombre
de Antonino y así lo dio a conocer a los registros
públicos el día de su nacimiento. Es bien sabido 8
que, a causa de un sueño por el que se enteró de
que el destino le reservaba a un Antonino como su-
cesor, Severo dio este nombre a Caracalla Basiano
cuando tenía ya trece años, y en la misma época le
otorgó también, según dicen, la potestad imperial. 9
En cuanto a Geta, aunque muchos autores niegan
que recibió el nombre de Antonino, se sabe con
certeza que lo recibió por la misma razón que Ba-
siano, es decir, para que sucediera a su padre Seve-
ro, algo que en realidad no ocurrió. Después de 10
esto, como hay constancia de ello, el propio Dia-
dumeno fue llamado Antonino, para que le acep-
tara el ejército, el senado y el pueblo romano, pues-
to que existía una gran nostalgia por Basiano Cara-
calla.

7 Se conserva una carta de Opilio Macrino, padre
de Diadumeno, en la que se gloría no tanto de ha-
ber alcanzado el poder imperial, puesto que osten-
taba el segundo rango del poder imperial, como de

haber llegado a ser el padre del nombre de Antonino, ya que en aquellos tiempos no había nombre más prestigioso que éste, ni siquiera el de los dioses. Antes de incluir aquí esta carta citaré de grado 2
unos versos compuestos contra Cómodo, que se había llamado a sí mismo Hércules [11], para que todos comprendan que el nombre de los Antoninos fue tan ilustre que parece que no se le asocia a él dignamente ni siquiera el nombre de los dioses. 3
Versos recitados en contra de Antonino:

«Cómodo desea ostentar el nombre de Hér-[cules,
porque cree que no es prestigioso el de Anto-[nino.
Es inexperto en la jurisprudencia y en el man-[do,
y, lo que es peor, cree que es más ilustre ser [dios
que ser príncipe de egregio nombre.
Éste no será dios, ni tampoco hombre.»

Estos versos, compuestos por un poeta griego 4
desconocido, fueron traducidos al latín por un mal poeta. He creído que debía recogerlos aquí para que todo el mundo sepa que los Antoninos fueron estimados más que los mismos dioses, pero ello a causa del amor a tres príncipes, por el que se immortalizó la sabiduría, la bondad y la piedad: ésta en Antonino, la bondad en Vero y la sabiduría en Marco. Vuelvo ahora a la carta de Opilio Macrino:

«Opilio Macrino a su esposa Nonia Celsa. No 5
podemos apreciar, esposa mía, el bien que hemos conseguido, y quizá pienses que me estoy refiriendo al trono —No es un gran bien éste que la fortuna concede incluso a los indignos—: Yo me he 6

[11] Cf. *Cómodo,* 8,5; 9,2; *Caracalla,* 5,5.

convertido en padre de un Antonino y tú en madre de un Antonino. ¡Felices nosotros!, ¡afortunada nuestra casa!, ¡ilustre gloria para el imperio, que al fin es feliz! Que los dioses y la diosa Juno[12], a 7
quien adoras, hagan que él imite los méritos de un Antonino y que yo, que soy padre de un Antoni-
8 no, les parezca a todos digno de serlo». Esta carta demuestra que Macrino pensaba que había obtenido una gloria inmensa porque su hijo había recibido el nombre de Antonino.

No obstante, a los catorce meses de su reinado, 2
fue asesinado juntamente con su padre[13], no por el nombre que ostentaba, sino por el gobierno altanero e injusto de éste, aunque he descubierto que 3
también él descargó sus iras contra muchos ciudadanos con mayor crueldad de la que correspondía a su edad, como lo prueban las cartas que de su puño y letra remitió a su padre. Efectivamente, en 4
cierta ocasión en que unos ciudadanos se hicieron sospechosos de conjura y Macrino los castigó severísimamente durante una ausencia casual de su hijo, cuando éste se enteró de que realmente se había dado muerte a los promotores de la conjura, pero que habían quedado absueltos otros cómplices, como el gobernador militar de Armenia[14] y los legados de Asia y de Arabia, en atención a su antigua amistad, se dirigió, según dicen, a su padre con esta carta, remitiendo también otra igual a su madre, de las cuales he considerado obligado in- 5
cluir aquí un ejemplar por el interés de su relato:

[12] Esposa de Júpiter. Personificación de la Luna y diosa de los alumbramientos. Como suprema esposa de Júpiter, recibe el nombre de *regina* y aparece a su lado y al de Minerva en el Capitolio.

[13] Cf. *Macrino*, 10,3.

[14] Se trata de un error, pues este cargo no existía aún. Los *duces* fueron los generales comandantes de los ejércitos estacionados en las fronteras. Como gobernadores fueron instituidos al final del siglo tercero, cuando se separó la autoridad civil de la militar en las provincias.

«Augusto hijo a su padre Augusto. Me parece, padre mío, que no has mantenido convenientemente tu proceder habitual en el amor que me profesas, puesto que has conservado la vida de los cómplices de aquéllos que han intentado usurpar el poder imperial, esperando que ellos iban a ser más amigos tuyos si los perdonabas, o porque creías que debías perdonarlos, dado que te unía a ellos una antigua amistad: no debiste hacerlo, pues de nada te servi- 6
rá. En primer lugar, es imposible que sigan amándote, porque se han visto acorralados por las sospechas. En segundo lugar, los enemigos más crueles son aquéllos que, olvidando su antigua amistad, se juntaron a tus enemigos más destacados. Añade a todo ello que aún tienen en sus manos el ejército.

«Si a ti no te conmueve la gloria de tan gran- 7
[des gestas
piensa en tu hijo Ascanio, que ya va crecien-
[do, y en las esperanzas del heredero Julo,
al cual está destinado el reino de Italia y la
[tierra de Roma.» [15]

Si quieres vivir seguro debes darlos muerte, pues 8
a aquél que mantiene salvos a estos enemigos no le faltarán otros, debido a que la especie humana es imperfecta.» Algunos dicen que esta carta es de Dia- 9
dumeno, otros que la escribió su maestro Celiano, retórico en otro tiempo en África. Por ella se ve con claridad cuán inicuo hubiera sido este joven, si hubiera vivido más años.

9 Existe aún otra carta dirigida por él a su madre en estos términos: «Nuestro señor y Augusto ni te ama ni se ama a sí mismo, puesto que mantiene con vida a sus enemigos. Procura, por tanto, que a Arabiano, Tusco y Gelio se les reserve el suplicio del

---

[15] Virgilio, *Aen.*, IV, 272-276.

poste, no vaya a ser que, si se les presenta una nueva ocasión, no la dejen pasar.» Y, por lo que dice 2
Lolio Urbico en la historia que escribió sobre su tiempo, hay rumores de que esta carta, dada a conocer por un amanuense suyo, causó un gran desprestigio a aquel joven entre sus soldados. En efec- 3
to, algunos querían mantenerle vivo después de haber dado muerte a su padre, pero se presentó su ayuda de cámara, que leyó dicha carta públicamente en una asamble de las tropas.

Así, pues, una vez que fueron ambos asesinados 4
y que sus cabezas fueron paseadas en la punta de una lanza, el ejército se declaró partidario de Marco Aurelio Antonino por el afecto que inspiraba su nombre. Éste pasaba por ser hijo de Basiano Caracalla. Era sacerdote del templo de Heliogábalo, el 5
más impuro de todos los mortales y de tal calaña que, por un hado desconocido, envileció el imperio romano. Puesto que son muchas las noticias que 6
conservamos sobre su vida, las reseñaré en su lugar apropiado.

17. ANTONINO HELIOGÁBALO

(Elio Lampridio)

1 Jamás hubiera escrito la vida de Heliogábalo Antonino, conocido también con el nombre de Vario [1], para que nadie hubiera tenido noticia de la 2 existencia de este emperador romano, si antes no hubieran ocupado el mismo trono imperial príncipes como Calígula, Nerón o Vitelio. Pero, como la misma tierra produce simultáneamente veneno y trigo u otros alimentos saludables, serpientes y animales domésticos, el lector atento se procurará una cierta compensación al leer las vidas de Augusto, Trajano, Vespasiano, Adriano, Pío, Tito y Marco y contrastarlas con estos tiranos monstruosos. Al 3 mismo tiempo comprenderá cómo pensaban los romanos al ver que aquéllos ostentaron el poder imperial durante mucho tiempo y murieron de muerte natural, mientras que éstos, cuyo nombre ni si-

[1] Se llamaba Vario Avito Basiano. Era hijo de Soemis (cf. n. 5) y de Sexto Vario Marcelo, un caballero sirio muy influyente durante Septimio Severo. Dión Casio (LXXVIII) lo llama Avito. Cambió su nombre por el de Marco Aurelio Antonino cuando subió al trono, para lo cual su abuela Mesa declaró que era hijo natural de Caracalla (cf. *Caracalla*, 9,2: *Macrino*, 9,4). Adoptó como sobrenombre el de Eliogábalo (Heliogábalo), que era el nombre del dios patrono de Emesa (cf. n. 3), pero nunca fue este nombre oficial. También se le llama Basiano, cf. Herodiano, V,3,3.

quiera es grato pronunciar, fueron asesinados, arrastrados por tierra y llamados tiranos.

Así, pues, tras el asesinato de Macrino y de su 4
hijo Diadumeno [2] que había recibido también el nombre de Antonino con igual poder en el trono, se confirió el imperio a Vario Heliogábalo, porque
se decía que era hijo de Basiano. Este fue sacerdote 5
de Heliogábalo, de Júpiter o del Sol [3] y se había impuesto a sí mismo el nombre de Antonino, bien para demostrar su origen, bien porque se había dado cuenta de que era tan grande la estima que todo el mundo tenía por este nombre, que hasta el fraticida Basiano era apreciado por llamarse Anto-
nino. Este, ciertamente, se llamó primero Vario, 6
después Heliogábalo por haber desempeñado el sacerdocio del dios Heliogábalo, que importó de Siria y en cuyo honor edificó un templo en Roma, en aquel lugar donde estuvo emplazado anteriormen-
te el santuario de Orco [4]. Finalmente, cuando re- 7
cibió el imperio, se hizo llamar Antonino y así él fue el último de los Antoninos en el imperio romano.

---

[2] Cf. *Macrino* 9,10; Herodiano, V. 4,1-2.

[3] Elagábalo, nombre fenicio de un dios (ihgbl) que se veneraba en Emesa a través de un ídolo que Herodiano describe como un meteorito: «una enorme piedra, redonda por la base y terminada en punta por arriba, cónica y de color negro. Aseguran con orgullo que ha caído del cielo y muestra unos pequeños salientes e incisiones en su superficie; pretenden que es la imagan del sol», cf. V.3,5. En Roma fue llamado oficialemnte *Deus Sol Elagabalus*; pero debido a la naturaleza solar de este dios, se relacionó con el griego «Ηλιος sol», y se le llamó también *Heliogabalus*. Este último nombre se aplicó tanto a la divinidad como al emperador.

[4] «Construyó a su dios», dice Herodiano V,5,8, «un templo grandísimo y bellísimo, alrededor del cual levantó muchos altaras», y en V,6,6: «construyó en las afueras de Roma un enorme y magnífico templo, adonde trasladaba el dios cada año a medio verano», cf. n. 8. El templo de Orco es desconocido.

2 La sumisión en que le tuvo su madre Simiamira [5] fue tan grande que no realizaba ninguna gestión en la administración del Estado sin su voluntad, mientras que ella, manteniendo una vida similar a la de las meretrices, cometía en palacio todo tipo de deshonestidades, habiéndose hecho famosa por su adulterio con Antonino Caracalla, de tal modo que el mencionado Vario, o Heligábalo, era
considerado hijo ilegítimo. Y algunos autores afir- 2
man que sus condiscípulos le dieron el nombre de Vario, porque pensaban que había sido concebido de un semen variado (*uario*), como si fuera hijo de
una meretriz. Cuando los partidarios de Macrino 3
asesinaron a Antonino, que se decía que era padre suyo, Heliogábalo, según cuentan, se refugió en el templo del dios de este nombre como en un lugar inviolable, para que no pudiera matarle Macrino, que gobernó con gran crueldad junto con su hijo,
príncipe disoluto y sanguinario [6]. Pero ya he ha- 4
blado bastante sobre el nombre, aunque él profanó aquel sagrado nombre de los Antoninos que tú, sacratísimo Constantino, has venerado de tal modo, que has incluido las efigies de Marco y Pío entre los áureos Constancios y Claudios, como si fueran antecesores tuyos, adoptando las virtudes de los antiguos que están en consonancia con tu carácter y que te son gratas y estimables.

3 Pero, volviendo a Antonino Vario, tan pronto como asumió el imperio, envió una embajada a Roma; y, estimulados todos los estamentos y todo el pueblo con el nombre de Antonino, que parecía que había sido restituido no sólo como un título,

[5] Era Julia Soemis (Soemias) Basiana, hija de Julia Mesa y de Julio Avito (cf. *Macrino*, n. 8). Estuvo casada con Sexto Vario Marcelo (cf. n.1). No hay una explicación satisfactoria para las formas *Symiamira* de aquí y de *Macrino*, 9,2 y *Symiasera* de Eutropio (VIII,22).

[6] Cf. *Macrino*, 11-12.

tal como había ocurrido en el caso de Diadumeno, sino en la sangre, puesto que él se decía hijo de Antonino Basiano, se originó un vivo deseo de su presencia. Gozaba, además, de la reputación que suele 2
tributarse a los nuevos príncipes que suceden a tiranos, reputación que no se mantiene si no se poseen virtudes eximias y que muchos príncipes mediocres perdieron. Finalmente, en el momento que 3
se leyeron las cartas de Heliogábalo en el senado, se expresaron por los senadores faustos deseos en favor de Antonino y crueles improperios contra Macrino y contra su hijo, y Antonino fue proclamado emperador prestando todos ellos su asentimiento y mostrándose a cual más crédulo, como sucede con los deseos de los hombres que son propensos a la credulidad, cuando ansían que sea verdad lo que anhelan [7]. Pero, tan pronto como entró 4
en la Ciudad, despreocupándose de lo que ocurría en las provincias, consagró a Heliogábalo sobre el monte Palatino, al lado de su mansión imperial y le erigió un templo [8], con el deseo de trasladar a él la imagen de la Madre de los dioses [9], el fuego de Vesta [10], el Paladión y los escudos sagrados [11] y todos los objetos de culto que los romanos veneraban, procurando que en Roma no se adorara a nin-

[7] Según Herodiano, V,5,1-2, le proclamó el ejército, pero las reacciones no fueron tan espontáneas: «Cuando el ejército y el senado fueron informados de lo sucedido, todos escucharon las noticias a disgusto, pero se sometieron por la fuerza a la decisión del senado».

[8] Fueron dos: uno en el Palatino, cerca del palacio imperial, llamado *Eliogabalium* y otro en el suburbio conocido como *Ad Spem Veterem*, al Este de la Ciudad.

[9] Divinidad de origen frigio, cuyas fiestas, junto con las de su amante Atis, se celebraban con danzas jubilosas por sus sacerdotes, dando aullidos frenéticos y entregándose a los mayores excesos.

[10] Diosa del fuego y del hogar. En su templo, levantado por Numa, el fuego que la representaba ardía permanentemente mantenido por las vírgenes llamadas Vestales.

gún otro dios que Heliogábalo. Decía, además, que 5
había que traspasar a aquel templo el culto de los
judíos y de los samaritanos y el culto cristiano, para
que los sacerdotes de Heliogábalo poseyeran los se-
cretos de todas las religiones.

4 Después, el primer día que el senado celebró
asamblea [12], ordenó que convocaran a su madre. 2
Cuanto ésta se presentó, la llamaron para que ocu-
para un lugar junto al escaño de los cónsules y asis-
tió a la firma, es decir, actuó como testigo en la re-
dacción del decreto del senado, siendo así el único
de todos los emperadores bajo cuyo gobierno fue
admitida en el senado una mujer, ocupando el ran-
go propio de un hombre, como si fuera preclarísi-
ma [13]. Instituyó un *senaculum* [14], es decir, un se- 3
nado de mujeres, emplazándolo en la colina del
Quirinal, donde antes se celebraban las reuniones
de matronas [15], al menos en días solemnes y cuan-
do alguna de ellas era galardonada con los orna-
mentos correspondientes al matrimonio consular,

---

[11] Estatua de madera que representaba a Palas o Minerva y que la tradición suponía caída del cielo cuando Ilo edificaba Ilión. Según una tradición, fue salvada por Eneas que la rescató de un escondite que le reveló Héctor y en cuyo honor levantó luego un templo en Lavinium donde se depositó para pasar después al templo de Vesta.

[12] O *ancilia*, que el rey Numa mandó fabricar a un forjador llamado Veturio Mamurio para evitar que fuera robado un escudo que apareció en su palacio caído del cielo y que tuvo efectos benéficos, como otros meteoritos, para la Ciudad. Para custodiarlos, además, creó la corporación de los 12 salios.

[13] Lampridio la da el título de *clarissima,* propia del orden senatorial. Agripina asistió a una sesión del senado, pero ésta se celebró en Palacio y ella se mantuvo aislada detrás de una cortina (cf. Tácito, *Ann.*, 13,3).

[14] Estas reuniones de matronas datan de época republicana y sus decisiones parece que recibían cierto reconocimiento oficial.

[15] Se llamaba *senaculum* propiamente el recinto o lugar donde tenía costumbre de reunirse el senado. Hubo tres lugares en Roma: uno entre el Capitolio y el Foro, donde se elevó luego el templo de la Concordia, otro en la puerta Capena y otro cerca del templo de Belona.

distinción que los antiguos emperadores otorgaron
a sus parientes y especialmente a aquéllas cuyos ma-
ridos no habían sido nobles, para que no permane-
cieran sin aquella dignidad [16]. Bajo la presidencia 4
de Simiamira se promovieron senados consultos ridí-
culos sobre leyes concernientes a las matronas pres-
cribiendo, por ejemplo, quién de ellas podía apare-
cer en público y con qué vestido, quién debía ce-
der el paso a quien, quién debía adelantarse a es-
tampar un beso, quién de entre ellas debía ir en co-
che, quién a caballo, quién en mulo de carga, quién
en asno, quién en coche tirado por mulos; quién
en coche de bueyes, quién en litera guarnecida de
pieles, marfil u oro y quiénes de entre ellas podrían
adornar sus zapatos con oro o piedras preciosas.

5 Así, pues, al ver que había pasado el invierno en
Nicomedia cometiendo todo tipo de ruindades, de-
jándose incluso copular y poniéndose celoso como
las mujeres, los soldados se arrepintieron rápida-
mente de haber conspirado contra Macrino, para
nombrar emperador a Heliogábalo, y cambiaron
sus deseos en favor de su primo Alejandro, a quien
el senado había nombrado César después del ase-
sinato de Macrino. Pues ¿quién podía soportar a un 2
emperador que absorbía placer por todas las cavi-
dades de su cuerpo, cuando nadie toleraría un com-
portamiento similar ni siquiera en una bestia? En 3
fin, se limitaba en Roma, como única actividad, a
procurarse emisarios que le buscaran individuos
con buenos cojones y se los llevaran a su mansión,
a fin de poder disfrutar de sus cualidades. Repre- 4
sentaba en la corte la leyenda de Paris [17], haciendo

[16] Ocurría esto si la mujer se casaba con un hombre de categoría inferior a la suya, a no ser que se mantuviera su rango anterior por un decreto imperial.

[17] Es decir, el famoso «juicio de Paris», hijo de Príamo y de Helena, que dirimió la mítica disputa entre Juno, Minerva y Venus por ver quién se llevaba la palma de la belleza.

él mismo el papel de Venus [18], de tal manera que,
inesperadamente, dejaba caer sus vestidos hasta los
pies y se ponía de rodillas, desnudo, con una mano
en su pecho y la otra en sus vergüenzas, echando
hacia atrás sus nalgas y presentándoselas a su aman-
te. Depilaba todo su cuerpo y configuraba además 5
su rostro con la misma figura con la que se suele
pintar a Venus, pues consideraba que la recompen-
sa más importante de su vida sería que le creyeran
digno y capaz de satisfacer la pasión de muchísi-
mas personas.

6 Vendió, tanto personalmente como por medio de
cualquiera de sus esclavos o de los ministros de sus
placeres, honores, dignidades y otros poderes. Eli- 2
gió senadores sin tener en cuenta la edad, ni la for-
tuna, ni el origen de los candidatos, sino atendien-
do al dinero, vendiendo también las comandancias
militares, los tribunados, los cargos de legado, de
general, e incluso las intendencias y oficios palati-
nos. A los aurigas Protogenes y Cordio los tuvo 3
primero como socios en las competiciones circen-
ses y posteriormente como compañeros de las ac-
ciones que realizó durante su vida. Trasladó a la 4
corte a muchos individuos cuya complexión cor-
poral le había agradado, haciéndoles abandonar el
teatro, el circo o el anfiteatro. Pero amó a Hiero- 5
cles hasta tal punto, que besaba sus partes sexuales,
lo cual es vergonzoso incluso decirlo, y afirmaba
que, actuando así, celebraba las festividades de Flo-
ra [19]. Cometió un incesto con una virgen vestal [20]. 6

---

[18] En principio, diosa de la naturaleza. Luego, debido a su identidad con Afrodita, se convirtió en divinidad del amor y de la belleza.

[19] Diosa de las flores y los trigos. En su honor se celebraban las fiestas de las flores llamadas Floralia (*sacra Floralia*) con danzas ligeras y juegos rústicos y gran licenciosidad.

[20] Aquilia Severa con la que se casó en el año 221, después de divorciarse de su esposa. Pretendía con este matrimonio simbolizar la unión de su dios Heliogábalo y Vesta, que representaba el Estado romano.

Profanó la religión del pueblo romano destruyendo sus santuarios. Pretendió extinguir el fuego per- 7
petuo. Deseó abolir no sólo los diferentes cultos que se celebraban en Roma, sino también los que se celebraban en todo el orbe de la tierra, movido por la única ilusión de que Heliogábalo fuera adorado como un dios en todo el mundo, y, mancillado con todo tipo de inmoralidades junto con otros hombres que se habían deshonrado a sí mismos, penetró violentamente en el santuario de Vesta, al que sólo pueden acceder las vírgenes vestales y los pon-
tífices. Intentó robar también el Paladión del inte- 8
rior del templo, pero, habiéndose apoderado de una vasija que la Vestal Máxima le había mostrado falsamente, pensando él que se trataba de la vasija auténtica, y no habiendo encontrado nada en ella, la rompió estrellándola contra el suelo. No obstante, no perjudicó en nada el culto porque dicen que se habían fabricado muchas vasijas semejantes para
que nadie pudiera robar la verdadera. A pesar de 9
haber sucedido esto así, se llevó una estatua que creía que era el Paladión y la colocó en el templo de su dios, después de haber sido bañada en oro.

7 Admitió también los cultos de la Madre de los dioses y recibió el taurobolio [21], con el fin de apoderarse de su imagen y de otros objetos sagrados
que se mantienen escondidos en el santuario. Por 2
otra parte, agitó su cabeza entre los sacerdotes castrados de Cibeles y se ató los genitales e hizo todo lo que suelen hacer los galos [22] y, tras robar el busto sagrado de esta diosa, lo transportó al templo de
su dios. Practicó también los ritos de Salambo [23], 3

[21] Sacrificio de un toro en honor de Ceres y de otras divinidades, que se realizaba sobre una plataforma con orificios, bajo la que el fiel recibìa la sangre purificadora que se derramaba de la víctima.

[22] Los sacerdotes-eunucos de Cibeles.

[23] Diosa semita emparentada con Afrodita y Celeste.

con todos los gritos y sacudidas con que se celebra
este culto sirio, labrándose así el presagio de su in-
minente muerte [24]. Decía que todos los dioses eran 4
ministros de su dios, llamándolos a unos cubicula-
rios suyos, a otros siervos y a otros ministros de di-
versos asuntos. Tuvo la intención de trasladar las 5
piedras que la gente llama divinas del mismo tem-
plo de aquél y la estatua de Diana [25] de su santua-
rio de Laodicea [26], en el que Orestes la había colo-
cado. Y, por cierto, dicen que Orestes [27] no se li- 6
mitó a erigir una sola estatua de Diana en un único
lugar, sino que consagró muchas en muchos sitios: 7
y, después de que se purificó junto a los tres ríos
cerca del Ebro cumpliendo la respuesta del orácu-
lo, fundó también la ciudad de Oresta [28], a la que
es preciso rociar frecuentemente con sangre de sa-
crificios humanos. —Y fue precisamente a esta ciu- 8
dad de Oresta a la que Adriano ordenó imponer su
propio nombre en aquella época en la que había co-
menzado a tener accesos de locura, ateniéndose a
la respuesta divina, puesto que recibió la orden de
apropiarse de la casa o del nombre de algún otro
loco. En efecto, dicen que esta medida suavizó la 9
locura que le había movido a ordenar la muerte de
muchos senadores, por cuya salvación Antonino se
hizo acreedor del nombre de Pío, pues presentó 10

---

[24] Ritos orgiásticos que incluían el acto de castración en conexión con distintos cultos orientales y, sobre todo, con el de Cibeles que parece que el emperador incluyó en el de Heliogábalo.

[25] Diana era la diosa de los bosques y de la fecundidad. Según Magie (*op. cit.*, II, p. 120. n. 1), aquí no se trata propiamente de Diana, sino de la diosa tutelar de Laodicea asimilada a Ártemisa ταυροπόλος.

[26] Ciudad de la costa de Siria, entre Trípoli y Sidón.

[27] Hijo del Agamenón y de Clitemnestra que vengó la muerte de su padre matando a Egisto, asesino de éste y amante de su madre.

[28] Ciudad antigua de Tracia, a la que Adriano impuso el nombre de *Hadrianopolis*, como indica a continuación el texto. Cf. también *Adriano*, 24,4 y *Antonino*, 2,4.

posteriormente en el senado a todos aquéllos a quienes se creía ya muertos por orden del príncipe—.

8 Sacrificó también víctimas humanas, eligiendo para ello por toda Italia a niños nobles y hermosos, cuyos padres y madres vivieran aún, creo que con el fin de que la muerte les resultara más dolorosa a ambos. En fin, magos de todas las clases le 2
asistían y celebraban diariamente sacrificios, exhortándoles él personalmente y dando gracias a los dioses, porque había descubierto que les eran propicios cuando examinaba las entrañas de los niños y torturaba a las víctimas siguiendo el rito de su país natal.

Cuando tomó posesión del consulado, ofreció al 3
pueblo, no monedas de plata o de oro, ni golosinas, ni animales pequeños, sino bueyes lucidísimos, camellos, asnos y ciervos, para que el pueblo se los disputara, asegurando que ésta era una acción que estaba en consonancia con la dignidad imperial [29].

Persiguió cruelmente la memoria de Macrino, 4
pero mucho más la de Diadumeno porque había recibido el nombre de Antonino, a quien él llamaba Pseudo-Antonino, igual que a Filipo se le llamaba Pseudo-Filipo, y porque, según decían, de faustuosísimo que era, se había vuelto muy decidido, bondadoso, ponderado y austero. En fin, obligó a al- 5
gunos escritores a discutir aspectos abominables y hasta sacrílegos sobre sus comidas y su lujo, como en su vida...

Construyó unos baños públicos en la mansión 6
imperial y, al mismo tiempo, abrió al pueblo los de

[29] Herodiano pone estas donaciones en relación con el traslado del dios que el emperador hacía cada año al templo de las afueras de Roma (cf. n. 4). Al acabar la ceremonia, se subía a unas altísimas torres y desde allí arrojaba a la muchedumbre distintos regalos, cf. Herodiano, 5,6,9.

Plauciano, para poder descubrir así las cualidades de
los hombres mejor dotados sexualmente. Y puso 7
un particular empeño en que buscaran a los «ono-
belos»[30] por los lugares más escondidos de toda la
Ciudad y entre los marineros. Así llamaban a aque-
llos individuos que parecían más viriles.

9 Cuando proyectaba atacar a los marcomanos,
como Antonino había luchado contra ellos con
gran éxito, algunos le dijeron que este príncipe ha-
bía conseguido que los marcomanos fueran siem-
pre leales y amigos del pueblo romano merced a la
intervención de los Caldeos y magos y que lo ha-
bía logrado por medio de cantos mágicos y de un
amuleto. Cuando preguntó en qué consistía aquel
amuleto y dónde se hallaba, le ocultaron estos ex-
tremos. En efecto, existía la persuasión de que bus- 2
caba el amuleto para destruirlo, con la esperanza
de que iba a suscitar una nueva guerra, sobre todo
porque había oído que se había profetizado que la
guerra Marcománica sería acabada por un Antoni-
no, mientras que él era llamado Vario, Heliogábalo
y escarnio público y había deshonrado el nombre
de Antonino que había usurpado. Sin embargo, co- 3
menzaron a traicionarle sobre todo aquéllos que se
dolían de verse postergados por otros hombres me-
jor capacitados sexualmente para practicar la luju-
ria y que disponían de más dinero. Por esta razón
comenzó a planearse su muerte. Estas noticias se re-
fieren a su vida privada.

10 Pero los soldados no pudieron soportar que una
peste como aquella ostentara el título de empera-
dor y comenzaron a dar pábulo a las habladurías,
primero entre sí y luego en las asambleas, mostran-
do todos su simpatía por Alejandro que ya había
sido proclamado César en aquella época por el se-

[30] Del griego ὀνόβελος «de pene de asno».

nado y que era primo hermano de este Antonino, pues Varia era abuela de ambos y por esto Heliogábalo recibió también el nombre de Vario.

2 Durante su gobierno, Zótico [31] gozó de tanto poder, que los jefes de las distintas cancillerías le respetaban como si fuera el marido de su emperador. Además, este Zótico era un individuo tal que, 3
abusando de la intimidad especial de que gozaba, era capaz de traficar con todos los dichos y hechos de Heliogábalo a cambio de falsas promesas y amasaba así incalculables riquezas, dado que amenazaba a unos, hacía promesas a otros y engañaba a todos, y cuando salía de ver al príncipe, se acercaba a cada uno de ellos individualmente y les comentaba: «De tí he dicho tal cosa; sobre tí he oído esta otra; a tí te va a ocurrir aquella otra». Así sue- 4
len ser los hombres de esta calaña, pues si son admitidos a una excesiva intimidad con los príncipes, venden la reputación de éstos, tanto la de los malos como la de los buenos, y medran lanzando calumnias y habladurías, por la necedad o inocencia de los propios emperadores, que no se dan cuenta de su proceder. Heliogábalo se casó con Zótico y 5
consumó el acto sexual con él, de forma que tenía a su disposición una *pronuba* [32] a la que gritaba: «golpea cocinero» [33] y esto incluso cuando Zótico se encontraba enfermo. Después preguntaba a los 6
filósofos y a los ciudadanos más circunspectos, si también ellos durante su adolescencia habían sufrido las mismas experiencias que él, y, por cierto, lo

[31] Aurelio Zotico, un atleta de Esmirna llevado a Roma por orden de Heliogábalo.

[32] La *pronuba* era una matrona que no había estado casada más que una vez y que acompañaba a la novia el día de la boda a todas las partes, aunque su misión fundamental era llevarla al lecho nupcial (*lectus genialis*) y darle instrucciones sobre la nueva vida que iniciaba.

[33] Traducción de la expresión latina *concide Magire* (de μάγειρος «cocinero»), que tiene sentido obsceno.

11 hacía con gran desvergüenza; en efecto, jamás se abstuvo de las expresiones bajas, llegando a mostrar su deshonestidad incluso con los dedos, sin observar recato alguno ni en las reuniones ni cuando el pueblo romano le escuchaba.

Nombró a los libertos gobernadores, legados, cónsules y generales, y deshonró todas las dignidades promoviendo a ellas a hombres infames y desconocidos. Habiendo invitado en cierta ocasión a 2
unos amigos suyos nobles a hacer la vendimia, cuando descansaban sentados junto a los canastos, comenzó a preguntar a los más ponderados de ellos si aún podían hacer el amor y, ante el rubor de los ancianos, considerando que asentían con su silencio y rubor exclamó: «Se avergüenzan; es buena señal[34]». A continuación añadió a estas bromas el re- 3
lato de sus experiencias personales sin mostrar recato alguno. Cuando vio que los ancianos se son- 4
rojaban y guardaban silencio porque su edad o su dignidad no permitía tales conversaciones, se dirigió a los jóvenes y comenzó a indagar todas sus cosas. Al escuchar sus relatos, que eran congruentes 5
con su edad, comenzó a alegrarse diciendo que una vendimia que se celebraba así era realmente licenciosa. Muchos dicen que fue el primero que tuvo 6
la idea de que durante la fiesta de las vendimias se dijeran contra los amos, incluso si se hallaban presentes, muchas chanzas compuestas por él mismo, sobre todo en lengua griega. Mario Máximo cita un gran número de ellas en su biografía. Tenía amigos 7
lascivos, algunos de ellos ancianos y con aspecto de filósofos, que arreglaban su cabeza utilizando una redecilla, que admitían haber sufrido algunas obscenidades y que se jactaban de tener marido. Según algunos autores, éstos fingieron tales vicios para ha-

[34] Terencio, *Adelph.*, 643.

cerse más gratos al príncipe imitando sus aberraciones.

12 Llamó para ocupar la prefectura [35] del Pretorio a un bailarín que había actuado en Roma como actor, nombró prefecto de las guardias [36] al auriga Cordio y prefecto de los víveres al barbero Claudio. Promovió a otros cargos a individuos que le 2
habían recomendado porque poseían descomunales penes. Ordenó recaudar el impuesto de la vigésima parte de las herencias a un mulatero, a un corredor, a un cocinero y a un cerrajero. Cuando entra- 3
ba en los cuarteles o en el senado, llevaba consigo a su abuela Varia, de la que ya hemos hablado anteriormente, para conseguir más consideración merced a su autoridad, ya que no podía conseguirla por sí mismo. Y, como ya hemos dicho, antes de su acceso al poder, ninguna mujer entró en el senado recibiendo además la petición de redactar un decreto o de dar su opinión. En los banquetes colo- 4
caba a su lado preferentemente a viejos degenerados y disfrutaba sobre todo con sus manoseos y estrujones, y sólamente ellos le ofrecían la copa cuando bebía.

13 En medio de estos males que provocaban sus costumbres deshonestas, ordenó que alejaran de su lado a Alejandro, al que había adoptado como sucesor, afirmando que se arrepentía de su adopción, y encargó al senado que le quitara el título de César. Pero en el senado se produjo un gran silencio 2

[35] El prefecto de las guardias (*praefectus uigilum*) era uno de los comandantes de las siete cohortes creadas por Augusto, y reclutadas entre esclavos y libertos, para luchar contra los incendios y asegurar el orden por la noche.

[36] Es decir, *praefectus annonae*, cargo creado por Augusto, y confiado a un miembro del orden ecuestre, para aprovisionar la Ciudad, función encomendada antiguamente a los ediles. Probablemente se trata de Valerio Comazón Eutiquiano, un liberto miembro de una familia de danzantes y actores (cf. Herodiano, V,7,6).

cuando se hizo público su propósito, ya que Ale-
jandro era un joven excelente, como lo confirmó
después su forma de gobernar, aunque precisamen-
te no era del agrado de su padre porque no era un
joven impúdico, y, según dicen algunos, era primo 3
hermano suyo [37]; y entonces ya era amado por los
soldados y estimado por el senado y por el esta-
mento ecuestre. No obstante, Heliogábalo no se vio 4
libre de locura, hasta el punto de que cayó en el
propósito más funesto. En efecto, envió a unos in-
dividuos para que le asesinaran [38], como a conti-
nuación expongo: se retiró a los jardines de la An- 5
tigua Esperanza, haciendo creer que iba a hacer
votos contra un joven inocente y, después de
haber dejado en el Palacio a su madre, a su abuela
y a su primo, y ordenó que fuera asesinado este jo-
ven extraordinario e indispensable ya para la repú-
blica. Envió también una carta a los soldados en la 6
que les ordenaba privar del nombre de César a Ale-
jandro. Envió a alguien para que cubriera también 7
de lodo las inscripciones de sus estatuas emplaza-
das en los cuarteles, como suele hacerse con las
estatuas de los tiranos. Y transmitió las órdenes 8
oportunas a sus cuidadores, con la promesa de dis-
tintos premios y honores, para que le dieran muer-
te como mejor les pareciera: en el baño, con la es-
pada o envenenándole.

14 Pero los malvados nada pueden contra los vir-
tuosos. Efectivamente, no hubo fuerza capaz de in-
ducir a nadie a cometer tan gran crimen, ya que las
armas que Heliogábalo preparaba contra otros se
volvieron más bien contra él, pues fue asesinado

---

[37] Según Herodiano V,3,3, Mesa tenía dos hijas, Soemis y Mamea. Basiano era hijo de la primera y Alejandro hijo de la segunda. Herodiano llama a éste Alexiano, que era un nombre de la familia, y Dión Casio le llama Basiano. cf. *Alejandro Severo* 1, n. 2.

[38] Cf. 3,2, n. 8.

por las mismas armas con las que intentaba asesinar a otros.

Pero, tan pronto como se cubrieron de lodo las 2
inscripciones de las estatuas de Alejandro, todos los soldados se encolerizaron, y una parte se dirigió a Palacio, otra a los jardínes donde estaba Vario, para vengar a Alejandro y apartar por fin del trono a un
hombre impuro y de intenciones fratricidas. Y, 3
cuando llegaron a Palacio, custodiaron a Alejandro junto con su madre y su abuelo, conduciéndole des-
pués con suma precaución a los cuarteles. Simiami- 4
ra, madre de Heliogábalo, les siguió a pie, preocu-
pada por su hijo. Desde allí se dirigieron a los jar- 5
dínes donde se encontraba Vario preparando un concurso de aurigas y esperando con gran tensión el momento en que le anunciaran la muerte de su
sobrino. Aterrado por un inesperado griterío de los 6
soldados, se ocultó en un rincón y se cubrió tras una cortina que había a la entrada de su dormito-
rio, después de haber enviado a uno de sus prefec- 7
tos para que detuviera a los soldados en los cuarteles y al otro para que aplacara a los que ya se ha-
bían introducido en los jardínes. Pues bien, uno de 8
los prefectos llamado Antioquiano que había llegado a los jardínes, consiguió de éstos últimos, a fuerza de súplicas y recordándoles el juramento que habían hecho, la promesa de que no le darían muerte, puesto que eran pocos los que habían acudido y la mayor parte se había quedado con el estandarte que había retenido el tribuno Aristómaco. Esto ocurrió en los jardínes.

15 En cambio, en los cuarteles, ante las súplicas del prefecto, los soldados le respondieron que estaban dispuestos a perdonar a Heliogábalo, si alejaba de su presencia a las personas deshonestas, a los aurigas e histriones y si volvía al camino del bien, apartando sobre todo de su lado a aquéllos que tenían muchísima influencia sobre él, con pesar general, y a aquéllos que vendían todas sus acciones, bien

diciendo la verdad, bien lanzando falsas promesas. 2
Al fin fueron apartados de su lado Hierocles [39],
Cordio [40], Mirismo [41] y dos amigos íntimos per-
versos que le convertían en más tonto de lo que era. 3
Los soldados ordenaron además a los prefectos que
no toleraran por más tiempo su vida licenciosa y
que protegieran a Alejandro para que no sufriera
ninguna violencia y para que impidieran al mismo
tiempo también que el César viera a ninguno de los
amigos del Augusto a fin de que no pudiera imitar sus
vicios. Pero Heliogábalo no sólo reclamaba con in- 4
sistentes súplicas la presencia de Hierocles, indivi-
duo de extraordinaria desvergüenza, sino que tam-
bién multiplicaba de día en día sus maquinaciones
contra el César. Finalmente, no consintió presen- 5
tarse en público con su sobrino el día de las calen-
das de enero, a pesar de que los dos habían sido de-
signados cónsules al mismo tiempo. Al fin, como 6
su abuela y su madre le repetían que el ejército es-
taba al acecho para darle la muerte, si veía que los
dos primos no vivían en armonía, tomó la pretexta
y se dirigió al senado alrededor del mediodía, con-
vocando a su abuela a la asamblea y colocándola
junto a su escaño. Después de la sesión del senado, 7
no quiso subir al Capitolio para pronunciar los vo-
tos y llevar a cabo las ceremonias tradicionales, de
modo que todos estos actos los realizó el pretor ur-
bano [42], como si no hubiera cónsules en Roma.

16 No aplazó la ejecución de su primo, pero, temiendo que el senado se pusiera de parte de otro candidato si le asesinaba, ordenó que saliera inme-

[39] Cf. 4,5.
[40] Cf. 6,3.
[41] Personaje desconocido.
[42] Magistrado ordinario e independiente, encargado casi exclusivamente de la administración de la justicia. Extendía su jurisdicción sobre Roma frente al pretor *peregrinus* y otros pretores para las provincias.

diatamente de la Ciudad. Incluso dio la orden de que salieran inmediatamente de la Ciudad todos aquellos senadores que no disponían de carruajes o esclavos, de modo que unos fueron transportados por esportilleros y otros por animales capturados
al azar o alquilados mediante un estipendio. Llamó 2
a un centurión [43] y le dijo quedamente al oído que asesinara al excónsul Sabino [44], al que Ulpiano [45] había dedicado unos libros por haberse quedado en
la Ciudad. Pero el centurión, de oído bastante sor- 3
do, creyó que mandaba que le expulsara de la Ciudad, y así lo hizo. De esta manera, el defecto del centu-
rión salvó a Sabino. Removió de sus cargos al ju- 4
risconsulto Ulpiano, porque era un hombre ímprobo, y al retórico Sabino, al que había nombrado profesor del César. Por cierto, éste fue asesinado,
mientras que Ulpiano quedó a salvo. Pero los sol- 5
dados, particularmente un pretoriano, o porque sabían que Heliogábalo maquinaba ciertos males contra Alejandro, o porque veían que les iba a coger antipatía por su afecto hacia éste, se reunieron entre sí y, conjurándose para devolver la libertad a la república, primero dieron muerte a los cómplices de las liviandades de Heliogábalo de distintas maneras, puesto que a unos les hacían perecer después de arrancarles las partes vitales y a otros les acribillaban a heridas comenzando por sus partes bajas, para que su muerte estuviera en consonancia con la vida que habían llevado; después de esto se dirigie-

---

[43] Oficial subalterno que mandaba una centuria, unidad táctica que varió su composición (100 hombres en principio) según los efectivos de la legión.

[44] Tal vez Fabio Sabino, miembro del *consilium* de Alejandro, cf. *Alejandro Severo*, 68,1.

[45] Domicio Ulpiano, famoso jurisconsulto, prefecto del pretorio en el año 222 y amigo de Septimio Severo, del cual los *Digesta* conservan numerosos fragmentos.

ron contra él y le asesinaron en una letrina en que se había refugiado.

17 A continuación le arrastraron públicamente. Los soldados sumaron una afrenta más a su cadáver, pues le lanzaron a una cloaca. Pero, como se dio la 2
casualidad de que no cabía en ella, le arrojaron al Tíber por el puente Emilio [46], después de atarle un peso para que no flotara, con el fin de que jamás pudieran darle sepultura. Además habían arrastrado 3
ya su cadáver por la arena del circo antes de arrojarlo al Tíber. Su nombre, es decir, el de Antonino, 4
fue borrado por orden del senado, pero se mantuvo el de Vario Heliogábalo, ya que había conservado cuidadosamente aquél, porque deseaba ser tenido por hijo de Antonino. Le llamaron después 5
de su muerte Tiberino, Arrastrado, Impuro y otros muchos motes, cuando querían aludir a los hechos que pensaban que se habían ejecutado bajo su gobierno. Entre todos los príncipes, sólo él fue arras- 6
trado, arrojado a una cloaca y precipitado al Tíber. 7
Ello se debió a que se ganó el odio universal, odio que los emperadores deben evitar particularmente, puesto que quienes no merecen el amor del senado ni del pueblo ni de los soldados tampoco merecen recibir sepultura.

No se conserva ninguna de las obras públicas que 8
promovió, salvo el templo del dios Heliogábalo, al que unos llaman Sol y otros Júpiter, el anfiteatro [47] restaurado tras su incendio y los baños emplazados

---

[46] El primer puente de piedra sobre el Tíber, entre el puente Sublicio y la isla del Tíber. Iniciaron su construcción M. Emilio Lépido y M. Fulvio Nobilior en el 187 a. C.

[47] El Coliseo. Se incendió como consecuencia del impacto de un rayo durante el reinado de Macrino. cf. Dión Casio, LXXVII, 25,2-3.

en el barrio Sulpicio [48], que había iniciado ya An-
tonino, el hijo de Severo. Por cierto, Antonino Ca- 9
racalla había inaugurado ya estos baños para su uso
particular y para su uso público, pero carecían de
pórticos, que fueron después construidos por este
falso Antonino y concluidos totalmente por Ale-
jandro.

18 Éste fue el último de los Antoninos (aunque mu-
chos creen que más tarde los Gordianos recibieron
el conombre de Antoninos, quienes por el contra-
rio fueron llamados Antonios, no Antoninos), tan
odiado por su vida, sus costumbres y su perversi-
dad que el senado hizo que desapareciera de él in-
cluso el nombre. Tampoco yo le habría dado el 2
nombre de Antonino, salvo para lograr su identifi-
cación, la cual obliga muchas veces a emplear hasta
aquellos nombres que han sido abolidos.

Fue asesinada con él también su madre Simiami-
ra, mujer viciosísima y digna de tal hijo. Una vez 3
muerto Antonino, se procuró ante todo que jamás
entrara ninguna mujer en el senado y que se con-
sagrara y se dedicara a los infiernos la cabeza de
quien lo hiciera.

Se han escrito ya muchas cosas obscenas sobre la 4
vida de este emperador. Pero, como éstas no son
dignas de ser mencionadas, yo he considerado que
debía narrar aquellos actos que atañen a su fastuo-
sidad, algunos de los cuales, según cuentan, los rea-
lizó cuando era un simple particular, otros cuando
ya era emperador, pues él mismo decía que como

[48] Se trata de las *Thermae Antoninianae* o baños de Caracalla (cf. *Caracalla*, 9,4). El *Vicus Sulpicius* era el barrio o calle de este nombre que daba acceso a dichas termas. En efecto, el término *uicus* indica, en su sentido originario, «un cierto número de casas que se tocan», por consiguiente, una calle bordeada de casas en una villa o en una ciudad, y un barrio de ciudad. La alusión a la calle es clara en *Caracalla*, 9,9: *idem uiam nouam muniuit, quae est sub thermis eius.*

particular imitaba a Apicio [49], pero como emperador imitaba a Nerón, Otón y Vitelio.

19 En efecto, fue el primero de todos los ciudadanos privados que cubrió sus lechos con colchas de oro, porque entonces estaba permitido hacerlo por autorización de Marco Antonino, que había vendido en subasta pública los muebles imperiales. Des- 2
pués ofreció durante el verano festines, engalanados con distintos colores, de manera que un día exhibía el verde, otro día el verdemar, otro dia el azulado, y así sucesivamente, cambiando contínuamente de color durante todos los días de verano. Fue 3
el primero que tuvo marmitas de cocción autónoma y el primero también que tuvo marmitas simples [50], vasos de cien libras de plata grabados y algunos de ellos deshonrados con figuras muy libidinosas. Fue 4
el primero que inventó el vino aromatizado con almáciga y con poleo y todos los combinados que mantiene nuestro boato actual. En cuanto al vino 5
rosado, utilizado ya por otros, le volvió más oloroso añadiéndole trozos de piñas. En fin, no se encuentran noticias sobre estos tipos de brebajes en las biografías anteriores a Heliogábalo. Para él la vida se reducía a la búsqueda de nuevos placeres. 6
Fue el primero que hizo morcillas de pescado, de ostras normales, de ostras lisas y de otras conchas marinas similares, de langosta, cangrejos y esqui-

---

[49] M. Gavio Apicio fue el más célebre de los gastrónomos latinos. Escribió un tratado de recetas sobre salsas (*De condituris*) recompuesto hacia el año 400 en un tratado de arte de cocina (*De re coquinaria*).

[50] Traducimos así los dos términos latinos *autepsas* y *caccabos*. *Autepsa*, del griego ἀυθέψης, significa en su sentido original algo que «hierve por sí mismo», de donde se infiere que era un aparato que contenía en un recinto fuego y combustible para cocer el agua o los alimentos, que se albergaban en otro, de forma que con ella se podía cocinar en cualquier parte. En Pompeya se han encontrado algunos ejemplares de este tipo. El *caccabus*, también del griego κακκάβη, era un pote para hervir en él carne o legumbre, colocándolo sobre el fuego o un trípode.

llas. Cubrió de rosas los triclinios, los lechos y los 7
pórticos y, una vez que estaban adornados así, caminaba sobre ellos; y los cubrió también con todo tipo de flores, con lirios, violetas, jacintos y narcisos. Sólamente nadaba en piscinas rociadas con no- 8
bles perfumes o con azafrán. Tampoco le gustaba 9
acostarse en lechos que no tuvieran pelo de liebre o plumas de perdiz, de debajo de las alas; y cambiaba con mucha frecuencia los colchones.

20 A veces despreció al senado hasta tal punto, que llamaba a los senadores esclavos togados y al pueblo romano labrador de una sola propiedad, no observando ninguna consideración hacia el orden ecuestre. Invitaba con mucha frecuencia al prefecto 2
de la Ciudad a beber un trago juntos después de comer, invitación que cursaba también a los prefectos del Pretorio de tal forma que, si la rehusaban, los obligaban a aceptarla los jefes de las cancillerías [51]. Tuvo también la intención de nombrar un 3
prefecto por cada uno de los distritos de la Ciudad para que hubiera catorce en Roma [52]. Y hubiera llevado a cabo su propósito, si hubiera vivido, para promocionar a los hombres más degenerados y de las más bajas profesiones, sin excepción.

Tenía lechos de plata maciza en sus comedores 4
y dormitorios. Comía con mucha frecuencia, a imi- 5
tación de Apicio, pezuñas de camellos, crestas de pollos recién cortadas y lenguas de pavo y de ruiseñor, porque decían que quien comiera estos manjares se vería libre de la peste. Ofreció al personal

[51] Los *magistri officiorum*, es decir, los jefes de las distintas secciones administrativas.

[52] El proyecto de Heliogábalo lo llevó a cabo Alejandro, encomendando las 14 regiones a 14 *curatores* de rango consular, cf. *Alejandro Severo*, 33,1. Augusto, cuando dividió los 14 distritos, los encomendó a un pretor, edil o tribuno de la plebe, y Adriano posteriormente a personas que no tenían rango senatorial.

de la corte desmesuradas tarteras repletas de entrañas de barbos, de sesos de flamenco, de huevos de perdiz, de sesos de tordos y de cabezas de loros, de faisanes y de pavos. Ordenaba que sirvieran bar- 7
bas de salmonetes tan descomunales, por cierto, que las presentaba en platos y vasijas de cocer habas complétamente llenos, en susticuión de los mastuerzos, adormideras, judías verdes con vinagre y heno griego, lo cual es extraordinariamente asombroso.

21 Alimentaba a sus perros con trozos de hígado de ganso. Sentía un pasión especial por los leones y leopardos privados de sus garras, a los que, una vez que les habían adoctrinado ya sus domadores, al servir el segundo y tercer plato, hacía recostarse inesperadamente a los pies de sus invitados para llenarlos de espanto y suscitar carcajas, puesto que todos ellos ignoraban que estaban domados. Envia- 2
ba a las caballerizas uvas de Apamena [53] para alimentar a sus caballos y daba de comer a sus leones y otros animales loros y faisanes. Hizo servir tam- 3
bién durante diez días consecutivos treinta tetinas de jabalinas diarias con sus matrices, guisantes con piezas de oro, lentejas con ceraunias, habas con trozos de ámbar y arroz con perlas blancas. Rociaba 4
además los peces y las setas con perlas blancas en lugar de pimienta. En sus triclinios de artesonado 5
giratorio cubría a sus invitados de violetas y flores, hasta el punto de que algunos de ellos murieron al no poder salir al exterior. Mezclaba el agua de sus 6
piscinas y baños con vino aromatizado y con vino de rosas y ajenjo. Invitó a beber a la plebe con él y engulló tal cantidad de vino con el pueblo que, cuando se percataron de lo que él sólo había tragado, pensaban que había estado bebiendo en una pis-

[53] Ciudad siria, junto al río Orontes.

cina. Como ofrendas a los comensales [54], distribu- 7
yó eunucos, cuadrigas, caballos enjaezados, mulos, literas cerradas, carruajes, mil áureos y cien libras de plata.

22 En los banquetes escribía sobre las cucharas unas suertes tan magníficas, que uno salía de ellos con «diez camellos», otro con «diez moscas», aquél con «diez libras de oro», éste con «diez libras de plomo», otro con «diez avestruces» y otro con «diez huevos de gallina», de tal manera que constituían unos auténticos sorteos, en los que los comensales probaban sus respectivos sinos.

La misma costumbre exhibió en los juegos, dis- 2
tribuyendo lotes de diez osos, de diez loros, de diez
lechugas o de diez libras de oro. Y él fue el prime- 3
ro que instituyó estos sorteros, tal como los conservamos actualmente. Pero invitó a un auténtico sorteo a los actores de teatro, ofreciendo los siguientes lotes: perros muertos, una libra de carne de buey, cien monedas de oro, mil de plata, cien
bolsas de piezas de bronce y otros similares. El pue- 4
blo aceptó estos donativos con tanto agrado que tras estos sorteos se alegraba de que fuera él quien imperara.

23 Se dice que ofreció espectáculos navales y circences en canales llenos de vino, que roció los mantos con esencia de viñas silvestres, que condujo cuatro cuadrigas de elefantes en el Vaticano, tras derruir los sepulcros que estorbaban, y que unció también cuatro camellos a un carro en un circo particular
para ofrecer un espectáculo. Se dice que reunió ser- 2
pientes valiéndose de la ayuda de los sacerdotes del

---

[54] Se trata de los *apophoreta* (de ἀποφόρητα «tributo»), nombre que daban los romanos a los regalos con que se obsequiaban en ciertas solemnidades en las comidas, juegos, etc.

pueblo marso [55] y que, antes del amanecer, cuando suele el pueblo reunirse para celebrar los juegos, las dejó sueltas y que muchos concurrentes fueron heridos por sus mordeduras, o a consecuencia de la
huida. Utilizaba una túnica toda de oro, pero tam- 3
bién utilizaba otra de púrpura y otra Pérsica, recamada de piedras preciosas, diciendo que se sentía
agobiado por el peso del placer. Llevaba adornados 4
sus calzados con piedras preciosas, que estaban además grabadas, lo que provocó la burla general, como si los grabados de los artistas ilustres pudieran ser admirados en la piedras preciosas que van
sujetas a los pies. Deseaba utilizar una diadema cua- 5
jada de piedras preciosas, para adquirir mayor hermosura y un semblante más parecido al de una mu-
jer. Esta diadema la utilizó también en casa. Se dice 6
también que prometió a sus convidados un ave fénix o, en su lugar, mil libras de oro, para despedir-
los como cuadraba a un emperador. Construyó es- 7
tanques con agua de mar, sobre todo en lugares del interior y luego se los remitió a cada uno de sus amigos para que nadaran en ellos, llenándolos pos-
teriormente de peces. Hizo acarrear nieve y erigió 8
con ella una montaña en verano en el jardín de su palacio. Jamás comía peces en la costa pero, si se hallaba en las regiones lejanas al mar, ofrecía todo tipo de productos marinos. Ofrecía como alimento a los campesinos de las regiones del interior leche de murenas y de lobos marinos.

24 Comía siempre los peces con condimentos azulados, como si se hubieran cocido en agua de mar conservando su color natural. Construyó piscinas que llenaba momentáneamente con vino rosado y rosas y se bañaba en ellas con todos los suyos, pro-

[55] Pueblo que vivía en el actual Abruzzo.

porcionándoles a continuación caldarios[56] perfu-
mados con nardo. Empleaba bálsamo en las lámpa-
ras. Nunca gozó dos veces de una mujer, excepto 2
de su esposa. Abrió lupanares en su mansión para
sus amigos, sus clientes, y sus esclavos. Nunca co- 3
mía por menos de cien sestercios, esto es, por trein-
ta libras de plata; sin embargo, en alguna ocasión
su comida costó tres mil sestercios, calculando to-
dos los gastos en conjunto. Sobrepasó en sus co- 4
midas a Vitelio y a Apicio. Acarreaba con bueyes
los peces de sus viveros. Un día, al pasar por el mer-
cado, se lamentó de la mendicidad del pueblo. Ata- 5
ba a sus parásitos[57] a una rueda acuática y, hacién-
dola girar, los sumergía bajo las aguas o los lanza-
ba de nuevo a la superficie, llamándoles por ello
sus «amigos Ixiónios[58]». Pavimentó con rocas de 6
Lacedemonia[59] y con otras de color púrpura los
patios del Palacio, a los que dio el nombre de An-
toninianos. Estas losas se han conservado hasta
nuestro tiempo, pero hace poco las han arrancado
y las han hecho pedazos. Había ordenado erigir una 7
gigantesca columna en forma de caracol, a la que
se pudiera subir por dentro, para emplazar en lo
más alto de ella al dios Heliogábalo, pero no en-

[56] El *caldarium* era la habitación destinada al baño caliente, grande y luminosa. En un extremo estaba situado el baño (*alueum*) circular, en el otro el *laconicum* o *assa sudatio*, especie de alcoba semicircular con un recipiente de agua con la que el bañista se rociaba de vez en cuando si la temperatura era excesiva.

[57] Entre los griegos, el ayudante del sacerdote. Entre los romanos, antiguamente, los ayudantes de los oficiales civiles que eran mantenidos por el Estado. Luego, el término adquirió un sentido despectivo indicando el bufón o gorrón que divertía a los comensales para comer a costa de otros.

[58] Por el castigo que sufrió Ixión, rey de los Lapitas, porque sedujo a Juno. La pena consistía en dar vueltas atado mediante unas serpientes a una rueda en perpetuo movimiento.

[59] Territorio de Laconia, en el Peloponeso. Eran famosas las piedras de esta región por su parecido al mármol.

contró una roca de las dimensiones deseadas en Tebas [60], de donde había pensado traerla.

25 A menudo encerraba en un dormitorio a sus amigos, después de haberles emborrachado, e inesperadamente introducía por la noche leones, leopardos y osos desprovistos de garras para que, al despertarse con la luz del día o, lo que es más grave aún, durante la noche, se encontraran con estas fieras en la misma estancia, y como consecuencia, la
mayor parte de ellos murieron. A muchos de sus 2
amigos de condición humilde les hacía sentar en cojines hinchados en lugar de los asientos normales y, cuando estaban comiendo, ordenaba desinflarlos de tal manera que, a menudo, se encontraban de
pronto comiendo bajo la mesa. En fin, él fue el pri- 3
mero que introdujo la costumbre de tender en tierra, no sobre los lechos, un recostadero de forma circular [61], con el fin de que los esclavos pudieran desatar por los pies los cojines para quitarlos el
aire. Ordenó que en los adulterios que representa- 4
ban los mimos se realizaran de verdad aquellas es-
cenas que sólo suelen ejecutarse de forma fingida. So- 5
lía comprar meretrices a todos los mercaderes de es-
clavos y luego las manumitía. Habiendo surgido un 6
día, en el transcurso de una charla privada, el tema del número de herniados que podría haber en Roma, ordenó que los hicieran a todos una señal y que los exhibieran en sus baños, y a continuación se bañó con ellos, aunque algunos pertenecían a la
nobleza. A menudo exhibió gladiadores que lucha- 7
ban en su honor antes de sus banquetes y también
púgiles. Se instaló en lo más alto de un anfiteatro 8
un triclinio y, mientras comía, hacía que le exhibieran ejecuciones de delincuentes y cacerías de fie-

[60] Ciudad de Grecia antigua, en la Beocia. Para la afición del emperador por las torres, véase Herodiano, V,6,9.

[61] Un triclinio llamado *sigma*, cf. *Adriano*, 17,4.

ras salvajes. Al segundo plato, ofrecía a sus parási- 9
tos comida, unas veces representada en cera, otras
en madera, otras en marfil, en alguna ocasión en
barro y algunas veces incluso en mármol o piedra,
con el fin de que pudieran contemplar, en distinta
materia, todos los alimentos que él comía, aunque
sólamente bebían en cada uno de los servicios y se
lavaban las manos, como si hubieran comido.

26 Se dice que fue el primero de los romanos que
usó vestidos confeccionados totalmente en seda,
cuando se usaban ya los que contenían este pro-
ducto al cincuenta por ciento. No empleaba jamás
telas de lino lavadas y llamaba mendigos a los que
las utilizaban después de haberlas lavado. Después 2
de comer se presentó siempre en público vestido
con dalmática [62], llamándose a sí mismo Fabio
Gurges [63] y Escipión, porque Fabio y Cornelio
fueron presentados por sus padres en público con
dicho atuendo cuando eran jóvenes, con el fin de
corregir sus costumbres.

Reunió en unos edificios públicos a todas las mere- 3
trices que pululaban por el circo, por el estadio, por
los baños y por otros lugares, y pronunció una aren-
ga ante ellas como si se trata de una arenga militar,
llamándolas «compañeras de armas», y discutió con
ellas sobre las distintas clases de posturas y place-
res. Admitió después en una asamblea como ésta a 4
alcahuetes y libertinos, que hizo buscar por todas
partes, y a los muchachitos y jóvenes más disolu-
tos. Y, habiéndose presentado ante las meretrices 5
con atuendo afeminado y las tetillas al aire, y, ante
aquellos degenerados con el atuendo exterior que
utilizan los jóvenes que se prostituyen, después
de arengarlos, les prometió un donativo de tres áu-

[62] Cf. *Cómodo*, 8,8, n. 22.

[63] Probablemente Quinto Fabio Máximo Gurges, cónsul en el 292, 276 y 265 a. C.

reos como si fueran soldados y les pidió que suplicaran a los dioses la posibilidad de disponer de otras personas que merecieran su recomendación.

Bromeaba con sus esclavos hasta el punto de 6
mandarles que le llevaran mil libras de telarañas, ofreciéndoles un premio, y se dice que llegó a reunir diez mil libras de este tejido, asegurando que también por esto podría comprenderse cuán grande era Roma. Enviaba a sus parásitos como salario 7
anual, en lugar de provisiones, vasijas llenas de ranas, escorpiones, serpientes y otros mostruos semejantes. Encerraba también en otras vasijas simi- 8
lares una infinidad de moscas a las que llamaba abejas domésticas.

27 Hizo exhibir permanentemente para sí en sus comedores o en sus pórticos, cuando desayunaba y comía, cuadrigas de las que actuaban en el circo, obligando a que las guiaran los ancianos a los que invitaba, aunque algunos de ellos desempeñaran cargos públicos. Siendo ya emperador, ordenaba 2
que le procuraran diez mil ratones, mil comadrejas y mil lirones. Tuvo a su servicio confiteros y le- 3
cheros tan hábiles que imitaban con dulces o con leche los distintos alimentos que representaban sus cocineros, maestresalas y fruteros. Ofreció a sus pa- 4
rásitos comidas preparadas incluso con vidrio y, a veces, enviaba para engalanar las mesas tantos manteles pintados con los manjares que le iban a servir como platos iba a comer, de tal forma que éstos se ofrecían sólamente en figuras hechas con la aguja o con el telar. No obstante, a veces les eran ofrecidos 5
incluso cuadros pintados, dando la impresión de que se les servía todo tipo de manjares y, a pesar de ello, se consumían de hambre. Mezcló piedras 6
preciosas con frutas y flores. Lanzó también por la ventana la misma cantidad de alimentos que servía a sus amigos. Había dado órdenes de que entrega- 7
ran lo equivalente a la contribución de un año aportada por el pueblo romano a las meretrices, alca-

huetes y degenerados que habitaban dentro de la Ciudad, prometiendo otro tanto a los que vivían fuera, ya que en aquella época Roma contaba con reservas de trigo equivalentes al tributo de siete años, gracias a la previsión de Severo y Basiano.

28 Unció cuatro perros gigantescos a un carro y se paseó en él por el interior de su mansión imperial, repitiendo así el mismo espectáculo que había ofrecido en sus posesiones cuando él era aún ciudadano particular. Se presentó también en público 2
guiando un carro al que había enganchado cuatro grandes ciervos. Unció también leones a su carro, dándose a sí mismo el título de «gran Madre» [64] e hizo lo mismo con tigres, llamándose en este caso Baco [65] y presentándose con el vestido típico con el que suelen presentarse los dioses a los que imitaba. Poseía en Roma unas pequeñas serpientes de 3
Egipto a las que los habitantes de este país llaman «buenos genios» [66]. Tuvo también hipopótamos, un cocodrilo, un rinoceronte y todos los animales de Egipto que eran aptos, dada su naturaleza, para ser exhibidos. Ofreció algunas veces en sus festines 4
avestruces, afirmando que a los judíos se les había preceptuado comer tales aves.

Resulta realmente sorprendente el siguiente he- 5
cho que cuentan del él: habiendo invitado a desayunar a ciudadanos del más alto rango social, hizo que cubrieran los lechos con azafrán, diciendo que les ofrecía heno en atención a su dignidad. Reali- 6
zaba por las noches las actividades diurnas y durante el día las nocturnas, porque consideraba como un recurso más de su molicie levantarse de dormir

---

[64] La *Mater magna* o Cibeles, cf. n. 9 y *Clodio Albino*, n. 16.

[65] Dios del vino.

[66] «Buen genio», *agathodaemon*, es traducción del término griego ἀγαθοδαίμων con el que se designa al buen espíritu, algo así como nuestro ángel de la guarda.

e iniciar tarde las audiencias y, viceversa, acostarse a dormir de mañana. Se mostraba a diario generoso con sus amigos y era difícil que despidiera a alguno de ellos sin un regalo, salvo a los que había averiguado que eran ahorradores, pues los consideraba unos infortunados.

29 Disponía de carruajes cubiertos de piedras preciosas y de oro y despreciaba los que estaban hechos de plata, marfil o bronce. Uncía a un pábilo [67] 2
dos o cuatro mujeres bellísimas, o bien a tres o más, y así era paseado; sin embargo, la mayor parte de las veces le paseaban desnudo, yendo desnudas también las mujeres que tiraban del carro.

Tuvo también la costumbre de invitar a comer a 3
ocho hombres calvos, y también a ocho tuertos, a ocho gotosos, a ocho sordos, a ocho negros, a ocho individuos espigados o a ocho obesos, con el fin de suscitar la risa general, puesto que tales comensales no podían emplazarse en un sólo lecho. Regalaba 4
a sus invitados todos los utensilios de plata de sus banquetes y, más frecuentemente, todas las copas en que había bebido. Fue el primer general roma- 5
no que ofreció públicamente garo mezclado con agua, que hasta entonces era una comida militar y cuyo uso restableció poco después Alejandro. Pro- 6
ponía además a sus invitados, a modo de tesis, cómo inventar nuevas salsas para condimentar los manjares y concedía el premio más alto al que hubiera dado con uno de su gusto, otorgándole como regalo un vestido de seda, prenda que se consideraba entonces rara y distinguida; si, por el contra- 7
rio, alguien preparaba un condimento que no le gustaba, recibía la orden de comer constantemente de él hasta que inventara otro mejor. Se sentaba 8
siempre en medio de flores o de esencias de gran valor. Le gustaba que dijeran que el precio de los 9

[67] Carro pequeño de una rueda.

manjares que servían a su mesa era muy alto, pues afirmaba que ésta no era más que un aperitivo para los convites.

30 Se pintó como confitero, perfumero, tabernero, tendero y alcahuete, e incluso desempeñó sin cesar
todos estos oficios en su casa. Hizo servir en múl- 2
tiples meses en una sóla comida las cabezas de seis-
cientos avestruces, para que se comieran los sesos. 3
Ofreció una vez un banquete tan espléndido que sirvieron veintidós platos con grandes cantidades de manjares, pero tanto él como sus amigos se bañaban después de cada plato y hacían el amor, jurando y perjurando que habían satisfecho su deseo.
Celebró también otro banquete con las siguientes 4
características: se preparaba en casa de cada uno de sus amigos un plato distinto y, aunque uno habitaba en el Capitolio, otro en la Palatino, otro al lado de la muralla de Roma, otro en el Celio y otro en la ribera de más allá del Tíber, comían dichos platos de uno en uno y por turno en los distintos domicilios, prescindiendo del lugar donde habita-
ban, y de este modo recorrieron todas las casas. Así, 5
apenas dio tiempo a acabarse en el transcurso de todo el día un solo banquete, porque todos se bañaban después de cada servicio y luego gozaban de
mujeres. Ofreció constantemente un plato Sibaríti- 6
co aderezado con aceite y garo [68], plato inventado
por los sibaritas el mismo año en que murieron. Se 7
dice que mandó construir baños en muchos lugares distintos y que ordenó destruirlos después de haberlos utilizado una sola vez, a fin de no tener baños usados. El mismo proceder observó, según dicen, con sus casas, con sus palacios provinciales

[68] Especie de salsa para mezclarla con las legumbres, carne, vinagre, aceite, etc., con el fin de dar más sabor a la comida. Se preparaba con los menudillos y otras partes de los peces, poniéndolo en salmuera y dejándolo al sol durante algún tiempo.

y con sus dormitorios. Ahora bien, yo creo que es- 8
tos detalles, y algunos otros que sobrepasan la cre-
dibilidad, son fruto de la invención de aquéllos que
han pretendido deshonrar a Heliogábalo para favo-
recer a Alejandro.
31 Se dice que alquiló por seis mil sestercios a una
cortesana muy conocida y muy hermosa y que la
respetó sin tocarla, como si fuera virgen. En una 2
ocasión en que un individuo le preguntaba, cuando
aún no era emperador: «¿No temes empobrecerte?»,
dicen que le contestó: «¿Puede ocurrir algo mejor
que yo sea mi propio heredero y el heredero de mi
esposa?». Además, se había adueñado de los recur- 3
sos dejados en testamento por muchas personas en
atención a su padre. Afirmaba que no quería tener
hijos, pues temía que alguno le saliera austero. Orde- 4
naba que quemaran aromas de las Indias para calentar
sus habitaciones, pero que no emplearan carbón.
Cuando era un simple ciudadano jamás emprendió
un viaje con menos de sesenta carruajes, a pesar de
que su abuela Varia protestaba diciéndole que se 5
iba a arruinar. En cambio, siendo ya emperador, se
dice que hacía que le siguieran hasta seiscientos
carruajes, alegando que el rey de los persas viajaba
con diez mil camellos y que Nerón había empren-
dido una marcha con quinientas carrozas. La causa 6
que justificaba tal cantidad de vehículos era que fi-
guraba en su séquito un gran número de alcahue-
tes, alcahuetas, cortesanas, degenerados y seductores
dotados además de buenos cojones. Se bañaba 7
siempre acompañado de mujeres, de tal suerte que
las depilaba él personalmente con psilotro [69], cui-

[69] El *psilothrum*, de griego ψίλωθρον, era un preparado medicinal o ungüento hecho a base de arsénico calentado y de cal viva. Lo utilizaban las personas de costumbres afeminadas para eliminar los pelos de la piel, cf. Marcial, III,74; VI,93.

dando también su barba, vergüenza da decirlo, con
el mismo psilotro con el que depilaba a las muje-
res, y a la misma hora. También rasuró los miem-
bros viriles de sus íncubos usando la misma navaja
con la que él se hacía la barba. Cubrió el pórtico 8
con limaduras de oro y plata y se lamentaba de no
poder hacerlo con ámbar, y realizó esta misma ope-
ración frecuentemente en el trecho de camino que
hacía a pie hasta su caballo o carroza, igual que se
hace hoy con arena dorada.

32 Nunca utilizó dos veces su calzado, pero incluso
sus anillos tampoco se los puso dos veces, según di-
cen. Frecuentemente rasgó vestidos de elevado pre-
cio. Capturó una ballena y la pesó haciendo servir
a sus amigos una cantidad de pescado porporcional
al del peso de aquélla. Hizo hundir en el puerto na- 2
víos ya cargados, diciendo que esta acción era una
muestra de su magnanimidad. Descargaba el peso
de su vientre en recipientes de oro y orinaba en pie-
zas de murra o de ónice. Se le atribuye la siguiente
frase: «En caso de que tenga un heredero, le nom- 3
braré un tutor que le obligue a hacer lo que yo he
hecho y estoy dispuesto a hacer». Tuvo también la 4
costumbre de procurarse las comidas, de tal guisa
que un día comía únicamente faisán, y por tanto
arreglaba todos los platos sólamente con carne de
faisanes, y otro día comía pollo, otro peces de dis-
tintas clases, otro carne de cerdo, otro avestruces,
otro verduras, otro frutas, otro dulces y otro lacti-
cinios. Muchas veces encerró a sus amigos por la no- 5
che en dormitorios con viejas etíopes y los retenía
allí hasta el amanecer, diciéndoles que les había dis-
puesto mujeres hermosísimas. Utilizó la misma es- 6
tratagema con muchachos, abuso que estuvo per-
mitido antes del reinado de Filipo. Algunas veces 7
se reía de tal manera que entre todo el público del
teatro sólo se le oía a él. Cantaba, recitaba al son 8
de la flauta, tocaba la trompeta, punteaba la pan-

dura [70] y recitaba versos acompañado del órgano. 9
Se dice también que en un sólo día, tapado con un
capuchón de mulero para que no le reconocieran,
visitó a todas las meretrices del circo, del teatro, del
anfiteatro y de todos los parajes de la Ciudad y, sin
haber satisfecho su sensualidad, las regaló a todas
algunas monedas de oro diciendo: «Que nadie lo
sepa. Antonino os hace este regalo».
Inventó ciertas clases de placeres de tal refina-
miento que superó a los *spintrias* de los antiguos
emperadores y se conocía todos los dispositivos de
Tiberio, Calígula y Nerón [71].
33 También le había sido vaticinado por unos sacer- 2
dotes de Siria que moriría de muerte violenta. Por 3
ello, había preparado cuerdas trenzadas con hilo de
seda y de púrpura oscura y escarlata para hacer con
ellas un lazo si era preciso y poner fin así a su vida. 4
Había preparado igualmente espadas de oro para
suicidarse, si le apremiaba alguna fuerza imprevis-
ta. Había preparado también veneno en piedras 5
preciosas, jacintos y esmeraldas para darse muerte,
si le amenazaba algún peligro grave. Y había hecho 6
levantar una torre muy alta, construida bajo su ins-
pección con tablados incrustados en oro y pedre-
ría, para precipitarse desde ella, porque decía que
también su muerte debía ser valiosa y como una es-
pecie de lujo, hasta el punto que no se pudiera de-
cir que nadie había muerto como él. Pero de nada
le sirvieron estas medidas. En efecto, como dijimos, 7
fue asesinado por unos soldados de su guardia,
arrastrado por las calles, transportado vergonzosa-
mente por las cloacas y sumergido por fin en el Tí-
ber.

---

[70] Un instrumento musical con dos o tres cuerdas. La acción de tocarle se llamaba *pandurizare*, como atestigua Lampridio.

[71] Cf. Suetonio, *Tib.*, 43,1 y Tácito., *Ann.*, VI,1. *Spintrias* era el nombre de ciertos individuos que, según Suetonio, inventaban monstruosas cópulas: *monstrosique concubitus repertores*.

Así acabó el nombre de los Antoninos en la re- 8
pública, pues de todos es sabido que éste fue un fal-
so Antonino tanto por su vida como por el nombre.
34 Tal vez a alguien le parezca asombroso, oh res-
petable Constantino, que esta plaga que he descri-
to haya ocupado un puesto de emperador, y ade-
más, casi durante tres años: ciertamente, no hubo
entonces nadie en la república capaz de separarle
del timón del Estado romano, mientras que nunca
faltó un tiranicida para acabar con Nerón, Vitelio,
Calígula[72] y otros monstruos similares. Pero, an- 2
tes que nada, pido perdón por haber reseñado aquí
estos detalles que he encontrado en distintos auto-
res, habiendo callado, en cambio, muchas acciones
impías y que no se pueden narrar sin experimentar
muchísima vergüenza; ahora bien, todo lo que he 3
expuesto, lo he encubierto en la medida de lo po-
sible utilizando distintos aufemismos. En definiti- 4
va, estoy convencido de que hay que tener presen-
te aquéllo que suele repetir tu Clemencia: «Que es
cosa de la fortuna ser emperador». En efecto, ha ha- 5
bido reyes que no han sido buenos y los ha habido
muy malvados. Ahora bien, creo también que hay
que intentar conseguir lo que suele repetir tu Pie-
dad, que sean dignos del trono aquéllos a los que
la fuerza del hado les ha destinado necesariamente
a él. Y, puesto que éste fue el último de los Anto- 6
ninos y después de él este nombre no le han osten-
tado frecuentemente en la república los emperado-
res, para que nadie se equivoque cuando comience
la narracción de la biografía de los Gordianos, pa-
dre e hijo, que pretendían pertenecer a la familia de
los Antoninos, haré estas dos observaciones: en pri-
mer lugar, que tuvieron el título de Antonino no

---

[72] Nerón se anticipó a su asesinato suicidándose, Vitelio fue asesinado por los soldados y Calígula por un tribuno de la guardia pretoriana.

como nombre, sino como prenombre; en segundo 7
lugar que, como veo en muchos libros, recibieron el nombre de «Antonios» no el de «Antoninos».

35 Esto es lo que se sabe sobre Heliogábalo, cuya vida, a pesar de mi oposición y renuncia, me decidí a escribir, tras espigar sus datos en distintos autores griegos y latinos, y a ofrecértela a tí, una vez publicada la de los emperadores que le precedieron. Voy a comenzar ahora a escribir la de los emperadores siguientes. De ellos el mejor fue Alejandro, 2
cuya biografía debe ser expuesta con detalle, pues fue príncipe durante trece años, mientras que los otros gobernaron seis meses y uno o dos años incompletos, siendo Aureliano el más importante y Claudio, el fundador de la familia, la honra de todos ellos. Al escribir a tu Clemencia, temo decir la 3
verdad sobre él, no vayan a pensar los malévolos que soy adulador; pero yo quedaré absuelto frente a la envidia de los hombres perversos, cuando se reconozca que también otros escritores le consideran ilustre. A estos príncipes hay que agregar Dio- 4
cleciano, padre de la edad de oro, Maximiano, a quien el vulgo llama padre de la edad de hierro, y los restantes príncipes hasta llegar a tu Piedad. Por 5
lo que a tí respecta, Augusto venerable, tu biografía la narrarán en muchas y muy elocuentes páginas aquellos escritores a los que su ingenio fecundísimo les concedió tal don. A estos emperadores, 6
se deben sumar aún Licinio, Severo, Alejandro y Majencio [73], pues el poder de todos ellos ha venido a parar a tu autoridad; pero debe hacerse de tal manera que no se les quite un ápice a su valor. En 7
efecto, no voy a seguir el procedimiento de la ma-

[73] Majencio fue derrotado por Constantino junto al puente Milvio en el año 312, Licinio cerca de Calcedonia en Bitinia en el 324. Los otros dos son Flavio Severo y Domicio Alejandro, según Hohl, *Scriptores,* I, p. 250.

yoría de los escritores consistente en denigrar a aquéllos que han caído derrotados, porque comprendo que voy a acrecentar tu gloria en caso de que diga toda la verdad sobre las buenas cualidades que aquéllos poseyeron.

18. ALEJANDRO SEVERO

(Elio Lampridio).

1 Después del asesinato de Vario Heliogábalo (pues hemos preferido darle este nombre al de Antonino, porque aquella peste no mostró ninguna de las características que poseyeron los Antoninos y 2
porque este nombre fue borrado de los anales por orden del senado) [1], obtuvo el poder imperial para dicha del género humano Aurelio Alejandro, nacido en la ciudad de Arca, hijo de Vario, nieto de Varia y primo hermano del mismo Gábalo [2], después de que había sido nombrado César con anterioridad tras la muerte de Macrino, y recibió el nombre 3
de Augusto, además de asumir también por concesión del senado en un mismo día el título de Padre de la patria, el derecho del proconsulado, la potestad tribunicia y el derecho de presentar cinco propuestas en el senado. Y, para que esta acumulación 4
de honores no parezca precipitada, expondremos las causas por las que el senado se vio obligado a concedérselos y él a aceptarlos. Porque, efectiva- 5
mente, no convenía a la dignidad del senado otor-

[1] Cf. *Heliogábalo,* 17,4.

[2] Hijo de Julia Avita Mamea. Al nacer debió de llevar el gentilicio Gesio. Según Herodiano V,3,3, se llamaba Alexiano y luego pasó a llamarse Alejandro (V,7,3). Dión le llama Basiano (LXVIII,303). Para las versiones de su adopción y nombramiento, Cf. I. Moreno Ferrero, «La adopción de Alejandro Severo y su nombramiento como César», *Studia Histórica,* H.ª Antigüa, I, n.º 1. Univ. de Salamanca, 1983, pp. 99-103. El nombre siendo ya emperador fue Marco Aurelio Severo Alejandro.

gar al mismo tiempo todos los honores, ni a un príncipe bueno asumir a la vez tantas dignidades. 6
Los soldados se habían acostumbrado ya a elegir a sus propios emperadores con una decisión tumultuaria y a cambiarlos igualmente con facilidad, diciendo a veces para defenderse que habían actuado así porque no se habían enterado de que el senado había nombrado ya a un príncipe. Efectivamente, 7
el ejército eligió como emperadores a Pescenio Nigro, Clodio Albino, Avidio Casio y anteriormente a Lucio Vindex, L. Antonio y al propio Severo, cuando el senado había proclamado ya príncipe a Juliano, y esta circunstancia había encadenado contiendas civiles en las que fue preciso que perecieran luchando fratricidamente unos soldados que habían sido equipados para luchar contra otros enemigos.

2 Así, pues, por esta razón se procuró a toda prisa que Alejandro asumiera simultánemente todos los honores, como si se tratara de un emperador ya anciano. A esto se añade que la inclinación del pue- 2
blo y del senado hacia él era extrema, al suceder a aquél ser funesto, que no sólo deshonró el nombre de los Antoninos, sino que degradó también el imperio romano. En fin, se decretaron a porfía to- 3
dos los títulos y todos los poderes. Y, en conse- 4
cuencia, fue el primero que recibió al mismo tiempo todos los emblemas y todas las clases de honores que habían ostentado los demás príncipes, abogando por esta concesión el título de César que ya había recibido años atrás y, sobre todo, su vida y su conducta, habiendo provocado una inmensa simpatía hacia su persona el hecho de que Heliogábalo intentó asesinarle, aunque no pudo por la oposición del ejército y por la votación en contra del senado. Pero estas consideraciones son peque- 5
ñas ante sus méritos, por los que se hizo digno de que el senado le protegiera, los soldados le desearan incólume y el sentimiento de todos los buenos ciudadanos le designara emperador.

3 Así, pues, Alejandro, que fue hijo de Mamea, —pues así lo afirma también la mayoría de los escritores—, instruido desde los primeros años de su infancia en los conocimientos útiles para la vida civil y militar, no dejó pasar voluntariamente ni un solo día sin ejercitarse en la literatura y en las artes
militares. En efecto, durante esos años tuvo como 2
profesores de gramática a Valerio Cordo, Tito Veturio y Aurelio Filipo, liberto de su padre, que des-
pués escribió su biografía, como profesor de lite- 3
ratura en su patria natal al griego Nehón, como profesor de retórica a Serapión, como profesor de filosofía a Estilión y, en Roma, como profesor de gramática a Escaurino, hijo de Escaurino, maestro ilustrísimo, y de retórica a Julio Frontino, Bebio Macriano y Julio Graniano, cuyos discursos decla-
matorios se recitan todavía hoy. Pero Alejandro no 4
hizo grandes progresos en la lengua latina, como se deduce de los discursos que pronunció en el senado y de las arengas que lanzó a los soldados o al pueblo. No sintió demasiado gusto por la elocuencia latina, pero estimó mucho a los hombres letrados, temiendo también que ellos pudieran escribir
algo desagradable de él. En fin, deseaba que aque- 5
llas personas a las que consideraba con preparación suficiente para informarse tomaran nota de todas las cosas que hacía en público y en privado, asesorándolos él mismo, si por casualidad no habían estado ellos personalmente presentes, y les pedía que las publicaran en sus obras, si respondían a la verdad.

4 Prohibió que le llamaran señor [3]. Ordenó que le escribieran las cartas como si fuera un simple particular y que mantuvieran solamente el título de

[3] El título de *Dominus* «Señor» lo aceptó Domiciano, por lo cual la forma de gobierno iniciada con él se llama Dominado, frente a la anterior llamada Principado que inició Augusto, quien rechazó el título de *Dominus* en sucesivas ocasiones, Cf. Suetonio, *Aug.*, 53 y *Tib.*, 57,8.

emperador. Eliminó de los calzados y de los vestidos imperiales las piedras preciosas que había utilizado Heliogábalo [4]. Utilizaba un vestido blanco 2
sin adornos de oro, tal como aparece en sus retratos, y pénulas y togas normales. Vivió con tanta in- 3
timidad con sus amigos que se sentaba al lado de ellos en sus reuniones, acudía a sus banquetes, mantenía a algunos de ellos como comensales habituales a pesar de no haberlos invitado, les recibía en visita como si fuera un senador cualquiera con la cortina corrida, tras haber sido retirados los ujieres o con la sola presencia de aquéllos que estaban puestos como guardianes en las puertas, mientras que a los ladrones no les era permitido presentarse a saludar al príncipe, porque él no podía soportar su vista.

Alejandro poseía una constitución corporal tal 4
que, además de la belleza y atractivo varonil que contemplamos todavía hoy en sus pinturas y estatuas, tenía la resistencia característica de un soldado corpulento y la salud de un hombre que conoce el vigor de su propio cuerpo y trata de conservarlo constantemente. Era además estimado por todos los 5
hombres y algunos le llamaban Pío, pero todos le consideraban realmente venerable y útil para el Estado. Cuando Heliogábalo maquinaba contra él, le 6
salió el siguiente oráculo en el templo de la Fortuna de Preneste [5]:

«Si vences algunos hados crueles,
tú serás un Marcelo» [6].

5 Recibió el nombre de Alejandro porque nació en el templo dedicado a Alejandro Magno, junto a la ciudad de Arca, a donde por casualidad habían acudido su padre y su madre en la festividad de Ale-

---

[4] Cf. *Heliogábalo*, 23,3-4.

[5] El de *Fortuna Primigenia*, famoso por su oráculo.

[6] Virgilio, *Eneida*, VI, 882-883.

jandro para celebrar aquella solemnidad. La prue- 2
ba de este hecho es que este Alejandro, hijo de Mamea, celebra su aniversario el mismo día en que murió aquél, llamado el Magno [7]. El senado le ofreció 3
el título de Antonino, pero él lo rehusó, a pesar de que tenía con Caracalla mayor parentesco que aquel falso Antonino, puesto que, como dijo Mario 4
Máximo en la biografía de Severo, éste se desposó, cuando aún era un particular y de una posición social no demasiado elevada, con una mujer noble de Oriente de la que sabía que, según su horóscopo, estaba llamada a ser esposa de un emperador y de la cual fue pariente este Alejandro, que era realmente primo hermano de Vario Heliogábalo, por parte de madre [8]. Rehusó también el nombre de 5
Magno que le fue ofrecido por un decreto del senado, como si se tratara de Alejandro.

6 Interesa releer el discurso con que rechazó los nombres de Antonino y Magno que le fueron otorgados por el senado. Pero, antes de ofrecerle, incluiré también las aclamaciones del senado con las que se votó la concesión de estos nombres. De las actas de Roma: la víspera de las nonas de marzo, 2
cuando acudieron los senadores en gran número a la Curia (es decir, al santuario y templo de la Concordia después de haber sido inaugurado) y pidieron a Aurelio Alejandro César Augusto que fuera a la sesión, éste rehusó en primera instancia, porque sabía que se iba a tratar sobre sus honores; pero, después, cuando se presentó a la sesión, los 3
senadores aclamaron [9]: «Oh Augusto virtuoso, que

[7] Este relato es una ficción. Alejandro nació el 1 de octubre del año 208, mientras que Alejandro Magno murió en Junio.

[8] No es así. Soemis o Symiamira, madre de Heliogábalo, y Mamea, madre de Alejandro eran hermanas y primas hermanas de Caracalla. Heliogábalo y Alejandro eran sobrinos segundos los dos de Caracalla.

[9] Para aclamaciones similares, Cf. 59,9 y 10; *Avidio Casio,* 13,1-5; *Cómodo,* 18-19, *Maximinos,* 16,3-7 y 26; *Gordianos,* 11,9-10; *Maximino y Balbino,* 2,9-12.

los dioses te protejan. Alejandro, emperador, que
los dioses te protejan. Los dioses nos han regalado
a tu persona, que los dioses nos la conserven. Los
dioses te han arrancado de las manos del vicioso,
que ellos perpetúen tu existencia. Tú has sufrido a 4
un tirano vicioso y has deplorado también la exis-
tencia de un vicioso y deshonesto. Los dioses lo
han arrancado de raíz, y a ti te han protegido. Jus-
tamente ha sido condenado este infame emperador. 5
Vivimos dichosos con tu reino, dichosa vive la re-
pública. El infame emperador ha sido arrastrado
con un garfio para que sirva de ejemplo a temer.
Con razón ha sido castigado el voluptuoso empe-
rador, el mancillador de todos los honores. Dioses
inmortales, prolongad la vida de Alejandro. Los
juicios de los dioses se muestran en casos así».
7 Cuando Alejandro dio las gracias, los senadores
prorrumpieron: «Antonino Alejandro, que los dio-
ses te protejan. Antonino Aurelio, que los dioses
te protejan. Antonino Piadoso, que los dioses te
protejan. Te suplicamos aceptes el nombre de An-
tonino. Aventaja a los buenos emperadores acep- 2
tando el nombre de Antonino. Purifica el nombre
de los Antoninos. Purifica tú lo que aquél manci-
lló. Restablece a su integridad el nombre de los An-
toninos. Que la sangre de los Antoninos se reco- 3
nozca a sí misma. Venga tú el ultraje hecho a Mar-
co. Venga el ultraje hecho a Vero. Venga el ultraje 4
hecho a Basiano. Sólo Cómodo superó en maldad
a Heliogábalo, que no fue ni emperador, ni Anto-
nino, ni ciudadano, ni senador, ni noble, ni roma-
no. En ti está la salvación, en ti está la vida. Para 5
que tengamos ilusión por vivir, que Alejandro al-
cance la vida de los Antoninos. Para que la vida ten-
ga aliciente, que se llame Antonino. Que un Anto-
nino consagre los templos de los Antoninos. Que 6
un Antonino triunfe de los partos y de los persas.
Que sea un hombre sagrado quien lleve un nom-
bre sagrado. Que sea un hombre casto quien lleve

un nombre casto. Que los dioses reconozcan el nombre de Antonino, que ellos mantengan el honor de los Antoninos. En ti todo y por ti todo, Antonino, ¡salud!»

8 Después de estas aclamaciones, Aurelio Alejandro César Augusto dijo: «Ya os he dado otras veces las gracias, padres conscriptos, pero ahora os las doy también por el nombre de César, por la salvaguardia de mi vida; y por haberme otorgado además el nombre de Augusto, el pontificado máximo, la potestad tribunicia y el poder proconsular, dignidades que, ofreciendo un ejemplo singular, me las habéis concedido todas en un solo día.» Y, cuando 2
seguía hablando, aclamaron: «Aceptaste estos honores, acepta también el nombre de Antonino. Que el senado se haga merecedor de ello y también los Antoninos. Antonino Augusto, que los dioses te 3
protejan. Que los dioses te conserven, Antonino. Que se devuelva a las monedas el nombre de Antonino. Que un Antonino consagre los templos de los Antoninos.» Aurelio Alejandro Augusto dijo: 4
«Os ruego, padres conscriptos, que no me impulséis a la necesidad de esforzarme para que me sienta obligado a cumplir mis deberes para con un nombre tan importante, siendo así que incluso este mismo nombre que ostento parece ya gravoso por sí mismo, a pesar de que es extranjero. En efecto, estos nombres célebres son onerosos, porque ¿quién 5
llamaría Cicerón a un mudo? ¿Quién llamaría a un ignorante Varrón? [10] ¿Quién llamaría a un malvado Metelo? [11] Y, ojalá los dioses lo impidan, ¿habrá alguien que soporte a un ser que vive participando de las dignidades más esplendorosas, si no

[10] Marco Terencio Varrón (116-27 a. de C). Un gran enciclopedista. Escribió alrededor de 74 obras.

[11] Q. Cecilio Metelo, que recibió el título de Pío por sus esfuerzos para obtener la vuelta de su hermano Metelo Numídico, desterrado en el año 100 a. de C. por oponerse a Mario y a su partido.

9 vive en consonancia con sus nombres?» Igual que antes, se repitieron las mismas aclamaciones. Del mismo modo, el emperador volvió a decir: «Vuestra Clemencia recuerda cuán grande fue el nombre, o mejor dicho el *numen* de los Antoninos: si se tiene en cuenta la piedad, ¿quién fue más irreprochable que Pío? Si se atiende a la formación, ¿quién más clarividente que Marco? Si se tiene en cuenta la integridad, ¿quién más puro que Vero? Si se tiene en cuenta el valor, ¿quién más decidido que Basiano? Porque no quiero recordar a Cómodo, ya 2
que fue más malvado precisamente por haber mantenido, a pesar de su vida licenciosa, el nombre de Antonino. Por lo que respecta a Diadumeno, ni 3
tuvo tiempo ni edad suficiente y asumió este nombre valiéndose de una artimaña de su padre.» 4
Prorrumpieron en aclamaciones igual que antes y el emperador continuó: «Padres conscriptos, cuando hace poco tiempo el más inmundo de todos los bípedos y de todos los cuadrúpedos se imponía el prenombre de Antonino y superaba en torpezas y liviandades a los Nerones, Vitelios y Cómodos, recordáis cuáles fueron las lamentaciones de todas las gentes, extendiéndose por las reuniones del pueblo y de los hombres distinguidos una voz unánime que decía que a éste se le llamaba impropiamente Antonino y que estaba siendo vilipendiado por semejante peste este nombre tan prestigioso.» Y, mien- 5
tras seguía hablando, prorrumpieron en aclamaciones: «Que los dioses alejen estos males. Si tú reinas, no les tememos. Si tú eres nuestro jefe, nos veremos libres de ellos. Has triunfado sobre los vicios, has triunfado sobre los crímenes. Has triunfado sobre la ignominia. Tú has honrado ya el nombre de Antonino. Estamos seguros. Lo creemos con 6
razón. Te hemos apreciado desde los primeros años y ahora te apreciamos.» Y el emperador continuó: 7
«No es que yo tema, padres conscriptos, asumir este nombre venerable para todos, porque tengo

miedo de que mi vida pueda hundirse en estos vi-
cios, o porque me avergüence de este nombre, sino
que, en primer lugar, no me place asumir el nom-
bre de una familia que no es la mía y, en segundo
lugar, pienso que su peso me va a resultar gravoso.»

10 Y, cuando decía estas palabras, fue aclamado
igual que antes. E igualmente continuó: «En efec- 2
to, si yo asumo el nombre de Antonino, puedo asu-
mir también el de Trajano, el de Tito y el de Ves-
pasiano.» Y, a sus palabras, irrumpieron en acla- 3
maciones: «Como tenéis el nombre de Augusto,
asumid también el de Antonino,» El emperador
respondió: «Ya veo, padres conscriptos, la razón
que os mueve a ofrecerme también este nombre. El 4
primer Augusto fue el primer fundador de este im-
perio y, como por una especie de adopción o por
un derecho hereditario, todos le sucedemos con su
nombre. Los propios Antoninos han recibido el tí-
tulo de Augustos. El mismo Antonino con mucha 5
frecuencia llamó Augustos a Marco y a Vero por
derecho de adopción. Para Cómodo, en cambio,
este nombre fue hereditario, para Diadumeno im-
puesto, en Basiano resultó pedante, y en Vario, ri-
dículo.» Y, a sus palabras, aclamaron: «Alejandro 6
Augusto, que los dioses te protejan. Que los dio-
ses acojan benevolentes tu modestia, tu inteligen-
cia, tu integridad y tu castidad. Por esto nos damos
cuenta cuál va a ser tu comportamiento, por esto
te apreciamos. Tú conseguirás que el senado acier- 7
te en la elección de los príncipes. Tú conseguirás
que la decisión del senado resulte la mejor. Alejan-
dro Augusto, que los dioses te guarden. Que Ale-
jandro Augusto consagre los templos de los Anto-
ninos. César nuestro, Augusto nuestro, emperador 8
nuestro, que los dioses te guarden. Que vivas, que
tengas salud, que reines muchos años.»

11 El emperador Alejandro replicó: «Ya me doy
cuenta, padres conscriptos, de que he obtenido lo
que deseaba y lo considero como un regalo, por lo

que os doy muchísimas gracias, prometiendo esfor-
zarme por que este nombre que yo aporto al im-
perio sea tal que lo deseen otros príncipes después
de mí y vuestra piedad lo juzgue digno de atribuír-
selo a los príncipes buenos.» A estas palabras si- 2
guieron las aclamaciones: «Alejandro Magno, que
los dioses te protejan. Si has rechazado el nombre
de Antonino, acepta el prenombre de Magno. Ale-
jandro Magno, que los dioses te protejan.» Y, como 3
repitieran estas aclamaciones una y otra vez, Ale-
jandro Augusto dijo: «Me habría sido más fácil, pa-
dres conscriptos, aceptar el nombre de los Antoni-
nos, pues con ello habría contribuido en alguna me-
dida a emparentarme o a asociarme con un nombre
propio de un emperador. Pero ¿por qué voy a acep- 4
tar el nombre de Magno? Pues ¿qué he hecho yo
hasta ahora que sea grande?, siendo así que Alejan-
dro aceptó este nombre después de grandes haza-
ñas y Pompeyo después de grandes triunfos. Guar-
dad silencio, por tanto, venerables senadores, y vo-
sotros, que sois los auténticamente magníficos,
consideradme solamente como uno más de voso-
12 tros y no me impongáis el título de Magno. Cuan-
do dijo esto, volvieron a aclamarle: «Aurelio Ale-
jandro Augusto, que los dioses te protejan.» Y
abordaron los restantes temas según la norma habi-
tual.

Después de que se trataron otros muchos asun- 2
tos en la sesión de ese mismo día, Alejandro disol-
vió la asamblea y se volvió a su casa como si hu-
biera obtenido los honores del triunfo. Se conside- 3
ró que había obtenido más prestigio al rehusar
nombres ajenos que si los hubiera aceptado. Y por
su actitud obtuvo la fama de hombre firme y ex-
traordinariamente ponderado, ya que el senado en
pleno no pudo persuadirle a él sólo, que era aún
joven, o más bien adolescente. Pero, aunque el se- 4
nado con sus ruegos no logró convencerle para
que asumiera el nombre de Antonino o el de Mag-

no, no obstante los soldados le impusieron el nombre de Severo por el extraordinario vigor de espíritu [12] y la admirable y singular firmeza que mostró contra la insolencia de las tropas. Esta actitud 5
le granjeó un inmenso respeto entre sus contemporáneos y gran prestigio de la posteridad, puesto que se sumó a ello la idea de que se le había impuesto el nombre por la energía de su espíritu, pues fue el único emperador conocido que licenció a las legiones levantadas en armas, como en su lugar indicaremos, y que castigó con gran dureza a los soldados que por casualidad incurrieron en alguna acción que se considerara ilícita, como también expondremos en sus lugares respectivos [13].

13 Tuvo los siguientes presagios que le anunciaban el poder: primeramente, nació en el mismo día en que se dice que murió Alejandro Magno; en segundo lugar, su madre le dio a luz en un templo; en tercer lugar, recibió el nombre de aquél; además, una viejecilla ofreció a su madre un huevo de paloma de color púrpura puesto el mismo día en que
Alejandro había nacido; por esto los arúspices afir- 2
maron que él llegaría a ser emperador, pero no por mucho tiempo, y que accedería pronto al trono. Además, un cuadro del emperador Trajano que estaba colgado sobre el lecho nupcial de su padre cayó sobre su propio lecho, mientras su madre le
daba a luz en el templo mencionado. A estos pro- 3
digios se añadió la circunstancia de que le dieron por nodriza a una mujer llamada Olimpias, nombre con el que fue llamada la madre de Alejandro.
Ocurrió casualmente que su padre nutritivo era un 4

[12] Una explicación inventada, igual que en el capítulo XXV,2. Responde a la tendencia de los escritores de la H.ª Augusta a fantasear sobre el nombre de los emperadores, Cf. *Pértinax*, 1,1; *Severo*, 16,13; *Macrino*, 11,2. Adoptó este nombre realmente para asimilarse a Septimio Severo.

[13] Su rigurosidad en la disciplina es un tópico que se repite a lo largo de la biografía, Cf. 25,2; 51,6; 52-54; 59,5; 64,3.

campesino llamado Filipo, como el padre de Alejandro Magno. Se cuenta que, el primer día de su 5
nacimiento, durante toda la jornada, se vió una estrella de extraordinaria magnitud junto a Arca Cesárea [14] y que el Sol quedó coronado por un círculo refulgente en torno a la casa de su padre. Cuan- 6
do explicaban su horóscopo, los arúspices dijeron que él ostentaría el supremo poder porque habían sido robadas de la alquería que poseía Severo unas víctimas, las mismas que habían preparado unos granjeros para honrar al emperador. Un laurel na- 7
cido en su casa al lado de un melocotonero superó la altura de éste antes de que transcurriera un año, detalle por el que los adivinos vaticinaron que él llegaría a derrotar a los persas.

14 Su madre, la víspera del parto, soñó que estaba dando a la luz una pequeña serpiente de color púrpura. Esa misma noche, su padre vió en un sueño 2
que era transportado hasta el cielo sobre las alas de la Victoria Romana [15] que se halla emplazada en el senado. Cuando de niño acudió por propia inicia- 3
tiva a consultar a un adivino sobre su futuro, se dice que obtuvo como respuesta los siguientes versos escritos en unas tablillas:

«Te está reservada la autoridad sobre el cielo 4
[y tierra»,
lo que se entendió en el sentido de que tam-
[bién sería elevado al rango de los dioses.
«Te está reservada la autoridad para gobernar
[un imperio»,

de lo que se dedujo que llegaría a ser príncipe del imperio romano; pues ¿dónde hay una autoridad que gobierne un imperio sino entre los romanos? En realidad, estos mismos presagios se extrajeron tam-

[14] Cf. 1,2. Ciudad de Siria cerca de Trípoli.

[15] Parece que se trata de una estatua de la Victoria consagrada por Augusto el año 29 a. de C., después de su victoria en *Actium*.

bién de algunos versos griegos. Y, cuando por con- 5
sejo de su padre cambió su inclinación hacia otras
artes, abandonando la filosofía y la música, su per-
sonalidad fue desvelada por los oráculos de Virgi-
lio de la manera siguiente:

«Otros forjarán con más delicadeza pedazos
[de bronce infundiéndoles vida,
creo yo, y lograrán moldear rostros vivientes
[del mármol,
defenderán mejor las causas y las órbitas del
[cielo
trazarán a compás y cantarán la aparición de
[los astros:
Tú, romano, acuérdate de regir las naciones
[con tu autoridad.
Estas serán tus artes: infundir el gusto por la
[paz,
perdonar a los vencidos y derrotar a los
[soberbios» [16].

Ocurrieron otros muchos presagios por los que 6
se sabía que sería el príncipe del género humano.
El brillo de sus ojos era excesivo y molesto para
los que le miraban fijamente, frecuentísimos los
presentimientos de su espíritu, su memoria sobre
los hechos acontecidos extraordinaria, y la ayuda-
ba, según Acolio, con recursos nemotécnicos. Y, 7
como llegó al imperio cuando aún era un niño, des-
pachó todos los asuntos con su madre de manera
que daba la impresión de que ella, mujer íntegra
pero avara y apasionada por el oro y la plata, rei-
naba también a la par que él [17].

---

[16] Virgilio, *Aen.*, VI, 847-853.

[17] Este aspecto le desarrolla Herodiano con amplios detalles en VI, 5,10: «Mamea», comienza diciendo, «al quedar sola con su hijo, se esforzó en dirigirle y dominarlo, de la misma manera que Mesa», y cierra el capítulo con estas palabras: «la madre le dominaba sobremanera y él hacía lo que ella le ordenaba».

15 Cuando empezó a gobernar en calidad de Augusto, como primera provisión, retiró de la actividad pública, privándoles de sus puestos administrativos y de sus cargos, a los jueces que aquel vicioso Heliogábalo había promovido eligiéndoles entre los hombres más abyectos. Después depuró el senado
y el estamento ecuestre. A continuación depuró las 2
propias tribus [18], eliminó a aquéllos que disfrutaban de prerrogativas militares y depuró el Palacio y todo su séquito, apartando de la servidumbre palaciega a todas las personas de vida deshonesta y de mala nota y no permitió que permaneciera en las estancias de Palacio ningún hombre que no fuera im-
prescindible. Se comprometió bajo juramento a no 3
mantener ningún cargo suplementario, es decir, de supernumerarios, con el fin de no aumentar las cargas de la república, diciendo que resultaba una calamidad pública aquel emperador que alimentaba con las entrañas de los habitantes de las provincias a hombres que no eran necesarios ni útiles al Esta-
do. Dio órdenes para que jamás aparecieran por 4
ninguna de las provincias jueces concusionarios y para que, si llegaban a verlos los gobernadores, los
deportaran. Inspeccionó con atención los víveres de 5
las tropas. Castigó con la pena de muerte a los tribunos que habían ofrecido alguna exención a los soldados en recompensa de las ganancias fraudulentas [19] obtenidas en la distribución de los sumi-
nistros. Dio instrucciones para que los asuntos es- 6

[18] Agrupaciones de ciudadanos romanos que pasaron de las tres de época más arcaica *(Ramnes, Luceres, Titii)* a cuatro, correspondientes a las cuatro regiones establecidas por Servio Tulio en el s. V *(Subura, Esquilina, Colina y Palatina)* y treinta y cinco en el año 241 a. de C. En ellas inscribían los censores a los ciudadanos para así votar en los comicios por tribus (*comitia tributa*) donde se sancionaban leyes, se elegían a los magistrados menores, etc. Las funciones de estos comicios luego las absorvió el senado.

[19] Se trata de los beneficios o ganancias ilícitas, llamados *stellaturae*, que conseguían los tribunos y jefes del ejército traficando con los alimentos que se suministraban a los soldados.

tatales y las causas fueran analizadas y ordenadas primero por los jefes de las respectivas secretarias y por los jurisconsultos entendidos y fieles a su persona, de los cuales Ulpiano era entonces el principal, y que después se los remitieran a él.

16 Ratificó numerosas y prudentes leyes sobre los derechos que afectaban al pueblo y al fisco, y no sancionó ninguna disposición legal sin haber consultado previamente con veinte jurisconsultos y con no menos de cincuenta ciudadanos eruditísimos, sabios, y todos ellos grandes oradores, con el fin de que su consejo no dispusiera de menos votos de los que precisaba el senado para aprobar sus decretos, 2
y procuraba que se recogiera la opinión de cada uno de ellos y se redactara lo que había dicho, dándoles sin embargo tiempo para investigar diligentemente y pensar antes de pronunciarse, a fin de no obligarlos a manifestar su opinión sobre asuntos de transcendencia sin haber reflexionado sobre ellos. 3
Tenía también la costumbre de servirse exclusivamente de hombres entendidos y elocuentes, cuando abordaba problemas sobre el derecho o sobre otros asuntos públicos; pero, si abordaba algún problema militar, consultaba a antiguos militares, a ancianos con buena hoja de servicios y que conocían los terrenos, las tácticas bélicas y las características de los campamentos, a todos los hombres de letras y, sobre todo, a aquéllos que sabían historia, a los que preguntaba qué es lo que habían hecho los antiguos generales del ejército romano o de otras naciones extranjeras en cuestiones como aquéllas que se proponían a debate.

17 Encolpio, con el que Alejandro mantuvo una gran amistad, contaba que cuando éste se encontraba con algún juez estafador, tenía dispuesto el dedo para sacarle un ojo: tan gran odio le embargaba hacia aquéllos que habían quedado convictos de estafadores. Septimino, que escribió la biografía de 2
Alejandro con cierto estilo, añade que este empe-

rador se irritaba tanto contra los jueces que se habían ganado la fama de estafadores, aunque no hubieran sido condenados, que, si por casualidad los veía, se conturbaba en su espíritu hasta arrojar bilis y se encendía su rostro hasta el punto de que no
podía pronunciar palabra. En efecto, en una oca- 3
sión en que Septimio Arabiano, famoso por los robos que se le imputaban pero absuelto de esta acusación ya bajo Heliogábalo, se presentó a saludar
al príncipe entre un grupo de senadores, Alejandro 4
exclamó: «¡Oh Marna! [20], ¡oh Júpiter!, ¡oh dioses inmortales! No solamente está vivo Arabiano, sino que incluso acude al senado y tal vez espera alguna recompensa de mi parte: pero ¿tan fatuo y necio me cree?»

18 Se le saludaba diciendo solamente el nombre, por ejemplo: «Salud, Alejandro». Si alguien en alguna ocasión había inclinado la cabeza o había hecho un comentario excesivamente lisonjero, o bien Alejandro le hacía alejar de su presencia como adulador, si la índole de su clase social lo permitía, o bien se reía a grandes carcajadas de él, si la dignidad que ostentaba no admitía la posibilidad de ver-
se sometida a una injuria tan grave. Ofreció asien- 2
to a todos los senadores cuando venían a saludarle, pero sólo admitió a la salutación a aquellos ciudadanos que eran honorables y tenían buena fama y ordenó que se proclamara por medio de un pregonero (de la misma manera que se proclama durante la celebración de los misterios Eleusinos que nadie entre a participar en ellos, salvo quien se considere inocente) que nadie que se reconociera ladrón acudiera a visitar al príncipe, para no verse expuesto a
la pena capital si se le descubría alguna vez. Prohi- 3
bió también que se le adorara, aun cuando ya Heliogábalo había comenzado a ser adorado como los

[20] Dios patrono de Gaza, en Palestina, al que se identificó con Zeus.

reyes persas. Además, de él era la siguiente máxi- 4
ma: que los ladrones son los únicos que se quejan
de ser pobres deseando ocultar así los crímenes de
su vida. Y añadía una máxima conocida en griego 5
sobre los ladrones que en latín significa lo siguien-
te: «quien roba mucho y da poco a los jueces que
se venden estará a salvo». Dicha frase en griego es
así: [20 bis]:

«El que roba mucho y da poco, será absuelto».

19 Nombró al prefecto del Pretorio ateniéndose a la
voluntad del senado y aceptó el prefecto de la Ciu-
dad elegido por esta asamblea. Nombró como se-
gundo prefecto del Pretorio a un individuo que in-
cluso había intentado escaparse, para no recibir el
nombramiento, pues decía que había que colocar
en los cargos públicos, no a los que los solicitaban
sino a los que los rehusaban. Nunca nombró a nin- 2
gún senador sin tener en cuenta el consejo de to-
dos los senadores que se hallaban presentes, de tal
manera que su nombramiento se efectuaba en con-
sonancia con la opinión general y presentaban su
testimonio ilustres personalidades; pero si los tes-
tigos o aquéllos que habían expresado su opinión
habían cometido algún engaño, eran relegados en-
seguida hasta la última clase de ciudadanos, aplicán-
doles la pena como falsificadores de un hecho pro-
bado, sin intención de ofrecerles indulto alguno.
Tampoco nombró a senadores sino de acuerdo con 3
la opinión de los más ilustres ciudadanos que resi-
dían en Palacio, pues decía que era preciso ser hom-
bre ilustre para nombrar a un senador. Tampoco 4
hizo pasar a los libertos al estamento ecuestre por-
que decía que este estamento era el semillero del se-
nado.

20 Su comedimiento fue tan grande que jamás apar-
tó a nadie de su lado; se mostró cariñoso y afable

[20 bis] La frase en griego dice: 'O πολλὰ κλέψας ὀλίγα δοὺς ἐκφεύξε[ν]ται.

con todo el mundo; acudió frecuentemente a visitar a sus amigos [21] cuando estaban enfermos, tanto si su rango era de primera o segunda categoría, como si era de una condición social inferior; ansiaba que todos los ciudadanos le expusieran libremente lo que sentían y los escuchaba cuando lo exponían y, una vez oído, hacía las correcciones y rectificaciones que cada caso pedía, mientras que, al 2
contrario, si algo no se había hecho bien, él mismo demostraba el error, aunque sin soberbia y sin tristeza de espíritu; ofrecía siempre a todos audiencia, salvo a aquéllos que se veían embarazados por numerosísimos rumores sobre sus malversaciones, y se informaba siempre sobre los que se hallaban ausentes. En fin, como su madre Mamea y su esposa 3
Memia [22], hija del excónsul Sulpicio y nieta de Cátulo, le decían a menudo a causa de su excesiva afabilidad: «Tú has hecho tu poder excesivamente blando y el del imperio poco respetable», él las respondió: «Pero le hecho más seguro y duradero». Fi- 4
nalmente, no transcurrió un sólo día en el que no realizara alguna acción benévola, afable o piadosa, pero procurando no arruinar al tesoro público.

21 Prohibió que se multiplicaran las condenas y no fue indulgente con aquéllas que se habían dictaminado. Asignó a las ciudades rentas estatales para la construcción de sus propios edificios. Exigió el 4 2
por ciento de interés al mes de los fondos públicos y, merced a ello, concedió dinero sin intereses a muchos pobres para que compraran campos, exigiendo su devolución en especie. A los prefectos 3
del Pretorio que él nombró, les confirió además la

[21] Recibían este título las personas que formaban el *consilium principis* y otras allegadas al emperador por distintas razones. Como el texto indica, los había de diversas clases: los de primera categoría eran generalmente senadores y los de segunda, caballeros.

[22] Su esposa oficialmente conocida fue Gnea Seya Hernia Salustia Barbia Orbiana, de una familia aristocrática antonina, hija de Lucio Seyo. El relato de Herodiano VI, 1,9, se refiere tal vez a esta Memia.

dignidad senatorial [23] para que obtuvieran el rango
y el título de ilustrísimos, concesión que antes de 4
su reinado fue excepcional o que estuvo totalmente
en desuso, hasta tal punto que, si algún emperador
quería nombrar un sucesor del prefecto del Preto-
rio, le enviaba la laticlavia [24] por medio de un li-
berto, como dice Mario Máximo en la vida de mu-
chos emperadores. Alejandro deseaba que los pre- 5
fectos del Pretorio fueran senadores para que nadie
que no fuera senador juzgara a los senadores ro-
manos. En todas las partes reconocía la identidad 6
de sus soldados, disponiendo en su aposento de lis-
tas que registraban el número y los años de servi-
cio de los que se hallaban en activo y, cuando se
encontraba sólo, se dedicaba a repasar las listas de
ellos, su número, sus grados y sus campañas, de ma-
nera que estaba plenamente informado de todo. En 7
fin, cuando ocurría algo entre los soldados, sabía
decir también el nombre de muchos de ellos. To- 8
maba anotaciones personales sobre la promoción de
los candidatos y repasaba todas las listas y repetía
esta misma operación anotando también al mismo
tiempo el día, el nombre del candidato ascendido
y el de quien había hecho la propuesta.

Se preocupó del aprovisionamiento del pueblo 9
romano de tal manera que, mientras Heliogábalo
había acabado con todo el trigo, él lo repuso en los
22 graneros, comprándolo con su propio dinero. Per-
mitió las máximas exenciones a los comerciantes
para que acudieran con gusto a los mercados de
Roma. Restableció en su integridad las distribucio- 2
nes de aceite que había hecho Severo al pueblo y
que Heliogábalo había reducido, confiando la pre-
fectura de los aprovisionamientos a los hombres

---

[23] Es decir, *Viri clarissimi.* Era el tratamiento dado a los miembros del orden senatorial. Hasta entonces los prefectos no lo ostentaban, pues pertenecían al orden ecuestre.

[24] Toga con la banda ancha o *latus clauus.*

más infames. Devolvió a todos los ciudadanos el 3
derecho de confarreación que aquél impuro empe-
rador les había arrebatado. Emprendió en Roma un 4
gran número de obras de ingeniería. Mantuvo a los
judíos sus privilegios. Permitió que hubiera cristia-
nos. Fue tan deferente con los pontífices, los quin- 5
decenviros [25] y los augures, que les permitía revi-
sar y cambiar el veredicto de determinadas causas
relativas al culto que él ya había sentenciado. A 6
aquellos gobernadores de las provincias que descu-
brió que eran elogiados sinceramente, no con pa-
labras ambigüas, los llevaba con él siempre en su ve-
hículo durante los viajes y les ayudaba con regalos,
diciendo que los ladrones debían ser apartados de
la política y despojados de sus riquezas, mientras
que a los hombres sin tacha había que mantenerlos
en sus cargos y enriquecerlos. Cuando el pueblo ro- 7
mano le pidió que los precios se abarataran, Ale-
jandro preguntó por medio de un heraldo qué gé-
neros eran los que consideraban caros. Al punto el
pueblo gritó: «la carne de vaca y la de cerdo». En- 8
tonces él no solamente propuso el abaratamiento
en los precios, sino que dio órdenes para que nadie
matase cerdos, ni lechones, ni vacas, ni terneros y,
como consecuencia, en el intervalo de dos años o
en menos de uno, se produjo un remanente tan
grande de carne de cerdo y de vaca, que el precio
de una libra de estas carnes se redujo, de ocho mi-
nútulos de plata [26], a dos e incluso a uno.

23 Escuchaba las alegaciones de los soldados contra
sus tribunos con tanta escrupulosidad que, si en-
contraba culpabilidad en algunos de éstos, les cas-

---

[25] Colegio de dos, diez, y finalmente, quince miembros encargados de conservar los libros sibilinos, interpretar los prodigios y asegurar el culto de Apolo, Ceres y Cibeles.

[26] Se trata del *argenteus minutulus* (Cf. *Aureliano*, IX,7; XII,1), una pequeña moneda de plata del s. III equivalente al denario de época anterior pero muy depreciado en su valor.

tigaba en proporción con la importancia del hecho y sin intención de mostrarse indulgente. Se infor- 2
maba constantemente sobre todos los ciudadanos valiéndose de hombres de su confianza y de individuos que nadie sabía que desarrollaban esta labor, porque afirmaba que todos los hombres pueden dejarse sobornar si media el lucro. Vistió siem- 3
pre a sus esclavos con vestidos de esclavos y a sus libertos con el de hombres libres. Destituyó de sus 4
servicios a los eunucos y les órdeno que sirvieran a su esposa en calidad de esclavos. Y, mientras que 5
Heliogábalo fue un esclavo de los eunucos, Alejandro los redujo a un número limitado y dispuso que no se preocuparan de nada en Palacio, salvo de los baños de las mujeres. Habiendo puesto Heliogába- 6
lo a muchos de los eunucos al frente de los cargos administrativos y de contabilidad, éste los desposeyó incluso de otros empleos que ejercían desde antiguo. Alejandro decía que ellos formaban una 7
tercera clase de hombres a la que no debían mirar ni emplear para su servicio los varones ni casi tampoco las mujeres de la nobleza. A uno de ellos que 8
había suscitado falsas esperanzas sobre su liberalidad, y que por este acto había recibido cien áureos de un soldado, Alejandro ordenó que le colgaran en una cruz en los alrededores del camino por donde sus siervos iban constantemente a las quintas que poseía cerca de la ciudad.

24 Asignó un gobernador ecuestre a muchas provincias regidas hasta entonces por legados y organizó las proconsulares ateniéndose a los deseos del senado [27].

---

[27] Pasaje difícil. Se trata de la distinción entre las provincias imperiales gobernadas por un lugarteniente del emperador, el *legatus Augusti pro praetore* o *legatus praetorius* (provincias *legatoriae*) y las senatoriales (o proconsulares), Cf. Adriano, 3,9. Hemos traducido como «gobernador ecuestre» el término *praesidiales*, pues *praeses* designa un gobernador provincial, de carácter civil cuando se nombraron

Prohibió que se exhibieran baños mixtos en 2
Roma, prohibición que ya había sido hecha real-
mente antes, pero que había levantado Heliogába-
lo. No permitió que se embolsara en el tesoro sa- 3
grado el impuesto de los alcahuetes, rameras y li-
bertinos, sino que destinó su importe a los gastos
públicos para la restauración del teatro, del circo,
del anfiteatro y del estadio [28]. Tuvo la intención de 4
detener a los libertinos, medida que adoptó años
después Filipo [29], pero le aterró la posibilidad de
que su prohibición tornara esta deshonra pública
en un desenfreno de las pasiones individuales, pues-
to que los hombres, sacudidos por el deseo desen-
frenado, exigen cosas que son ilícitas, y más si es-
tán prohibidas. Impuso un vectigal elevadísimo [30] 5
a los pantaloneros, lenceros, cristaleros, peleteros,
cerrajeros, plateros, orfebres y otros artistas, y or-
denó que con el dinero recaudado se abrieran al uso
público los baños que él había construido y otros
antiguos. Asignó también unos bosquecillos a los
baños. Hizo además una donación de aceite para 6
iluminar las termas, siendo así que hasta entonces
no se abrían antes de la aurora y se cerraban antes
de la puesta del sol.

25 Algunos autores han transmitido en sus escritos
que su gobierno fue incruento, lo que es falso. En 2
efecto, no solamente los soldados le llamaban Se-
vero a causa de su severidad, sino que realmente
fue muy severo en los castigos con que castigó a al-
gunos.

---

dos gobernadores, el civil y militar, y como en este caso, de rango ecuestre.

[28] Se refiere al teatro de Marcelo (Cf. 44,7), al Circo Máximo (Cf. *Adriano,* 19,7), al anfiteatro Flavio o Coliseo (Cf. *Heliogábalo* 17,8) y al estadio construido por Domiciano en el Campo de Marte, la actual Piazza Nabona.

[29] Cf. 39,2; *Heliogábalo,* 32,6.

[30] Impuesto indirecto, frente al *stipendium* y *tributum* que gravaban directamente las personas físicas y propiedades.

Restauró las construcciones que habían levanta- 3
do los emperadores anteriores y él mismo constru-
yó numerosos edificios nuevos, entre ellos, las ter-
mas que llevan su nombre [31] al lado de donde ha-
bían estado ubicadas las de Nerón, poniendo en uso
el acueducto que todavía en nuestros días se llama
Alejandrino. Dotó a sus termas de un bosque, tras 4
derribar los edificios que ocupaban unas viviendas
que él había adquirido destinándolas a su uso pri-
vado. Fue el primer emperador que dio el nombre 5
de Océano a una bañera suya, puesto que Trajano
no hizo tal cosa sino que impuso a sus bañeras los
nombres de los distintos días. Acabó las termas de 6
Antonino Caracalla, construyendo en ellas unos
pórticos y engalanándolas con otros adornos. Fue 7
el primero que impuso la construcción en mármol
llamada Alejandrina en la que se combinaban dos
mármoles, el de Pórfido y el de Lacedemonia, or-
namentando los patios de Palacio con incrustacio-
nes de este tipo. Emplazó un gran número de es- 8
tatuas colosales en Roma, buscando escultores por
todas las partes. Hizo troquelar su figura con los 9
vestidos de Alejandro en muchísimas monedas, al-
gunas de ellas de ámbar, pero la mayor parte de
oro. Prohibió que las mujeres de mala reputación 10
acudieran a visitar a su madre o a su esposa. Pro- 11
nunció múltiples arengas en la Ciudad, siguiendo
la costumbre de los tribunos y de los cónsules.

26 Distribuyó tres veces un congiario al pueblo, un
donativo otras tres veces a los soldados, pero al
pueblo le dio carne, además de congiario. Redujo 2
al tres por ciento de intereses los préstamos de los
usureros, preocupándose también por los pobres. 3
Al principio prohibió a los senadores que aceptaran
intereses si hacían algún préstamo, permitiéndoles
que aceptaran algunas cosas como regalos; pero

[31] Las llamadas *Thermae Alexandrinae*, en el Campo de Marte al Noreste del Panteón.

después dio instrucciones para que pudieran cobrar
el seis por ciento, aunque suprimió los obsequios
que les ofrecían como presentes. Emplazó en el 4
foro de Trajano las estatuas de los más ilustres per-
sonajes, trasladándolas de los distintos lugares por
donde estaban diseminadas. Tuvo en gran honor a 5
Paulo y a Ulpiano quienes, según la versión de dis-
tintos autores, fueron nombrados prefectos por
Heliogábalo o por el propio Alejandro —pues hay 6
quienes dicen que Ulpiano fue consejero de éste y
jefe de una cancillería imperial—. No obstante, los
dos, según dicen, fueron asesores de Papiniano. Se 7
había propuesto construir la basílica Alejandrina
entre el campo de Marte y las vallas de Agripina,
con unas dimensiones de cien pies de ancho por mil
de larga y de forma que descansara toda ella en una
columnata. No la pudo concluir porque le sorpren-
dió antes la muerte. Ornamentó los templos de Isis 8
y de Serapis [32] con el decoro conveniente, dotán-
doles además de estatuas, de esclavos de la isla de
Delos y de todo el instrumental utilizado en los ri-
tos místicos.

Fue singularmente piadoso con su madre Mamea 9
hasta tal punto que construyó en Roma en el Pa-
lacio unos pabellones con el nombre de Salas de
Mamea a los que el vulgo ignorante llama hoy *ad
Mammam* y un palacio en Bayas al que dotó de un
estanque que todavía hoy se llama Mameo. Levan- 10
tó además en Bayas otros edificios magníficos en
honor de sus parientes y unos estanques que cau-
saban admiración porque se proveían de agua del
mar. Restauró en casi todos los lugares los puen- 11
tes que Trajano había levantado y construyó algu-
nos de nueva planta; pero mantuvo el nombre de

[32] En el Campo de Marte, entre el Panteón y los *Saepta* (Cf. *Hadriano,* 19,3, n. 83), al Este de donde está actualmente la iglesia de Santa María.

Trajano en aquéllos que solamente había restaurado.

27 Tuvo el proyecto de asignar a todos los cargos y
a todas las dignidades una clase especial de vestidos,
para que se distinguieran por ellos, y de hacer
lo mismo con todos los esclavos, para que éstos pudieran
ser reconocidos entre el pueblo a fin de que
no surgiera ningún conspirador y de que los esclavos
no se mezclaran con los hombres libres. Pero 2
a Ulpiano y a Paulo no les pareció bien este proyecto,
asegurando que se multiplicarían las disputas,
puesto que los hombres se volverían proclives
a las injurias. Entonces decidió que era suficiente 3
que los caballeros romanos se distinguieran de los
senadores por la calidad de la franja de púrpura. 4
Permitió que los ancianos usaran capote dentro de
la Ciudad, si hacía frío, pues este tipo de vestido se
había usado siempre para los viajes o cuando llovía.
No obstante, prohibió a las matronas usar este
vestido dentro de la Ciudad, pero permitió que lo
utilizaran en los viajes.

Poseía mayor facilidad para expresarse en griego 5
que en latín y no carecía de gracia componiendo
versos. Era propenso a la música y entendido en astrología,
hasta tal el punto que por orden suya los matemáticos
se establecieron oficialmente en Roma y
practicaron públicamente su arte para darle a conocer.
Fue también muy entendido en el arte de la 6
adivinación y muy versado en la ornitomancia, hasta
el extremo de que superó en esta ciencia a los vascones
y a los augures de los españoles y de los de
Panonia. Practicó la geometría. Pintó admirable- 7
mente, cantó de manera notoria pero nunca delante
de testigos, a no ser que se tratara de sus esclavos.
Escribió en verso las biografías de los empe- 8
radores buenos. Tocaba la lira, la flauta, el órgano 9
e incluso la trompeta, aunque cuando llegó a emperador
nunca hizo estas exhibiciones. Fue un lu- 10
chador de primera y en el ejercicio de las armas fue

ilustre, hasta el punto de que llevó a cabo muchas guerras.

28 Asumió solamente tres veces el consulado ordinario y el primer día del ejercicio de su cargo[33] nombró siempre otros cónsules para que le sustituyeran. Fue juez severísimo contra los ladrones a 2
los que llamaba reos de crímines diarios y condenaba con gran energía, y a ellos sólo les daba el nombre de adversarios y enemigos públicos del Estado. A un amanuense que en una reunión del con- 3
sejo imperial había expuesto un informe falso de un proceso, Alejandro le envió al exilio, tras haber ordenado que le cortaran los nervios de los dedos para que no pudiera volver a escribir. En una ocasión 4
que un individuo que había desempeñado ya cargos públicos pedía la concesión de un puesto militar movido por la excesiva ambición, a pesar de su conducta rastrera y de haber estado procesado ya alguna vez, como lo pedía por mediación de unos reyes amigos suyos, se le aceptó su petición, pero fue sorprendido inmediatamente en un robo que realizó en presencia de sus propios patronos, y, obligado a ser juzgado por los reyes, tras haberse constatado el hecho, fue condenado. Y, cuando se 5
preguntó a los reyes cuál era el suplicio que en su reino sufrían los ladrones, aquéllos contestaron: «el de la cruz». Y, ante su respuesta, el reo fue crucificado. De esta manera, no sólo fue condenado el intrigante por la decisión de sus protectores, sino que además se vio salvaguardada la clemencia de Alejandro, que él defendía de modo singular.

Erigió a los emperadores divinizados en el foro 6
del divino Nerva, llamado Transitorio, gigantescas estatuas que les representaban a pie y desnudos o

[33] Traducción de la expresión *primo mundinio,* ya que *nundinium* y *nundinia*, que se usó al principio para indicar el día del mercado (de *nouem-dies*), luego significó la porción del año durante la cual los dos cónsules ejercían su oficio.

a caballo, todas ellas con sus inscripciones y emplazadas sobre columnas de bronce que contenían el relato cronológico de sus acciones, imitando con ello a Augusto que emplazó en el foro que lleva su nombre las estatuas de los más eximios varones talladas en mármol y con las inscripciones de sus hazañas. Deseaba que se creyera que era descendien- 7
te de una familia de romanos, por lo cual le avergonzaba que le llamaran Sirio [34], sobre todo porque en el transcurso de una festividad unos individuos de Antioquía, Egipto y Alejandría, como suele ser habitual entre ellos, le habían hostigado con pequeñas invectivas llamándole archisinagogo Sirio y sumo sacerdote [35].

29 Antes de hablar de sus guerras, de sus expediciones y de sus victorias, expondré unos pocos detalles sobre la vida que llevaba a diario en casa. Éste fue su plan de vida: primero, si le era lícito, es de- 2
cir, si no se había acostado con su esposa, hacía un sacrificio por la mañana en su larario en el que tenía las estatuillas de los emperadores divinizados, aunque solamente una selección de los mejores, y las de seres de gran honorabilidad, entre los que se hallaban Apolonio [36] y, según el testimonio de un escritor de su época, Cristo, Abrahán, Orfeo [37] y otros personajes parecidos a ellos, y las estatuas de sus antepasados. Si no podía hacer esto, según las ca- 3

---

[34] Cf. 44,3 y 64,3.

[35] Alusión al sacerdocio del dios Eliogábalo de Emesa que era hereditario en la familia de su madre. Las dos denominaciones son calcos del griego: *archisynagogus* (ἀρχισυνάγωγος) y *archiereus* (ἀρχιερεύς), en este caso un *hapax*.

[36] Apolonio de Tiana, filósofo neopitagórico del siglo I d. de C. Su personalidad fue contrapuesta a la de Jesucristo en una biografía escrita por Filóstrato. Llevó una vida austera y tuvo muchos adeptos a sus predicaciones.

[37] Personaje mitológico, natural de Tracia, poeta, músico y adivino. Tañía la cítara con tal maestría que las fieras se amansaban al oírle y los pájaros suspendían su vuelo.

racterísticas del lugar, daba un paseo en coche, pescaba, caminaba o cazaba. A continuación, si el 4
tiempo lo permitía y después de realizar otros menesteres, se dedicaba, aunque no con mucha intensidad, a resolver los asuntos públicos, porque tanto los problemas relativos al ejército como los de la vida civil, según hemos dicho anteriormente, eran tramitados por amigos, pero si eran irreprochables, fieles e insobornables y, una vez tramitados, los firmaba, salvo si quería introducir alguna novedad. 5
Ahora bien, si la necesidad lo imponía, se consagraba al trabajo antes de amanecer y lo prolongaba hasta horas avanzadas y jamás le venció el hastío, ni cesó en el trabajo rendido por el mal humor o la ira, manteniéndose siempre con frente imperturbable y alegre en todo. Era, por otra parte, de tal 6
sagacidad que nadie le podía engañar y, si alguien trató de seducirle con lisonjas, pagó la pena merecida al descubrirse su intento.

30 Después de las actividades públicas, bien militares, bien civiles, dedicaba mayor atención a la lectura de obras griegas, prefiriendo los libros de Platón de su tratado sobre la república. Cuando leía 2
obras latinas, leía sobre todo las de Cicerón tituladas «Sobre los Deberes» y «Sobre la República», alguna vez también discursos y obras de poetas, como las de Sereno Samónico[38], al que había conocido personalmente y había apreciado, y las de Horacio. 3
Leyó también la biografía de Alejandro Magno, al que imitó más que a nadie, si bien reprochaba en él su ebriedad y la crueldad que mostró con sus amigos, aunque ambos vicios eran rechazados por los buenos escritores cuyas opiniones casi siempre aceptaba Alejandro. Después de la lectura, dedicaba un 4
tiempo a los ejercicios gimnásticos, al juego de pelota, a las carreras o a luchas más suaves, y a con-

[38] Un hijo de Sammónico Sereno el anticuario, Cf. *Caracalla*, 4,4.

tinuación, tras darse una friega de aceite, se bañaba, pero nunca o casi nunca utilizaba el caldario, sino siempre una piscina, donde permanecía casi por espacio de una hora y, cuando aún estaba en ayunas, se bebía casi un sextario [39] de agua fría del
acueducto llamado Claudio [40]. Tras salir del baño, 5
tomaba una buena cantidad de leche y pan, huevos y después vino mezclado con miel y, una vez reconstituido con estos alimentos, algunas veces almorzaba, otras veces no tomaba nada hasta la comida, aunque lo más frecuente era que almorzara. 6
También tomó frecuentemente el tetrafármaco [41] que utilizó Adriano, del que habla Mario Máximo en la biografía de este emperador.

31 Las horas de después del mediodía las dedicó siempre a la firma y a la lectura de cartas, de tal modo que se colocaban siempre a su lado de pie los procuradores de la correspondencia, de las peticiones y de los memoriales, aunque algunas veces también se sentaban, si no podían permanecer de pie por alguna enfermedad, mientras que los copistas y los que regían su archivo repasaban todos los documentos, de tal manera que, si había que añadir algo, Alejandro lo añadía después con su propia mano, pero teniendo en cuenta el parecer de aquél
al que se le consideraba más entendido. Después de 2
leer las cartas, hacía entrar al mismo tiempo a todos sus amigos y hablaba con todos ellos indistintamente y nunca admitió en audiencia a ninguno a solas, salvo a su prefecto Ulpiano, que había sido siempre su asesor por su extraordinario sentido de
la justicia. Y, cuando daba audiencia al otro pre- 3
fecto, ordenaba que se llamara también a Ulpiano. 4
Llamaba a Virgilio el Platón de los poetas y tenía

[39] Medida de capacidad equivalente a 0,54 litros.

[40] El acueducto *Aqua Claudia* que comenzó Calígula y acabó Claudio en el año 52 a. de C.

[41] Cf. *Adriano*, 21,4 *Elio*, 5,4-5.

a su busto junto con el de Cicerón en su segundo
larario [42], donde tenía también los bustos de Aqui-
les y de otros ilustres personajes. En cambio deificó 5
a Alejandro colocándole en un larario mayor entre
32 los más eximios y los «divinos». Jamás infli-
gió una afrenta a ninguno de sus amigos o de sus
acompañantes, ni a los jefes o directores de sus can-
cillerías. Fue siempre deferente con sus prefectos 2
diciendo que quien merecía sufrir alguna afrenta del
emperador debía ser castigado, no destituido. Si al- 3
guna vez nombró un sucesor para sustituir a algu-
no de los presentes, siempre le dijo esta frase: «El
Estado te lo agradece», y le remuneraba con los si-
guientes regalos, para que pudiera vivir honesta-
mente como un ciudadano particular, de acuerdo
con su categoría social: con fincas, bueyes, caba-
llos, trigo, herramientas, dinero para construir su
casa, mármol para ornamentarla y cuantos jornale-
ros exigía la naturaleza de su construcción. Rara- 4
mente repartió oro o plata a nadie, salvo a los sol-
dados, pues decía que era un crimen que un admi-
nistrador público transformara en un instrumento
para sus propios deleites o de los suyos el dinero
recaudado a los habitantes de las provincias. Remi- 5
tió a Roma el oro procedente del comercio y del
impuesto coronario.

33 Nombró en Roma catorce administradores de la
Ciudad [43], pero elegidos entre los excónsules, a los
que confirió la misión de actuar como jueces jun-
tamente con los prefectos en los litigios urbanos,
con la condición de que todos ellos o la mayor par-
te de ellos estuvieran presentes cuando se hicieran
los expedientes. Instituyó corporaciones de todos 2
los vinateros, mercaderes de altramuces, zapate-
ros y de todos los oficios y los concedió abogados

[42] Distinto del larario principal, Cf. 29,2.

[43] La novedad es que Alejandro elige a estos catorce *curatores* del estamento senatorial, de *ex cónsules*, Cf. Heliogábalo, 20,3.

defensores de su propio ramo, y propuso los jueces que les debían corresponder a cada uno de ellos.
Casi nunca hizo donaciones de dinero a los ac- 3
tores, y nunca, oro ni plata. Eliminó los costosos vestidos que Heliogábalo les había regalado y equipaba a los soldados que llaman «ostensionales», no con vestidos de valor, sino vistosos y elegantes, y no asignaba grandes cantidades de oro o de seda para los emblemas o para aumentar la magnificencia real, pues decía que el poder imperial residía en el valor, no en el atractivo exterior. Volvió 4
a utilizar las clámides de largos pelos[44] que vistió Severo y túnicas sin banda de púrpura, o de largas mangas[45] y mantos cortos de escarlata y de púrpura.

34 No conocía el oro en sus banquetes, en los que usó copas pequeñas, aunque elegantes. Los servicios de su mesa nunca sobrepasaron el peso de doscientas libras de plata. Regaló al pueblo enanos y 2
enanas, bufones, viejos cantores y toda clase de músicos y pantomimos; pero asignó a aquéllos que ya no servían para nada a distintas ciudades cada uno, para que éstas les proveyeran de alimentos, con el fin de que no se vieran incomodadas con la aparición de nuevos mendigos. Regaló a sus amigos los 3
eunucos que Heliogábalo mantenía en sus vergonzosos conciliábulos y a los que promovía a cargos superiores, pero con una cláusula por la que les permitía castigarlos con la muerte sin la garantía de un juicio, si no volvían a las buenas costumbres. Or- 4
denó que un número incalculable de mujeres de mala nota, a las que había prendido, fueran puestas

[44] Se trata de las clámides llamadas *hirtae* porque eran de lana tosca.

[45] Sobre la túnica, Cf. *Pértinax*, n. 22. Los dos tipos que cita Lampridio son la que se llama *asema* (de ἄσημος «sin marca», «sencilla» porque estaba confeccionada sin adornos, sin la franja de púrpura y la llamada *macrochera* (Μαχροχειρ «largos brazos»), porque poseía grandes mangas. El nombre es un sinónimo de *chiridota*.

a disposición del público y deportó a todos los li-
bertinos con los que aquella calamidad de Heliogá-
balo había tenido relaciones siniestras, llegando in-
cluso a hacer que perecieran algunos en un naufra-
gio. Ninguno de sus servidores utilizó vestidos bor- 5
dados con oro, ni siquiera en los banquetes públi-
cos. Cuando comía entre los suyos, invitaba a Ul- 6
piano o a hombres ilustrados, para poder mantener
con ellos conversaciones sobre temas literarios con
los que decía que se nutría y recreaba. Cuando co- 7
mía en privado, tenía en la mesa un libro y leía en
él sobre todo en griego. Leía también frecuente-
mente a los poetas latinos. Celebraba los banque- 8
tes públicos con la misma sencillez que los priva-
dos, salvo que en aquéllos aumentaba el número de
lechos y la muchedumbre de invitados, por la que
él se sentía molesto, alegando que comía en un cir-
co o en un teatro.

35 Escuchó gustosamente, no a los oradores y poe-
tas que pronunciaban panegíricos en su honor, lo
que consideraba una necedad como Pescenio, sino
a los que recitaban discursos o celebraban las ha-
zañas de los antepasados, pero más gustosamente
aún, a los que recitaban las loas de Alejandro Mag-
no o de los príncipes buenos del pasado o de las
grandes personalidades de la ciudad de Roma. Acu- 2
día con frecuencia al Ateneo para escuchar a los
oradores o poetas griegos y latinos. Sin embargo, 3
también escuchó a los oradores del foro cuando da-
ban lectura a las causas que habían defendido antes
delante de él o de los prefectos de la Ciudad. Pre- 4
sidió la lucha en los juegos públicos, principalmen-
te el certámen de Hércules [46], celebrado en honor
de Alejandro Magno. Nunca recibía a nadie a solas 5
después del mediodía o durante las primeras horas

[46] Un certamen al estilo griego (ἀγών), pero que debía de consistir en competiciones atléticas exclusivamente.

de la mañana, porque se había enterado de que ha-
bían propalado muchas mentiras sobre él, pero si-
guió esta costumbre de manera especial con Verco-
nio Turino. Este individuo, a pesar de que él le ha- 6
bía tratado como a un amigo íntimo, había vendi-
do incluso con mentiras toda clase de promesas, has-
ta tal extremo que desacreditó el gobierno de Ale-
jandro, como si éste fuera un necio o una persona
a la que él tenía sometido a su influencia y a la que
había convencido en múltiples aspectos; y de esta
manera había persuadido a todos de que el empe-
rador lo hacía todo siguiendo sus órdenes.

36 Por fin, Alejandro le prendió mediante la si-
guiente estratagema: sobornó a un desconocido
para que le pidiera a él mismo algún favor en pú-
blico y para que, en cambio, le rogara a Turino a
ocultas, como si tratara de ayudarle, que hiciera por
él alguna sugerencia en secreto a Alejandro; se lle- 2
vó a cabo lo planeado y Turino le prometió su ayu-
da y, aunque realmente no había dicho nada, le ase-
guró que había dicho algunas cosas al emperador,
pero que de él dependía aún la posibilidad de con-
seguir algo, poniendo así a precio su éxito; y, ha-
biendo ordenado Alejandro que se hiciera la peti-
ción de nuevo, también Turino, simulando que ha-
cía otra cosa, asintió con movimientos de cabeza,
aunque tampoco dijo nada en la audiencia. Y, tras
haber alcanzado, en efecto, lo que se solicitaba, Tu-
rino recibió grandes premios del solicitante, a pe-
sar de que se había limitado a vender vanas prome-
sas. Entonces Alejandro hizo que le acusaran y,
después de que merced a distintos testigos queda-
ran probados todos los cargos, a saber, la cantidad
que había cobrado y quiénes lo habían presenciado
y las promesas que había hecho y quiénes las ha-
bían oído, ordenó que le ataran a un tronco de un
árbol en el foro Transitorio y le hizo dar muerte,
sofocándole con el humo de una hoguera que se
prendió, según sus órdenes, con pajas de rastrojo

y leños húmedos, mientras un pregonero decía: «Aquél que ha vendido humo, sea castigado con humo.» Y, para que no pareciera que había sido de- 3
masiado cruel apoyándose exclusivamente en una sola causa, hizo minuciosísimas investigaciones antes de condenarle y descubrió que con mucha frecuencia no sólamente había recibido gratificaciones en los procesos de las dos partes en litigio, ya que daba a conocer el resultado a cambio de dinero, sino también de todos aquéllos que habían obtenido intendencias o provincias.

37 Asistió frecuentemente a los espectáculos y fue muy remiso en las donaciones, pues decía que los actores, monteros y aurigas, debían ser alimentados como los esclavos de nuestra propiedad, sean monteros, palafreneros o instrumento de placer. 2
Sus convites no fueron ni opíparos ni demasiado frugales, pero sí de extraordinaria brillantez, de tal manera, no obstante, que hacía que presentaran servilletas blancas, más frecuentemente con rayas de escarlata, pero nunca de oro, aunque Heliogábalo había ya comenzado a utilizarlas, y anteriormente, según dicen, las había utilizado ya Adriano. Ésta 3
fue la dieta diaria de sus festines: treinta sextarios de vino para todo el día, treinta libras de pan selecto y cincuenta de pan de segunda clase para regalar. En efecto, entregaba siempre con sus propias 4
manos el pan y las raciones de verdura, carne o legumbres a los que servían en sus banquetes, actuando como un padre de familia, con un comportamiento casi senil. Se había decidido distribuir trein- 5
ta libras de carne variada y dos de carne de pollo. 6
En los días de fiesta se servía un ganso, pero en las calendas de enero, en las fiestas de Cibeles [47], madre de los dioses, en los juegos en honor de Apo-

[47] Fiestas en las que el regocijo popular era inmenso, como apunta su etimología en conexión con el griego ἱλαρός «alegre». Se celebraban el 25 de marzo.

lo [48], en el banquete sagrado en honor de Júpiter [49],
en las saturnales y en otras solemnidades similares
ofrecían en su mesa un faisán, pero en alguna oca-
sión la invitación incluía dos faisanes, a los que se
añadían dos pollos. Comía todos los días liebre, y 7
con frecuencia carne de caza, pero la compartía con
sus amigos, sobre todo con aquéllos que sabía que
no disponían de ella por sus propios medios. No 8
ofreció ninguno de estos presentes a los ricos, pero
siempre recibió los que ellos le ofrecían. Tenía to- 9
dos los días a su disposición cuatro sextarios de vino
mezclado con miel sin pimienta, dos con ella y, para
no alargarme incluyendo todos los detalles que ha
expuesto Gargilio [50], escritor de su tiempo, diré
que todos los manjares se los ofrecieron con me-
sura y racionalmente. Comía aspasionadamente dis- 10
tintas frutas, de tal manera que se las debían servir
casi siempre como postre. Por eso existe un juego
de palabras que dice que Alejandro no comía se-
gundo plato, sino que lo comía por segunda vez [51]. 11
Se atiborraba de alimentos, pero no bebía ni poco
ni mucho vino, sino lo suficiente. Bebía siempre 12
agua fría pura y, en el verano, vino aromatizado
con rosas; por cierto, éste era el único vino que ha-

---

[48] Hijo de Zeus y Latona. Los griegos eligieron en su honor un templo en Delfos. Su culto se introdujo en Roma después de la segunda guerra púnica y, bajo Augusto, ocupó un puesto al lado de Júpiter Capitolino. En su honor se instituyeron los *ludi Apollinares* en el año 211 a. de C. que, según Livio, se celebraban del 6 al 13 de julio.

[49] En Roma se solían ofrecer, desde épocas antiguas, banquetes llamados *épula* a las divinidades del Capitolio, que se distinguían del *lectisternium*, en el que los dioses estaban instalados en los lechos (*lecti*), Cf. *Marco*, XIII,2 n. 47. Los banquetes de Júpiter, *epula Iouis*, fueron dos: el 13 de septiembre y el 1 de noviembre, en conexión respectivamente con los *ludi Romani* (4-19 de septiembre) y con los *ludi Plebei* (4-17 de noviembre).

[50] Probablemente Q. Gargilio Marcial, que escribió un tratado de agricultura, incluyendo también nociones de medicina y veterinaria.

[51] Juego de palabras.

bía mantenido en uso de entre las diversas clases de vino aromatizado inventadas por Heliogábalo.

38 Y puesto que se ha hecho mención de los lebratillos, como él tenía para comer liebre a diario, se originó una chanza poética basada en la afirmación de que dicen que las personas que comen liebre se vuelven hermosas durante siete días, como lo indica también un epigrama de Marcial, que el poeta compuso contra una tal Gelia, a este tenor:

«Cuando me envías una liebre, Gelia, siem- 2
[pre me mandas esta misiva»
¡Oh Marco, serás hermoso durante siete días!
si dices la verdad, si tu misiva es verídica, Ge-
[lia,
tu Gelia, jamás has comido liebre [52]».

Pero Marcial compuso estos versos contra dicha mujer porque era contrahecha; en cambio, el poeta de la época de Alejandro escribió contra éste lo que sigue: 3

«Tú ves que nuestro rey es bello, 4
y que la raza... nos ofreció un Sirio,
eso lo logró la liebre *(lepus)* que él caza y
[come
de la que saca él su perenne encanto *(le-*
[pos).» [52 bis]

Cuando uno de sus amigos le refirió estos versos, se dice que Alejandro respondió con unos versos griegos cuyo contenido era el siguiente: 5

«Porque, ateniéndote a una vulgar historieta, 6
[pienses
que tu rey es hermoso, desgraciado poeta,
yo no me irrito contigo, si crees que ello es
[verdad.

---

[52] Cf. Marcial, V,29 con alguna variación. Para esta superstición, Cf. Plinio, *N. H.*, XXVIII, 260.

[52 bis] Nótese el juego de palabras *lepus-lepos* que se da en latín.

Mi deseo sería que tú sólo comieras lebrastas,
para que tu alma, tras alejar de sí los males,
[se vuelva hermosa,
y para que no sientas envidia impulsado por
[el odio de tu espíritu.»

39 Cuando recibía como invitados a sus amigos militares, para conservar algo de la costumbre que había instituido Trajano de beber después de los postres hasta cinco copas de vino, él les ofrecía solamente una en honor de Alejandro Magno, y ésta más pequeña, a no ser que alguno pidiese espontáneamente una mayor, lo cual estaba permitido. Practicó el amor de manera razonable y se mantu- 2 vo tan ajeno al trato con hombres degenerados que, incluso, como ya dijimos anteriormente, tuvo la intención de proponer una ley para echarlos de la Ciudad.

Construyó graneros públicos en los distintos dis- 3 tritos de la Ciudad para que pudieran depositar en ellos sus provisiones quienes no dispusieran de centinelas propios. Distribuyó baños públicos en los 4 barrios de la Ciudad que aún no contaban con ellos. En efecto, todavía hoy muchos de ellos se llaman baños de Alejandro. Construyó también 5 viviendas muy bellas y las repartió como regalo entre sus amigos, especialmente entre los que destacaban por su integridad. Redujo los ingresos pú- 6 blicos en los siguientes extremos: los que habían pagado diez áureos durante el gobierno de Heliogábalo tenían que pagar sólamente el tercio de una de estas monedas, es decir, la trigésima parte del impuesto. Se amonedaron entonces por primera vez 7 áureos de medio as y, como el impuesto se había reducido al tercio de un áureo, también de un tercio de as, asegurando Alejandro que llegaría a haber áureos de un cuarto de as, porque ya no podían acuñarse más pequeñas. Cuando ya los tenía 8 acuñados, los retuvo en la casa de la moneda, es-

perando para ponerlos en circulación que se hubie-
ra podido reducir más el impuesto, pero, al no ser
posible por las necesidades que tenía el Estado, or-
denó que los volvieran a fundir y que acuñaran so-
lamente monedas de un tercio de un áureo y sóli-
dos [53]. Mandó fundir y retirar de la circulación las 9
monedas de dos áureos, de tres, de cuatro, de diez,
e incluso las de más valor aún, hasta los de una li-
bra y de cien áureos, que había mandado troquelar
por primera vez Heliogábalo. Y por eso a estas mo- 10
nedas se las designó con el nombre del metal con
el que estaban hechas, pues Alejandro aseguraba
que la causa de la excesiva largueza del emperador
se debía a que se veía obligado a dar treinta, cin-
cuenta o cien piezas, al dar diez o más en una sola
moneda, cuando tenía la posibilidad de repartir mu-
chas monedas de oro de menos valor.

40 Tenía pocos vestidos de seda; los que estaban
confeccionados únicamente con seda nunca los uti-
lizó y jamás regaló los que la contenían al cincuen-
ta por ciento. No envidiaba las riquezas de nadie. 2
Ayudó a los pobres. Enriqueció en todo momento
con múltiples presentes consistentes en tierras, es-
clavos, animales, rebaños e instrumentos de labran-
za, a las personas que habían desempeñado cargos
públicos que veía que su pobreza era real, no si-
mulada o debida al boato que llevaban. No permi- 3
tió nunca que sus vestidos estuvieran más de un
año entre sus tesoros, ordenando que los valoraran
una vez pasado ese tiempo. Los que destinaba a
regalos los inspeccionaba personalmente. Hacía 4
pesar todo su oro y su plata, ordenando que se re-
pitiera con frecuencia la operación. Regalaba tam- 5
bién, además de uniformes militares, grebas, pan-
talones y zapatos. Exigía enérgicamente púrpura de 6

[53] Estas monedas de un tercio de áureo se llamaban *semisses* y los áureos recibieron el nombre de sólidos (*solidi*) de Constantino en adelante.

la más alta calidad para destinarla no a su uso pri-
vado, sino al de las matronas que quisieran o pu-
dieran llevarla, sin duda con el fin de poderla ven-
der, de tal manera que se llama todavía hoy Ale-
jandrina la púrpura que el vulgo llama Probiana,
porque fue Aurelio Probo, el jefe de las tintorerías,
quien descubrió esa clase de múrices de la que se
elabora. Él mismo utilizó muchas veces una clámi-
de de escarlata. Sin embargo, vestía siempre toga 7
en la ciudad de Roma y en las ciudades de Italia. 8
Sólo utilizó la toga pretexta y la toga bordada [54] du-
rante el tiempo que ejerció el consulado, y preci-
samente aquélla que vestían también otros magis-
trados, como los cónsules o los pretores después
de haberla tomado del templo de Júpiter. Utilizó 9
también la pretexta cuando hacía sacrificios, pero
si actuaba como Pontífice Máximo, no como em-
perador. Era partidario del buen lienzo, y sin duda, 10
del puro, por lo que decía: «¿Si los vestidos se ha-
cen de lino para que no tengan aspereza, qué nece-
sidad hay de que el lino tenga púrpura?» Conside- 11
raba también una locura recamar los vestidos con
oro, porque entonces a la aspereza se sumaba la ri-
gidez. Siempre utilizó vendas de tela para el calza-
do. Vestía bragas blancas [55], no de escarlata, como
las que se usaban anteriormente.

41 Vendió todas las piedras preciosas que tenía y el oro de la venta lo ingresó en el tesoro público, diciendo que los hombres no debían hacer uso de ellas y que las matronas reales debían contentarse con una redecilla, unos pendientes, un collar ador-

[54] Antiguamente la llevaba el cónsul con la túnica adornada de palmas (*palmata*) cuando celebraba su triunfo. Los cónsules y pretores la utilizaban cuando celebraban los juegos en el circo, y muchos emperadores la adoptaron como una prenda oficial.

[55] Las *bracae* eran unos calzones cortos que utilizaron los pueblos del Norte. En el siglo I aún se considera prenda bárbara, como testimonia Tácito (*Hist.*, II,2: *bracas barbarum tegmen indutus*). Se prohibió su uso en el siglo IV.

nado con perlas y una corona para utilizarla cuando ofrecieran sacrificios, un solo manto salpicado de oro y una ciclada[56] que no tuviera más de seis onzas de oro. Con sus costumbres ejerció el papel 2
de un auténtico censor en su tiempo. Los hombres importantes le imitaron a él y las matronas de la más alta nobleza imitaron a su esposa. Restringió 3
la servidumbre de la corte haciendo que en cada uno de los cargos administrativos se mantuvieran solamente el número de personas que la necesidad exigiera, de tal forma que los bataneros, sastres, panaderos, coperos y todos los siervos de la corte recibieron por sus servicios una cantidad de víveres y no dignidades, como aquella peste de Heliogábalo había establecido, aunque dichos víveres debían ser individuales, o a lo sumo para dos personas. Y, 4
como no tenía entre los útiles de su servicio más de doscientas libras de plata ni un gran número de criados, cuando ofrecía alguna comida aceptaba de sus amigos vajillas de plata, criados y servilletas, costumbre que se observa todavía actualmente por los prefectos, si ofrecen algún festín cuando el emperador está ausente. Nunca admitió representacio- 5
nes escénicas durante sus banquetes, sino que sus mayores deleites consistían en contemplar las luchas de cachorrillos con cochinillos, las peleas de perdices o los vuelos de pequeños grajillos, elevándose a las alturas o descendiendo al suelo. Por cier- 6
to, mantuvo en Palacio solamente un pasatiempo con el que obtenía un gran deleite y con el que aliviaba las preocupaciones de Estado. En efecto, ha- 7
bía mandado construir pajareras de pavos, faisanes, pollos, ánades y perdices con los que se divertía ex-

[56] Ropaje largo y amplio, de tejido muy fino, que se echaba alrededor del cuerpo como el *pallium* y que tenía la suficiente amplitud para cubrir toda la figura. Tenía a lo largo de los bordes una banda de color púrpura o un bordado de oro lo que dio lugar, según parece, al nombre *cyclas*, del griego κυκλάς «circular».

traordinariamente, pero, sobre todo, de palomas
torcaces de las que, según cuentan, llegó a tener
hasta un número de veinte mil y, para que su man-
tenimiento no incidiera sobre los aprovisionamien-
tos de grano, contrató a esclavos de alquiler que las
alimentaran con el producto de los huevos y de los
pollitos y pichones.

42 Se bañaba frecuentemente con el pueblo en sus
termas y en las de los anteriores emperadores, so-
bre todo en verano, y volvía a Palacio en traje de
baño, manteniendo únicamente como distintivo
imperial la utilización de la lacerna de escarlata [57]. 2
Nunca tuvo ningún corredor que no fuera esclavo
suyo, pues decía que los hombres libres sólo de-
bían correr en los juegos sagrados y sólo admitió a
los esclavos de su propiedad como cocineros, pa-
naderos, bataneros y bañeros, de tal manera que, si
no tenía bastantes, los compraba. Durante su go- 3
bierno, uno sólo de los médicos de palacio recibió
salario, mientras que los restantes, que llegaron a
ser seis, recibían dos o tres raciones de alimentos,
pero lograron que una de ellas fuera de alimentos
de primera calidad y las otras de otra clase. Cuan- 4
do nombraba jueces, a ejemplo de los emperadores
anteriores, como enseña también Cicerón, les pro-
veía de plata y de todo lo que precisaran, de suerte
que los gobernadores de provincias recibieran vein-
te libras de plata, seis mulas, dos mulos, dos caba-
llos, vestidos de calle, dos vestidos para casa, uno
para el baño, cien áureos, un cocinero, un mulate-
ro y, si no tenían esposas, concubinas, pues pensa-
ba que no podían vivir sin éstas; pero les obligaba
a devolver al dejar la administración de la provin-
cia las mulas, los mulos, los caballos, los mulateros
y cocineros, pudiendo conservar para sí el resto, si

[57] Capa provista de capuchón de tejido grueso que se utilizaba normalmente para los viajes. Había otra de tejido más puro que se usaba en las fiestas y espectáculos.

habían gobernado con rectitud, mientras que, si habían actuado mal, deberían devolver el cruáduple, además de pagar la pena de peculado o de concusión [58].

43 Sancionó un gran número de leyes. Permitió a todos los senadores disponer en Roma de carrozas y carros guarnecidos de plata, pues consideraba que era importante para la dignidad romana que los senadores de un Ciudad tan grande pudieran utilizar tales vehículos. A todos los cónsules que nombró, 2
fueran designados u ordinarios, los nombró de acuerdo con el parecer del senado, reduciendo sus gastos, y estableció el plazo para asumir el cargo ateniéndose a las normas antiguas. Ordenó que los 3
cuestores nombrados por el emperador ofrecieran espectáculos al pueblo a sus expensas [59], pero con el acuerdo de que, después de la cuestura, recibirían el título de pretores y luego el de gobernadores de provincia. Pero instituyó los interventores 4
del fisco para que ofrecieran juegos con dinero de la caja de éste, aunque más económicos. Tuvo la intención de diseminar los espectáculos de gladiadores durante treinta días, pero no se sabe por qué desistió de ello. Cuando se hallaba en Roma, subía al 5
Capitolio también cada siete días y frecuentaba los otros templos. Tuvo la intención de erigir un tem- 6
plo en honor de Cristo y de incluirle entre los dioses. Proyecto que, según dicen, tuvo también Adriano, quien había ordenado que se construyeran en todas las ciudades templos sin imágenes, los cuales todavía hoy se llaman templos de Adriano, precisamente por no poseer divinidades, pues se decía que los había erigido a este efecto; pero Alejan- 7
dro fue apartado de su propósito por aquéllos que

[58] Es decir, las penas establecidas por malversación de fondos públicos, Cf. infra *Aureliano*, n. 42.

[59] Se trata de los *quaestores candidati principis* a los que nombraba el emperador sin formalidad alguna.

habían descubierto, mediante sus consultas a los oráculos sagrados, que todos los hombres se iban a convertir al cristianismo, si llevaba a cabo su proyecto, y que todos los demás templos iban a quedar abandonados.

44 Fue muy fino en sus bromas, amable en la conversación y tan afable en los banquetes que cada
uno de los comensales podía pedir lo que quería. 2
Atento para acumular dinero, precavido para conservarlo, solícito en buscarlo, pero sin causar daño
a nadie. No quería que le llamaran Sirio, sino que 3
le consideraran romano desde sus remotos antepasados, y había hecho pintar el árbol genealógico de su linaje en el que se demostraba que su familia descendía de los Metelos.

Estableció un salario para los retóricos, gramáti- 4
cos, médicos, arúspices, astrólogos, ingenieros y arquitectos, instituyó auditorios y ordenó que se les confiara como discípulos a los hijos de ciudadanos pobres, con tal de que fueran de condición libre,
pero con las correspondientes raciones alimenticias. 5
También en las provincias mostró gran deferencia con los oradores forenses y entregó víveres a mu-
chos de ellos que sabía que actuaban gratis. Con- 6
solidó las leyes para muchos años y las observó per-
sonalmente con gran escrupulosidad. Asistía con 7
frecuencia a los espectáculos teatrales. Tuvo la in- 8
tención de restaurar el teatro de Marcelo. A muchas ciudades, que estaban desfiguradas a consecuencia de los terremotos, las entregó dinero de los impuestos para reparar los edificios públicos y pri-
vados. Nunca depositó como ofrendas en los tem- 9
plos más de cuatro o cinco libras de plata y ni siquera una gota ni una lúmina de oro, musitando el verso de Persio Flaco[60]:

«¿Qué hace el oro en los lugares sagrados?»

---

[60] Persio, *Sat.*, II,69.

45 Realizó distintas campañas bélicas, sobre las que voy a hablar siguiendo su orden cronológico. Sin embargo, voy a exponer antes su modo de proceder respecto a las cosas que pensaba que debía callar o anunciar. Se silenciaban los secretos sobre las 2
tácticas bélicas, aunque se anunciaban públicamente los días de marcha, de tal manera que, dos meses antes de la campaña, hacía colgar un edicto en el que se decía: «Saldré de la Ciudad tal día y a tal hora y, si es deseo de los dioses, pernoctaré en la primera posada de la etapa.» Después se enumeraban las otras posadas, a continuación los lugares de acampada, luego los puntos de aprovisionamiento, y esto hasta cuando se llegaba a las fronteras de los bárbaros. Y ya, a partir de allí, se observaba silen- 3
cio y todos caminaban sin rumbo fijo para que los bárbaros no conocieran la disposición de las tropas romanas. Por otra parte, es seguro que jamás dejó 4
de cumplir aquello que había prometido, afirmando que no deseaba que sus disposiciones se pusieran en venta por sus cortesanos, cosa que había ocurrido bajo el gobierno de Heliogábalo en el que los eunucos lo vendían todo. Esta clase de indivi- 5
duos desean que todas las cosas sean secretas en la corte, con la finalidad de que parezca que son ellos los únicos que saben algo para, valiéndose de ello, conseguir influencia o dinero.

Y puesto que se ha hecho mención sobre su cos- 6
tumbre de hacer públicas sus disposiciones, añadiré que cuando quería nombrar gobernadores para las provincias, elegir comandantes militares o crear procuradores, es decir, aduaneros, hacía públicos sus nombres, exhortando al pueblo para que, si alguien conocía algún crimen cometido por ellos, probara su culpabilidad con hechos incuestionables, pues, si no lo probaba, sufriría la pena capital. Y decía que era grave que no se hiciera esta in- 7
vestigación entre los gobernadores de provincias a los que se confía la fortuna y las vidas de los hom-

bres, siendo así que los cristianos y los judíos la exigían para proclamar públicamente a los sacerdotes que se querían ordenar.

46 Estableció un salario para los asesores, aunque solía repetir que había que confiar los cargos solamente a aquéllos que pudieran gestionar por sí mismos negocios públicos, no por medio de asesores, agregando que los militares tenían sus propias tareas y los letrados las suyas y que por esa razón
cada cual debía hacer aquello que sabía. Daba los 2
tesoros a los que los habían descubierto y, en caso de que fueran abundantes, sumaba también para el reparto a los funcionarios que tenían sus cancille-
rías. Daba vueltas en su mente y mantenía grabado 3
en ella los favores que había concedido y a quién se los había concedido y, si se enteraba que algunos no le habían hecho alguna petición o que le habían pedido pocas cosas para aumentar sus recursos, les llamaba y les decía: «¿Cuál es la razón por que no me pides nada? ¿tal vez deseas que yo me convierta en deudor tuyo? Pide, no te vayas a que-
jar de mí cuando sea un particular.» Entre otras re- 4
compensas que daba, con tal de que no lesionaran su reputación, están las siguientes: repartía los bienes de los condenados a muerte, pero nunca con el oro, plata o piedras preciosas que poseían —pues todo esto lo restituía al erario—, repartía las jefaturas de cargos civiles, no de los militares, y distribuía aquellos puestos directivos que formaban par-
te de la administración. Cambiaba rápidamente a 5
los recaudadores, de modo que ninguno permaneciera en este cargo más de un año, y a estos agentes, aunque fueran ímprobos, les odiaba llamándolos un mal necesario. Pero nunca nombró gobernadores, procónsules o legados pensando en el favor que hacía, sino dejándose guiar por su propia opinión o por la del senado.

47 Cuando hacía alguna expedición, distribuía a los soldados de manera que pudieran recibir las provi-

siones en sus alojamientos y no tuvieran que cargar con los víveres durante diecisiete días, como era lo habitual, a no ser que se encontraran en terreno enemigo, aunque, incluso aquí, les prestaba ayuda utilizando mulos y camellos, diciendo que protegía más a los soldados que a su propia persona, porque en ellos residía la salvación del Estado. Visita- 2
ba de tienda en tienda a los que se encontraban enfermos, aunque fueran soldados rasos, les transportaba en carros militares y les ayudaba con todo lo que precisaran. Y, si por casualidad sufrían una en- 3
fermedad muy grave, les distribuía por las ciudades y los campos confiándoles al cuidado de los padres de familia más distinguidos y de las matronas más honestas, sufragando los gastos que habían ocasionado tanto si habían muerto, como si se habían restablecido.

48 En una ocasión que un senador de una antigua familia llamado Ovinio Camilo, extremadamente afeminado, intentó rebelarse para usurpar el trono y le dieron inmediatamente a Alejandro la noticia aportando diversas pruebas del hecho, Alejandro le llamó a Palacio y le dio gracias por intentar asumir espontáneamente la dirección del Estado, que se había impuesto a los buenos emperadores a pesar de sus renuencias. A continuación se dirigió al senado, 2
nombró copartícipe del trono a Ovinio, que temblaba y se sentía corroído por el fastidio de tan gran culpa, le concedió una audiencia en Palacio, le convidó a un festín y le revistió con ornamentos imperiales, incluso más elegantes que los que llevaba él mismo. Después, cuando se anunció una expe- 3
dición contra los bárbaros, le exhortó a que marchara él por su cuenta, si quería, o a que hiciera la expedición con él. Y puesto que él mismo realiza- 4
ba la marcha a pie, le invitó a afrontar este esfuerzo, pero como andaba vacilante tras haber recorrido cinco millas, le ordenó que se montara en un caballo y después le subió a un carruaje militar, pues-

to que tras dos jornadas de camino se había fatiga-
do de ir a caballo. Al desdeñar también esta defe- 5
rencia sinceramente o movido por el miedo, renun-
ciando incluso al poder y mostrándose dispuesto a
morir, Alejandro le despidió del ejército y, después
de haberle encomendado a unos soldados que apre-
ciaban al emperador de forma singular, ordenó que
se retirara a su finca donde vivió durante mucho
tiempo. Pero posteriormente Ovinio fue asesinado 6
por orden del emperador, quien alegaba que desea-
ba la guerra y su ejecución la llevaron a cabo unos
soldados. Ya sé que el vulgo imputa este hecho que
he insertado aquí al emperador Trajano, pero Ma-
rio no lo narra en la biografía de este emperador,
ni Fabio Marcelino, ni Aurelio Veno, ni Estacio
Valente, que escribieron su biografía completa. Al 7
contrario, los biógrafos Septimino, Acolio, Encol-
pio y el resto de los escritores atribuyeron estos he-
chos a Alejandro. Por eso yo he añadido aquí esta 8
apostilla, a fin de que nadie haga más caso a los ru-
mores del vulgo que a la historia, pues ésta es más
verídica sin duda que aquéllos.

49 No toleró jamás que se vendieran los honores
que suponía el derecho de llevar espada [61] dicien-
do: «Es necesario que el que compra venda tam-
bién a su vez. Yo no tolero a mercaderes de potes-
tades ni a aquellos individuos a los que no pudiera
castigar, si las adquirieran. Pues me avergüenza cas-
tigar a un hombre que compra y vende.» Hizo que 2
las funciones de pontífice, de quindecinviro y de
augur fueran concedidas mediante un codicilo del
emperador, a condición de que los candidatos fue-
ron elegidos en el senado.

Dexipo [62] escribió que Alejandro tomó por es- 3

[61] El *ius gladii*, o derecho de imponer la pena capital, que pertenecía al emperador y que éste concedió a algunos gobernadores provinciales.

[62] P. Herenio Dexipo de Atenas. Su crónica abarcaba desde la época legendaria hasta el 268 a. de C. Repelió la invasión de los godos hacia el año 267 a. de C. Cf. *Galienos*, 13,8.

posa a la hija de un individuo llamado Macriano, y
que este mismo fue nombrado César por él. Pero, 4
como Macriano pretendía darle muerte a traición,
tras descubrirse la conspiración, se lo quitó de en
medio y repudió a su esposa. El mismo autor dice 5
que Antonino Heliogábalo fue tío paterno de Ale-
jandro, no hijo de la hermana de la madre de éste [63]. 6
Una vez que los cristianos ocuparon un local que
había sido público y unos taberneros se opusieron
diciendo que les pertenecía, Alejandro respondió a
éstos por escrito diciendo que era mejor que allí se
adorase a un dios, sin importar cómo se hacía, que
entregar el local a taberneros.

50 Así, pues, cuando se había destacado ya como un
emperador tan grande y eximio tanto en su patria
como fuera, emprendió una expedición contra los
partos que dirigió con tanta disciplina y suscitando
tanto respeto hacia su persona, que se podía asegu-
rar que no eran soldados los que marchaban, sino
senadores. Por todos los lugares que pasaban las le- 2
giones, los tribunos se mantenían callados, los cen-
turiones se mostraban discretos y los soldados ama-
bles, y, por tantos y tan grandes bienes, los habi-
tantes de las provincias le miraban como a un dios. 3
Por otra parte, hasta los propios soldados amaban
al joven emperador como a un hermano, como a
un hijo o como a un padre. Iban equipados con
dignidad, calzados también con decoro, armados
con distinción y dotados de caballos aparejados con
mantas y frenos adecuados, de tal forma que cual-
quiera que contemplara el ejército de Alejandro po-
dría descubrir lo que era el Estado romano. En 4
suma, se esforzaba por mostrarse digno del nom-
bre que llevaba, más aún, de superar al Macedonio,
y decía que debía mediar una gran diferencia entre
el Alejandro Macedonio y el Alejandro romano. 5

[63] No es así. Fueron primos carnales, pues eran hijos respectivamente de Soemis y Mamea, hijos a su vez de Mesa.

Había creado para su servicio un batallón de «argiroaspidas» y «crisoaspidas» [64] y también una falange de treinta mil hombres, a los que había ordenado que llamaran «falangiarios» [65] y con los que realizó grandes proezas en Persia, falange que, por cierto, estaba formada por seis legiones equipadas con armas similares, pero cuyas soldadas fueran más altas después de la guerra con los persas.

51 Depositó en los templos los dones de los reyes;
vendió las piedras preciosas que le habían ofrecido,
considerando que poseer piedras preciosas era algo
mujeril, pues no podían regalarse a un soldado ni
las podía llevar un hombre. Cuando un legado ofre- 2
ció a su mujer, por su propia mediación, dos perlas
de un peso enorme y de unas dimensiones inusita-
das, ordenó que las vendieran. Y, como no encon- 3
traban un precio adecuado, para que la reina no die-
ra un mal ejemplo usando algo que no había posi-
bilidad de comprarlo, las consagró a las orejas de
Venus. Tuvo como tutor a Ulpiano, a quien su ma- 4
dre rechazaba al principio, pero al que luego agra-
deció sus servicios. Le defendió a menudo contra
la ira de los soldados cubriéndole incluso con su
propia púrpura, y fue tan extraordinario empera-
dor, precisamente porque rigió la república atenién-
dose sobre todo a sus consejos. Cuando se hallaba 5
presto al combate, y durante las marchas militares,
almorzaba y comía con la tienda abierta, tomando
el rancho de los soldados ante la vista y el regocijo
de todos, visitaba casi todas las tiendas y no per-
mitía que nadie se alejara de las banderas. Si alguien 6
se desviaba de la ruta a una propiedad ajena, se le

[64] Se llamaban así los soldados de infantería que, por un honor especial, iban equipados con escudos (ἄσπις) de plata (άϱγυγος) u oro (χϱυσός) y que utilizó Alejandro Magno durante la campaña que llevó a cabo en la India.

[65] Porque formaban una falange (φάλαγξ), cuerpo de tropas de infantería pesada.

sometía en su presencia, de acuerdo con su clase social, a una descarga de palos, a golpes de látigos o a la pena de muerte, o, si la dignidad del hombre excedía la calidad de todos estos castigos, a durísimos reproches, pues él le decía: «¿Quieres acaso que se haga en tu campo lo que tú haces a otro?» Y repe- 7
tía con frecuencia en alta voz una frase que había oído a algunos judíos o a algunos cristianos y que retenía en su memoria, y cuando castigaba a alguien, ordenaba que el heraldo la pronunciara di- 8
ciendo: «No hagas a otro lo que no quieres que te hagan.» Amaba esta máxima hasta tal punto que hizo que la grabaran en Palacio y en los monumentos públicos.

52 Cuando se enteró de que una viejecilla había sido cubierta de injurias por un soldado, licenció a éste y se lo entregó a la anciana como esclavo, para que la mantuviera, pues era maestro de carruajes. Y, al ver que los soldados se lamentaban de esta acción, Alejandro persuadió a todos para que la aceptaran sumisamente y los llenó de terror. Su reinado, aun- 2
que fue rígido y severo, recibió el nombre de «incruento» [66], porque no dio muerte a ningún senador, como el escritor griego Herodiano refiere en los libros que narran los hechos de su época. 3
Fue de tanta severidad con los soldados, que muchas veces licenció legiones enteras, llamando a los soldados *Quirites* [67], en lugar de soldados, y no temío nunca al ejército, puesto que no se podía alegar, para reprender su conducta, que los tribunos u oficiales hubieran escamoteado jamás alguna can-

[66] El texto dice ἀναίματον «sin sangre».

[67] El texto latino dice *Quirites,* nombre con el que se designaba a los «ciudadanos» romanos primitivos. El origen del término se hace derivar de *quirinus,* apellido de Rómulo, el fundador de la Ciudad, o de *quiris* que indica lanza en el dialecto sabino. Se dirigía a los soldados en plan de reproche Cf. Suetonio, *Caes.*, 70,1. En los casos en que se dirige a ciudadanos realmente lo hemos traducido por «ciudadanos», cf *Tácito,* 7,3; *Firmo,* 5,4-6.

tidad de los estipendios de sus soldados, siendo éstas sus palabras: «No hay que temer al soldado si está vestido, armado, calzado y bien comido, y si lleva algo en su pequeño ceñidor», porque a su juicio la mendicidad del soldado, si se halla armado,
le impulsa a la total desesperación. No permitió que 4
los tribunos o los generales tuvieran a ningún soldado como ordenanza y ordenó que cuatro soldados precedieran como escolta a los tribunos, seis a los generales, diez a los legados, y que éstos los acogieran en sus casas.

53 Y para que se pueda conocer su severidad he considerado que debía insertar aquí una arenga militar que puede mostrarnos los criterios que siguió en el
tema del ejército. En efecto, cuando le anunciaron, 2
al llegar a Antioquía, que los soldados se entregaban a los baños, a las mujeres y a la molicie, ordenó que los prendieran a todos y los arrojaran al ca-
labozo. Cuando cundió la noticia de este hecho, la 3
legión de aquellos soldados cuyos compañeros ha-
bían sido arrestados promovió una sedición. En- 4
tonces, Alejandro subió al tribunal, hizo que llevaran ante él a todos los arrestados y dirigió el siguiente discurso a los soldados que le rodeaban,
con las armas en las manos: «Camaradas, la disci- 5
plina de nuestros antepasados aún gobierna nuestra república, si, a pesar de este castigo, seguís reprobando estos actos de vuestros compañeros. Si la disciplina se disipa, perderemos el nombre y el impe-
rio romano; bajo nuestro reinado, pues, no se de- 6
ben hacer las cosas que se hicieron poco tiempo ha,
bajo aquella impura bestia. Soldados romanos, 7
vuestros aliados y mis camaradas y compañeros de armas aman, beben y se bañan como los griegos y se entregan a la lujuria. ¿Lo toleraré durante más tiempo?, ¿no los voy a castigar con la pena de
muerte? Ante estas palabras se originó un motín. 8
Y él volvió a decir: «Por qué no reprimís vuestros gritos, necesarios en la guerra contra el enemigo,

pero innecesarios contra vuestro emperador? Sin 9
duda, vuestros instructores militares os enseñaron
estos gritos para que los lanzárais contra los sár-
matas, los germanos y los persas, no contra aquél
que os proporciona las vituallas recibidas de los ha-
bitantes de las provincias, que os proporciona un
uniforme y una soldada. Reprimid, pues, ese grito 10
amenazador y necesario sólo en el campo de bata-
lla y durante la lucha, para que yo no os despida
hoy a todos haciendo salir de mi boca un único gri-
to, llamándoos *Quirites*, e incluso dudo si daros 11
este nombre, pues no sois dignos tampoco de per-
tenecer a la plebe romana si no reconocéis el dere-
cho romano.»

54 Y, como entonces gritaban con más fuerza y lan-
zaban además amenazas blandiendo sus espadas,
continuó: «Bajad vuestras diestras, que sólo debéis
levantar contra el enemigo, si sois valientes, pues a
mí no me aterran tales amenazas. Pues si me asesi- 2
náis a mí, que estoy solo, vendrían a vengar mi
muerte la república, el senado y el pueblo roma-
no.» Y viendo que, a pesar de todo, seguían gritan- 3
do después de decir esto, exclamó: «*Quirites*, ale-
jáos y dejad las armas.» Después de ofrecer un 4
ejemplo admirable depositando las armas y despo-
jándose de sus sayos militares, todos se retiraban
no a los cuarteles, sino a distintas posadas. Y en- 5
tonces se advirtió por primera vez el poder que te-
nía su severidad. Finalmente, los que formaban su 6
cortejo y los que estaban en torno a él llevaron las
banderas a los cuarteles y el pueblo recogió las ar-
mas y las transportó al Palacio. No obstante, des- 7
pués de treinta días, y antes de partir a la expedi-
ción contra los persas, atendiendo a sus ruegos, res-
tituyó en su lugar a aquella legión que había licen-
ciado y consiguió la victoria, especialmente por la
colaboración que ésta prestó en la pelea, a pesar de
lo cual castigó a sus tribunos con la pena de muer-
te, porque los soldados se habían entregado a los

placeres en la ciudad de Dafne por su negligencia
y el ejército se había sublevado con su connivencia.
55 Así, pues, Alejandro se dirigió con un gran aparato bélico contra los persas y venció al poderosísimo rey Artajerjes en un combate en el que él personalmente recorría las alas del ejército, estimulaba a los soldados, iba aquí y allá sometido al impacto de los dardos, sostenía múltiples ataques con su propia mano y animaba a la gloria con sus palabras
a cada uno de los soldados [68]. Finalmente, tan 2
pronto como derrotó y puso en fuga a un rey tan poderoso que había acudido a luchar contra él con setecientos elefantes, mil ochocientos carros provistos de hoces y muchos millares de caballos, Alejandro se volvió a Antioquía y enriqueció a su ejército con el botín arrebatado a los persas, habiendo dado las órdenes oportunas para que los tribunos, los generales y los soldados se quedaran con los objetos que habían robado en los saqueos de las al-
deas. Entonces fue la primera vez que hubo entre 3
los romanos esclavos persas, a los que por cierto dejó libres tras aceptar algunos dineros, puesto que a los reyes de los persas les resultaba difícil soportar que algunos de sus súbditos estuvieran al servicio de otros como esclavos, y el precio del rescate o se lo dio a aquéllos que habían capturado con su propia mano a los esclavos, o lo entregó al tesoro
56 público. Después de esto se volvió a Roma y, tras haber celebrado un hermosísimo triunfo, pronunció en primer lugar estas palabras en el senado.
De las actas del senado del día 7 de las calendas 2
de octubre: «Padres conscriptos, hemos vencido a los persas. No es necesario un gran discurso: únicamente debéis saber cuáles fueron sus armas, cuá-
les sus instrumentos bélicos. En primer lugar, te- 3

[68] Veáse el relato detallado de Herodiano, VI, 5-6, que narra sólo las derrotas de Alejandro, no la victoria, como Lampridio aquí, y Aurelio Victor (*Caes.*, XXIV) y Eutropio (*Breu.* VIII,23).

nían setecientos elefantes que estaban provistos de torres armadas con arqueros y cargadas de flechas. Les capturamos trescientos, doscientos yacen muertos, y hemos traído aquí dieciocho. Tenían mil
ochocientos carros armados con hoces. Pudimos 4
traernos doscientos carros que iban tirados por animales a los que dimos muerte, pero nos abstuvimos de hacerlo porque podía fingirse fácilmente
este hecho. Hicimos huir a ciento veinte mil jine- 5
tes, dimos muerte durante la guerra a diez mil catafractarios [69] a los que ellos llaman clibanarios y con sus armas armamos a los nuestros. Capturamos un gran número de persas y los hemos vendido des-
pués. Hemos vuelto a reconquistar las tierras com- 6
prendidas entre los dos ríos que había perdido
aquella inmunda bestia. Hemos derrotado y pues- 7
to en fuga a Artajerjes, rey poderosísimo por su prestigio y por sus dominios, de tal modo que la tierra de los persas contempló su huida y el propio rey tras abandonar sus enseñas se escapó de aquel lugar por donde en otro tiempo fueron paseadas en
triunfo las enseñas de los nuestros. Padres cons- 8
criptos, éstas son nuestras hazañas. No es preciso hacer discursos: los soldados vuelven ricos, nadie
siente el esfuerzo en la victoria. Vosotros debéis de- 9
cretar suplicaciones para que nadie piense que somos desagradecidos con los dioses.» Estas fueron las aclamaciones del senado: «Alejandro Augusto, los dioses te protejan Pérsico Máximo, que los dioses te protejan. Con razón te llaman Pérsico, con

[69] Los *cataphracti* (χαταφϱάχτου) eran soldados que formaban parte de la caballería pesada y que iban cubiertos, así como el caballo sobre el que cabalgaban, de un armadura o cota de malla que imitaba las escamas del cocodrilo (Cf. Servio *ad Aen.*, XI, 770 y Amiano Marcelino XXII, 15-16). Esta armadura la utilizaban, sobre todo, los partos, los persas y los sármatas. Se llamaba *clibanarii* a los soldados que iban cubiertos, como los catafractarios persas, con una armadura defensiva parecida a un *clibanus*, vaso de hierro bajo y ancho con pequeñas porosidades (Cf. Columela, V,10,4), del cual recibieron el nombre.

razón, Pártico. Contemplamos vuestros trofeos. Y
también vuestras victorias. Loor al joven empera-
dor, al Padre de la patria, al Pontífice Máximo. Con 10
tu ayuda esperamos alcanzar la victoria sobre los
germanos y por tu mediación hemos salido victo-
riosos en todo el mundo. El que guía bien a sus sol-
dados resulta vencedor. Rico es el senado, ricos son
los soldados, rico es el pueblo romano.»
57 Una vez disuelta la sesión del Senado, subió al Ca-
pitolio y, después de que ofreció un sacrificio y de-
positó en el templo las túnicas de los persas, pro-
nunció el siguiente discurso: «Ciudadanos, hemos
vencido a los persas. Hemos devuelto a casa a los
soldados con un gran botín. Os prometemos un
congiario y mañana os ofreceremos unos juegos cir-
censes pérsicos.» Estas noticias las hemos hallado 2
en los anales y en otros muchos autores. Pero al-
gunos dicen que Alejandro no sólo no venció al rey
por haber sido traicionado por un esclavo suyo,
sino que se dio a la fuga por no salir derrotado. Lo 3
que para aquéllos que han leído a un mayor núme-
ro de escritores no hay duda de que contradice a
otros muchos autores. En efecto, también dicen que
él perdió su ejército por el hambre, el frío y la en-
fermedad, como lo asegura Herodiano, contradi-
ciendo la opinión de un buen número de escrito-
res. Después de esto, Alejandro acompañado del se- 4
nado, del estamento ecuestre y de todo el pueblo
con gran majestuosidad y cortejado aquí y allá por
mujeres y niños y, especialmente, por las esposas
de los soldados, subió a pie al Palacio, mientras su
carro triunfal era arrastrado detrás de él por cua-
tro elefantes. Alejandro era alzado por los brazos 5
de la gente, y a duras penas le fue posible dar un
paso durante cuatro horas, mientras por todas las
partes todo el mundo gritaba: «Roma está salvada,
la república está salvada, pues está a salvo Alejan-
dro.»
Al día siguiente, después que acabaron las carre- 6

ras en el circo y las representaciones teatrales, hizo
que distribuyeran un congiario entre el pueblo ro-
mano. Instituyó una agrupación de niños llamados 7
Mameanos y de niñas llamadas Mameanas, de la
misma manera que Antonino había instituido las
Faustinianas [70].

58 Se llevaron a cabo con éxito otras campañas bé-
licas, en la Mauritania Tingitana por medio de Fu-
rio Celso, en el Ilírico por medio de Vario Macri-
no, pariente suyo, en Armenia por medio de Junio
Palmato y desde todas las partes le llegaron tabli-
llas laureadas [71]. Una vez que se las dio lectura en
el senado y ante el pueblo en diferentes ocasiones,
cuando llegaron también desde Isauria otras que se
esperaban, fue honrado con la concesión de todos
los nombres de esas regiones. Se decretaron los or- 2
namentos consulares para aquéllos que habían go-
bernado con acierto el Estado, galardonando tam-
bién con cargos sacerdotales y con distintas pro-
piedades rústicas a las que eran pobres y se veían
agobiados ya por la edad. Regaló prisioneros de 3
distintas naciones a sus amigos, si su edad infantil
o juvenil lo permitía; no obstante, a aquéllos que
eran de familia noble o de estirpe regia los destinó
a la carrera militar, pero no a la de alta gradación. 4
A los generales y a los soldados acantonados en las
fronteras les dio únicamente aquellas tierras que ha-
bían sido arrebatadas a los enemigos para que se
apropiaran de ellas, a condición de que sus herede-
ros se alistaran en el ejército, y nunca pasarán ya
a manos privadas, alegando que ellos militarían con
mayor interés, si tuvieran que defender también sus
campos. Les entregó además bestias de carga y es- 5
clavos para que pudieran cultivar el campo que les
había asignado a fin de que la falta de hombres o

---

[70] Cf. *Antonino*, 8.1; *Marco*, 16,6.

[71] Tablillas que iban rodeadas con ramas de laurel (*laureata*), como signo de victoria.

la vejez de los propietarios no obligaran a dejar abandonadas las tierras de labranza que lindan con los bárbaros, lo que él consideraba muy deshonroso.

59 Después de esto, cuando gozaba ya de un inmen-
so amor entre el pueblo y los senadores, partió a
la guerra contra los germanos, y aunque todos es-
peraban su victoria y le despedían de mala gana, le
acompañaron por espacio de cien o ciento cincuen-
ta mil pasos. Era para la república y para él perso- 2
nalmente un gravísimo problema que la Galia fue-
ra asolada por las incursiones devastadoras de los
germanos. Y aumentaba este bochorno el hecho de 3
que, después de haber vencido a los partos, la na-
ción que amenazaba los hombros de la república
era aquélla que siempre había estado sometida, in-
cluso a los más débiles emperadores. Avanzó, pues, 4
haciendo largas marchas y entre la alegría de sus
soldados. Pero cuando descubrió que allí también
había unas legiones amotinadas, ordenó que las dis-
persaran. Pero los espíritus galos, como son áspe- 5
ros, astutos y muchas veces incómodos para los em-
peradores, no toleraron la excesiva severidad de este
hombre, que les resultaba mucho más gravoso aún
después de Heliogábalo. Finalmente, cuando se en- 6
contraba en Bretaña con un reducido séquito o,
como otros autores pretenden en una aldea de la Ga-
lia llamada Sicilia, algunos soldados, entre los que
se encontraban principalmente aquéllos que habían
nadado en la abundancia merced a las recompensas
otrogadas por Heliogábalo, como no podían sopor-
tar su severidad, le asesinaron como si fueran unos
piratas, y sin contar con el parecer de la totalidad. 7
Muchos escritores dicen que le asesinaron unos re-
clutas infiltrados por Maximino [72], que le habían
sido confiados para su adiestramiento, y otros mu-

[72] Maximino el Tracio, Cf. *Maximinos* VII.

chos dicen que ocurrió de otro modo; no obstante, 8
se sabe con certeza que le asesinaron soldados, puesto que éstos lanzaron muchas injurias contra él tachándole de niño y contra su madre tachándola de avara y ambiciosa.

60 Gobernó durante trece años y ocho días. Vivió
veintinueve años, tres meses y siete días. Siguió en 2
todos sus actos los consejos de su madre, junto con la cual fue asesinado.

Éstos fueron los presagios de su muerte: cuando 3
encomendaba su aniversario a los dioses, la víctima se escapó chorreando sangre y, como Alejandro iba vestido con la indumentaria de un ciudadano normal y se hallaba mezclado con el pueblo, el animal salpicó de sangre el vestido blanco que llevaba
puesto. Un antiguo y gigantesco laurel que había 4
en el palacio de aquella ciudad de donde iba a partir para la guerra se precipitó, cuan largo era, súbi-
tamente al suelo. Tres higueras de las que produ- 5
cen unos higos llamados Alejandrinos cayeron súbitamente delante de su tienda, dándose la circunstancia de que los pabellones imperiales estaban ata-
dos a aquéllas. Cuando iba a partir a la guerra, una 6
Druida[73] le dijo en la lengua de los galos: «Marcha, pero no esperes la victoria, ni confíes en tus
soldados.» Cuando subió a la tribuna para pronun- 7
ciar una arenga y dar alguna fausta noticia, comenzó así: «Una vez asesinado el emperador Heliogá-
balo.» Pero se consideró como un presagio el que, 8
cuando iba a salir a campaña, comenzó a arengar a los soldados con palabras poco favorables.

61 Pero despreció todos estos presagios con gran
energía y, habiendo marchado a la guerra, fue asesinado en el lugar que antes reseñamos, como si-

[73] Los druidas eran sacerdotes galos que formaban una corporación que, aunque vivía alejada del pueblo, le dirigía espiritualmente con sus consejos. Sus doctrinas teológicas eran secretas y practicaban la adivinación. Aquí se trata de una profetisa.

gue: había comido casualmente, como solía hacer- 2
lo, en un banquete popular, es decir, en una tienda
abierta y tomando el rancho de los soldados, pues
no fue hallado por éstos en ella al sacudirla ningún
otro alimento. Y cuando descansaba después de la 3
comida, aproximadamente a la hora séptima del día,
al introducirse en su tienda mientras todos estaban
durmiendo, uno de los germanos, que desempeña-
ba el cargo de escudero, fue visto por el empera-
dor, que se mantenía solo despierto. Alejandro le 4
preguntó: «¿Qué es esto, camarada?, ¿me traes acaso
alguna noticia sobre el enemigo?». Pero él, sobreco- 5
gido por el miedo y temiendo que no podría eludir
el castigo por haber penetrado en la tienda del em-
perador, corrió hacia sus camaradas y los exhortó
a acabar con un príncipe tan severo. Inmediatamen- 6
te, un gran número de ellos entraron en la tienda
con las armas en las manos y cortaron la cabeza a
aquéllos que ponían resistencia, aun estando desar-
mados, y atravesaron al emperador con múltiples
golpes. Algunos escritores dicen que nadie pronun- 7
ció una sola palabra, sino que solamente los solda-
dos gritaron: «Sal, vete de aquí». Y así fue decapi-
tado este joven y extraordinario... Pero todo el apa- 8
rato bélico, que después Maximino desplazó a Ger-
mania, fue obra de Alejandro, y fue realmente po-
derosísimo, pues estaba compuesto por armenios,
osdroenos, partos y por hombres de todas las razas.

62 La arrogancia de espíritu con la que siempre sub-
yugó a los soldados y los detalles siguientes son
una prueba de que Alejandro despreció la muerte:
el astrólogo Trasíbulo fue muy amigo suyo. Cuan- 2
do le anunció que su destino fatal era que perecería
asesinado por una espada bárbara, primero reaccio-
nó con alegría porque creía que se cernía sobre él
una muerte digna de un emperador y de un guerre-
ro; después comenzó a discutir y a intentar probar 3
que los hombres más grandes habían acabado ani-
quilados por una muerte violenta, mencionando al

mismo Alejandro, cuyo nombre ostentaba, a Pom-
peyo, a César, a Demóstenes, a Tulio y a otros
prestigiosos varones que habían afrontado una
muerte poco apacible. Y fue tal su audacia que pen- 4
saba que debían equipararle a los dioses si perecía
en la guerra. Pero la realidad le engañó, pues pere- 5
ció efectivamente a manos de un escudero bárbaro
y de una espada también bárbara, y no en el com-
bate, aunque sí durante la guerra.

63 Los soldados, incluso aquéllos a los que había li-
cenciado tiempo atrás, aceptaron su muerte con in-
mensa pesadumbre y masacraron a los que habían
cometido el asesinato. Y el pueblo romano y el se- 2
nado entero, junto con la totalidad de los habitan-
tes de las provincias, jamás sufrieron nada tan do-
loroso ni tan triste. Al mismo tiempo, la brusque-
dad y rudeza de su sucesor Maximino, como es ha-
bitual en un hombre experimentado en la milicia,
al que se le había otorgado el imperio con su hijo
después de la muerte de Alejandro, parecía presa-
giar un destino fatal más cruel. El senado incluyó 3
a Alejandro entre los dioses. Se hizo acreedor de
un cenotafio en la Galia y de un sepulcro de gran-
des dimensiones en Roma. Se nombraron también 4
cofrades de una corporación que recibieron el nom-
bre de Alejandrinos; se instituyó además una fiesta
bajo su advocación y la de su madre, que se cele-
bra todavía hoy en Roma con gran piedra en el
aniversario de su nacimiento.

Otros autores dicen que la causa de su muerte 5
fue ésta: que su madre deseaba que, tras abandonar
la guerra gérmanica, volviera a Oriente para dar pá-
bulo a su vanidad y que por ello el ejército se llenó
de enojo. Pero estas son invenciones de los parti- 6
diarios de Maximino, los cuales no deseaban que
se conociera que un emperador tan extraordinario
había sido asesinado por un amigo suyo, en contra
de las leyes divinas y humanas.

64 El pueblo romano no tuvo hasta entonces a nin-

gún emperador que reinara durante más tiempo pues, después de la muerte de Alejandro, se precipitaron a porfía sobre el imperio diversos candidatos, de modo que unos gobernaron durante seis meses, otros durante un año, la mayor parte durante dos o a lo sumo tres años, hasta los emperadores que extendieron más lejos los territorios imperia-
les, me refiero a Aureliano y sus sucesores. Sobre 2
éstos, si aún me queda vida, publicaré los datos que haya averiguado [74].

Alejandro recibió los siguientes reproches: que 3
no quería ser Sirio, que le gustaba el oro, que era excesivamente suspicaz, que se inventaba nuevos impuestos, que quería imitar a Alejandro Magno, que era demasiado severo con sus soldados y que se preocupaba de los problemas de los particulares, defectos todos que había institucionalizado en su gobierno.

Ya sé que la mayor parte de los escritores dicen 4
que no fue el senado, sino los soldados quienes dieron a éste el título de César —pero ignoran por completo la verdad—, y que, además, éste no fue
primo hermano de Heliogábalo. Que lean ellos, 5
para aceptar nuestra versión, a los historiadores de su tiempo y sobre todo a Acolio, que ha descrito incluso los viajes de este emperador.

65 Sueles preguntar, Constantino Máximo, qué es lo que ha hecho que sea tan buen emperador un hombre de raza siria y nacido en tierra extranjera, mientras que tantos príncipes de estirpe romana y tantos de otras provincias del imperio han sido malvados, impuros, crueles, despreciables, injustos y li-
bidinosos. En primer lugar, yo te puedo responder 2
que, según la opinión de hombres distinguidos, la aparición de un buen príncipe ha sido posible gra-

[74] Nótese, sin embargo, que las biografías de la Historia Augusta de Alejandro y sus sucesores se atribuyen a Vopisco, no a Lampridio.

cias a la naturaleza que en todas las partes es ma-
dre excepcional y, en segundo lugar, que éste se ha
vuelto el mejor de los príncipes por temor, al pen-
sar que el más malvado [74 bis] ha muerto asesinado. 3
Pero, puesto que para honrar a tu Clemencia y a
tu Piedad se exige decir la verdad, te revelaré las co-
sas que he leído. A tu Piedad le es conocido lo que 4
leíste en Mario Máximo: que es mejor y casi más
seguro aquel Estado en el que gobierna un mal
príncipe que aquél en el que los amigos del prínci-
pe son malos, puesto que un solo hombre malo
puede ser corregido por muchos, si son buenos, en
cambio, muchos hombres malos no pueden ser
corregidos por uno sólo, aunque sea bueno. Y esto 5
es lo que le dijo Hómulo [75] al mismo Trajano, al
asegurarle que Domiciano había sido un pésimo
emperador, pero había tenido amigos rectos, y
que por esta razón Claudio había suscitado aún más
odio que él, porque confió el gobierno de la repú-
blica a libertos muy viciosos, ya que es preferible
soportar la maldad de uno sólo que la de mu-
chos [75 bis].

66 Pero, para volver al tema, sin duda Alejandro fue
personalmente un extraordinario emperador... —en
efecto, nadie sino el bueno desea ésto— y siguió
los consejos de su madre que era una mujer exce-
lente. No obstante, tuvo también amigos piadosos 2
y respetables, no maliciosos, ni rapaces, ni intrigan-
tes, ni taimados, ni partidarios del mal, ni enemi-
gos de los buenos, ni disolutos, ni crueles, ni zala-
meros, ni satíricos con él, y que no trataban de en-
gañarle como si fuera un tonto; y, además de pia-
dosos y respetables, eran sobrios, religiosos, aman-

[74 bis] Es decir, Heliogábalo. Cf. Heliogábalo, 17,1.

[75] Tal vez el hermano de Valerio Hómulo, mencionado en *Antonino*, 11,8 y *Marco*, 6,9.

[75 bis] Traducimos el pasaje muy corrompido, de acuerdo con la reconstrucción que hace Holh.

tes de su emperador e incapaces de reirse de él ni de desear que otros lo hicieran, hombres que no traficaban con nada, que no mentían en nada, que no inventaban nada y nunca decepcionaban la estima que su emperador les mostraba, sino que le observaban afecto. Hay que añadir, además, que él no 3
admitió ni en su consejo ni entre su servidumbre a los eunucos, los cuales por sí solos causan la ruina de los príncipes, porque desean que éstos vivan como los extranjeros o como los reyes persas, y los apartan de su pueblo y de sus amigos; ellos actúan de intermediarios refiriendo frecuentemente cosas distintas de las que se les ha dicho realmente, enclaustrando a su príncipe y procurando sobre todo que no sepa nada. Pues, en definitiva, ¿qué pueden saber ellos de lo recto, si no son más que objetos comprados y esclavos? En fin, su frase favorita era 4
la siguiente: «Yo no tolero que esclavos comprados con unas monedas juzguen sobre las vidas de prefectos, cónsules y senadores.»

67 Yo se, emperador, el peligro que supone exponer estas cosas a un príncipe que es esclavo de tales individuos, pero, una vez que ha quedado a salvo la república, después de que tú has comprendido cuánta maldad poseen estas calamidades y cómo acechan a los emperadores, también tú les mantienes en una posición tal, que nunca les has invitado a que vistan la clámide [76], sino que permites únicamente que se ocupen de los menesteres de tu casa. 2
Y es realmente singular la circunstancia de que Alejandro no recibió en audiencia a nadie dentro de Palacio, excepto a su prefecto y a Ulpiano, con lo que no dio a nadie la posibilidad de vender humos sobre lo que él decía, ni de hablarle mal sobre otras personas, máxime después de la ejecución de Turino, que había vendido muchas veces las promesas

[76] Cf. *Adriano,* 3,5 n. 20.

del emperador, como si fuera un necio e insensato. 3
A todo esto hay que añadir que Alejandro castigó a los que descubrió que eran malos parientes o malos amigos o, si algún lazo antiguo de amistad o de parentesco lo impedía, los alejó de su lado diciendo: «Me es más estimable el Estado en su conjunto que éstos».

68 Y para que sepas quiénes fueron las personas que formaron parte de su consejo, hélas aquí: Fabio Sabino [77], el Catón de su tiempo, hijo de Sabino, hombre de gran prestigio; el gran jurisconsulto Dominicio Ulpiano; Elio Gordiano... (padre del) emperador Gordiano, quien también fue un ciudadano ilustre; Julio Paulo, gran conocedor del derecho; Claudio Venaco, orador de suma grandilocuencia; Catilio Severo, pariente suyo y el más sabio de todos ellos; Elio Severiano, el ciudadano más respetable de todos; Quintilio Marcelo, que supera en perfección a todos los hombres que menciona la
historia: ¿qué mal se podía hacer o pensar con una 2
pléyade tan grande de consejeros como éstos o de otros similares, siendo así que se ponían de acuer-
do para planear el bien? En realidad, a éstos les ha- 3
bía expulsado de su lado una banda de malvados que había rodeado a Alejandro durante los primeros años de su reinado, pero, cuando estos individuos fueron ejecutados o desterrados gracias a la prudencia de este joven, se fortaleció también esta
amistad sagrada. Éstos son los que hicieron bueno a 4
un príncipe Sirio y, de un modo similar, fueron los malos amigos los que, moldeándolos con sus vicios, entregaron también a sus descendientes pésimos emperadores romanos.

[77] Tal vez la persona citada en *Heliogábalo*, 16,2. Los demás consejeros mencionados son desconocidos, salvo Ulpiano y Paulo.

19. LOS DOS MAXIMINOS

(Julio Capitolino)

1 Para que no resulte molesto a tu Clemencia, po-
deroso Constantino, leer en libros separados la vida
de cada uno de los príncipes y de sus respectivos
hijos, he adoptado la prudente medida de reunir en
un único volumen a los dos Máximinos, al padre y
al hijo; a partir de aquí, he mantenido esa disposi- 2
ción que tu Piedad quiso que fuera conservada por
Tacio Cirilo [1], varón «clarísimo [2]» que tradujo
obras griegas al latín. Esta norma no la observaré 3
sólo en un libro, sino también en otros muchos que
vendrán a continuación, exceptuando a los grandes
emperadores, cuyas muchas e ilustres hazañas re-
quieren un texto más extenso.
Maximino el Viejo sobresalió bajo el imperio de
Alejandro. Empezó su carrera militar con Severo. 4 5
Nació en una aldea de Tracia próxima a la fronte-
ra, de madre y padre bárbaros; se dice que uno era
de origen alano y el otro de procedencia goda, y 6
que su padre se llamaba Mica y su madre Hababa. 7
Al principio el mismo Maximino declaró estos
nombres, pero después, cuando llegó al imperio,
ordenó que se ocultasen para que no se descubrie-
se que los padres del emperador eran de origen bár-
baro.

[1] Autor desconocido.
[2] Perteneciente al orden senatorial, Cf. *Heliogábalo*, n. 13 y *Alejandro Severo*, n. 23.

2 Fue en su adolescencia pastor, cabecilla de los jó-
venes, que se enfrentaba a los ladrones y defendía
a los suyos de los asaltos. Sus primeros años en el 2
ejército los cumplió en la caballería. Se distinguía
por el tamaño de su cuerpo, sobresalía entre todos
los soldados por su valor, era agradable por su as-
pecto viril, bravo en sus costumbres, duro, sober-
bio, despreciativo, pero casi siempre justo. Esta fue 3
la causa por la que, bajo el imperio de Severo, se
dio a conocer por primera vez: el día del nacimien- 4
to de Geta, su hijo menor, Severo dio unos juegos
militares en los que ofrecía premios de plata: bra-
zaletes, collares y cinturones. Maximino, aún ado- 5
lescente, semibárbaro y poco conocedor del latín,
pidió al emperador, casi en lengua tracia, que le die-
ra permiso para luchar con aquéllos, que ya no ser-
vían en un lugar mediocre. Severo, admirado del ta- 6
maño de su cuerpo, le alineó primero entre los vi-
vanderos, pero entre los más fuertes, para no rom-
per la disciplina militar. Entonces Maximino, en un 7
solo combate, abatió a dieciséis vivanderos y, tras
conseguir dieciséis premios de escasa importancia e
impropios del ejército, recibió la orden de servir
3 como soldado. Dos días después, paseando casual-
mente Severo por el campo de lucha, vio a Maxi-
mino provocando un alboroto en medio de la mu-
chedumbre a la manera bárbara, y al punto ordenó
a un tribuno que le detuviese y le inculcase la dis-
ciplina romana. Entonces aquél, cuando compren- 2
dió que el empreador había hablado de él y que a
pesar de ser considerado un bárbaro era reconoci-
do por el príncipe y sobresalía entre muchos, se
acercó al estribo del emperador, que estaba mon-
tando a caballo. Luego Severo, queriendo compro- 3
bar cuánto podía correr, lanzó a su caballo con
grandes rodeos y, aunque él se esforzó, Maximino
no dejó de correr durante un largo espacio de tiem-
po; entonces el viejo emperador le dijo: «¿Qué de-
seas, pequeño tracio?, ¿acaso te agrada luchar des-

pués de la carrera?» Aquél respondió: «Como gustes, emperador». Después de esto, Severo bajó del 4 caballo y ordenó que se le enfrentaran los más aguerridos y fuertes soldados. Entonces, como era 5 normal en él, venció a los siete más fuertes en un solo combate, y sólo a él le fue concedido por Severo, además de los premios de plata, un collar de oro; luego se le ordenó situarse siempre en el séquito imperial, entre los componentes de su guardia personal. A partir de entonces fue alguien dis- 6 tinguido, famoso entre los soldados: era amado por los tribunos, bien acogido por sus compañeros, obtenía lo que quería del emperador y, aunque era muy joven, Severo coadyuvó a sus ascensos en el ejército. Sobresalía entre todos por la altura, tamaño y hermosura de su cuerpo y por la magnitud de sus ojos y la franqueza que éstos desprendían.

4 Es sabido que frecuentemente se bebió en un solo día un ánfora capitolina [3] de vino, que comía cuarenta libras de carne o, según dice Cordo, incluso sesenta. Es también suficientemente conocido que 2 se abstuvo siempre de las verduras y casi siempre de cosas frías, salvo cuando tenía necesidad de beber. Frecuentemente recogía su propio sudor y lo 3 echaba en cálices o en una jarra pequeña y así llegaba a mostrar dos o tres sextarios [4].

Bajo Antonino Caracalla ocupó durante mucho 4 tiempo el cargo de centurión y a menudo desempeñó otras dignidades militares. En tiempos de Macrino, puesto que odiaba vehementemente a quien había matado al hijo de su emperador, se apartó del ejército, compró tierras en la aldea de Tracia en la que había nacido y mantuvo siempre relaciones co-

[3] Con capacidad para 26,2 litros. Servía como unidad de medida y recibía el nombre de *capitolina* porque una vasija modelo se guardaba en el Capitolio.

[4] El *sextarius* era la sexta parte de un *congius*, aproximadamente medio litro.

merciales con los godos. Fue amado de manera singular por los getas [5], como si fuera uno de los suyos. Cualquier alano [6] que llegaba a la ribera [7] le 5
consideraba un amigo e intercambiaba regalos con él. Pero cuando, tras morir Macrino y su hijo, supo 6
que Heliogábalo, como hijo de Antonino, ocupaba el poder, se presentó ante éste, a una edad ya madura, y le pidió que tuviese acerca de él la misma opinión que tuvo su abuelo Severo. Pero nada pudo conseguir de este hombre deshonesto, pues se dice 7
que Heliogábalo bromeó vergonzosamente con él: «Se comenta, Maximino, que tú a veces agotaste a dieciséis, veinte e incluso treinta soldados; ¿puedes "hacerlo" treinta veces con una mujer?» Entonces 8
Maximino, cuando vio que aquel infame príncipe tuvo tal comienzo, se separó del ejército. Sin em- 9
bargo, fue retenido por los amigos de Heliogábalo, para que no se dijese, aumentando su desafortunado renombre, que el hombre más fuerte de su tiempo, al que unos llamaban Hércules, otros Aquiles, otros Héctor y algunos Ayante se había alejado de
5 sus tropas. Así, pues, bajo el gobierno de este deshonestísimo individuo, ocupó sólo el cargo de tribuno, pero nunca se acercó para tocar su mano, nunca le saludó, yendo de aquí para allá durante todo el trienio; ocupado a veces en los campos, a 2
veces en el ocio, a veces pretextando fingidas enfermedades. Muerto Heliogábalo, tan pronto como 3
se enteró de que Alejandro había sido nombrado emperador, marchó a Roma. Alejandro le recibió 4
con tan admirada alegría y sincero agradecimiento, que pronunció estas palabras en el senado: «El tribuno Maximino, padres conscriptos, a quien he otorgado el "laticlavo" [8], ha buscado refugio junto

[5] Pueblo escita situado a orillas del Danubio, al Este de la Dacia.

[6] Pueblo sármata que a principios del siglo V habría de invadir Hispania.

[7] Naturalmente, del Danubio.

[8] Cf. *Severo*, n. 2.

a mí; él no pudo servir bajo aquella bestia tan des-
honesta, y fue tan importante junto a Severo, mi di-
vino ancestro, como vosotros podéis descubrir por
la fama». Inmediatamente le concedió el tribunado 5
de la Legión IV [9], que él mismo había formado con
reclutas, y le dirigió estas palabras: «Mi queridísi- 6
mo y amadísimo Maximino, no te he confiado sol-
dados veteranos porque temía que no pudieras
corregir en ellos defectos que arraigaron cuando es-
taban al mando de otros. Tienes reclutas: haz que 7
ellos aprendan la milicia con tus costumbres, tu va-
lor y tu trabajo, para que yo tenga muchos Maxi-
minos. Sólo tú harás que ellos sean más valiosos
para el Estado».

6 Tras hacerse cargo de la legión, empezó a ejerci-
tarla. Ordenaba correr a los soldados cada cinco 2
días y realizar entre ellos enfrentamientos simula-
dos; y, además, examinar diariamente las espadas,
lanzas, corazas, cascos, escudos, túnicas y todas sus
armas; incluso él mismo revisaba el calzado, mos- 3
trándose como un padre para los soldados. Cuan- 4
do en cierta ocasión algunos tribunos le amonesta-
ron diciendo: «¿Por qué te esfuerzas tanto, cuando
ocupas ya un lugar que te permite aspirar a ser ge-
neral?», se cuenta que él contestó: «Yo trabajaré 5
más cuanto más alto me encuentre». También él se
ejercitaba en los combates con los soldados, derri-
bándolos de cinco en cinco, de seis en seis, de siete
en siete y de quince en quince. En fin, como todos 6
le envidiaban, una vez un tribuno muy altanero, de
gran corpulencia, reconocido valor y por ello muy
bravo, le dijo: «No haces gran cosa venciendo a los
soldados tú que eres un tribuno». El respondió: 7
«¿Quieres acaso que luchemos?». Y, como su contrin-
cante respondiese afirmativamente, cuando venía
contra él, golpeándole en el pecho con la palma de

[9] Según Magie (*op. cit.* II, pág. 323 y n. 2) puede tratarse de la *Legio IV Flavia*, acuartelada en la Mesia Superior.

la mano, le tumbó de espaldas y dijo a continuación: «Dadme otro, pero que sea tribuno de verdad». Era además, según refiere Cordo, de tal cor- 8
pulencia que, al parecer, superaba los ocho pies y seis dedos [10] de altura, con un pulgar tan grande que utilizaba el brazalete de su mujer como anillo. 9
Y en boca del pueblo circularon inmediatamente las historias consabidas: que arrastraba un carro con sus manos, que él solo movía una carreta cargada, que si daba un puñetazo a un caballo le saltaba los dientes, que si le daba una patada le rompía las patas, que trituraba las piedras tobas, que abatía los árboles más resistentes, en fin, unos le llamaban Milón de Crotona [11], otros, Hércules; otros, Anteo [12].

7 A este hombre, admirable por tales hechos, Alejandro, juez de grandes merecimientos, le puso, para su propia perdición, al frente del ejército, con la alegría de todos, tribunos, generales y soldados, en todas partes. Sometió a su acostumbrada disci- 2
plina militar a todo el ejército, que bajo Heliogábalo en su mayor parte se había ablandado. Esto, 3
como hemos dicho, fue muy grave para Alejandro, un óptimo emperador, pero que desde el principio pudo ser menospreciado por su edad. En efecto, en- 4
contrándose en la Galia, y tras establecer el campamento no lejos de cierta ciudad [13], repentinamente un grupo de soldados que, según unos, fueron enviados por el mismo Maximino y, según otros, por ciertos tribunos bárbaros, mataron a Alejandro cuando huía hacia su madre y nombraron a Maxi-

[10] Preferimos aquí la lectura *digitis sex videretur* de Salmasius a la del manuscrito P, *digito videretur*, que Hohl incluye en su edición. La altura de Maximino, según esta referencia, estaría próxima a los dos metros y medio, pues un pie equivalía a 29,6 cms y un *digitus* era la dieciseisava parte de un pie.

[11] Renombrado atleta de la antigüedad.

[12] Anteo, hijo de la Tierra y Poseidón, era un enorme gigante que fue vencido por Hércules.

[13] Tal vez, Mainz (Cf. Magie, *op. cit.* III, pág. 326 y n. 3).

mino emperador. Algunos nos han trasmitido una 5
causa de la muerte de Alejandro y otros señalan
otra. Unos afirman que Mamea fue la causante,
pues hizo que su hijo marchase a Oriente, tras
abandonar la guerra con los pueblos germámicos,
y que por ello los soldados llevaron a cabo la re-
vuelta; otros, sin embargo, dicen que Alejandro era 6
demasiado estricto y que pretendía realizar licen-
ciamientos en las legiones de la Galia como los ha-
bía hecho en Oriente [14].

8 Muerto Alejandro, Maximino, fue el primer
hombre que, procedente del estamento militar, y
sin ser aún senador, recibió el título de Augusto de
manos del ejército sin que mediara un decreto del
senado; enseguida hizo copartícipe del poder im-
perial a su propio hijo, de quien a continuación di-
remos las pocas cosas que nos son conocidas [15]. 2
Maximino tuvo siempre tanta habilidad que no sólo
dirigió a los soldados con valor, sino también los
volvió muy afectos a su persona con premios y re-
compensas. Nunca privó a nadie de su ración. Nun- 3 4
ca toleró que algún soldado estuviese en el ejército
en calidad de obrero o artesano, lo que son la ma-
yoría, sino que entrenaba a las legiones únicamente
con cacerías. Sin embargo, a estas virtudes unió tal 5
crueldad que unos le llamaban Cíclope, otros Bu-
siris [16], otros Esciron [17], algunos Falaris [18], muchos
Tifón [19] o Gigante [20]. El senado le temía de tal ma- 6
nera que en los templos, pública y privadamente,
se hacían votos —las mujeres con sus hijos tam-
bién— para que Maximino nunca viese la ciudad

[14] Cf. *Alejandro Severo* 59, 7-8 y Herodiano VI,9.
[15] Cf. *infra* 27-33.
[16] Mítico rey de Egipto que ofrecía a Zeus víctimas humanas.
[17] Ladrón, famoso por su crueldad, que murió a manos de Teseo.
[18] Tirano de Agrigento del siglo VI a. de C. que tenía por costumbre quemar a los condenados.
[19] Titán, hijo de Gaya y Tártaro, que fue abatido por el rayo de Zeus.
[20] Gyges era un gigante de cien brazos, hijo de Gaya y Urano.

de Roma. Pues continuamente oían que unos eran 7
crucificados, otros encerrados en el vientre de ani-
males muertos recientemente, otros arrojados a las
fieras, otros quebrantados a golpes, y todas estas
cosas sin distinción de dignidad, pues parecía pre-
tender que imperase la disciplina militar. En ese
sentido inmediatamente quiso reformar los pode-
res civiles del senado, lo que no es conveniente a
un príncipe que quiere ser amado. Estaba conven- 8
cido de que el poder se mantenía sólo con la cruel-
dad; al mismo tiempo temía ser despreciado por la 9
nobleza a causa de su humilde origen bárbaro. Se 10
acordaba además de que él había sido menosprecia-
do en Roma incluso por los siervos de los nobles,
hasta el punto de que ni siquiera los administrado-
res toleraban su presencia; y —como suele ocurrir 11
con las opiniones necias— esperaba que todos ellos
habían de estar en su contra desde el momento en
que fuese emperador. Tanto poder tiene el discurrir
9 de un espíritu innoble. Para ocultar su falta de abo-
lengo, mató a todos los que conocían su origen, in-
cluso a algunos amigos que cuando era pobre le ha-
bían dado muchos donativos por compasión. Y no 2
hubo un animal más cruel en la tierra, cifrándolo
todo en sus fuerzas, como si así no pudiera ser ase-
sinado. En fin, como se consideraba casi inmortal 3
por el tamaño de su cuerpo y por su valor, se dice
que cierto actor, cuando él se encontraba presente
en el teatro, recitó unos versos griegos, cuyo sen-
tido en latín era el siguiente: «Quien no puede ser 4
asesinado por uno solo, es asesinado por muchos.
El elefante es grande y sin embargo muere, el león
es fuerte pero muere, el tigre es fuerte y muere tam-
bién: si no temes a los individuos protégete al me-
nos de la multitud». Y esto se dijo cuando el pro-
pio emperador estaba presente. Como preguntase 5
a sus amigos qué quería decir aquel bufón, le res-
pondieron que recitaba antiguos versos escritos
contra hombres violentos, y él, como era tracio y

bárbaro, se lo creyó. Nunca soportó a su lado a nin- 6
gún noble, intentando gobernar según el ejemplo
de Espartaco [21] o Atenión [22]. Además, mató de ma- 7
neras diferentes a todos los ministros de Alejandro
y abolió las disposiciones que éste había tomado. 8
Y a medida que concebía sospechas hacia los ami-
gos y colaboradores de Alejandro se volvía más
cruel.

10 Aunque se había acostumbrado al modo de vida
de los animales salvajes, se hizo más severo e inhu-
mano, con ocasión de una conjura preparada con-
tra él por un tal Magno, hombre consular, quien
en compañía de muchos soldados y centuriones ha-
bía iniciado un plan para asesinarle, pues deseaba
obtener el imperio para sí. Tal fue el plan de la con- 2
jura: Maximino pretendía cruzar hacia los germa-
nos tras construir un puente; entonces, pareció bien
que los conspiradores cruzaran con él y que, des-
pués de romper el puente, Maximino fuese asesina-
do, ya en suelo bárbaro, y Magno se hiciese con el
imperio. Pues Maximino había emprendido todas 3
las guerras de forma enérgica desde que se convir-
tió en emperador, ya que era experto en cuestiones
militares y quería mantener la estima que de él se
tenía superando ante todos la gloria de Alejandro,
a quien él había matado. Por esta razón, aunque era 4
emperador, entrenaba a los soldados con ejercicios
diarios y se mantenía en armas, mostrando siempre
muchos ejercicios a las tropas con sus manos y su

[21] Espartaco fue el líder de la más importante revolución de esclavos de la antigüedad que tuvo lugar en el año 73 a. de C. y se extendió por toda Italia; a pesar de las numerosas victorias de Espartaco, la revolución fracasó ante el esfuerzo supremo del Estado romano, que mandó contra él a las fuerzas conjuntas de Pompeyo, Lúculo y Craso; se atribuye a este último el mérito de la victoria final.

[22] Atenión acaudilló la revuelta de esclavos que tuvo lugar en Sicilia en el año 104 a. de C. Llegó a formar un estado independiente y organizado —incluso con acuñación de moneda— que duró hasta el año 100, cuando fue derrotado por Mario Aquilio.

cuerpo. Se dice que esta conjura fue urdida por el 5
propio Maximino para aumentar las razones de su
crueldad. Finalmente, sin juicio, sin previa acusa- 6
ción, sin fiscal ni defensor, mató a todos y confis-
có sus bienes y, aunque ejecutó a más de cuatro mil
11 hombres, no se sintió satisfecho. Hubo también
bajo su mandato una conjura de los arqueros os-
roenos [23], quienes se rebelaron contra él por amor
y añoranza de Alejandro, a quien, según propia
convicción, había dado muerte Maximino, sin que
fuera posible persuadirles de otra cosa. Ellos mis- 2
mos nombraron su jefe y emperador a Tito, uno
de los suyos, a quien Maximino había licenciado.
Le agasajaron con la púrpura, le adornaron con 3
todo el boato regio y le rodearon como si fueran
su guardia personal, todo ello, sin duda, en contra
de su voluntad. Pero mientas dormía en su casa fue 4
asesinado por uno de sus propios amigos, de nom-
bre Macedonio, quien estaba resentido porque Tito
fuera su jefe; le traicionó y llevó su cabeza al em-
perador Maximino [24]. Este, sin embargo, aunque en 5
principio le dio las gracias, después le aborreció
como a un traidor y lo mató. Por todo esto se ha- 6
cía cada día más inhumano, como les ocurre a las
fieras, que se irritan más cuando son heridas.

Después, cruzó a Germania con todo el ejército, 7
moros, osroenos, partos y todos los que Alejandro
llevaba consigo para esta guerra. Conducía, sobre 8
todo, tropas auxiliares de Oriente, porque nadie es
más poderoso contra los germanos que los arque-
ros libres de bagajes. Alejandro preparó esta admi- 9
rable máquina de guerra a la que Maximino —se
12 dice— añadió otros muchos elementos. Entonces

[23] Aceptamos aquí la lectura de Magie *Osrhoenis* que parece aludir a los arqueros procedentes de Osroene, región al norte de Mesopotamia.

[24] Esta revuelta contra Maximino se cuenta también en Herodiano (VII 1,9-10). La biografía del tal Tito se incluye entre las de los *Treinta Usurpadores*, 32.

penetró en la Germania Transrenana y se adentró en suelo bárbaro treinta o cuarenta millas, incendió aldeas, se apoderó del ganado, consiguió botines, mató a muchos hombres, enriqueció a su ejército, capturó a numerosos prisioneros y, si los germanos no hubiesen huido desde los campos hacia los bosques y los pantanos, hubiera sometido toda
la Germania a la autoridad romana. Maximino en 2
persona llevaba a cabo muchas acciones y en cierta ocasión en que estaba rodeado por los germanos, después de haberse internado en un pantano, hubiera sido capturado si sus soldados no le hubiesen liberado cuando se encontraba atrapado con su caballo en las aguas fangosas. Pues, ciertamente, te- 3
nía algo que es propio de la temeridad bárbara: pensar que el emperador ha de servirse siempre de su
propio brazo. Finalmente llevó a cabo algo pareci- 4
do a un combate naval en un pantano y allí causó
la muerte de muchos enemigos. Así, pues, vencida 5
Germania, envió cartas a Roma, al senado y al pue-
blo, escritas a su dictado, cuyo texto decía: «No po- 6
demos decir, padres conscriptos, todo lo que hemos hecho. A lo largo de cuarenta o cincuenta millas en territorio germano, incendiamos aldeas, robamos ganado, capturamos prisioneros, matamos soldados y realizamos un combate naval en un pantano. Habríamos llegado hasta los bosques, pero la profundidad de los pantanos no nos permitió cru-
zar». Elio Cordo dice que estas palabras son ente- 7
ramente suyas, y es digno de crédito; ¿qué hay, en 8
efecto, en esta carta de lo que no sea capaz un sol-
dado bárbaro? También escribió al pueblo con el 9
mismo contenido pero con mayor respeto, ya que odiaba al senado porque pensaba que éste le des-
preciaba en gran manera. Mandó además que se rea- 10
lizasen unas pinturas en las que quedara reflejado cómo había sido la guerra, y que éstas fueran colocadas delante de la Curia para que la pintura con-
tase sus hazañas. El senado después de su muerte 11

13 ordenó retirar estos cuadros y quemarlos. Hubo otras muchas guerras bajo su imperio, de las que siempre volvió triunfante, con numerosos cautivos e inmensos botines. Se conserva un discurso suyo 2
enviado el senado del que a continuación intercalamos una muestra: «En poco tiempo, padres conscriptos, he realizado tantas guerras como ninguno de los antiguos llevó a cabo. He traído al suelo romano un botín más grande del que nadie pudo esperar. Conduje tan gran número de cautivos, que los territorios romanos casi no bastan para contenerlos». El resto del discurso no concierne al asunto que ahora tratamos. Tras pacificar Germania, lle- 3
gó a Sirmio [25] con idea de llevar la guerra contra los sármatas y con el deseo de someter al dominio romano las regiones más septentrionales que bordean el Océano, lo que hubiera logrado si hubiera 4
vivido, como dice Herodiano [26], escritor griego que, como fácilmente puede verse, favoreció a Maximino en gran manera, a causa de su odio hacia Alejandro.

Pero como los romanos no pudieron soportar su 5
crueldad, urdieron una conjura en su contra, pues Maximino incitaba a los delatores, premiaba a los acusadores, inventaba falsos delitos, mataba a los inocentes, condenaba a todos los que acudían ante los tribunales, convertía en pobres a hombres muy ricos y no buscaba dinero en otro lugar que no fuera la ruina ajena; además, ejecutó, sin que hubieran cometido ningún delito, a hombres consulares y a muchos generales; a unos los transportaba en carros [27] sin bebida ni alimento y a otros los hizo

---

[25] Ciudad de Panonia, próxima al Danubio, actual Mitrowitz.

[26] Cf. Herodiano VII 2,9.

[27] Cf. Herodiano VII, 3,4: «... y ordenó que, puestos ellos solos sobre los carros, sin ningún servicio, viajando de noche y de día desde oriente o desde occidente, según el caso, o desde el Sur, los condujeran a Panonia, donde él se encontraba».

prisioneros y, en fín, no dejó pasar ninguna ocasión para ejercitar su crueldad. Y no sólo fueron 6
los romanos, pues también el ejército de África se amotinó por su despótica actitud hacia los soldados, y, en una rebelión repentina y poderosa, hizo emperador al anciano Gordiano, hombre muy enérgico que ocupaba allí el proconsulado. El de-
14 sarrollo de los acontecimientos fue así: había en Libia un procurador de la Hacienda imperial que, según los deseos de Maximino, había expoliado a todos; éste fue asesinado a manos de la plebe campesina y de algunos soldados, tras rechazar a los que defendían al agente imperial [28] por fidelidad a
Maximino. Pero como los autores de esta muerte 2
pensasen que debían aliviar su situación con remedios más enérgicos, se dirigieron al procónsul Gordiano —hombre venerable, como dijimos, muy ilustre por su nacimiento, distinguido por todo tipo de virtudes, que fue enviado a África por Alejandro mediante un decreto del senado— y, aunque resistía arrojándose al suelo, los soldados, amenazándole con espadas y todo tipo de armas, le obligaron a tomar el poder cubriéndole con la púrpura [29]. 3
Al principio, Gordiano había aceptado estos hechos de mala gana, pero después, cuando vio que la situación no era segura para su hijo y para su familia, asumió el poder de buen grado y en compañía de su hijo fue proclamado Augusto por todos los africanos en la ciudad de Tusdro [30]. Desde allí lle- 4
gó rápidamente a Cartago con la pompa regia, la guardia personal y los fasces laureados, desde donde envió una misiva al senado romano; la carta, des-

[28] *Rationalis.* El término era empleado en los siglos III y IV para designar a cualquier procurador de provincias, aunque en principio se aplicaba únicamente al *procurator a rationibus.*

[29] Claudio fue el primer emperador romano nombrado por los soldados contra su voluntad (Cf. Suetonio, *Claud.* X), pero después este hecho se repitió con regular frecuencia.

[30] Ciudad situada a 175 kms. de Cartago, en dirección Sureste.

pués de que muriese Vitaliano [31], comandante de la
guardia pretoriana, fue recibida con regocijo a cau-
sa del odio que se profesaba a Maximino. Enton- 5
ces, ambos Gordianos, el viejo y el joven, fueron
15 proclamados Augustos por el senado. A continua-
ción se ejecutó a todos los delatores, a todos los
acusadores y a todos los amigos de Maximino. Mu-
rió también Sabino, prefecto de la Ciudad, abatido
a golpes por la multitud. Mientras se llevan a cabo 2
estos hechos, el senado, que temía en gran manera
a Maximino, abierta y libremente declaró enemigos
del Estado a él y a su hijo. Después envió cartas a 3
todas las provincias para que contribuyesen a la li-
bertad y a la común salvación, y el llamamiento fue
bien acogido por todos. En fin, en cada una de ellas 4
se dio muerte a los amigos, administradores, tribu-
nos generales y soldados de Maximino; pocas ciu- 5
dades conservaron su fidelidad hacia el enemigo pú-
blico, pero éstas traicionaron a quienes habían sido
enviados y los entregaron a Maximino por medio
de delatores.

Este es un ejemplo de las cartas que el senado en- 6
vió: «El senado y el pueblo romano, que gracias a
los príncipes Gordianos ha empezado a verse libre
de tan funesta fiera, a los procónsules, gobernado-
res [32], legados, generales, tribunos, magistrados y a
cada una de las ciudades, municipios, pueblos, al-
deas y fortalezas [33], les desea la prosperidad que él
mismo ha empezado a disfrutar. Con la ayuda de 7

[31] La muerte de Vitaliano se cuenta con más detalle en *Gordianos* 10,5-8. Cf. también Herodiano VII 6,5-9.

[32] *Praesides*. Sobre este término, Cf. *Alejandro Severo*, n. 27.

[33] Establece en este pasaje el autor una reveladora distinción jerárquica en los términos empleados para designar las distintas localidades: *civitas* o ciudad regida por las leyes del derecho romano; *municipium*, generalmente, ciudad regida por el derecho latino; *oppidum*, ciudad fortificada, sin tener en cuenta por qué derecho se regía; *vicus*, aldea; y *castellum* que era un campamento fortificado de reducidas proporciones.

los dioses hemos conseguido tener como príncipe
al procónsul Gordiano, hombre muy venerable y
serenísimo senador, al que hemos proclamado Au-
gusto, y no sólo a él, sino también, como salva-
guardia para el Estado, a su joven y noble hijo Gor-
diano. Ahora sois vosotros quienes tenéis que dar 8
vuestro consentimiento para conseguir la salvación
del Estado, para alejar los crímenes y para perse-
guir a aquella fiera y a sus amigos donde quiera que
se encuentren. Hemos considerado a Maximino y 9
a su hijo enemigos públicos».
16 El decreto del senado fue así [34]: Después de ce-
lebrarse una reunión en el templo de Cástor y Pó-
lux [35], el día sexto antes de las calendas de julio, el
cónsul Junio Silano leyó un carta, recibida desde
Africa, del procónsul, padre de la patria y empera-
dor Gordiano: «Los jóvenes, padres conscriptos, a 2
quienes se encargó la protección de África, me lla-
maron al imperio para que ocupase el poder aun-
que yo no lo deseaba. Sin embargo, por respeto ha-
cia vosotros, mantengo de buen grado esta situa-
ción. Es a vosotros a quienes corresponde determi-
nar qué deseáis, pues estaré indeciso y titubeante
hasta que se produzca la decisión del senado». Des- 3
pués de que esta carta fuera leída, el senado excla-
mó inmediatamente: «Augusto Gordiano, ¡los dio-
ses te guarden! ¡Qué gobiernes feliz y a salvo! Tú
nos has liberado. Gracias a ti el Estado está a sal-
vo; todos te damos gracias». De nuevo el cónsul se 4
dirigió al senado: «Padres conscriptos, ¿qué deci-
dimos sobre los Maximinos?». Ellos respondieron:
«Enemigos, enemigos. Quien pueda matarlos me-
recerá una recompensa». Y otra vez habló el cón- 5
sul: «En cuanto a los amigos de Maximino, ¿qué se

[34] Nos separamos de Hohl al no admitir la palabra *exemplum*, omitida en P y que aparece en Σ

[35] Aún se mantienen en pie tres columnas de este templo, que se encuentran en la parte sur del foro romano.

determina?» Y ellos gritaron: «Enemigos, enemigos. Quien sea capaz de matarlos merecerá una re- 6
compensa». De nuevo dijeron al unísono: «El enemigo del senado sea llevado a la cruz, el adversario del senado sea castigado en cualquier parte. Los enemigos del senado sean quemados vivos. ¡Augustos Gordianos, los dioses os guarden! ¡Ojalá los dos 7
viváis felices! ¡Ojalá gobernéis felizmente! Asignamos la pretura al nieto de Gordiano, prometemos el consulado al nieto de Gordiano. Que el nieto de Gordiano sea designado César. Que el tercer Gordiano reciba la pretura.»

17 Cuando Maximino, hombre apasionado por naturaleza, recibió este decreto del senado, se encolerizó de tal manera que si lo hubieras visto no creerías que era un hombre, sino una fiera. Se arrojaba 2
contra las paredes, se tiraba al suelo, gritaba de manera inconexa, desenvainaba su espada como si pudiera matar al senado, desgarraba su vestido regio, golpeaba a los sirvientes con el látigo y, según refieren algunos autores, hubiese arrancado los ojos a su hijo, aún adolescente, si no se hubiese apartado. Se había encolerizado contra él porque, al ini- 3
ciar su reinado le había ordenado ir a Roma y, a causa del excesivo amor que profesaba a su padre, había descuidado la orden; pensaba que si su hijo hubiera ido a Roma el senado no se hubiese atrevido a hacer nada. En tales condiciones, mientras 4
ardía de ira, le recluyeron sus amigos en el dormitorio. Sin embargo, como no pudiese soportar su 5
propio furor, se dice que, para olvidar sus propios pensamientos, el día en que conoció la noticia se emborrachó de tal manera que perdió la conciencia de lo que había ocurrido. Otro día, con más cor- 6
dura, tras convocar a sus amigos, que, aunque no toleraban su presencia, guardaban silencio y tácitamente alababan la acción del senado, celebró un consejo para determinar qué convenía hacer. Des- 7
pués del consejo convocó una asamblea en la que

dijo muchas cosas contra los africanos, muchas contra Gordiano y muchas contra el senado, instando a los soldados a vengar las comunes injurias.
18 Toda la arenga fue propia de un soldado; lo que sigue es su reprodución: «Camaradas, damos a conocer algo que os es conocido: los africanos rompieron su fidelidad [36], ¿cuándo la han tenido? El anciano Gordiano, débil y próximo a la muerte, ha asumido el poder. Aquellos veneradísimos padres 2
conscriptos que mataron no sólo a Rómulo [37] sino también a César, me juzgaron enemigo público, cuando yo he luchado en su lugar y he obtenido triunfos para ellos; y no sólo a mí, sino también a vosotros y a todos los que están de acuerdo conmigo. A los Gordianos, padre e hijo, los han llamado Augustos. Así, pues, si sois hombres, si te- 3
néis fuerzas, vayamos contra el senado y los africanos, cuyos bienes, todos, vosotros habréis de poseer».

Así, pues, tras conceder una soldada, sin duda 4
magnífica, emprendió el camino hacia Roma al frente de su ejército.

19 Gordiano, por su parte, enseguida empezó a ser atacado en África, por un tal Capeliano, a quien el nuevo emperador había depuesto de su gobierno entre los moros, nombrando un sucesor. Envió 2
contra éste a su hijo, y como el joven Gordiano muriese tras una durísima batalla, el anciano, ahorcándose, puso fin a su vida, consciente de que Maximino tenía muchos recursos y de que entre los africanos, además de no abundar las fuerzas, existía una gran predisposición para la traición. Entonces Ca- 3

[36] Las alusiones a la fidelidad púnica, puesta en entredicho por los romanos desde los tiempos de las guerras con los Barca, constituyen casi un tópico literario entre los historiadores y biógrafos. Cf. Livio, XXI 4,9, referido a Aníbal, *perfidia plus quam Punica*.

[37] Desde luego ésta no es la versión más extendida de la muerte de Rómulo, pero Livio la confirma: *Fuisse credo tum quoque aliquos qui discerptum regem patrum manibus taciti arguerent* (I 16,4).

peliano, victorioso, mató y proscribió en África en
nombre de Maximino, a todos los partidarios de los
Gordianos, sin perdonar a ninguno; parecía com-
portarse con el espíritu propio de Maximino: des- 4
truyó ciudades, saqueó los templos, repartió dona-
tivos entre los soldados y en las ciudades mató tan-
to a los nobles como al pueblo llano. Al mismo 5
tiempo, se granjeaba para sí las simpatías de los sol-
dados, preparándose para el poder si Maximino
moría.

20 Cuando la noticia de estos hechos se conoció en
Roma, el senado, que tras la muerte de los Gordia-
nos temía la crueldad natural y en este caso obli-
gada de Maximino, nombró emperadores a Máxi-
mo —antiguo prefecto de la Ciudad, de linaje os-
curo pero ilustre por sus virtudes, que había de-
sempeñado numerosos cargos de importancia— y
a Balbino, de costumbres más refinadas. El pueblo 2
otorgó a ambos el título de Augustos y después, en
unión de los soldados, aclamó como César al pe-
queño nieto de Gordiano [38]. Así, pues, con tres em- 3
peradores, el Estado se puso en guardia contra
Maximino. Sin embargo, Máximo era el más enér- 4
gico de ellos por su experiencia, el más firme por
su valor y el más sereno por su sabiduría. Por ello, 5
tanto el senado como Balbino le confiaron a él la
guerra contra Maximino. Después de que Máximo 6
marchara a la guerra contra Maximino, Balbino
tuvo que hacer frente en Roma a conflictos inter-
nos que derivaron en una guerra civil [39], sobre todo
después de que ciertos soldados del pretorio fue-
ran asesinados bajo la instigación de Galicano y

[38] Más tarde sería Gordiano III, Cf. *Gordianos* 22 y ss.

[39] Existe una laguna en el texto que dificulta la comprensión del pasaje. De todos modos, los hechos ocurridos se narran confusamente en *Máximo y Balbino* 9-10, *Gordianos* 22, 7 y 28,1 y especialmente en Herodiano VII 10,5-12,4, quien narra una versión diferente de los acontecimientos a la de la Historia Augusta.

Mecenas. El pueblo, entonces, fue masacrado por los pretorianos al ser incapaz Balbino de contener las revueltas con eficacia. Finalmente, una gran parte de la ciudad fue incendiada.

Sin duda, el emperador Maximino había recobrado su ánimo al conocer la muerte de Gordiano y 7
la victoria de Capeliano sobre su hijo; pero cuando 8
recibió otro decreto del senado en el que se declaraba emperadores a Máximo, Balbino y Gordino, comprendió que el odio del senado era duradero y que realmente él era considerado un enemigo pú-
21 blico en opinión de todos. Entonces se adentró en Italia con más violencia que nunca y, cuando se enteró de que Máximo había sido enviado contra él, irritándose aún más, llegó a Emona [40] en formación
cuadrada [41]. Pero los habitantes de la provincia 2
concibieron la idea de encerrarse dentro de sus ciudades, llevando consigo todo lo que pudiese proporcionar alimento con objeto de que Maximino y
su ejército sufriesen el agobio del hambre. Cuando 3
por primera vez acampó en terreno llano y no pudo encontrar comida, su propio ejécito irritado contra él porque sufría hambre en Italia, donde después del paso de los Alpes confiaba en reanimarse, empezó primero a murmurar y después a hablar libre-
mente elevando la voz. Cuando Maximino intentó 4
reprimir el descontento, el ejército se encolerizó en gran manera, pero guardó en silencio su odio y en el momento oportuno lo dio a conocer con firme-
za. Muchos dicen que Maximino, cuando encontró 5
Emona vacía, se alegró estúpidamente como si toda la ciudad se le hubiese entregado.

Después llegó a Aquileya, que cerró las puertas 6
contra él, tras disponer a los soldados alrededor de la muralla; y no fracasó la defensa que fue condu-

[40] Ciudad de la Panonia, hoy Laibach.
[41] Es decir, dispuesto, organizado y preparado para el combate.

22 cida por los consulares Menófilo y Crispino [42]. Así,
pues, como el asedio de Aquileya resultase inútil,
Maximino envió embajadores a la ciudad, con quie-
nes el pueblo estuvo a punto de llegar a un acuer-
do si no se hubieran opuesto Menófilo y su colega,
diciendo incluso que el dios Beleno [43] había res-
pondido a través de los arúspices que Maximino se-
ría vencido. Por esto, después los soldados de Maxi- 2
mino, según se dice, repetían que Apolo había lucha-
do contra ellos y que aquella victoria no pertenecía a
Máximo o al senado, sino a los dioses. Pero algunos 3
afirman que esto fue inventado por ellos, pues es-
tos guerreros se avergonzaban de haber sido venci-
dos de tal modo por gente prácticamente desarma-
da. Así, pues, Maximino, tras construir un puente 4
con cubas de vino, cruzó el río [44] y empezó a sitiar
de cerca Aquileya. Se produjo entonces, coincidien- 5
do con un gran asalto, el momento decisivo; los
ciudadanos rechazaron a los soldados con azufre,
fuego y otros medios de defensa similares. De los
hombres de Maximino, unos fueron despojados de
sus armas, otros veían arder sus ropas y algunos
quedaron ciegos, incluso las máquinas de asalto
fueron destruidas. Entretanto, Maximino, en com- 6
pañía de su joven hijo, a quien había nombrado Cé-
sar, daba vueltas a la muralla y, desde una distancia
que le permitía estar suficientemente lejos de los
dardos que le arrojaban, dirigía ruegos unas veces
a los suyos y otras a los propios ciudadanos. No 7
obtuvo, sin embargo, ningún resultado, pues a cau-

[42] En *Máximo y Balbino* (12,2) se cuenta cómo ambos consulares habían sido enviados a Aquileya por orden del senado.

[43] Divinidad que recibía culto en el Norte de Italia y la Nórica, Cf. Herodiano VII 3,8: «También se habían divulgado algunos oráculos según los cuales el dios de la ciudad había prometido la victoria. Este dios, conocido con el nombre de Beleno, es objeto de un extraordinario culto y le identifican con Apolo».

[44] Se refiere al Isonzo (antiguo *Sentius*) que, según Herodiano VIII 4,1, distaba dieciséis millas de Aquileya.

sa de su crueldad, se había acumulado mucho rencor no sólo contra él, sino también contra su hijo,
23 que era de una belleza extraordinaria. Entonces Maximino, creyendo que la guerra se prolongaba por la pereza de los suyos, mató a sus propios oficiales en el momento más inoportuno. Con ello provocó que los soldados se encolerizaran más contra él. Se añadía a esto la insuficiencia de víveres, 2
pues el senado había mandado cartas a todas las provincias y a los vigilantes portuarios para que ningún alimento llegase a manos de Maximino. Ha- 3
bía enviado, además, por todas las ciudades pretores y cuestores para que vigilaran por todas partes y defendieran todas las cosas contra Maximino. Final- 4
mente, se consiguió que él, mientras sitiaba, sufriera las penurias de un sitiado. En tales condiciones 5
se anunció que todo el mundo era unánime en su odio contra Maximino. Por esta razón, algunos sol- 6
dados, temerosos porque sus seres más queridos estaban en el monte Albano [45], aprovecharon que por casualidad se hizo un descanso en medio de la batalla y mataron a mediodía a Maximino y a su hijo cuando se hallaban en su tienda de campaña; después mostraron sus cabezas, clavadas en picas, a los aquilenses. Entonces, mientras en la ciudad vecina 7
se retiraron las estatuas e imágenes de Maximino, se ejecutó al prefecto del Pretorio con sus amigos más conocidos. Sus cabezas fueron enviadas a Roma.

24 Éste fue el fin de los Maximinos, digno de la crueldad del padre, indigno de la bondad del hijo. Tras la muerte de ambos, hubo una inmensa alegría entre los habitantes de las provincias y un enor-

---

[45] Severo había situado allí la segunda legión, llamada Pártica; su proximidad respecto a Roma exponía a sus habitantes a la ira de los senadores en el caso de que —como acertadamente interpreta Balbino García (*op. cit.* pág. 892 y n. 15)— éstos quisieran vengarse de los soldados de Maximino en sus familiares.

me pesar entre los bárbaros. Con todo, una vez que 2
murieron los enemigos públicos, los soldados, que así lo solicitaban, fueron recibidos por los ciudadanos, y enseguida se postraron ante las imágenes de Máximo, Balbino y Gordiano, diciendo que los anteriores Gordianos habían sido incluidos entre los dioses. Después de esto, una gran cantidad de ví- 3
veres, a la que se había fijado un precio, fue llevada desde Aquileya al campamento, que sufría por la escasez; al día siguiente, cuando los soldados estaban restablecidos, se llegó a la asamblea y todos hicieron el juramento de fidelidad a Máximo y Balbino, llamando divinos a los dos anteriores Gordianos.

Apenas puede decirse cuánta alegría hubo cuan- 4
do la cabeza de Maximino fue llevada a Roma a través de Italia; la gente acudía desde todas partes para participar en el regocijo público. Máximo, al que 5
muchos llaman Pupieno [46], preparaba la guerra en Rávena con tropas auxiliares de los pueblos germanos; sin embargo, cuando supo que el ejército estaba de acuerdo con él y con sus colegas y que los Maximinos habían muerto, licenció a las tropas ger- 6
manas que había preparado contra el enemigo y envió una carta laureada a Roma, que causó una enorme alegría en la Ciudad; entonces todos daban gracias en los templos, altares, santuarios y lugares religiosos. Balbino, un individuo cobarde, hasta tal 7
punto que temblaba cuando oía el nombre de Maximino, hizo una hecatombe [47] y ordenó que en todas las ciudades se diesen gracias a los dioses con idéntico sacrificio. Después, Máximo llegó a Roma, 8
entró en el senado, donde se le dieron gracias, y convocó una asamblea; desde allí, él, Balbino y Gordiano se retiraron al Palacio como vencedores.

[46] Cf. 33,4 y *Máximo y Balbino*, 11,1.

[47] En sentido originario, la hecatombe era el sacrificio de cien víctimas, aunque luego se aplicó el nombre a cualquier sacrificio solemne en el que las víctimas fueran abundantes.

25 Es interesante saber cuál fue la decisión del se-
nado o qué ocurrió en la Ciudad ese día, cuando
se anunció que Maximino había sido asesinado. En 2
primer lugar, el mensajero que fue enviado a Roma
desde Aquileya, imprimió a su galopar tal velocidad,
cambiando de caballo de vez en cuando, que llegó
a Roma al tercer día de haber dejado a Máximo en
Rávena. Era casualmente un día de juegos, cuando 3
el mensajero entró en el teatro y encontró sentado
tanto a Balbino como a Gordiano, y, antes, de que
se indicase nada, todo el pueblo exclamó: «Maxi-
mino ha muerto». De esta forma tomaron la delan- 4
tera al mensajero, y los emperadores, que se encon-
traban presentes, refrendaron la satisfacción públi-
ca mostrando su acuerdo con el pueblo. Entonces, 5
interrumpido el espectáculo, todos corrieron al
punto a cumplimentar sus prácticas religiosas y,
desde allí, los príncipes marcharon al senado, y el
26 pueblo, a la asamblea. El decreto del senado [48] fue
como sigue: después de que el emperador Balbino
Augusto leyera en el senado la carta, los senadores
dijeron al unísono: «Los dioses persiguen a los ene- 2
migos del senado, a los enemigos del pueblo roma-
no. Gracias a ti, Júpiter, el mayor de los dioses.
Gracias a ti, venerable Apolo. Gracias a ti, Augus-
to Máximo. Gracias a ti, Augusto Balbino. Decre- 3
tamos templos para los divinos Gordianos. El nom-
bre de Maximino, que fue borrado recientemente,
debe desaparecer ahora de nuestros espíritus ¡Que
la cabeza del enemigo público sea arrojada al río!
¡Que su cuerpo no reciba sepultura! Quien amena-
zó de muerte al senado ha muerto como merecía.
Quien amenazó con las cadenas al senado, tuvo la
muerte que debía. Venerabilísimos emperadores, os 4
damos gracias. ¡Máximo, Balbino, Gordiano, que
los dioses os guarden! Todos anhelamos la presen-

[48] Se trata de aclamaciones muy impropiamente llamadas *senatus consulta*.

cia de los que han vencido a los enemigos. Todos deseamos la presencia de Máximo. Augusto Balbino, ¡que los dioses velen por ti! Vosotros honraréis este año al ser sus cónsules ¡Que en el puesto de Maximino sea elegido Gordiano!». Después, 5
como se inquiriese su opinión, Cuspidio Celerino [49] tuvo estas palabras: «Padres conscriptos, una vez desaparecido el nombre de los Maximinos, y tras haber divinizado a los Gordianos a causa de la victoria, decretamos para nuestros príncipes, Máximo, Balbino y Gordiano, estatuas con elefantes; decretamos para ellos carros triunfales, estatuas ecuestres y trofeos». A continuación, antes de disolverse 6
el senado, se decretaron suplicaciones [50] en toda la Ciudad. Los príncipes victoriosos se retiraron al 7
Palacio, pero de su vida hablaremos después, en otro libro.

MAXIMINO EL JOVEN

27(1) Sobre su origen se ha hablado más arriba; era tanta su hermosura, que en todas partes fue amado por las mujeres más atrevidas; algunas incluso habrían deseado concebir de él. Al parecer, era muy alto, 2
tanto que parecía poder alcanzar la estatura del padre si no hubiera muerto a los veintiún años, en la flor de la juventud, aunque algunos dicen que falleció a los dieciocho. Fue educado en las letras 3
griegas y latinas desde la primera enseñanza, pues tuvo como maestro de griego al erudito Fabilo [51], de quien aún se conservan muchos apigramas griegos, sobre todo en las imágenes del joven Maximi-

[49] Desconocido en otras fuentes.
[50] Cf. *Adriano*, n. 58.
[51] Desconocido en otras fuentes.

no. Además, para describir a éste, hizo una versión 4
en griego de los versos latinos de Virgilio [52]:

«Como cuando el Lucero del alba, rociado por el agua del Océano, saca su rostro sagrado en el cielo y aparta las tinieblas, tal era el joven, ilustre por el nombre de su padre».

Para el latín tuvo como maestro al gramático Fi- 5
lemón, al jurisconsulto Modestino, al orador Ticia-
no hijo de Ticiano el Viejo, quien escribió hermo-
sísimos libros sobre las provincias y fue la mona de
su época porque imitó todas las cosas. Estudió tam-
bién con el retórico griego Eugamio [53], famoso en
aquel tiempo. Su prometida era Junia Fadila, bis- 6
nieta de Antonino, que más tarde se casó con Toxo-
cio, un senador de la misma familia que pereció des-
pués de la pretura y del que aún se conservan obras
en verso. Ella guardó las arras reales, que, según 7
cuenta Junio Cordo —investigador de tales he-
chos—, dicen que fueron éstas: un collar de nueve 8
perlas, una redecilla [54] con once esmeraldas, un bra-
zalete con un engarce de cuatro zafiros, además de
los vestidos, todos regios y bordados en oro, y los
demás adornos propios de los esponsales.

28(2) El joven Maximino tenía un orgullo desmesura-
do; tanto que, cuando su propio padre, hombre ti-
ránico, se levantaba para recibir a muchas personas
distinguidas él permanecía sentado; de vida muy 2
alegre, moderado en lo que al vino se refiere pero

[52] Cf. *Eneida,* VIII 589 y 591. En tales versos Virgilio se refiere a Pallas, hijo de Evandro. Sin embargo, el último verso, *talis erat iuvenis patris sub nomine clarus,* no se encuentra en la *Eneida.*

[53] De Filemón y Eugamio nada sabemos; acerca de los demás, Magie (*op. cit.* II, pág. 366 y ns. 2 y 3) nos da alguna noticia: Modestino tal vez sea un discípulo de Ulpiano mencionado en *Digesta* XLVII 2, 52, 20; Ticiano el Viejo probablemente sea el Julius Titianus autor de las *Chorographia*; Ticiano el Joven es mencionado por Ausonio (*Grat. Actio* VII 31) en una lista de tutores imperiales.

[54] La redecilla era una prenda de malla muy utilizada por las mujeres de la época, que recogía el pelo y servía de adorno para la cabeza.

amante de la comida, sobre todo de la caza, de ma-
nera que sólo comía carne de jabalí, patos, grullas
y todo aquello que puede ser cazado. Los amigos 3
de Máximo, Balbino y Gordiano le difamaban por
su excesiva hermosura, en especial los senadores, 4
que no deseaban que su belleza, casi divina, care-
ciera de todo reproche. Por eso, en aquel tiempo
en que rodeando las murallas de Aquileya solicitaba
en compañía de su padre la rendición de la ciudad,
no le arrojaron nada, limitándose a cubrirle de su-
cios insultos, que en absoluto correspondían a la
vida que llevaba. Estaba tan preocupado por su ves- 5
timenta que no hubo en el mundo una mujer más
elegante que él. Era asombroso cómo los amigos 6
de su padre le perseguían con la esperanza de reci-
bir regalos y dinero. En los saludos era muy altivo, 7
extendía la mano y toleraba que le besasen las ro-
dillas, alguna vez incluso los pies, lo que nunca to-
leró Maximino el Viejo, quien decía: «Los dioses
prohíban que algún hombre libre bese mis rodi-
llas».

Y puesto que hemos aludido a Maximino el Vie- 8
jo, no debemos pasar por alto un hecho divertido:
como, según dijimos, Maximino tenía casi ocho
pies y medio de altura, ciertos individuos coloca-
ron en un bosque que está entre Aquileya y Arcia [55]
su calzado, es decir, una de las sandalias reales, pues
era evidente que su pie superaba el tamaño de cual-
quier pie humano. De aquí el vulgo ha tomado la 9
expresión «sandalia de Maximino» cuando habla de
hombres altos y estúpidos. Yo he intruducido esto 10
aquí para que, quien lea a Cordo, no piense que he
omitido algo relativo al tema que estoy tratando.
Pero he de volver al hijo.

29(3) Alejandro Aurelio [56], que deseaba entregarle en

[55] Ciudad desconocida.

[56] Es decir, Alejandro Severo. Su nombre completo era Marco Aurelio Severo Alejandro.

matrimonio a su hermana Teoclia, escribió a su madre Mamea estas palabras acerca del joven: «Madre 2
mía, si Maximino el Viejo, que es nuestro general y sin duda uno de los mejores, no tuviese en su carácter rasgos bárbaros, yo ya habría entregado tu Teoclia a Maximino el Joven. Pero temo que mi 3
hermana, instruida en los refinamientos griegos, no pueda soportar a un suegro bárbaro, aunque, según parece, el Joven, además de hermoso y erudito, ha sido educado en la instrucción griega. Esto es lo 4
que yo pienso; sin embargo, quisiera saber tu opinión. Respóndeme si quieres como yerno a Maximino, el hijo de Maximino, o a Mesala, de noble familia, orador muy relevante y de gran sabiduría, quien, si no me engaño, llegará a ser diestro en los asuntos bélicos, cuando quiera dedicarse a ello». 5
Esto dijo Alejandro acerca de Maximino. Sobre él nosotros no tenemos nada más que añadir.

Y para que no parezca que se omite algún deta- 6
lle, he introducido también una carta de Maximino el padre, cuando ya era emperador, en la que dice que él ha nombrado emperador a su hijo con el fin de que la Ciudad viese, en retratos o en persona, cómo estaba el joven Maximino vestido de púrpura. La carta decía así: «Aunque yo he ordenado que 7
mi Maximino sea nombrado emperador por causa del afecto que el padre debe al hijo, sin embargo, lo he hecho también para que el pueblo romano y aquel antiguo senado puedan jurar que nunca tuvieron un emperador más hermoso». Siguiendo el 8
ejemplo de los Ptolomeos, usó también este joven uma coraza de oro o de plata; llevaba además un escudo de oro, adornado de piedras, y una lanza del mismo metal. También mandó hacer para él es- 9
padas de plata y de oro, y todo lo que pudiese colaborar a su elegancia, utilizando además cascos y carrilleras con incrustaciones de piedras preciosas.

Esto es lo que conviene conocer y narrar sobre 10
este joven. Quien quiera saber el resto, es decir, los

asuntos amatorios y sexuales con los cuales Cordo le salpica, que lea a éste. Nosotros en este asunto vamos a poner fin al libro, abordando otros temas, pues así lo ordena el deber público.

30(4) Los presagios que indicaron que sería emperador fueron éstos: una serpiente le rodeó la cabeza mientras dormía. Una viña plantada por él, dio, dentro del año, uvas rojas de gran tamaño y creció de manera admirable. Su escudo ardió bajo el sol. Su lan- 2
za fue atravesada por un rayo, dividiéndola longitudinalmente en dos partes, incluso en la punta de hierro. A partir de entonces los augurios vaticinaron que habría dos emperador de una misma familia y con estos mismos nombres, que no durarían mucho tiempo. Muchos vieron que la coraza de su 3
padre al oxidarse no tenía el color de la herrumbe, sino que estaba teñida por completo de color púrpura. Pero el hijo tuvo, además, estos otros presa- 4
gios: cuando inició sus estudios con un gramático, una pariente suya le entregó unos libros homéricos que tenían todos el color de la púrpura y estaban escritos en letras de oro. Siendo niño, como Ale- 5
jandro le invitó a una cena para honrar a su padre y carecía del vestido apropiado para el banquete. Llevó puesto uno del propio Alejandro. Y cuando 6
era más pequeño, inesperadamente subió al coche de Antonino Caracalla, que circulaba vacío entre la multitud, y, tras sentarse en su interior, sólo con grandes dificultades pudo ser apeado por los cocheros imperiales. No faltaron entonces quienes di- 7
jeron a Caracalla que debía guardarse de aquel niño, pero éste respondió: «Está muy lejos el día en que éste pueda sucederme». Ciertamente, en aquel tiempo se encontraba entre las gentes de escaso abolengo y era demasiado pequeño.

31(5) Los presagios de su muerte fueron éstos: cierta mujer se presentó con una lúgubre vestimenta y con los cabellos sueltos ante Maximino, cuando en compañía de su hijo marchaba contra Máximo y

Balbino, y exclamó: «Maximinos, Maximinos,
Maximinos», y sin decir más se murió; parece que
quiso añadir: «Socorredme». Y en la siguiente pa- 2
rada unos perros, más de doce, aullaron alrededor
de su tienda de campaña y, después de sollozar du-
rante toda la noche, se les encontró muertos al ama-
necer. Quinientos lobos entraron a la vez en una 3
ciudad a la que Maximino se dirigía; muchos dicen
que era Emona, otros que Arquimea, el caso es que,
abandonada por sus ciudadanos, Maximino la en-
contró abierta a su llegada. Es largo proseguir; 4
quien quiera conocer algún detalle, si así lo desea,
que lea, como frecuentemente he dicho, a Cordo,
quien escribió todos estos hechos contando hasta
las más nimias anécdotas.

No se conservan sus sepulcros. Sus cadáveres 5
fueron arrojados a un río y sus cabezas ardieron,
ante la burla del pueblo, en el Campo de Marte.

32(6) Elio Sabino escribe, y no debe omitirse, que ha-
bía tanta hermosura en el rostro del hijo que, cuan-
do ya estaba muerto, su cabeza ennegrecida, sucia,
golpeada y empapada en sangre, aún dejaba ver la
sombra de un hermoso rostro. Y ciertamente, si el 2
contemplar la cabeza de Maximino produjo una
gran alegría, casi hubo una tristeza semejante cuan-
do se vio que la cabeza del hijo había sido enviada
con la del padre. Dexipo[57] dice que había tanto 3
odio hacia Maximino, que, cuando los Gordianos 4
murieron, el senado designó veinte hombres para
que se enfrentaran a él; entre ellos estaban Balbino
y Máximo, a quienes convirtieron en emperadores
contra Maximino. Este mismo autor añade que su
prefecto del Pretorio y su hijo fueron ejecutados
en presencia de Maximino, cuando ya había sido
abandonado por los soldados. Y no faltan historia- 5
dores que dicen que el mismo Maximino, cuando

[57] *P. Herennius Dexippus,* ateniense autor de una historia que comenzaba en el período mítico y se prolongaba hasta el 268 d. de C.

fue abandonado y vio que su hijo había muerto ante sus ojos, se mató con su propia mano para que no le fuese atribuido ningún comportamiento afeminado.

33(7) Tampoco debe omitirse que los aquilenses mostraron tanta fidelidad en favor del senado y en contra de Maximino, que hicieron cuerdas para los arcos con los cabellos de sus mujeres, pues no había otro medio de lanzar las flechas. Se dice que este 2
hecho ocurrió también en Roma en cierta ocasión por lo que el senado inauguró el Templo de Venus Calva [58] en honor de las matronas.

Digamos, por último, algo que de ningún modo 3
debe permanecer en silencio: mientras Dexipo, Arriano [59] y muchos otros griegos escribieron que Máximo y Balbino fueron hechos emperadores en contra de Maximino y que Máximo, enviado con el ejército, preparó la guerra en Rávena y no vio Aquileya sino como vencedor, los escritores latinos dijeron que Pupieno, no Máximo, había luchado en Aquileya contra Maximino y que había vencido a éste. De dónde haya surgido la equivocacón, no 4
puedo saberlo, a no ser que Pupieno, sea tal vez, el mismo Máximo [60]. He puesto esto aquí, como 5
cosa ya sabida, para que ninguno piense que yo desconozco algo que, en verdad, produce gran asombro y extrañeza.

---

[58] También Lactancio menciona la existencia de este templo (*Inst.* I, 20,27). Sobre el origen de su nombre existen varias leyendas que Servio recuerda en su nota a *Eneida* I 720.

[59] También en otros pasajes se llama así a Herodiano, Cf. *Gordianos* 2,1 y *Máximo y Balbino* 1,2.

[60] Como señala Magie (*op. cit.* II 379 y n. 4) en la propia biografía de Máximo, el autor sigue sin estar seguro de si se trata o no de la misma persona. En Aurelio Victor (*Caes.* XXVI) y Eutropio (IX 2) siempre se le llama Pupieno.

20. LOS TRES GORDIANOS

(Julio Capitolino)

1 Mi determinación había sido, venerable Augus-
to, presentar a vuestra Clemencia, siguiendo el
ejemplo de otros, un libro para cada uno de los em-
peradores, pues yo mismo he visto que muchos es- 2
critores han hecho esto y así lo he recogido en mis
lecturas. Sin embargo, me pareció inadecuado no 3
sólo distraer a vuestra Piedad con tal cantidad de
libros, sino también mostrar mi trabajo en un sin-
fín de volúmenes. Por esta razón he reunido a los 4
tres Gordianos en este libro, intentando, tanto en
favor de mi trabajo como de vuestra lectura, que
no os esforzaseis en leer una misma historia desen-
rollando numerosos códices. Pero, para que yo, que 5
evito la extensión excesiva de los libros y las muchas
palabras, no parezca incurrir en ese error que me
esfuerzo delicadamente en esquivar, abordaré ya el
tema que voy a tratar.

2 Los Gordianos no fueron dos, como han dicho
algunos autores desafortunados, sino tres; y esto lo
enseñan tanto Arriano [1], escritor de historia grie-
ga, como Dexipo [2], autor griego también, quienes,
aunque brevemente, contaron todas las cosas con
fidelidad. De éstos, Gordiano el Viejo, es decir, el 2
primero, nació de Mecio Marulo y Ulpia Gordia-
na; por su padre tenía el linaje de los Gracos y, por

[1] Cf. *Maximinos*, n 59.
[2] Cf. *Maximinos*, n 57.

su madre, el del emperador Trajano; su padre, su
abuelo y su bisabuelo fueron cónsules; su suegro,
los dos abuelos de su mujer y dos de sus bisabue-
los también. El mismo fue un cónsul muy rico y 3
muy poderoso; era dueño en Roma de la casa de
Pompeyo [3] y tenía en las provincias más tierras que
ningún otro individuo. Después del consulado que 4
había ejercido con Alejandro, fue enviado a África
como procónsul por decreto del senado.

3 Pero antes de hablar de su mandato diré algunas
cosas sobre su carácter: siendo aún un adolescente, 2
este Gordiano del que estamos hablando escribió
composiciones poéticas que todavía se conservan
con los mismos argumentos que utilizaba Cicerón;
es decir, sobre Mario, Arato, Alcionas, Uxorio y
Nilo [4]. Sin duda, trató sobre estos temas porque las
composiciones de Cicerón se veían como algo muy
anticuado. Escribió además —igual que Virgilio 3
una *Eneida,* que Estacio una *Aquileida;* y que mu-
chos otros una *Alejandríada*— una *Antoniníada* so-
bre Antonino Pío y Marco Antonino, describiendo
con detalle, en treinta libros de versos muy elo-
cuentes, la vida, las hazañas y los hechos tanto pú-
blicos como privados de aquéllos, y todo ello, sien- 4
do un niño. Después, cuando fue adulto, declamó
sus discursos en el Ateneo [5], en presencia incluso
de sus propios emperadores.

Desempeñó la cuestura de manera espléndida. 5
Durante su edilidad ofreció al pueblo romano, de
su propio dinero, doce espectáculos —es decir, uno
por cada mes—, tan brillantes que en ocasiones se
mostraron quinientos pares de gladiadores y nunca

---

[3] Situada en las Carinas, barrio romano emplazado en la ladera sur del Esquilino, perteneció, después de la muerte de Pompeyo, a Marco Antonio y Tiberio (cf. Suetonio, *Tib.* XV). Más adelante, se la llama *domus rostrata* (3, 6).

[4] Magie (*op. cit.* II, p. 383 y n. 5) revela otras fuentes en las que se atestigua que algunos de estos temas fueron tratados por Cicerón.

[5] Cf. *Pértinax,* n. 30.

menos de ciento cincuenta. Una vez ofreció en un 6
sólo día cien leones, y otra, mil osos. En la casa de los Espolones [6] de Gneo Pompeyo, que perteneció a su abuelo, a su padre y a él antes de ser confiscada por vuestra hacienda en tiempos de Filipo [7], se conserva pintada una memorable cacería de fieras que él ofreció. En esta pintura aún hoy pueden 7
verse doscientos ciervos «palmados» [8] mezclados con otros de raza británica, treinta caballos salvajes, cien ovejas montaraces, diez alces, cien toros de Chipre, trescientos avestruces de Mauritania de color rojizo, treinta onagros, ciento cincuenta jabalíes, doscientos íbices y doscientos gamos. Permi- 8
tió, además, que todas estas fieras fueran entregadas al pueblo el día en que ofreció el espectáculo
4 por sexta vez. Ejerció una pretura insigne. Después de administrar justicia, asumió el consulado, primero con Antonino Caracalla, después con Alejandro. Tuvo dos hijos, uno que tras alcanzar el con- 2
sulado fue nombrado Augusto con él [9] y murió durante la guerra en África junto a Cartago [10], y una hija, Mecia Faustina, que se casó con Junio Balbo, hombre de rango consular. Ejerció sus consuladaos 3
con más brillantez que ningún otro hombre de su tiempo, hasta tal punto que Antonino le envidiaba, admirando sus togas, su «laticlavo» [11] y sus espectáculos circenses, que superaban incluso los propios juegos imperiales. Fue el primer individuo ro- 4
mano que tuvo en propiedad una túnica palmada y

---

[6] *Domus rostrata.* Era costumbre romana adornar los templos y edificios con los espolones *(rostra)* arrebatados al enemigo. Tal vez, Pompeyo adornó su casa con los trofeos obtenidos en su victoriosa guerra contra los piratas (67 a. de C.).

[7] Filipo el Arabe fue emperador entre los años 244 y 249. Cf *infra* 28-32.

[8] *Cerui palmati.* Ciervos de cornamenta en forma de palma.

[9] Cf. *infra* 17-22.

[10] Cf. *infra* 15-16.

[11] Cf. *Severo,* n. 2.

una toga pintada [12], pues hasta entonces incluso los emperadores recibían las que se guardaban en el
Capitolio o en el Palatino. Con el permiso de los 5
emperadores distribuyó entre las facciones [13] cien caballos sicilianos y otros cien capadocios, y por esta razón fue bastante apreciado por el pueblo,
sensible siempre ante tales hechos. Cordo dice que 6
dio espectáculos escénicos y unas *iuvenalia* [14], de su propio dinero y durante cuatro días, en todas las ciudades de Campania, Etruria, Umbría, de Flami-
nia y del Piceno. Escribió en prosa la alabanza de 7
todos los Antoninos que hubo antes de él. Tanta devoción tuvo por los Antoninos, que se otorgó a sí mismo el nombre de Antonino, según dicen
unos; de Antonio, según otros que son mayoría. 8
Es suficientemente conocido que a su hijo, que se llamaba Gordiano, le ennobleció con el nombre de Antonino cuando, según costumbre romana, le reconoció ante el prefecto del Erario e inscribió su
5 nombre en las actas públicas [15]. Después del consulado, fue nombrado procónsul de África con el apoyo de todos los que querían que el mandato de Alejandro se considerase, gracias a la dignidad de
tal procónsul, también ilustre en aquella región. 2
Aún se conserva una carta del propio Alejandro en la que da gracias al senado por haber destinado a África, como procónsul, a Gordiano. Su reprodu-
ción es ésta: «Nada más grato para mí, padres cons- 3
criptos, ni más agradable pudisteis llevar a cabo que

[12] Ambas prendas constituían adornos triunfales. La *túnica palmata* iba debajo de la *toga picta* (*Clodio Albino*, n. 40).

[13] Cf. *Vero*, n. 14.

[14] Estas fiestas en honor de la diosa *Iuuentas*, protectora de la juventud, tenían lugar el 18 de octubre y fueron iniciadas por Nerón.

[15] Alusión a la *professio natalis*, que regulada por una constitución de Marco Aurelio obligaba a los ciudadanos romanos a declarar el nombre y fecha de nacimiento del hijo durante los treinta días siguientes al alumbramiento. Esta declaración se hacía en Roma ante el prefecto del erario y en las provincias ante los *tabularii*, encargados de las *acta publica*.

enviar a Antonino Gordiano a África como pro-
cónsul, hombre noble, magnánimo, hábil, justo,
moderado y bueno», y continuaba con otras afir-
maciones de este tipo. A través de ella puede com- 4
prenderse qué gran hombre fue Gordiano en este
tiempo. Fue tan querido por los africanos como 5
ninguno de los procónsules anteriores, hasta tal
punto que unos le llamaron Escipión [16], otros Ca-
tón [17], muchos Mucio [18], Rutilio [19] o Lelio [20]. Es- 6
tos le otorgaron una aclamación que conservamos
escrita por Junio [21]. Cierto día en que leía un acta 7
imperial, como al empezar mencionase a los Esci-
piones que fueron procónsules, se le aclamó: «Al
nuevo Escipión, al verdadero Escipión, al procón-
sul Gordiano». Estas y otras aclamaciones simila-
res escuchó con frecuencia.

6 Tenía la estatura propia de un romano, una ca-
nicie elegante y un rostro majestuoso; rojizo más
que blanco y de cara muy ancha, sus ojos, su boca
y su frente imponían respeto; ligeramente gordo; 2
tan moderado en sus costumbres que no podrías
decir que él haya realizado algo anhelosa, excesiva
o inopinadamente. Amó a sus descendientes de ma- 3
nera excepcional, a su hijo y a su nieto más de lo
que es normal, a su hija y a su nieta fervorosamen-
te. Tuvo tanto respeto por su suegro Anio Severo, 4
que se creía que él se había unido a su familia como
un hijo más; nunca se bañó con él; nunca, antes de

---

[16] Parece aludir a Escipión Africano, vencedor de Aníbal en Zama (202 a. de. C.).

[17] Sin duda, Catón el Viejo, cuya intervención fue decisiva para la destrucción de Cartago.

[18] Q. Mucio Escévola, maestro de Cicerón, famoso entre otras razones por la proverbial rectitud que demostró en su administración de la provincia de Asia.

[19] P. Rutilio Rufo, orador, jurista e historiador que acompañó a su amigo Mucio Escévola en la administración de Asia.

[20] C. Lelio *Sapiens* (el Sabio), amigo y consejero de Escipión Emiliano, fue cónsul en el año 140 a. de C.

[21] Junio Cordo.

la pretura, se sentó en presencia de aquél. Y cuan- 5
do fue cónsul, o bien permaneció en la casa de Se-
vero o, si se encontraba en la casa de Pompeyo, por
la mañana o por la tarde le visitaba. Sobrio con el 6
vino y muy moderado en la comida; vestía con gran
elegancia; era tan aficionado al baño que en el ve-
rano se bañaba cuatro y cinco veces al día, en in-
vierno dos. Y le gustaba tanto dormir que a veces, 7
comiendo entre amigos, se dormía sin pudor en los
triclinios, lo que no parecía hacer por embriaguez
o molicie, sino por una necesidad natural.

7 Pero estas buenas cualidades de nada le sirvieron,
pues Gordiano, que llevó una vida venerable en
contacto siempre con Platón, con Aristóteles, con
Cicerón y con Virgilio y los demás antiguos, su-
frió una muerte que no merecía.

Cuando en tiempos de Maximino, hombre cruel 2
y sanguinario, gobernaba el África en calidad de
procónsul, el senado, entre todos los individuos de
rango consular, le envió como legado a su propio
hijo. Entonces un agente imperial[22] persiguió a
muchos africanos más de lo que hubiera tolerado
el propio Maximino: proscribía a algunos, mataba
a muchos y se tomaba más atribuciones que las que
hubieran correspondido a un procurador; y, cuan-
do fue refrenado por el procónsul y su legado, lle-
gó a amenazar a estos hombres nobles y consula-
res. Los africanos no pudieron soportar tan inso-
lentes injurias y, tras unirse a algunos soldados, le
mataron; luego, puesto que después de su muerte 3
todo el mundo ardía en odio hacia Maximino, em-
pezaron a pensar de qué modo podían aplacar el
conflicto surgido entre los maximinianos y los cam-
pesinos o, por mejor decir, los africanos. Entonces, 4
un individuo llamado Mauricio, decurión[23] con

[22] *Rationalis*. Cf. *Maximinos*, n. 28.

[23] *Decurio* o *curiales*. Uno de los miembros de la Curia que en los *municipia* dirigía la administración local.

cierto poder entre los africanos, como quien está acostumbrado a las arengas, habló en las proximidades de Tusdro, tanto a la plebe urbana como a los campesinos, con el nobilísimo discurso que a
8 continuación escribimos: «Gracias a los dioses inmortales porque nos dieron, ciudadanos, la oportunidad, sin duda necesaria, de precavernos contra
un hombre tan demente como es Maximino. Pues 2
nosotros, tras haber dado muerte a su recaudador, que era igual a él en su modo de vida y en su carácter, no podemos estar a salvo si no nombramos
un emperador. Por consiguiente, puesto que no le- 3
jos de aquí se encuentra un nobilísimo varón, procónsul, en compañía de su hijo, un legado consular, ambos amenazados de muerte por aquella peste, si os parece bien, les nombraremos emperadores llevando la púrpura de los estandartes, y cuando hayamos reunido los emblemas, les daremos
nuestro apoyo con el juramento romano». Inme- 4
diatamente se aclamó: «Es justo, es conveniente. Gordiano Augusto, ¡que los dioses te guarden! Felizmente eres emperador, gobierna con tu hijo».

Después de esto, marcharon con rapidez a la ciu- 5
dad de Tusdro, donde encontraron a este anciano venerable recostado en un lecho tras haber cumplido con sus obligaciones; cuando se vio rodeado por la púrpura, se arrojó al suelo negándose a aceptar-
la, pero enseguida le levantaron. Y, al no poder ha- 6
cer nada por evitar un peligro que, si dudosamente se acercaba de la parte de los partidarios de Maximino, inevitablemente habría de venir de la mano de sus propios favorecedores, el anciano toleró que
9 se le llamase emperador. Era ya octogenario y, como hemos dicho, antes había estado al frente de varias provincias. Por su conducta era recomendable hasta tal punto para el pueblo romano que pa-
recía digno de obtener el poder supremo. En aquel 2
momento Gordiano no tenía conocimiento de la muerte del recaudador, pero cuando descubrió lo

ocurrido, próximo ya a la muerte y temiendo en gran manera por su hijo, prefirió tener una causa honesta para morir que ser llevado bajo custodia a la cárcel de Maximino.

Tras nombrar emperador a Gordiano, los jóve- 3
nes que habían llevado a cabo tal acción derribaron las estatuas de Maximino, destruyeron sus imágenes, borraron públicamente su nombre y dieron a
Gordiano el nombre de Africano. Algunos afirman 4
que el sobrenombre de Africano le fue impuesto a Gordiano, no porque empezase a gobernar en África, sino porque procedía de la familia de los Esci-
piones. En algunos libros encuentro que Gordiano 5
y su hijo fueron nombrados emperadores con el mismo rango y que ambos recibieron el nombre [24] de Antoninos; en otros libros, sin embargo, se dice
que les fue dado el de Antonios. Después de esto, 6
llegó a Cartago con pompa imperial y con los fasces laureados, y su hijo, legado del padre, fue ceñido con igual potestad, siguiendo el ejemplo de los Escipiones [25], como escribió Dexipo, autor de una
historia en griego. Enseguida se envió una embaja- 7
da a Roma con cartas de los Gordianos relatando los hechos que se habían producido en África; éstas fueron recibidas con regocijo por Valeriano [26], príncipe del senado, que fue emperador después de
estos hechos [27]. Estas cartas fueron enviadas a los 8

[24] Aunque traducimos por «nombre», el texto dice *cognominatos*, es decir, al *praenomen* y al *nomen* gentilicio añadieron el *cognomen* Antonino. Era frecuente entre los emperadores romanos la asunción de varios sobrenombres o *cognomina*.

[25] Puede tratarse, como indica Magie (*op. cit.* II, p. 396 y n. 4) de una alusión a la campaña de los Escipiones contra el sirio Antioco III (190 a. de C.), donde Escipión Africano actuó como legado de su hermano L. Escipión Asiático.

[26] Recibía el título de *princeps senatus* el primer senador inscrito en la lista de los censores y que votaba el primero después de los magistrados. En determinados momentos el cargo gozó de gran prestigio e influencia.

[27] Entre los años 253 y 260, cf. Valeriano.

amigos nobles para que los hombres poderosos
aprobasen esta acción y para que los amigos pudie-
ran convertirse todavía en mayores amigos.
10 Sin embargo, el senado recibió con tanta alegría
a los emperadores nombrados en contra de Maxi-
mino que no sólo estuvo de acuerdo con tales he-
chos, sino que además eligió a veinte hombres, en-
tre los que estaban Maximo —o Pupieno—[28] y
Clodio Balbino, quienes fueron designados empe-
radores después de que los Gordianos murieron en
África. El senado había nombrado a aquellos vein- 2
te para dividir las regiones de Italia entre ellos a fin
de que éstas fueran defendidas en favor de los Gor-
dianos y en contra de Maximino. Entonces llega- 3
ron a Roma embajadas de Maximino que prome-
tían corregir su comportamiento anterior. Con 4
todo, venció la embajada de los Gordianos que pro-
metía todo lo bueno; se tuvo más confianza en ellos
porque ofrecía un enorme estipendio a los solda-
dos y campos y donativos para el pueblo. Hasta tal 5
punto se confió más en los Gordianos que en los
partidarios de Maximino, que un tal Vitaliano, que
se encontraba al frente de los soldados pretoria-
nos, fue asesinado, por orden del senado, a manos
de un audaz cuestor y sus soldados. Este individuo
antes se había comportado cruelmente y en aque-
llos momentos se temía su crueldad, afín y acorde
con la conducta de Maximino. Acerca de su muer- 6
te se ha transmitido la siguiente historia: una falsa
carta de Maximino, sellada con una imitación de su
anillo, fue llevada a Vitaliano por los soldados co-
mandados por el cuestor; éstos dijeron que además
de las cartas debían referirle algunas cosas en lugar
secreto. Así, pues, se retiraron para la entrevista a 7
un pórtico alejado y, cuando aquél indagó qué era
lo que debían decirle ocultamente, éstos le aconse-

[28] Cf. *Maximinos* 33, 3 y n. 60.

jaron que previamente examinase el sello de la carta, y mientras hacía esto lo asesinaron. Después se 8
convenció a los soldados de que Vitaliano había muerto por orden de Maximino. Tras llevar a cabo tales acciones, se exhibieron en el campamento la carta y las imágenes de los dos Gordianos.

11 Interesa dar a conocer en mis escritos el decreto del senado por el cual los Gordianos fueron declarados emperadores y Maximino enemigo público. 2
No en un día regular, sino en una sesión extraordinaria del senado, el cónsul, tras reunirse en su casa con los pretores, los ediles y los tribunos de la plebe, llegó a la Curia. El prefecto de la Ciu- 3
dad, [29], que se resentía de no sé qué dolencia y no había recibido la convocatoria pública, no participó en la reunión. Pero fue mejor, pues el cónsul, antes de que se dijese algo agradable en relación con Maximino, dijo: «Padres conscriptos, los dos 4
Gordianos, padre e hijo, ambos de rango consular, uno vuestro procónsul y otro vuestro legado, han sido nombrados emperadores en una gran asamblea de los africanos. Por consiguiente, demos las gra- 5
cias a la juventud tusdritana, gracias al siempre leal pueblo cartaginés: ellos nos han librado de la bestia cruel, de aquella fiera salvaje; ¿por qué escucháis 6
con cobardía?, ¿por qué volvéis la mirada a otras partes?, ¿por qué dudáis? Esto es lo que siempre deseasteis. Maximino es un enemigo público. Los 7
dioses se ocuparán ahora de que él deje de existir y de que nosotros disfrutemos, alegres, de la felicidad y la sabiduría del anciano Gordiano, del valor y la firmeza de su joven hijo». Después leyó las 8
cartas de los Gordianos enviadas a él y al senado. Entonces, el senado aclamó: «Dioses, os damos 9
gracias. Estamos libres de los enemigos; ¡ojalá nos veamos completamente libres de ellos! Todos con-

[29] Cf. *Adriano*, n. 31.

sideramos a Maximino un enemigo público. Con-
fiamos a Maximino y su hijo a los dioses inferna-
les. Nombramos Augustos a los Gordianos. Reco- 10
nocemos como príncipes a los Gordianos. Los dio-
ses guarden a los emperadores partidarios del sena-
do, ¡ojalá veamos como vencedores a los nobles
emperadores!, ¡ojalá Roma vea a nuestros empera-
dores! Quien ejecute a los enemigos públicos me-
recerá una recompensa».

12 Junio Cordo dice que este decreto del senado fue
secreto. Expondré brevemente en qué consiste o
a qué debe tal nombre: hoy, el equivalente a un sena- 2
do consulto secreto no es más que esa acción median-
te la que vuestra Clemencia, tras convocar a los ancia-
nos en un lugar confidencial, decide aquello que no de-
be ser conocido por todos; sobre ello soléis incluso
pedir juramento para que nadie oiga o sepa algo
antes de que el asunto esté totalmente decidido. En- 3
tre los antiguos esta costumbre fue introducida por
necesidades públicas, de tal manera que se promulga-
ba un decreto del senado secreto si por un desgracia-
do azar las tropas enemigas estaban próximas y era
necesario tomar decisiones drásticas o establecer
algo que no convenía que fuese dicho antes de ser
ejecutado; también se promulgaban cuando no que-
rían que determinados hechos llegaran a oídos de
sus propios amigos. En tales casos no estaban pre-
sentes ni los escribientes, ni los siervos públicos [30],
ni los oficiales del censo [31]; los senadores tomaban
al dictado y llevaban a cabo las obligaciones de es-
tos administrativos y escribientes para que nada,
por azar, saliese a la luz. En aquella ocasión se hizo 4

[30] Los esclavos públicos *(serui publici)* gozaban de una condición de vida superior a la de los particulares; estaban ocupados generalmente en labores administrativas y podían disponer hasta cierto punto de su patrimonio.

[31] No sabemos con exactitud cuáles eran las funciones en una sesión del senado de los *censuales*, administrativos que trabajaban a las órdenes del *magister censum*.

un decreto del senado con carácter secreto para que
13 el asunto no llegase a oídos de Maximino. Pero éste
se enteró inmediatamente de todo, pues así es el ca-
rácter de los hombres, al menos el de éstos: unos
enrojecen por sí solos si no es conocido lo que ellos
saben y otros consideran que son innobles si no sa-
can a la luz lo que se les ha confiado. Maximino re-
cibió incluso una copia del senadoconsulto secreto,
lo que nunca antes había ocurrido. En fin, aún se 2
conserva una carta suya dirigida al prefecto de la
Ciudad en tales términos: «He leído un senadocon-
sulto secreto de aquellos nuestros ilustres padres,
cuya existencia tú, que eres prefecto de la Ciudad,
quizá desconozcas, puesto que no estuviste presen-
te en aquella sesión. Te envío una copia de él para
que sepas de qué modo diriges la administración de
Roma. No se puede describir la conmoción que su- 3
frió Maximino cuando escuchó que África se había
separado para enfrentarse a él. Tras recibir el de- 4
creto del senado, parecía que iba a volverse loco,
se golpeaba contra las paredes, se rasgaba las ves-
tiduras y cogía la espada pensando que podía ma-
tar a todos. El prefecto de la Ciudad, después de 5
recibir cartas más enérgicas, se dirigió al pueblo y a
los soldados diciendo que Maximino ya había
muerto. Con ello la alegría aumentó e inmediata- 6
mente se derribaron las estatuas e imágenes de
quien había sido declarado enemigo público. El se- 7
nado utilizó entonces los poderes de los que está re-
vestido en caso de guerra inminente. Mandó ejecu-
tar a los delatores, falsos acusadores, funcionarios
y a toda aquella hez que había surgido con la tira-
nía de Maximino. Y la decisión del senado fue te- 8
nue comparada con la actitud del pueblo; pues, des-
pués de ser ejecutados, sus cadáveres fueron arras-
trados y arrojados a las cloacas. Luego, también Sa- 9
bino, prefecto de la Ciudad y varón de rango con-
sular, fue fustigado y ejecutado y su cadáver quedó
expuesto públicamente.

14 Cuando Maximino descubrió estos hechos, al punto exhortó a los soldados con esta arenga: «Sagrados conmilitones, o mejor aún, partidarios de mi consagración[32] que, en mayoría, habéis hecho la guerra a mi lado; mientras nosotros defendemos la grandeza de la hostil Germania, mientras nosotros protegemos el Ilírico de los bárbaros, los africanos prefirieron conservar la fidelidad púnica[33]. 2
Pues nos han dando como emperadores a los dos Gordianos, de los cuales, uno está abatido por la vejez hasta tal punto que no puede levantarse, y el otro se ha sumergido tanto en los placeres que tiene la debilidad propia de la senectud. Y por si esto 3
fuera poco, aquel ilustre senado reconoció la noble acción de los africanos y, aunque nosotros llevamos las armas que deberían empuñar sus hijos, éstos nombraron veinte hombres contra nosotros y promulgaron decretos en contra nuestra, como si fuesemos enemigos. Por todo ello, comportaos 4
como conviene a los hombres: hemos de marchar hacia la Ciudad, pues debemos hacer frente a los veinte hombres de rango consular que han sido elegidos contra nosotros, con mi fuerte liderazgo y vuestra lucha tenaz.» EL mismo Maximino pudo 5
ver después de esta arenga que la moral de sus soldados desfallecía y que sus ánimos carecían de entusiasmo. Al punto escribió a su hijo, quien le se- 6
guía desde lejos, para que se apresurara con el fin de que los soldados no maquinasen algo contra él aprovechando su ausencia. Julio Cordo ha dado a 7
conocer una copia de tal carta: «Tincanio, mi asistente, te referirá las cosas que sabemos se han producido en África y en Roma, y te contará en qué disposición se hallan los soldados. Te pido que 8

[32] *Consecranei* son aquéllos que participan de un mismo culto; aquí parece referirse al juramento que obligaba a los soldados a defender la autoridad de Maximino frente a cualquier ataque.

[33] Cf. *Maximinos,* n. 36.

avances todo lo que puedas para que la turba de sol-
dados no pueda tramar nada de lo que acostumbra.
Lo que temo lo oirás de éste a quien te he enviado».
15 Mientras se producían estos hechos, los Gordia-
nos fueron atacados en África por un tal Capelia-
no [34]. Era éste, incluso en su vida privada, enemi-
go personal de Gordiano, quien, al ser nombrado
emperador, le apartó del gobierno de Mauritania,
cargo que ocupaba, como soldado veterano, por or-
den de Maximino; tan pronto como fue destituido,
reunió a los moros en torno a él y con una tropa
tumultuaria se dirigió a Cartago, donde el pueblo,
con su acostumbrada lealtad púnica, se inclinó ha-
cia él. Gordiano, deseando experimentar la fortuna 2
de la guerra, envió contra los maximinianos de Ca-
peliano a su propio hijo, quien era ya de edad ma-
dura —tenía cuarenta y seis años— y, como hemos
dicho, ocupaba el puesto de legado (sobre sus ca-
racterísticas personales hablaremos en su lugar) [35]. 3
Pero como Capeliano era muy audaz en las cues-
tiones militares y el joven Gordiano no era tan ex-
perto, pues se había entretenido en los placeres pro-
pios de la nobleza, cuando se llegó a la lucha fue
16 vencido y murió en el mismo campo de batalla. Se
dice que la multitud de los partidarios de Gordia-
no que murió en el combate fue tan grande, que el
cuerpo de Gordiano el Joven, aun cuando se buscó
durante mucho tiempo, no pudo ser encontrado. 2
Hubo además, cosa rara en África, una enorme
tempestad que fustigó antes de la batalla al ejército
de Gordiano hasta tal punto que los soldados que-
daron incapacitados para la lucha, y así fue fácil la
victoria de Capeliano. Cuando el viejo Gordiano 3
descubrió estos hechos, al darse cuenta de que en

[34] Estos hechos se cuentan también en *Maximinos* 19 y Herodiano VII 9, quien refiere que Capeliano, gobernador de Numidia, era un senador enfrentado a Gordiano desde hacía tiempo por una cuestión legal.

[35] Cf. 18-19.

África no podía esperar ninguna ayuda, de que el terror a Maximino era muy grande, de que no podía confiar en la lealtad púnica y de que el ataque de Capeliano era inminente, y, en fin, como el dolor hubiese abatido su mente y su ánimo, decidió poner fin a su vida ahorcándose él mismo.

Este fue el fin de los Gordianos; a ambos el se- 4
nado les llamó Augustos, situándolos después entre los emperadores divinizados.

GORDIANO EL JOVEN

17 Este hombre era hijo de Gordiano el Viejo, el procónsul de África, y fue nombrado Augusto en compañía de su padre por los africanos y por el senado; ilustre por sus escritos y sus costumbres además de por su nobleza, procedía, según unos, de
los Antoninos; según otros, de los Antonios. Al- 2
gunos escritores, para probar la categoría de su linaje, aducen como pruebas que Gordiano el Viejo era llamado Africano, sobrenombre de los Escipiones, que éste poseía en la Ciudad la casa de Pompeyo, que siempre se le dio el sobrenombre de los Antoninos y quiso que en el senado se llamase Antonio a su hijo. Todas estas versiones parecen apun-
tar a familias diferentes, pero yo sigo a Junio Cor- 3
do, quien dice que la nobleza de los Gordianos de-
riva de todas estas familias. Gordiano el Joven era 4
el hijo primogénito de Gordiano y Fabia Orestila, biznieta de Antonino, a través de quien parecía em-
parentar también con la familia de los Césares. En 5
los días posteriores a su nacimiento se le llamó Antonino, pero después se le otorgó en el senado el nombre de Antonio; por último, empezó a ser conocido entre el pueblo como Gordiano.

18 Se entregó a los estudios con gran empeño; era distinguido en su aspecto; tenía una memoria singular y tan buen corazón que no podía contener

sus lágrimas cuando en la escuela algún niño era golpeado [36]. En Sereno Samónico [37], que fue muy 2
amigo de su padre, tuvo un preceptor muy querido y estimado; tanto que cuando éste murió legó todos los libros de su padre —llamado también Sereno Samónico—, que alcanzaban la cifra de sesenta y dos mil, a Gordiano el Joven. Esto le llevó a 3
los cielos, pues, gracias al prestigio de las letras, tras entrar en posesión de una biblioteca de tal magnitud y esplendor, alcanzó la fama entre los hombres.

Desempeñó la cuestura gracias a la recomenda- 4
ción de Heliogábalo pues su incontinencia juvenil —que, sin embargo, no fue depravada o infame— fue alabada delante del lujurioso emperador. Detentó la pretura urbana con Alejandro, cargo en el 5
que mostró tal actitud para la administración de justicia que inmediatamente mereció el consulado, al que el padre había accedido tardíamente. En 6
tiempos de Maximino, o quizá del mismo Alejandro, fue enviado por el senado al proconsulado de su padre en calidad de legado, y allí sucedieron esos hechos que más arriba hemos narrado.

19 Le gustaba mucho el vino, pero aromatizado siempre de alguna manera, unas veces con rosas, otras con almáciga, otras con ajenjo y otros tipos de hierbas que resultan muy agradables para el paladar. Sobrio en la comida, hasta tal punto que aca- 2
baba su almuerzo —cuando almorzaba— o su cena en un instante. Muy aficionado a las mujeres; 3
se dice que tenía asignadas para él veintidós concubinas y que de cada una de ellas tuvo tres o cuatro hijos. Fue llamado el Príamo [38] de su tiempo, aun- 4
que el pueblo, en son de burla, le llamó frecuentemente Príapo [39] en lugar de Príamo, lo que resulta

[36] Es relativamente frecuente en grabados y pinturas la imagen del maestro de escuela romano castigando con la palmeta a sus discípulos.

[37] Cf. *Alejandro Severo,* 30, 2 y n. 38.

[38] Rey de Troya, padre de 50 hijos.

[39] Hijo de Baco y Venus, símbolo de la energía generadora.

más adecuado a su naturaleza. Vivió en la molicie: 5
en los jardines, en los baños y en los más placen-
teros bosques; su padre no se lo reprochó, pues
decía muy a menudo que habría de morir muy
pronto con la más alta gloria. Su vida, en lo que a 6
valentía se refiere, estuvo a la altura de los mejo-
res; se mantuvo siempre entre los ciudadanos más
ilustres y nunca dejó de lado las cuestiones de Es- 7
tado. En fin, el senado le llamó Augusto de muy
buen grado y puso en él la esperanza del Estado.
Era muy elegante en su modo de vestir. Fue que-
rido por sus siervos y por todos los suyos. Cordo 8
dice que él nunca quiso tener esposa, pero Dexipo 9
piensa que es hijo suyo el tercer Gordiano, quien
después de él, aun siendo un niño, alcanzó el po-
der imperial con Balbino y Pupieno, al que tam-
bién llaman Máximo.

20 Gordiano el Viejo consultó en cierta ocasión a
un astrólogo sobre el horóscopo de su hijo, y el as-
trólogo respondió, según se dice, que éste sería hijo
y padre de un emperador y que él mismo alcanza-
ría el imperio. Como el viejo Gordiano se riera de 2
tal predicción, dicen que el astrólogo mostró la
constelación y leyó en alta voz los libros antiguos
hasta probar que decía la verdad. Predijo también 3
el día y el tipo de muerte del padre y del hijo, así
como los lugares en los que habrían de morir, con
firmeza y veracidad. También se cuenta que, an- 4
dando el tiempo, Gordiano el Viejo relató todo esto
en África y que, incluso cuando ya era emperador
y nada tenía que temer, describió su muerte y la de
su hijo y la manera en que éstas habrían de produ-
cirse. Además, el anciano, cuando veía a su hijo, re- 5
citaba frecuentemente estos versos [40]:

[40] Estos versos virgilianos están dedicados a Marcelo, el nieto de Augusto que, como se sabe, murió en edad temprana (cf. *Eneida*, VI 869-871).

«Los hados únicamente le mostrarán a la tierra
y no permitirán que esté por más tiempo.
Dioses, la raza romana os habría parecido demasiado poderosa
si le hubieseis otorgado tal don».

Aún se conservan los escritos, tanto en prosa 6
como en verso, de Gordiano el Joven, que hoy en
día son frecuentemente citados por sus parientes.
No son de una calidad excelente, pero tampoco son
malos; tienen valor mediano y muestran que su
talento, en todo caso, era el de un hombre ingenio-
21 so pero amante del placer y despreocupado. Le gus-
taban mucho las frutas y las verduras y, aunque era
muy frugal en el resto de su alimentación, siempre
comía con deleite las frutas recién cortadas. Muy 2
aficionado a las bebidas frías, difícilmente soporta-
ba el verano si no bebía éstas en gran cantidad. Era,
además, de gran corpulencia, lo que provocaba, en
mayor medida, su apetencia por las bebidas frescas.

Esto es lo que hemos encontrado sobre Gordia- 3
no el Joven que merezca ser mencionado. Pues no
debemos repetir lo que Junio Cordo ha escrito ri-
dícula y estúpidamente sobre los placeres domésti-
cos y sobre otros asuntos sin importancia. Quien 4
quiera conocer estas cosas que lea al propio Cor-
do, quien describe no sólo qué siervos y qué ami-
gos ha tenido cada uno de los príncipes, sino ade-
más cuántas casacas y cuántas clámides tuvo, cosas
cuyo conocimiento a nadie aprovecha pero que, sin
duda, deben ser contadas por los historiadores en
sus obras, bien para hacer caso de ellas, bien para
ignorarlas.

No pensé que debiera omitir, pues me pareció 5
maravilloso, algo recogido en Vulcacio Terencia-
no [41], que escribió también la historia de su tiem-

[41] Autor desconocido.

po; por eso lo he escrito aquí: Gordiano el Viejo tenía gran semejanza en su rostro con Augusto y parecía tener su voz, su carácter y su tamaño; su hijo se asemejaba a Pompeyo, si bien es cierto que Pompeyo no era grueso; en cuanto a su nieto, de quien aún ahora vemos retratos, se parecía a Escipión el Asiático. He considerado que esto, por lo extraño que resulta, no debía pasarlo en silencio.

EL TERCER GORDIANO

22 Después de la muerte de los dos Gordianos, el
senado, alarmado y con gran temor hacia Maximi-
no, nombró emperadores, de entre los veinte hom-
bre que había elegido para proteger el Estado, a Pu-
pieno (o Máximo) y a Clodio Balbino, ambos de
rango consular. Entonces el pueblo y los soldados 2
pidieron que se nombrase César [42] al pequeño Gor-
diano, quien, según dicen muchos, tenía once años;
según otros, trece y, si hacemos caso a Junio Cor-
do, dieciséis (pues este autor asegura que murió a
los veintidós); a continuación fue llevado al senado 3
y desde allí a la asamblea, donde tras ser investido
con la indumentaria imperial, fue nombrado César. 4
Muchos autores afirman que nació de una hija de
Gordiano [43], pero uno o dos (pues no pude encon-
trar más) dicen que su padre era el hijo de Gordia-
no que murió en África. Después de ser nombrado 5
César, se educó junto a su madre, y como Máximo
y Balbino —que ocuparon el poder dos años, tras
la desaparición de los Maximinos— murieron víc-

[42] Según Herodiano (VII 10 5-9) este nombramiento se produjo tras un motín popular, instigado, al parecer, por los amigos de Gordiano. Sin embargo, en *Máximo y Balbino*, 3, 2-5 y 8, 3 se describe como algo realizado pacíficamente y con el acuerdo de Máximo y Balbino.

[43] Entre ellos Herodiano: «Había un niño de corta edad, hijo de una hija de Gordiano, que se llamaba como su abuelo» (VII 10 7). Una inscripción corrobora tal opinión (cf. Dessau, I. L. S. 498).

timas de una sedición militar, el joven Gordiano,
que hasta ese momento había sido César, fue de-
signado Augusto por el favor, la gran admiración
y el ingente amor que despertaba no sólo entre los
soldados y la población, sino también en el senado
y entre todos los pueblos. Era muy querido por los 6
méritos de su abuelo y su tío (o su padre), quienes
tomaron las armas contra Maximino, en favor del
senado y del pueblo romano, y perecieron uno con
una muerte propia de un soldado y otro por la fuer-
za del destino. Después de esto [44], un escuadrón 7
de veteranos acudió a la Curia para saber qué se es-
taba tratando. Dos de ellos entraron al Capitolio 8
—donde estaba reunido el senado— y delante del
ara fueron ejecutados por el consular Galicano y
por Mecenas, un antiguo general. Entonces se pro- 9
dujo una guerra civil, en la que incluso los senado-
res estaban armados, pues los veteranos ignoraban
que sólo el joven Gordiano detentaba el poder im-
23 perial (Dexipo asegura que el tercer Gordiano na-
ció del hijo de Gordiano) [45]. Luego, cuando quedó
aclarado también para los veteranos que Gordiano
era el único emperador, se consolidó la paz entre
la población, de un lado, y los soldados y vetera-
nos, del otro, y con la designación para el consu-
lado del joven Gordiano se puso fin a la guerra ci-
vil. Pero un presagio de que Gordiano no había de 2
reinar durante mucho tiempo fue la aparición de un
eclipse de sol tan intenso que, como si la noche hu-

[44] No hay conexión con el párrafo anterior; lo que ha hecho pensar a Magie (*op. cit.* II, p. 421 y n. 4) que ha habido una interpolación. El sentido y los testimonios de Herodiano VII 10 y *Maximinos* 20, 6 indican que este pasaje debería ir inmediatamente detrás del parágrafo 3; pero el problema es, a nuestro juicio, más complicado, pues las líneas que siguen parecen señalar que la revuelta se produjo antes del nombramiento imperial de Gordiano y después de la muerte de Máximo y Balbino.

[45] Algunos editores han rechazado esta frase porque su inclusión en este pasaje resulta claramente intempestiva.

biese llegado, ningún asunto podía resolverse sin la ayuda de las lámparas. Después de estos sucesos, el 3
pueblo romano se entregó a los placeres y diversiones para olvidar los hechos que tan violentamente se habían producido.

Siendo cónsules Venusto y Sabino, surgió en 4
África una conjuración contra Gordiano tercero comandada por Sabiniano. Gordiano, por mediación del gobernador de Mauritania, que había sido asediado por los conjurados, aplastó de tal manera la revuelta que todos venían a Cartago para entregar a Sabiniano, confesando sus delitos y solicitando el perdón de sus crímenes. Sin embargo, cuan- 5
do se calmaron los disturbios en África, en el consulado de Pompeyano y Gordiano —éste por segunda vez—, estalló una guerra contra los persas. 6
Aunque todavía era joven, Gordiano, antes de marchar, tomó por esposa a la hija de Timesiteo [46], hombre sabio, a quien por causa de su elocuencia juzgó digno de su parentesco y a quien inmediatamente convirtió en su prefecto. Después de esto, 7
su imperio no pareció pueril ni despreciable, pues además de ser ayudado por los consejos de un buen suegro, él, gracias a su amor filial, empezó a desarrollar cierta sabiduría y no permitió que sus favores fueran vendidos por los eunucos y funcionarios cortesanos por medio del desconocimiento o la connivencia de su madre.

24 En fin, se conserva una carta de su suegro dirigida a él y otra del propio Gordiano a su suegro, a través de las cuales puede entenderse que el gobierno de su época se ejerció con más diligencia y eficacia gracias a la ayuda de su suegro. Esta es la copia de ambas cartas: «A mi soberano hijo y Au- 2
gusto de Timesiteo, su prefecto y suegro. Es una sa-

[46] Aunque el autor de la *Historia Augusta* le llama *Misitheus*, sabemos por una inscripción (Dessau, I. L. S. 1330) que la forma correcta de su nombre era *C. Furius Sabinus Aquila Timesitheus*.

tisfación que nosotros hayamos alejado de nuestra
época una penosa corrupción; la que permitía a los
eunucos y a aquéllos que parecían amigos tuyos
(aunque eran, sin embargo, peligrosos enemigos)
comerciar con los asuntos oficiales. Y ello resulta
tanto más agradable porque la desaparición de esta
lacra es muy grata para ti, ya que si hubo algunas
faltas, consta suficientemente, mi venerable hijo,
que no han sido tuyas. Pues nadie podía soportar 3
que las jefaturas militares fueran otorgadas según la
decisión de los eunucos, que los trabajos carecie-
sen de recompensa, que se ejecutase o se diese la li-
bertad por capricho o soborno a quien no corres-
pondía, que el erario fuera despojado, que se for-
maran conspiraciones a través de quienes te visita-
ban diariamente con objeto de engañarte, dado que
los más malvados se ponían de acuerdo previamen-
te sobre lo que debía serte sugerido acerca de los
hombres honrados, expulsaban a los justos y admi-
tían a los más detestables y, en fin, todas tus deci-
siones estaban en venta. Así, pues, damos gracias a 4
los dioses porque, según tu deseo, hemos alejado
estas desgracias. Deleita ser suegro de un buen prín- 5
cipe, de alguien que indaga todo, quiere saber todo
y rechaza a los hombres que antes le vendían como
en una subasta pública».

25 Y la carta de Gordiano a su suegro: «El empera-
dor Gordiano Augusto a Timesiteo, su padre y pre-
fecto. Si los dioses todopoderosos no hubieran pro-
tegido el imperio romano, todavía hoy seríamos
vendidos como en una subasta [47] por esos compra-
dos eunucos. Sólo ahora comprendo que no debía 2
haber puesto al frente de las cohortes pretorianas a

[47] *In hasta positi.* La venta pública se realizaba junto a una lanza *(sub hasta)* clavada en tierra; de ahí el castellano «subasta». Su empleo alterna con el de la palabra *auctio* que el autor ha utilizado más arriba (cf. *in auctione positus*).

Felición [48], ni debía haber confiado la legión cuarta a Serapamón, ni —para evitar la enumeración de todos mis errores— debía haber hecho muchas cosas de las que hice; pero, ¡gracias a los dioses!, porque tú, que nada maquinas, con tus consejos me enseñaste lo que en mis circunstancias no hubiera po-
dido conocer. Pues, ¿qué hacer, si también mi ma- 3
dre nos vendía cuando, tras celebrar un conciliábulo con Gaudiano, Reverendo y Montano, ensalzaba o censuraba a determinados hombres, y yo aprobaba lo que ella había dicho con el consenso de aquéllos que parecían testigos insobornables? Pa-
dre mío, quisiera que escucharas esta verdad: es de- 4
sagraciado aquel emperador al que se le oculta la realidad, quien, no pudiendo andar entre el pueblo, se ve necesitado de escuchar y de confirmar lo que
oye con la corroboración de la mayoría». A tra- 5
vés de estas cartas se comprende que el joven emperador se enmendó y corrigió con los consejos de
su suegro. Algunos dicen que la carta de Timesiteo 6
estaba escrita en griego, pero en cualquier caso su
contenido era el que hemos expuesto [49]. Su probidad 7
y virtud tuvo tal influjo que consiguió hacer de Gordiano, desconocido excepto por su nobleza, un príncipe ilustre también por sus hazañas.

26 En el reinado de Gordiano hubo un terremoto de tal magnitud que las ciudades se hundieron con todos sus habitantes por las aberturas de la tierra. Por ello, se celebraron grandes sacrificios en toda
la Ciudad y en el mundo entero. Cordo dice que 2
esta catástrofe natural se apaciguó tras examinar los libros Sibilinos [50] y realizar los mandatos que en ellos se prescribían.

[48] Este nombre y los que siguen son desconocidos por otras fuentes, muy propios de eunucos y, tal vez, ficticios.

[49] Una prueba más de la libertad con que el autor compone estas cartas, a todas luces espurias.

[50] Cf. *Adriano*, n. 13.

Una vez que el terremoto se hubo calmado, sien- 3
do cónsules Pretextato y Atico, Gordiano abrió las
puertas gemelas del templo de Jano [51], que era la se-
ñal de que se había declarado la guerra, y marchó
contra los persas con un gran ejército y la cantidad
de oro suficiente para vencer fácilmente a los per-
sas o con sus soldados o con sus tropas auxiliares. 4
Se encaminó hacia Mesia y, durante la expedición,
destruyó, puso en fuga, desbarató y alejó a algunas
tropas enemigas que habia en Tracia [52]. Desde aquí, 5
a través de Siria llegó a Antioquía, que ya estaba
en poder de los persas. Allí realizó numerosos com-
bates, obtuvo la victoria tras rechazar al rey Sapor, 6
que reinaba después de Artajerjes, y tomó Antio-
quía, Carras y Nisibis, ciudades que estaban, todas
27 ellas, bajo dominio persa. El rey de los persas te-
mió tanto al príncipe Gordiano que, aunque tenía
en su poder a sus propias tropas y a las de nuestro
territorio, por propia iniciativa retiró las defensas
de la ciudades y entregó éstas intactas a sus habi-
tantes, sin apoderarse de nada que fuera de su per-
tenencia. Pero todo esto se llevó a cabo gracias a la 2
intervención de Timesiteo, suegro y prefecto de
Gordiano. Finalmente se consiguió con los ataques 3
de Gordiano que los persas, temidos ya en Italia,
regresasen a su reino y que el Estado romano man-
tuviese bajo su poder todo el Oriente.

Se conserva un discurso de Gordiano al senado, 4
en el que, al escribir sobre sus hazañas, da muchas
gracias a su suegro y prefecto Timesiteo. He in-
troducido aquí un fragmento de él para que conoz-
cas sus propias palabras: «Padres conscriptos, des- 5
pués de estos hechos, que se llevaron a cabo mien-
tras hacíamos el trayecto y que en aquel momento

---

[51] Cf. *Cómodo,* n. 39. El templo de Jano se encontraba al Noreste del foro romano, próximo a la Curia senatorial.

[52] Carpos, godos y,tal vez, alanos, cf. 34, 4 y Máximo y Balbino 16, 3.

se revelaron merecedores de ceremonias triunfales
individualizadas, también a los persas —para enla-
zar muchas cosas con rapidez—, tanto a sus reyes
como a sus fueros, los alejamos de las colinas de
Antioquía, que estaban ya sometidas al yugo pér-
sico. Después restituimos Carras y las demás ciu- 6
dades al imperio romano. Llegamos hasta Nisibis
y, si los dioses nos favorecen, llegaremos a Ctesi-
fonte. Ojalá nuestro padre y prefecto Timesiteo 7
goce siempre de buena salud: con su conducción y
mediante su estrategia conseguimos llevar a cabo
estos hechos y conseguiremos realizar los demás.
Por tanto, vuestro cometido es decretar las supli- 8
caciones [53], encomendarnos a los dioses y dar gra-
cias a Timesiteo». Tras ser leídas estas palabras en 9
el senado, se decretaron cuádrigas de elefantes, para
que Gordiano celebrase una ceremonia triunfal al
estilo persa, ya que era a ellos a quienes se había
vencido. Para Timesiteo decretó una cuádriga de
seis caballos, un carro triunfal y la siguiente ins- 10
cripción: «El senado y el pueblo romano, en justa
correspondencia, a Timesiteo, hombre eminente,
padre de príncipes, prefecto del Pretorio, defensor
del mundo entero y guardián del Estado».

28 Sin embargo, esta felicidad no pudo ser muy du-
radera, pues Timesiteo murió, según dicen muchos,
por las malas artes de Filipo [54], quien después de
él fue prefecto del Pretorio; según otros, a causa de
una enfermedad. Dejó como heredero al Estado ro-
mado y todo lo que le había pertenecido se añadió
a las rentas de la Ciudad. La habilidad de este hom- 2
bre para los asuntos públicos fue tal que nunca
hubo una ciudad fronteriza de importancia, en la
que se pudiera custodiar al ejército del pueblo ro-

[53] Cf. *Adriano*, n. 58.

[54] Fue emperador tras la muerte de Gordiano (244-249). Su nombre completo era *M. Iulius Philippus Arabs*, probablemente nacido en Filipópolis, la actual Shehba, en el Norte de Arabia.

mano y a su emperador, que no tuviera suministro de de vinagre [55], trigo, tocino, cebada, y heno para todo un año; incluso otras ciudades menores tuvieron abastecimiento para treinta días, algunas para cuarenta, otras para dos meses y las que menos para quince días. Cuando era prefecto, siempre inspec- 3
cionó personalmente las armas de sus soldados. No toleró que ningún anciano sirviera en el ejército, ni que un joven se encargase de los víveres. Revisaba todos los campamentos y sus atrincheramientos, y por las noches visitaba frecuentemente las guardias. 4
Era amado por todos porque también él amaba al Emperador y al Estado. Sus tribunos y generales le temieron y amaron tanto que ni querían causar perjuicio ni lo causaron en ninguna parte. Se dice que 5
Filipo le temía vehementemente por muchas razones, y por ello atentó contra su vida con la ayuda de los médicos. Su plan fue el siguiente: aquejado 6
Timesiteo de disentería, ordenó a los médicos preparar una poción para asentar el vientre; entonces, según se dice, ellos cambiaron el medicamento que había sido preparado y le dieron otro que provocaba más descomposición; así murió.

29 Después de que éste muriera en el consulado de Arriano y Papo, fue nombrado en su lugar prefecto del Pretorio Filipo el Arabe un individuo de origen humilde pero arrogante, que no se contentó con su nueva y enorme fortuna, pues enseguida se conjuró por medio de los soldados contra Gordiano, quien le había llamado para que ocupase el puesto de su padre. Éstas fueron sus asechanzas: Timesiteo, como dijimos, había almacenado tantos 2
víveres que las reservas romanas no podían debilitarse; sin embargo, a causa de las intrigas de Filipo, primero las naves frumentarias fueron desvia-

[55] Además de vinagre, en ocasiones, el término *acetum* significa vino de mala calidad, como el que acostumbraban a beber los legionarios romanos.

das y después se condujo a los soldados a aquellos lugares en los que no podían ser abastecidos. En- 3
tonces, los soldados se volvieron inmediatamente hostiles a Gordiano, sin comprender que el joven había sido engañado por las malas artes de Filipo. 4
Pero además de esto, extendió entre los ejércitos el rumor de que Gordiano era joven y no podía regir el imperio, añadiendo que era mejor que reinase alguien que supiera dirigir al ejército y conociera los asuntos de Estado. Corrompió además a los más 5
notables y consiguió ser llamado al poder públicamente. Los amigos de Gordiano al principio se 6
opusieron con vehemencia, pero cuando los soldados fueron vencidos por el hambre, se entregó el poder imperial a Filipo y se cumplió la orden del ejército: Filipo debía gobernar junto a Gordiano con idéntico poder, como si fuese su tutor.

30 Como Filipo, tras asumir el poder, se comportase de manera altiva con Gordiano, éste se dio cuenta de que él, un emperador descendiente de emperadores y hombre de una nobilísima familia, no podía soportar la insolencia de un hombre tan innoble; entonces, en compañía del prefecto Mecio Gordiano, que era pariente suyo, se quejó ante un tribunal compuesto por soldados y generales, esperando poder arrebatar el poder a Filipo. Pero nada 2
consiguió con esta denuncia, en la que acusó a Filipo de no acordarse de los antiguos favores que le había prestado y ser poco agredecido. Y aunque im- 3
ploró a los soldados e intentó ganarse a los generales, el bando de Filipo se impuso. Finalmente, 4
después de ver que se le tenía en menor rango, pidió que al menos entre ellos hubiera el mismo poder, pero no lo consiguió. Luego, pidió que se le 5
tuviese en el lugar de un César, y tampoco obtuvo esto. Incluso solicitó ser el prefecto de Filipo, lo 6
que también le fue denegado. Sus últimos ruegos 7
fueron que Filipo le considerase un general y que le permitiese seguir viviendo.A esto casi había dado

su aprobación Filipo, siempre silencioso y realizando todo con movimientois de cabeza y órdenes secretas que ejecutaban sus amigos. Pero meditando 8
consigo mismo en el amor del pueblo romano, del senado, de toda África, de Siria y de todo el orbe romano hacía Gordiano porque era noble y nieto e hijo de emperadores y porque había liberado todo el Estado con durísimas guerras, concluyó que podía ocurrir que alguna vez cambiase la voluntad de los soldados y el imperio fuera devuelto a Gordiano, y como en ese momento las iras de los soldados contra Gordiano estuvieran desenfrenadas por causa del hambre, mandó que aquél, a pesar de sus ruegos, fuera apartado de su presencia, despojado de sus bienes y ejecutado. Aunque esto al princi- 9
pio fue diferido, después se llevó a cabo tal y como había ordenado. Así, Filipo, de manera sacrílega y por medios ilegales, consiguió el poder imperial.

31 Gordiano reinó seis años. Mientras estos hechos tenían lugar en Asia, Argunte [56], rey de los escitas, devastaba los reinos fronterizos, envalentonado, sobre todo, porque había descubierto que Timesiteo, bajo cuya dirección se había gobernado el Estado, había muerto. Filipo, para que no pareciese 2
que había alcanzado el poder imperial por medios cruentos, mandó una carta a Roma, en la que notificaba que Gordiano había muerto por enfermedad y que él había sido elegido por todos los soldados. Y, como es lógico, el senado, que no conocía lo ocurrido, fue engañado. Por tanto, Filipo se 3
convirtió en emperador y fue nombrado Augusto, mientras el joven Gordiano era colocado entre los dioses.

Fue un príncipe alegre, hermoso, amable, grato 4
para todos, jovial en su vida y sobresaliente en las

[56] Magie (*op. cit.* II, p. 436 y n. 2) identifica a este Argunte con el lider gótico, llamado *Argaithus* en otras fuentes, que bajo Filipo llegó a sitiar la ciudad de Marcianópolis.

letras; nada le faltaba para ejercer el poder excepto
la edad. Antes de que Filipo conspirase contra él, 5
fue querido por el pueblo, por el senado y por el
ejército como no lo fue ningún emperador. Cordo 6
dice que todos los soldados le llamaban su hijo, que
todos en el senado le daban tal nombre y que el
pueblo entero decía que Gordiano era su alegría. 7
Filipo, cuando le asesinó, no se atrevió a retirar sus
imágenes, ni a derribar sus estatuas ni a borrar su
nombre, sino que llamándole siempre «divino», in-
cluso entre los mismos soldados con los que había
conspirado, le veneró con ánimo sereno, pero tam-
bién con cínica astucia.

32 Todavía hoy permanece en pie la casa de los Gor-
dianos, que fue espléndidamente decorada por este. 2
También existe una villa de su propiedad, situada
en la via Prenestina [57], que tiene en el tetrástilo [58]
doscientas columnas, de ellas cincuenta son de már-
mol de Caristos [59], cincuenta del tipo claudiano [60],
cincuenta del de Sinada [61] y cincuenta de mármol
de Numidia, todas de igual tamaño. En ella hay tres 3
basílicas de cien pies de largo y otras cosas acordes
con esta obra, y unas termas, que, si exceptuamos
las de la Ciudad tal como estaban entonces, care-
cían de parangón en el mundo entero.

En favor de la familia de los Gordianos, el sena- 4
do decretó que sus descendientes estuvieran siem-
pre exentos de las guardias, las embajadas y las obli-
gaciones públicas, a no ser que quisieran afrontar-
las.

No se conservan las obras realizadas en Roma por 5
Gordiano, excepto algunas fuentes y los baños. Pero

[57] Unía Roma con Preneste, la actual Palestrina, al sur de Roma.

[58] *Tetrastylus* era aquel lugar en el que había cuatro columnas o cuatro filas de columnas.

[59] Ciudad al Sur de la isla de Eubea.

[60] Probablemente se refiere al mármol de color rojo del monte Claudiano, en la costa este de Egipto.

[61] Ciudad de Frigia.

los baños habían sido construidos para los particulares sin rango y sus adornos eran los que corresponden a este tipo de construcciones. Había empren- 6
dido la erección de un pórtico en el Campo de Marte, al pie de la colina [62], de mil pies de largo, con idea de que se construyese otro pórtico del mismo tamaño frente al anterior, de manera que entre ambos quedase un espacio de quinientos pies; en dicho espacio pensaba colocar a los dos lados jardines en los que abundara el laurel, el mirto y el boj, y en medio un mosaico de mil pies de longitud, flanqueado por pequeñas columnas y estatuillas, es decir, una galería que estaría coronada por una basílica de quinientos pies de longitud. Además, había proyecta- 7
do con Timesiteo la posibilidad de construir detrás de la basílica, unas termas estivales que llevaran su nombre y colocar las de invierno al comienzo de los pórticos, bien dentro de éstos, bien en los jardines. Pero ahora todos estos terrenos son propie- 8
33 dad particular, fincas, jardines o viviendas. Hubo en Roma, durante el principado de Gordiano, treinta y dos elefantes (de los que él mismo había enviado doce y Alejandro diez), diez alces, diez tigres, sesenta leones domesticados, treinta leopardos domesticados, diez *belbi* o hienas, mil parejas de gladiadores de propiedad imperial, seis hipopótamos, un rinoceronte, diez leones salvajes, diez jirafas, veinte asnos salvajes, cuarenta caballos salvajes y otros animales de este tipo, innumerables y variopintos, que Filipo, en los juegos seculares, o regaló o mató. Gordiano, preparaba todas estas fie- 2
ras, las domésticas y las salvajes, para el triunfo sobre los persas; pero su imperial deseo no prevaleció, pues Filipo exhibió todas ellas en los espectá- 3
culos, en los juegos seculares y en el circo, cuando

[62] Parece referirse al Quirinal.

celebró el milenario de la fundación de la Ciudad [63] en el consulado que compartió con su hijo.

Según Cordo, también en el caso de Gordiano se 4
produjo aquello que la tradición nos cuenta de Gayo César [64]. En efecto, después de la muerte de los Filipos, todos los que atacaron a Gordiano con la espada (se dice que eran nueve) fallecieron, al parecer, víctimas de su propia mano y sus propias espadas, las mismas con las que le habían agredido a él.

34 Esta fue la vida de los tres Gordianos; todos ellos recibieron el título de Augustos.

Los soldados levantaron una tumba a Gordiano 2
en el campamento de Circesio, en la frontera persa, con la siguiente inscripción, en griego, latín, persa, hebreo y egipcio, para que fuese leída por to-
dos: «Al divino Gordiano, vencedor de los persas, 3
vencedor de los godos, vencedor de los sármatas, que alejó de Roma las sediciones, vencedor de los
germanos pero no de los Filipos». Esto último ve- 4
rosímilmente ha sido añadido porque se había retirado vencido de los campos de Filipos en un combate tumultuario con los alanos, y al mismo tiempo porque, según parece, fue asesinado por los dos
Filipos. Dicen que Licinio [65] destruyó esta inscrip- 5
ción en el tiempo en que alcanzó el poder imperial, pues pretendía aparentar que descendía del linaje
de Filipo. Yo he indagado todo esto, Gran Cons- 6
tantino, para que tu conocimiento no fuera privado de nada que parezca digno de saberse.

[63] En abril del 248.

[64] Julio César. Cf. Suetonio, *Caes.* LXXXIX: «Casi ninguno de sus asesinos murió de muerte natural ni le sobrevivió más de tres años. Fueron todos condenados, pereciendo cada cual de diferente manera; unos en naufragios, otros en combate y algunos clavándose el mismo puñal con que hirieron a César».

[65] Compartió el imperio durante algún tiempo con Constantino y fue derrotado por éste en Bitinia en el 324.

21. MÁXIMO Y BALBINO

(Julio Capitolino)

1 Después de la muerte en África de Gordiano el Viejo y de su hijo, como Maximino, encolerizado, se aproximase a la Ciudad para vengar el hecho de que los Gordianos hubieran sido declarados Augustos [1], el senado, muy agitado, corrió al templo de la Concordia [2], siete días antes de los idus de julio —mientras se celebraban los juegos en honor de Apolo— [3], buscando un remedio contra el furor de un hombre perverso. Así, pues, cuando dos varo- 2
nes consulares eminentes, Máximo y Balbino (aunque Dexipo [4] y Arriano [5] dicen que Máximo y Balbino fueron elegidos en contra de Máximino después de los Gordianos, el nombre de Máximo es omitido por muchos historiadores que ponen en su lugar el de Pupieno) [6], considerados ambos ilustres, uno por su bondad, otro por su valor y firmeza, entraron en la Curia mostrando en el semblante su gran temor ante la llegada de Maximino, aunque el cónsul había planteado otros problemas, aquél que debía manifestar su oponión en primer lugar, habló de este modo: «Os inquietan asuntos menores 3

[1] Cf. *Maximinos*, 20,1 y *Gordianos*, 22, 1.
[2] Cf. *Pértinax*, n. 17.
[3] Tenían lugar entre el 6 y el 13 de julio.
[4] Cf. *Maximinos*, n. 57.
[5] Cf. *Maximinos*, n. 59.
[6] A esta confusión también se hace referencia en *Maximinos*, 33, 3.

y debatimos en la Curia cosas propias casi de viejas en un momento crítico. ¿Qué necesidad hay de 4
tratar sobre la reparación de los templos, sobre la ornamentación de una basílica, sobre las termas de Tito [7], sobre la construcción del Anfiteatro [8], cuando Maximino, al que conmigo declarasteis enemigo público [9], nos amenaza, cuando los dos Gordianos, a quienes habíamos encargado la defensa, están muertos y en el momento presente no hay ningún socorro que nos permita respirar con tranquilidad? Por tanto, padres conscriptos, deliberad y nombrad emperadores. ¿Qué os demora? No debéis ser derrotados mientras cada uno teme por sí
2 mismo y muestra miedo en lugar de coraje». Después de estas palabras, cuando todos estaban en silencio, Máximo, que era el de mayor edad y el más ilustre por sus méritos, su valor y su firmeza, comenzó a expresar su opinión, indicando que debían ser elegidos dos príncipes. Entonces Vetío Sabino [10], de la familia de los Ulpios, tras solicitar del cónsul que le fuese permitido interrumpir y hablar, inició así su discurso: «Sé, padres conscriptos, que 2
es conveniente mostrar firmeza en los momentos críticos para que nuestros proyectos sean tomados con decisión y no con largos titubeos, y que debemos abstenernos de tantas palabras y opiniones cuando el asunto es urgente. Que cada uno piense 3
en su propio cuello, que se acuerde de su mujer y de sus hijos, y de la fortuna de su padre y de sus antepasados; todo ello está amenazado por Maximino, hombre colérico por naturaleza, cruel, inhumano y ciertamente implacable ahora que la causa

[7] Al sur del Esqulino y junto a las Termas de Trajano, con las que a veces han sido confundidas.
[8] El Coliseo. Cf. *Heliogábalo*, n. 47.
[9] Cf. *Maximinos*, 15,2.
[10] Tras la ascensión al imperio de Máximo y Balbino, se le nombró prefecto de la Ciudad, cf. 4,4.

le parece lo bastante justa. El, en orden de batalla 4
y tras disponer los campamentos en lugares convenientes se dirige a la Ciudad; vosotros, en cambio,
con vuestras deliberaciones pasáis el día aquí sentados. No es necesario un largo discurso: ha de 5
nombrarse un emperador, o mejor, han de nombrarse dos príncipes, uno que se ocupe de los asuntos civiles y otro de los bélicos, uno que resida en
la Ciudad y otro que salga con el ejército al encuentro de los bandidos. Yo os voy a decir el nom- 6
bre de los príncipes, vosotros confirmadlos, si os
parece bien, si no, elegid al menos otros mejores: 7
Máximo y Balbino, de los cuales, uno en los asuntos militares es tan grande que ha elevado el conocimiento de su linaje con el renombre de su valor, y
el otro es conocido hasta tal punto por su nobleza
que resulta necesario al Estado tanto por la delicadeza de sus costumbres como por la integridad de
vida que ha mostrado siempre desde edad tempra-
na en los estudios y en las letras. Tenéis una opi- 8
nión, padres conscriptos, quizá más peligrosa para
mí que para vosotros, pero tampoco os resultará suficientemente segura a vosotros si no designáis em-
peradores a éstos o a otros.» Cuando terminó de 9
hablar se aclamó de manera unánime: «Es justo, es 10
ecuánime. Todos estamos de acuerdo con la opinión de Sabino. Augustos Máximo y Balbino, que
los dioses os guarden. Los dioses os hicieron príncipes, ¡qué ellos os protejan! Defended al senado
de los ladrones, os encomendamos la guerra contra
los bandidos. Que Maximino, enemigo público, 11
muera con su hijo; ¡perseguid al enemigo público!
Felices vosotros por la decisión del senado, feliz el
Estado por vuestro gobierno. Dirigid con fortaleza 12
lo que el senado os ha entregado; recibid gustosa-
3 mente lo que él os ha encomendado.» Con éstas y
otras aclamaciones fueron hechos emperadores
Máximo y Balbino.

Entonces, salieron del senado y primero subie- 2

ron al Capitolio y oficiaron sacrificios; después, 3
convocaron al pueblo ante las tribunas de los oradores. Allí, tras escuchar el discurso sobre la opinión del senado y sobre su elección, el pueblo romano, en unión de algunos soldados que habían acudido por casualidad, gritó: «Todos nosotros solicitamos que Gordiano sea César.» Este, nieto de 4
Gordiano por parte del hijo que murió en África, tenía entonces, según la mayoría han afirmado, catorce años [11]. Se le buscó apresuradamente y por 5
una nueva especie de decreto del senado, pues ese mismo día se había promulgado ya otro, fue trasladado con rapidez a la Curia y proclamado César [12].

4 La primera propuesta de los príncipes fue que los
dos Gordianos fueran divinizados. Algunos piensan 2
que sólo uno, el Viejo, fue llevado entre los dioses, pero yo recuerdo haber leído en los libros, que tan prolijamente escribió Junio Cordo, que ambos fueron divinizados. Pues, el Viejo puso fin a su vida 3
ahorcándose, mientras el joven murió en la guerra, lo que sin duda le hace digno de mayor respeto, ya que murió luchando. Después de tal propuesta, se 4
encomendó la prefectura de la Ciudad a Sabino, hombre sereno y acorde con las costumbres de Máximo, la pretoriana a Pinario Valente [13].

Pero antes de hablar de sus actos es conveniente 5
decir algunas cosas sobre sus costumbres y su linaje, no como Junio Cordo, que indagó todos los detalles pormenorizadamente, sino como lo hicieron Suetonio Tranquilo o Valerio Marcelino ; aunque Curio Fortunaciano [14], que escribió la historia de este período, ha trasmitido pocas cosas, Cordo, sin em-

---

[11] Sobre su edad y parentesco, cf. *Gordianos* 22,2-4.
[12] Cf. *Gordianos*, n. 42.
[13] Pariente de Máximo, cf. 5,5.
[14] Tanto Fortunaciano como Marcelino son autores desconocidos en otras fuentes.

bargo, ha narrado un gran número de anécdotas, algunas de las cuales resultan indecentes.

5 Máximo era hijo de Máximo, un individuo de la plebe [15] que, según dicen unos, era herrero y, según otros, fabricante de carretas. Engendró a Máxi- 2
mo de una mujer llamada Prima. Tuvo cuatro hermanos varones y cuatro hembras, que perecieron todos en la pubertad [16]. Cuando nació Máximo, se 3
dice que un águila arrojó en un cuarto de su casa un trozo de carne de buey de gran tamaño, pues estaba abierta al exterior por un pequeño impluvio [17]; como la carne permaneciese allí y nadie se atreviera a tocarla por los escrúpulos religiosos, el águila la cogió de nuevo y la soltó en el recinto sagrado más próximo, que era el de Júpiter Protector [18]. En 4
ese momento aquello no pareció presagiar nada, pero su reinado vino a probar que no se había hecho sin motivo. Pasó toda su juventud en casa de 5
Pinario, su tío paterno, a quien nombró prefecto del Pretorio tan pronto como fue designado emperador. No estudió mucho tiempo con el gramático 6
ni tampoco con el *rhetor* [19], pues cultivó siempre

[15] Sin embargo, Herodiano (VIII 8,1) se refiere a Máximo y Balbino, calificándolos de patricios: «El pueblo estaba contento con ellos porque le enorgullecía contar con emperadores patricios que fueran dignos del imperio.»

[16] El término *cella* se emplea en un sentido amplio para designar cualquier dependencia de una casa. Propiamente significa el lugar donde se guarda algo, su traducción más corriente es «granero» o «despensa», aunque aquí parece más bien referirse al cuarto de la casa en que Máximo habitaba, haciendo hincapié con tal término en la humildad de origen de éste.

[17] El impluvio era un depósito cuadrado, situado en medio del atrio de la casa, donde se recogían las aguas de lluvia, luego de pasar éstas por el *compluvium;* con el tiempo, sin embargo, adquirió el significado general de espacio descubierto y libre en las casas, significado que, creemos, tiene en este pasaje.

[18] A partir de una inscripción (C. .I. L. XIV 3555) se conoce la existencia de un templo de Júpiter *Praestes*, «Protector», en *Tibur* (Tivoli), pero no se sabe que existiera en Roma ningún santuario con tal nombre.

[19] El *rhetor* era el profesor de elocuencia; su enseñanza constituía el

el valor y la disciplina militar. Fue tribuno militar, 7
ejerciendo numerosos cargos, y después alcanzó la
pretura gracias a los dispendios de Pescenia Mar-
celina que le adoptó y sostuvo como si fuera su
hijo. Después asumió el proconsulado de Bitinia, 8
luego el de Grecia y en tercer lugar el de la Galia
Narbonense. Después de estos cargos, fue enviado 9
como legado contra los sármatas, imponiendo su
dominio en el Ilírico; desde allí fue trasladado al
Rin donde obtuvo buenos resultados en sus enfran-
tamientos con los germanos. Más tarde, se le admi- 10
ró como un prefecto de la Ciudad prudentísimo, in-
teligente y firme. Por ello, el senado le entregó 11
como premio el poder imperial, aunque, por ser un
hombre de nueva familia, era contrario a la ley. En
aquel momento todo el senado estuvo de acuerdo
en que no había nadie más capacitado que él para
6 recibir el título de príncipe. Y, puesto que muchos
desean conocer las cosas menores, diremos que le
gustaba mucho comer, muy poco el vino y no era
muy aficionado a los asuntos de Venus; siempre se-
vero, tanto fuera como en casa, hasta el punto de
recibir el sobrenombre de Triste. De semblante gra- 2
ve, incluso huraño, alto de estatura, su aparencia
corporal era muy saludable, de costumbres poco
dignas de estima, pero justo, incluso en los momen-
tos críticos, nunca se mostró inhumano o despia-
dado. Siempre perdonó a quien lo solicitaba y no 3
se encolerizó a no ser que hubiera suficiente moti-
vo para ello. Nunca se prestó a conspirar, fue cons- 4
tante en sus decisiones y no confió en otros antes
que en sí mismo. Por ello, fue muy querido por el 5
senado y temido por el pueblo, que conocía su ri-
gurosa prefectura y veía que la dureza de su con-

grado más elevado en la escuela romana. Enseñaba a los jóvenes a prepararse para la vida pública, acrecentando su cultura media con el estudio de los textos clásicos.

ducta podía desarrollarse con más virulencia en su mandato imperial.

7 El nobilísimo Balbino fue cónsul por dos veces y ocupó el gobierno de innumerables provincias. 2
En efecto, dirigió la administración civil de Asia, África, Bitinia, Galacia, el Ponto, Tracia y las Galias. De vez en cuando mandó el ejército, pero tuvo siempre menor relevancia en los asuntos bélicos que en los civiles. Por su bondad, su enorme rectitud y su respeto, se había granjeado un inmenso amor hacia su persona. De muy antigua familia —según asegu- 3
raba él mismo—, descendía de Balbo Cornelio Teófanes [20], quien había conseguido la ciudadanía por medio de Gneo Pompeyo; al parecer, este hombre era muy noble en su propia patria y, además, escritor de historia. Era Balbino de estatura 4
corriente, distinguido en su apariencia y excesivamente proclive a los placeres. Tenía la ayuda de una inmensa fortuna, pues era rico por sus antepasados y había unido a las herencias muchas riquezas conseguidas por él mismo. Ilustre en su elocuencia, 5
destacó por sus escritos entre los poetas de su tiempo. Inclinado al vino, al alimento y a los asuntos 6
amorosos y elegante en su manera de vestir; nunca le faltó de nada. Esto le hizo poco agradable ante el pueblo; sin embargo, fue también muy querido por el senado.

Esto es lo que hemos averiguado sobre la vida 7
de ambos. Algunos pensaron que ellos debían ser comparados del mismo modo que Salustio compa-

[20] Puede aludir a L. Cornelio Balbo, quien obtuvo la ciudadanía romana por sus servicios hacia Pompeyo, bajo cuyas órdenes combatió en Hispania; su personalidad nos es también conocida gracias al *pro Balbo* de Cicerón. Balbo fue adoptado posteriormente por Teófanes de Mitilene, quien acompañó a Pompeyo en sus campañas contra Mitrídates, de ahí el *cognomen* Teófanes con que se le menciona en el pasaje. Ahora bien, el autor, según se desprende de las palabras que siguen, parece haber confundido a ambos individuos, pues el famoso escritor de Historia es Teófanes de Mitilene y no Balbo.

[21] Cf. Salustio, *Cat.*, LIX.

ra a Catón y César [21], señalando que uno era severo y el otro afable, que aquél era virtuoso y éste firme, que uno no era pródigo en sus dádivas y el otro
8 abundaba en todo tipo de riquezas. Esto sobre sus costumbres y su linaje.

Tras serles entregados todos los honores imperiales y las insignias del cargo, después de asumir la potestad tribunicia, el imperio proconsular, el pontificado máximo [22] y el nombre de padres de la
patria, Máximo y Balbino iniciaron su gobierno. 2
Pero mientras se hacían en el Capitolio los sacrificios rituales, el pueblo romano contestó el imperio de Máximo. Pues, los hombres del pueblo temían su severidad, que consideraban muy favorable para el senado y muy contraria a sus deseos. Por ello,
ocurrió, como dijimos, que empezaron a pedir que 3
el joven Gordiano fuese declarado príncipe [23]; éste fue nombrado inmediatamente y no se les permitió acudir al Palatino con una escolta armada, antes de honrar con el nombre de César al nieto de Gordia-
no [24]. Después de que esto ocurriera, se celebraron 4
ritos sagrados y se ofrecieron juegos escénicos y circenses, y un espectáculo de gladiadores. Luego, Máximo realizó sus ofrendas en el Capitolio y fue enviado a la guerra contra Maximino con un enorme ejército, permaneciendo en Roma los pretorianos. Debe decirse con brevedad de dónde procede
la costumbre de que los emperadores cuando mar- 5
chan a la guerra ofrezcan un espectáculo de gladiadores y de fieras salvajes. Muchos afirman que en-
tre los antiguos era un rito concebido en contra de 6
los enemigos, cuya intención era que Némesis (es decir, una cierta manifestación de la Fortuna) [25] se

[22] Títulos en los que se asentaba el poder imperial, cf. *Antonino Pío*, n. 13.

[23] Cf. 3, 3.

[24] Cf. *Gordianos*, 22,2-3.

[25] Némesis, hija de Júpiter y de la Necesidad, era la diosa vengadora

calmase con la sangre ofrecida por los ciudadanos en aquel tipo de combates [26]. Otros han escrito, lo 7
que yo considero más verosímil, que los romanos, cuando van a la guerra, deben ver luchas, heridas, armas y hombres desnudos peleando entre sí, para que no teman en la guerra a los enemigos armados o se asusten de las heridas y de la sangre.

9 Así pues, Máximo marchó a la guerra mientras los pretorianos permanecieron en Roma. Entre 2
ellos y el pueblo hubo tantos enfrentamientos que se llegó a la guerra civil: una gran parte de la ciudad de Roma fue incendiada, los templos fueron ultrajados y todas las calles se mancharon de sangre, ya que Balbino, un hombre poco enérgico, era incapaz de calmar la revuelta. Pues, marchando entre 3
la gente, tendía sus manos a todos, estuvo a punto de ser herido por las piedras y, según dicen algunos, fue golpeado incluso con una vara. Y no hu- 4
biera calmado el tumulto si no hubiera llevado ante el pueblo al pequeño Gordiano, vestido con la púrpura y colocado sobre los hombros de un hombre muy alto. Después de que éste fue visto, el pueblo los soldados se calmaron y por amor hacia el pequeño Gordiano volvieron a la concordia [27]. Nun- 5
ca nadie a su edad fue tan querido, gracias a los méritos de su abuelo y de su tío paterno, quienes, enfrentados a Maximino, murieron por el pueblo romano en África. Tanto valor tiene entre el pueblo romano el recuerdo de las nobles acciones.
10 Así pues, tras marchar Máximo a la guerra, el senado envió hombres de rango consular, pretorio, cues-

de los crímenes. Es extraña la relación que el autor establece entre ella y la Fortuna.

[26] El verdadero origen de estos juegos parece hallarse en Etruria, donde empezaron a suplantar en los ritos funerarios a los sacrificios humanos.

[27] El autor parece mezclar esta revuelta de la que habla con la que se produjo antes de la aclamación de Gordiano III como César; cf. 3, 3; *Maximinos,* 20,6; *Gordianos,* 22, 2 y Herodiano, VII 10,5-9.

torio, edilicio e incluso tribunicio a través de todas las regiones, para que cada población preparase las provisiones, las armas, las fortificaciones y las murallas con la intención de que Maximino se desgastase a su paso por cada una de las ciudades [28]. Se 2
ordenó, entonces, que todo lo que hubiera en los campos se llevase al interior de las ciudades para que el enemigo público no encontrase nada. Ade- 3
más se envió a los inspectores del trigo [29] a todas las prinvicias para que llevasen la orden escrita de que se tendría por enemigo a cualquiera que ayudase a Maximino. Entretanto surgieron de nuevo 4
en Roma enfrentamientos entre el pueblo y los soldados. Aunque Balbino promulgaba mil edictos no 5
se le escuchaba; los veteranos, en unión de los pretorianos, se refugiaron en los campamentos del pretorio y el pueblo empezó a sitiarlos. Y nunca se hu- 6
biera llegado a la reconciliación si el pueblo no hubiera cortado los canales del agua [30]. En la Ciudad, 7
antes de que se anunciase que los soldados se acercaban ya pacíficamante, se arrojaron tejas desde los techos de las casas y todo tipo de vajilla que se encontrara en su interior. Por ello, la mayor parte de la 8
Ciudad [31] quedó destrozada y muchos perdieron sus riquezas, pues los ladrones se mezclaron con

---

[28] Cf. *Maximinos*, 21-23.

[29] *Frumentarii;* cf. *Adriano,* n. 56.

[30] Cf. Herodiano VII 11,3-4: «Finalmente, puesto que nada habían conseguido con sus asaltos, los jefes de la operación decidieron cortar todos los conductos de agua que afluían al campamento, a fin de someter a los soldados por sed y por falta de agua corriente. Su táctica de ataque fue, pues, desviar hacia otros canales todo el suministro de agua, cortando y cerrando las tuberías que conectaban con el campamento.» Los orígenes y el desarrollo de estos acontecimientos están expuestos con mayor claridad en Herodiano VII 11-12.

[31] Frente al término *urbs,* empleado en las líneas anteriores *(in urbe autem...),* el biógrafo utiliza aquí la palabra *civitas (maior pars civitatis periit),* ya que se refiere tanto a pérdidas materiales como a las bajas producidas entre la población ciudadana *(civitas).*

los soldados para robar, donde lo encontraran, aquello que conocían ya de antemano.

11 Mientras estas cosas sucedían en Roma, Máximo —o Pupieno— preparaba la guerra en Rávena con un gran equipamiento, pues temía enormemente a Maximino; al referirse a él, a menudo decía que no hacía la guerra contra un hombre, sino contra un Cíclope. Pero Maximino fue vencido de una mane- 2
ra tan absoluta en Aquileya que sus propios soldados[32] le asesinaron y su cabeza fue llevada a Rávena y después enviada por Máximo a Roma. No 3
debe silenciarse aquí la lealtad de los aquileyenses hacia los romanos, pues, se dice, que para lanzar las flechas ofrecieron los cabellos de sus mujeres en lugar de las cuerdas de los arcos[33]. Balbino, que era 4
el más temeroso, se alegró de tal manera que, tan pronto como recibió la cabeza de Maximino, realizó una hecatombe. La hecatombe es un sacrificio 5
de este tipo: se levantan en un solo lugar cien aras construidas con cesped y se sacrifican en ellas cien cerdos y cien ovejas. Ahora bien, si el sacrificio es 6
realizado por un emperador, se matan cien leones, cien águilas y otros animales de este tipo por centenas. Según se dice, los griegos realizaban un sa- 7
crificio de este tipo cuando padecían una epidemia de peste, y consta que muchos emperadores lo han celebrado[34].

12 Así, pues, tras realizar este sacrificio, Balbino inició con enorme congratulación la espera de Máximo, que volvía desde Rávena con el ejército y las tropas intactas. Pues, Maximino había sido venci- 2
do por los ciudadanos de Aquileya y por unos cuantos soldados que allí se encontraban, dirigidos por Crispino y Menófilo, hombres de rango consular, enviados por el senado. Máximo, entonces, 3

[32] Cf. *Maximinos*, 22-23.
[33] Cf. *Maximinos*, 33, 7.
[34] Cf. *Maximinos*, n. 47.

marchó a Aquileya para que todas las regiones per-
maneciesen seguras e intactas hasta los Alpes y para
contener a las poblaciones bárbaras, si es que que-
daban algunas, que habían favorecido a Maximino. 4
Después le fueron enviados veinte legados senato-
riales, cuyos nombres están en Cordo (entre ellos
había cuatro de rango consular, ocho antiguos pre-
tores y otros ocho con el rango de cuestor), con co-
ronas y un decreto del senado en el que se ordena-
ba la erección en su honor de estatuas ecuestres de
oro. Balbino se encolerizó por ello, afirmando que 5
Máximo se había esforzado menos que él, pues
mientras él había contenido tan grandes guerras en
la Ciudad, aquél había permanecido en Rávena to-
talmente desocupado. Pero se valoran tanto las in- 6
tenciones que a Máximo, por haber marchado con-
tra Maximino, le fue atribuida una victoria que él
mismo no supo que había sido obtenida. Por tan- 7
to, tras apoderarse del ejército de Maximino, Máxi-
mo llegó a la Ciudad con gran pompa y rodeado
de una gran multitud, mientras los soldados se que-
jaban de haber perdido al emperador elegido por
ellos mismos y de que su lugar fuera ocupado por
esos que el senado les había asignado. Y el descon- 8
tento que aparecía en sus rostros no podía ser di-
simulado. Ya ni siquiera se abstenían de hablar,
aunque Máximo había dicho a menudo a los solda-
dos que debía producirse el olvido de los aconteci-
mientos pasados, les había dado grandes sumas de
dinero y había enviado las tropas auxiliares a aque-
llos lugares que habían elegido. Pero los ánimos de 9
los soldados, nuevamente empapados de odio, no
pudieron ser refrenados. Finalmente, aun cuando
escucharon aclamaciones del senado que se referían
a los soldados, se levantaron con mayor encono
contra Máximo y Balbino, debatiendo diariamente

[35] Para los acontecimientos que se narran a continuación, cf. Herodiano VIII 7-8.

entre ellos quiénes debían ser nombrados emperadores.

13 El decreto del senado que provocó su amotinamiento tuvo la siguiente forma[36]: Cuando Balbino, Gordiano, el senado y el pueblo romano salieron al encuentro de Máximo que avanzaba hacia la Ciudad, hubo primero aclamaciones públicas, que estaban dirigidas a los soldados. Desde allí se mar- 2
chó a la Curia, donde, después de las aclamaciones de costumbre, se dijo: «Así actúan los emperadores sabiamente elegidos, así perecen los emperadores elegidos por gente inexperta.» Era evidente para todos que Maximino había sido nombrado por los soldados y que Balbino y Máximo lo habían sido por los senadores. Tras decir esto, los solda- 3
dos empezaron a irritarse aún más, sobre todo contra el senado, que parecía celebrar su triunfo sobre los soldados..

Sin duda Balbino y Máximo regían el Estado con 4
gran moderación y con el contento del senado y el pueblo romano. Tenían en gran respeto al senado; promulgaban óptimas leyes; escuchaban las causas judiciales con imparcialidad y disponían con gran acierto las cuestiones militares. Pero cuando ya se 5
había dispuesto que Máximo marchase contra los partos, Balbino contra los germanos y que el joven Gordiano permaneciese en Roma, los soldados aumentaban día a día en su cólera, pues buscaban la oportunidad de asesinar a los emperadores y difícilmente podían encontrarla con prontitud, porque la guardia germana[38] rodeaba a Máximo y Balbi-

[36] Naturalmente no se trata de un decreto del senado, sino de una aclamación.

[37] Es decir, los persas, cf. *Gordianos*, 26,3.

[38] Según Herodiano (VIII 8,2) la presencia de esta guardia germana en Roma era uno de los motivos del odio de los soldados hacia Máximo y Balbino: «También motivaba su disgusto la presencia de los germanos junto a Máximo, viviendo en Roma. Pensaban que se opondrían a cualquier intento de su parte, y sospechaban que les estaban al acecho

no. Había también desavenencias entre Balbino y
14 Máximo [39], pero silenciosas y que se intuían más
que se veían, pues Balbino despreciaba a Máximo
por su humilde origen y Máximo despreciaba a Bal- 2
bino por su debilidad. Por ello, se presentó una
oportunidad para los soldados, que comprendían
que con facilidad podían ser asesinados dos empe-
radores en desacuerdo. En fin, en cierta ocasión en
que la multitud, los soldados y los sirvientes pala-
ciegos se encontraban presenciando representacio-
nes escénicas, hicieron un ataque contra los empe-
radores que se habían quedado solos en compañía
de la guardia germana. Entonces, tras producirse la 3
revuelta de los soldados, inmediatamente le fue
anunciado a Máximo que se trataba de una pertur-
bación y un tumulto difícilmente evitable si no se
enviaba a la guardia germana, pero, como, casual-
mente, los germanos estuviesen con Balbino en la
otra parte del Palacio, Máximo se dirigió hacia Bal-
bino para solicitar su ayuda. Entonces, aquél, sos- 4
pechando que le pedía la guardia para utilizarla en
su contra y que Máximo pretendía la monarquía,
primero le eludió y después llegaron incluso a una
abierta discusión. Cuando se encontraban enfren- 5
tados en tal disputa, llegaron los soldados y, tras
despojar a ambos de sus vestiduras reales, los saca-
ron del Palacio llenándolos de injurias e incluso
pretendieron arrastrarlos hasta su campamento a
través de la Ciudad, tras haberlos prácticamente
despedazado; pero al advertir que los germanos ve- 6
nían en defensa de los príncipes, mataron a ambos
y los abandonaron en medio del trayecto. Entre-
tanto el César Gordiano, ensalzado por los solda- 7
dos, fue nombrado emperador —esto es Augus-

para desarmarlos con algún engaño y, al estar allí los germanos, ocupar su sitio sin dificultad. El ejemplo de Severo, que desarmó a los asesinos de Pértinax, acudía a su memoria.»

[39] Cf. Herodiano, VII 8,4.

to—, pues en aquel momento no había otro a quien
recurrir; luego, tras proferir insultos contra el se-
nado y el pueblo, los soldados se retiraron inme-
diatamente a su campamento. Los germanos, por 8
su parte, puesto que los emperadores habían muer-
to y no tenían ninguna causa por la que luchar, se
marcharon fuera de la Ciudad, donde estaban sus
cuarteles.

15 Estos buenos emperadores tuvieron este final,
indigno de su vida y de sus costumbres. Pues, como
puede verse a través de los hechos, no había nadie
más fuerte que Máximo —o Pupieno— ni más bon-
dadoso que Balbino. Aunque tiene potestad para
ello, el senado no elige a los malvados. Además, 2
ambos habían sido puestos a prueba en sus nume-
rosos cargos y dignidades —uno había sido cónsul
dos veces y prefecto de la Ciudad, el otro cónsul
en dos ocasiones— y habían alcanzado el poder im-
perial a una edad madura. Fueron queridos por el
senado e incluso por el pueblo, que ya temía me-
nos a Máximo.

Esto es lo que sobre máximo hemos recogido 3
principalmente de Herodiano, escritor griego. Pero 4
muchos han dicho que Maximino fue vencido en
Aquileya no por Máximo, sino por el emperador Pu-
pieno, y que éste fue asesinado con Balbino. En am-
bos casos omiten el nombre de Máximo [40]. Es tan- 5
to el desconocimiento o la deformación entre estos
obcecados historiadores que muchos pretenden lla-
mar Pupieno al mismo Máximo, aún cuando He-
rodiano, que escribió su vida en los tiempos en que
éste vivió, le llama Máximo y no Pupieno y aun-
que Dexipo, escritor de lengua griega, dice que
Máximo y Balbino fueron nombrados emperado-
res contra Maximino después de los dos Gordianos
y que Maximino fue vencido por Máximo y no por

[40] Cf. 16,7 y 18 y *Maximinos* 33, 3.

Pupieno. El desconocimiento de estos escritores se 6
revela además cuando dicen que el pequeño Gor-
diano fue prefecto del Pretorio, ignorando muchos
que a menudo era llevado a hombros para ser mos-
trado a los soldados [41].

Máximo y Balbino ocuparon el poder durante un 7
año [42], después de que Maximino reinara con su
hijo durante tres años, según unos, aunque otros
aseguran que fue un bienio.

16 La casa de Balbino todavía ahora puede verse en
Roma, en las Carinas [43], grande y majestuosa; es
hasta el presente posesión de su familia. Máximo 2
—a quien la mayor parte de los historiadores lla-
man Pupieno— no tenía riquezas, pero sí un enor-
me valor. Bajo el mandato de ambos, los carpos [44]
lucharon contra los mesios. Se produjo también el 3
principio de la guerra contra los escitas y, en esa
misma época, la destrucción de la ciudad de Is-
tria [45], o, como dice Dexipo, de la ciudad ístrica. 4
Este autor alaba mucho a Balbino, dice que se en-
frentó a los soldados con ánimo valeroso y así mu-
rió, y afirma que no temía a la muerte porque es-
taba muy versado en todas las doctrinas filosóficas;
pero niega que Máximo fuera el hombre que han
descrito la mayoría de los autores griegos. Añade, 5
además, que era tan grande el odio de los aquile-
yenses contra Maximino que hicieron las cuerdas
de los arcos con los cabellos de sus mujeres y así
dispararon las flechas.

---

[41] Cf. 9,4.

[42] La ascensión de Gordiano III como emperador único parece haber ocurrido en junio del 238; (cf. Magie II, p. 478, n. 3).

[43] *Carinae.* «Quillas». Se daba este nombre al barrio porque el techo de las casas se parecía a la quilla de las naves.

[44] Tribu dacia expulsada del suelo romano por Filipo entre los años 245 y 247 y que participó en la invasión de Tracia que costó la vida a Decio en el 251.

[45] Antigua ciudad de Dobrudja, conquistada por Lúculo en el 72 a. de C.

Dexipo y Herodiano, que han investigado la historia de estos emperadores, dicen que Máximo y Balbino fueron los príncipes elegidos por el senado contra Maximino, después de la muerte de los dos Gordianos en África; con ellos también fue nombrado el tercer Gordiano, todavía un niño. Pero no 6
7
encuentro el nombre de Máximo en la mayoría de los autores latinos y, sin embargo, he hallado al emperador Pupieno acompañando a Balbino; se dice incluso que este Pupieno luchó en Aquileya con Maximino, cuando los historiadores antes mencionados aseguran que Máximo ni siquiera luchó contra Maximino, sino que permaneció en Rávena y allí le fue comunicado que se había conseguido la victoria: A mí me parece que Pupieno y Máximo son la misma persona.

17 Por esto he intecalado una carta de felicitación, que fue escrita acerca de Pupieno y Balbino por un cónsul de su tiempo, en la que se alegra de que el Estado haya sido restablecido por ellos, después de encontrarse en manos de malvados bandidos:

«Claudio Juliano a los Augustos Pupieno y Bal- 2
bino. Tan pronto como me he enterado —aunque todavía no por vuestra sagrada proclama, sino sólo a través del decreto del senado, que me envió mi colega Celso Eliano, varón clarísimo [46]— de que por decisión de Júpiter Óptimo Máximo y de los dioses inmortales y del senado, y con la aprobación de todo el género humano, el Estado os había sido confiado para que lo preservaseis de los sacrilegios de un impío bandido y lo gobernaseis de acuerdo con las leyes romanas, yo, santísimos señores e invencibles Augustos, me alegré por la ciudad de Roma, para cuya salvación fuisteis elegidos; me alegré por el senado, al que devolvisteis su antigua dignidad por la confianza que depositó en vosotros; me alegré por

[46] Cf. *Maximinos,* n. 2; *Heliogábalo,* n. 13 y *Alejandro Severo,* n. 23.

Italia, a la que principalmente habéis defendido de la devastación de los enemigos; me alegré por las provincias, a las que, heridas por la insaciable avaricia de los tiranos, habéis devuelto la esperanza de salvación; en fin, me alegré incluso por las legiones y por las tropas auxiliares, que adoran ya vuestras imágenes en cualquier parte del mundo y, libres de la antigua deshonra, han recibido con vuestro nombre un símbolo digno del principado romano. 3
Nunca hubo una voz tan potente, ni un discurso tan afortunado ni un ingenio tan fecundo, que pueda expresar dignamente la felicidad del Estado por estos hechos. Cuán grande es esta felicidad y qué 4
características tiene hemos podido comprobarlo desde el inicio mismo de vuestro principado, pues habéis restablecido las leyes romanas, la justicia, que ya no existía, la clemencia, que había desaparecido, y la vida y las costumbres y la libertad y la esperanza de sucesores y herederos. Es difícil enu- 5
merar estas cosas y aún más describirlas con la dignidad con que merecen ser expuestas. Pues, ¿de qué 6
modo explicaría o contaría yo cómo vosotros nos habéis devuelto la vida, que un execrable bandido, tras desplegar sus verdugos por cada una de las provincias, había amenazado claramente, confesando su cólera contra nuestro ilustre estamento?, sobre 7
todo cuando mi mediocridad no sólo no puede expresar la felicidad pública, sino que ni siquiera da a entender la alegría particular de mi ánimo, al ver a estos hombres como Augustos y príncipes del género humano. Desearía que su inalterable conducta aprobase mi sobriedad y mis costumbres como si fueran antiguos censores y así, aunque yo confió en que éstas hayan sido ya confirmadas por los testimonios de los anteriores príncipes, me enorgullecería por la importancia de vuestras opiniones. Oja- 8
lá los dioses protejan ahora y en el futuro esta felicidad del mundo romano. Pues cuando os veo, no puedo desear ninguna otra cosa, sino aquello que

se dice imploró el vencedor de Cartago [47] a los dioses, a saber, que conservasen la república en la condición en que entonces se encontraba, porque ninguna mejor podría tener. Del mismo modo,yo pido 9
que conserven el Estado para vosotros en esas condiciones en las que lo habéis logrado colocar cuando todavía se tambaleaba».

18 Esta carta prueba que Pupieno es el mismo a
quien muchos llaman Máximo. Sin duda, en estos 2
tiempos no se ha encontrado fácilmente entre los griegos el nombre de Pupieno e igualmente ha sido difícil hallar entre los latinos el de Máximo; por ello, las gestas llevadas a cabo contra Maximino, en unos casos se dice que fueron realizadas por Pupieno y en otros por Máximo.

[47] Escipión Emiliano. Cf. Valerio Máximo IV 1,10.

22. LOS DOS VALERIANOS [1]

(Trebelio Polión)

....

1 Velsolo, rey de Reyes, a Sapor: «Si yo supiera
que los romanos pueden ser vencidos de manera de-
finitiva alguna vez, te felicitaría por esa victoria de
la que te jactas. Sin embargo, puesto que, ya sea 2
por la fuerza del destino o por sus propias virtu-
des, aquel pueblo es muy poderoso, vigila para que
el haber capturado a un anciano emperador —y
esto con ayuda de artimañas— no resulte perjudi-
cial para ti o para tus sucesores. Recuerda a cuán- 3
tos pueblos enemigos los romanos han puesto bajo
su yugo, aunque aquéllos a menudo resultasen ven-
cedores en muchas batallas. En efecto, hemos oído 4
que los galos les vencieron e incendiaron aquella
gran ciudad [2]: hoy están sometidos a los romanos.
¿Qué decir de los africanos [3]?, ¿Acaso no les ven-
cieron? Ahora, sin embargo, están sometidos a los
romanos. Nada digo sobre ejemplos más lejanos y 5

[1] Una laguna en el texto nos ha privado de las biografías de Filipo el Arabe (244-249), Decio (249-251), Treboniano Galo (251-253) y Emiliano (253). De Valeriano, que se convirtió en emperador en el 253 y cayó prisionero de Sapor I en el 259, sólo conservamos los capítulos finales de su biografía, cf. *Intr.*, p. 11.

[2] Parece aludir a la conquista de Roma por los galos en el año 390 a. de C., tras su victoria junto al río Alia.

[3] Puede referirse a las continuas victorias de Aníbal sobre los romanos durante la Segunda Guerra Púnica.

quizá menos importantes [4]. Mitrídates el Póntico [5]
dominó todo el Asia Menor; pues bien, fue venci-
do y actualmente el Asia Menor es de los romanos. 6
Si quieres mi consejo, aprovecha la ocasión de paz
y devuelve a Valeriano con los suyos. Yo me ale-
gro de tu buena suerte, pero sólo si sabes servirte
de ella.»

2 Veleno, rey de los cadusios [6], escribió como si-
gue: «Recibí con alegría, íntegras e incólumes, las
tropas auxiliares, que yo te había enviado. Pero no
me alegro tanto de que Valeriano, príncipe entre
los príncipes, haya sido capturado; me alegraría
más si fuese devuelto. Pues, los romanos son más
temibles cuando son vencidos. Por ello, actúa como 2
conviene al hombre prudente y que la fortuna, que
a muchos engañó, no te envanezca. Valeriano tiene
un hijo Emperador y un nieto César [7], ¿y qué me
dices de todo el mundo romano, que unido se le-
vantará contra ti? Deja en libertad, por tanto, a Va- 3
leriano y haz la paz con los romanos, provechosa
también para nosotros a causa de las tribus del Pon-
to.» [8]

3 Artabasdes [9], rey de los armenios, envió la si-
guiente carta a Sapor: «A mi me corresponde una
parte de tu gloria, pero me temo que, más que ven-
cer, has plantado semillas de guerra. Su hijo recla- 2

[4] Aceptamos aquí la lectura de Obrecht, *inferioribus*. El *interioribus* de los mss. P y E, admitido por Hohl, parece fuera de contexto.

[5] La Primera Guerra Mitridática terminó con la victoria de Sila en el 85. La Segunda, favorable también a las armas romanas, representadas en este caso por Pompeyo, finalizó en el 66.

[6] Pueblo del nordeste de la Media, que habitaba una región bañada por el Mar Caspio.

[7] Galieno y Salonino, cf. *Los dos Galienos*.

[8] El Ponto Euxino o Mar Negro. Los habitantes de aquella región, aliados del pueblo romano, dejarían de hostigar al rey sasánida y a sus aliados. La intención del texto parece ser demostrar los numerosos aliados con que contaba Valeriano; cf. 4.

[9] No se conoce la existencia de ningún rey armenio de este nombre en el siglo III d. de C.

ma a Valeriano y su nieto y los generales romanos
y toda la Galia y toda África y toda Hispania y
toda Italia y todos los pueblos del Ilírico, de Orien-
te y del Ponto, todos los que están de acuerdo con
los romanos o sometidos a su autoridad. Has cap- 3
turado a un anciano, pero te has hecho enemigo de
todos los pueblos del mundo y quizá lo mismo nos
ocurra a nosotros, pues enviamos tropas auxiliares,
somos vuestros vecinos y siempre trabajamos para
vosotros, luchando a vuestro lado.»

4 Bactrianos [10], íberos [11], albanos [12] y tauroesci-
tas [13] no aceptaron las cartas de Sapor, por contra
escribieron a los generales romanos prometiendo
tropas auxiliares para liberar a Valeriano de su cau-
tiverio.

Sin embargo, mientras Valeriano envejecía entre 2
los persas, Odenato de Palmira [14] reunió un ejér-
cito y restableció el Estado romano casi en sus an-
tiguos límites. Capturó los tesoros del rey parto, in- 3
cluso sus concubinas, a las que estos reyes tienen
en más estima que sus tesoros. Sapor temió más, en- 4
tonces, a los generales romanos y rápidamente, por
miedo a Odenato y Balista [15], se refugió en su rei-
no. Y este fue, por algún tiempo, el fin de la guerra
pérsica.

5 Esto es lo que merece ser conocido acerca de Va-
leriano, cuya vida, loable a lo largo de setenta años,
ascendió a tal grado de gloria, que, después de ejer-
cer todos los cargos y magistraturas de manera in-
signe, fue hecho emperador no, como suele ocurrir,
en una asamblea tumultuaria del pueblo, ni en una

---

[10] *Bactriani*. Habitantes de la Bactriana, región asiática que actualmente se incluiría en el Turquestán afgano.

[11] *Hiberi*. Situados al norte del Cáucaso.

[12] *Albani*. Habitantes de Albania, antigua región caucásica.

[13] *Tauroscythae*. Habitaban la parte norte de la actual Crimea, al sur de Rusia.

[14] Cf. *Treinta usurpadores*, 15.

[15] Cf. *Treinta usurpadores*, 18.

revuelta de soldados, sino por la justicia de sus méritos y casi con la unánime opinión de todo el mundo. Ciertamente, si a todos se diera la posibilidad 2
de decidir qué emperador desean, no sería elegido ningún otro.

Y para que conozcas la enorme importancia que 3
tuvieron los merecimientos públicos de Valeriano, escribiré algunos decretos del senado en los que todos podrán advertir qué opinión tuvo siempre sobre él este ilustrísimo estamento.

Siendo cónsules los dos Decios, como se celebra- 4
se, a instancias del emperador, una sesión del senado en el templo de Cástor y Pólux [16] el sexto día antes de las calendas de noviembre, se inquirió la opinión de cada uno de los senadores sobre a quien debería encomendarse la censura [17] (pues los Decios habían dejado este asunto bajo la potestad del nobilísimo senado). En primer lugar, el pretor preguntó: «¿Cuál es vuestro deseo, padres conscriptos, en lo que a la elección del censor se refiere?»; después requirió la opinión de aquél, que en ausencia de Valeriano (pues él estaba entonces con Decio en el campo de batalla) era el *princeps* del senado [18]. Entonces, todos, contra la costumbre normal al emitir sus votos, dijeron unánimemente: «La vida de Valeriano es una censura. Aquél, que es el me- 5
jor para todos, nos juzgará a todos. Aquél, que no ha cometido ningún delito, juzgará al senado. Aquél, a quien nada puede reprocharse, emitirá su opinión sobre nuestra vida. Valeriano fue censor 6
desde la niñez. Valeriano ha sido censor durante

[16] Cf. *Maximinos*, n. 35.

[17] Desde los primeros tiempos del imperio la censura fue asumida por los propios emperadores entre sus atribuciones (cf. 4,8) o simplemente suprimida. Como indica Magie (*op. cit.*, III, p. 8 y n. 3) este intento de restablecer la magistratura que se señala en el texto es probablemente falso y forma parte de la tendencia del biógrafo a magnificar la importancia del senado en la política del imperio.

[18] Cf. *Gordianos*, 9,7.

toda su vida. Senador prudente, senador moderado, senador sereno. Amigo de los buenos, enemigo de los tiranos, enemigo de los delitos, enimigo de los vicios. Todos le acogemos como censor. Todos 7
queremos imitarle. El es el primero por su linaje, noble por su sangre, intachable en su vida, ilustre por su educación y singular en sus costumbres siguiendo el ejemplo de los antiguos.» Tras repetir 8
estos pensamientos varias veces, añadieron: «Todos estamos de acuerdo.» Así, se terminó la sesión.

6 Cuando Decio recibió este decreto del senado, convocó a todos los cortesanos, mandó llamar también al mismo Valeriano y, en esta reunión de los hombres más distinguidos, leyó en voz alta el decreto del senado y dijo: «Feliz tú, Valeriano, por 2
la opinión que de ti tiene todo el senado, o mejor aún, por la opinión que de ti tienen los espíritus y corazones de todo el orbe humano. Recibe la censura, que a ti te entrega el Estado romano, pues sólo tú la mereces. Habrás de juzgar sobre la conducta de todos, también sobre nuestra propia conducta. Tú determinarás quienes deben permanecer 3
en la Curia, restablecerás la clase ecuestre y la situarás en su antiguo estado [19], fijarás el límite de los diferentes censos, asegurarás, distribuirás, y establecerás los impuestos y controlarás los asuntos públicos, se te dará autoridad para escribir leyes y 4
habrás de juzgar sobre los escalafones militares; 5
tendrás a tu cargo el armamento y habrás de emitir 6
un juicio sobre nuestro Palacio, nuestros jueces y los prefectos más eminentes; salvo el prefecto de la

[19] El *ordo equester* adquirió gran importancia en la vida imperial; en él se reclutaban altos cargos como el prefecto del Pretorio, el de Egipto o el *praefectus annonae*. A partir de Severo, esta clase social quedó abierta a los militares de condición humilde, ya que el centurionado podía constituir el primer escalón en la carrera de un caballero; tal vez, ese restablecimiento del que habla el texto se refiere a la necesidad de impedir que los militares de carrera ingresaran en tal *ordo*.

ciudad de Roma, los cónsules ordinarios [20], el rey
de los sacrificios [21] y la suprema virgen Vestal [22]
—mientras se mantenga pura— dictarás sentencia
sobre todo. Pero incluso aquéllos sobre los que no
puedes juzgar se esforzarán en complacerte.» Estas 7
fueron las palabras de Decio, a las que Valeriano re-
plicó de esta manera: «Te pido, venerable empera-
dor, que no me asignes la responsabilidad de juz-
gar al pueblo, a los soldados, al senado y al con-
junto de los jueces, tribunos y generales. Es por 8
ello por lo que tú tienes el nombre de Augusto; el
oficio de censor te corresponde a ti y no puede ser
ejercido por un simple ciudadano. Por tanto te pide 9
la indulgencia para este cargo, que está en desacuer-
do con mi vida, no guarda proporción con mi ca-
pacidad y está en contra de estos tiempos, pues la
naturaleza de los hombres no desea ya la censura.»

7 Podría contar muchos otros decretos del senado
y juicios de los más notables sobre Valeriano, si no
fueran conocidos en su mayor parte por vosotros
y no experimentara cierto pudor al ensalzar de tal
manera a un hombre, que fue vencido por su inexo-
rable destino. Ahora me referiré a Valeriano el Me-
nor.

8 Valeriano el Joven, hijo de madre distinta que la
de Galieno, atractivo por su aspecto, admirable por
su moderación, ilustre por su erudición si tenemos
en cuenta su edad, respetable por sus costumbres
y alejado de la vida libertina de su hermano, fue
nombrado César por su padre cuando estaba au-
sente y, según dice Celestino [23], recibió de su her-
mano el título de Augusto [24]. Nada hay digno de 2

[20] Cf. Caracalla, n. 10.

[21] *Rex sacrorum*. Institución muy antigua —se piensa incluso que puede proceder de la época monárquica— que se encontraba entre las más importantes de la jerarquía religiosa.

[22] Didio Juliano, n. 9.

[23] Autor desconocido.

[24] Cf. *Galienos*, 14, 9-11.

mención en su vida a no ser que nació en un linaje noble, fue educado espléndidamente y murió de manera desgraciada.

Y puesto que sé que muchos, cuando leen en su 3
sepultura la inscripción «Valeriano emperador», se equivocan al creer que fue devuelto el cuerpo del Valeriano capturado por los persas, pensé que debía escribir, para que no se deslice ningún error, que Valeriano el joven fue enterrado en los alrededores de Milán y que por orden de Claudio se agregó esta inscripción: «Valeriano emperador.»

No creo que nada más se deba indagar acerca del 4
Viejo o el Joven Valeriano. Y puesto que tengo mie- 5
do de excederme en los límites de este volumen si incluyo en él a Galieno —el hijo de Valeriano, del que ya os hemos contados muchas cosas, quizás demasiadas, en la vida de su padre— y a Salonino, el hijo de Galieno, a quien la historia de su tiempo llamó también Galieno, pasaré, como he prometido, a otro volumen. Pues, siempre me someteré a vosotros y a la fama, a la que nada podemos negar [25].

---

[25] La traducción de este pasaje ha sido realizada con ayuda de las conjeturas que Peter introdujo para completar las lagunas existentes en él.

23. LOS DOS GALIENOS

(Trebelio Polión)

1 Capturado Valeriano (¿dónde, en efecto, debe iniciarse la vida de Galieno [1], a no ser en esta gran desgracia que arruinó su vida?), con un Estado tambaleante, pues Odenato [2] se había hecho con el poder en Oriente, y con un Galieno que se alegraba al descubrir la cautividad de su padre, los ejércitos vagaban sin rumbo fijo [3], los generales murmuraban en cualquiera de las provincias y en todos había tristeza porque Valeriano, el emperador romano, era retenido en Persia como si fuera un esclavo. Pero la tristeza era mayor porque Galieno, tras ocupar el poder, estaba arruinando al Estado con su conducta tanto como su padre lo había hecho al ser víctima del destino. Entonces, siendo cónsules 2
Galieno y Volusiano, se reúnen Macriano y Balista[4], convocan los restos del ejército y, como el imperio romano de Oriente se encontraba en situa-

[1] Galieno es un emperador particularmente maltratado por la *Historia Augusta*, ya sea por su desconsideración hacia el senado al privarle de los mandos militares, ya sea para dar mayor realce a la figura de Claudio, ascendente de Constancio Cloro. Sin embargo, la crítica moderna tiende a revalorizar su figura y se considera que sin su labor la obra de restauración de los emperadores ilíricos hubiera resultado imposible.

[2] *Treinta usurpadores*, 15.

[3] A partir de aquí seguimos hasta el parágrafo 2 las conjeturas de Obrecht y Peter, que han servido para completar las lagunas existentes en el manuscrito P.

[4] Cf. *Treinta usurpadores*, 12 y 18.

ción inestable, buscan a quién hacer emperador.
Pues Galieno se comportaba tan negligentemente
que ni siquiera se hizo mención de él ante el ejér-
cito. Finalmente, pareció bien nombrar emperado- 3
res a Macriano y sus hijos con el fin de que asu-
mieran la defensa del Estado. De este modo, el po-
der imperial fue entregado a Macriano; las causas 4
de que él, en compañía de sus hijos, dirigiese el im-
perio fueron éstas [5]: primero, que ninguno en aquél
tiempo era considerado más sabio para gobernar ni
más apto para administrar el Estado; en segundo lu-
gar, era riquísimo y podía suplir con su propia for-
tuna el gasto público; a ello se añadía que sus hi- 5
jos, jóvenes muy valerosos, se entregaban a la
guerra con toda su capacidad, de modo que cons-
tituían un ejemplo para las legiones en todas las
obligaciones militares.

2 Entonces, Macriano, tras ocupar las regiones que
estaban a su alcance, solicitó ayuda de todas partes
y dirigió bajo su mando la guerra, superando todas
las medidas, que habían podido imaginarse contra
él [6]. Macriano destinó a Pisón [7], uno de los nobles 2
y principales del senado, a Acaya para que derro-
case a Valente [8], que gobernaba aquella región del
Estado con el título de procónsul. Sin embargo, Va- 3
lente, cuando descubrió que Pisón venía contra él,
asumió el poder imperial. Pisón, entonces, se reti-
ró a Tesalia, donde murió junto a otros muchos, 4
derrotado por los ejércitos enviados contra él por
Valente. También Pisón fue designado emperador
con el sobrenombre de Tesálico. Entretanto, Ma- 5
criano, cuando el Oriente se hubo estabilizado,
dejó allí a uno de sus hijos y marchó primero a Asia

---

[5] Pasaje lacunoso en P que Hohl ha completado en parte con las lecturas de Σ.

[6] De nuevo pasaje lacunoso.

[7] Cf. *Treinta usurpadores*, 21.

[8] Cf. *Treinta usurpadores*, 19.

y luego al Ilírico. En el Ilírico se enfrentó a Domi- 6
ciano [9], un general del emperador Aureolo que se
había alzado con el poder en contra de Galieno,
con un ejército de treinta mil soldados, que dirigía
conjuntamente con uno de sus hijos. Pero Macria- 7
no y su hijo —que se llamaba también Macriano—
fueron vencidos y todo el ejécito se entregó al em-
perador Aureolo [10].

3 Mientras el Estado se encontraba en gran confu-
sión, prácticamente en todas sus regiones, Odena-
to, cuando descubre que Macriano y su hijo han
muerto, que Aureolo gobierna y que Galieno ejer-
ce su autoridad con más indolencia, se apresura a
capturar, por si la suerte tiene a bien concedérselo,
al otro hijo de Macriano y a su ejército. Pero los 2
que se hallaban con el hijo de Macriano —cuyo
nombre era Quieto [11]—, como estaban de acuerdo
con Odenato por la instigación de Balista, prefecto
de Macriano, mataron al joven y, tras arrojar su
cuerpo por la muralla, se entregaron de forma ma-
siva a Odenato. Así, Odenato se convirtió en em- 3
perador de casi todo Oriente, mientras Aureolo re-
tenía el Ilírico y Galieno conservaba Roma. El mis- 4
mo Balista mató, además de a Quieto y al guardián
del tesoro, a muchos ciudadanos de Emesa [12], ciu-
dad, a la que habían huido los soldados de Macria-
no, que fue prácticamente destruida. Entre tanto, 5
Odenato, como si estuviese del lado de Galieno, or-
denaba que todo lo que ocurría le fuera anunciado
a éste con rigurosa veracidad.

Sin embargo, Galieno, cuando supo que Macria- 6
no y sus hijos habían muerto, como si estuviese se-
guro de los acontecimientos y su padre ya hubiese

[9] Cf. *Treinta usurpadores*, 12, 14.

[10] En este tiempo, Aureolo era todavía un general de Galieno, pues no se proclamó emperador hasta el 268.

[11] Cf. *Treinta usurpadores*, 14.

[12] Ciudad de la Celesiria, hoy Homs.

sido recuperado, se entregó al placer y a la lujuria. 7
Dio espectáculos circenses, escénicos, gimnásticos,
incluso una cacería y luchas de gladiadores, y con-
vocó al pueblo, como en los días triunfales, para la
celebración y el aplauso. Y aunque muchos lamen- 8
tasen la cautividad de su padre, él se alegraba des-
medidamente y, pretextando honrarle, decía que su
padre había sido capturado por su afán de virtud. 9
Se sabe con certeza que él no hubiera podido so-
portar las recriminaciones de su padre y que su de-
seo más ardiente era no tener que soportar sobre
sus hombros el peso de la autoridad paterna.

4 Por aquellos tiempos, Emiliano [13] asumió el po-
der imperial en Egipto y, tras apoderarse de los gra-
neros, derrotó a muchas ciudades con el agobio del
hambre. Sin embargo, Teódoto, general de Galie- 2
no, trabó combate con él, le capturó, le despojó de
sus galas imperiales y le entregó vivo al empera-
dor [14].

Mientras Galieno continuaba apegado al lujo y 3
la corrupción, se ocupaba en diversiones y orgías
y no gobernaba, sino como lo hacen los niños que
juegan a ejercer el poder, los galos, en quien es ca-
racterístico no poder tolerar a los gobernantes in-
dolentes, alejados de la virtud romana e inclinados
al lujo, nombraron a Póstumo emperador [15]; éste
contaba con el apoyo de los ejércitos, que detesta-
ban a un emperador entregado por completo a los
placeres. Galieno condujo su ejército contra éste, 4
pero, cuando empezaban a sitiar la ciudad en la que
Póstumo se había refugiado, al rodear los muros
que los galos defendían, fue herido por una flecha. 5
Póstumo gobernó las Galias durante siete años y
las defendió con gran energía de las incursiones bár-

[13] Cf. *Treinta usurpadores*, 22.

[14] Para la traducción del pasaje 4 y 2 hemos aceptado parcialmente algunas de las conjeturas que da Obrecht para completar la laguna de P.

[15] Cf. *Treinta usurpadores*, 3.

baras. Galieno, obligado por las desgracias, hizo la 6
paz con Aureolo para luchar contra Póstumo, con
quien entabló una larga guerra, en la que, con for-
tuna variable, se sucedieron los asedios y comba-
tes. A tales males se añadía que los escitas[16] habían 7
invadido Bitinia y destruido sus ciudades. Fue en- 8
tonces cuando, tras incendiarla, devastaron la ciu-
dad de Astaco, que después fue llamada Nicome- 9
dia. En fin, como si todas las regiones del imperio
se hubieran sublevado, como si se hubiese produ-
cido la conjuración de todo el mundo, surgió tam-
bién en Sicilia una especie de guerra servil, secun-
dada por ladrones y vagabundos, que muy a duras
penas pudo ser subyugada.

5 Y todo esto se hacia por desprecio a Galieno;
pues no hay una situación que favorezca más la apa-
rición de la osadía entre los malvados o de las ilu-
siones entre los buenos que el temor a un mal em-
perador o el desprecio a un emperador corrompido.

Siendo cónsules Galieno y Fausiano, entre tan- 2
tas calamidades bélicas, se produjo además un gra-
vísimo terremoto y hubo oscuridad durante mu-
chos días. Se escuchó también un trueno que pro- 3
venía del retumbar de la tierra, y no del tronar de
Júpiter. A consecuencia del terremoto muchas
construcciones se derrumbaron cuando sus habi-
tantes se encontraban en el interior y muchos hom-
bres murieron de miedo. Este desastre fue más fu-
nesto en las ciudades de Asia, pero también Roma
y Libia se vieron afectadas por él. La tierra se abrió 4
en muchos lugares y por las hendiduras brotó agua
salada. El mar inundó muchas ciudades. Entonces 5
se buscó el favor de los dioses; consultados los li-
bros Sibilinos y de acuerdo con lo prescrito por
ellos, se hicieron sacrificios a Júpiter Salvador[17].

---

[16] Tal invasión parece que tuvo lugar el año 258. El biógrafo suele referirse con el término escitas a los godos.

[17] Epíteto de Júpiter, equivalente al Σωθήρ de los griegos, que es relativamente frecuente en algunas inscripciones romanas.

Pues había surgido una epidemia de peste tan gran-
de en Roma y en las ciudades griegas que en un so-
lo día murieron por la misma enfermedad cinco mil
hombres.
Cuando la fortuna se mostraba cruel, mientras, 6
en un sitio un terremoto, en otro las hendiduras del
suelo y en todas partes la peste devastaban el mun-
do romano, mientras Valeriano permanecía en cau-
tividad y los galos estaban sitiados casi por com-
pleto, mientras Odenato hacía la guerra, Aureolo
cercaba el Ilírico[18] y Emiliano había ocupado
Egipto, una parte de los godos[19]... cuyo nombre,
como he dicho más arriba, ha pasado a los godos,
tras devastar Tracia, invadió Macedonia y puso si-
tio a Tesalónica[20], y en ninguna parte, ni siquiera
en un grado intermedio, hubo tranquilidad. Todo 7
esto se hacía, como hemos comentado frecuente-
mente, por desprecio hacia Galieno, el hombre más
apegado al lujo y mejor dispuesto para cualquier
6 acto vergonzoso que no implicara riesgo. Contra
estos godos se luchó en Acaya, de donde se retira-
ron tras ser vencidos por los aqueos, que estaban a
las órdenes de Marciano. Sin embargo, los escitas, 2
es decir, una parte de los godos, devastaron Asia;
fue espoliado e incluso incendiado el Templo de la
Luna de Efeso[21], cuyo nombre es famoso entre los
pueblos. Avergüenza contar lo que Galieno decía 3
casi en broma en estos tiempos, cuando se sucedían
estos hechos y las desgracias del género humano
eran continuas. Así, cuando le fue anunciado que 4
Egipto se había separado se dice que comentó: «¿Y
qué?, ¿no podemos estar sin el lino egipcio?» Y 5

[18] Aceptamos la conjetura *Illyricum* de Eyssenhardt para completar la laguna de P.

[19] Laguna en el texto.

[20] Según Zósimo (I 29,2), el sitio de Tesalónica por los godos tuvo lugar el 253 ó 254.

[21] Dedicado, como se sabe, a Artemis; sobre esta invasión, cf. 7, 3.

cuando descubrió que Asia había sido devastada por la acción de los elementos y las incursiones escitas, afirmó: «¿Qué?, ¿no podemos pasarnos sin afronitro?» Y después de perder la Galia, se dice 6
que riendo comentó: «¿Acaso está más seguro el 7
Estado con los mantos de los atrabates?» [22]. En fin, de este modo bromeaba sobre todas las regiones del mundo, cada vez que alguna de ellas se perdía, con idea de aparentar que había sido privado de cosas
sin importancia. Y para que en la época de su rei- 8
nado no faltase ninguna desgracia, la ciudad de Bizancio, famosa por las guerras navales y puerto del Ponto, fue destruida de tal manera por los soldados del propio Galieno que no hubo ni un solo su-
perviviente [23]. Y no se podría encontrar entre los 9
bizantinos una familia antigua si no fuera porque alguno, ocupado en un viaje o enrolado en el ejército, se libró de la matanza y pudo representar la
7 antigüedad o nobleza de su linaje. Galieno, entonces, emprendió la guerra contra Póstumo con Aureolo y con el general Claudio, que depués sería emperador, el primero del linaje de nuestro César Constancio [24]. Póstumo, ayudado por múltiples tropas auxiliares provenientes de los celtas y de los francos, marchó a la guerra con Victorino [25], a quien había hecho copartícipe de su poder imperial. Después de entablar numerosos combates con alternativas diversas, la victoria correspondió al
bando de Galieno. Tenía éste la audacia que surge 2
del valor repentino, pues algunas veces reaccionaba con violencia ante las injurias recibidas. Finalmente, marchó a Bizancio para vengar a sus habitantes y, aunque no pensaba que pudiera ser recibido den-

[22] Pueblo de la Galia Bélgica.
[23] Cf. 7, 2, donde se habla del castigo infligido a los autores de tal matanza.
[24] Cf. *Claudio* 13, 2.
[25] Cf. *Treinta usurpadores*, 6.

tro de los muros de la ciudad, se le permitió la entrada al día siguiente mediante un acuerdo; pero después, rompió éste y dio muerte a todos los soldados, que desarmados se hallaban rodeados en círculo por los contingentes del emperador[26]. Tam- 3
bién en aquellos tiempos los escitas fueron arrasados en Asia gracias al valor e inteligencia de los generales romanos, y, a continuación, regresaron a sus lugares de origen.

Tras masacrar a los soldados de Bizancio, Galie- 4
no, como si hubiese realizado algo grande, voló a Roma en rápida carrera y, después de convocar al senado, celebró las *decennalia*[27], con nuevos tipos de espectáculos, con un esplendor inusitado y con una muestra escogida de toda clase de diversiones:
8 Tan pronto como llegó, marchó hacia el Capitolio entre los senadores, vestidos con la toga, los miembros del orden ecuestre, y los oficiales vestidos de blanco; precediéndoles avanza todo el pueblo, y abren la marcha casi todos los siervos y las mujeres con lámparas y antorchas de cera. Delante marchan, 2
además, a izquierda y derecha, cien bueyes blancos con los cuernos entrelazados con cintas doradas, resplandecientes a causa de los dorsales de seda de diferentes colores; doscientas ovejas, admirables 3
por su blancura avanzan también por ambos lados, y, al lado, diez elefantes, que había entonces en Roma; mil doscientos gladiadores, adornados con gran pompa con los mantos dorados de sus matronas, y a ellos se unen doscientos animales domésticos de toda clase, revestidos con ornatos esplén-

[26] Se desconoce por qué motivos los soldados llevaron a cabo la matanza de Bizancio referida en 6, 8.

[27] La organización de estos juegos se remonta a Augusto, quien los celebraba cada vez que se producía la prórroga de sus poderes por diez años. Estas *decennalia* de las que habla el texto parecen haber tenido lugar en el 262, diez años después de que Galieno y Valeriano fueran nombrados emperadores; algunas monedas conmemorativas son testimonio de ello.

didos, carrozas con mimos y todo tipo de histriones y púgiles con correas [28], no como los que se enfrentan en las luchas normales. Todos los bufones representaron «Ciclopeas» [29], algunas eran asombrosas y dignas de admiración. Los caminos reso- 4
naban por todas partes con los vítores, los gritos y los aplausos. El emperador, en medio, marcha ha- 5
cia el Capitolio con la toga triunfal y la túnica palmada, entre los senadores, como hemos dicho, y en compañía de todos los sacerdotes, vestidos con la toga pretexta. Flanqueándole el camino, había 6
lanzas doradas, distribuidas de quinientas en quinientas, centenares de banderas sin contar las que son propias de cada corporación, y los emblemas de las cohortes y las estatuillas de los templos [30] y los estandartes de todas las legiones. Desfilaban, 7
además, individuos que representaban a diferentes naciones, a los godos, sármatas, francos y persas,
9 no menos de doscientos en cada grupo. Con este desfile aquel hombre incapaz cree engañar al pueblo romano. Sin embargo —así son las bromas de los romanos—, uno declara favorecer a Póstumo, otro a Regiliano [31], otro a Aureolo o a Emiliano y otro a Saturnino [32], pues también éste se conside-

---

[28] *Flacculis.* Es un hapax del que se han dado diferentes traducciones: Balbino García (op. cit., p. 928 y n. 19) considera que la palabra concierta con *púgiles* e indica el sentido falso de éstos respecto a los auténticos púgiles; su traducción es: «... púgiles flacos representando parodias de lucha.» Sin embargo, la traducción de Magie nos parece más acertada: «and boxers who fought, not in genuine combat, but with the softer straps» (*op. cit.*, III, p. 32 y n. 1); este autor considera que los *flacculi* eran unas correas que protegían las manos de los pugilistas de las que habla Pausanias en VI 23, 3 (cf. ἱμάντες οἱ μαλακώτεροι).

[29] *Cyclopea.* Representaciones burlescas que tenían por objeto parodiar la figura de los Cíclopes. A ellas se refiere también Horacio (cf. *S.* I 5,64 y *E.* II 2,125).

[30] Se refiere a las estatuas patronales de los distintos campamentos de las legiones.

[31] Cf. *Treinta usurpadores*, 10.

[32] Cf. *Treinta usurpadores*, 23.

raba ya emperador. Y en medio de todo ello, exis- 2
tía un enorme descontento por la cautividad del pa-
dre, a quien su hijo había abandonado sin vengan-
za, aunque los extraños habían intentado vengarle
de una u otra manera [33]. Pero no se conmovía Ga- 3
lieno por tal asunto, pues tenía el corazón embo-
tado por los placeres, sino que preguntaba a los que
estaban alrededor de él: «¿Qué tenemos para co-
mer?, ¿qué diversiones se han preparado?, ¿qué
tipo de representación y qué clase de juegos circen-
ses habrá mañana? Así, tras acabar el desfile y des- 4
pués de celebrar las hecatombes [34], vuelve a su re-
gia residencia y, cuando terminaron los banquetes
y festines, fijó otros días para nuevas diversiones
públicas. No debe quedar en silencio cierta broma, 5
que ha llegado a ser muy conocida: un grupo de
persas era llevado en la procesión, como si se tra-
tase de prisioneros (cosa ridícula); entonces ciertos
bufones se mezclaron con ellos, indagando todo
con avidez y examinando con particular deteni-
miento el rostro de cada uno de ellos. Al pregun- 6
társeles porqué actuaban de manera tan insólita, los
bufones respondieron: «Buscamos al padre del em-
perador.» Cuando esto llegó a oídos de Galieno no 7
fue conmovido por la vergüenza, la clemencia o el
amor filial, y ordenó quemar vivos a los bufones. 8
El pueblo soportó esta acción con más tristeza de
la que nadie hubiera supuesto. Los soldados, a su
vez, se apenaron de tal manera que no mucho des-
pués le devolvieron el golpe.

10 Siendo cónsules Galieno y Saturnino, Odenato, rey de Palmira, se convirtió en emperador de todo Oriente, y ello sobre todo porque, mientras Galieno no hacía nada o a lo sumo acciones ridículas, inútiles y placenteras, él se declaró, por sus valientes hazañas, digno de las insignias de tan gran au-

[33] Cf. 10, 1-3.
[34] Cf. *Maximinos*, n. 47.

toridad. En seguida emprendió una guerra contra 2
los persas para intentar la venganza de Valeriano,
de la que su hijo se había olvidado. Pronto ocupó 3
Nisibis y Carras; los habitantes de ambas ciudades
se entregaron a él y rechazaron a Galieno. No fal- 4
tó, sin embargo, una muestra de respeto de Ode-
nato hacia Galieno, pues le envió —casi como in-
sulto hacia él y jactancia de sí mismo— unos sátra-
pas [35] que había capturado. Cuando éstos llegaron 5
a Roma, aunque Odenato había sido el vencedor,
Galieno celebró el triunfo; pero no se hizo men-
ción del padre, a quien ni siquiera hubiera divini-
zado, cuando se enteró de que estaba muerto, si no
se le hubiera obligado —aunque, en realidad, el pa-
dre aún vivía, pues los rumores acerca de su muer-
te eran falsos—. Odenato asedió en Ctesifonte a 6
multitud de partos y, tras devastar todos los luga-
res de alrededor, mató a innumerables hombres. 7
Pero cuando los sátrapas de todas las regiones acu-
dieron a Ctesifonte para llevar a cabo una defensa
conjunta, los combates fueron largos, con alterna-
tivas diversas, y la victoria romana se demoró aún
más. Sin embargo, como Odenato no pretendía otra 8
cosa sino liberar a Valeriano, insistía día tras día y
se esforzaba como el mejor de los comandantes,
arrostrando el suelo extranjero las dificultades de
11 aquellos parajes. Mientras estos acontecimientos se
producían en suelo persa, los escitas invadieron Ca-
padocia. Tras capturar las ciudades de aquella re-
gión en una guerra también larga y de diversas al-
ternativas, se dirigieron a Bitinia. Por todo ello, los 2
soldados pensaron otra vez en la necesidad de un
nuevo emperador. Entonces, Galieno, como no
consiguió aplacarlos y reducirlos a su autoridad, se-
gún su costumbre, los mató a todos.

Mientras los soldados buscaban un príncipe dig- 3

[35] Entre los persas recibían tal nombre los gobernadores provinciales.

no de ellos, Galieno se convertía en arconte —es
decir, el sumo magistrado— de Atenas, impulsado
por aquella vanidad, que le hacía pretender no sólo
ser inscrito como ciudadano, sino estar presente en
todos los ritos sagrados. Esto no lo habían hecho 4
ni Adriano en la época más feliz del imperio ni An-
tonino en aquella paz floreciente, a pesar de que
ambos emperadores se habían dedicado con tal en-
trega a las letras griegas que, a juicio de los más
grandes hombres, apenas eran inferiores a los más
sabios [36]. Además, Galieno, despreciando las cues- 5
tiones de Estado, deseaba ser incluido entre los
miembros del Areópago [37], pues fue, no puede ne- 6
gársele, ilustre en la oratoria, en la poesía y en to-
das las artes. Suyo es aquél epitalamio, que entre 7
cien poetas resultó ganador. Pues cuando casó a los
hijos de sus hermanos, todos los poetas, tanto grie-
gos como latinos, recitaron epitalamios durante va-
rios días, y él, cogiendo las manos de los desposa-
dos, según algunos transmiten, recitó estos versos:

«Id, jóvenes míos, marchad, sentid juntos el [calor 8
que se desprende de vuestros apasionados [cuerpos,
que las palomas no superen vuestros su- [surros,
que las hiedras no aventajen a vuestros bra- [zos,
que la unión de las conchas no sea superior [a la de vuestros besos.» [38]

[36] Adriano fue arconte de Atenas antes de subir al poder (cf. *Adriano* 19, 1). Tanto él como Marco Aurelio se iniciaron en los Misterios eleusinos (cf. *Adriano* 13, 1 y *Marco* 27, 1).

[37] El Areópago es el consejo o tribunal más ilustre y antiguo de la Historia de Atenas, que siguió existiendo bajo la dominación romana al menos hasta el siglo IV. En principio se reclutaba entre los antiguos arcontes, pero el sentido del pasaje parece indicar que en esta época los arcontes habían perdido ese antiguo derecho.

[38] Cf. Baehrens, P. L. M., IV, pp. 103-104.

Es largo enumerar los versos y discursos, que le 9
permitieron brillar entre los poetas y oradores de
su tiempo. Pero una cosa se exige al emperador y
otra se requiere del poeta o del orador.

12 Con toda justicia se alaba una óptima acción de
Galieno. En efecto, en el consulado de su hermano
Valeriano y de su pariente Lucilio, cuando descu-
brió que los persas habían sido doblegados por
Odenato, que tanto Nisibis como Carras habían
pasado de nuevo a poder romano, que toda Meso-
potamia era nuestra, *llegándose por fin hasta* Cte-
sifonte, que el rey había huido, que se había cap-
turado a los sátrapas y que muchos persas habían
muerto, llamó Augusto a Odenato y, tras hacerle
partícipe del poder imperial, mandó que se acuñase
una moneda en su honor en la que se reflejase la
cautividad de los persas. El senado, la Ciudad y las
gentes de toda edad aprobaron tal decisión. Galie- 2
no fue, además, muy ingenioso y desde luego agra-
da contar algunas acciones en las que se demuestra
su ingenio: En cierta ocasión en que un toro in- 3
menso fue enviado a la arena y se hizo salir a un
cazador para abatirlo, Galieno, aunque aquél no
consiguió matarlo después de tenerlo a tiro diez ve-
ces, le arrojó una corona, y al preguntar todos por 4
qué hacía eso, cómo coronaba a un hombre tan inú-
til, él ordenó al heraldo que dijese: «Es cosa difícil 5
no herir a un toro con *tantas oportunidades.» Otra*
vez un individuo vendió a su mujer piedras precio-
sas de vidrio como si fuesen auténticas y ella, tras
conocer la verdad quiso vengarse entonces; Galie-
no pareció ordenar que el vendedor fuese entrega-
do a los leones, pero de la jaula salió un gallo ca-
pón; admirados todos por tan absurdo proceder,
ordenó anunciar al heraldo: «Un engaño cometió
y otro ha padecido.» Después dejó marchar al co-
merciante.

Mientras Odenato se ocupaba en la guerra con 6
los persas y Galieno, como solía, se dedicaba a ac-

tividades inútiles, los escitas llegaron a Heraclea [39] con una escuadra naval y desde allí regresaron a su patria con el botín, aunque muchos, tras ser derrotados en un combate naval, perecieron en el naufragio.

13 Poco después, Odenato murió, víctima de las asechanzas de su primo [40], en compañía de su hijo Herodes [41], a quien también había proclamado emperador. Entonces, Zenobia [42], su mujer, 2
puesto que los hijos que le quedaban, Hereniano [43] y Timolao [44], eran muy pequeños, asumió el poder y reinó durante mucho tiempo, no mujerilmente ni 3
según los modos femeninos, sino con más coraje y sabiduría no sólo que Galieno —mejor que él cualquiera, incluso una doncella, hubiera podido gobernar—, sino también que otros emperadores. Ga- 4
lieno preparó la guerra contra los persas y con ella la tardía venganza de su padre, tan pronto como le fue anunciado que Odenato había muerto. Después 5
de reunir un ejército por medio de su general Heracliano llevó a cabo la acción de un príncipe sabio. Sin embargo, este Heracliano, cuando marchaba contra los persas, fue vencido por los palmiranos y perdió todas las tropas que había reunido, pues Zenobia gobernaba virilmente entre los palmiranos y la mayoría de los orientales. Entretanto, 6
los escitas, navegando a través del mar Negro, penetraron en el Danubio y llevaron a cabo graves devastaciones en suelo romano [45]. Cuando Galieno se dio cuenta de ello, nombró a los bizantinos Cleo- 7
damo y Ateneo para que organizaran y fortificaran las ciudades; se luchó alrededor del mar Negro, y

[39] Situada en la costa norte de Bitinia.
[40] Su nombre era *Maeonius*, cf. *Treinta usurpadores*, 15, 5 y 17.
[41] Cf. *Treinta usurpadores*, 16.
[42] Cf. *Treinta usurpadores*, 30.
[43] Cf. *Treinta usurpadores*, 27.
[44] Cf. *Treinta usurpadores*, 28.
[45] Se trata de la invasión de los hérulos del año 267.

los bárbaros fueron vencidos por los generales bizantinos. También los godos fueron derrotados en un combate naval por el general Veneriano, aunque éste cayó dignamente en el campo de batalla. Lue- 8
go, los godos devastaron Cízico, el Asia Menor y toda Grecia, pero fueron vencidos por los atenienses al mando de Dexipo [46], un escritor de aquella época [47]. Expulsados de allí, vagaron por el Epiro, Macedonia y Mesia. Galieno, mientras tanto, im- 9
pulsado al fin por las desgracias públicas, se enfrentó a los godos, que merodeaban por el Ilírico y por un raro azar abatió a gran número de ellos. Al enterarse de esto, los escitas, tras hacer una barricada con sus carros, intentaron huir a través del monte Gesaces [48]. Entonces, Marciano se enfrentó a los 10
escitas con desigual fortuna [49]... Estas medidas llamaron a la rebelión a todos los escitas.

14 El general Heracliano mostró en todos estos hechos una gran dedicación al Estado. Sin embargo, como ni él ni Marciano pudieran tolerar las continuas iniquidades de Galieno, emprendieron un plan con el objetivo de que uno de los dos asumiera el poder [50]... Fue elegido Claudio, el mejor de todos, como diremos en su momento, quien, aunque no 2
tomó parte en la conspiración, era respetado unánimemente por los conjurados, y por ello parecía, como más tarde se pudo comprobar, digno del poder imperial. Éste es el Claudio de quien procede 3
Constancio, nuestro muy diligente César. Tomó 4
parte también en la conjura contra Galieno un tal Ceronio o Cecropio, gobernador militar de Dalma-

[46] En la batalla del río Nestos, entre Macedonia y Tracia; en ella participó también Galieno, aunque el biógrafo lo oculta deliberadamente.

[47] Cf. *Alejandro Severo*, n. 62.

[48] Desconocido. Magie (*op. cit.*, III, p. 44 y n. 4) apunta la posibilidad de que se trate del monte Rodope en Tracia.

[49] De nuevo, lagunas en el texto.

[50] Nueva laguna en el texto. Más información sobre estos acontecimientos en Zósimo I 40 y Zonaras XII 25.

cia, quien ayudó a éstos de manera inteligente y
moderada. Pero como no podía alcanzar el poder 5
mientras Galieno estuviera vivo, pensaron que debía realizarse un atentado contra su persona con el objetivo de apartar de la dirección del género humano, en un momento en que la república estaba cansada de tantas desgracias, a tan miserable ruina humana. Así, evitarían que el Estado, acostumbrado al teatro y al circo durante tanto tiempo, pereciese a causa del encanto de las diversiones. Tal fue 6
el plan que tramaron: Galieno estaba enfrentado a Aureolo porque éste había asumido para sí la más alta jerarquía del Estado y diariamente esperaba la llegada peligrosa e intolerable de este improvisado emperador.

Conociendo esto, Marciano y Cecropio ordena- 7
ron súbitamente que se anunciase a Galieno la inminente llegada de Aureolo. El reunió a sus tropas 8
y se encaminó a la batalla como si fuera cierto, y entonces fue asesinado por los sicarios enviados para tal fin. Se dice que Galieno fue abatido por la 9
espada de Cecropio, el gobernador de Dalmacia, y hay quien afirma que su muerte se produjo en las cercanías de Milán, donde también fue asesinado, de manera inmediata, su hermano Valeriano, un hombre del que muchos aseguran que fue Augusto, muchos que César y muchos que ninguna de las dos cosas. Esto último es improbable, pues, des- 10
pués de ser capturado Valeriano, encontramos escrito en los fastos: «Durante el consulado del emperador Valeriano.» ¿Qué otro Valeriano puede ser, sino el hermano de Galieno? Tenemos noticia 11
de su linaje, pero no conocemos su rango o, como otros han empezado a llamarlo, su dignidad imperial [51].

---

[51] El autor emplea los términos *dignitas* y *maiestas*, que nosotros hemos traducido aquí, respectivamente, por «rango« y «dignidad imperial».

15 Después de morir Galieno se produjo una gran
rebelión de los soldados, movidos por la esperanza
de botines y de espolio público, decían para pro-
vocar el odio, que les había sido arrebatado un em-
perador útil e indispensable para ellos, y al mismo
tiempo poderoso y competente. Por esta causa, se 2
llevó a cabo una reunión de los principales jefes,
para que calmasen a los soldados de Galieno de
aquella manera con la que suelen ser aplacados. En-
tonces, después de que Marciano les prometiera y
ellos aceptaran veinte áureos para cada uno (pues
tenía a su disposición abundancia de tesoros), los
soldados, por propia iniciativa, hicieron que Galie-
no apareciera en los fastos como un usurpador. Así, 3
aplacados los soldados, Claudio, hombre venerable
y justamente respetado, querido por todos los
hombres buenos, amigo de la patria, amigo de las
leyes, grato al senado y muy reconocido por el pue-
blo, recibió el poder imperial.

16 Esta fue la vida de Galieno, que yo he contado
con brevedad en estas páginas, un individuo que,
engendrado para comer, beber y disfrutar de los
placeres, perdió sus días y sus noches en el vino y
las orgías y provocó que el mundo entero fuera de-
vastado por la aparición de casi veinte [52] usurpado-
res, entre los que había mujeres que gobernaron
mejor que él. Y para que no quede sin mención su 2
deplorable habilidad, digamos que en primavera ha-
cía alcobas con las rosas y realizaba castillos con la
fruta. Conservó uvas durante tres años y sirvió me-
lones en medio del invierno. Enseñó de qué mane-
ra se podía tener mosto durante todo el año. Siem-
pre ofrecía fuera de estación higos frescos y otras
frutas recién cortadas del árbol. Siempre cubrió sus
mesas con manteles recamados en oro. Hizo vasos 3

[52] Aunque aquí dice *viginti*, después se nos narrará las biografías de los *Tyranni triginta*, que serán definitivamente 32, cf. *Treinta usurpadores*, n. 1.

adornados con piedras preciosas que también eran
de oro. Rociaba con polvo de oro sus propios ca- 4
bellos. A menudo se paseaba con la corona radia-
da [53]. En Roma, donde los emperadores aparecían
siempre con la toga, se le vio vestido con una clá-
mide purpúrea, que tenía broches de oro y piedras
preciosas. Tenía una túnica viril de púrpura y oro,
con mangas. Usaba un tahalí con brillantes y se ata-
ba con correas, adornadas de gemas, unas sandalias
a las que solía llamar «reticuladas» [54]. Acostumbra- 5
ba a ofrecer banquetes en público. Ablandó al pue- 6
blo con donaciones y desde su asiento repartía re-
galos al senado. Admitió a las matronas en su Con-
sejo, y él mismo les entregaba cuatro monedas de
oro con su nombre cuando éstas besaban su mano.
17 Al saber que su padre Valeriano había sido captu-
rado, se dice que dijo acerca de él lo que el mejor
de los filósofos afirmó, tras la pérdida de su hijo:
«Sabía que le había engendrado mortal.» [55] Y no fal- 2
tó Anio Cornícula [56] para falsamente alabar a Ga-
lieno con sus palabras, como si fuera un valeroso
emperador. Frecuentemente hacía su aparición al 3
sonido de la flauta y se retiraba con el sonido del
órgano [57], ordenando que sonase la música cuando
salía o regresaba. En verano se lavaba seis o siete 4

[53] Símbolo del poder que en principio se reservaba para los emperadores dinivizados, pero después fue llevada por muchos emperadores del siglo III, a medida que se iba produciendo la orientalización del régimen imperial.

[54] *Campagus reticulatus*. El *campagus* era una sandalia utilizada por los patricios que, sujeta en el talón y entre los dedos, dejaba el pie al descubierto. Las correas del *campagus*, atadas a la pierna, podían formar una red que se adornaba con pedrería.

[55] Atribuida por Cicerón a Anaxágoras, cf. *Tusc.* III 30 y 58. Cf., también, Séneca, *Polyb.* 11,2.

[56] Desconocido en otras fuentes.

[57] El órgano hidráulico, que fue inventado por *Ctesibius* de Alejandría en el siglo III a. de C., fue muy utilizado en la antigüedad. Sobre las circunstancias en que fue inventado, cf. B. García (*op. cit.*, p. 934, n. 30).

veces al día; en invierno, dos o tres. Bebió siempre 5
en copas de oro, despreciando el vidrio, pues en su
opinión no había nada más vulgar. Variaba siem- 6
pre los vinos y nunca bebió en un banquete dos co-
pas del mismo vino. Las concubinas se recostaron 7
con frecuencia en sus triclinios y casi siempre tuvo
dispuesta una segunda mesa para bufones y mimos. 8
Cuando iba a los jardines, que llevaban su nombre,
siempre le seguían todos los funcionarios de Pala-
cio. Le acompañaban los prefectos y jefes de todos
los servicios, quienes eran invitados a los banque-
tes y se bañaban en las piscinas al mismo tiempo
que el príncipe. A menudo también las mujeres eran 9
admitidas: con él las jóvenes hermosas, con aqué-
llos las viejas deformes. Y con frecuencia decía que
se divertía, mientras por todas partes toleraba la
18 ruina del mundo entero. Mostró, sin embargo, gran
crueldad hacia los soldados, matando, a veces, en
un solo día a tres y cuatro mil.

Ordenó que se hiciera una estatua para él, más 2
grande que el Coloso [58] y ataviada como el sol,
pero murió antes de acabarla. Había empezado a
hacerse con unas medidas tan grandes que parecía
tener doble tamaño que el Coloso. Había querido 3
ponerla en lo más alto del monte Esquilino y que
tuviera una lanza, por cuyo mango un niño pudie-
se ascender a lo más alto. Sin embargo, después, tal 4
proyecto pareció estúpido, tanto a Claudio como a
Aureliano, sobre todo porque también había orde-
nado que se hiciesen caballos y un carro de un ta-
maño acorde con el de la estatua y, además, que
fuera colocada en una base muy alta. Había pro- 5
yectado que el pórtico Flaminio [59] se prolongase
hasta el puente Mulvio y que tuviera cuatro hileras
de columnas o, como otros dicen, cinco; la prime-
ra hilera estaría compuesta por pilastras, en cuyo

[58] Cf. *Adriano*, n. 89.
[59] Es decir, construido a lo largo de la vía Flaminia.

frente aparecerían columnas con estatuas; la segunda, la tercera y el resto tendrían simplemente columnas, formando una fila de cuatro.

Es largo escribir todos los hechos que llevó a 6
cabo. El que quiera conocerlos que lea a Palfurio Sura [60], quien escribió el diario de su vida. Nosotros refirámonos a Salonino.

SALONINO GALIENO

19 Era hijo de Galieno y nieto de Valeriano. Pocas cosas merecen escribirse sobre él, salvo que nació de noble linaje, fue educado regiamente y murió no
por su propia culpa, sino por la de su padre. Existe 2
gran confusión acerca de su nombre. Muchos historiadores se refieren a él con el nombre de Galieno y otros tantos con el de Salonino. Quienes di- 3
cen que se llamaba Salonino explican que recibió tal nombre a partir de su nacimiento en Salona [61], y aquéllos que aseguran que su nombre era Galieno, dicen que tal nombre proviene de su padre y de su abuelo Galieno, quien, en otro tiempo, ocu-
pó un destacado lugar en el Estado. Hasta hoy se 4
ha conservado una estatua suya al pie del monte de Rómulo [62], esto es, delante de la Vía Sacra, entre el templo de Faustina y el de Vesta, junto al arco Fabiano [63]; en ella se lee la inscripción: «A Galieno el joven», y al lado, «A Salonino». A partir de lo cual su nombre podrá ser comprendido.

Es suficientemente conocido que Galieno supe- 5
ró los diez años de mandato. Digo esto porque mu-

---

[60] Autor desconocido.

[61] Ciudad de la costa dálmata; parece más acertado el origen del nombre que se propone en 21, 3.

[62] El Palatino. Como es sabido, en la disputa con Remo, Rómulo ascendió al Palatino, mientras aquél se dirigió al Capitolio para observar el vuelo de las aves; cf. Livio I 6,4.

[63] Construido, al parecer, por Quinto Fabio Máximo el Alobrógico.

chos han dicho que fue asesinado en el año noveno
de su imperio. En su momento contaremos que 6
bajo su reinado hubo otros usurpadores. Pues nos
pareció bien incluir en un volumen único a los vein-
te [64] aspirantes al trono, ya que no mucho puede
decirse sobre ellos, y en la Vida de Galieno ya he-
mos narrado bastantes cosas.

Sobre Galieno será suficiente lo que hemos di- 7
cho en este libro. Pues ya hemos contado muchas
cosas en la Vida de Valeriano y en el libro que he-
mos de escribir sobre los treinta usurpadores narra-
remos muchas otras que parece poco útil reiterar y
mencionar con tanta frecuencia. A ello se añade que 8
intencionadamente he omitido ciertos hechos para
que sus descendientes no se sintiesen heridos por
20 la publicación de muchos detalles. Tú sabes que los
hombres entablan grandes disputas con éstos, que
escribieron algo sobre sus antepasados, y creo que
no te será desconocido lo que Marco Tulio dice en
su «Hortensio» [65], escrito a imitación del «Protrép-
tico» [66]. Sin embargo, yo voy a contar una anécdo- 2
ta, que, aunque es intrascendente, tiene cierta gra-
cia y trajo una nueva costumbre: En cierta ocasión 3
en que la mayoría de los soldados, que habían acu-
dido a un banquete, se despojaron de sus armas en
el momento en que éste daba comienzo, se cuenta
que el niño Salonino —o Galieno— les arrebató sus
cinturones, adornados de oro y piedras preciosas,
y, como era difícil hacer una reclamación en Pala-
cio por algo que se había perdido, los hombres so-
portaron su pérdida en silencio, pero a partir de en-
tonces, cuando fueron invitados al banquete, se
sentaron siempre con las armas, que llevaban ceñi-
das, y como se les preguntase por qué no se des- 4

[64] Cf. n. 52.
[65] Obra perdida de Cicerón.
[66] No se conserva esta obra aristotélica, en la que se exhortaba al estudio de la filosofía.

pojaban de sus cinturones, se dice que respondieron: «Evitamos a Salonino.» Desde entonces se implantó la costumbre de reclinarse con los cinturones puestos cuando se está con el emperador. Yo 5
no puedo negar que para muchos esta costumbre tiene un origen distinto; dicen que los hombres acudían al almuerzo militar *(prandium)* ceñidos con sus armas, pues se llamó «preparación» *(parandium)*, porque «prepara» *(paret)* a los soldados para el combate [67]; en apoyo de tal idea encontramos el hecho de que aún hoy se cene sin armas con el emperador. He escrito tales cosas porque me parecen dignas de conocerse y recordarse.

21 Ahora pasemos a hablar de los veinte usurpadores [68] que surgieron en tiempos de Galieno por el desprecio que provocaba un emperador tan desafortunado. Acerca de ellos debemos decir pocas co- 2
sas y narrarlas con brevedad, pues muchos de ellos no merecen que sus nombres se utilicen para completar un libro, aunque algunos, al parecer, no estaban exentos de valor y fueron muy provechosos para el Estado.

Son tan diversas las opiniones acerca del nombre 3
de Salonino que el autor que cree hablar con más veracidad asegura que fue llamado así por Salonina, su madre, a la que Galieno amó perdidamente [69]. También amó [70] a la hija de un rey bárbaro, de nombre Pipara [71], por lo cual [72] Galieno y los 4

---

[67] Esta relación semántica parece inexistente, pues *prandium* proviene de *prandeo* «comer», y no de *paro* «preparar».

[68] Aunque en el capítulo 19, 7 ha hablado ya de «Treinta tiranos», aquí vuelve a decir *viginti tyranni*, cf. n. 52.

[69] Preferimos aquí la lectura *quam is* de *Salmasius* que el *quamvis* de P., aceptado por Hohl.

[70] Aceptamos aquí la conjetura de Magie *et dilexit* para cubrir la laguna de P. que Hohl ha asumido.

[71] Según Aurelio Víctor (*Caes.* 33,6) era hija de un rey marcómano a quien Galieno cedió parte de Panonia.

[72] Magie introduce *quare* para cubrir la laguna de P.

que le rodeaban siempre se teñían el pelo de amarillo.

En cuanto al número de años que duró el impe- 5
rio de Valeriano y Galieno, se han trasmitido afirmaciones totalmente falsas, pues aunque es suficientemente conocido que ellos gobernaron quince años —es decir, que Galieno alcanzó el decimoquinto año de reinado— como Valeriano fue capturado en el sexto, unos han escrito que Galieno gobernó nueve años; otros, que casi diez. Sin embargo, es patente que celebró unas *decennalia* en Roma, y que, después de estos juegos, venció a los godos, hizo la paz con Odenato, inició la unión con Aureolo, luchó contra Póstumo, contra Loliano, y, en fin, realizó acciones que constituyen un
elogio para él. Con todo, son más numerosas las 6
que alimentan su deshonra, pues, se dice, que por las noches frecuentaba siempre las tabernas y que vivió entre mimos, bufones y rufianes.

24. LOS TREINTA USURPADORES [1]

(Trebelio Polión)

1 Tras haber escrito varios libros con un estilo impropio de un historiador y más próximo a lo vulgar que a lo erudito, llegamos a esa época durante los años en que Galieno y Valeriano gobernaron el Estado, en la que surgieron treinta usurpadores; pues mientras Valeriano se ocupaba en las grandes obligaciones de la guerra con los persas, Galieno, como se ha demostrdo en su lugar, no sólo era despreciado por los hombres sino también por las mujeres. Sin embargo, puesto que la oscuridad de es- 2
tos hombres, que volaban desde diversas partes del mundo hacia el poder imperial, es tan grande que sobre ellos son pocas las cosas que pueden ser dichas o investigadas por los estudiosos, y como en la obra de todos los historiadores, que escribieron

[1] El autor titula este capítulo *Tyranni triginta,* con el fin, sin duda, de crear un paralelismo entre la Historia de Roma y la de Atenas, pero, en realidad, tales individuos no fueron «tiranos», sino simplemente usurpadores o aspirantes al poder; además, sólo tenemos certeza de que nueve de ellos usurparon el poder: Póstumo (258-268); Leliano, Mario, Ingenuo (258), Regaliano (258), Aureolo (268) y Macriano y sus dos hijos (260-261). De los demás, algunos pueden ser invención del biógrafo (Saturnino, Trebeliano y Celso), otros nunca detentaron el poder imperial (Odenato, Meonio, Zenobia, etc.), y, en fin, otros son de época distinta a la de Galieno (Valente, Victorino, Tétrico).

Por otro lado, el capítulo contiene treinta y dos nombres; los dos últimos, como explica el propio autor (31, 7-12), no son de la época de Galieno y tienen por objeto completar el número de treinta si se hace exención de Zenobia y Victoria.

tanto en griego como en latín, hasta tal punto pasan inadvertidos que ni siquiera sus nombres aparecen con frecuencia, y, finalmente, puesto que los detalles que muchos nos han transmitido sobre aquéllos nos han llegado con versiones muy diferentes, yo los he reunido en un solo libro, breve además, sobre todo porque muchos de los hechos que a ellos se refieren ya han sido contados en las vidas de Valeriano y Galieno y no hay necesidad de repetirlos.

CIRIADES

2 Este hombre[2], rico y noble, huyendo de su padre Ciriades, venerable anciano al que apesadumbraba con sus malas costumbres y su afán por el placer, se refugió junto a los persas, tras haber robado una gran parte del oro paterno e incluso una
enorme cantidad de plata. Allí se unió y asoció con 2
el rey Sapor y, después de aconsejarle que llevase la guerra contra los romanos, arrastró al territorio romano primero a Odomaste[3] y después al propio Sapor. Tras conquistar Antioquía y Cesarea[4], se
ganó el sobrenombre de Cesareano; luego fue nom- 3
brado Augusto, y conmovió todo el Oriente con el terror que sus fuerzas y su osadía provocaban; sin embargo, después de haber asesinado a su padre (hecho que niegan algunos historiadores), él mismo murió, víctima de las asechanzas de los suyos, en el momento en que Valeriano se encaminaba ya ha-
cia la guerra con los persas. A la historia no ha lle- 4

---

[2] Magie (*op. cit.* III, p. 66 y n. 1) le identifica con el aventurero Mereades, un sirio de Antioquía que se alió con Sapor tras ser expulsado de su patria por malversación de fondos públicos (cf. Amiano Marcelino, XXIII 5,3).

[3] Quizá se refiera a Oromastes, el hijo de Sapor.

[4] Ciudad de Capadocia, cuyo nombre actual es Kaisarîyeh.

gado nada más que parezca ser digno de mención acerca de este hombre, al que su famosa huida, su parricidio, su cruel tiranía y su notoria inclinación a los placeres llevaron a las letras.

PÓSTUMO

3 Este hombre muy valiente en la guerra e inque-
brantable en la paz, tuvo tal rectitud durante toda
su vida que Galieno le puso junto a Salonino, su
propio hijo —cuando éste se hizo cargo del gobier-
no de las Galias—, para que fuese guardián y guía
de su vida, sus costumbres y sus actos imperiales.
Sin embargo, según han afirmado algunos autores 2
(aunque el hecho no es acorde con sus costumbres),
después rompió su lealtad y, tras morir Salonino,
asumió el poder. Con más verosimilitud otros han 3
transmitido que los galos, como odiaban con vehe-
mencia a Galieno y no podían soportar que su hijo
les gobernase, nombraron emperador a aquél, que
por delegación ejercía de hecho el poder y, tras en-
viar a unos soldados con tal fin, dieron muerte al
joven. Cuando éste murió, Póstumo fue recibido 4
con alegría por todo el ejército y por todos los ga-
los, y se entregó a la reorganización de las Galias
durante siete años, mientras Galieno frecuentaba
los placeres y las tabernas, y envejecía amando a
una mujer bárbara [5]. Entonces, Galieno inició una 5
guerra contra Póstumo en la que fue herido por
una flecha. Sin duda, en el corazón de todos los 6
pueblos galos existía una estima profunda hacia
Póstumo porque, tras rechazar a todos los pueblos
de la Germania, había devuelto la antigua seguri-
dad al imperio romano. Sin embargo, como se 7
comportase con absoluta rectitud, los galos, hacien-

[5] Cf. *Galienos*, 21, 3-4.

do honor a aquella antigua costumbre que siempre les impulsa a desear las revoluciones, le asesinaron bajo la instigación de Loliano.

Si alguno quiere conocer los méritos de Póstumo, lea el juicio que acerca de él tenía Valeriano en 8
esta carta que aquel emperador envió a los galos: «Hemos nombrado comandante del *limes* del Rin 9
y gobernador de la Galia a Póstumo, el hombre más digno de la austeridad de los galos. Mientras él esté presente, el soldado estará a salvo en el campamento, se mantendrán los derechos en el foro, la ley en los tribunales de justicia y la dignidad en su palacio; él velará por lo que es particular y propio de cada uno; yo espero que me déis las gracias por enviaros a este hombre, que merecería en justicia el lugar del príncipe y ante el que yo me descubro delante de todos. Pues, si me engañase en la opinión 10
que tengo del él, habéis de saber que en ninguna parte del mundo encontraría a alguien que pudiera recibir mi completa aprobación. He otorgado el tri- 11
bunado de los voconcios [6] a su hijo, Póstumo de nombre, quien, aunque es joven, se mostrará en su conducta digno del padre.

PÓSTUMO EL JOVEN

4 Acerca de este hombre nada puede contarse, sino que, después de ser nombrado César por su padre y de recibir el título meramente honorífico de Augusto, fue, según se dice, asesinado junto a su padre, cuando Loliano, tras aceptar el poder imperial que los galos le habían ofrecido, ocupó el lugar de Póstumo. Sin embargo, tuvo —es el único detalle 2
que merece mencionarse— tal predisposición para la elocuencia que se dice que sus «Controversias» [7]

[6] Pueblo de la Galia Narbonense entre el Ródano y el Durance.

[7] Puede referirse a las *Declamationes* o *Controversiae*, atribuidas a

se hallaban insertas en la obra de Quintiliano, quien, como la lectura de un solo capítulo mostrará al primer vistazo, fue el más ingenioso orador del pueblo romano.

LOLIANO

5 A causa de la rebelión encabezada por este hombre [8], Póstumo, el hombre más valiente de todos, murió en la Galia, después de haber restituido a su antigua condición el poder romano, cuando las Galias estuvieron a punto de perderse por los excesos de Galieno. También Loliano fue, sin duda, muy 2
valiente, pero ante el temor de una rebelión no mostró entre los galos la autoridad que sus fuerzas le permitían. Murió a manos de Victorino, hijo de 3
Vitruvia o de Victoria [9], quien después fue llamada Madre de los Campamentos y recibió incluso el nombre de Augusta, aunque ella, por sí misma, para esquivar el peso de una carga tan grande, entregó el mando primero a Mario y después a Tétrico y a su hijo [10]. Ciertamente, también Loliano resultó 4
provechoso para la república en algún aspecto, pues restituyó a su antigua condición algunas ciudades de la Galia y algunos campamentos que, edificados por Póstumo en suelo bárbaro durante los siete años de su gobierno [11], habían sido destrui-

---

Quintiliano; una serie de pleitos legales imaginarios que se empleaban en las clases de retórica.

[8] Loliano se rebeló contra Póstumo y tomó el poder imperial, pero sólo momentáneamente, pues éste, según se desprende de los testimonios de A. Víctor (*Caes.* 33,8) y Eutropio (IX 9), consiguió derrotarle y acabó con su vida. Por tanto, la afirmación que hace aquí nuestro biógrafo parece totalmente errónea.

[9] Cf. 31.

[10] Cf. 24-25.

[11] No hay acuerdo sobre la fecha en que se produjo la usurpación de Póstumo, pero normalmente se considera que estuvo dos años en el poder, entre el 258 y el 268.

dos e incendiados por una repentina invasión de los germanos. Después fue asesinado por sus propios soldados por ser excesivamente riguroso con el trabajo.

Así, mientras Galieno conducía el Estado a la rui- 5
na, en la Galia se sublevaron, como defensores del nombre de Roma, primero Póstumo, después Loliano, luego Victorino y por último —pues de Ma-
rio nada diremos— Tétrico. Yo creo que a todos 6
ellos se les había otorgado un don divino para que, mientras aquella peste era incapaz de moverse ante las desgracias que provocaban sus increíbles excesos, no les fuese dada a los germanos la posibilidad
de apoderarse del territorio romano. Pues si ellos 7
hubieran penetrado entonces del mismo modo en que lo hicieron godos y persas, la acción conjunta de los pueblos extranjeros en suelo romano habría provocado la desaparición del venerable imperio
del pueblo romano. La vida de Loliano, como la 8
de Póstumo, es desconocida en muchos puntos, sobre todo en sus aspectos privados. La fama que disfrutaron en vida fue producto del valor, no de la importancia del rango.

VICTORINO

6 Cuando Póstumo el Viejo supo que Galieno venía contra él con tropas muy numerosas y que se hacía necesaria no sólo la ayuda de los soldados sino también la de otro príncipe, llamó a Victorino [12], un hombre de gran valía en cuestiones militares, para que participase del poder imperial, y con
su ayuda se enfrentó a Galieno. Sin embargo, aun- 2
que prolongaron la guerra durante mucho tiempo

[12] De acuerdo con A. Víctor (*Caes.* 33,12) y Eutropio IX 9, Victorino no compartió el poder imperial con Póstumo, sino que lo asumió después de Mario y bajo el imperio de Claudio.

con gran cantidad de tropas auxiliares llegadas de Germania, finalmente fueron vencidos. Luego, des- 3
pués de que Loliano fuera también asesinado, sólo Victorino se mantuvo en el poder. Este, por ocupar su tiempo en romper los matrimonios de sus soldados y oficiales, también fue asesinado; en efecto, tras formarse una conjura contra él, murió en Agripina [13] a manos de un intendente militar [14] a cuya mujer había deshonrado. También el hijo de Victorino, que había sido nombrado César por la madre de éste, Vitruvia —o Victoria— a la que después se llamó Madre de los Campamentos, fue ejecutado, aunque era todavía un niño, instantes des-
pués de que su padre muriera en Agripina. Acerca 4
de Victorino, por el hecho de ser muy valiente y a no ser por sus lujuriosas inclinaciones, un emperador excelente, muchas cosas nos han sido transmi-
tidas por numerosos autores. Creemos, sin embar- 5
go, que será suficiente intercalar aquí un fragmento de cierto libro de Julio Ateriano [15], en el que ha-
bla así sobre Victorino: «Yo considero que ningu- 6
no ha de anteponerse a Victorino, el que gobernó las Galias después de Julio [16] Póstumo, ni Trajano por su valor, ni Antonino por su bondad, ni Nerva por su dignidad, ni Vespasiano por su buen gobierno del erario, ni Pértinax o Severo por la austeridad de toda su vida o por su severa disciplina mi-
litar. Sin embargo, su deseo y su pasión por los pla- 7
ceres que las mujeres proporcionan arruinó hasta

[13] *Agrippinensis Colonia,* actual Colonia.

[14] El texto dice *actuarius,* que en los autores de esta época significa intendente militar, aunque en principio el *actuarius* era aquél que tomaba al dictado las palabras del que hablaba. El término, no obstante, parece tener una significación genérica y se aplica a los empleados en tareas administrativas al servicio público o privado.

[15] Autor desconocido.

[16] El nombre completo de Póstumo, según sabemos por otras fuentes, era *M. Cassianius Latinius Postumus Augustus.* El nombre *Iulius* que se da aquí es incorrecto.

tal punto todas sus buenas cualidades que ninguno se atrevería a escribir las virtudes de alguien que, en opinión de todos, mereció ser castigado.» Por 8
tanto, ya que los escritores tuvieron esta opinión acerca de Victorino, me parece que yo he dicho ya bastante sobre su carácter.

VICTORINO EL JOVEN

7 Acerca de él no ha llegado a las letras sino el hecho de que fue nieto de Victoria e hijo de Victorino, y que, tras ser nombrado César por su madre o abuela en el momento en que Victorino murió, fue ejecutado inmediatamente por los soldados que estaban en pleno furor. En fin, aún pueden verse 2
en los alrededores de Agripina unos sepulcros humildes, cubiertos por un mármol de reducidas proporciones, en los que se lee esta inscripción: «Aquí yacen los dos Victorinos que usurparon el poder imperial.»

MARIO

8 Después de la muerte de Póstumo, Victorino y Loliano, Mario, un antiguo herrero —según se dice—, alcanzó el poder imperial por espacio tan sólo de tres días. Lo que más se desea saber sobre 2
su persona yo lo desconozco, excepto el hecho de que su brevísimo mandato le hizo más ilustre. Pues como aquel cónsul que, ocupando el consulado en calidad de sustituto durante las seis horas del mediodía, fue ridiculizado por Cicerón [17] con esta broma: «Hemos tenido un cónsul tan severo y rígido que durante su magistratura ninguno ha al-

[17] Cf. *Fam. VII 30,1.* Se refiere al cónsul C. Caninio Rébilo, *suffectus* el 31 de diciembre del año 45 a. de C.

morzado, ninguno ha cenado, ninguno ha dormi-
do», también parece que sobre Mario podría decir-
se lo mismo, ya que un día fue hecho emperador,
otro día intentó gobernar y el tercero fue asesina-
do [18]. Fue, sin duda, un hombre valiente que al- 3
canzó el poder imperial tras recorrer varios grados
del ejército; a él, por tratarse de un herrero, la ma-
yoría le llamaron Mamurio y algunos Veturio [19]. 4
Sin embargo, ya hemos dicho muchas cosas sobre
este usurpador, acerca de quien bastará añadir
aquello de que tenía las manos más fuertes que na-
die, tanto para golpear como para empujar, pues,
según parece, en los dedos tenía nervios pero no ve-
nas. Se dice que retenía con el dedo índice los carros 5
en marcha y que, con un solo dedo, golpeaba de
tal manera a los más fuertes que se dolían como si
hubieran sido sacudidos por el contacto de una
maza de madera o de hierro. Con la fuerza de dos
dedos aplastó muchos objetos. Fue asesinado por 6
un soldado al que, cuando era general o, después,
al asumir el poder, había despreciado por tratarse
de un antiguo trabajador de su herrería. Dícese que
el asesino exclamó: «Ésta es la espada que tú mis- 7
mo has forjado.» La primera arenga de Mario, se-
gún se cuenta, fue así: «Sé, compañeros, que se me 8
puede echar en cara mi antiguo oficio, del que to-
dos sois testigos. Sin embargo, que cada uno diga 9
lo que quiera. Ojalá yo trabaje siempre el hierro y

[18] En otras fuentes hay también coincidencia sobre la brevedad de su mandato; cf. A. Víctor 33,12: *Hoc iugulato, post biduum Victorinus deligitur.*

[19] Mamurio Veturio forjó los escudos de los sacerdotes salios (llamados *ancilia*) y su nombre aparecía en el *carmen saliare.* Cf. Ovidio, *Fast.* III 380 y ss.: «Numa... comprendiendo que el destino del imperio estaba ligado a aquel escudo, tomó una sagaz determinación: ordena fabricar varios escudos más, cincelados a semejanza del primero, para confundir a quienes intentaran sustraerlos. El trabajo fue realizado por Mamurio, de quien resulta difícil decir si descollaba más por sus buenas costumbres o por su talento artístico».

no muera entre vino, flores, mujerzuelas y taber-
nas, como hace Galieno indigno de su padre y de
la nobleza de su linaje. Que mi oficio de herrero 10
me sea reprochado, mientras las naciones extranje-
ras reconozcan en sus desastres que yo he maneja-
do el hierro. En fin, yo me esforzaré para que toda 11
Alamania, toda Germania y todos los pueblos que
están alrededor, consideren al pueblo romano como
a una nación de hierro y teman en nosotros espe-
cialmente el hierro. Sin embargo, quisiera que vo- 12
sotros consideráseis que habéis convertido en em-
perador a alguien que nunca supo tratar con algo
distinto del hierro. Esto lo digo porque sé que nada 13
puede ser usado contra mí por aquella pestífera crá-
pula excepto el hecho de que yo sea un forjador de
espadas y lanzas.»

INGENUO

9 Siendo cónsules Tusco y Baso [20], como Galieno
se dedicara al vino y a los manjares, pasase el tiem-
po entre alcahuetes, mimos y meretrices y perdiese
lo bueno de su origen en la continua dependencia
del placer, Ingenuo, que entonces gobernaba la
Panonia, fue nombrado emperador por las legiones
de Mesia a petición de los soldados de Panonia. En
ningún otro momento pareció que los soldados pu-
dieran tomar una decisión mejor para el Estado que
en aquella ocasión, cuando, ante la irrupción de los
sármatas, nombraron emperador a alguien que por
su capacidad podía remediar los males de la repú-
blica. Sin embargo, la causa que le impulsó a asu- 2
mir el poder fue su temor a resultar sospechoso

[20] El año 258, aunque A. Víctor (*Caes.* 33,2) mantiene que la vuelta de Ingenuo se produjo con posterioridad a la captura de Valeriano, es decir, después del 260.

para los emperadores [21], ya que era muy poderoso, necesario para el Estado, y —lo que más alarma a los gobernantes— despertaba gran simpatía entre
los soldados. Pero Galieno, que, si en contadas oca- 3
siones se comportaba como un completo depravado, cuando la necesidad le obligaba, era veloz, fuerte, enérgico y cruel, derrotó finalmente a Ingenuo en la batalla [22] y, cuando éste fue ejecutado, descargó su odio de la forma más rigurosa sobre todos los habitantes de Mesia, tanto civiles como militares. Ninguno se libró de su crueldad; fue hasta tal punto duro y sanguinario que en muchas ciudades no dejó con vida a ningún individuo del sexo
masculino. Se dice que Ingenuo, después de ser cap- 4
turada la ciudad donde se hallaba se sumergió él mismo en el agua, poniendo así fin a su vida, para
no caer en manos del sanguinario tirano. Aún se 5
conserva una carta de Galieno, escrita a Céler Veriano [23], en la que se muestra su extraordinaria crueldad. Por esta razón yo la he introducido aquí, para que todo el mundo comprenda que un hombre disoluto, si la necesidad lo exige, puede ser muy
cruel: «Galieno a Veriano. No me dejarás satisfe- 6
cho si sólo matas a los soldados, a los que también
al azar habría podido quitar la vida en las guerras. 7
Debe perecer todo varón, incluso los ancianos y los que aún no han llegado a la pubertad pueden ser
ejecutados sin mi censura. Ha de morir todo aquél 8
que deseó el mal para mí, todo el que habló en mi contra, en contra del hijo de Valeriano, en contra
del padre y hermano de tantos príncipes. Ingenuo 9
fue nombrado emperador. Hiere, mata, asesina, comprende mi estado de ánimo; debes encolerizar-

[21] Naturalmente, Galieno y Valeriano.
[22] Dudoso si fue en Mursa o en Sirmio, ambas ciudades de Panonia. Cf. A. Víctor, *Caes.* 33,2 y Eutropio IX 8,1.
[23] Autor desconocido.

te con el mismo odio que yo, que he escrito esto con mi propia mano, te estoy demostrando.»

REGALIANO [24]

10 Era destino del Estado que en época de Galieno cualquiera que tenía posibilidades se encumbrase hacia el poder imperial. Así, Regaliano, que ocupaba la jefatura militar en el Ilírico, fue declarado emperador con el impulso de los mesios, que, antes con Ingenuo, habían sido derrotados, y con cuyos parientes Galieno se había ensañado horriblemente. Este llevó a cabo con valentía numerosas haza- 2
ñas contra los sármatas, pero murió a manos de los roxolanos [25] con el consentimiento de los soldados, ya que los habitantes de la provincia estaban temerosos de que Galieno realizase de nuevo acciones tan crueles.

Si yo cuento cuál fue el origen de su gobierno, 3
parecerá, tal vez, pura fabulación. Pues, ciertamente, alcanzó el poder merced a una broma funesta: 4
En cierta ocasión en que Regaliano se hallaba cenando en compañía de algunos soldados, un lugarteniente del tribuno se levantó y dijo: «¿De dónde hemos de creer que proviene el nombre de Regaliano?» Inmediatamente otro afirmó: «Yo creo que viene de reino.» Entonces uno de los que estaban 5
presentes, que había sido estudiante, empezó a declinar como lo hacen los gramáticos, diciendo: «*Rex, regis, regi, Regalianus*». En seguida, uno de 6
los soldados, que constituyen un tipo de individuos

[24] De acuerdo con la numismática su nombre correcto es Regaliano, aunque en los manuscristos encontramos *Regilianus*, lectura que Hohl ha mantenido. Magie (*op. cit.*,III, p. 86 y n. 1) opina que el nombre *Regilianus* responde al deseo de mantener la singular etimología que se ofrece en X 3 y ss.

[25] Pueblo de Sarmacia, entre el Tanais (Don) y el Borístenes (Dníeper).

inclinado a llevar a efecto lo que piensa, dijo: «Entonces, ¿puede ser rey?», y otro: «¿Puede ejercer su poder real sobre nosotros?», y otro: «Dios te im-
puso el nombre de rey.» Para qué más. El día des- 7
pués de que tales frases fueran pronunciadas, cuando salió por la mañana, fue saludado como emperador por los soldados de primera línea [26]. De este modo, lo que a otros les fue entregado mediante la audacia o una razonada elección, a éste se lo dio una aguda broma.

Fue, no puede negarse, un hombre que siempre 8
mereció la aprobación en los asuntos militares y que desde hacía tiempo resultaba sospechoso para Galieno porque parecía digno del poder supremo; era de origen dacio, pariente de Decébalo [27], según
se dice. Se conserva una carta del divino Claudio, 9
entonces un simple ciudadano, en la que da las gracias a Regaliano, gobernador militar del Ilírico, por haber recuperado esta provincia, cuando todo se perdía por la indolencia de Galieno. Yo la encontré en su forma original y consideré que debía ser
introducida aquí, pues tuvo un carácter oficial: 10
«Claudio a Regaliano con el saludo más afectuoso. Afortunado el Estado que ha merecido tener en sus campamentos militares a un hombre como tú, afortunado Galieno, aunque nadie le da a conocer la
verdad, ni de lo bueno ni de lo malo. Bonito y Cel- 11
so, los asistentes de nuestro emperador, me transmitieron cómo te comportaste en la batalla de Escupo [28], cuántos combates realizaste en un solo día y con qué rapidez. Serías digno del triunfo si aún
estuvieran vigentes las antiguas costumbres [29]. 12

[26] *Príncipes.* Su posición en el ejército implicaba un mayor prestigio e influencia sobre los demás soldados.

[27] Rey de los dacios, que causó numerosos problemas a Domiciano y fue vencido por Trajano, el año 107.

[28] Ciudad de Mesia, hoy Uskub.

[29] La posibilidad de celebrar la ceremonia del triunfo quedó restringida, a partir de Augusto, a los emperadores; sin embargo, durante la

Pero, ¿para qué decir más? Yo quisiera que tuvieras presente a cierto hombre y que cuando obtuvieses alguna victoria actuases más cautelosamente. Me gustaría que me enviases algunos arcos sarmáticos y dos capotes militares, pero provistos de hebillas, pues yo te he enviado algunos de los nuestros.»

Esta carta muestra cómo pensaba Claudio sobre 13
Regaliano, una opinión que, en aquel tiempo era sin duda muy considerada.

Este hombre no fue apoyado en sus ascensos por 14
Galieno, sino por su padre Valeriano, como Claudio, Macriano, Ingenuo, Póstumo y Aureolo, que fueron asesinados, todos ellos, mientras detentaban el poder imperial, aunque eran dignos de él. Es de 15
admirar en el emperador Valeriano el hecho de que a todos aquellos a los que convirtió en generales, alcanzaran después el poder imperial con la aprobación de los soldados; de ellos se desprende que el anciano emperador se mostró en la elección de los generales del Estado, como la felicidad romana —si los hados hubiesen permitido que continuase el gobierno de un buen príncipe— lo exigía. ¡Ojalá 16
hubiera sido posible que aquéllos que alcanzaron el poder hubieran podido gobernar por más tiempo, o que el gobierno del hijo de Valeriano hubiera durado menos, para que nuestro Estado se mantuviera en la posición que le corresponde! Pero la For- 17
tuna fue demasiado complaciente consigo misma, cuando junto a Valeriano se llevó consigo a los buenos emperadores y mantuvo a Galieno más tiempo del que convenía al Estado.

---

república podía ser celebrada por cualquier magistrado con *imperium*, que cumpliera los demás requisitos exigidos para que pudiera llevarse a efecto; cf. J. Guillén, *Urbs Roma*, III, p. 529 y ss.

AUREOLO

11 También este hombre, cuando dirigía los ejércitos de Iliria con desprecio hacia Galieno —como todos en aquel tiempo—, fue obligado por los soldados a asumir el poder imperial. Cuando Macria- 2
no con su hijo Macriano [30] se levantó contra Galieno con tropas muy numerosas, Aureolo derrotó a su ejército y atrajo a su causa a algunos soldados que se dejaron corromper. Y como a partir de en- 3
tonces Aureolo se convirtió en un poderoso emperador, Galieno, tras intentar inútilmente dominar a un hombre tan fuerte, hizo la paz con él, en el momento en que se disponía a emprender la guerra contra Póstumo. Sobre este asunto ya se han dicho muchos detalles y aún habremos de contar alguno más. Después de que Galieno fue asesinado, Clau- 4
dio trabó combate con Aureolo y le derrotó junto a ese puente que ahora se llama Puente de Aureolo [31]; allí Claudio le erigió un sepulcro, pero humilde, como corresponde a un usurpador. Todavía 5
ahora se conserva un epitafio en griego que dice así:

«Claudio, después de muchos combates vencedor de este usurpador,
dichoso al fin, otorga a Aureolo esta sepultura para honrar su muerte;
él, que con toda justicia le ha sobrevivido,
hubiera querido respetar su vida si su egregio ejército lo hubiera tolerado;
pero con todo derecho sus soldados no han permitido que vivieran
aquéllos que son indignos de él, y mucho menos Aureolo.

[30] Nos separamos de Hohl al rechazar la lectura *Macrino* de su edición y admitir, en cambio, la de *Macriano,* que aparece en Σ.

[31] Al Norte de Milán, sobre el río Adda, hoy se llama Pontirolo.

Claudio, que, sin embargo, es clemente, le ha
[consagrado un puente con su nombre,
y un sepulcro para conservar los últimos res-
[tos de su cuerpo».

Yo he escrito estos versos tal como han sido traducidos por un desconocido gramático; pues, aunque podían estar mejor traducidos, mi intención es mantener la literalidad para que la verdad histórica, que yo pienso he de guardar por encima de todo, no se pierda, pues no me preocupo en absoluto de la elegancia de mi estilo. En efecto, yo me 6
he propuesto trasmitiros hechos y no sólo palabras, 7
sobre todo cuando los hechos son tan numerosos como los que se encuentran reunidos en la vida de los treinta usurpadores.

MACRIANO [32]

12 Cuando fue capturado Valeriano, que durante mucho tiempo fue uno de los hombres más ilustres del Estado, después un valeroso emperador y por último el más desgraciado de todos los mortales —no sólo porque ya viejo pasó sus últimos años entre los persas, sino también porque dejó descendientes indignos de él—, Balista [33], prefecto de Valeriano, y Macriano [34], su general más relevante, comprendiendo que Galieno no era digno de estima y que los soldados reclamaban otro emperador, se reunieron en cierto lugar para ver qué podía hacerse. Entonces se acordó que, puesto que Galieno 2

[32] Según la numismática el nombre correcto es Macriano y no Macrino como aparece en ocasiones en los manuscritos de la *Historia Augusta* y en otros autores.

[33] Cf. 18.

[34] Algunos detalles de su sublevación nos son ya conocidos por *Galienos*, 1,2.

se encontraba alejado y Aureolo había usurpado el
poder imperial, debía nombrarse un príncipe —sin
duda el hombre más capacitado— para que no sur-
giera ya ningún otro usurpador. A continuación 3
Balista (según lo transmitido por Meonio Astianac-
te [35] que estuvo presente en esta reunión) pronun-
ció estas palabras: «Mi edad, mi vocación y mi de- 4
seo me alejan en gran manera del poder imperial,
pero yo —no puedo negarlo—, estoy buscando un
buen príncipe. ¿Pero quién hay que pueda llenar el 5
lugar de Valeriano a no ser quien sea tal como tu
eres, fuerte, tenaz, íntegro, probado en las labores
del Estado y —lo que es más conveniente para
quien ocupa el poder—, poseedor de una gran for-
tuna? Por tanto, ocupa el lugar que corresponde a 6
tus méritos. Mientras tu lo desees, podrás utilizar-
me como prefecto. Ojalá que tu sirvas al Estado de
manera tan positiva que todo el mundo romano se
alegre de que te hayas convertido en emperador.» 7
A estas palabras Macriano contestó: «Yo sé, Balis-
ta, que no en vano el poder imperial se otorga al
hombre prudente. Quiero, en efecto, auxiliar al Es-
tado y apartar a aquella calamidad del timón de sus
instituciones, pero esto no es propio de mi edad:
soy anciano, no puedo dar ejemplo como jinete,
debo bañarme con mayor frecuencia y al comer soy
más delicado; las riquezas me apartaron ya hace
tiempo de las costumbres militares. Debemos bus- 8
car a algunos jóvenes, y no a uno, sino a dos o tres
muy valerosos, que, desde las diferentes partes del
mundo, puedan restablecer el Estado que Valeria-
no, por su destino, y Galieno, con su género de
vida, han echado a perder.» Después de estas pala- 9
bras, Balista comprendió que Macriano, al hablar
así, parecía estar pensando en sus hijos, y por eso
replicó de este modo: «Hemos entregado el Estado 10

[35] Autor desconocido.

a tu sabiduría: confíalo a tus hijos, Macriano y Quieto, jóvenes valerosos, que ya hace tiempo fueron nombrados tribunos por Valeriano, pues, por el hecho de ser hombres buenos, no pueden estar a salvo mientras impere Galieno.» Entonces, Ma- 11
criano, dándose cuenta de que sus pensamientos habían sido comprendidos, dijo: «Accedo a ello y de mi propio dinero daré una doble paga a los soldados. Pero tu has de ayudarme con la responsabilidad de la prefectura y debes procurar el aprovisionamiento necesario en los lugares convenientes. Ya me encargaré yo de que Galieno, un ser despreciable incluso entre las mujeres, conozca a los generales de su padre.» Entonces, Macriano, después de 12
que con el consentimiento de todos los soldados fue nombrado emperador junto con sus hijos, Macriano y Quieto, inició enseguida la marcha contra Galieno, dejando sin solucionar los asuntos de Oriente. Pero cuando marchaba con un ejército de 13
cuarenta y cinco mil soldados, se enfrentó a Aureolo en el Ilírico o en los límites de Tracia y, tras ser derrotado, fue asesinado junto a su hijo. Lue- 14
go, treinta mil soldados se pasaron al bando de Aureolo. A Macriano le venció Domiciano [36], el general más valeroso y enérgico de Aureolo, que decía descender de Domiciano y Domitila [37].

Al tratar de Macriano, me parece inexcusable pa- 15
sar en silencio la opinión de Valeriano, expresada por él en el discurso que desde la frontera con los persas envió al senado. Entre otras cosas leemos en el discurso del divino Valeriano: «Yo, padres cons- 16
criptos, estando ocupado en la guerra pérsica, he confiado a Macriano, en lo que concierne a los aspectos militares, la organización de todo el Esta-

[36] Cf. 13,3 y *Galienos* 2,6.
[37] Domitila era la nieta del emperador Domiciano, aunque esta descendencia parece falsa.

do[38]. El es fiel a vosotros, leal a mí y tan amado como temido por los soldados. Cuando dirija sus ejércitos, llevará a cabo sus propósitos del modo
que sea. Y esto, padres conscriptos, no es nuevo ni 17
inopinado para vosotros. Su valor ha sido bien probado en Italia de niño, de adolescente en la Galia, de joven en Tracia, en África cuando era un hombre maduro, y finalmente, cuando su vida ya declinaba, en el Ilírico y Dalmacia, pues en diversos combates se comportó, para ejemplo de los demás,
de manera muy valerosa. A esto debemos añadir 18
que él tiene hijos jóvenes dignos[39] de figurar en nuestra corporación de Roma y de nuestra amistad.» Y así seguía.

MACRIANO EL JOVEN

13 Al escribir sobre el gobierno de su padre, se han expuesto ya muchos detalles acerca de este hombre, que nunca hubiera sido nombrado emperador si a los ojos del padre no pareciese digno de ello.
Sobre el joven Macriano se han contado muchas ha- 2
zañas maravillosas, relativas a la valentía de sus años jóvenes. Sin embargo, ¿qué puede hacer la valentía de un solo hombre frente al destino, o de qué es
capaz en el curso de las guerras? Pues, aunque era 3
un hombre enérgico y tenía la compañía de un sapientísimo padre —por cuya intervención había empezado a gobernar—, fue, como hemos dicho más arriba, vencido y despojado de treinta mil soldados por Domiciano. Noble por parte de su madre, por su padre sólo valiente y preparado para la guerra, alcanzó con enorme brillantez, la más alta

---

[38] Consideramos innecesaria la inclusión de la partícula *et*, que realiza Hohl.

[39] Volvemos a separarnos de Hohl, al considerar aquí más probable la lectura *dignos* que da Σ y acepta Magie.

jerarquía, después de haber ocupado los grados más bajos de la milicia.

QUIETO

14 Este, como dijimos, era hijo de Macriano. Fue nombrado emperador con su padre y su hermano de acuerdo con la opinión de Balista. Pero cuando Odenato, que desde hacía algún tiempo ocupaba el Oriente, descubrió que Macriano, padre de Quieto, había sido vencido junto con su hermano por Aureolo, y que los soldados se habían apartado de su mando, como si reinvindicase la causa de Galieno, mató enseguida al joven Quieto y con él a Balista, prefecto desde hacía mucho tiempo. Quieto 2
fue un joven digno del imperio romano, que demostró ser hijo de Macriano y hermano de Macriano, quienes juntos fueron capaces de conducir el Estado en los momentos difíciles.

No me parece que deba omitirse al tratar de la 3
familia de los Macrianos —la cual todavía hoy resplandece— algo que sus miembros han tenido siempre como característica peculiar. La imagen de Ale- 4
jandro Magno de Macedonia aparecía siempre labrada en las monedas y en los anillos de los hombres y en las diademas [40], brazaletes [41], anillos y todo tipo de adornos de las mujeres; la costumbre se observaba hasta tal punto que aún hoy se conservan en esta familia túnicas, cinturones y capas de mujer, que muestran el retrato de Alejandro con bordados de diversa confección. Hace poco vimos 5
a Cornelio Macro, varón de esta misma familia, mientras se celebraba una cena en el templo de Hér-

[40] *Reticulum.* Cf. *Maximinos,* n. 54.

[41] El *dextrocherium* era un brazalete que se llevaba en el brazo derecho, mientras el *spinter* adornada el izquierdo.

cules [42], beber a la salud de un pontífice de una pátera de electro [43] que tenía en medio el rostro de Alejandro y alrededor contenía toda su historia en pequeñas y minúsculas pinturas, y cómo después mandó que ésta se pasase entre todos los admiradores de un hombre tan glorioso. Yo he puesto esto aquí porque dicen que son ayudados en todas sus obras quienes llevan labrada en oro o plata la imagen de Alejandro.

ODENATO

15 Si Odenato [44], príncipe de Palmira, no hubiera asumido el poder imperial, cuando Valeriano fue capturado y los recursos del Estado romano se encontraban agotados, todo se hubiera perdido en
Oriente. Por esta razón, tras asumir, como prime- 2
ro de su linaje el título de rey, reunió un ejército y marchó contra los persas en compañía de Zenobia [45], su mujer, de su hijo mayor, que se llamaba Herodes, y de Hereniano y Timolao [46], los hijos
menores. Primero sometió Nisibis y la mayor par- 3
te de Oriente con toda la Mesopotamia, después
derrotó al mismo rey y le obligó a huir. Por últi- 4
mo , persiguió a Sapor y a sus hijos hasta Ctesifonte, y, tras capturar a las concubinas y recoger su gran botín, volvió al oriente romano con la esperanza de poder derrotar a Macriano, que había empezado a gobernar contra Galieno, pero aquél

[42] Es difícil saber a qué templo se refiere, ya que existían en Roma varios templos dedicados a Hércules.

[43] Mezcla de cuatro partes de oro con una de plata que da el color del ámbar.

[44] Rey de Palmira que recibió de Galieno el gobierno de todas las provincias asiáticas y de Egipto. No existe constancia en otras fuentes de que se rebelara contra Galieno y asumiera el título de Augusto.

[45] Cf. 30.

[46] Cf. 27-28.

había marchado ya contra Aureolo y Galieno.
como Macriano hubiese muerto [47], Odenato mató
a su hijo Quieto, mientras Balista, según afirman la
mayoría, usurpó el poder imperial para evitar ser
ejecutado. Entonces, después de restablecer la si- 5
tuación en gran parte de Oriente, fue asesinado con
su hijo Herodes —quien había recibido el título de
emperador junto a su padre al regreso de Persia—
por su primo Meonio [48], que también había asumi-
do el poder imperial. Yo creo que los dioses esta- 6
ban encolerizados con el Estado, cuando, desapa-
recido Valeriano, no quisieron conservar a Odena-
to. Con toda seguridad, él, en compañía de su mu- 7
jer Zenobia hubiera restablecido no sólo el Orien-
te, al cual había llevado ya a su antigua situación,
sino todas las partes del mundo entero. Hombre
enérgico en la guerra y, según cuentan la mayoría
de los escritores, famoso siempre por sus inolvida-
bles cacerías, quien desde edad temprana consagró
sus esfuerzos, como es deber de un hombre, a cap-
turar leones, leopardos, osos y demás animales sal-
vajes y vivió siempre en montes y selvas, soportan-
do el calor, las lluvias y todas las calamidades que
en sí contienen los placeres de la caza. Endurecido 8
por ellas, soportó el sol y el polvo en las guerras
pérsicas; y su esposa, que en opinión de muchos
era más fuerte que su marido, no tenía costumbres
diferentes, a pesar de ser las más noble de todas las
mujeres de Oriente y, según afirma Cornelio Ca-
pitolino [49], la más hermosa.

[47] Vencido por Domiciano, general de Aureolo, cf. 12.14.
[48] Cf. 17 y *Galienos* 13,1.
[49] Autor desconocido.

HERODES

16 Herodes, que no era hijo de Zenobia, sino de una mujer anterior de Odenato, recibió el título de emperador a la vez que su padre; fue un hombre sin igual en sus refinamientos e inclinado a los lujos de Oriente y Grecia, que tenía las tiendas de campaña adornadas con estatuillas, los pabellones engalanados con telas de oro y todos los detalles que son
propios de los persas. Por ello Odenato, con el ta- 2
lento que le caracterizaba, y movido por el indulgente afecto de un padre, le entregó las concubinas del rey [50], las riquezas y las piedras preciosas que
había capturado. Zenobia mostraba hacia él la con- 3
ducta propia de una madrastra y con ello consiguió que fuese el más querido de sus hijos para Odenato. Y nada más se ha conservado que pueda decirse sobre Herodes.

MEONIO

17 Este hombre, primo de Odenato, no estuvo movido, en el asesinato de aquel excelente emperador, por otra causa que no fuera una envidia despreciable, pues no tenía nada que reprocharle excepto el
afán de lujo de su hijo Herodes. Dicen que previa- 2
mente se había puesto de acuerdo con Zenobia, quien no podía soportar que su hijastro Herodes ocupase la más alta jerarquía antes de que sus hijos, Hereniano y Timolao, recibieran el título de príncipes. Lo cierto es que Meonio era también un
ser inmundo y por eso, aunque por una equivoca- 3
ción fue aclamado emperador, enseguida fue ejecutado a manos de los soldados por los merecimientos contraídos con sus desmanes.

[50] Sapor I. Cf. 15,4.

BALISTA

18 Acerca de éste, disputan los escritores entre sí sobre si llegó a ser emperador. Muchos dicen que, tras morir Quieto a manos de Odenato, Balista, aunque fue perdonado, se convirtió en emperador porque no se fiaba ni de Galieno, ni de Aureolo ni de Odenato. Otros afirman que, alejado ya de los 2
cargos públicos, fue asesinado en una finca que había comprado para sí junto a Dafne [51]. Muchos han 3
dicho que asumió la púrpura para gobernar según la costumbre romana, que se puso al frente del ejército e hizo muchas promesas sobre su gobierno, pero fue ejecutado por aquéllos a quienes Aureolo había enviado para apresar a Quieto, el hijo de Macriano, a quien Balista consideraba su propia presa. Fue un hombre ilustre, capaz en el gobierno del Es- 4
tado, enérgico en sus decisiones, brillante en las campañas militares, excepcional en el aprovisionamiento de víveres, hasta tal punto grato a Valeriano que le elogió en una carta con tales argumentos: «Valeriano a Ragonio Claro [52], prefecto del Ilí- 5
rico y de las Galias. Claro, pariente mío, si en ti hay buen juicio —y yo sé que lo hay— sigue las disposiciones de Balista y administra a su manera. ¿Te das cuenta de cómo él deja sin gravámenes a 6
los habitantes de las provincias, de cómo guarda los caballos allí donde hay forraje y consigue el aprovisionamiento de los soldados de lugares donde hay trigo, de cómo no obliga ni al habitante de la provincia ni al propietario de tierras a dar trigo cuando ellos carecen de él ni a apacentar caballos donde es imposible hacerlo. No hay mejor aprovisiona- 7
miento que solicitar en cada lugar aquello que se produce, de ese modo no se grava al Estado con los gastos de transporte y otros desembolsos. Galacia 8

[51] Localidad próxima a Antioquía, en Siria.
[52] Autor desconocido.

tiene abundancia de trigo, Tracia tiene sus graneros repletos y el Ilírico rebosa en su producción; es en esos lugares donde debe acampar la infantería, aunque en Tracia también podría invernar la caballería sin perjuicio de los provinciales, pues de sus campos se recoge gran cantidad de heno. Y el 9
vino, el tocino y los otros alimentos deben ser proporcionados por aquellas regiones en las que tales productos se den con abundancia. Todos estos son 10
consejos de Balista, quien ordenó que cada provincia suminstrase sólo un producto, aquél del que tuviese excedente, y que el ejército se apartase de ella. Una resolución que fue oficialmente decretada.»

Se conserva también otra carta de Valeriano en 11
la que da las gracias a Balista y muestra los consejos que por éste le fueron dados para gobernar el Estado, alegrándose de que, gracias a ellos, entre sus colaboradores no hubiese ningún tribuno figurativo —es decir, desocupado— ningún asistente que, realmente, careciese de trabajo, ningún soldado que, en verdad, no luchase nunca.

En fin, se dice que este hombre, cuando yacía en 12
su tienda de campaña, fue asesinado por un solddo raso que pretendía ganarse el favor de Odenato y Galieno. Yo no he descubierto con suficientes ga- 13
rantías la verdad acerca de la persona de Balista, pues los escritores de aquel tiempo nos han tramitido muchos detalles sobre su prefectura, pero pocos sobre su reinado.

VALENTE

19 Este hombre, un militar estimado también por el renombre de sus virtudes civiles, detentaba el gobierno de Acaya, cargo que le fue otorgado en aquél tiempo por Galieno. Macriano, que le temía pro- 2
fundamente porque sabía que era un hombre sobresaliente en todas las facetas de la vida y porque

se daba cuenta de que, a causa del odio que las buenas cualidades despiertan, Valente era un enemigo para él, ordenó que fuera asesinado tras enviar a Pisón, miembro de una familia que, entonces, era muy noble y de rango consular. Valente, que tomó 3
precauciones y se puso en guardia con gran diligencia, viendo que no podía auxiliarse a sí mismo de otro modo, asumió el poder imperial y, en breve tiempo, fue asesinado por los soldados.

VALENTE EL VIEJO

20 Oportunamente se nos ocurre, al hablar de este Valente, mencionar también algunas cosas acerca de aquel Valente [53] que fue asesinado en tiempos de los anteriores emperadores. Pues, según se dice, fue 2
tío abuelo del Valente que asumió el poder bajo Galieno. Otros, sin embargo, aseguran que era su tío.
De cualquier modo, la fortuna fue similar para am- 3
bos, pues éste fue asesinado tras haber sido emperador en el Ilírico durante unos pocos días.

PISÓN

21 Éste [54], enviado por Macriano para asesinar a Valente, cuando, previendo el futuro, se dio cuenta de que éste sería nombrado emperador, se retiró a Tesalia y allí de acuerdo con no muchos más, asumió el poder imperial. Luego, después de recibir el sobrenombre de Tesálico, fue asesinado. Era un

[53] Mientras Decio marchaba a la guerra contra los godos en el año 250, este Valente usurpó en Roma el poder, pero pronto fue asesinado, cf. A. Víctor, *Caes.* 29,3. Seguramente, su inclusión aquí se debe al intento del biógrafo de completar el número de «Treinta usurpadores».

[54] Ningún otro autor nombra a este Pisón y la numismática no atestigua su existencia.

hombre de gran integridad, conocido en su tiempo con el nombre de *Frugi* [55] y que descendía de aquella familia de Pisones, a la que Cicerón se unió para aproximarse a la nobleza [56]. Fue un hombre muy 2
estimado por todos los emperadores. El mismo Valente, quien se dice que envió a los hombres que le asesinaron, afirmó, según se cuenta, que él no estaba a bien con los dioses infernales, al haber ordenado que Pisón fuera ejecutado, pues aunque era su enemigo, el Estado romano no tenía hombre que pudiera igualársele.

Con agrado he introducido un decreto del sena- 3
do sobre Pisón, con objeto de que se conozca su grandeza: el séptimo día antes de las calendas de julio, cuando se anunció que Pisón había sido asesinado por Valente y que éste último había muerto a manos de los suyos, Aurelio Fusco [57], ciudadano de rango consular, que, tras reemplazar a Valeriano, era el primero en expresar su opinión, dijo: «Cónsul, consulta», y, después de ser interrogado, 4
añadió: «Propongo honores divinos para Pisón, padres conscriptos; confío en que Galieno, Valeriano y Salonino, nuestros emperadores, han de aprobar tal determinación. No hubo hombre mejor ni más recto.» Consultados los demás, después de éste, de- 5
cretaron para Pisón una estatua entre los generales triunfantes y un carro de cuatro caballos. Su esta- 6
tua aún puede verse, pero la cuádriga que ellos decretaron, fue erigida con idea de que pudiera ser transportada y aún no ha sido repuesta en su antiguo lugar, pues se encontraba en estos parajes en 7
los que fueron edificadas las Termas de Diocleciano, de nombre tan eterno como sagrado.

---

[55] *Frugi*. Adjetivo indeclinable que designa al hombre moderado, sobrio y honrado.

[56] Cicerón casó a su hija Tulia con Gayo Calpurnio Pisón Frugi.

[57] Cf. *Aureliano* 40,4, donde se habla de un individuo del mismo nombre que fue proncónsul de Asia en el 274-275.

EMILIANO

22 Es propio del pueblo egipcio, como de gentes dementes o enloquecidas, situar al Estado en los más graves riesgos a partir de cuestiones sin importancia; frecuentemente, por saludos descuidados, por 2
no ceder el sitio en los baños públicos, por la carne o las verduras intervenidas, por cuestiones relativas al calzado de los esclavos u otras cosas similares, llegaron en sus revueltas a poner en grave peligro al Estado hasta tal punto que fue necesario disponer tropas en su contra. Así, pues, con el furor que 3
les caracteriza, cierto día en que un esclavo del curial [58], que entonces gobernaba en Alejandría, fue asesinado por un soldado, porque había dicho que sus sandalias eran mejores que las militares, la multitud, una vez congregada, se dirigió a la casa del general Emiliano y le hostigó con toda la cólera y todos los utensilios que son propios de los motines: se le arrojaron piedras, se le atacó con la espada y no faltó ninguna de las armas usuales en una rebelión. Obligado por tales hechos, Emiliano asu- 4
mió el poder imperial, pues en su fuero interno sabía que de cualquier modo iba a morir. El ejército 5
de Egipto se mostró de acuerdo con él, sobre todo por odio hacia Galieno. Y no le faltó vigor para go- 6
bernar el Estado, pues recorrió la Tebaida y toda la provincia de Egipto, y, hasta donde le fue posible, apartó a los bárbaros con su firme vigor. En 7
fin, en gracia a sus virtudes se le llamó Alejandro o Alejandrino (pues incluso esto es incierto). Cuan- 8
do preparaba una campaña contra los indios, el general Teódoto, que había sido enviado por orden de Galieno, le hizo prisionero y, según se dice, fue

[58] El *curator rei publicae,* institución municipal de suma importancia en el siglo III. Era nombrado por la *curia* pero el nombramiento exigía la ratificación imperial. Controlaba la administración y las finanzas de la ciudad en que gobernaba.

estrangulado en la cárcel, como ocurría con los antiguos presos [59].

No creo que deba omitir, al referirme a Egipto, 9
un hecho que trasmiten los antiguos historiadores
y que está al mismo tiempo relacionado con Galieno. Cuando éste quiso otorgar el poder proconsu- 10
lar a Teódoto, los sacerdotes se lo impidieron, diciendo que no era lícito llevar las insignias consulares a Alejandría. Esto —como bien sabemos— lo 11
recuerda también Cicerón en su discurso contra Gabinio [60], y, en fin, aún hoy tenemos la concien-
cia de que este asunto está vigente; por ello, con- 12
viene saber que, cuando vuestro padre Herenio Celso [61] aspira al consulado, no es lícito lo que de-
sea. Pues, se dice, que en las cercanías de Menfis 13
hay una columna áurea en la que está escrito en letras egipcias que Egipto sólo será libre cuando a esta provincia lleguen las togas pretextas y las fas-
ces de los romanos. Lo que puede leerse en el gra- 14
mático Próculo [62], el hombre más sabio de su tiempo, cuando habla sobre las naciones extranjeras.

SATURNINO

23 Saturnino [63], un hombre elegido por Valeriano, fue el mejor de los generales que hubo en la época
de Galieno. También él, incapaz de soportar el de- 2

[59] Fue una práctica bastante común en tiempos de la república matar en el Tuliano (calabozo del Estado, llamado así por ser obra de Servio Tulio) a los jefes extranjeros que caían en manos de los generales romanos; recuérdense entre otros los casos de Yugurta o Vercingétorix.

[60] Gabinio fue un lugarteniente de Pompeyo que contribuyó con sus tropas a que Ptolomeo Auletes fuese restablecido en el trono. Cuando regresó a Roma, en el 54, Cicerón le atacó en un discurso que no conservamos.

[61] Desconocido.

[62] Probablemente, se refiere a Eutiquio Próculo, profesor de Marco Aurelio (cf. *Marco* 2,3).

[63] Cf. *Galienos* 9,1 y *Firmo* 11,1.

senfreno de Galieno, que ya pasaba las noches en públicas diversiones, empezó a dirigir a los soldados, a su manera, no como lo hacía su emperador, y recibió el poder imperial de manos del ejército. Fue un hombre de sabiduría inigualable, ilustre por su dignidad, por sus gratas costumbres y porque obtuvo victorias conocidas en todas partes, incluso
entre los bárbaros. El mismo día en que fue reves- 3
tido por los soldados con la túnica de los emperadores, se dice que pronunció estas palabras ante la asamblea: «Compañeros, habéis perdido un buen
general y habéis hecho un mal príncipe.» En fin, 4
después de llevar a cabo valerosas hazañas en el curso de su reinado, como adoptase una actitud disciplinada y severa hacia los soldados, fue asesinado por los mismos que le habían nombrado empera-
dor. Una de sus disposiciones le ha hecho famoso, 5
la de haber ordenado a los soldados que se sentasen a comer con los sayos para que sus piernas no estuvieran desnudas, en invierno con los más tupidos y en verano con otros más ligeros.

TÉTRICO EL VIEJO

24 Después de que Victorino y su hijo fueran asesinados [64], su madre Victoria —o Vitruvia—, recomendó para el imperio a Tétrico, senador del pueblo romano que dirigía el gobierno en la Galia; la razón para tal recomendación estribaba en el parentesco, que, según dicen muchos, existía entre ambos; luego hizo que se le llamase Augusto y
nombró César a su hijo. Sin embargo, Tétrico, des- 2
pués de haber llevado a cabo muchas felices acciones y de haber gobernado durante mucho tiempo,

[64] Cf. 6-7.

fue vencido por Aureliano [65] y, como no pudiera
soportar la desvergüenza y atrevimiento de sus pro-
pios soldados, se entregó, voluntariamente, a este
príncipe tan duro y severo. Se ha transmitido, in- 3
cluso, la cita de un verso, escrito inmediatamente
por él a Aureliano:

«Libérame, Invicto de estas desgracias» [66].

Sin embargo, Aureliano, de natural desconfiado 4
y nada proclive a la reconciliación o a la clemencia,
condujo en su triunfo a Tétrico, aunque era un se-
nador del pueblo romano, de rango consular, que,
con la autoridad de un gobernador, había dirigido el
gobierno de todas las provincias galas; y lo mismo
hizo, en aquel tiempo, con Zenobia [67], la mujer de
Odenato y con los dos hijos de éste, Hermiano y
Timoleao [68]. Sin embargo, Aureliano, que era un 5
hombre demasiado rígido, se sintió vencido por su
conciencia y nombró a Tétrico, a quien había pa-
seado en su triunfo, inspector [69] de toda Italia, esto
es, de Campania, del Samnio, de la Lucania bru-
cense, de la Apulia calabresa, de Etruria y Umbría,
del Piceno, de la Flaminia y de toda región produc-
tora de trigo [70]; y no sólo consintió que Tétrico
viviera, sino que incluso le mantuvo en la más ele-

---

65 Según Eutropio (IX 13,1) en Catalaunos. Más detalles en A. Víctor, *Caes.* 35,4-5.

66 Cf. *Eneida,* VI 365, donde Palinuro dirige a Eneas estas mismas palabras.

67 Cf. 30,24-26.

68 Cf. 27 y 28.

69 *Corrector.* La finalidad y atribuciones de este cargo han sido muy discutidas; aunque fue creado a finales del siglo I no se convirtió en regular hasta el siglo III. Su labor de vigilancia no se circunscribía únicamente a las tareas financieras, sino que también atañía al orden público.

70 En el siglo III Italia quedó dividida en dos regiones: la *annonaria,* que coincidía prácticamente con la Italia superior, y la *suburbicaria* (Italia central y meridional); según el autor, Tétrico fue nombrado *corrector* de toda Italia, pues las regiones que cita en primer lugar se corresponden casi con la Italia *suburbicaria;* cf. B. García, *op. cit.*, p. 953 y n. 24.

vada posición, llamándolo a menudo colega, algunas veces compañero y, de vez en cuando, incluso emperador.

TÉTRICO EL JOVEN

25 Éste [71], siendo niño, fue nombrado César por Victoria, después de que ella misma recibiera de manos del ejército el título de Madre de los Campamentos. Aunque fue paseado en el triunfo de Au- 2
reliano junto a su padre, desempeñó después todos los cargos senatoriales; además, conservó intacto el patrimonio, que legó después a sus descendientes, y, según dice Aurelio Fusco [72], fue siempre un hombre distinguido. Mi abuelo [73] solía contar que 3
era amigo suyo y que nadie gozó de mayores preferencias de parte de Aureliano o de los príncipes que le sucedieron. Se conserva en la actualidad la casa 4
de los Tétricos, situada en el monte Celio, entre dos bosques y frente al templo de Isis, que construyó Metelo [74]; es muy hermosa, y en ella hay una pintura en la que se ve a Aureliano otorgando a los dos Tétricos la pretexta y la dignidad senatorial y recibiendo de ellos el cetro, la corona y la cíclada. La pintura es un mosaico [75] y, según se dice, el día de su inauguración los dos Tétricos ofrecieron un banquete a Aureliano.

---

[71] De acuerdo con las inscripciones y monedas su nombre era Pío Esuvio Tétrico César. Se discute si fue o no nombrado Augusto.

[72] Cf. n. 57.

[73] Las alusiones al padre o abuelo del biógrafo (*Firmo,* 9,4; *Caracalla* 12,3; 14,1; 1; etc.) son imitación de Suetonio (*Otón, X 1 y Cal.* XIX 3).

[74] Desconocemos quién fue el Metelo que construyó este ejemplo, pero sabemos que existió un santuario consagrado a Isis en la cara norte del Celio.

[75] Preferidos aquí la lectura *musiuo* de Magie que la de *museo* que da P y admite Hohl.

TREBELIANO

26 Avergüenza ya exponer cuántos usurpadores hubo bajo Galieno por culpa de los vicios de aquel hombre libertino, pues sus excesos eran tales que hubiera merecido que el número de hombres que se levantó contra él fuera más elevado, y su crueldad era tan grande que con razón se le temía. Esta 2
crueldad la ejerció contra Trebeliano [76], que fue hecho príncipe en Isauria [77] cuando los isaurianos 3
quisieron tener su propio jefe. Y, aunque algunos le llamaban jefe de piratas [78], él se otorgó a sí mismo el título de emperador. Incluso, ordenó acuñar moneda [79] y edificó un palacio en una ciudadela de Isauria. Luego se replegó a las regiones recónditas y seguras de los isaurios y, protegido por los montes y las estrecheces de aquellos lugares, mantuvo, durante algún tiempo, el poder en Cilicia. Sin em- 4
bargo, Camsisoleo [80], general de Galieno de origen egipcio y hermano del Teódoto que había capturado a Emiliano, tras arrastrarle a campo abierto, le venció y después le asesinó. A partir de entonces, 5
no se ha podido llevar a los isaurianos, que temían que Galieno se ensañara con ellos, a terreno llano, ni siquiera con la mediación humanitaria de algún emperador. De hecho, a partir de Trebeliano se les 6
consideró bárbaros; su país, situado en suelo romano, se halla defendido, según el nuevo tipo de protección, similar al *limes*, por los parajes y no por los hombres. Pues no sobresalen por su tama- 7
ño ni tienen reconocido valor, son desconocedores

---

[76] Sólo conocido por la *Historia Augusta.*

[77] Comarca del Asia Menor, en la región montañosa del Tauro, entre la Pisidia y la Celicia.

[78] *Archipirata.* La Isauria era un famoso refugio de piratas y bandidos.

[79] No se ha conservado ninguna y puede que sea pura invención del biográfo.

[80] Desconocido en otras fuentes.

del manejo de las armas e imprudentes en sus decisiones, pero están seguros en su territorio, porque si se sitúan en los lugares elevados no pueden ser atacados. El divino Claudio estuvo a punto de conseguir que abandonasen sus propias regiones y se establecieran en Cilicia, pues tenía la intención de entregar el territorio que estaba en poder de los isaurios a uno de los amigos que le eran más fieles, para que ninguna rebelión volviera a surgir desde aquellas tierras.

HERENIANO

27 Cuando Odenato murió, dejó dos hijos, Hereniano y su hermano Timolao [81] en nombre de los cuales, Zenobia, tras usurpar para sí el poder imperial, gobernó más tiempo del que es conveniente e una mujer. A sus hijos, vestidos con el traje purpúreo, propio del emperador romano, los llevaba a las asambleas públicas, a las que asistía como lo haría un hombre, ensalzando, entre otros ejemplos, las figuras de Dido, Semiramis [82] y Cleopatra, fundadora de su estirpe [83]. Sobre la muerte de sus hijos todo es incierto; muchos dicen que fueron eje- 2
cutados por Aureliano y muchos otros que fallecieron de muerte natural, pues los descendientes de Zenobia todavía hoy se encuentran entre los nobles de Roma.

[81] También desconocidos en otras fuentes.
[82] Reina de los asirios que fue regente entre los años 810 y 805 a. de C. Según la leyenda, conquistó Media, Persia, Armenia, Egipto y Libia, y se mostró como una gran soberana.
[83] Cf. 30,2.

TIMOLAO

28 Acerca de éste, consideramos digno de conocerse lo que ya hemos mencionado en relación a su hermano. Hay sólo un detalle que le separa de He- 2
reniano, el haber puesto tanto afán en los estudios romanos que, en poco tiempo, consiguió confirmar lo que su maestro había insinuado sobre él, e incluso que se dijese que él hubiera podido convertirse en el más grande de los retóricos latinos.

CELSO

29 Cuando las provincias galas, las orientales e incluso las del Ponto, Tracia y el Ilírico se encontraban separadas del imperio, y mientras Galieno frecuentaba las tabernas y pasaba la vida en los baños públicos y en las casas de placer, también los africanos, a instancias de Vibio Pasieno, procónsul de Africa, y de Fabio Pomponiano, general en jefe del *limes* de Libia, nombraron emperador a Celso [84], revistiéndole con el peplo de la diosa Celeste [85]. Este hombre, que antiguamente había sido 2
un tribuno destinado a África, vivía en sus posesiones como un simple particular, pero tal era su afán por la justicia y era tan grande el tamaño de su cuerpo que parecía digno del poder imperial. Tras ser 3
nombrado emperador, fue asesinado, el séptimo día después de haber alcanzado el poder imperial, por una mujer de nombre Galiena, prima hermana de Galieno, y, por ello, apenas es mencionado entre los príncipes menos conocidos. A instancias de los 4
sicenses [86], que habían conservado su lealtad a Ga-

[84] Nada nos es conocido en otras fuentes tanto de este Celso como de esos Pasieno o Pomponiano a los que acaba de citar.
[85] Cf. *Pértinax*, n. 16.
[86] Habitantes de Sicca, ciudad de Numidia, hoy el-Kef.

lieno, su cuerpo fue devorado por los perros, y, con un nuevo tipo de injuria, su imagen fue colocada en la cruz, mientras el vulgo se regocijaba como si estuviera viendo al propio Celso clavado en el patíbulo.

ZENOBIA

30 Ya no quedaba ningún pudor; en las penosas circunstancias por las que pasaba el Estado, se llegó a tal punto que, mientras Galieno se comportaba de un modo incalificable, las mujeres, incluso, gobernaron de manera brillante, y aún las extranjeras. En 2
efecto, una extranjera, de nombre Zenobia, de la que ya se han dicho muchas cosas, quien se jactaba de proceder del linaje de las Cleopatras y los Ptolomeos, después de la muerte de su marido Odenato, cubrió sus hombros con el manto imperial, adornándose con las vestiduras de Dido y admitiendo incluso la diadema [87]. Ocupó el imperio en nombre de sus hijos, Hereniano y Timolao, más tiempo del que una persona del sexo femenino podía soportar. Pues esta orgullosa mujer desempeñó 3
las funciones de un rey, durante el mandato de Galieno y mientras Claudio se encontraba ocupado en la guerra con los godos, y sólo cuando con gran dificultad fue vencida por Aureliano y llevada en su triunfo, se sometió a la ley de Roma.

Se conserva una carta de Aureliano que testimo- 4
nia el cautiverio de esta mujer. En efecto, como algunos le recriminaron que él, el más valeroso de los hombres, llevase en su triunfo a una mujer, como si se tratase de un general cualquiera, él, enviando una carta al senado y al pueblo romano, se

[87] La diadema era un tributo comúnmente utilizado por los reyes helenísticos; su empleo por parte de Zenobia, reina de Palmira, era completamente normal.

defendió en tales términos: «Oigo, padres coscrip- 5
tos, que se me acusa de no actuar virilmente por lle-
var a Zenobia en el paseo triunfal. Aquéllos que
por esto me reprenden no podrían alabarme bas-
tante si supieran qué mujer es ésta, si conocieran
su sabiduría en las decisiones, su firmeza en las dis-
posiciones y su severidad frente a los soldados;
cuán generosa es cuando la necesidad lo requiere,
y cuán rígida cuando la disciplina lo exige. Puedo 6
decir que fue por su intervención por lo que Ode-
nato venció a los persas y, tras poner en fuga a Sa-
por, llegó a Ctesifonte [88]. Puedo asegurar que in- 7
fundió tan gran temor entre los pueblos de Orien-
te y de Egipto que ni los árabes, ni los sarracenos,
ni los armenios se revelaron contra su autoridad. Y 8
no hubiera respetado su vida si no se supiera que
ella fue muy útil al Estado romano, al retener para
sí o para sus hijos el poder imperial en Oriente.
Así, pues, que éstos, a los que nada complace, guar- 9
den para sí el veneno de sus propias lenguas. Pues 10
si no es conveniente vencer y llevar en el triunfo a
una mujer, ¿qué opinan de Galieno, para cuyo me-
nosprecio ésta gobernó sabiamente el imperio?,
¿qué del divino Claudio, venerable y respetado ge- 11
neral, que, según se dice, toleró que ella ejerciese
el poder porque se encontraba ocupado en su ex-
pedición contra los godos? Y Claudio hizo esto cal-
culada y sabiamente, para que, mientras ella guar-
daba la frontera oriental del imperio, él pudiera lle-
var a cabo con mayor seguridad lo que había de-
terminado realizar.»

Este discurso muestra el juicio de Aureliano so- 12
bre Zenobia. De ella se dice que era tal su castidad
que si no hubiera tenido el propósito de concebir,
ni siquiera hubiera conocido a su marido. Pues, si
en alguna alguna ocasión se acostaba con él, man-

---

[88] Cf. 15, 3-4.

tenía su continencia hasta que llegaba la menstrua-
ción, por ver si estaba embarazada, y sólo en caso
contrario le daba de nuevo la oportunidad de tener
hijos. Vivió con pompa real. Prefería ser vene- 13
rada según los modos persas y dio banquetes a la 14
manera en que lo hacen los reyes de esta nación. Se-
gún la costumbre de los emperadores romanos,
marchaba a las asambleas públicas cubierta con un
casco y ceñida con una faja de color púrpura, de
cuya orla colgaban piedras preciosas, y que tenía
en medio un brillante de forma de caracol, prendi-
do como si fuera un broche de mujer y, frecuente-
mente, con uno de sus brazos desnudo. Era de ros- 15
tro oscuro, de color moreno, con unos ojos negros
que irradiaban un vigor extraordinario, de espíritu
divino, de una belleza increíble. Sus dientes eran tan
blancos que muchos pensaban que tenía perlas en
lugar de dientes. La voz, clara y semejante a la de 16
un hombre. La dureza de los tiranos, cuando la necesi-
dad lo exigía; la clemencia de los buenos príncipes,
cuando la indulgencia lo reclamaba. Prudentemente
generosa se encargaba de la custodia del erario mejor
de lo que es habitual en el género femenino. Se ser- 17
vía de un carruaje, rara vez de un coche de mu-
jer [90], y con frecuencia motaba a cballo. Se dice que
a menudo caminaba con los soldados tres o cuatro
millas [91]. Cazaba con la pasión de los hispanos. Be- 18
bía frecuentemente con los generales, aunque nor-
malmente era muy sobria; también bebía con per-
sas y armenios con el fin de mostrarse superior a
ellos. Utilizó vasos de oro con piedras preciosas en 19
los banquetes, sirviéndose de aquéllos que habían

---

[89] *Cochlis.* Brillante con forma de caracol, procedente de Arabia; cf. Plinio, N. H., XXXVII, 194.

[90] El *carpentum* era un carruaje de carga, utilizado a veces con fines militares. El *pilentum* era una carroza con suspensión, normalmente empleada por las damas romanas.

[91] La milla romana, como es sabido, equivalía a 1480 ms.

pertenecido a Cleopatra. En el servicio tenía eunu-
cos de edad avanzada, rara vez doncellas. Ordenó 20
a sus hijos que hablaran en latín, de manera que se
expresaban en griego con dificultad y en pocas oca-
sioens. Ella misma no era totalmente desconocedo- 21
ra del latín, pero lo hablaba cohibida por la ver-
güenza; por contra, se expresaba en egipcio de ma-
nera perfecta. Conocía de tal modo la historia de 22
Alejandro y de Oriente, que, según se dice, ella
misma escribió un epítome. No obstante, leía en
griego la historia latina.

Cuando Aureliano la hizo prisionera, tras ser 23
conducida a su presencia, la inculpó en estos tér-
minos: «¿Por qué, Zenobia, te has atrevido a desa-
fiar a los emperadores romanos?». Dicen que en-
tonces ella contestó: «A ti, que has vencido, te re-
conozco como emperador, a Galieno, a Aureolo y
a los demás príncipes no los consideré tales. Con-
fiando en que Victoria [92] fuera semejante a mí, de-
seé, si la magnitud del territorio lo hubiese permi-
tido, compartir con ella el poder real.» Así, fue con- 24
ducida en un paseo triunfal tan pomposo como
ningún otro de los presenciados por el pueblo ro-
mano. Engalanada, en primer lugar, con unas ge-
mas tan enormes que se fatigaba por el peso de sus
adornos. Pues, según se dice, esta mujer tan vale- 25
rosa se detenía a menudo diciendo que no podía so-
portar el peso de sus joyas. Además, sus pies esta- 26
ban atados con cadenas de oro; sus manos, con unas
esposas del mismo metal, y en su cuello no faltaba
un grillete, también de oro, que sostenía delante de
lla un bufón persa. Le fue perdonada la vida por 27
Aurelio y dicen que desde entonces vivió con sus
hijos, como lo hace una matrona romana, en una
hacienda de Tívoli que le fue concedida; ésta, to-
davía hoy, lleva el nombre de Zenobia y está sigua-

[92] Cf. 31.

da no lejos del palacio de Adriano [93] y de ese lugar al que se le da el nombre de Concha.

VICTORIA

31 No sería muy digno que también Vitruvia —o Victoria— ocupase un lugar en las letras, si las costumbres de Galieno no hubieran conseguido que incluso las mujeres fueran consideradas dignas de mención.

Ciertamente, Victoria, cuando vio que su hijo y 2
su nieto habían sido ejecutados por los soldados y que Póstumo, después Loliano e incluso Mario [94] (a quien los soldados habían nombrado emperador) habían sido asesinados, aconsejó a Tétrico, de quien hemos hablado más arriba [95], para el imperio, pues siempre acometía acciones propias de un hombre. Además, se distinguió también por el título de Madre de los Campamentos [96], con que era conocida.
Se emitieron monedas suyas de bronce, de oro y 3
de plata [97], cuyo cuño se conserva aún hoy entre
los treviros [98]. Victoria no vivió mucho tiempo; fue 4
asesinada cuando Tétrico detentaba el poder, según dicen algunos, mientras otros afirman que murió cuando la ley natural lo había prefijado.

Esto es lo que a mí me parece que debe mencio- 5
narse en relación con los treinta usurpadores. He reunido a éstos en un único volumen, pues si hubiese contado pormenorizadamente los hechos de cada uno, habría provocado un cansancio inmerecido e intolerable para el lector. Ahora voy a pasar 6

[93] Cf. *Adriano*, n. 102.
[94] Cf. 3, 5 y 8.
[95] Cf. 24.
[96] Este título fue regularmente empleado por las emperatrices a partir de Faustina (cf. *Marco*, 26,8).
[97] No se conserva ninguna.
[98] Pueblo de la Galia Bélgica.

al emperador Claudio. Acerca de éste a mí me parece que ha de publicarse, por los méritos que contrajo durante su vida, un volumen aparte, aunque sea breve, incluyendo en él a su hermano [99], un hombre sin igual, de modo que puedan referirse al menos unas cantas cosas sobre una familia tan noble y venerable.

Yo he introducido a las mujeres intencionada- 7
mente en este libro, con el fin de burlarme de Galieno, el monstruo más grande que hubo de soportar el Estado romano. Ahora voy a añadir dos usurpadores más, que, por así decirlo, son supernumerarios, ya que no son de esta época, pues uno vivió en tiempos de Maximino y el otro durante el mandato de Claudio; de esta forma, en este volumen, estarán incluidos treinta hombres que usur-
paron el poder imperial. Te ruego a ti, que habías 8
recibido el libro ya completo, que me comprendas y quieras incluir en tu volumen a éstos a quienes, igual que a Valente el Viejo[100] en este libro, yo pretendía incluir, después de Claudio y Aureliano, entre esos que vivieron entre Tácito y Diocleciano.
Pero la exactitud de tus conocimientos, al recordar 9
la historia, corrigió mi error. Así, pues, doy gra- 10
cias porque la generosidad de tu sabiduría haya completado mi título. Ninguno podrá decir en el templo de la Paz [101] que yo he incluido mujeres entre los usurpadores, es decir, usurpadoras o «usurpatrices», como ellos suelen, entre risas y bromas,
echarme en cara. Tienen el número completo, reu- 11
nido en mi obra desde los más ocultos secretos de
la historia. Pues he añadido [102] a Tito y a Censo- 12

[99] Su nombre era Quintilo; cf. *Claudio* 12.

[100] Cf. 20.

[101] Edificio majestuoso, construido por mandato de Vespasiano en el año 75 de C., que contaba con una gran biblioteca y, por lo que aquí se dice, era lugar de reunión de críticos y literatos.

[102] Aceptamos aquí la conjetura *addentur* de Peter para llenar la laguna de P.

rino —el primero, como ya dije, vivió bajo el mandato de Maximino y el otro en tiempos de Claudio—, quienes fueron asesinados por los mismos soldados que antes les habían revestido con la púrpura imperial.

TITO

32 Cuenta Dexipo, y no lo ocultan Herodiano y todos los que transmitieran tales relatos a la posteridad, que Tito [103], un tribuno de los mauritanos a quien Maximino había reducido a la condición de simple ciudadano, por miedo a una muerte cruenta, según aquéllos refieren, pero de mala gana y obligado por los soldados, como afirma la mayoría, se alzó con el poder imperial; y añaden que él fue asesinado por sus propios soldados, pocos días después de que hubiera sido sometido el levantamiento que el consular Magno [104] dirigió contra Maximino. Dicen, sin embargo, que fue emperador 2
durante seis meses. La actitud de este hombre hacia el Estado, tanto en la patria como en el extranjero, fue siempre elogiable, pero en su mandato imperial se mostró poco afortunado. Por otra parte, 3
algunos aseguran que fue nombrado emperador por los arqueros armenios [105], a quienes Maximino, por ser partidarios de Alejandro, detestaba y había dado motivos de ofensa. No debes sorprenderte de que 4
haya tan gran diversidad de opiniones acerca de este hombre, pues su nombre apenas nos es conocido. Calpurnia era su esposa, una mujer respetada y ve- 5
nerable del linaje de los Cesoninos —es decir, de

[103] Cf. *Maximinos,* 11, 1-4. Herodiano (VII 1,9-10) se refiere a él con el nombre de *Quartinus.*

[104] Cf. *Maximinos,* 10.

[105] En *Maximinos,* 11,1 se dice que eran osroenos.

los Pisones [106]— a la que nuestros antepasados reverenciaron, como sacerdotisa casada una sola vez, entre las más venerables mujeres y cuya estatua vemos todavía en el templo de Venus, de piedra la parte superior y el resto de oro. Se dice que poseía 6
unas perlas muy grandes, que habían pertenecido a Cleopatra, y una fuente [107] de plata de cien libras de peso, que han recordado muchos poetas, y en la que aparecía inscrita la historia de sus antepasados.

A mí me parece que he ido más lejos de lo que 7
el asunto requería. Pero, ¿qué voy a hacer?; el saber, por una inclinación natural, resulta prolijo. Por 8
eso vuelvo a Censorino, hombre de noble cuna, pero que, según se dice, gobernó durante siete días, más para perjuicio que para bien del Estado.

CENSORINO

33 Era un hombre entregado por completo a la milicia y a la antigua dignidad de la Curia, que fue dos veces cónsul, dos veces prefecto del Pretorio, tres veces prefecto de la Ciudad, cuatro veces procónsul, tres veces legado de rango consular, dos veces de rango pretorio, cuatro veces de rango edilicio y tres del cuestorio, y que fue encargado de una legación extraordinaria a los persas y otra a los sármatas [108].

Sin embargo, después de todos estos cargos, 2
cuando envejecía en su hacienda, cojeando incluso de un pie a causa de una herida que había recibido

[106] El segundo *cognomen* de L. Calpurnio Pisón Cesonio, cónsul del año 148 a. de C., pasó a sus descendientes.

[107] *Lanx*. Bandeja honda, de gran tamaño, que realizaba con metales preciosos tenía un uso decorativo. Muy estimadas en Roma, además de por su valor material, por el valor artístico de sus adornos.

[108] Es imposible que un individuo que hubiera ejercido tantas y tan importantes funciones no haya dejado huella en ninguna otra parte; o nunca existió o su importancia fue mucho menor.

en la guerra contra los persas, en tiempos de Valeriano, fue hecho emperador y por broma de los bufones se le dio el nombre de Claudio [109]. Pero 3
como actuara con enorme serenidad y se hiciera insoportable para los soldados a causa de su rígida disciplina, fue asesinado por los mismos que le habían nombrado. Se conserva su sepulcro en los al- 4
rededores de Bolonia y en él se han inscrito con grandes letras todos los cargos que desempeñó; pero en la última línea se ha añadido: «Afortunado 5
en todas las cosas, desafortunadísimo emperador.» Su familia todavía existe, muy conocida por el nombre de los Censorinos, una parte de la cual, por aversión a los asuntos de Roma, marchó a Tracia, otra a Bitinia. Su casa, muy hermosa y emplazada 6
junto a la Mansión de los Flavios [110], también se conserva y, según se dice, en otro tiempo perteneció al emperador Tito.

Tienes completo el número de los treinta usur- 7
padores, tú, que disputabas conmigo en unión de los malintencionados, aunque, sin duda, con buena intención. Ahora da a quien tú quieras este librillo, 8
escrito no tan elegante como fidedignamente. A mí me parece que yo no he prometido elegancia, sino hechos, pues estos libros, que yo he compuesto sobre la vida de los príncipes, no los escribo, sino que los dicto, y los dicto con esa rapidez que —como si yo hubiese prometido algo o tú me lo hubieras pedido— me exiges, de tal modo que no tengo posibilidades de respirar.

---

[109] *Claudus*, en efecto, significa «cojo».

[110] Situada en el Quirinal, fue construida por Vespasiano y convertida en templo por Domiciano, (cf. Suetonio, *Dom.* I 1). El término *Gentes* tiene en este pasaje la significación propiamente material de «Mansión».

25. EL DIVINO CLAUDIO

(Trebelio Polión)

1 Hemos llegado al emperador Claudio [1], quien, por respeto al César Constancio [2], debe ser tratado en nuestros escritos con la debida solicitud.

En efecto, yo no pude negarme a escribir acerca de él cuando he escrito acerca de otros emperadores elegidos tumultuariamente, es decir, reyezuelos, en ese libro que he redactado sobre los treinta usurpadores y que ahora contiene incluso el linaje de Cleopatra [3] y el de Victoria [4]; pues las cosas llega- 2
ron a tal punto que yo he escrito las vidas de las mujeres por hacer una comparación con el mal gobierno de Galieno. Ciertamente no era lícito pasar 3
en silencio a este príncipe que dejó tan notables descendientes de su linaje [5]; que con su propio valor puso fin a la guerra con los godos; que cuando fue vencedor intentó resolver los desastres públicos; que, aunque no fue el artífice de la conjura, al em-

---

[1] Conocido normalmente como Claudio II, el primero de los emperadores ilíricos (cf. 9,9); ocupó el poder entre los años 268 y 270.

[2] El parentesco existente entre Claudio y Constancio Cloro, a quien se refiere en el pasaje, no está claro en las fuentes. Más adelante (cf. 13), este biógrafo sostiene que Constancio era sobrino nieto de Claudio; sin embargo, en Eutropio (IX 22) y Zonaras (XII 26) se dice que Constancio era nieto de Claudio. Esta disparidad en las fuentes ha provocado que muchos críticos duden de la existencia real de tal parentesco.

[3] Alusión a Zenobia; cf. *Treinta Usurpadores*, 30,2.

[4] Cf. *Treinta Usurpadores*, 31, 1-4.

[5] Constancio Cloro, Constantino, etc.

pezar a gobernar para bien del género humano,
apartó a Galieno, un monstruoso emperador, del ti-
món del Estado; que, si se hubiera mantenido más
tiempo a la cabeza de la república, nos habría de-
vuelto con su fuerza, sus consejos y su cautela a los
Escipiones, a los Camilos y a todos aquellos hom-
2 bres de la antigüedad. El tiempo que aquél se man-
tuvo en el poder fue, no puedo negarlo, breve, pero
breve habría sido el mandato de un hombre como
él, aunque hubiera podido gobernar tanto tiempo
como dura la vida de los hombres. ¿Qué hay en él 2
que no sea admirable? ¿Qué hay que no llame la
atención? ¿Qué, que no deba anteponerse a aque-
llos antiguos triunfadores? En él se hallaban pre- 3
sentes el valor de Trajano, la piedad de Antonino,
la moderación de Augusto y las buenas cualidades
de los grandes príncipes en un grado tal que no ne-
cesitaba el ejemplo de otros, antes al contrario, si
aquéllos no hubieran existido, él hubiera dado el
ejemplo a seguir por los demás. Los más sabios as- 4
trólogos consideran que al hombre le han sido otor-
gados ciento veinte años para vivir y repiten que a
ninguno se le han concedido más; añaden, incluso,
que sólo Moisés, el amigo de Dios, como dicen los
libros de los judíos, vivió ciento veinticinco años [6],
y que, cuando se quejó de morir joven, se le res-
pondió, según dicen, a través de una desconocida
divinidad que ninguno viviría más que él. Por lo 5
cual, aunque Claudio hubiera vivido ciento veinti-
cinco años, su vida, admirable y asombrosa, nos
muestra que nadie habría visto su muerte como algo
ineludible o esperable, como dice Tulio acerca de
Escipión [7]. ¿Pues qué tuvo aquel hombre que no 6
fuera grande tanto en la patria como en el extran-
jero? Amó a los padres, lo que no es sorprendente.
Amó también a sus hermanos, lo que ahora es casi

[6] Según *Deuteronomio* XXXIV 11, Moisés vivió ciento veinte años.
[7] Cicerón, *Mil,* 16, al referirse a Escipión Emiliano.

asombroso. Amó incluso a sus allegados, y esto, en
nuestros tiempos, debe ser ya considerado como un
milagro. No envidió a nadie, pero persiguió a los
malvados. Condenó pública y abiertamente a los
jueces corrompidos y mostró hacia los necios una
casi negligente condescendencia. Promulgó leyes 7
excelentes. Fue tan provechoso para el Estado que 8
los más grandes príncipes eligieron a sus descen-
dientes para ocupar el poder imperial y un senado
muy mejorado se inclinó por tal opción.

3 Alguno puede pensar que yo hablo así para ga-
narme el favor del César Constancio, pero tu buen
juicio y mi propia vida son testigos de que yo nun-
ca he pensado, he dicho o he hecho nada para com-
placer a alguien [8]. Yo estoy hablando del empera- 2
dor Claudio, a quien su vida, su bondad y todas
las acciones que llevó a cabo en favor del Estado,
otorgaron tan gran renombre entre las generacio-
nes que le sucedieron, que el senado y el pueblo ro-
mano le recompensaron con nuevos honores des-
pués de su muerte: en reconocimiento hacia él, el 3
senado, con el consentimiento de todos, colocó en
la Curia romana un *clypeus aureus* —o, como di-
cen los gramáticos, un *clypeum aureum* [9]— de ma-
nera que aún hoy puede verse su rostro en el busto
que está grabado en él. En su honor —lo que nun- 4
ca antes se había realizado— el pueblo romano con
sus propios recursos le erigió una estatua aurea de
diez pies de alto [10] en el Capitolio, enfrente del
templo de Júpiter Óptimo Máximo. En su recuer- 5
do, con la aprobación de todo el mundo, se colocó

---

[8] Consciente el propio biógrafo del carácter exageradamente panegirista de esta vida, rechaza en varios pasajes las imputaciones de adulación (cf. 6,5; 8,2; 9,5).

[9] El *clipeus* era un escudo donde solían estar representados bustos de dioses o grandes hombres. La forma masculina en *us* es más frecuente que la neutra *um*, aunque ambas alternan en nuestros textos.

[10] Un pie son 29,6 cm, por tanto la estatua medía casi tres metros de alto.

en los *Rostra* [11] una columna que sostenía una es-
tatua suya de mil quinientas libras [12] de plata, en la
que vestía la túnica palmada [13]. Fue él quien, pen- 6
sando en el futuro, agrandó la Mansión de los Fla-
vios [14], que había pertenecido a Vespasiano, a Tito
y —me cuesta pronunciar su nombre— a Domicia-
no. El, quien, en un breve espacio de tiempo, puso 7
fin a la guerra con los godos [15]. Por ello, el senado
y el pueblo romano, las naciones extranjeras y las
provincias se han mostrado aduladoras de su re-
cuerdo, pues todos los órdenes sociales, todas las
edades y todas las ciudades han honrado al buen
príncipe con estatuas, insignias, coronas, templos y
arcos triunfales.

4 Es interesante para aquéllos que imitan a los bue-
nos príncipes y para todo el género humano, co-
nocer los decretos del senado emitidos acerca de
este hombre, para que todos conozcan la opinión
oficial que de él se tenía. En efecto, cuando el no- 2
veno día antes de las calendas de abril, el día de la
Sangre [16], se anunció en el santuario de la Madre
que Claudio había sido nombrado emperador, aun-
que no se pudo reunir al senado a causa de la ce-
lebración de los ritos sagrados, los senadores se vis-
tieron con sus togas y marcharon al templo de Apo-
lo [17], y allí, una vez leída la carta del príncipe Clau-

[11] Ya sabemos que recibía tal nombre la tribuna desde donde los oradores arengaban al pueblo, adornada con los espolones de las naves tomadas al enemigo.

[12] La libra romana equivalía a 327 gramos y era su unidad superior de peso.

[13] Cf. *Gordianos*, n. 12.

[14] Cf. *Treinta Usurpadores*, n. 110.

[15] Cf. 6-9.

[16] Los *Galli* o sacerdotes de la *Magna Mater*, Cibeles, celebraban el 24 de marzo, segundo día de las fiestas en honor de la diosa, en el Palatino, un ritual que consistía en origen en la castración de los mencionados sacerdotes y, posteriormente, se redujo a un corte simbólico en el brazo del *Archigallus*, el sumo sacerdote, para derramar unas gotas de sangre.

[17] Construido por Augusto en el Palatino.

dio, pronunciaron estas aclamaciones en su honor: 3
«Augusto Claudio, ¡qué los dioses te guarden!»
Esto se dijo sesenta veces. «Augusto Claudio, siem-
pre deseamos tenerte a ti como príncipe o a alguien
semejante a ti.» Se dijo cuarenta veces. «Augusto
Claudio, el Estado te necesitaba.» Se dijo cuarenta
veces. «Augusto Claudio, tu eres un hermano, un
padre, un amigo, un buen senador, un auténtico
príncipe.» Se dijo ochenta veces. «Augusto Clau- 4
dio, líbranos de Aureolo.» Se dijo cinco veces. «Au-
gusto Claudio, líbranos de los palmiranos.» Se dijo
cinco veces. «Augusto Claudio, líbranos de Zeno-
bia y de Vitruvia.» Se dijo siete veces. «Augusto
Claudio, Tétrico no realizó nada.» Se dijo siete ve-
ces.

5 Tan pronto como fue nombrado emperador, Cla-
udio entabló combate con Aureolo [18], que había
sido una pesada carga para el Estado por compla-
cer en exceso a Galiano, le apartó del timón del Es-
tado y le consideró un usurpador en las proclamas
enviadas al pueblo y en los mensajes dirigidos al se-
nado. Además, este duro e inflexible emperador no 2
escuchó a Aureolo cuando con sus ruegos solicitaba
un tratado de paz, sino que le rechazó con tal res-
puesta: «Esto deberías haberlo solicitado de Galie-
no, que tenía costumbres similares a las tuyas y ade-
más te habría tenido miedo». Finalmente, por de- 3
cisión de sus propios soldados, Aureolo tuvo, cer-
ca de Milán, una muerte digna de su vida y de sus
costumbres; y, sin embargo, algunos historiadores
han intentado alabarlo, exponiéndose, sin duda, al
ridículo. Pues Galo Antípater [19], esclava de los car- 4
gos y deshonra de los historiadores [20], al referirse

---

[18] Cf. *Treinta Usurpadores*, 11.

[19] Autor desconocido.

[20] *Ancilla honorum et historicorum dehonestamentum;* la frase, tal como apunta Magie (*op. cit.*, III, p. 160 y n. 3), puede ser imitación de Salustio (*Historiae* I, frag. 55,22): *ancilla turpis, bonorum omnium dehonestamentum.*

a Aureolo, comenzó así: «Llegamos a un empera-
dor que hace honor a su propio nombre». Como 5
si con el nombre del oro se designe una excelsa vir-
tud; pero yo sé que entre los gladiadores a menu-
do se da este nombre a los buenos combatientes.
Recientemente tu libro sobre los juegos recogía este
nombre en la lista de los luchadores.

6 Pero volvamos a Claudio. Pues, como más arri-
ba dijimos, aquellos godos, que se habían escapado
después de las persecuciones de Marciano [21], y és-
tos, a los que Claudio había impedido la huida [22],
para evitar que ocurriese lo que entonces se cum-
plió, concitaron a todos los pueblos de su entorno
para conseguir el botín de Roma. Finalmente, las 2
diversas tribus de los escitas, los peucinos, los gru-
tungos ostrogodos, tervingos, visigodos, gipedes,
celtas e, incluso, hérulos, en su afán de pillaje,
irrumpieron en territorio romano y allí devastaron
muchas regiones, mientras Claudio se ocupaba de
otras cuestiones y preparaba, como lo hace un buen
comandante, la guerra que después emprendió. En-
tonces, pareció que el destino de Roma se detenía
ante los lentos preparativos del buen príncipe, pero 3
yo creo que la gloria de Claudio creció de este
modo, y que su victoria le hizo más ilustre en to-
das las partes del mundo. Había, entonces, trescien- 4
tos veinte mil hombres de aquellos pueblos dis-
puestos a luchar. Quien nos acusa de adulación, que 5
diga ahora si Claudio no merecía ser querido. Tres-
cientos veinte mil guerreros. ¿Que alguien me diga
si Jerjes [23] tuvo tantos!, ¡si alguna leyenda ideó un
número tan elevado!, ¡si algún poeta lo concibió!
Había trescientos veinte mil soldados. Añade a sus 6

---

[21] Cf. *Galienos*, 6,1.

[22] Claudio, como general de Galieno, obtuvo una gran victoria sobre los alamanes, que le valió el sobrenombre de Germánico.

[23] Según Herodoto, Jerjes cruzó el Helesponto con 1.700.000 infantes y 80.000 jinetes.

esclavos, añade a sus familias, añade sus carabanas y piensa en los ríos desecados, en los bosques destruidos y en el cansancio de la misma tierra, que soportó a una masa tan ingente de bárbaros.

7 Existe una carta suya, enviada al senado para ser leída ante el pueblo, en la que alude al número de bárbaros; la carta es como sigue: «El emperador 2
Claudio al senado y al pueblo romano». (Se dice que él mismo la dictó y yo no quiero la versión del *magister memoriae*)[24]. «Padres conscriptos, oid con 3
admiración lo que es verdad. Trescientos veinte mil guerreros bárbaros han venido al territorio romano: si yo los venciese agradeced mis servicios; si no venciese, sabed que yo intenté luchar después del gobierno de Galieno. Todo el Estado está ex- 4
hausto; vamos a luchar ahora, después de Valeriano, después de Ingenuo, después de Regaliano, después de Loliano, después de Póstumo, después de Celso, después de otros mil que se separaron del Estado por desprecio hacia el emperador Galieno. 5
Ya no quedan escudos, ni espadas, ni lanzas. Las Galias e Hispania, los pilares del Estado, se encuentran en poder de Tétrico, y todos los arqueros —avergüenza decirlo— pertenecen a Zenobia. Cualquier cosa que hagamos será bastante grande».

Luego, Claudio venció a estos pueblos gracias a 6
su innato valor y en poco tiempo los aniquiló, permitiendo sólo a algunos de ellos regresar al territorio patrio. Me pregunto qué valor tiene ante tan gran victoria un escudo en la curia o qué clase de recompensa es una estatua de oro[25]. Dice Ennio[26]
refiriéndose a Escipión: «¿Qué estatua, qué colum- 7
na hará el pueblo romano para representar tus hazañas?». Podemos decir que Flavio[27] Claudio, un 8

[24] Cf. *Pescenio Nigro,* 7,4 y n. 11.

[25] Cf. 3,1 y ns. 9 y 10.

[26] Un pasaje del poema *Scipio,* en el que Ennio elogiaba a Escipión Africano.

[27] El nombre Flavio que se da aquí a Claudio es inexacto y responde

emperador sin rival en todo el mundo, no se sirvió de columnas, ni de estatuas, sino del poder de su renombre.

8 Tenían, además, dos mil naves, es decir, dos veces el número con el que toda Grecia y toda Tesalia intentaron atacar en otro tiempo las ciudades de Asia [28]. Pero este número lo imaginó la pluma de un poeta y la cifra que nosotros damos se apoya en datos históricos. Y, sin embargo, los escritores adu- 2
lamos a Claudio, un hombre que destruyó, aplastó y aniquiló a dos mil naves y a trescientos veinte mil guerreros bárbaros, que unas veces ordenó quemar y otras entregó a la servidumbre romana, junto con sus familias, un convoy tan grande como el que tal multitud de guerreros pudo preparar y disponer
para sí. Esto lo prueba una carta suya que escribió 3
a Junio Broco [29], encargado entonces de defender
el Ilírico: «Claudio a Broco. Hemos aniquilado a 4
trescientos veinte mil godos, hemos hundido dos
mil naves. Los ríos están tapados por sus escudos, 5
todas las playas están cubiertas de sus espadas y sus lanzas. Los campos se ocultan debajo de sus huesos; ningún camino está limpio, el inmenso convoy
ha sido abandonado. Hemos capturado a tan gran 6
número de mujeres que el soldado vencedor puede
9 unirse con dos o con tres. ¡Ojalá el Estado no hubiera tenido que sufrir a Galieno! ¡Ojalá no hubiera tenido que soportar a los seiscientos usurpadores! ¡Cuánto se hubiera engrandecido la república se estuvieran indemnes los soldados que fueron castigados por tantos combates, si se hallaron a salvo las legiones que Galieno, un mal vencedor [30], des-

al deseo del biógrafo de relacionarlo con Flavio Valerio Constancio Cloro.

[28] Alusión a la guerra de Troya.

[29] Desconocido en otras fuentes.

[30] A su pesar, el biógrafo reconoce aquí las victorias de Galieno sobre los godos y Aureolo (cf. *Galienos* 13,6 y 14,1).

truyó! Sin duda, mi actividad une ahora los miem- 2
bros de ese naufragio político al cuerpo del Estado
romano».
Se luchó junto a los mesios y hubo muchos com- 3
bates cerca de Marcianópolis [31]. Muchos hombres 4
murieron en los naufragios, muchos reyes fueron
capturados, mujeres nobles de los diferentes pue-
blos fueron conducidas como cautivas, las provin-
cias romanas se llenaron con los esclavos bárbaros
y los agricultores escitas [32]. El que antes era godo
se convirtió en colono del *limes* bárbaro. No hubo 5
región alguna que no dispusiera de esclavos godos
como adornos de su triunfo. ¿Y qué podría decir
de esos bueyes bárbaros que vieron nuestros ante-
pasados? ¿Y de esas ovejas? ¿Y de esas yeguas cel- 6
tas que la fama ha divulgado? Todo eso contribu-
ye a la gloria de Claudio. Pues, Claudio no sólo
dio seguridad al Estado sino también abundancia
de riquezas. Se luchó también en Bizancio, com- 7
portándose con gran valentía los bizantinos que ha-
bían logrado sobrevivir. Se luchó en Tesalónica, 8
que había sido sitiada por los bárbaros, mientras
Claudio estaba ausente. Se luchó en diversas regio- 9
nes y en todas ellas, bajo los auspicios de Claudio,
los godos fueron vencidos, hasta tal punto que ya
entonces parecía preparar un Estado seguro para su
futuro nieto, el César Constancio [33].

10 Oportunamente recuerdo que es necesario con-
tar un oráculo, que, según se dice, recibió Claudio
en Comagene [34], con objeto de que todos conoz-
can que el linaje de Claudio fue instituido por vo-

---

[31] Ciudad de la Mesia inferior, fundada por Trajano, a la que dio el nombre de su hermana Marciana.

[32] Sabemos por otras fuentes que muchos de los pueblos bárbaros derrotados se asentaron en suelo romano en calidad de granjeros, cf. Zósimo I 46.

[33] Cf. n. 2.

[34] Ciudad del Danubio, a unos 35 Kms al Norte de Viena.

luntad divina para la felicidad del Estado. Cuando, 2
tras convertirse en emperador, preguntó cuánto tiempo habría de ocupar el poder, surgió el siguiente oráculo[35]:

«Tú, que ahora gobiernas las regiones patrias 3
y riges los destinos del mundo, enviado de [los dioses,
tú superarás con tus descendientes a los anti- [guos;
pues tus sucesores reinarán
y harán reyes a sus sucesores».

Igualmente, cuando preguntó en el Apenino so- 4
bre su futuro, recibió tal respuesta:

«Hasta que el tercer verano le haya visto rei- [nando en el Lacio»[36].

Del mismo modo, cuando preguntó acerca de sus 5
descendientes:

«Yo no pondré límites ni a su poderío ni a la [duración de su mandato»[37].

Y cuando se interesó por el futuro de su herma- 6
no Quintilo[38], al que pretendía tener como asociado en el poder imperial, se le respondió:

«A él los hados no harán más que mostrarlo [sobre la tierra»[39].

Yo he contado estos oráculos para que todos per- 7
ciban con claridad que Constancio, hombre de linaje divino, nuestro venerabilísimo César, procede de una familia de Augustos y ha de darnos muchos

[35] Cf. *Alejandro Severo*, 4,6 y *Firmo*, 3,4.
[36] Cf. *Eneida*, I 265.
[37] Cf. *Eneida*, I 278.
[38] Cf. 12.
[39] Cf. *Eneida*, VI 669; también citado en *Elio* 4,1 y *Gordianos*, 20,5.

Augustos, con la mayor garantía para los Augustos Diocleciano y Maximiano y para su hermano Galerio.

11 Pero mientras el divino Claudio llevaba a cabo estas cosas, los palmiranos, bajo la conducción de sus generales Saba y Timagenes, hacen la guerra contra los egipcios [40], quienes resultan vencedores gracias a la firmeza egipcia y a su incansable continuidad en la lucha. Sin embargo, Probato, el jefe 2
de los egipcios, fue asesinado por las asechanzas de Timagenes. No obstante, todos los egipcios se entregaron al emperador romano, jurando lealtad a Claudio, aunque no estaba presente.

Siendo cónsules Aticiano y Orfito, el favor divi- 3
no colaboró con las decisiones de Claudio. Pues, una gran multitud de bárbaros, formada con los supervivientes de todos los pueblos, tras reunirse en el Hemimonto [41], fue castigada por el hambre y por tal epidemia de peste que Claudio desdeñó vencerlos además con las armas. Por fin, la más cruel de 4
las guerras terminó y se alejaron los terrores de la nación romana [42]. Mi rectitud me obliga a decir la 5
verdad, pero también el deseo de que éstos, que quieren que yo sea considerado un adulador, sepan que yo no dejo pasar en silencio aquello que la historia exige que sea contado: en aquel tiempo en que 6
se había alcanzado la victoria de manera total, un grupo numeroso de soldados de Claudio, empujado por el éxito, que perturba incluso los ánimos

[40] Saba era un general de Zenobia (cf. *Aureliano*, 25,3) que en compañía del egipcio Timágenes conquistó Egipto (cf. Zósimo I 44). Probato, un general de Claudio, intentó su reconquista, pero al parecer, ésta no se produjo hasta los tiempos de Aureliano.

[41] Se refiere al monte *Haemus*, en Tracia (cf. Zósimo I 45). El nombre de Hemimonto corresponde a los tiempos de Diocleciano; era una de las seis provincias en que fue dividida la diócesis de Tracia.

[42] Como consecuencia de esta victoria Claudio asumió el *cognomen Gothicus* (cf. Magie, *op. cit.*, III, p. 173 y n. 3).

de los más sabios [43], se dedicó irreflexivamente al saqueo, sin pensar que un reducido contingente de enemigos podía ponerlos en fuga mientras ellos, se dedicaban, entregados en cuerpo y espíritu, a recoger el botín. Así, cuando se produjo la victoria, mu- 7
rieron a manos de algunos bárbaros, que ya habían sido dispersados, casi dos mil soldados. Sin embar- 8
go, cuando Claudio se enteró de esto, tras reunir el ejército, detuvo a todos los que se habían mostrado rebeldes y los envió encadenados a Roma para que sirvieran de distración en los juegos públicos. De este modo, los sinsabores que la fortuna o el soldado habían causado, fueron reparados por la energía de un buen príncipe. No sólo consiguió la victoria sobre el enemigo sino también el desquite. En esta guerra que Claudio llevó a cabo, sobre- 9
salió el inmenso valor de la caballería dálmata, pues Claudio, al parecer, declaraba haber nacido en esta provincia; otros, sin embargo, han dicho que era un dárdano y que por sus venas corría la sangre de Ilo, fundador de Troya, e incluso del mismo Dár-
12 dano [44]. En estos tiempos, los escitas intentaron devastar Creta y Chipre, pero fueron vencidos en todas partes al sufrir su ejército la peste y el hambre.

Al finalizar la guerra con los godos, se originó 2
una gravísima epidemia; entonces, Claudio, afectado también por la enfermedad, abandonó su vida mortal y marchó a un cielo que le era ya familiar por sus propias virtudes. Mientras se dirigía hacia 3
los dioses y las estrellas, su hermano Quintilo, hombre venerable y para decirlo claramente, un hermano de su hermano, asumió el poder imperial,

---

[43] Cf. Salustio, C., XI 7: *Quippe secundae res sapientium animos fatigant.*

[44] Dárdano, hijo de Zeus y Electra, y rey de Troya a la muerte de Teucro. El biógrafo parece confundir la región de Dardania, situada en el Ilírico, con la dardánica Troya; por lo demás, dicha confusión contribuye al engrandecimiento de Claudio.

que le fue entregado con el consentimiento de to-
dos, no como algo hereditario, sino en atención a
sus propias virtudes; pues hubiese sido nombrado
emperador aunque no fuera hermano del príncipe.
Bajo su imperio, los bárbaros, que aún sobrevivían, 4
intentaron devastar Anquialos [45] e incluso apode-
rarse de Nicópolis [46], pero fueron aplastados gra-
cias al valor de los habitantes de aquella provincia.
Quintilo, por lo breve de su mandato, no pudo lle- 5
var a cabo nada que fuera digno del poder impe-
rial, pues transcurridos diecisiete días, fue asesina-
do, como antes ocurriera a Galba [47] y a Pértinax [48],
por mostrarse severo y rígido con los soldados y
por haber prometido comportarse como un autén-
tico príncipe. Dexipo no dice que Quintilo fuera 6
asesinado, sino sólo que murió; pero no añade que
muriera por enfermedad, de manera que parece te-
ner dudas.

13 Puesto que ya hemos hablado de su comporta-
miento en la guerra, debemos decir algunas cosas
al menos acerca del linaje y la familia de Claudio,
para que no parezca que pasamos en silencio lo que
debe ser conocido por todos: los hermanos eran 2
Claudio, Quintilo y Crispo. Claudia era hija de
Crispo; de ella y de Eutropio, el hombre más no-
ble del pueblo dárdano, nació el César Constan-
cio [49]. También tenían hermanas, una de las cuales, 3
que se llamaba Constantina y estaba casada con un
tribuno de los asirios, murió en los primeros años
de su juventud. Acerca de sus antepasados noso- 4
tros conocemos pocas cosas, pero muchos autores
han trasmitido diferentes datos. El propio Claudio 5
era insigne por la gravedad de sus costumbres, in-

[45] Ciudad de la costa septentrional de Tracia, a orillas del Mar Negro.
[46] Actual Stari Nikub, en la Bulgaria meridional.
[47] Cf. Tácito, *H,* I 18 y ss. y Suetonio, *Galb,* XV y ss.
[48] Cf. *Pértinax,* 11.
[49] Cf. n. 2.

signe por su vida singular y su sin par castidad; moderado con el vino, pero inclinado al alimento; elevado de estatura, de ojos ardientes y rostro ancho y lleno, con unos dedos tan fuertes que a menudo sacaba los dientes a los caballos y a los mulos de
un puñetazo. Esto lo había hecho también en la mi- 6
licia, siendo joven, cuando hacía una demostración de lucha entre otros forzudos en los juegos del
Campo de Marte. Pues, habiéndose irritado con un 7
individuo que en lugar del cinturón le agarró los testículos, le sacó todos los dientes de un puñetazo. Este asunto mereció el perdón por ser la ven-
ganza del pudor ofendido; pues, Decio, que era en- 8
tonces emperador y se hallaba presente cuando ocurrió el hecho, no sólo alabó públicamente el valor y el pudor de Claudio sino que le recompensó con brazaletes y collares [50], pero le ordenó apartarse de los combates de los soldados, temiendo que realizase algo con más violencia de lo que el ejercicio de la lucha requiere. Claudio no tuvo hijos, pero
Quintilo dejó dos y Crispo, como hemos dicho, 9
una hija.

14 Ahora hagamos referencia a las opiniones que expresaron diferentes príncipes sobre él, con un cariz tal, que se hizo evidente que Claudio iba a ser em-
perador en cualquier momento. Una carta de Va- 2
leriano a Zosimión [51], procurador de Siria: «Hemos entregado al tribuno Claudio un hombre de origen ilirio, nuestra valiente y fidelísima quinta legión Marcia, pues él está por encima de los más va-
lientes y leales veteranos. A éste le darás de nues- 3
tro tesoro particular las siguientes provisiones: tres mil modios anuales de trigo, seis mil de cebada, dos mil libras de tocino, tres mill quinientos sextarios de vino viejo, ciento cincuenta sextarios de aceite

[50] Premios que usualmente se otorgaban a los soldados que vencían en este tipo de combates, cf. *Maximinos*, 2,4.
[51] Desconocido en otras fuentes.

bueno y seiscientos sextarios del de calidad inferior, veinte medios de sal y ciento cincuenta libras de cera; de heno, paja, vinagre, hortalizas y hierbas cuánto sea necesario y treinta decenas de pieles para las tiendas de campaña; además, también cada año, seis mulos, tres caballos, diez camellas, nueve mulas, cincuenta libras en objetos de plata y ciento cincuenta Filipeos [52] con mi efigie; en las fiestas, como regalo [53], cuarenta y siete Filipeos y ciento sesenta monedas de un tercio de Filipeo [54]. Igualmen- 4
te en vasos, copas y jarras once libras. También 5
cada año, dos túnicas militares de color rojo, dos capotes militares, dos fíbulas de plata dorada, una fíbula de oro con un pasador de Chipre, un talabarte de plata dorada, un anillo con dos gemas de una onza, un brazalete de siete onzas, un collar de una libra, un casco dorado, dos escudos con incrustaciones de oro y una coraza que deberá devolver.
Dos lanzas herculeanas [55], dos jabalinas [56], dos ho- 6
ces normales y cuatro de las que se emplean para cortar heno. Además, un cocinero y un mulero que 7
deberá devolver y dos mujeres hermosas, elegidas 8
entre las cautivas. Un vestido blanco de mezcla de seda con púrpura de Girba [57] y una túnica interior adornada [58] con púrpura mora. Un escriba y un en- 9

[52] Este nombre, que originariamente se otorgó al *stater* de oro acuñado por Filipo II de Macedonia, se aplicaba en ocasiones al *aureus* romano.

[53] Las *strenae* eran regalos que se hacían los días de fiesta como signo de buen presagio.

[54] Los *trientes*, acuñados por primera vez por Alejandro Severo (cf. 39).

[55] Parece un anacronismo del autor. Algunas armas romanas recibieron el nombre de «herculianas» a partir del título *Herculius* asumido por Maximiano.

[56] *Aclides*. Jabalina cilíndrica de 66 cms con un gancho a cada lado que se arrojaba por medio de una correa y podía ser recuperada después de herir al enemigo.

[57] Actual Djerba, una isla emplazada frente a las costas tunecinas.

[58] *Subarmalis*. Especie de chal que se arrollaba al cuerpo por debajo de los brazos.

cargado de servir[59] la mesa, que habrá de devol- 10
ver. Dos pares de cojines chipriotas, dos camisas
blancas, dos medias de hombre[60] y una toga y un
laticlavo, que deberá devolver. Dos cazadores que 11
sirvan como asistentes, un constructor de coches,
un mayordomo, un aguador, un pescador y un con-
fitero. Mil libras de leña cada día, si hay abundan- 12
cia de provisiones, en caso contrario, cuánto haya y
dónde quiera que se encuentre, y cuatro braseros
de carbón vegetal cada día. Un bañero y astillas 13
para calentar el baño, pero si no hay, que utilice los
baños públicos. Todas aquellas cosas que por su in- 14
significancia no pueden ser detalladas aquí, se las
entregarás comedidamente, pero nada debe abonar-
se en dinero, y si en algún sitio falta algo, no debe
suministrarse ni tampoco pagarse en dinero. Yo le 15
he otorgado todas estas cosas de un modo excep-
cional, como si se tratase de un general y no de un
tribuno, pues es un hombre de tal clase que aún ha-
brían de ser concedidas muchas cosas más».

15 En otra carta de Valeriano, dirigida a Ablavio
Murena[61], prefecto del Pretorio, hemos encontra-
do entre otras, las siguientes manifestaciones: «Deja
ya de quejarte porque Claudio sea tribuno y no di-
rija nuestros ejércitos con el grado de general, de
lo que, según tú, también se lamentan el senado y
el pueblo. Ha sido nombrado general y general de 2
todo el Ilírico. Tiene bajo su mando los ejércitos
de Tracia, Mesia, Dalmacia, Panonia y Dacia. Este 3
hombre, que en mi opinión también es eminente,
puede esperar el consulado y, si no está reñido con
su forma de ser, puede recibir, cuando lo desee, la
prefectura del Pretorio. Has de saber que yo le he 4
asignado la misma cantidad de provisiones que a la

[59] El *structor* era el esclavo encargado de poner la mesa y disponer en ella de forma adecuada los platos y bandejas.
[60] Cf. *Alejandro Severo* 40,11.
[61] Desconocido en otras fuentes.

prefectura de Egipto, el mismo número de vestidos que hemos entregado al proconsulado de África, la misma cantidad de plata que recibe el administrador de las minas del Ilírico y tantos sirvientes como yo mismo me he asignado en cada una de las ciudades; así, todos comprenderán cuál es mi opinión acerca de este hombre».

16 Existe igualmente una carta de Decio en la que se menciona a Claudio: «Decio saluda a Mesala[62], gobernador de Acaya». Entre otras cosas leemos: «Sin embargo, a nuestro tribuno Claudio, joven excelente, enérgico soldado e integrísimo ciudadano, que es tan necesario a los campamentos como al senado y al Estado, le ordenamos ir a las Termópilas, encomendándole, además, el gobierno de los peloponesios, pues somos conscientes de que nadie cumplirá mejor todo lo que hemos ordenado. A él 2
le asignarás doscientos soldados del distrito dardánico[63], cien coraceros[64], sesenta jinetes, sesenta arqueros créticos, y de los nuevos reclutas le darás mil, bien armados. Es, sin duda, una buena decisión 3
confiarle a él los nuevos ejércitos, ya que no se encuentra a nadie más leal, más valiente y más sereno que él».

17 Del mismo modo, cuando a Galieno le fue anunciado por sus inspectores[65] que Claudio se había encolerizado a causa de su voluptuosa forma de vida, escribió en una carta: «Nada me afecta tanto 2
como lo que me contaste en tu informe, a saber, que Claudio, nuestro pariente y amigo, se ha enfadado gravemente porque le han sido insinuadas muchas falsedades. Por tanto, te pido, querido Ve- 3
nusto, si quieres mostrarme tu lealtad, que trates de calmarle por mediación de Grato y Herenia-

---

[62] Igualmente, desconocido en otras fuentes.
[63] Cf. n. 44.
[64] *Cataphactarii* o *cataphracti*. Cf. *Alejandro Severo*, n. 69.
[65] *Frumentarii*, cf. *Adriano*, n. 56.

no [66], sin que los soldados de Dacia, que ya están enfurecidos, se enteren de ello, pues así evitaremos que éstos lleven las cosas aún más lejos. Yo mismo 4
le ha enviado unos regalos, que tú debes conseguir que sean bien recibidos por él. Además, has de procurar que no se entere de que yo sé esto, a fin de que no piense que me he enojado con él y, obligado por las circunstancias, adopte una última decisión. Yo le he enviado dos pateras adornadas con 5
gemas de tres libras de peso, dos copas de oro tachonadas con gemas de tres libras, una bandeja de plata con la forma de un racimo de hiedra de veinte libras, una fuente de plata con relieves de pámpanos de treinta libras, una vasija de plata con la forma de una hoja de hiedra de veintres libras, un plato de pescado de plata de veinte libras, dos jarrones de plata engastados en oro de seis libras y en vasos pequeños un total de veinticinco libras de plata; diez cálices egipcios y otras obras de orfebrería, 6
dos clámides bordadas con púrpura de auténtico brillo, dieciseis vestidos diferentes, un alba de seda mezclada, una túnica con bordados de tres onzas de peso [67], tres pares de sandalias párticas de mi propio suministro, diez túnicas de Dalmacia [68], un manto dardánico, una casaca iliricana, un *bardocuculum* [69], dos capuchas recubiertas de pelo y cuatro 7
pañuelos de Sarepta [70]; además, ciento cincuenta aúreos de Valeriano y trescientas monedas de un tercio de áureo con la imagen de Salonino».

18 También el senado le concedió juicios muy favorables, antes de llegar al poder. Así, cuando fue anunciado que él, junto con Marciano [71], había lu-

[66] Estos nombres nos son desconocidos por otras fuentes.
[67] *Paragauda.* Túnica con mangas de espesas orlas y bordados, que proporcionan al tejido gran rigidez.
[68] Cf. *Cómodo,* 8,8 y n. 22.
[69] Vestidura de paño burdo con capuchón.
[70] Ciudad fenicia, próxima a Sidón y famosa por su púrpura.
[71] Cf. *Galienos* 6,1.

chado valerosamente contra los pueblos del Ilírico, el senado le aclamó de este modo: «¡Claudio, nues- 2
tro jefe más valeroso, salve!, ¡saludamos tus virtudes y tu lealtad! ¡Todos ordenamos que se dedique una estatua a Claudio! Deseamos que Claudio sea cónsul. Quien ama al Estado actúa así, quien ama a los príncipes, actúa así, así obraron los antiguos soldados. Dichoso tú, Claudio, por la buena opi- 3
nión que de ti tienen los príncipes, dichoso tú por las buenas cualidades que posees, ¡Tú cónsul!, ¡tú prefecto! ¡Ojalá vivas mucho tiempo, Valerio [72], y 4
goces del amor de nuestro emperador!». Es largo escribir el gran número de elogios que aquel ilustre hombre mereció; hay, sin embargo, un detalle que yo no debo omitir, a saber, que tanto el senado como el pueblo le tuvieron en tan gran aprecio, antes de que fuera emperador, cuando lo fue y después de serlo, que es admitido por todos que ni Trajano ni los Antoninos ni ningún otro emperador fue tan querido.

[72] De nuevo, el deseo de relacionar a Claudio con Constancio Cloro impulsa al biógrafo a llamar a aquél con el nombre de Valerio.

26. EL DIVINO AURELIANO

(Flavio Vopisco Siracusano)

1 Una vez concluidas las fiestas de Cibeles [1], en las
que sabemos que deben hacerse y decirse toda
clase de cosas jocosas, el prefecto de la Ciudad
Junio Tiberino [2], hombre célebre y que merecía
que se pronunciara su nombre anticipando una
reverencia, me acogió en su carruaje, un coche co-
mo el que utilizaban los jueces. Como su espíritu 2
se hallaba en aquel momento libre y desembara-
zado de los asuntos judiciales y de las activida-
des públicas, inició una larga charla que duró desde
Palacio hasta los jardines de Vario y que versó
especialmente sobre la vida de los emperadores. 3
Y cuando llegamos al templo del Sol [3], que había
sido consagrado por el emperador Aureliano, pues-
to que él mismo hacía derivar su sangre en cierto
grado de la familia de éste, me preguntó quién ha-
bía escrito su vida. Cuando yo le contesté diciendo 4
que no había leído a ninguno de los escritores la-
tinos, pero sí a algunos de los griegos, este venera-
ble varón expresó el dolor que manifestaban sus ge-

---

[1] Se trata de las fiestas llamadas *Hilaria*, cf. *Alejandro Severo*, 37, 6, n. 47.

[2] Junio Tiberino fue cónsul en el año 281 y 291.

[3] Cf. 35,3. Estaba situado, según las *Notitiae* en el campo de Agripa, pero su identificación es problemática, cf. Magie, *op. cit.*, III, 9. 264, n. 1.

midos, con estas palabras: «O sea, que a Tersites [4], 5
a Sinón [5] y a aquellos restantes azotes de la antigüedad los conocemos bien nosotros, y nuestros descendientes también podrán recordarlos a menudo, y, en cambio, ¿será posible que la posterioridad desconozca el divino Aureliano, príncipe de extraordinario prestigio y emperador de gran autoridad, gracias al cual le ha sido devuelto todo el orbe
al poder de Roma? Que Dios impida tamaña locu- 6
ra. Y, sin embargo, si bien tengo entendido, poseemos los escritos de unas efemérides de este príncipe. También noticias sobre sus guerras, redactadas al estilo de la historia. Desearía que tú te hicieras con ellas y que las pusieras por escrito ordenada-
mente, agregando aquellos aspectos que atañen a su 7
vida. Tú podrás informarte de todas estas cosas, de acuerdo con tu habitual diligencia, leyendo los libros línteos [6], en los que él había mandado consig-
nar por escrito sus acciones diarias. Yo procuraré 8
que te los traigan de la biblioteca Ulpia [7]. Tú acce-
de a mi deseo y, según tus posibilidades, escribe la 9
vida de Aureliano tan cual es». Obedecí tus órdenes, mi querido Piniano, tomé los libros griegos y puse a mano todas las obras que me eran necesarias, de las que saqué aquellas noticias que eran dig-
nas de mención y las reuní en un solo libro. Deseo 10
que aceptes favorablemente mi obra y que, si no te conformas con ello, releas a los autores griegos e investigues también los libros línteos, que te proporcionará la biblioteca Ulpia cuando tú quieras.

2 Y, cuando trabamos en este mismo carruaje una

[4] El vilipendiador de Agemenón, cf. *Iliada* II, 212 ss.

[5] El traidor que persuadió a los troyanos a introducir el caballo en la ciudad, cf. Virgilio, *Aen.*, II, 67 ss.

[6] Libros escritos en tela que, según Livio, narraban una crónica muy antigua que utilizaron los antiguos analistas, y que se guardaban en el templo de *Iuno Moneta*.

[7] Situada en el Foro de Trajano.

conversación sobre Trebelio Polión [8], que redactó para la posteridad tanto las vidas de los emperadores ilustres, como la de los que son desconocidos, desde los dos Filipos hasta el divino Claudio y su hermano Quintilo, al asegurar Tiberiano que Polión había relatado muchas cosas negligentemente y otras muchas sumariamente, mientras que yo le contradecía afirmando que no había habido ningún escritor del género histórico al que no se le hubiera escapado alguna mentira, y le mostraba aquello en lo que Livio, Salustio, Cornelio Tácito y, finalmente, Trogo [9] podían ser refutados con pruebas evidentes, cambiando de opinión y estrechándome la
mano en plan jocoso añadió a lo que había dicho: 2
«Escribe como quieras. Podrás decir lo que quieras seguro, pues tendrás como compañeros de mentiras a aquellos autores que admiramos por su elocuencia histórica».

3 Pero, para no introducir en estos preámbulos muchas cosas y sin sustancia, señalaré que, según la mayor parte de los autores, el divino Aureliano nació en Sirmio [10] de una familia bastante desconocida y, según algunos autores, en la Dacia ripen-
se [11]. Sin embargo, yo recuerdo haber leído un au- 2
tor que afirmaba que había nacido en Mesia [12]. Efectivamente, acontece a veces que se desconoce el lugar de nacimiento de aquellas personas que, por ser de un país humilde, se inventan a menudo ellos también un suelo natal, para conferir así brillantez a sus descendientes por el esplendor de los distin-
tos países en los que han fingido nacer. No obs- 3
tante, entre las circunstancias a tener en cuenta res-

[8] Uno de los autores de la Historia Augusta, escritor de las *Vitae* desde Filipo a Claudio, como se indica en el texto, cf. *Introducción*, n. 9.

[9] Pompeyo Trogo, escritor de las *Historias Philippicae*.

[10] En la Panonia superior, cerca del Danubio y en los límites de la Dacia y la Panonia inferior.

[11] La nueva provincia creada por Aureliano, cf. 39, 7.

[12] Provincia romana al Norte de Tracia y Macedonia.

pecto a los grandes príncipes, no es lo más importante saber dónde nació cada uno de ellos, sino
cómo se comportó en la república. ¿Acaso le con- 4
fiere más mérito a Platón el hecho de haber sido ciudadano ateniense que el de haber brillado como
un regalo excepcional de la sabiduría? o ¿tal vez 5
nos parecen más pequeños Aristóteles el Estagirista, Zenón de Elea [13] o Anacarsis [14] de Escitia porque nacieron en aldehuelas sin importancia, siendo así que a ellos los elevó hasta el cielo la perfección de toda su filosofía?

4 Pues bien, volviendo al hilo de nuestro relato, Aureliano que nació de padres modestos y fue desde sus primeros años de un talento agudísimo y famoso por su fuerza física, no dejó pasar ni un solo día, aunque fuera festivo o de asueto, sin realizar algún ejercicio con la jabalina, con el arco y con
otras clases de armas. Calícrates de Tiro, un escri- 2
tor que aventajaba en erudición al resto de los escritores griegos, dice que su madre fue sacerdotisa del templo del Sol invicto en la aldea donde habi-
taban sus padres. Más aún, dice que poseyó un cier- 3
to olfato adivinatorio hasta tal punto que, una vez que reñía con su marido, al mismo tiempo que le censuraba su necedad y bajeza, decía: «Mirad al padre de un emperador». Con ello queda patente que
aquella mujer tuvo conocimiento del destino. El 4
mismo autor dice que los auspicios que auguraron el poder imperial a Aureliano fueron éstos: al principio, siendo aún niño, una serpiente [15] se enroscó muchas veces a su palangana y jamás fue posible

[13] Discípulo de Parménides (finales del siglo VI), natural de Elea también como éste, y que vivió a comienzos del siglo V. Intentó demostrar la imposibilidad del movimiento con distintos argumentos, siendo el más famoso el de Aquiles y la tortuga.

[14] Famoso autor de aporías del siglo V.

[15] La serpiente estaba considerada como un *genius*, una especie de angel tutelar del hogar, por lo que había muchas casas romanas que mantenían estos reptiles.

darla muerte, hasta que al fin su madre, que había
contemplado este prodigio, no consintió que la ma-
taran, como si fuera de la casa. Añade, además, que 5
su madre la sacerdotisa, según dicen, confeccionó
para su hijo unos juguetes del pequeño manto de
púrpura que el emperador de su tiempo había ofre-
cido al Sol. Agrega también este otro prodigio: «Un 6
águila levantó de la cuna a Aureliano fajado con sus
pañales, sin hacerle ningún daño, y luego le colocó
en un altar situado junto a un pequeño santuario
que por azar se encontraba sin fuego. Este mismo 7
escritor dice que a su madre le nació un novillo de
dimensiones sorprendentes y de color blanco, pero
con manchas de color púrpura dispuestas de tal ma-
nera que formaban en un costado el saludo «ave»
y en el otro una corona.

5 Recuerdo que he leído en este mismo autor otros
muchos prodigios infundados como, por ejemplo:
asegura que después de nacer Aureliano brotaron
en el patio de la casa esta misma mujer rosas
de color púrpura, con olor de rosa pero con péta-
los de oro. Después, cuando ya servía en el ejérci- 2
to, le acontecieron también múltiples augurios de
que alcanzaría el poder, tal como luego confirma-
ron los hechos. Efectivamente, cuando entró en 3
Antioquía en un carruaje porque no podía hacer-
lo a caballo a causa de una herida, un manto de
púrpura que habían extendido en su honor se vino
abajo cubriéndole los hombros. Y, como desea- 4
ba trasladarse a un caballo, porque entonces es-
taba mal visto utilizar carruajes en la ciudad, le acer-
caron un caballo del emperador, y se montó en él
pues tenía prisa. Pero, cuando se dio cuenta de di-
cha circunstancia, se cambió de nuevo al suyo
propio. Además, cuando partió a Persia como le- 5
gado, le regalaron una pátera, como la que el rey
de los persas suele ofrecer al emperador, en la que
estaba grabado un sol con la misma indumenta-
ria con la que era adorado el Sol del templo en que

su madre había sido sacerdotisa. También le re- 6
galaron un elefante extraordinario, pero él se le
ofreció al emperador, y así Aureliano fue el úni-
co ciudadano particular que poseyó un elefante
propio.

6 Pero, dejando a un lado estos y otros sucesos simi-
lares, Aureliano era elegante y encantador, de her-
mosura varonil, bastante alto, de fortísimos mús-
culos, aficionado, aunque poco, a la comida y a la
bebida, poco lujurioso, de gran severidad, de ex-
traordinaria formación y pronto a desenvainar la
espada. En efecto, como había en el ejército dos 2
tribunos con el nombre de Aureliano, éste y otro
que fue apresado con Valeriano, los soldados aña-
dieron al nombre de emperador el distintivo de «es-
pada en mano», para que, si por casualidad alguien
preguntaba qué Aureliano había realizado determi-
nada acción o había llevado a cabo determinada ha-
zaña, se le pudiera contestar «Aureliano el de la es-
pada en mano», y así pudiera ser identificado.

Se recuerdan aún muchas de las singulares proe- 3
zas que realizó cuando aún era un ciudadano par-
ticular. Por ejemplo, cuando los sármatas irrumpie-
ron en el Ilírico, los derrotó él sólo con trescientos
soldados de una guarnición. Teoclio, que escribió 4
sobre la época en que reinaron los Césares, refiere
que Aureliano dio muerte con su propia mano en
la guerra contra los sármatas a cuarenta y ocho ene-
migos en un solo día y a novecientos cincuenta en
distintos días, de tal modo que hasta los niños com-
pusieron en honor suyo canciones y danzas para
poder ejecutarlas como los soldados en los días de
fiesta:

«Hemos degollado mil, mil, mil. 5
¡Un sólo hombre! hemos degollado mil.
Beba mil veces el que ha matado mil.
Nadie tiene tanto vino, como sangre él ha [derramado».

Veo que estas cosas son excesivamente frívolas, 6
pero he creido que no debía silenciarlas porque el autor antes citado las insertó en sus escritos tal como aparecen aquí en latín.

7 Cuando era tribuno de la legión sexta Galicana, derrotó en Maguncia de tal manera a los francos que invadieron el territorio, tras vagar de un lado a otro por toda la Galia, que mató a setecientos y vendió en pública subasta a trescientos prisioneros
de ellos. Por esta hazaña compusieron en su honor 2
una segunda cantinela que decía:

«A mil sármatas y a mil francos
hemos pasado a cuchillo de una vez, de una
[sola vez.
Tratamos de encontrar a mil persas.»

Por otra parte, Aureliano suscitó tanto temor en- 3
tre los soldados que, después de que corrigió una vez con gran severidad las faltas habituales en el ejército, ninguno transgredió el reglamento bajo su
mando. En fin, fue el único general que infligió el 4
siguiente castigo a un soldado que había cometido adulterio con la esposa de su huésped: dobló hasta el suelo las copas de los árboles, las ató a los pies del soldado y a continuación las soltó con el fin de que éste se quedara colgado en los árboles rajado en dos partes, lo cual originó un gran temor en to-
dos los soldados. Se conserva una carta suya que re- 5
dactó en campaña y entregó a su lugarteniente, escrita en estos términos: «Si quieres ser tribuno, es más, si quieres vivir, sujeta las manos a tus soldados. Que ninguno robe un pollo ajeno ni toque a una oveja. Que nadie robe uvas, ni deteriore las mieses, ni exija aceite, sal o leña y que cada uno se contente con su ración de víveres. Que los soldados obtengan sus víveres del botín capturado a los enemigos, no
de las lágrimas de los habitantes de las provincias. 6
Que las armas defensivas estén limpias, las ofensi-

vas bien pulidas y que el calzado sea consistente. Que la ropa vieja se sustituya por nueva. Que el soldado guarde su estipendio en el cinto y no lo dilapide en la taberna. Que vaya provisto además de collar, brazalete y anillo. Que cada uno limpie su 7
caballo y su acémila y no venda el forraje destinado a los animales y que todos cuiden en común del mulo centuriado. Que se muestre complaciente uno 8
con otro, como si en..., pero que nadie obedezca como si fuera un esclavo, que los médicos les asistan gratuitamente, que no den nada a los arúspices; que se comporten honestamente en los albergues y que el que promueva litigios sea azotado».

8 Encontré hace poco entre los libros de la biblioteca Ulpia una carta del divino Valeriano sobre el emperador Aureliano. La he copiado, como conve- 2
nía, al pie de la letra. Valeriano Augusto al cónsul Antonino Galo: «Me reprochas en una carta confidencial tuya el que haya confiado mi hijo Galieno a Póstumo, y no a Aureliano, siendo así que tanto el niño como el ejército se debían haber confiado al más severo. Pero no seguirías pensando lo mismo durante más tiempo, si conocieras bien cuán grande es la severidad de Aureliano. Es extremado, 3
importuno y riguroso, y no actúa ya de acuerdo con nuestros tiempos. Pongo por testigo a todos 4
los dioses que yo también he temido que él castigará con excesiva severidad a mi hijo, cuando éste planeara alguna frivolidad mayor «—pues es pro- 5
penso por naturaleza a la diversión—». Esta carta demuestra cuán grande fue la severidad de Aureliano, puesto que hasta el mismo Valeriano asegura que llegó a temerle.

9 Existe otra carta del propio Valeriano que narra los elogios de que fue objeto. La he sacado de los archivos de la prefectura de la Ciudad. En efecto, se le habían decretado al llegar a Roma los honorarios que le correspondían por su cargo. Copia de 2
la carta: «Valeriano Augusto al prefecto de la Ciu-

dad Ceyonio Albino. Quisiéramos proporcionar a todos aquéllos que se consagran de una manera especial a la política mayores ganancias que las que su dignidad exige, sobre todo cuando su vida recomiende la concesión de tales honores —porque, además de la dignidad, se les debe imputar a los méritos algún otro valor—, pero el rigor de las obligaciones públicas hace que nadie pueda recibir de los impuestos de las provincias más de lo que le corresponde por el puesto de la clase a la que pertenece. Hemos encargado la inspección y organiza- 3
ción de todos los campamentos a Aureliano, hombre de gran coraje, al cual debemos tanto nosotros y toda la república, según la unánime confesión de todo el ejército, que es difícil que encontremos alguna recompensa, por muy grande que sea, como la que él merece. Pues ¿qué hay en él que no sea ilustre? 4
¿Hay algo en lo que no se le pueda comparar a los Corvinos [16] y Escipiones? Él es el libertador del Ilírico, el restaurador de las Galias, el general ejemplar para todos. Y, no obstante, nada puedo añadir a un 5
varón tan eximio para agradecerle sus funciones 6
—no lo permite un Estado que debe ser gobernado con rectitud y sobriedad— por lo cual, mi queridísimo pariente, tu integridad debe entregar a este hombre, durante el tiempo que esté en Roma, dieciséis panes militares de los mejores, cuarenta panes militares de campaña, cuarenta sextarios de vino de mesa, la mitad de un cerdo pequeño, dos pollos, treinta libras de carne de puerca, cuarenta libras de carne de buey, un sextario de aceite, un sextario de jugo de buey, un sextario de sal y las hierbas y legumbres que precise. Además, puesto que hay que 7
asignarle algo en particular, durante el tiempo que permanezca en Roma, le concederás cantidades de

[16] M. Valerio Corvino, vencedor de los volscos y samnitas en el siglo III a. de. C., y sus descendientes, sobre todo, M. Mesala Corvino, famoso general de Augusto y protector del poeta Tibulo.

forraje extraordinarias y, para sus gastos personales, dos áureos Antoninianos diarios, cincuenta minútulos Filipeos de plata [17] y cien denarios de cobre. Los prefectos del erario le suministrarán el resto».

10 Estos detalles le parecerán a alguien tal vez frívolos y de escasa importancia; pero la curiosidad no desdeña nada. Ejerció muchas veces el oficio de 2
general, muchísimas el de tribuno, casi cuarenta veces el de suplente de algún general o tribuno en distintas ocasiones, hasta el extremo de que reemplazó a Ulpio Crinito que se consideraba descendiente de la familia de Trajano (hombre realmente aguerridísimo y de gran parecido con Trajano, que fue pintado con Aureliano en el templo del Sol y al que Valeriano había determinado elegir en el cargo de César), tomó el mando del ejército, restableció las fronteras, dio el botín a los soldados, enriqueció con bueyes, caballos, esclavos y prisioneros a las Tracias, expuso en Palacio los despojos arrancados al enemigo y reunió en una quinta, que era propiedad particular de Valeriano, quinientos esclavos, dos mil vacas, mil yegüas, diez mil ovejas y quince mil cabras, siendo entonces cuando Ulpio 3
Crinito dio las gracias públicamente en las termas a Valeriano, que se encontraba en Bizancio, diciéndole que había tenido una buena opinión sobre él, puesto que había dado a Aureliano como lugarteniente. Por ello decidió adoptarle.

11 Interesa conocer las cartas que se escribieron sobre Aureliano y el mismo relato de la adopción. Carta de Valeriano a Aureliano: «Si hubiera otro individuo, queridísimo Aureliano, que pudiese hacer las veces de Ulpio Crinito, me gustaría hablar contigo sobre su virtud y su diligencia; pero como

[17] Cf. *Aureliano* 28, 8. La aplicación del término Filipeo a los aúreos era normal, pero problemática respecto a los minútulos, cf. Magie, *op. cit.*, III, p. 210, n. 1.

no he podido encontrar a nadie que te supere en
prestigio, encárgate de la guerra de la zona de Ni-
cópolis a fin de que la enfermedad de Crinito no
nos resulte perjudicial. Haz lo que puedas. Soy bre- 2
ve. En tu poder estará la dirección del ejército. Dis- 3
pones de trescientos arqueros itireos, seiscientos ar-
menios, ciento cincuenta árabes, doscientos sarra-
cenos, cuatrocientos auxiliares de Mesopotamia; 4
tienes a tu disposición a la legión tercera Feliz y a
ochocientos coraceros de caballería. Estará contigo
Hariomundo, Haldagates, Hildomundo y Cario-
visco [18]. Los prefectos han dispuesto en todos los 5
campamentos los aprovisionamientos necesarios. A 6
ti te compete, utilizando las cualidades y la astucia
que te son características, emplazar los cuarteles de
invierno y de verano en lugares que dispongan de
todo lo preciso, enterarte además de la situación de
los convoyes de los enemigos y saber a ciencia cier-
ta su número y su ralea, con el fin de no consumir
en vano los víveres o de no desperdiciar los dar-
dos, pues en estas dos medidas reside el arte de la
guerra. Yo, con la protección de la divinidad, es- 7
pero tanto de tí cuanto la república podría esperar
de Trajano, si viniera ahora. Y, en realidad, no es
de menor valía aquél, al que yo he elegido para que
le sustituyas y hagas sus veces. Es lógico que tú es- 8
peres obtener con dispendios del Estadio el consu-
lado del año próximo al mismo tiempo que tu co-
lega Ulpio Crinito, para sustituir a Galieno y Va-
leriano a partir del día once de las calendas de ju-
nio. En efecto, debe aliviarse la pobreza de aqué- 9
llos que siguen siendo pobres, a pesar de haberse
consagrado durante mucho tiempo a la política, y
no la de otro alguno. También esta carta revela la 10
grandeza de Aureliano; y la verdad es que nadie lle-
gó jamás a la cima del poder si no ascendió antes

[18] Distintos caudillos germanos alistados en el ejército romano.

desde sus primeros años por los distintos escalones de la virtud.

12 Carta sobre el consulado de Aureliano: «Valeriano Augusto al prefecto del tesoro Elio Xifidio. A Aureliano, al que hemos otorgado el consulado, a causa de su pobreza, por la que ha adquirido cierta grandeza y superioridad ante los demás, le entregarás para que pueda celebrar los juegos circenses trescientos áureos Antoninianos, tres mil minútulos Filipeos de plata, cincuenta mil sestercios de cobre, diez túnicas de lino, dos pares de manteles de Chipre, diez tapetes africanos, diez tapices moros, cien puercos y cien ovejas. Ordenarás que sirvan 2
un banquete público a los senadores y caballeros romanos y que se ofrenden dos víctimas adultas y cuatro menores».

Y puesto que yo había hecho la promesa de re- 3
latar algunos detalles que atañen a la adopción de tan gran príncipe, ruego que nadie me considere excesivamente importuno y locuaz en este tema, que para mayor veracidad creí oportuno incluir aquí ex- 4
trayendo sus datos de los libros de Acolio, que fue jefe de audiencias del príncipe Valeriano, concretamente del libro noveno de sus hechos.

13 En una ocasión en que Valeriano Augusto se sentó en las termas en la ciudad de Bizancio, en presencia del ejército y de los oficiales del palacio, sentándose a su lado el cónsul ordinario Numio Tusco, el prefecto del pretorio Bebio Macro [19] y el gobernador de Oriente Quinto Ancario, y sentándose también a su parte izquierda Avulnio Saturnino, general de la frontera de la Esticia, Murrentio Mauricio, designado para gobernar Egipto, Julio Trifón, general de la frontera oriental, Mecio Brundisino, prefecto del abastecimiento de víveres de Oriente, Ulpio Crinito, general de la frontera de

[19] Éste y los personajes que siguen son desconocidos.

Ilíria y de la Tracia y Fulvio Boyo, general de la frontera de la Recia, Valeriano Augusto dijo: «la re- 2
pública te da gracias, Aureliano Augusto, por haberla liberado del poder de los godos. Por ti somos ricos en botín, por ti somos ricos en gloria y en todos aquellos bienes con los que aumenta la felicidad del pueblo romano. Recibe, pues, a cambio, de 3
las acciones que has realizado, cuatro coronas murales [20], cinco coronas vallares [21], dos coronas navales [22], dos coronas cívicas [23], diez lanzas sin hierro [24], cuatro banderas de dos colores, cuatro túnicas rojas de general, dos mantos proconsulares, una toga pretexta, una túnica adornada con palmas, una toga pintada, un amplio subarmal [25] y una silla de marfil. En efecto, hoy te nombro cónsul y voy 4
a escribir al senado para que te asigne el cetro [26] y

---

[20] La corona era una guirnalda hecha de flores, hojas u otros materiales reales o artificiales para adornar la cabeza. Se la empleaba principalmente para recompensar determinadas acciones meritorias, como en los casos que siguen, o como adorno en las fiestas. Se diferenciaban por el material de que estaban hechas o por el destino que tenían. Aquí se alude a varios tipos. La corona *muralis* se concedía como premio al soldado que escalaba el primero un muro. Solía estar decorada con torres y almenetas.

[21] La corona *castrensis* o *uallaris* se concedía al primer soldado que había franqueado alguna empalizada *(uallum)*. Estaba adornada con empalizadas.

[22] La corona *classica, naualis* o *rostrata* era un corona de oro hecha imitando los espolones de las embarcaciones *(rostra)*, y se ofrecía al almirante que había destruido una flota y quizá también al primer marino que había abordado una nave enemiga.

[23] Cf. *Marco*, 12, 8.

[24] Es decir, las lanzas llamadas *puras* porque estaban desprovistas de punta de hierro *(cuspis)*, como el antiguo cetro con que el general romano recompensaba al soldado que se había distinguido en una batalla, cf. Tácito, *Ann.*, III, 21; Virgilio, *Aen.*, VI, 769.

[25] El latín dice *subarmale profundum*. Sobre la prenda del *subarmale*, cf. *Severo*, 6, 11. El término *profundus* significaría, al parecer, «sin límites, incommesurable, amplio».

[26] En latín *scipio*, del griego σκίπων, una variante de *sceptrum*, también derivado del griego σκῆπτρον, ambos de la raíz que subyace en el verbo σχήπτω «lanzar, arrojar». Es una especie de cetro o bastón

para que también te asigne los haces, pues el emperador no suele otorgar estas insignias, sino que, al contrario, suele él recibirlas del senado, cuando es nombrado cónsul».

14 Después de estas palabras de Valeriano, Aurelio se levantó y se acercó a las manos de éste dándole gracias con expresiones propias de un soldado, que yo he estimado que debía transcribir con exactitud y al pie de la letra. Aureliano dijo: «También yo, so- 2
berano Valeriano y emperador Augusto, he realizado todo, he recibido con paciencia estas heridas y he estimulado a mis caballos y a los que se han conjurado conmigo, con la única intención de que me lo agradezca el Estado y mi propia conciencia. 3
Pero tú has hecho cosas mayores. Doy gracias a tu bondad y acepto el consulado que me otorgas. Hagan los dioses y el dios Sol invicto que también el senado opine lo mismo de mí». Así, pues, cuan- 4
do todos los presentes mostraban su agradecimiento, Ulpio Crinito se levantó y pronunció este discurso: «Oh Augusto Valeriano!, entre nuestros an- 5
tepasados existió una costumbre, peculiar de mi familia y de la que ella hacía gala, por la que sus miembros más distinguidos elegían siempre a los varones más robustos, para que la fecundidad de la nueva prole enalteciera a las familias que ya envejecían o a los partos de sus matrimonios, ya débiles. Por tanto, al adoptar a Aureliano, a quien has 6
nombrado lugarteniente mío siguiendo el dictamen de su autoridad, he pensado que se debía repetir lo que hizo Coceyo Nerva en la adopción de Trajano, lo que hizo Trajano en la de Adriano, lo que hizo Adriano en la de Antonino y lo que hicieron el resto de los emperadores, según una sugestión ya ancestral. Manda, por tanto, que se actúe con ley y 7

que portaba antaño el general vencedor y que, a partir del siglo II, añadieron los consulares a su atuendo de etiqueta.

que Aureliano sea el heredero del culto, del nom-
bre, de los bienes y de todos los derechos legales
de Ulpio Crinito, quien ya posee el rango consu-
lar, y que él mismo sea enseguida consular por tu
decisión».

15 Es prolijo exponer todos los detalles. En efecto,
Valeriano dio las gracias a Crinito y la adopción se
llevó a cabo como era habitual. Recuerdo haber leí- 2
do en un libro griego algo que no me ha parecido
oportuno callar, a saber, que Valeriano encargó a
Crinito adoptar a Aureliano, sobre todo porque era
pobre; pero pienso que ésto debe quedar en sus-
penso.

Y, puesto que ya he transcrito anteriormente una 3
carta por la que se le asignaba una suma para el de-
sempeño de su consulado, pienso que debo expli-
car porqué he relatado esta circunstancia, que pa-
rece de poco interés. Hemos visto hace poco que 4
el consulado de Furio Plácido se ha hecho público
en el circo con tanto boato, que daba la impresión
de que se entregaban a los aurigas no regalos, sino
bienes patrimoniales, pues se les galardonaba con
túnicas al cien por cien de seda, paragaudas de lino
e incluso caballos, en medio de las consiguientes la-
mentaciones de los hombres morigerados. En efec- 5
to, se ha logrado que el consulado sea en cuestión
de riquezas, no de personas porque, realmente, si
se otorga en atención a los méritos, no debe arrui-
nar a su titular. Perecieron ya aquellos tiempos en 6
los que reinaba la integridad y perecerán en ade-
lante por las intrigas por obtener el favor popular.
Pero nosotros, como nos es habitual, dejaremos
también este problema en suspenso.

16 Así, pues, apoyado por todas estas opiniones y fa-
vores que acabamos de exponer, descolló tanto en
vida de Claudio que, después de la muerte de éste
y de su hermano Quintilo, ostentó él sólo el imperio
una vez que dieron muerte a Aureolo, con quien
Galieno había concertado la paz. En este aspecto 2

es tal la discrepancia de los historiadores, incluyendo también los griegos, que unos dicen que Aureolo fue asesinado por Aureliano contrariando la voluntad de Claudio, otros, que por mandato y deseo de éste, otros, que dicho personaje fue asesinado por Aureliano cuando ya era aún emperador, y otros, en cambio, que se ejecutó el asesinato cuando éste era aún un ciudadano privado. Pero de- 3
jaremos en suspenso estos pormenores que habrá que investigar en aquellos autores que los han transmitido. Una cosa es segura: que el divino 4
Claudio no confió a ningún otro, sino a Aureliano, el conjunto de las operaciones bélicas contra los meótidas [27].

17 Existe una carta que he considerado oportuno incluir aquí por amor a la fidelidad, como es habitual en mí, o mejor aún, porque veo que otros escritores de anales así lo han hecho: «Flavio Claudio sa- 2
luda a su querido Aureliano. Nuestra república te reclama los servicios que sueles prestarla: asúmelos. ¿Porqué te demoras? Deseo que los soldados aprovechen tu magisterio y los tribunos tu dirección. Hay que atacar a los godos, hay que expulsarlos de Tracia. En efecto, la mayor parte de aquéllos que se pusieron en fuga, cuando tú les atacaste, atacan ahora Hemimonto y Europa. Pongo en tus 3
manos todos los ejércitos de Tracia, todos los de Iliria y toda la frontera. Ea, muéstranos tu coraje habitual. Mi hermano Quintilo, una vez que se haya presentado a ti, se quedará contigo. Yo, que estoy 4
atareado con otros menesteres, confío a tu talento la dirección de la guerra. Te he enviado diez caballos, dos corazas y otros utensilios con los que la necesidad obliga a proteger a aquél que va a la guerra».

Así pues, aprovechando los éxitos de sus batallas 5

[27] Habitantes de las riberas del lago Meotis, en el mar Azov.

y bajo los auspicios de Claudio, Aureliano devolvió a la república a su antiguo estado, e inmediatamente, como dijimos antes, fue elegido emperador por acuerdo unánime de todas las legiones.

18 Antes de alzanzar la dignidad imperial, asumió durante el gobierno de Claudio el mando de toda la caballería, porque los jefes de este cuerpo habían cometido una ofensa al emperador, al emprender la lucha a la ligera y sin que él lo hubiera ordenado.

Por esta época, el propio Aureliano luchó con 2
gran arrojo contra los suebos y los sármatas y logró una espléndida victoria. Sin embargo, bajo su 3
mando, los romanos sufrieron un tremendo descalabro por los marcomanos, a causa de un error táctico que cometió. En efecto, fueron devastados con grandes estragos todos los campos de los alrededores de Milán, pues no se preocupó de afrontar la súbita acometida de aquéllos, sino que se dedicó a perseguirlos por la retaguardia. No obstante, posteriormente fueron derrotados también estos mismos pueblos.

En medio del pánico que suscitaron los marco- 4
manos devastándolo todo, se originaron grandes motines en Roma, pues todos temían que pudieran repetirse los desastres de la época de Galieno. Por 5
esta razón también se consultaron los libros Sibilinos que eran célebres por los servicios prestados al Estado, y se averiguó que debían hacerse sacrificios, en determinados lugares que los bárbaros no pudieran franquear. En fin, se realizaron todas las 6
prescripciones de los libros Sibilinos, celebrando cultos muy variados y, gracias a ellos, detuvieron su marcha los bárbaros, a los que dio muerte en su totalidad, pues andaban errantes desperdigados.

Me place ahora explicar el texto del decreto del 7
senado por el que la autoridad de esta ilustrísima asamblea ordenó que se inspeccionaran dichos libros:

19 En el tercer día de los idus de enero, el pretor ur-

bano Fulvio Sabino dijo: «Os damos cuenta de la sugerencia de los pontífices y de la carta del emperador Aureliano en la que éste ordena que se inspeccionen los libros del destino que contienen la promesa de acabar la guerra contando con el poder sagrado de los dioses. En efecto, vosotros mis- 2
mos sabéis que se han consultado estos libros siempre que ha ocurrido algún tumulto de cierta gravedad y que los males públicos no han acabado hasta que no se ha autorizado a realizar sacrificios de acuerdo con ellos». Entonces se levantó Ulpio Si- 3
lano, al que correspondía opinar en primer lugar, y habló así: «Demasiado tarde, senadores, nos decidimos a consultar sobre la salud de nuestra nación, tarde volvemos a inspeccionar los preceptos del destino, actuando como los enfermos, que no mandan llamar a los mejores médicos hasta que no se encuentran en la situación más desesperada, como si fueran los hombres más experimentados los que deberían cuidar más de la salud, cuando en realidad es mejor prevenir todas las enfermedades. 4
Recordáis, senadores, que yo repetí muchas veces en esta asamblea, tan pronto como tuvimos noticia de los ataques de los marcomanos que era preciso cnsultar las disposiciones de la Sibila, que había que aprovecharse de los beneficios de Apolo y seguir las órdenes de los dioses inmortales, y que, en cambio, algunos senadores lo rechazaron incluso con violentas e injustas críticas, pues afirmaban en tono adulador que el valor de Aureliano era tan grande que le eximía de la necesidad de consultar a los dioses, como si él, varón venerable, no debiera adorar a los dioses, ni esperar nada de los dioses inmortales. ¿Qué más voy a añadir? Acabamos de oír la car- 5
ta en la que él ha suplicado el auxilio de los dioses —algo que jamás ha supuesto desdoro para nadie— ¡Ojalá un hombre de tan extraordinario coraje reciba su ayuda! Acudid, por tanto, ¡oh pontífices!, 6
puros, limpios, castos y adecuadamente vestidos y

con espíritu reverente, subid al templo, poned en
orden los asientos de laurel, cubrid vuestras manos
para abrir los libros sagrados, averiguar el destino
de nuestra nación, que es inmortal. A los niños cu-
yos padres viven aún, señaládles el canto que de-
ben entonar. Nosotros fijaremos los gastos para los
ritos sagrados, nosotros dispondremos los preparati-
vos para los sacrificios, nosotros dispondremos a toda
prisa los altares». Después de este discurso, habién- 2
do sido interrogados los senadores, muchos de ellos
expusieron sus orígenes, que resulta pesado deta-
llar aquí. A continuación, en vista de que unos al- 3
zaban las manos y otros se dirigían a pie a presen-
tar sus votos y que la mayor parte expresaba su
conformidad de palabra, se redactó el decreto del
senado. Después se dirigieron al templo, repasaron
los libros sagrados, publicaron los versos fatales, re-
corrieron la Ciudad, cantaron himnos, celebraron
una procesión en torno a la Ciudad [28], se anuncia-
ron los Ambarvales [29], y de esta forma cumplieron
los ritos sagrados que se habían prescrito.

Carta de Aureliano sobre los libros Sibilinos. La 4
he incluido aquí también para que se dé crédito a
los hechos. «Me admira, senadores, que vosotros 5
hayáis dudado durante tanto tiempo si debéis abrir
o no los libros Sibilinos, como si os encontrarais
en una iglesia de cristianos y no en el templo de to-
dos los dioses. Actuad, por tanto, y, valiéndoos de 6
la virtud de los pontífices y de ritos solemnes, ayu-
dad a un príncipe que está inquieto por la situación
crítica de su pueblo. Que se consulten los libros Si- 7

---

[28] El llamado *amburbium*, una procesión por las calles de la Ciudad acompañada de plegarias y de un sacrificio.

[29] Los *ambarvalia*, unas fiestas que se celebraban para impetrar de la diosa Céres la fecundidad del campo. En ellas se paseaba la ofrenda del sacrificio *(ambarualis hostia)*, consistente generalmente en una *suovetaurilia* o sacrificio de un cerdo, una oveja y un toro, y se ofrendaban las víctimas mientras se cantaba el *carmen arruale* acompañado de una danza.

bilinos y se celebren las ceremonias, en caso de que se haya prescrito su celebración: no me niego a ofrendar, antes al contrario, ofrezco gustoso cualquier dispendio, prisioneros de cualquier pueblo, y los animales reales necesarios, pues no es ningún baldón vencer al enemigo con la ayuda de los dioses. Así es como nuestros mayores comenzaron y concluyeron muchas guerras. He entregado una carta 8
al prefecto del erario, con las órdenes de que aporte los dispendios precisos. Además, vosotros tenéis bajo vuestro poder el arca del Estado, que sé que está más llena de lo que deseo».

21 Sin embargo, cuando Aureliano pretendía atacar simultáneamente a todos sus enemigos, alistando en su ejército un gran número de soldados, recibió al lado de Placencia una derrota tan descomunal, que estuvo a punto de sucumbir el imperio romano. 2
Ciertamente, la causa de este peligro residió en la perfidia y astucia de los movimientos de los bárbaros. En efecto, al no poder combatir en lucha abier- 3
ta, se adentraron en espesísimos bosques y así, al oscurecer, cayeron sobre los nuestros. Finalmente, 4
los romanos no hubieran alcanzado la victoria si, tras la consulta de los libros Sibilinos y la celebración de sacrificios diversos, los dioses no les hubieran ayudado con ciertos prodigios y apariciones sobrenaturales que desconcertaron a los bárbaros.

Cuando acabó la lucha que mantenía con los 5
marcomanos, como Aureliano era muy feroz por naturaleza, se dirigió a Roma lleno de indignación ansiando llevar a cabo la venganza que reclamaba la violencia de las sediciones que se habían suscitado. Finalmente, haciendo uso del poder con excesiva altivez, él, que en otras ocasiones había sido un hombre excelente, acabó con los cabecillas de las sediciones y reprimió con gran crueldad aquellos movimientos que debía haber aplacado con mayor flexibilidad. En efecto, fueron ejecutados tam- 6
bién algunos senadores nobles, aún cuando hubie-

ra sido un único testigo, o un testigo falaz o indocumentado, el que les hubiera acusado de alguna falta de poca importancia o que hubiera podido ser desdeñada por un príncipe más benigno. Y 7
¿para qué referir más detalles? Mancilló con el impacto de su mala reputación, que resultó muy funesta, aquel principado que ya había sido grande y que, no sin razón, había alentado la esperanza. Co- 8
menzó a ser temido un príncipe excelente y a perder el afecto, pues unos aseguraban que un príncipe semejante no era digno de ser deseado sino de ser profundamente odiado, y otros decían que era un buen médico, ciertamente, pero que curaba con un régimen perjudicial. Después de estos actos, 9
cuando Aureliano se percató de que podría ocurrir algo similar a lo que ocurrió bajo el gobierno de Galieno, tras aceptar la opinión del senado, amplió las murallas de la ciudad de Roma. Pero no fue entonces cuando amplió el pomerio [30], sino más tarde. En este sentido, a ningún emperador le está per- 10
mitida su ampliación, a no ser que antes haya enriquecido al Estado romano con la conquista de alguna parte de un territorio bárbaro. Sin embargo, 11
Augusto hizo una ampliación, otra Trajano y otra Nerón, bajo cuyo reinado fueron sometidos a la jurisdicción romana el Ponto Polemoníaco [31] y los Alpes Cotios [32].

22 Así, pues, una vez que concluyó los proyectos relativos al amurallamiento, a la estabilidad de la Ciu-

[30] El *pomerium* era una especie de paseo sagrado a un lado y otro del surco principal *(sulcus principalis)* abierto en la tierra en el momento de la fundación de la Ciudad. Estaba reservado para la consulta de los auspicios por los augures por lo que no era edificable. Aunque en principio ese espacio no coincidía con los muros defensivos, tendió luego a confundirse con éstos debido a su etimología *(postmurum)*. Se amplió en distintas ocasiones, pero no están documentadas en ninguna otra parte las ampliaciones atribuidas por Vopisco a Nerón y Trajano.

[31] Región al sur del mar rojo.

[32] Región situada en la frontera francoitaliana.

dad y de los problemas de la población civil, se dirigió contra los palmirenos, es decir, contra Zenobia, que ostentaba el poder imperial en Oriente en
nombre de sus hijos. Las guerras que llevó a cabo 2
en el camino fueron numerosas e importantes. Así, en las Tracias y en el Ilírico derrotó a los bárbaros que le hicieron frente, es más, dio muerte también en el otro lado del Danubio a Canaba o Canabaude, jefe de los godos, y a cien mil de sus hombres.
Y, desde allí, después de atravesar Bizancio, se 3
adentró en Bitinia apoderándose de ella sin ningún
combate. Fueron muchos y muy famosos sus di- 4
chos y hechos, pero no podemos relatarlos todos en un libro sin dar lugar al hastío, ni queremos hacerlo así, sino que entresacaremos algunos de ellos para que se pueda comprender así su carácter y su
coraje. En efecto, cuando llegó a Tiana [33] y la en- 5
contró cerrada, dice que exclamó airado: «No de-
jaré ni un perro en esta ciudad». Y al punto fue cap- 6
turada la ciudad gracias al arrojo con que atacaron sus soldados, impulsados por la esperanza del botín, y a la traición de un individuo llamado Heraclamón, que temía caer asesinado entre el resto de sus conciudadanos.

23 Pero Aureliano, con espíritu realmente imperial, ofreció enseguida dos muestras particulares de su carácter: la una revelaba su severidad y la otra su
benignidad. En efecto, a pesar de su victoria, actuó 2
sabiamente al ordenar ejecutar a Heraclamón por traicionar a su patria y, cuando los soldados le pedían que destruyera a la ciudad apoyándose en aquella frase por la que él había asegurado que no dejaría ni un perro en Tiana, les respondió con estas palabras: «Aseguré que no dejaría ni un perro
en esta ciudad: pues matadlos a todos». Grandiosa 3
fue la frase del príncipe, pero más grandiosa fue la

[33] Ciudad situada al Suroeste de Capadocia.

actuación de los soldados. En efecto, la jocosa fra- 4
se del príncipe por la que se negaba el botín y se
salvaba la ciudad, la interpretó el ejército en el sen-
tido de que se le iba a colmar de riquezas. Carta so-
bre Heraclamón: «Aureliano Augusto a Malio Qui-
lón. He permitido la muerte de aquél por cuyo fa-
vor, por así decirlo, tomé Tiana. No pude mostrar
afecto alguno a un traidor y por ello toleré com-
placientemente que los soldados le asesinaran, pues
pienso que tampoco a mí me hubiera podido ser
fiel una persona que traicionó a su patria. En fin,
a él sólo, de entre todos los que estaban sometidos 5
a asedio, el campo le recibió en su seno. No puedo
negar que era un hombre rico, pero he restituido
sus bienes a sus hijos, para que nadie me pueda ca-
lumniar diciendo que he permitido que se diera la
muerte a un hombre opulento, a causa de sus
riquezas».

24 La ciudad fue tomada de una manera sorpren-
dente. En efecto, habiendo mostrado Heraclamón
un lugar elevado por una especie de monte natural
por donde podría subir Aureliano con el atuendo
imperial, éste subió a él y se mostró a los habitan-
tes del interior de la ciudad y a los soldados de fue-
ra dejando ver su clámide de púrpura, y de este
modo la ciudad fue capturada, pensando que todo
el ejército de Aureliano estaba dentro de las mura-
llas.

No debe silenciarse un hecho que concierne a la 2
gloria de este venerable príncipe. Porque se dice 3
que había pensado en serio destruir la ciudad y que
había hablado sinceramente sobre ello; pero que
Apolonio de Tiana, sabio de gran renombre y au-
toridad, filósofo ya anciano, un amigo verdadero
de los dioses, digno también él de recibir honores
divinos, se le presentó inesperadamente cuando iba
a entrar en su tienda con su figura habitual y le dijo
las siguientes palabras en latín, para que pudiera en-
tenderlas un hombre de Panonia como era él: «Au- 4

reliano, si quieres vencer, no debes pensar en la muerte de mis conciudadanos. Aureliano si quieres ostentar el imperio, abstente de sangre de inocentes. Aureliano, si quieres vivir, actúa con clemencia». El emperador conocía el rostro de este vene- 5
rable filósofo porque había visto su imagen en muchos templos. En fin, sobrecogido inmediatamente 6
de pánico, le prometió un cuadro, estatuas y un templo y rectificó sus propósitos. Estas noticias las 7
conozco yo por boca de personas de gran respeto y las he vuelto a leer en los libros de la biblioteca Ulpia y las he creído en atención a la autoridad de Apolonio sobre todo. Pues ¿qué persona ha habi- 8
do entre los hombres más santa, más venerable, más noble y más divina que él? Él devolvió la vida a los muertos, él dijo e hizo muchas cosas sobrehumanas. El que quiera conocerlas, que lea los libros griegos que se han escrito sobre su vida. Por lo que 9
a mí toca, si me queda aún vida y si por entonces aún permanece floreciente el prestigio de este hombre, escribiré, aunque sea brevemente, las acciones de tan gran personaje, no porque las gestas de un hombre como él precisen de mis servicios, sino para que todos proclamen con su voz aquellas acciones que merecen ser admiradas.

25 Una vez recuperada Tiana y tras haber prometido a todos la impunidad, se apoderó de Antioquía después de un breve combate junto a Dafne y desde entonces fue más humano y clemente, pues, según se admite, obedecía los consejos de aquel venerable varón llamado Apolonio. Después de esto 2
luchó en un gran combate cerca de Emesa contra Zenobia y su alido Zaba, para hacerse con el arbitraje de la situación. Y, cuando las tropas de caballería 3
de Aureliano estaban a punto de abandonar el combate y dar la espalda agobiadas por la fatiga, súbitamente se sintieron reanimadas por una imagen divina que, como se puso después de manifiesto, les alentaba con el impulso de su poder, y por la actuación

también de las tropas de infantería. Zenobia y Zaba
fueron puestos en fuga y con ello se consiguió una
victoria total. Habiendo recuperado, pues, el go- 4
bierno de Oriente, entró en Emesa como vencedor
e inmediatamente se dirigió al templo de Heliogá-
balo, para cumplir los votos como si se tratara de
un deber público. Pero allí descubrió la misma ima- 5
gen divina que vio que le ayudaba en el combate. 6
Por esta razón erigió también en aquella ciudad di-
versos templos proveyéndoles de grandes tesoros
y construyó en Roma un templo dedicado al Sol
que consagró con mayor boato, como dijimos en
su lugar.

26 Después de esto se volvió a Palmira con el fin de
asaltar la ciudad y dar término así a sus empresas. Pe-
ro durante la marcha sufrió numerosos ataques de los
ladrones de Siria, siendo acogido a menudo hostil-
mente su ejército y, en el transcurso del asedio de
la ciudad, se arriesgó hasta el punto de que casi le
alcanzó una flecha.

Se conserva aún una carta que dirigió a Mucapor, 2
en la que, sobrepasando el decoro debido a un
emperador, reconoce la dificultad que suponía esta
guerra: «Los romanos dicen que yo combato sólo 3
contra una mujer, como si Zenobia luchara sola
conmigo y con sus propias fuerzas, pero realmente
el número de enemigos es equiparable a los que ten-
dría si tuviera que atacar a un hombre, dado que
ella es más peligrosa a causa de su complejo de cul-
pabilidad y de su temor. No puede decirse cuántas 4
flechas hay aquí, qué clases de máquinas de guerra,
cuántos dardos o cuántas piedras. No hay ninguna
parte de la muralla que no esté protegida por dos
o tres ballestas; también sus catapultas lanzan fue-
gos. ¿Para qué añadir más detalles? Tiene miedo
como mujer que es, pero lucha como los que te- 5
men un castigo. Pero creo que los dioses ayudarán
al Estado romano, ya que nunca dejaron de secun-
dar nuestros proyectos».

Cansado, al fin, y exhausto por estos males, Au- 6
reliano envió una carta a Zenobia pidiendo su ren-
dición y prometiendo conservar su vida. De ella he
ofrecido este extracto: «Aureliano, emperador del 7
orbe romano y que ha recobrado el Oriente, a Ze-
nobia y a los demás que están unidos a ella en alian-
za para la guerra. Debisteis hacer por propia ini- 8
ciativa lo que ahora os mando en mi carta. Pues os
ordeno la rendición, prometiéndoos la vida con to-
tal libertad, de tal manera que tú, Zenobia, puedas
pasar tus días con los tuyos donde yo te instalare,
de acuerdo con lo que dictamine nuestro prestigiosí-
simo senado. Entregad al erario romano las piedras 9
preciosas, el oro, la plata, la seda, los caballos y ca-
mellos. A los palmirenos se les conservará su derecho».

27 Cuando recibió esta carta, Zenobia contestó al
emperador con más altanería e insolencia que la
que permitía su propia situación política, creo que al
dictamen de su temor. Efectivamente, he insertado
también una copia de su carta: «Zenobia, reina en 2
Oriente, a Aureliano Augusto. Hasta ahora nadie,
salvo tú, es capaz de pedir por carta lo que tu exi-
ges. La valentía debe ser el motor de cualquier ac-
tuación bélica. Pides mi rendición, como si no su- 3
pieras que la reina Cleopatra prefirió morir a vivir
con cualquier otra dignidad. A nosotros no nos van 4
a faltar los auxilios de los persas, que ya estamos
esperando, a favor nuestro están los sarracenos, a
favor nuestro, también, los armenios. Aureliano, 5
los ladrones de Siria han derrotado tu ejército.
¿Qué más? Porque, si llega aquél contingente de
tropas que esperamos de todas las partes, entonces
depondrás sin duda ese entrecejo arrogante con el
que ahora me exiges la rendición, como si fueras
un vencedor universal».

Nicómaco dice que tradujo esta carta al griego 6
de la lengua siria en la que había dictado la propia
Zenobia. En efecto, la anterior que hemos citado
de Aureliano estaba escrita en griego.

28 Cuando recibió esta carta, Aureliano no se aver-
gonzó, sino que se irritó, y reuniendo inmediata-
mente a su ejército y a sus generales, dio la orden
de asediar Palmira por todas las partes y, como era
hombre enérgico, no renunció a nada que pudiera
parecer que lo dejaba incompleto o inacabado. In- 2
terceptó las tropas auxiliares que habían enviado los
persas, descompuso los cuerpos de caballería de los
sarracenos y de los armenios y los hizo pasar a sus
filas, bien con arrogancia, bien con sagacidad, y por
fin derrotó a aquella poderosísima mujer tras mu-
chos esfuerzos. Así, pues, cuando Zenobia huía des- 3
pués de su derrota con unos camellos, a los que los
de allí llaman dromedarios, y se dirigía en ellos ha-
cia Persia, fue capturada por un escuadrón de ca-
ballería enviado por Aureliano y luego puesta a su
disposición. Y en consecuencia, Aureliano, que ha- 4
bía salido victorioso y era dueño ya de todo Orien-
te, puesto que tenía entre cadenas a Zenobia, trató
con los persas, armenios y sarracenos aquellos ne-
gocios que exigía la ocasión con excesivo orgullo e
insolencia. Entonces se llevaron al templo del Sol 5
las vestiduras que vemos aún hoy, recamadas de
piedras preciosas, entonces se llevaron también dra-
gones persas, tiaras y una púrpura especial que ya
no ha ofrecido después ningún otro país y que el
orbe romano no ha visto más. Sobre esta clase de
púrpura nos place decir, al menos, unas palabras.

29 Recordáis que hubo en el templo de Júpiter Óp-
timo Máximo un manto pequeño de lana de color
púrpura junto al que los vestidos de púrpura de las
matronas y del propio Aureliano parecían que cam-
biaban su color por el color de ceniza, si los acer-
caban, al contraste con el brillo divino que aquél
poseía. Se dice que el rey de los persas compró este 2
manto y que luego se lo regaló a Aureliano, escri-
biéndole: «Acepta este manto de púrpura como el
que yo utilizo». Pero esto no fue verdad. En efec- 3
to, Aureliano posteriormente y Probo y Diocle-

ciano, más recientemente, buscaron con gran celo esta clase de púrpura enviando a Persia a negociantes diligentísimos y, sin embargo, no pudieron encontrarlo. Porque dicen que es el sándix de la India el que produce esta púrpura, si se le trata adecuadamente.

30 Pero volvamos al hilo de la narración: todos los soldados con gran clamor pedían que Zenobia fuera castigada con la muerte. Pero Aureliano, consi- 2
derando que era indigno hacer morir a una mujer, una vez ejecutada la mayor parte de los cómplices con los que ella había impulsado, preparado y llevado a cabo la guerra, la reservó para su triunfo, con la intención de que sirviera de espectáculo a los ojos del pueblo romano. Cuentan que fue una de- 3
cisión funesta condenar a muerte, entre otros, al filósofo Longino [34], de quien se dice que Zenobia se había servido como maestro de literatura griega. En realidad, se dice que Aureliano le asesinó por esto, porque corrían rumores de que aquella carta insolentísima de la reina había sido redactada según sus consejos, aunque había sido compuesta en lengua siria.

Así, pues, una vez pacificado el Oriente, Aurelia- 4
no volvió como vencedor a Europa y derrotó allí a las tropas de los carpos y, como el senado le concedió el título de Cárpico durante su ausencia, dicen que escribió a esta asamblea en tono jocoso: «sólo falta, senadores, que me llaméis también Carpísculo». El carpísculo, en efecto, como es suficien- 5
temente sabido, es un tipo de calzado. Le parecía que dicho título era algo vulgar, dado que ya poseía el de Gótico, Salmático, Arménico, Pártico y Adiabénico.

31 Es raro, y más aún difícil, que los sirios mantengan la fidelidad. Así, los palmiranos que ya habían

---

[34] Filósofo neoplatónico, retórico y filólogo.

sido vencidos y aplastados promovieron una grave
revuelta, mientras Aureliano se ocupaba de la si-
tuación de la zona de Europa. En efecto, mataron 2
a Sandarión, a quien Aureliano había encargado el
gobierno de esta zona, y a setecientos arqueros, dis-
poniendo el poder imperial para un individuo lla-
mado Aquileo pariente de Zenobia. Pero, como 3
Aureliano estaba preparado realmente, se volvió
desde Ródope y destruyó la ciudad porque se hizo
merecedora de tal castigo. En fin, la crueldad de 4
Aureliano, o como otros dicen, su severidad llegó
a tal extremo que se puede citar una carta suya que
muestra la confesión de su cruelísima cólera. Ésta 5
es una copia de aquélla: «Aureliano Augusto a
Cerronio Baso. No conviene que las espadas de los
soldados lleguen más lejos. Bastantes palmiranos
han sido asesinados y pasados a cuchillo. No he-
mos perdonado a las mujeres, hemos asesinado a
los niños, hemos decapitado a los ancianos y he-
mos aniquilado a los campesinos ¿A quién dejare- 6
mos, finalmente, estas tierras y esta ciudad? Es pre-
ciso perdonar a los que aún sobreviven. Creemos,
en efecto, que un número tan reducido habrá que-
dado escarmentado con los castigos de muchos. 7
Deseo también que se devuelva su antigua estruc-
tura al templo del Sol, que los aquilíferos de la ter-
cera región asolaron en la ciudad de Palmira junta-
mente con los portaestandartes, el dragonero, los
cornetas y los trompetas. Tienes a tu disposición 8
tres libras de oro procedentes de los cofrecillos de
Zenobia, tienes también mil ochocientas libras de
plata de los bienes de los palmiranos y tienes tam-
bién piedras preciosas de la casa real. Haz que se 9
adorne el templo con todos estos tesoros: así nos
causarás a mí y a los dioses inmortales una gran ale-
gría. Yo escribiré al senado pidiéndole envie un
pontífice para que consagre el templo». Como ve- 10
mos, esta carta indica que ya había quedado satis-
fecha la ferocidad de este emperador inflexible.

32 Al fin, ya más seguro, regresó de nuevo a Europa donde, haciendo gala de su conocido valor, desbarató a todos los enemigos que pululaban aquí y allá. Mientras Aureliano realizaba magníficas haza- 2
ñas en Tracia y en toda Europa, apareció un tal Firmo que se apoderó de Egipto sin asumir las insignias reales, como si se tratara de un Estado independiente de Roma. Inmediatamente se dirigió 3
contra él Aureliano, al que tampoco le faltó en aquel caso su fortuna habitual. En efecto, recuperó al punto Egipto y, como era feroz de espíritu y vengativo de pensamiento y estaba profundamente irritado, porque aún Tétrico ocupaba las Galias, se dirigió a Occidente y, merced a que éste traicionó a su propio ejército porque no podía soportar sus actos de indisciplina, Aureliano tomó el mando de las legiones que aquél le entregó. Por tanto, una vez 4
que dejó pacificado el Oriente, las Galias y las tierras de todo el mundo y se convirtió en príncipe de todo el mundo, decidió marchar a Roma para celebrar ante los ojos de los romanos su triunfo sobre Zenobia y Tétrico, es decir, sobre Oriente y Occidente.

33 No está fuera de lugar saber cómo se celebró el triunfo de Aureliano, pues fue, en efecto, brillantísimo. Hubo en el desfile tres carros reales, uno de 2
los cuales era el de Odeonato, labrado y adornado con plata, oro y piedras preciosas, otro, el que regaló a Aureliano el rey de los persas, cuya fabricación era similar a la de aquél, y el tercero, el que había mandado fabricar Zenobia para sí, puesto que esperaba acudir con él a visitar la ciudad de Roma; y su esperanza no quedó fallida, pues entró en la Ciudad con aquel carro, pero cautiva y como un rehén triunfal. Hubo también otro carro tirado por 3
cuatro ciervos, que dicen que pertenecía al rey de los godos. En él, según la versión de un gran número de autores, Aureliano fue transportado hasta el Capitolio para sacrificar allí los ciervos que di-

cen que había prometido ofrecer a Júpiter Optimo Máximo cuando los capturó junto con el carro al que iban uncidos. Precedieron veinte elefantes, fie- 4
ras domesticadas de la Libia y doscientas fieras de Palestina de distintas especies, que Aureliano regaló enseguida a particulares para no sobrecargar los gastos del fisco con su sustento; después cuatro tigres, jirafas, alces y otros animales de la misma clase, que era conducidos en fila, ochocientas parejas de gladiadores —además de los prisioneros de los pueblos extranjeros— blemios, exomitas, árabes, eudemones, indios, bactrianos, iberos, sarracenos y persas, todos ellos con sus regalos; godos, alanos, roxolanos, sármatas, francos, suevos, vándalos y germanos, con las manos atadas, como si fueran prisioneros. Abrían la marcha también, entre ellos, 5
los príncipes de la ciudad de Palmira, que habían sobrevivido, y los egipcios a causa de su sublevación.

34 Eran conducidas también en el cortejo diez mujeres que habían sido capturadas peleando entre los godos con atuendo varonil, mientras que otras compañeras suyas perecieron. Un cartel indicaba que eran amazonas: precedían al cortejo carteles 2
que llevaban escritos los nombres de distintos pueblos. Entre ellos desfiló Tétrico vestido con la clámide de púrpura, la túnica de color verde y las bragas galas, y a su lado su hijo, al que había nombrado emperador de la Galia. Desfilaba también Ze- 3
nobia, adornada con sus piedras preciosas y maniatada con cadenas de oro que otros la ayudaban a llevar. Llevaban delante las coronas de oro de todas las ciudades, colocadas en unos carteles que se alzaban a lo alto. A continuación seguía el mismo 4
pueblo romano, luego los guiones de las distintas corporaciones y de los distintos cuarteles, los soldados catafractarios, las fuerzas reales y todo el ejército y el senado (aunque bastante triste porque veía que también se exhibían senadores como rehe-

nes triunfales) proporcionaron gran fastuosidad. En 5
fin, no pudo llegar al Capitolio casi hasta la hora nona, y más tarde aún al Palacio. En los días su- 6
cesivos se ofrecieron al pueblo distintos espectáculos escénicos y circenses, cacerías, combates gladiatorios y naumaquias.

35 Parece que no se debe omitir un hecho que el pueblo romano conserva en su memoria y que la fe histórica ha difundido con frecuencia, a saber, que Aureliano, por aquella época en que se disponía a partir para Oriente, prometió repartir al pueblo coronas de dos libras, si volvía victorioso, pero que, al no poder o no querer dárselas de oro como el pueblo esperaba, las confeccionó con los panes que ahora llaman «siliginos»[35] y las distribuyó como regalo a todos los ciudadanos, de tal manera que durante todo su reinado cada persona recibiera a diario un pan de esta clase y trasmitiera este dere-
cho a sus descendientes. Por otra parte, el propio 2
Aureliano distribuyó también carne de cerdo al pueblo romano, como se hace actualmente.

Promulgó muchísimas leyes y ciertamente, útiles 3
todas. Instituyó sacerdocios. Construyó un templo dedicado al Sol y le consolidó dotándole de unos pórticos y destinó fondos para su conservación y la atención de sus ministros.

Hecho esto, se dirigió a las Galias y libró a los 4
vindélicos de los ataques de los bárbaros, después regresó al Ilírico y, tras reunir un ejército más numeroso que poderoso, declaró la guerra a los persas a los que había derrotado ya por la época en que derrotó a Zenobia, consiguiendo así una enor-
me reputación. Pero, cuando realizaba la marcha 5
contra ellos, Aureliano fue asesinado gracias a la astucia de su secretario y por mano de Mucapor, en

[35] Pan fabricado con la flor de la harina o con harina de pan candeal.

Cenofrurio, una mansión [36] imperial situada entre Heraclea y Bizancio.

36 Explicaré brevemente cuál fue la causa de su muerte y cómo se llevó a cabo, para que nadie ignore un hecho tan importante. Aureliano, no se 2
puede negar, fue un emperador rígido, cruel y sanguinario. Habiendo llegado su rigurosidad hasta 3
el extremo de haber dado la muerte a la hija de su hermana por un motivo insignificante y que no merecía tal castigo, éste se ganó, primero, el odio de los suyos. Pero, como ocurren fatalmente las co- 4
sas, a esta circunstancia se sumó el hecho de que, por no sé qué sospechas, hizo con sus amenazas más acérrimo enemigo suyo a un tal Mnesteo [37], que había sido su secretario, y también liberto suyo, según algunos. Mnesteo, que sabía que Au- 5
reliano no tenía la costumbre de amenazar en vano ni de olvidar, si había hecho alguna amenaza, escribió una lista de nombres mezclando aquéllos contra los que el emperador estaba realmente enemistado junto con aquéllos otros sobre los que no pensaba ejercer ninguna violencia, añadiendo también su nombre para hacer creer que se había mostrado solícito, y luego leyó la lista a cada uno de los que figuraban en ella, diciéndoles que Aureliano había decidido acabar con todos y que, si eran verdaderos hombres, debían salvar su vida. Habiéndose 6
irritado, por temor, los que merecían el castigo, y los inocentes, por dolor de que Aureliano se mostrase desagradecido a sus servicios y favores, acometiendo súbitamente al emperador durante su viaje en el lugar reseñado, le dieron muerte.

[36] Se llamaban *mansiones* los lugares de descanso situados a cierta distancia a lo largo de las grandes vías de comunicación. Se aprovechaban para estacionar tropas, para albergarse los particulares, relevar los caballos de los correos, etc.

[37] Es problemático este nombre, pues Zósimo y Zonaras lo llaman Eros.

37 Éste fue el fin de Aureliano, príncipe útil, más que bueno. Cuando se descubrieron las circunstancias que habían envuelto su muerte, sus asesinos ofrecieron en su honor un magnífico sepulcro y un templo. Mnesteo fue prendido después clandestina- 2
mente y expuesto luego a un poste para que le comieran las fieras, como lo prueban unas estatuas de mármol que se colocaron a ambos lados del lugar del suplicio, donde también se emplazaron dos estatuas sobre unas columnas dedicadas al divino Aureliano. El senado sintió profundamente su muer- 3
te, pero la sintió más aún el pueblo que solía llamar a Aureliano «El pedagogo[38] de los senadores». 4
Ostentó el poder imperial durante seis años y cinco meses menos algunos días y se le hizo figurar entre los dioses por las grandes hazañas realizadas.

Me he visto obligado a incluir aquí un hecho que 5
aparece expuesto en ciertos relatos históricos, porque está relacionado con Aureliano[39]. En efecto, un gran número de autores dicen que Quintilio, el hermano de Claudio, cuando recibió la noticia de la muerte de éste en una guarnición de Italia donde se encontraba, asumió el poder imperial, pero que, 6
poco después, cuando se supo que Aurelio era ya emperador, fue abandonado por todo el ejército por esta misma causa, y que, como se puso a pronunciar una arenga en contra de Aureliano y los soldados no le escucharon, se cortó las venas y pereció a los veinte días de haberse proclamado emperador.

Aureliano hizo desaparecer de todo el orbe de la 7
tierra todos los crímenes, todos los malos sentimientos, todas las profesiones siniestras y todas las bandas existentes.

---

38 Era el preceptor y acompañante de los niños hasta que recibían la toga viril. Eran de condición servil.

39 Los capítulos que siguen (37,5 a 41,15), según Magie, *op. cit.* p. 269, 2.2, son una especie de apéndice con repeticiones de lo ya dicho.

38 Creo que esto también atañe al tema que tratamos, a saber, que Zenobia retuvo el imperio que había en nombre de su hijo Vabalato, no en el de Timolao y Hereniano [40]. Ocurrió también bajo Au- 2
reliano la guerra de los monederos, siendo su instigador el contable Felicísimo. La reprimió con gran dureza y rigor, pero perecieron en ella mil soldados de su ejército, como lo prueba esta carta que escribió a Ulpio Crinito, tres veces cónsul, el cual le había adoptado a él anteriormente: «Aureliano 3
Augusto a su padre Ulpio. Una sedición surgida dentro de Roma ha provocado una guerra perniciosísima para mí, como si el destino actuara en contra mía, haciendo que todo tipo de turbaciones dificulten aún más todas las guerras que emprendo. Los monederos manifestaron sus sentimientos hostiles contra mi, instigados por Felicísimo, el último de mis esclavos, a quien yo había encomendado la administración del fisco. Han sido reprimi- 4
dos, pero han perecido siete millares de soldados lembarios, riparenses, castrianos [41] y dacios. Esto indica que los dioses inmortales no me han concedido ninguna victoria sin dificultades».

39 A Tétrico, sobre el que había triunfado, le nombró inspector de Lucania, mientras que su hijo permanecía en el senado. Exigió el templo majestuo- 2
sísimo del Sol. Extendió la muralla de Roma de tal manera que su circuito llegó a medir más de cin- 3
cuenta millas. Persiguió con gran severidad a los cuadruplatores y delatores. En una ocasión ordenó quemar en el foro de Trajano los archivos públicos, para infundir tranquilidad a los ciudadanos que 4
debían algo. También, durante su gobierno se de-

[40] Cf. *Treinta Usurpadores,* 30, 1-3.

[41] Limbarios eran los soldados que militaban en la flota del Danubio, llamados así por el término *limbus* «barco», «chalupa». Riparienses, los apostados en guarniciones a orillas *(ripae)* del Danubio. Castrianos, los de las guarniciones de los *castra* fronterizos.

cretó una amnistía de los delitos políticos, a ejemplo de los atenienses, como recuerda Tulio Cice- 5
rón en las Filípicas. Persiguió rebasando los límites de la disciplina militar a los acusados de concusión y a los reos de peculado [42], llegando a infligirlos 6
grandes suplicios y torturas. Entregó al templo del 7
Sol oro en abundancia y muchas piedras preciosas. Cuando vio que el Ilírico había sido devastado y que se había perdido la Mesia, dejó la Dacia Transdanubiana, que Trajano había convertido en provincia romana, y retiró el ejército y los habitantes de dicha provincia, desconfiando ya de poder conservarla y, después de haber hecho salir a los pueblos que la ocupaban, los estableció en la Mesia, a la que dio el nombre de Dacia Aureliana y que ac- 8
tualmente separa las dos Mesias. Se dice además que fue de una crueldad tal que, para poder acabar con más facilidad con la vida de un gran número de senadores, les echó en cara falsamente la constitución de una asociación para conspirar y alzarse con el 9
poder. Algunos añaden que él asesinó no a la hija, sino al hijo de su hermana; sin embargo, la mayor parte de los autores dice que mató también al hijo de su hermana.

40 La circunspección de que hizo gala aquel senado venerable y la ponderación y prudencia del ejército demuestran las grandes dificultades que existen para elegir a un emperador como sucesor de otro de grandes cualidades: en efecto, después del ase- 2
sinato de un príncipe tan rígido, el ejército confió al senado la misión de elegir al nuevo emperador, porque pensaba que la elección no debía recaer sobre ninguno de aquéllos que habían participado en el asesinato de aquél príncipe tan grande. Pero el se- 3
nado, a su vez, declinó esta elección en el ejército,

[42] Se trata del *crimen repetundarum,* equivalente al cohecho o corrupción con dádivas de personas que ejercen funciones públicas, delito muy frecuente entre los magistrados provinciales romanos y del *peculatus,* que consistía en la malversación de fondos públicos.

consciente de que ya los soldados no aceptaban con
agrado a los emperadores que elegía el senado. En 4
fin, la operación se repitió por tres veces, de tal ma-
nera que el mundo romano permaneció durante seis
meses sin emperador y se mantuvieron en sus pues-
tos todos los magistrados que había elegido el se-
nado o Aureliano, a excepción de Faltonio Probo
que fue nombrado procónsul de Asia en sustitu-
ción de Arelio Fusco.

41 Me complace incorporar aquí la misma carta que
el ejército envió al senado: «Las tropas afortunadas
y aguerridas al senado y al pueblo romano. Nues-
tro emperador Aureliano ha sido asesinado merced
a la astucia de un sólo hombre y por la equivoca-
ción de otros hombres honrados y malvados. ¡Oh 2
senadores respetables y venerables señores!, elevad-
le al rango de los dioses, y enviadnos como empe-
rador a alguien de nuestro estamento que conside-
réis digno. En efecto, nosotros no toleraremos que
nos mande ninguno de aquéllos que actuaron por
equivocación o con mala intención». La contesta- 3
ción se hizo según un decreto del senado. Cuando
el día tres de las nonas de enero el senado celebró
una asamblea plenaria en la Curia Pompiliana, el
cónsul Aurelio Gordiano dijo: «Senadores, vamos
a consultaros sobre una carta de nuestro ejército
que ha obtenido extraordinarios éxitos». Una vez 4
que hubieron leído la carta, Aurelio Tácito, que era
el primero en dar su opinión (se trata del mismo
que fue proclamado emperador después de Aure-
liano con el consentimiento de todos), habló así: 5
«Los dioses habrían actuado con rectitud y regula-
ridad, si hubieran permitido que los buenos empe-
radores hubieran resultado invulnerables a la espa-
da, de tal forma que pudieran vivir durante mucho
tiempo, y si las personas que maquinan en su men-

[43] Nombre aplicado aquí, y en Tácito, 3, 2, falsamente a la curia *Iulia*.

te siniestra asesinatos monstruosos no tuvieran poder contra ellos. Entonces aún viviría nuestro prín- 6
cipe Aureliano, que aventajó a todos en energía y servicios al Estado. Nuestra república, ciertamen- 7
te, había comenzado a respirar con el gobierno de Claudio, después del infortunio de Valeriano y de las desdichas de Galieno; pero Aureliano la ha restituido a su antiguo estado gracias a las victorias que ha obtenido en todo el orbe. Él nos dio las Ga- 8
lias, él liberó Italia, él descargó a los vindélicos del yugo de la esclavitud bárbara. Merced a su victoria se recuperó la Iliria y se sometió de nuevo a las Tracias a la obediencia de las leyes romanas. Él, ¡oh, 9
vergüenza!, recuperó para el dominio romano el Oriente que estaba oprimido por el yugo de una mujer, él dispersó, auyentó y aniquiló a los persas que se jactaban aún de la muerte de Valeriano. Los 10
sarracenos, blemios, exomitas, bactranos, seros, iberos, albanos, armenios, e incluso los pueblos de la India, le adoraron como si estuviera presente y casi como a un dios. El Capitolio está repleto de 11
los regalos que él obtuvo entre los países bárbaros. Un sólo templo posee quince mil libras de oro, fruto de su liberalidad, y todos los santuarios enclavados en Roma brillan con los destellos de sus presentes. Por esto, senadores, me asiste el derecho 12
para acusar incluso a los mismos dioses por haber permitido el asesinato de tal emperador, a menos que les haya movido el anhelo de tenerle a su lado. Por tanto, propongo que se le tributen honores di- 13
vinos, y pienso que todos vosotros debéis hacer la misma propuesta. Y, por lo que atañe a la elección del emperador, pienso que hay que encomendarla al propio ejército. En efecto, en una decisión de 14
este tipo, el elegido se expondrá al peligro y el elector al odio, si no se hace lo que se dice». La pro- 15
puesta de Tácito fue aprobada; pero, como las misivas para la elección se repetían una u otra vez, al fin fue nombrado Tácito en virtud de un decreto

del senado que reproduciremos en la vida de este emperador.

42 Aureliano dejó solamente una hija, cuyos descendientes viven actualmente en Roma. Y es nieto suyo 2
el procónsul de Cilicia llamado Aureliano, un senador excepcional y respetado por su rectitud y por sus costumbres, que actualmente vive en Sicilia.

«¿A qué diría yo que se debe el que haya habido 3
tan pocos príncipes buenos, siendo así que ya han ocupado el trono tantos Césares? En efecto, los registros públicos contienen la serie de purpurados que han existido desde Augusto hasta Diocleciano y Maximiano. Pero, entre ellos, los más eximios 4
fueron el mismo Augusto, Flavio Vespasiano, Flavio Tito, Coceyo Nerva, el divino Trajano, el divino Adriano, los Antoninos Pío y Marco, Severo el Africano, Alejandro el hijo de Mamea, el divino Claudio y el divino Aureliano, pues a Valeriano, aunque fue un extraordinario emperador, el infortunio le separó de todos los demás emperadores. 5
Mira, por favor, cuán escasos son los príncipes buenos, de suerte que se afirmó con razón por un actor de mimos de la época de Claudio y bufón de este emperador que podían inscribirse y representarse en un sólo anillo los príncipes buenos». Por 6
el contrario, ¿cuál es la lista de los príncipes perversos? pues, en el supuesto de que omitamos a los Vitelios, Calígulas y Nerones, ¿quién será capaz de aguantar a los Maximinos, a los Filipos y a la hez de aquel confuso tropel de emperadores? aunque deba exceptuar a los Decios, cuya vida y muerte merece parangonarse con la de los antepasados.

43 Ciertamente, se suele preguntar por la causa que vuelve malos a los príncipes: en primer lugar, amigo mío, es el libertinaje; después, la abundancia de bienes y, aparte de estas causas, los amigos perversos, los servidores execrables, los eunucos cargados de codicia, los cortesanos necios o detestables y, sin lugar a duda, la ignorancia de la administración del

Estado. Pero yo escuché de labios de mi padre que 2
el emperador Diocleciano, cuando ya era un hombre particular, dijo que no había nada más difícil
que gobernar bien. Se reúnen cuatro o cinco per- 3
sonas y adoptan la común decisión de engañar al príncipe, en cuyo caso, le dicen qué es lo que debe
aprobar. El emperador, que está encerrado en su 4
casa, no conoce la verdad. Se ve constreñido a saber solamente lo que aquéllos le dicen, nombra jueces que no debería nombrar y aparta de la administración a las personas que debía mantener en ella. ¿qué más? Como decía el propio Diocleciano, de esta manera es traicionado el emperador bueno, el
prudente y el más perfecto. Estas son las palabras 5
de Diocleciano que he incluido aquí para que tu prudencia advierta que nada hay más escaso que un buen príncipe.

44 Sin duda, muchos escritores no colocan a Aureliano ni entre los príncipes buenos, ni entre los malos, porque le faltó la clemencia, la primera cuali-
dad de los emperadores. Verconio Hereniano [44], 2
prefecto del Pretorio de Diocleciano, contaba muchas veces, según atestigua Asclepiodoto, que este emperador dijo frecuentemente al reprender la severidad de Maximino que Aureliano debería haber sido general más que emperador. En efecto, detestaba su excesiva crueldad.

Tal vez parezca sorprendente un hecho que des- 3
cubrió Diocleciano y que, según dice Asclepiodoto, aquél comunicó a su consejero Celsino; pero las
futuras generaciones juzgarán sobre ello. Decía, en 4
efecto, que en cierta ocasión Aureliano acudió a consultar a las Druidas de la Galia [45] para averiguar si el trono iba a permanecer entre sus descendientes y que, según él, ellas le habían respondido que ningún nombre llegaría a ser tan ilustre como el de

[44] Cf. *Probo,* 23,3.
[45] Se trata de mujeres adivinas, cf. Alejandro, 40,6 y *Caro,* 14,3 ss.

los descendientes de Claudio. Y, efectivamente, ya 5
es emperador Constancio, un vástago de su misma
sangre, cuyos descendientes, según creo, llegarán a
alcanzar aquella gloria que vaticinaron las Druidas.
He relatado este hecho en la vida de Aureliano por-
que fue él quien hizo la consulta y quien recibió la
respuesta.

45 Aureliano estableció que desde Egipto se enviara
a la ciudad de Roma un tributo consistente en vi-
drio, papel, lino, cáñamo y otras clases de bienes
con los que se cobraba una tasa perpétua. Proyectó 2
la construcción de unas termas para invierno en un
barrio del otro lado del Tíber, porque allí había es-
casez de agua fría. Comenzó a cimentar un foro
que llevaba su nombre en Ostia, al lado del mar.
Después se construyó en él un pretorio público. 3
Enriqueció a sus amigos, aunque con prudencia y
moderación, para que, por una parte, eludieran las
miserias de la pobreza y, por otra, evitaran la en-
vidia que suscitan las riquezas haciendo un uso mo-
derado de su patrimonio.

No conservó presonalmente en su ropero ningún 4
vestido de seda pura, ni permitió a otros que los uti-
lizaran. Y un día que su mujer le pidió permiso para 5
ponerse un manto singular de seda de color púrpu-
ra, la respondió: «No quieran los dioses que yo
compre seda con oro». Efectivamente, en aquellos
momentos una libra de seda equivalía a una de oro.

46 Tuvo la intención de prohibir que se enviara oro
para decorar las habitaciones, recamar las túnicas y
las pieles y mezclarlo con la plata, alegando que en
las mismas había más oro que plata, pero que el oro
desaparecía debido a los distintos usos a que se des-
tinaban sus láminas, hilos y distintas fundiciones,
mientras que la plata se conservaba intacta para los
usos habituales. Había dado permiso para que los 2
que quisieran utilizaran vasos y copas de oro. Ade- 3
más, otorgó a los particulares la posibilidad de dis-
poner de coches plateados, mientras que hasta en-

tonces los carruajes habían sido adornados con
bronce o marfil. Permitió igualmente que las ma- 4
tronas vistieran túnicas y otros trajes de púrpura,
siendo así que con anterioridad los habían usado
de distintos colores y, con mucho, de color de acan-
to. También fue el primero en permitir que los sol- 5
dados rasos utilizaran hebillas de oro, siendo así
que anteriormente los habían usado de plata, y el 6
primero que repartió entre los soldados vestidos
con fajas bordadas de oro, siendo así que anterior-
mente éstos no los habían recibido sino dotados
con unas rayas rectas de color púrpura, en algu-
nos casos por cierto, con una sola franja, en otros
con dos, en otros con tres, y, a veces, hasta con cin-
co, como los vestidos de lino que se usan actual-
mente.

47 Añadió a los panes que se usaban en Roma una
onza de peso que sacaba de los tributos de Egipto.
como él mismo se jacta en una carta que envió al
prefecto del abastecimiento de víveres de la Ciu-
dad: «Aureliano Augusto a Flavio Arabiano, pre- 2
fecto del aprovisionamiento. Entre los restantes
medios con los que hemos ayudado al Estado ro-
mano, con el beneplácito de los dioses, ninguno es
para nosotros más noble que el haber enriquecido
con el aumento de una onza de peso todos los apro-
visionamientos que se reparten por la Ciudad. Y, 3
para que esta innovación se aplique permanente-
mente, he apostado nuevos armadores que hagan la
travesía del Nilo en Egipto y otros que hagan la del
Tíber en Roma, he levantado las riberas de este río,
he dragado su lecho, que estaba encenagado, he de-
cidido que se hagan votos a los dioses y a la Peren-
nidad y he consagrado una estatua a la prolífica Cé-
res. Ahora, queridísimo Arabiano, es deber tuyo 4
procurar que no resulten inútiles mis disposiciones.
En efecto, no hay nada que cause más alegría que
el pueblo romano cuando está saturado.

48 Había decidido también distribuir vino gratuita-

mente al pueblo romano para que, de la misma manera que se suministraba gratuitamente aceite, pan y carne de cerdo, así se hiciera también con el vino, pues había pensado que con esta medida perpetuaría dicha distribución. Se extienden en Etruria a los 2
largo de la vía Aurelia [46] hasta los Alpes Marítimos campos inmensos que son fértiles y que están cubiertos de selvas. Aureliano se había propuesto pagar su precio a los propietarios que quisieran vender aquellos terrenos abandonados y establecer en ellos esclavos cautivos, plantar de vides las montañas y distribuir el vino que se recolectara, de tal forma que el fisco no recibiera ninguna renta por ellas sino que las cediera en su totalidad al pueblo romano. Se había hecho el cálculo de las dogas, cubas, naves y jornales que se necesitaban. Pero mu- 3
chos dicen que alguien aconsejó a Aureliano que no acometiera esta empresa, otros dicen que fue su prefecto del Pretorio el que se lo impidió, según ellos, con estas palabras: «Si también damos vino al pueblo romano, sólo falta que le demos pollos y patos». Sirve como argumento para probar que Au- 4
reliano realmente tuvo esta idea, o mejor aún, que estuvo dispuesto a llevarla a cabo y que la ejecutó en parte, el hecho de que se almacenase vino del fisco en los pórticos del templo del Sol, no con el fin de que se sacara gratuitamente para distribuirlo al pueblo, sino mediante el pago de una cantidad. No 5
obstante, conviene saber que Aureliano distribuyó tres veces congiarios, que regaló también túnicas blancas provistas de mangas, procedentes de distintas provincias del imperio, otras de lino puro de África y de Egipto, y que él fue el primero que regaló pañuelos al pueblo romano para que los utilizara en las aclamaciones.

[46] Esta vía corría a lo largo de la costa Etrusca hasta Pisa, continuada desde allí hasta Génova por la vía de Emilio Escauro.

49 Cuando estaba en Roma no le gustaba habitar en Palacio, sino que prefería vivir en los jardines de Salustio o en los de Domicia. Adornó el pórtico de mil 2
pasos de longitud que había en los jardines de Salustio en el que se ejercitaba a sí mismo y a sus caballos hasta el agotamiento, aunque no disfrutaba de buena salud. Ordenaba castigar en su presencia 3
a los esclavos y servidores de su casa que habían cometido alguna falta, según unos, para mantener la disciplina y, según otros, por su inclinación a la crueldad. Castigó con la pena de muerte a una cria- 4
da suya que había cometido adulterio con un compañero de esclavitud. Entregó a los tribunales pú- 5
blicos, para que les juzgaran de acuerdo con la ley, a muchos esclavos de su propia casa que habían cometido alguna falta. Había expresado el deseo de 6
devolver a las damas romanas su senado o *senaculum*[47], con la condición de que ocuparan sus primeros puestos aquellas mujeres que por decisión del senado hubieran obtenido algún cargo sacerdotal. Prohibió a todos los hombres el uso de zapatos 7
de color salmonete, amarillo, blancos y del color de la hiedra, pero permitió su uso a las mujeres. Permitió a los senadores disponer de mensajeros con el mismo atuendo que tenían los suyos. Prohibió 8
tener concubinas de condición libre. Limitó el número de eunucos, de acuerdo con las declaraciones de bienes de los senadores, porque habían alcanzado precios muy elevados. Sus vasos de plata nunca so- 9
brepasaron las treinta libras de peso. Comió preferentemente carne asada. Tuvo especial predilección por el vino tinto.

50 Cuando se encontraba enfermo, nunca llamaba al médico, sino que se curaba él mismo a base de dieta principalmente. Estableció la celebración de unas 2
Sigilarias anuales en honor de su esposa y de su

[47] Cf. *Heliogábalo*, 4, 3, n. 14.

hija, como si fuera un particular. Cuando llegó a 3
emperador, proporcionó a sus esclavos los mismos vestidos que cuando era un simple ciudadano, salvo a dos ancianos a los que mostró gran deferencia, como si fueran libertos, a saber, a Antistio y Gilón, que fueron manumitidos después de su muerte por un decreto del senado. Asistía a los juegos 4
sólo en alguna ocasión, pero encontraba un extraño placer en los mimos, y disfrutó extraordinariamente con la actuación de un comilón [48], que engullía grandes cantidades de alimento, hasta el punto de que se comió en un sólo día ante su mesa un jabalí entero, cien panes, un carnero y un lechón, y se bebió, después de que le acoplaran un embudo, más vino de lo que cabe en un tonel.

Gozó de una época venturosísima, eclipsada sólo por algunos motines internos. El pueblo romano le amó, pero el senado le temió.

[48] En latín *fago*, del griego φαγών.

27. TÁCITO

(Flavio Vopisco Siracusano)

1 Según refieren en sus obras los pontífices, en cuyas manos estuvo la facultad de escribir la historia, aquel procedimiento que se empleó después de la muerte de Rómulo, cuando el imperio de la ciudad de Roma era aún reciente, a saber, que se iniciara un interregno [1] mientras se buscaba un buen príncipe que sucediera a otro también bueno, ese mismo procedimiento se empleó al morir Aureliano, suscitándose entre el senado y el ejército romano una rivalidad que no radicaba en la envidia ni en la amargura sino en la generosidad y en el respeto y que duró seis meses completos. Sin embargo, el 2
caso que tratamos difiere de muchas maneras del problema planteado en época de Rómulo. Efectivamente, en primer lugar, cuando comenzó el interregno al morir éste, se nombraron regentes y todo aquel año se repartió en períodos de cinco, de cuatro o tres días para que se turnaran en el gobierno cien senadores, de tal manera que los que tenían más prestigio desempeñaran la función de regentes al menos una vez. Con lo cual se consiguió que el 3

[1] El interregno era el periodo de tiempo comprendido entre la muerte de un rey y la elección del sucesor. El primero fue el que medió entre la muerte de Rómulo y el nombramiento de Numa Pompilio (Livio, I,17). Se llamó *interrex* a la persona que ostentó el poder durante el interregno, así como al magistrado que después durante la república ejerció una magistratura vacante. En este caso el *interrex* fue el propio senado.

interregno se mantuviera por un plazo superior a
un año, para que nadie que poseyera la misma dig-
nidad quedara marginado del gobierno de Roma.
A esto hay que añadir que hubo regentes también 4
bajo los cónsules y los tribunos militares investidos
con el poder consular [2], si alguna vez se produjo
un interregno, y que, de este modo, jamás la repú-
blica romana se vio desprovista de este título, de
manera que no se nombrara algún regente, aunque
sólo fuera para dos días o para tres. Me doy cuenta 5
de que se me puede objetar que en época de nues-
tros antepasados no hubo durante un cuatrienio
magistrados curules [3], pero sí tribunos de la plebe
dotados del poder tribunicio, que constituye la par-
te más importante del poder real. No obstante, na- 6
die ha dicho que en aquella época no hubiera regen-
tes, más aún, se ha proclamado por los historiado-
res más fidedignos en sus relatos que los cónsules
fueron creados más tarde por los regentes, para que
celebraran los comicios donde se elegía a los otros
magistrados.

2 Así, pues, el senado y el pueblo romano tolera-
ron que la república no tuviera emperador durante
seis meses, mientras buscaban un buen candidato,
lo cual constituyó un hecho incómodo y anormal
¿Cuál fue la concordia entre los soldados? ¿Cuánta 2
la calma entre el pueblo? ¿Cuán firme la autoridad
del senado? No surgió entonces ningún tirano.
Todo el orbe fue gobernado quedando sometido al
parecer del senado, del ejército y del pueblo roma-

[2] En los albores de la república, cuando se requerían más de dos oficiales investidos de poder supremo, se eligieron de dos a seis de estos tribunos consulares en lugar de los cónsules.

[3] Magistrados que tenían derecho a la *sella curulis*, un taburete de pies curvos y brazos, formando una x, que se podía abrir y cerrar cómodamente como nuestras sillas plegables. Traspasadas de Etruria, donde la usaban los reyes, a Roma, se consideró un privilegió su uso exclusivo por los magistrados con *imperium*, rey, interrey cónsul, etc., que por ello recibieron el apelativo de *curules*.

no. Estos colectivos no temían a ningún príncipe
para actuar con rectitud, ni tampoco al poder tri-
bunicio, sino que —y esto es lo mejor en la vida—
se temían entre sí.
No obstante, es preciso decir la causa que moti- 3
vó tan faustas demoras, y se habrá de observar por
la posteridad del género humano ese mismo admi-
rable ejemplo de moderación, para que, los que de-
sean reinar, lleguen a la convicción de que los im-
perios no se roban, sino que se adquieren por los
méritos: después de que Aureliano fue asesinado 4
arteramente, como ya hemos dicho en el libro an-
terior [4], por la sagaz intervención de un esclavo
muy malvado y por error de los soldados (como
entre ellos tiene gran incidencia cualquier comen-
tario, pues unas veces escuchan airados, la mayor
parte de las veces borrachos y casi siempre despro-
vistos realmente de opiniones propias), cuando to-
dos recuperaron el buen sentido y el ejército casti-
gó con rigor a los culpables, se comenzó a pregun-
tar quién de entre los candidatos debería ser elegi-
do emperador. Entonces el ejército, que solía hacer 5
esta elección apresuradamente, impulsado por el
odio a sus jefes, envió al senado la carta de la que
hablamos ya en el libro anterior [5], pidiendo que eli-
gieran un príncipe entre los senadores. Pero esta 6
asamblea, como sabía que los príncipes que ella ha-
bía elegido no eran del agrado de los soldados, de-
clinó el nombramiento en el ejército y así, tras ha-
cer este ofrecimiento muchas veces, transcurrieron
seis meses [6].

3 *Pero es interesante saber cómo fue nombrado*
Tácito emperador.
El día siete de las calendas de enero, cuando el 2
estamento más prestigioso celebraba asamblea en la

[4] Cf. *Aureliano*, 36.
[5] *Ibid.*, 41,1-2.
[6] Cf. 1,1 y *Aureliano*, 40,4.

curia Pompiliana [7], el cónsul Cornificio Gordiano
dijo: «Os proponemos, padres conscriptos, la cues- 3
tión que ya os hemos propuesto muchas veces: es
preciso elegir un emperador, por que el ejército no
puede mantenerse seguro durante mucho tiempo sin
un príncipe y, al mismo tiempo, porque la necesi-
dad obliga a ello. En efecto, dicen que los germa- 4
nos han roto las fronteras de la otra orilla del Rin
y que han ocupado ciudades fuertes, famosas, ricas
y poderosas. Y, aunque no hay ninguna noticia de 5
movimiento alguno entre los persas, tened en cuen-
ta que los espíritus de los sirios son tan inconstan-
tes que prefieren que los gobiernen incluso muje-
res antes de soportar nuestra santa autoridad. ¿Qué 6
decir de África? ¿Qué del Ilírico? ¿Qué de Egipto
y de los ejércitos de todas estas partes del mundo?
¿Hasta cuándo creemos que pueden permanecer sin
príncipe? Por tanto, ¡animo!, padres conscriptos, 7
elegid ya un emperador, pues el ejército aceptará el
que vosotros elijáis o, si lo rechaza, él nombrará
otro».

4 Después de esto, cuando Tácito, que era consu-
lar con derecho a hablar el primero, pretendía ex-
poner su opinión —no sabemos cuál—, todos los
senadores prorrumpieron en aclamaciones: «Tácito 2
Augusto, que los dioses te protejan. A ti te elegi-
mos, a ti te nombramos emperador, a ti te confia-
mos el gobierno de la república y del orbe. Acepta 3
por mandato del senado el imperio al que te has he-
cho acreedor, pues lo merece tu rango, tu conduc-
ta y tu inteligencia. Con razón el príncipe del se-
nado recibe el título de Augusto, con razón el que
expone el primero su opinión sea proclamado em-
perador. ¿Hay alguien acaso capaz de gobernar me- 4
jor que un hombre ponderado? ¿Hay alguien aca-
so capaz de gobernar mejor que un hombre ilus-

[7] Cf. *Aureliano,* 41,3 y n. 43.

trado? que tu gobierno sea feliz, próspero y saludable, pues has vivido muchos años como un simple ciudadano, tú sabes cómo debes gobernar, pues has soportado a otros príncipes; tú sabes cómo debes gobernar pues ya has dado una opinión sobre otros príncipes. Pero él replicó: «Me asombra, pa- 5
dres conscritos, que pretendáis elegir como príncipe a un anciano para suceder a Aureliano, emperador de gran decisión. Buscad unos miembros que 6
sean capaces de lanzar la jabalina, de blandir la lanza, de agitar el escudo y de montar frecuentemente a caballo para dar ejemplo a los soldados. Nosotros apenas ejercemos ya las funciones de senador, apenas exponemos ya las opiniones que nos obliga defender nuestro rango. Mirad con mucha 7
atención a qué anciano sacáis de su dormitorio y de la sombra de su casa para exponerle a las escarchas o a los ardores del sol. Pero ¿pensáis que los soldados van a aceptar a un anciano como emperador? Fijaos, no vayáis a dar a la república como prín- 8
cipe a aquél, a quien vosotros no deseáis, y que comience a perjudicarme a mí únicamente esto: el que me hayáis elegido unánimemente.

5 Después de esto, el senado prorrumpió en aclamaciones: «También Trajano accedió al trono de anciano». Repitieron diez veces. «También Adriano accedió al trono de anciano». Repitieron diez veces! «También Antonino accedió al trono de anciano» Repitieron diez veces. «Y tú has leído: y la barba cana del rey de Roma» [8]. Repitieron diez veces. «¿Quién será capaz de gobernar mejor que un anciano?» Repitieron diez veces. «Te hacemos emperador, no soldado». Repitieron veinte veces. 2
«Manda a los soldados a luchar». Repitieron treinta veces. «Eres inteligente y tienes un hermano que es bueno». Repitieron diez veces. «Severo dijo que

[8] Virgilio, *Aen.*, V, 809-810.

quien gobernaba era la cabeza, no los pies». Repi-
tieron treinta veces. «Elegimos tu alma, no tu cuer-
po». Repitieron veinte veces. «Tácito Augusto, que
los dioses te protejan», y después dijeron: «De
acuerdo, de acuerdo, de acuerdo». Después de es- 3
tas aclamaciones, cuando se pidió la opinión al se-
nador consular que se sentaba después de Tácito,
Mecio Faltonio Nicómaco, éste pronunció el si-
guiente discurso:

6 «Siempre, padres conscriptos, esta magnífica
asamblea ha velado con acierto y prudencia por
la república y de ningún otro pueblo del orbe de
la tierra se ha esperado jamás una sabiduría más fir-
me; no obstante, nunca en este santuario se ha ex-
presado una opinión más ponderada ni más pru-
dente. Hemos elegido como emperador a un ancia- 2
no y a un hombre que es capaz de velar por todos
como un padre. No hay que temer que él tome al-
guna medida intempestiva, apresurada o rigurosa.
Hay que presagiar, por el contrario, que todas sus
órdenes serán dignas, enérgicas, y como si fuera
la propia república quien las diera. En efecto, él 3
sabe cuál fue el príncipe por el que siempre suspiró
y no puede por tanto ofrecernos otro distinto del
que él deseó y quiso tener. Ahora bien, si deseáis 4
recordar aquellos monstruos de épocas pasadas, me
refiero a los Nerones, a los Heliogábalos, a los Có-
modos, o mejor dicho, siempre Incómodos, os da-
réis cuenta de que sus vicios fueron realmente una
consecuencia de su época, más que producto de su
condición humana. Los dioses no permitan que se 5
elijan como príncipes a niños y como padres de la
patria a impúberes, a los que sus maestros de gra-
mática tengan que sujetar la mano para firmar y a
los que provoquen a conferir consulados los dul-
ces, los pastelillos o cualquier otro capricho pueril. 6
¡Qué locura! no hay razón para contar con un em-
perador que no sepa cuidar de su reputación, que
no sepa en qué consiste la política, que tema a su

protector, que haga caso a su nodriza, que esté siempre sobrecogido por el temor a los golpes de las férulas de sus maestros y que nombre consulares, generales y jueces a aquéllos cuyas vidas, méritos, edades, familias y obras desconoce. Pero ¿para qué prolongo por más tiempo mi discurso,
padres conscriptos? alegrémonos de tener a un em- 7
perador anciano y no recordemos aquellos tiempos que fueron más que deplorables para los que los su-
frían. Por tanto, doy gracias a los dioses y a ellos 8
quedo agradecido en mi nombre y en el de toda la república, y a ti, Tácito Augusto, acudo en actitud suplicante, pidiéndote vivamente y reclamándote con toda franqueza, por nuestras leyes y por nuestra patria común, que no declares herederos del imperio romano a tus hijos, aún jóvenes, si el destino te sorprendiera más pronto de lo previsto, para que no legues en testamento la república, los senadores y el pueblo romano, como si se tratara de una pe-
queña finca tuya, de tus colonos o de tus esclavos. 9
Sé por tanto circunspecto, imita a los Nervas, a los Trajanos y a los Adrianos. Amar a la república más que a sus hijos es la inmensa gloria de un príncipe que está en el trance de la muerte». Este discurso conmovió vivamente al mismo Tácito y emocionó a todo el estamento senatorial, que al punto exclamó: «Todos de acuerdo, todos de acuerdo».

7 Desde allí se dirigieron al Campo de Marte [9]. Allí 2
subió al tribunal de los comicios, desde donde el prefecto de la Ciudad Elio Ceseciano habló de la
siguiente manera: «Vosotros, soldados respetabilí- 3
simos, y vosotros, ciudadanos venerabilísimos, te-

[9] Se llamaba así la antigua llanura que extendía sus límites desde el foro romano y la isla del Tíber con el recodo que éste formaba hasta el *Mausuleum Augusti* y la *Vía Lata,* la actual carrera de Umberto. Era un lugar de esparcimiento para los romanos, donde también se reunía la juventud romana para adiestrarse en los ejercicios deportivos. Luego se fue cubriendo de edificios, los *Saepta,* el Pórtico de Octavia, el *Ara Pacis,* etc.

néis un emperador que ha elegido el senado con el
consentimiento de todos los ejércitos: me refiero a
Tácito, augustísimo señor, que hasta hoy ha servi-
do a la república con sus consejos y que ahora oja-
lá la sirva con sus mandatos y decretos». El pueblo 4
prorrumpió en aclamaciones: «Felicísimo Tácito
Augusto, que los dioses te protejan» y el resto que
se suele decir en estos casos.

No debo omitir aquí que la mayor parte de los 5
autores escribieron que Tácito fue nombrado empera-
dor cuando estaba ausente e instalado en Campania:
es verdad y no puedo negarlo. Porque cuando sur- 6
gió el rumor de que iban a proclamarle emperador,
se marchó de Roma, y permaneció durante dos meses
en Bayas. Pero, después de que le hicieron venir de 7
allí, asistió a esta deliberación del senado, como si
realmente fuera un ciudadano particular y una per-
8 sona que rechazaba sinceramente el trono. Y para
que nadie piense que yo he escrito a la ligera la opi-
nión de algún escritor griego o latino, le recuerdo
que tiene a su disposición en la biblioteca Ulpia, en
el sexto armario, un libro de marfil en el que está
escrito este decreto del senado, que firmó el mis-
mo Tácito con su puño y letra, pues durante mu- 2
cho tiempo estos decretos concernientes a los em-
peradores se redactaban en libros de marfil.

Después se encaminó al ejército. Allí también, en 3
el momento que ocupó la tribuna, el prefecto del
Pretorio Mesio Galicano habló en estos términos: 4
«Venerabilísimos camaradas, el senado os ha dado
el príncipe que le pedisteis; esta nobilísima asam-
blea secundó las recomendaciones y el deseo del
ejército. No puedo deciros más cosas puesto que el
emperador se halla ya presente entre vosotros. Por
tanto, escuchadle con cortesía a él mismo, que es
quien debe velar por nosotros». Cuando acabó de
hablar, Tácito Augusto dijo: «También Trajano 5
asumió el poder cuando era ya anciano, pero a él
le eligió un hombre sólo; en cambio, a mí, muy res-

petables camaradas, primero vosotros, que sabéis elegir a vuestros príncipes, y luego el senado en pleno me juzgasteis dignos de este nombre: me preocuparé, me esforzaré y haré porque no os falte, si no actos heróicos, al menos consejos dignos de un emperador y de vosotros».

9 Después de esto, prometió una paga y un donativo, según costumbre, y pronunció ante el senado su primer dicurso que fue así: «Ojalá yo pueda, padres concriptos, gobernar el imperio de tal manera que quede constancia de que he sido elegido por vosotros, pues he decidido acomodar mis actos a vuestra opinión y autoridad. Vuestro deber es, por tanto, ordenar y ratificar aquellas decisiones que os parezcan dignas de vosotros, dignas de un ejército sin pretensiones, y dignas del pueblo romano». En 2
este mismo discurso decretó que se elevara una estatua de oro en el Capitolio en honor de Aureliano, una de plata en la Curia, otra en el templo del Sol [10] y otra en el foro del divino Trajano. Pero no se emplazó la de oro, sino que se consagraron solamente las de plata. En este mismo discurso ad- 3
virtió que si alguien mezclaba para uso público o privado plata con cobre, plata con oro, o plomo con cobre, sería castigado con la pena de muerte y con la confiscación de sus bienes. En este mismo 4
discurso dispuso que los esclavos no fueran interrogados en procesos contra las vidas de sus señores, ni siquiera en las causas de lesa majestad. Impuso 5
a todos la obligación de tener un retrato de Aureliano. Ordenó que se erigiera un templo a los emperadores divinizados en el cual se debían emplazar estatuas de los príncipes buenos, de tal manera que se les ofrecieran libaciones en los días de su aniversario, en las Palilias [11], en las calendas de enero

[10] Cf. *Aureliano*, 35,3

[11] Fiestas que se celebraban el 21 de abril en honor de Pales, divinidad femenina de naturaleza rústica y cuyo cometido era proporcionar

y en el día de los Votos [12]. En el mismo discurso 6
pidió el consulado para su hermano Floriano, pero no lo consiguió, porque el senado había cerrado todos los plazos para presentar la candidatura a cónsul suplente [13]. Sin embargo, se dice que se alegró mucho de que esta asamblea procediera con libertad al denegarle el consulado que había pedido para su hermano. Cuentan, en fin, que exclamó: «el senado sabe a qué emperador ha elegido».

10 Adjudicó al tesoro público sus bienes familiares, que él había puesto a rédito por una cantidad de dos mil ochocientos millones de sestercios. Gastó el dinero que había ahorrado en su casa para pagar a las tropas. Utilizó las mismas togas y túnicas que llevaba cuando era ciudadano normal. Prohibió que 2
se mantuvieran casas de prostitución dentro de la ciudad de Roma, lo que realmente no pudo observarse por mucho tiempo. Ordenó que todas las termas se cerraran antes de que se encendieran las lámparas, con el fin de que no se originara ninguna sedición nocturna. Ordenó que se depositara en to- 3
das las bibliotecas públicas un Cornelio Tácito, escritor de la Historia Augusta [14], porque decía que era pariente suyo. Y, para que no se destruyera por la incuria de los lectores, mandó que cada año se transcribiesen diez copias del libro de los escritorios públicos y que se depositaran en las bibliote-

---

alimento y defender a los pastores, rebaños y pastos, cf. G. Dumezil, «Les deux Palès» REL, 40, 1962, 109-117. Ella dio lugar a la denominación del *Palatinum*.

[12] Se refiere a la proclamación solemne de los votos el 3 de enero, la *nuncupatio Votorum*, que hacían oficialmente los sacerdotes por la salud del emperador, cf. *Adriano*, 23,16, n. 105 y *Elio*, 48.

[13] Cf. *Alejandro, Severo*, n. 33. Como allí dijimos, las *Nundinae* eran las ferias o mercados que tenían lugar cada nueve días, indicando luego *Nundinium* un período de duración fija, y en concreto, la duración del consulado y *Nundinia* las fechas de toma de posesión de esta magistratura.

[14] Famosísimo pasaje del que Casaubón, filológico del siglo XVI-XVII, dedujo el título de *Historia Augusta*, cf. *Introducción*, p. 8.

cas. Prohibió a todos los hombres vestir trajes de 4
seda pura. Mandó derruir su casa y ordenó cons-
truir a sus expensas unas termas públicas en el lu-
gar que había estado emplazada. Regaló a los ha- 5
bitantes de Ostia, también de su propio peculio,
cien columnas de mármol de Numidia, de veinti-
trés pies de altura. Entregó las posesiones que te- 6
nía en Mauritania asignándolas al Capitolio para
mantenerle en perfecto estado. La vajilla de plata
que utilizaba en su mesa antes de llegar a empera-
dor, la destinó para el servicio de los convites que
se celebraban en los templos. Manumitió a todos 7
los esclavos de ambos sexos que tenía en la Ciu-
dad, pero sin sobrepasar el número de cien, para
que no se pensara que transgredía la ley Caninia [15].

11 Fue muy morigerado en sus costumbres, de tal
manera que nunca llegó a beber un sextario [16] de
vino al día y muchas veces menos de una hémina [17]. 2
Por otra parte, su comida consistía en un gallo, pero
añadía también sesos y huevos. Le servían toda cla-
se de verduras y en gran cantidad, pero prefería y
comía con pasión las lechugas, pues decía que así
compraba el sueño con la prodigalidad de aquel
gasto. Le gustaban mucho los alimentos un tanto
amargos. Rara vez utilizó los baños y se mantuvo 3
muy sano en su vejez. Le causaban gran placer los
distintos tipos de vidrios y los trabajos realizados
en ellos. Sólamente comía pan seco y aderezado con
sal u otros condimentos. Era muy versado en las ar- 4
tes, apasionado al mármol, de elegancia senatorial
y aficionado a la caza. Finalmente nunca honró su 5
mesa con productos que no fueran del campo.
Tampoco ofreció faisán salvo en los aniversarios de
su nacimiento y en los de los suyos y en los días festi-

[15] La *lex Fufia Caninia* de 2 a. de C. que fijaba el número de esclavos que se debían manumitir.

[16] Medida de líquidos equivalente aproximadamente a un litro.

[17] Equivalente a medio litro.

vos. Restituyó siempre a su casa las víctimas que había ofrendado y ordenó que los suyos se alimentaran con ellas. No permitió que su esposa utilizara 6
piedras preciosas y la prohibió usar vestidos con franjas de oro. Por otra parte, se dice que fue también él quien instigó a Aureliano para que hiciera retirar el oro de los vestidos de los artesonados y de las pieles. Se le atribuyen a él otras muchas disposicio- 7
nes, pero resulta largo reseñarlas por escrito. Si alguien desea conocer todo lo que hizo este príncipe, que lea a Suetonio Optaciano que ha escrito su biografía con mucho detalle. Siendo ya anciano leía 8
de forma sorprendente letras muy diminutas y jamás dejó pasar una noche en la que no escribiera o leyera algo, salvo la del día siguiente de las calendas.

12 No se debe ocultar, y hay que hacerlo público frecuentemente, que fue tan grande la alegría del senado por haber recuperado este importantísimo estamento la función de elegir al emperador, que se decretaron suplicaciones, se prometió una hecatombe y, en fin, que todos los senadores escribieron a los suyos, más no sólo a ellos, sino también a los extranjeros, y se enviaron además a las provincias cartas que decían: que todos los aliados y todas las naciones debían saber que la república había vuelto a su antiguo estado y que el senado elegía a los emperadores, más aún, que el propio senado se había erigido en caudillo, que las leyes había que pedirlas al senado, que al senado tenían que dirigir sus súplicas los reyes bárbaros y que los problemas de la paz y de la guerra debían tratarse bajo la guía del senado. En fin, para que no falte nada a mi infor- 9
mación, he incluido al final de este libro la mayor parte de estas cartas que, según yo pienso, se van a leer con avidez y sin hastío.

13 La primera preocupación de Tácito, nada más ser nombrado emperador, fue acabar con todos los asesinos de Aureliano, fueran buenos o malos, a pesar de que ya había quedado vengado. Y, cuando mu- 2

cho bárbaros procedentes de la zona del lago Meotis habían irrumpido ya en el imperio, Tácito los rechazó con decisión y valor, aunque estos mismos 3
meótidas se concentraban como si, por invitación de Aureliano, hubieran acudido a prestar ayuda a los nuestros en la guerra contra los persas, si la necesidad así lo exigía. Marco Tulio dice que era más 4
honroso para él decir cómo había ejercido el consulado que cómo lo había obtenido; en cambio, en el caso de este hombre lo honroso fue haber asumido el imperio con tanta gloria sin haber realizado nada importante, sin embargo, por la brevedad de su reinado. Perdió la vida por una conspiración 5
militar a los seis meses, según unos, o como consecuencia de una enfermedad, según otros. Con todo, se sabe con certeza que le faltó valor y espíritu cuando se vio sorprendido por distintas sublevaciones. Este mismo hombre ordenó que se llamara Tácito al mes de septiembre, porque él había nacido y había sido proclamado emperador en dicho mes. Le sucedió en el imperio su hermano Floriano, sobre el cual se dirán pocas cosas.

14(1) Floriano fue hermano carnal de Tácito, quien después de la muerte de éste se apoderó del poder, no por decisión del senado sino por su propio deseo, como si se tratara de algo hereditario, puesto que sabía que a Tácito se le había pedido con insistencia en el senado que, cuando entrara en agonía, no proclamara emperadores a sus hijos sino al mejor candidato. En fin, mantuvo el trono apenas 2
durante dos meses, siendo asesinado en Tarsis por los soldados que habían oido que Probo ya ocupaba el trono, pues le había elegido todo el ejército. 3
Probo poseía una formación tan grande en el arte militar, que por ello el senado optó por él, los soldados le eligieron y el mismo pueblo romano le pidió a gritos. Floriano imitó las costumbres de su 4
hermano, pero no en todo. En efecto, Tácito, que era frugal, le reprochaba su prodigalidad, y esta

misma ansia por ocupar el trono indica que su modo de vivir difería del de su hermano.

Así, pues, en una sola familia hubo dos empera- 5
dores, de los cuales uno gobernó durante seis meses, el otro casi durante dos, como auténticos regentes, por así decirlo, entre Aureliano y Probo.

15(2) Hubo en Interamno [18] dos estatuas de ellos de treinta pies de altura talladas en mármol, puesto que allí estuvieron emplazados dos cenotafios en un solar de su propiedad; pero fueron derribadas por un rayo haciéndolas tantos pedazos, que yacen en tro-
zos diseminadas por el suelo. Por aquel tiempo los 2
arúspices predijeron que de la familia de ellos, por vía masculina o por vía femenina, saldría algún día un emperador romano que nombraría jueces para los partos y los persas, que sometería a los francos y a los alamanos a la legislación romana, que no dejaría a un sólo bárbaro en toda la región africana, que impondría un gobernador a los taprobanos, que enviaría un procónsul a la isla Juverna [19], que actuaría como arbitro de todos los sármatas, que haría suya toda la tierra hasta donde la circunda el Océano, tras apoderarse de todos los pueblos que la habitan, pero que después devolvería el poder al senado y viviría de acuerdo con las leyes antiguas, para prolongar su existencia durante cien años y
morir sin herederos. Sin embargo, dijeron que él 3
llegaría a emperador después de mil años a partir del día en que cayó un rayo e hizo pedazos sus es-
tatuas. La ingeniosidad de los arúspices que asegu- 4
raron el advenimiento de un príncipe semejante después de transcurridos mil años no fue muy grande, porque si su predicción hubiera sido para el plazo de cien años, sus falacias tal vez podrían descubrir-

[18] La actual Terna, a 60 millas al Norte de Roma.

[19] La actual Irlanda.

se con facilidad... [19 bis] mas no era fácil hacerlo ofre-
ciendo un plazo de tantos años, pues difícilmente
podría conservarse durante tanto tiempo esta his-
toria. Sin embargo, he creído que debía insertar en 5
este volumen estos detalles, para que nadie crea
cuando me lea que yo no me he informado su-
ficientemente.

16(3) Tácito apenas dio un congiario al pueblo en el pe-
ríodo de seis meses. Su retrato está expuesto en la 2
casa de los Quintilios en un cuadro quíntuple, en
el que en un panel está pintado con toga, en otro con
clámide, en el siguiente armado, en otro con man-
to y en el último con atuendo de cazador. Un com- 3
positor de epigramas se burló de este cuadro di-
ciendo: «No reconozco a aquel anciano armado, ni
a aquél que lleva la clámide» y así sucesivamente,
«sino a aquél que lleva la toga». Floriano y Tácito 4
tuvieron muchos hijos, cuyos descendientes, según
creo, están esperando el año milésimo. Contra ellos
se han escrito muchos epigramas en los que tam-
bién se zahiere a los arúspices que les prometieron
el trono.

Éstas son las cosas que yo recuerdo haber encon- 5
trado dignas de mención sobre las vidas de Tácito
y de Floriano. Ahora debo escribir la de Probo, va- 6
rón prestigioso en su patria y en el extranjero y que
ha de ser considerado superior a Aureliano, a Tra-
jano, a Adriano, a los Antoninos, a Alejandro y a
Claudio, porque, si bien éstos poseyeron cualida-
des diversas, todas las más principales se hallaron
reunidas en éste, que fue elegido emperador después
de Tácito por decisión de todos los nobles y go-
bernó el orbe de la tierra que se mantuvo en pro-
fundo sosiego, después de haber aniquilado a los
pueblos bárbaros y haber eliminado a muchos ti-

[19 bis] Pasaje difícil por la existencia de una laguna. La suplo completando el sentido de *pollicentes* con la frase «mas no era fácil... tantos años».

ranos que surgieron en su tiempo, y de quien se ha dicho ya que mereció llamarse Probo, aunque no fuera éste su nombre. Algunos dicen que los libros Sibilinos habían vaticinado que, si él hubiera vivido más tiempo, el orbe de la tierra no poseería ya
bárbaros. Yo he creído que debía anticipar breve- 7
mente estos detalles sobre Probo en la vida de otros emperadores, por si se diera el caso de que el día, la hora o un instante reclamaran algo para sí, perjudicándome con un destino fatal, y muriera por
ello sin haber celebrado a Probo. Ahora, puesto que 8
he satisfecho de momento mi deseo, concluiré este volumen con la idea de que ya he cumplido mi empeño y anhelo.

17(4) Tácito tuvo los siguientes presagios de su acceso al trono: un poseso, con los miembros rígidos, gritó siete veces consecutivas en el templo de Silvano: «La púrpura de Tácito, la púrpura de Tácito», con
lo cual se consideró más tarde como un augurio. 2
El vino con el que Tácito iba a hacer libaciones en el templo de Hércules, en Fondi, se volvió de co-
lor de púrpura en un instante. Una vid que daba 3
uvas blancas de Aminia las dio de color de púrpura el año en que él asumió el trono...y muchísimas co-
sas tomaron el mismo color. Los presagios de su 4
muerte fueron éstos: el sepulcro de su padre se abrió, rompiéndose súbitamente las puertas. La sombra de su madre se les apareció a pleno día a Tácito y a Floriano, como si estuviera viva, pues se decía que eran hijos de distinto padre. Todos los dioses de su capilla privada cayeron al suelo, por
azar o como consecuencia de un terremoto. La es- 5
tatua de Apolo que ambos veneraban fue descubierta en su lecho, lejos de lo más alto de su pedestal, sin que la hubiera colocado allí la mano de ningún hombre. Pero ¿hasta dónde prolongaremos nuestros relato? Otros autores cuentas estos prodigios. Reservémonos nosotros para celebrar a Probo y cantar sus insignes proezas.

18(5) Y puesto que he prometido [20] que iba a ofrecer algunas cartas, para que ellas nos hagan ver los sentimientos de alegría que embargaron al senado, cuando Tácito fue nombrado emperador, las agregaré aquí y así pondré fin a mi exposición.

Cartas públicas:

«El prestigiosísimo senado de Roma saluda a la 2
asamblea de Cartago. Ha vuelto a nosotros el derecho de conceder el imperio, de nombrar al emperador y de conceder públicamente el título de Augusto. ¡Ojalá que ello sea útil, favorable, fecundo y saludable para la república y para el mundo
romano! Consultadnos, pues, en todos los temas 3
de importancia. Toda apelación será competencia del prefecto de la Ciudad [21] pero ella deberá pro-
ceder de los procónsules y de los jueces ordinarios. 4
Con ello creemos que también vuestra dignidad ha vuelto a adquirir la situación que tenía, puesto que este estamento nuestro es el primero que, recuperando su influencia, hace que se mantenga intacto
el derecho de los demás». Otra carta: «El pres- 5
tigiosísimo senado de Roma saluda a la asamblea de Tréveris. Creemos que os alegráis de ver que sois libres y que siempre lo fuisteis. Ha vuelto al senado el derecho de nombrar al emperador y simultáneamente se ha decretado que todas las ape-
laciones se hagan al prefecto de la Ciudad». Se en- 6
viaron cartas con un contenido similar al de éstas a las asambleas de Antioquía, de Aquileya, de Milán, de Alejandría, de Tesalónica, de Corintio y de Atenas.

19(6) Las cartas de carácter privado fueron éstas: «Autronio Tiberiano a su padre Autronio Justo, salud: padre inviolable, debiste ahora asistir a esta ilustrísima asamblea del senado, debiste ahora expresar tu opinión, dado que ha crecido tanto la autoridad de

[20] Cf. 12,2.

[21] Por ser él el representante del senado, cf. *Probo*, 13,1.

este estamento prestigiosísimo, que ya somos nosotros quienes designamos a los príncipes de la república, que así ha sido restituida a su antiguo estado, nosotros proclamamos emperadores y nosotros, en fin, nombramos augustos. Procura, pues, restable- 2
certe para asistir a la antigua asamblea. Nosotros recuperamos la autoridad proconsular, y al prefecto de la Ciudad han vuelto las apelaciones de todos los magistrados y de todos los rangos». Otra dice: 3
«Claudio Sapiliano saluda a su tío paterno Cereyo Meciano. Hemos conseguido, padre inviolable, lo que siempre hemos deseado: el senado ha vuelto a su antigua dignidad. Hacemos príncipes y nuestro estamento ostenta las magistraturas. Damos gracias 4
al ejército romano, y auténticamente romano: él nos ha devuelto el poder de que siempre gozamos. 5
Deja el retiro de Bayas y de Puzol. Vuelve a la Ciudad, reincorpórate al senado. Roma recupera su esplendor, la república entera rejuvenece; nombramos emperadores, elegimos príncipes. Podemos también vetarlos, puesto que hemos comenzado ya a actuar. Lo dicho es suficiente para el que es sabio».

Resulta pesado reunir aquí todas las cartas que 6
yo he encontrado y leído. Me limitaré a constatar que fue tan grande la alegría que embargó a todos los emperadores, que inmolaban en sus casas víctimas blancas, descubrían en muchos sitios las imágenes de los dioses, asistían a las reuniones en túnica blanca, ofrecían banquetes con gran suntuosidad y pensaban que les había sido devuelto el tiempo pasado.

PROBO

(Flavio Vopisco Siracusano).

1 Es verdad lo que los historiadores Salustio Cris-
po, Marco Catón y Gelio escribieron a modo de
aforismo, que todas las virtudes de los hombres son
tan grandes como han querido presentarlas, valién-
dose de sus cualidades literarias, aquellos escritores
que han narrado sus hazañas [1]. Esta es la razón por 2
la que Alejandro Magno el Macedonio, cuando se
presentó ante el sepulcro de Aquiles, dijo entre pro-
fundos suspiros, deseando que se entendiera que se
refería a Homero, que forjó un Aquiles tan grande
por sus anhelos de virtud, como él mismo destaca-
ba por su talento: «Feliz de ti, joven, que encon-
traste un cantor tan sublime para tus virtudes.»
Tal vez intentes saber, querido Celsino, a qué se 3
refieren estas palabras. En estos momentos apenas
conocemos por falta de historiadores al emperador
Probo, bajo cuyo gobierno el Oriente y el Occi-
dente, el Mediodía y el Septentrión y todas las par-
tes del mundo volvieron a disfrutar de una total se-
guridad. Se perdió para siempre ¡Oh vergüenza! la 4
biografía de un hombre tan grande y tan famoso
que no han proporcionado otro igual las guerras
púnicas, ni el terror inspirado por los galos ni las
rebeliones del Ponto, ni la astucia Hispana. Pero 5
yo, que hace poco tiempo escogí como objeto de
mi narración la vida de Aureliano, expuesta ya en
la medida que me ha sido posible, después de ha-
ber escrito las de Tácito y Floriano, no dejaré de

remontarme hasta los hechos de Probo, para luego hablar, si me queda aún vida, de todos los emperadores restantes hasta Maximiano y Diocleciano.
Ahora bien, en ellas no prometo derrochar talento 6
y elocuencia, sino narrar simplemente unos hechos que no tolero que se pierdan en el olvido.

2 Con el objeto de no frustrar en ningún sentido la intimidad con que tu me acoges, que es gratísima, he utilizado principalmente los libros de la biblioteca Ulpia [2], que en mi época estaban en las termas de Diocleciano y los de la casa de Tiberio [3], y he utilizado también las memorias de los escribanos del pórtico de Porfirio [4] y las actas del senado
y del pueblo. Y, puesto que me ha otorgado una 2
gran ayuda para recopilar las gestas de tan gran hombre la efemérides [5] de Túrdulo Galicano, ciudadano de gran honorabilidad e integridad, he considerado un deber no silenciar el favor de este amigo anciano.

¿Quién conocería a Gneo Ompeyo, cubierto de 3
esplendor por la consecución de los tres triunfos obtenidos en las guerras que libró contra los piratas, contra Sertorio y contra Mitridates y engrandecido por la magnificencia de otras muchas gestas? ¿quién, en fin, le conocería si Marco Tulio y
Tito Livio no le hubieran incluido en su escritos? 4
Pero es que no poseerían aún y ocultarían en su seno las tinieblas del olvido a Publio Escipión el

[1] Se trata de un resumen del pensamiento de Salustio (*Cat.*, 8,4) y de Catón, según Aulo Gelio, III, 7, 19. Cf. V. Picón, «Diversificación del género biográfico», *Actas del VI Cong. Esp. de Estudios Clásicos*, Madrid, 1983, p. 100 ss.

[2] Aureliano, 1, 7.

[3] Cf. Antonino 10, 4.

[4] En el foro de Trajano, cf. *Adriano*, 7, 6.

[5] Las efemérides eran cuadernos o libros de notas en que se reflejaban los hechos diarios, del griego ἐφημερίς. Recibían también este nombre los registros que recogían las acciones de los emperadores, cf. *Galieno*, 18 y *Probo*, 2, 3 y 5.

Africano, mejor dicho, a todos los Escipiones, tan-
to los llamados Lucios como a los Nasicas, si no
hubiesen existido historiadores ilustres o sin ape-
nas reputación que hubiesen escrito sus panegíri-
cos? Resultaría largo de reunir todos los casos que 5
deberían mencionarse como ejemplos de este tipo,
incluso si nosotros guardamos silencio. Yo sólo 6
quiero dejar constancia de estos dos extremos: que
he escrito unos hechos que alguien podría exponer
con más decoro y en un estilo más elevado, si así
lo desea, y que, al narrar las vidas y épocas de los
emperadores, he tenido la intención de imitar no a 7
escritores como Salustio, Livio, Tácito, Trogo [6] y
todos los que poseyeron una extraordinaria elo-
cuencia, sino a Mario Máximo, Suetonio Tranqui-
lo, Fabio Marcelino [7], Gargilio Marcial [8], Julio Ca-
pitolino, Elio Lampridio y los restantes que trans-
mitieron a la posteridad estos hechos y otros simi-
lares, más no tanto con elegancia como con veraci-
dad. En efecto, yo soy una persona curiosa, no pue- 8
do negarlo, y además me estimulas tú que, aun sa-
biendo muchas cosas, deseas saber más. Y, para no 9
hablar más de mis intenciones, comenzaré ya la bio-
grafía de este emperador noble, ilustre y de tales
cualidades como nuestra historia no recuerda otra
igual.

3 Probo, que era oriundo de Panonia, de la ciudad
de Sirmio, más noble por parte de su padre que de
su madre, de patrimonio modesto y de familia de
poca relevancia social, brilló extraordinariamente
por la nobleza de sus virtudes tanto durante su vida
privada, como cuando fue emperador. Según algu- 2
nos escritores consignaron en sus obras, el padre
de Probo se llamaba Máximo, quien, tras haber
ejercido con gran honorabilidad el cargo de centu-

[6] Cf. *Aureliano*, 2, 1.
[7] Cf. *Alejandro*, 48, 6.
[8] *Ibid.*, 37, 9.

rión, murió en Egipto después de haber alcanzado
el tribunado, habiendo dejado esposa y dos hijos,
un varón y una hembra. Muchos autores dicen que 3
Probo fue pariente del extraordinario y venerabilí-
simo emperador Claudio, pero dejaremos en sus-
penso esta noticia, porque ha sido relatada por uno
sólo de los escritores griegos. Sin embargo, me li- 4
mito a reseñar una sola cosa, que recuerdo haber
leído en unas efemérides: que Probo fue sepultado
por su hermana Claudia. Cuando era aún un mu- 5
chacho, Probo se hizo tan famoso por su vigor cor-
poral, que recibió el tribunado por decisión de Va-
leriano sin haberle despuntado aún la barba. Se con- 6
serva una carta de Valeriano a Galieno en la que ala-
ba al joven Probo y le propone a todos como mo-
delo. De ello se desprende que nadie llegó jamás a 7
alcanzar la cima de la virtud a la edad madura, sino
quien, endurecido antes de niño en un fecundísimo
semillero de virtudes, ofreció ya alguna acción in-
signe.

4 Carta de Valeriano: «Valeriano Augusto a su hijo
Galieno Augusto. Siguiendo la opinión que yo he
tenido desde un principio del joven Probo y la de
todas las personas rectas, que le identifican con el
hombre que lleva su nombre, le he otorgado el tri-
bunado, confiándole seis cohortes de sarracenos y
tropas auxiliares galas junto con aquél escuadrón
de persas que el sirio Artabasis dejó. Mi queridísi- 2
mo hijo, te ruego que tengas a este joven, al que
yo quisiera que imitaran todos los niños, tanta con-
sideración cuanta exigen sus virtudes y sus méritos,
teniendo en cuenta lo que se le debe a él por la cla-
ridad de su inteligencia». Otra carta del mismo Va- 3
leriano al prefecto del Pretorio, en la que se habla
del salario: «Valeriano Augusto a Mulvio Galica-
no, prefecto del Pretorio. Tal vez te asombres de
que haya elevado al tribunado a un joven aún im-
berbe, contraviniendo el parecer del divino Adria-
no, pero no te asombrarás tanto si piensas en Pro-

bo; es un muchacho realmente probo; efectivamen- 4
te, cuando pienso en él, jamás se me viene al pen-
samiento otra cosa que el nombre de Probo, que si
no lo tuvo como nombre, pudo tenerlo como so-
brenombre. Por consiguiente, puesto que posee una 5
escasa fortuna, para que la dignidad que ostenta se
vea arropada con distintas ayudas, darás la orden
de que le entreguen dos túnicas rojas, dos mantos
bordados, una bandeja de plata bruñida de diez li-
bras de peso, cien Antoninianos de oro, mil Aure-
lianos de plata y diez mil Filipeos de bronce; asi- 6
mismo recibirá, como salario diario... (diez) libras
de carne de buey, seis de carne de cerdo y diez de
carne de cabra, un pollo y un sestario de aceite cada
dos días y diez sestarios de vino diarios junto con
tocino, galletas, sal, legumbres y toda la leña que
necesite. Ordenarás además que le proporcionen al- 7
bergues, como a los tribunos de las legiones».

5 Éstas son, al menos, las noticias que se exponen
en las cartas. Ahora expongo cuánto he podido reu-
nir de su diario: habiendo realizado múltiples ac-
tos de valentía en el transcurso de la guerra contra
los sármatas, tras atravesar el Danubio ya como tri-
buno, fue galardonado públicamente en una asam-
blea con cuatro lanzas sin hierro, dos coronas va-
llares, una cívica, cuatro estandartes blancos sin
adornos, dos brazaletes de oro, un collar de oro y
una copa de cinco libras de peso para los sacrifi-
cios. Por entonces también libró de un tropel de 2
cuados a Valeriano Flaco, un muchacho aristócrata
que tenía parenteso con Valeriano. Por lo cual éste
le concedió una corona cívica. Éstas fueron las pa- 3
labras de Valeriano pronunciadas ante la asamblea:
«Probo, recibe estas recompensas en nombre de la
república, recibe esta corona cívica en nombre de
tu pariente». Por cierto, por este tiempo le confío 4
también la tercera legión con un escrito como el
que sigue. Carta sobre la concesión de la tercera le- 5
gión: «Tus hazañas, queridísimo Probo, hacen que

de la impresión de que yo te confio demasiado tarde mis tropas más importantes; y, sin embargo, te las voy a entregar rápidamente. Recibe bajo tu man- 6
do la legión tercera Félix que hasta ahora no he confiado a nadie que no fuera ya de avanzada edad; a mí también se me confió esta legión cuando ya me vio cubierto de canas el que me la confiaba para agradecer mis servicios. Pero yo, tratándose de ti, 7
no espero a la edad, puesto que eres ya ilustre por tus virtudes y apreciado por tu carácter. He ordenado que te den tres uniformes, te he asignado doble salario y un abanderado».

6 Resultaría largo si yo recorriera una por una las acciones que realizó un varón tan eximio cuando aún era un ciudadano particular, durante los reinados de Valeriano, de Galieno, de Aureliano y de Claudio, las veces que escaló una muralla, arrancó una empalizada, mató con su propia mano a algún enemigo, mereció las recompensas de los emperadores y cómo, gracias a su valor, devolvió a la república a su antigua situación. Una carta que Ga- 2
lieno remitió a sus tribunos demuestra quién fue realmente Probo: «Galieno Augusto a los tribunos de los ejércitos Ilíricos. Aunque a mi padre le sorprendió una muerte fatal en la guerra contra los persas, tengo aún, sin embargo, a mi pariente Aurelio Probo, con cuyo concurso puedo vivir seguro. Si él hubiera estado presente, nunca se hubiera apoderado del trono aquél tirano, que ni siquiera merece que se le nombre. Por esto deseo que todos 3
vosotros sigáis los consejos de aquél que ha merecido la aprobación de mi padre y del senado».

Tal vez te parezca que no es importante el juicio 4
de un príncipe tan afeminado como Galieno, pero hay una cosa que no puede negarse, que ninguna persona distinta se entrega a la protección de otro si piensa que las virtudes de él no le van a ser útiles. Pero concedamos que sea así, prescindamos de 5
la carta de Galieno ¿qué crédito nos merece la opi-

nión de Aureliano? Él confió a Probo el mando de
los «decumanos», los soldados más aguerridos de
su ejército y con los que él había llevado a cabo
grandes proezas, y lo hizo con el siguiente testimo- 6
nio: «Aureliano Augusto a Probo, salud. Para que
veas la gran estima en que te tengo, acepta el man-
do de mis «decumanos» que Claudio me confió.
Porque éstos son unos soldados que, por cierto au-
gurio de felicidad, no están acostumbrados a tener
por jefes sino a futuros emperadores.

Por esto se pudo deducir que Aureliano tuvo la 7
intención de hacer a Probo emperador, en el su-
puesto de que le ocurriera algo, como preveía y sa-
7 bía que iba a suceder. Resulta pesado aducir los jui-
cios de Claudio o de Tácito sobre Probo, aunque
se dice que Tácito, cuando le ofrecieron el impe-
rio, señaló ante el senado que a quien deberían ele-
gir era a Probo. Ahora bien, yo no he encontrado
este decreto del senado.

Por otra parte, el propio Tácito, cuando era ya 2
emperador, remitió esta primera carta a Probo: 3
«Tácito Augusto a Probo. El senado me ha nom-
brado emperador siguiendo los deseos del ejército,
que se ha mostrado sagaz. Sin embargo, debes sa-
ber que el Estado se ha apoyado ahora más sobre
tus hombros, pues todos sabemos, y el senado lo
sabe también, quién eres y la grandeza que posees.
Ayúdanos, por tanto, en nuestras necesidades y,
como es ya habitual en ti, suma a los desvelos de
tu familia los que proporciona el Estado. Tras con- 4
fiarte mediante un decreto el mando de todo el
Oriente, hemos quintuplicado tu salario, hemos
duplicado tus ornamentos militares y hemos decre-
tado que asumas con nosotros el consulado para el
año próximo; te aguarda, pues, la túnica capitolina
adornada con palmas, como recompensa de tus vir-
tudes».

Algunos autores dicen que Probo consideró 5
como un presagio de su futuro reinado la frase que

Tácito escribió al final: «Te aguarda la túnica capitolina adornada con palmas». Pero siempre se escribía a todos los cónsules utilizando esta expresión.

8 El amor que los soldados tuvieron a Probo fue siempre extraordinario, pero él no toleró que jamás faltaran a su deber. Más aún, muchas veces hizo desistir a Aureliano de castigarlos con graves penas. 2
Pasaba personalmente revista a cada manípulo, inspeccionaba su calzado y su uniforme y, cuando lograron algún botín, lo distribuyó de tal manera que sólo se reservaba para sí las armas y los dardos. Más 3
aún, en una ocasión en que, entre el botín capturado a los alanos o no se sabe a qué otro pueblo, se encontró un caballo, ni hermoso ni grande, pero que, según comentaban los prisioneros, podría recorrer cien millas diarias y repetir este recorrido durante ocho o diez días consecutivos, cuando todos creían que Probo se iba a reservar para sí este animal, primeramente dijo: «Este caballo cuadra más a un soldado desertor que a un soldado valiente». Después ordenó que los soldados metieran su 4
nombre en una urna, para que se lo llevara aquél a quien le cupiera en suerte. Y, al darse la circuns- 5
tancia de que en el ejército militaban otros cuatro soldados con el nombre de Probo, aconteció por azar que el primer nombre que salió fue el de Probo, aunque el nombre del propio general Probo no se había incluido en ella. Ahora bien, como los cua- 6
tro soldados competían entre sí y defendían cada uno de ellos que la suerte le había sido favorable, ordenó de nuevo que se agitara la urna, pero volvió a salir también por segunda vez el nombre de Probo; y, cuando hizo repetir por tres y cuatro veces la operación, la urna arrojó el nombre de Probo por cuarta vez. Entonces todo el ejército regaló 7
el caballo al emperador, sumándose a la decisión los cuatro soldados cuyos nombres habían sido agraciados con la suerte.

9 Luchó también con gran coraje en África contra

los marmáridas. Los derrotó, y luego se trasladó
desde Libia a Cartago a la que libró de varias re-
beliones. Luchó también en África en una contien- 2
da singular contra un individuo llamado Aradión y
le derrotó completamente, pero al haber constata-
do el gran valor y la extraordinaria firmeza de este
hombre, le honró con un sepulcro grandioso que
persiste todavía actualmente, elevado sobre un tú-
mulo de doscientos pies de largo por los soldados,
a los que nunca permitió que se mantuvieran ocio-
sos. Aún se conservan en muchas ciudades de Egip- 3
to obras suyas, que construyó valiéndose de los sol-
dados. Realizó tan abundantes obras en el Nilo, que
sólo él facilitó de esta forma el cobro del impuesto
de trigo. Construyó con mano de obra militar 4
puentes, templos, pórticos, basílicas; franqueó las
desembocaduras de muchos ríos; desecó un gran
número de pantanos y los transformó en llanuras
de tierra y campos de mieses. Luchó también con- 5
tra los habitantes de Palmira, que defendían Egipto
favoreciendo al partido de Odenato y Cleopatra [9],
al principio con éxito, pero después con tanta te-
meridad que estuvo a punto de ser capturado y, por
fin, tras rehacer sus fuerzas, sometió Egipto y la
mayor parte de Oriente al poder de Aureliano.

10 Así, pues, al ver que destacaba por el número y
la magnitud de sus virtudes, cuando Tácito fue ase-
sinado fatalmente y Floriano intentaba usurpar el
poder imperial, le nombró emperador todo el ejér-
cito oriental. No es una historia importuna ni 2
aburrida mostrar cómo Probo obtuvo el poder: 3
cuando llegó al ejército la noticia de la muerte de
Tácito, lo primero que se les ocurrió a los soldados
fue intentar adelantarse a los ejércitos de Italia, para
que el senado no volviera a nombrar un empera-
dor. Pero cuando discutían entre sí sobre quién de- 4
bería ser elegido emperador y los tribunos les aren-

[9] Cf. *Tácito,* 18, 3.

gaban en el campo por escuadrones, diciéndoles
que era preciso elegir como emperador a algún
hombre valiente, recto, modesto, clemente y pro-
bo, y repetían esto por los múltiples corrillos que
formaban los soldados, como suele acontecer, és-
tos a una, como por impulso divino aclamaron por
todas las partes: «Probo Augusto, que los dioses te 5
protejan». Enseguida se reunieron junto a una tri-
buna de cesped y le nombraron emperador ofre-
ciéndole como adorno un manto de púrpura que
quitaron a una estatua de un templo y desde allí le
condujeron de nuevo a Palacio, a pesar de que se
oponía a ello, de que se negaba a avanzar y de que
repetía una y otra vez: no os conviene soldados, no
viviréis bien conmigo. Porque yo no puedo mos-
trarme blando con vosotros».

La primera carta que entregó al prefecto del Pre- 6
torio Capitón fue como sigue: «Jamás deseé el im-
perio y lo acepté en contra de mi voluntad. Pero
ya no me es lícito renunciar a él, aunque me resul-
ta muy enojoso. Tengo que representar el persona-
je que los soldados me han asignado. Te ruego, Ca- 7
pitón, que disfrutes conmigo una vez que ya está a
salvo la república y que acopies para los soldados
trigo, vituallas y de todo lo que precisen en cada
caso. Yo, en cuanto me sea posible, no nombraré a
otro prefecto, si todos tus actos de gobierno son
rectos.

Así, pues, al enterarse los soldados de que Probo 8
ya era emperador y, comprendiendo que nadie te-
nía la posibilidad de gobernar con más dignidad que
él, dieron muerte a Floriano que se había apodera-
do del trono como si se tratase de algo hereditario. 9
De este modo, sin ningún inconveniente, se le ofre-
ció el imperio de todo el orbe de la tierra por de-
cisión del senado y del ejército.

11 Y puesto que hemos mencionado al senado, con-
viene saber el contenido de la carta que escribió al
senado y lo que esta ilustrísima asamblea le contes-

tó. Primer discurso de Probo al senado: «Vuestra clemencia actuó con corrección y regularidad el año pasado, padres conscriptos, al ofrecer al orbe de la tierra un príncipe, eligiéndole de entre vosotros, que sois los príncipes del mundo, siempre lo habéis sido y lo seguiréis siendo en vuestros descendientes. Y ójala Floriano hubiera esperado vuestra 3 elección y no se hubiera apropiado el imperio como si fuera hereditario, pues vuestra majestad habría elegido a él o a otro cualquiera. Ahora, por haberse 4 apoderado del trono, los soldados me han ofrecido a mí el título de Augusto y lo que es más, aquellos soldados que poseen mayor sagacidad le han castigado a él por dicha usurpación. Os ruego que juzguéis sobre mis méritos, pues voy a intentar hacer lo que vuestra clemencia ordene». Igualmente, éste 5 es el decreto del senado firmado el día tres de las nonas de febrero, en el templo de la Concordia. Entre otras cosas, el cónsul Elio Escorpiano dijo: «Ya habéis escuchado la carta de Aurelio Valerio Probo: ¿qué pensáis sobre ella?» Entonces exclamaron: 6 «¡Probo Augusto, que los dioses te guarden! Desde hace mucho tiempo eres un jefe experimentado, valiente, justo y bueno y un buen general; un modelo para el ejército, un modelo de autoridad ¡que los dioses te guarden! Defensor de la república, 7 ¡que reines feliz! Conductor del ejército, ¡que tengas un gobierno feliz! ¡Que los dioses te protejan a ti y a los tuyos! También el senado te eligió hace tiempo. Eres inferior a Tácito en edad, pero superior en lo demás. Recibe nuestra gratitud por haber asumido el trono. Defiéndenos, defiende a la república. Con razón hemos confiado en tí, pues tú nos ha salvado hasta el presente. Tú ostentas el título de Fráncico, Gótico, Sarmático, Pártico y, en una palabra, todos los títulos. Ya antes fuiste en todo momento digno del imperio, digno de los triunfos, ¡Ojalá vivas feliz! ¡Ojalá reines felizmente!».

12 Después de este discurso, Manlio Estaciano, que
en aquel momento tenía derecho a hablar el prime-
ro, dijo así: «Padres conscriptos, gracias a los dio-
ses inmortales y, antes que a ningún otro, a Júpiter
Óptimo, que nos han dado un príncipe como el
que siempre deseábamos. Si pensamos cuerdamen- 2
te, no hecharemos de menos ni a Aureliano, ni a
Alejandro, ni a los Antoninos, ni a Trajano, ni a
Claudio. En este príncipe sólo se encuentran reu-
nidas todas las dotes: el conocimiento de la táctica
militar, una disposición clemente, una vida irrepro-
chable, un modelo para aprender a gobernar y una
prenda de todas las virtudes. Realmente ¿Qué par- 3
te del mundo hay que Probo no haya conocido con
sus victorias? Testigos son los marmáridas, que fue-
ron vencidos en tierras africanas; testigos son los
francos, aniquilados en sus inaccesibles lagunas;
testigos los germanos y los alemanes, alejados más
allá de las riberas del Rin. Pero, además, para qué 4
voy a hablar de los sármatas, de los godos, de los
partos, de los persas y de todo el territorio del Pon-
to. En todas las partes florecen los signos del valor
de Probo. Resulta largo de enumerar la gran can- 5
tidad de reyes de naciones poderosas que ha pues-
to en fuga, la multitud de caudillos que mató con
su propia mano y el arsenal de armas que él mismo
capturó antes de acceder al imperio. Testigos son 6
las cartas que se conservan en nuestros monumen-
tos públicos de cómo le rindieron su agradeci-
miento los emperadores que le precedieron. ¡Oh
dioses bondadosos! ¡cuántas veces fue galardonado
con recompensas militares! ¡cuántos elogios ha me-
recido de sus soldados! Cuando era aún un mucha-
cho, recibió el tribunado y, no mucho después, el
mando de las legiones. Júpiter Óptimo Máximo, 7
Juno Regina y tú, Minerva, protectora de las vir-
tudes; tú, Concordia del mundo y también tú, Vic-
toria Romana, conceded este favor al pueblo y al
senado romano, concedédselo al ejército y conce-

dédselo también a nuestros aliados y a las naciones extranjeras: ¡que reine de la misma manera que sir- 8 vió en el ejército! Por tanto, padres concriptos, decreto para él con vuestro voto unánime el nombre de emperador, el de César y el de Augusto; le otorgo, además, el poder proconsular, la consideración de Padre de la patria, el pontificado máximo, el derecho a presentar tres mociones en el senado y la autoridad tribunicia». Al acabar, la asamblea exclamó: «Todos asentimos, todos de acuerdo».

13 Así, pues, tras aceptar este decreto del senado, mediante un segundo discurso a la asamblea permitió a los senadores dictar sentencia en las apelaciones de los jueces superiores [10], nombrar procónsules, proponer los legados consulares, otorgar a los gobernadores provinciales el derecho de los pretores y sancionar con decretos específicos del senado las leyes que dictara Probo.

Inmediatamente después, castigó con diversos 2 suplicios a los asesinos de Aureliano que aún quedaban con vida, ahora bien, actuó con ellos con más flexibilidad y moderación que la que mostró primero el ejército y después Tácito. A continuación 3 castigó también a aquéllos que conspiraron contra éste. Perdonó a los partidarios de Floriano, porque creían que seguían al hermano de su emperador, no a un tirano cualquiera. Después asumió el mando 4 de todos los ejércitos de Europa que habían nombrado emperador a Floriano y luego le habían hecho asesinar.

Tras realizar estos actos, se dirigió con un pode- 5 roso ejército a las provincias de las Galias, que se habían visto envueltas todas ellas en desórdenes, después de la muerte de Póstumo, y que habían

[10] El texto dice *in excubiis*. Las *excubiae* eran las guardias de día frente a las *uigiliae* que eran las guardias de noche. Pero también se utiliza el término para indicar, como aquí, guardia en general, e incluso, guarnición.

sido ocupadas por los germanos al morir Aurelia-
no. Allí entabló tantos combates y los libró con 6
tanto éxito, que los bárbaros le entregaron sesenta
ciudades famosísimas de todas las Galias y después
todo el botín que poseían, por el que, sin tener en
cuenta otras riquezas, eran ensalzados hasta confe-
rirlos celebridad. Y, cuando ya campaban por sus 7
repetos sin preocupación alguna por nuestras cos-
tas, e incluso por todo el territorio de las Galias,
después de matar casi a cuatrocientas mil personas
que se habían aposentado en territorio romano,
hizo huir a los restantes hasta más allá del río Ni-
cro y del Alba. Arrebató a los bárbaros un botín 8
tan cuantioso como el que ellos habían capturado
a los romanos. Emplazó en territorio bárbaro di-
versos campamentos, situándolos frente a las ciu-
14 dades romanas, y dejó tropas en ellos. Proveyó de
tierras, almacenes, casas y víveres a todos los que
ocupaban el otro lado del Rin y, por supuesto, a
los que había apostado en las guardias. Y la lucha 2
no cesó en ningún momento, dándose la circuns-
tancia de que todos los días le llevaban cabezas de
soldados bárbaros, entonces ya al precio de una
moneda de oro cada una, hasta que nueve reyezue-
los de diversas tribus vinieron a verle y se arroja-
ron a sus pies. Primero, les exigió rehenes y al mo- 3
mento se los entregaron; después, les pidió trigo y,
finalmente, vacas y ovejas. Dicen que les ordenó, 4
un tanto rigurosamente, no utilizar más sus armas
y que deberían esperar a que los romanos les de-
fendieran, en caso de que algún enemigo intentara
castigarlos. Pero se vio que esta orden no podía lle- 5
varse a efecto, a no ser que se ensanchara la fron-
tera romana y se convirtiera toda la Germania en
una única provincia. Sin embargo, con el consenti- 6
miento de los propios reyes, Probo castigó espe-
cialmente a aquéllos que no devolvieron fielmente
el botín que habían obtenido. Recibió, además, die- 7
ciseis mil reclutas que distribuyó en su totalidad

por las distintas provincias, incorporando cincuenta o sesenta de ellos en las distintas unidades y entre los soldados que defendían las fronteras, pues decía que no había que limitarse a ver cuándo el romano es ayudado por las tropas auxiliares bárbaras, sino que había que sentirlo físicamente.

15 Una vez resueltos los problemas de las Galias, remitió esta carta al senado: «Doy gracias a los dioses inmortales, padres conscriptos, porque ha que-
dado confirmada la opinión que teníais sobre mí. 2
Todo el territorio por el que se extienden los dominios de Germania ha quedado sometido, de modo que los nueve reyes de sus diversas tribus se arrojaron postrándose en actitud suplicante a mis pies, o mejor dicho, a los vuestros. En estos momentos, todos los bárbaros labran para vosotros, os sirven a vosotros y luchan contra los pueblos más lejanos. Por tanto, decretad acciones de gracias a
los dioses. En efecto, han sido abatidos cuarenta 3
mil enemigos, se nos han entregado dieciseis mil hombres armados, han sido rescatados de la cautividad del enemigo setenta ciudades de gran fama y todas las provincias de las Galias han conseguido
la plena libertad. He consagrado a vuestra clemen- 4
cia, padres conscriptos, las coronas de oro que me ofrecieron todas las ciudades de las Galias. Ofrecedlas con vuestras propias manos a Júpiter Óptimo Máximo y a los demás dioses y diosas inmor-
tales. Hemos recuperado todo el botín e incluso he- 5
mos capturado otro mayor que el que se nos había
arrebatado. Los campos de la Galia ya los están la- 6
brando bueyes bárbaros y las yuntas de los germanos, cautivos, ofrecen sus testudes a nuestros agricultores; los rebaños de estos diversos pueblos pacen para alimentar a los nuestros, su ganado caballar se fecunda para nutrir nuestra caballería y nuestros graneros están repletos de trigo bárbaro. ¿Qué más? A ellos les hemos dejado sólo el suelo, mien-
tras que nosotros poseemos todas sus cosas. Nos 7

habíamos propuesto, padres conscriptos, nombrar
un nuevo goernador para Germania, pero lo hemos
aplazado hasta que se cumplan satisfactoriamente
vuestros votos. Pensamos, sin duda, que esta me-
dida será útil cuando la divina providencia ayude
con más profusión a nuestros ejércitos».

16 Después de esto se dirigió al Ilírico. Pero, antes
de llegar allí, impuso una paz tan firme a las pro-
vincias de Recia que eliminó toda sospecha de que
pudiera surgir algún motivo de terror. Derrotó de 2
tal manera en el Ilírico a los sármatas y a otras tri-
bus, que casi sin lucha recuperó todo lo que estos
pueblos habían robado. Después, continuó su iti- 3
nerario por las Tracias y aceptó la sumisión o la
amistad de todos los pueblos géticos, aterrados por
la fama de sus acciones y cautivados por la autori-
dad de su antiguo nombre. Hecho esto, se dirigió 4
a Oriente y en el camino, después de prender y con-
denar a muerte a un bandido poderosísimo llama-
do Palfurio, libertó a toda la Isauria, volviendo a
imponer las leyes romanas a sus pueblos y ciuda-
des. Se adentró, por la fuerza o utilizando la diplo- 5
macia, en las zonas ocupadas por los bárbaros que
viven entre los isauros y, después de haberlas pa-
teado, dijo: «Es más fácil mantener alejados de estos
lugares a los ladrones que eliminarlos». Adjudicó a 6
los veteranos todas las zonas privadas que eran de
difícil acceso, imponiéndoles la obligación de en-
viar a la milicia a sus hijos una vez cumplidos los
dieciocho años, si eran varones, con el fin de que
no aprendieran jamás a robar.

17 Finalmente, tras haber impuesto la paz en todas
las partes de Panfilia y de las restantes provincias
limítrofes a la Isauria, emprendió viaje a Oriente. 2
Subyugó también a los blemias e hizo conducir a
Roma a algunos de ellos como prisioneros de
guerra, los cuales exhibieron sus extraordinarias fi-
guras ante la estupefacción del pueblo romano que
los contemplaba. Sometió de nuevo a las leyes ro- 3

manas a las ciudades de Copta y Ptolomaida tras haberlas arrancado de la servidumbre de los bárbaros. Todo ello le proporcionó un prestigio tan gran- 4
de que los partos le enviaron legados confesando su temor y pidiéndole la paz, pero él los recibió con gran altanería y los despidió a su tierra con más temor que antes. Se dice que repudió los dones que 5
el rey Narses le había enviado y que le escribió esta carta: «Me sorprende que tu me hayas enviado tan escasos presentes de todo lo que ha de ser nuestro bien pronto. Mientras tanto, quédate con todas esas riquezas que aún disfrutas. En caso de que nosotros deseemos adquirirlas, ya sabemos cómo tenemos que apropiárnoslas». Cuando recibió esta car- 6
ta, Narses quedó profundamente aterrado, sobre todo porque se enteró de que Probo había libertado a Copta y Ptolomaida del poder de los blemias y de que había pasado a cuchillo hasta su exterminio a estos pueblos, que habían sido anteriormente el terror de las demás tribus.

18 Así, pues, después de firmar la paz con los persas, volvió a las Tracias y estableció en territorio romano a cien mil bastarnos que se mantuvieron siempre fieles en su totalidad. Pero, habiendo tras- 2
ladado igualmente un gran númeo de colonos de otros pueblos, a saber, de los gipedos, grautungos, y vándulos, todos ellos rompieron el juramento de fidelidad a Roma y anduvieron errantes por tierra y por mar por casi todo el orbe, mientras Probo se hallaba distraído luchando con los usurpadores, y causaron gran perjuicio al prestigio de Roma. Con 3
todo, Probo los derrotó en diversas ocasiones y con victorias muy variadas, de modo que sólo unos pocos lograron volver a casa vanagloriándose de haber escapado de las manos del emperador. Éstas fueron las hazañas que Probo llevó a cabo contra los bárbaros.

Pero dominó también sublevaciones importantes 4
de algunos tiranos. En efecto, venció a Saturnino,

que había usurpado el poder imperial en Oriente, en distintos combates y haciendo gala de su conocido valor. Después de esta victoria, la tranquilidad que reinó en Oriente fue tan grande, que, como solía decir la gente, nadie podía oir un ratón rebelde. 5
Después, cuando Próculo y Bonoso se adueñaron del trono en Colonia, ciudad de la Galia, reclamando para sí todas las provincias de Bretaña, de Hispania y de la Galia Bragada [11] les venció con la ayuda de los bárbaros. Pero, para que no pida más 6
información sobre Saturnino, Próculo o Bonoso, los incluiré en un libro aparte, con el fin de narrar unos pocos detalles, como cuadra a su personalidad y como la necesidad exige. Un hecho realmente con- 7
viene tener en cuenta, a saber, que cuando Próculo trató de exigir que todos los germanos le presentaran su auxilio, éstos prefirieran servir a Probo que ejercer el mando con Bonoso y Próculo. Después 8
dio permiso a todos los habitantes de la Galia, de Hispania y de Bretaña para que plantaran vides y elaboraran vino. Ordenó que los soldados cavaran hoyas en el monte Alma, situado en la Iliria, en los alrededores de Sirmio, y lo plantó después él mismo con vides escogidas.

19 Ofreció al pueblo de Roma espectáculos realmente célebres pues se distribuyeron también congiarios. Celebró un triunfo sobre los germanos y 2
los blemios, haciendo preceder a la pompa [12] triunfal cuerpos de tropas de todos estos pueblos de hasta cincuenta hombres. Ofreció una soberbia cacería en el circo permitiendo que el pueblo se dispu-

---

[11] Es decir, la *Galia bracata*, nombre tomado de la prenda de vestir llamada *braca* (cf. *Aureliano*, n. 55). Es la actual Narbonense.

[12] Se llamaba *pompa* (del griego πομπή) al cortejo fúnebre con el que se acompañaba a un muerto y que estaba formando por tocadores de tibias, acompañados de flautas y trompetas, portadores de antorchas, plañideras o *praeficae;* pero, como aquí, se daba también este nombre a la procesión triunfal que acompañaba a los generales en la celebración del triunfo.

tara la posesión de todos los despojos. El espectá- 3
culo se presentó de esta forma: los soldados arran-
caron a cuajo robustos árboles y los clavaron a bi-
gas entrecruzadas a lo largo y a lo ancho y después
cubrieron este entramado con tierra, de tal forma
que todo el circo, plantado como un bosque, se cu-
brió de follaje adquiriendo un extraño verdor. Des- 4
pués, se soltaron por todos los accesos mil avestru-
ces, mil ciervos y mil jabalíes; a continuación, ga-
mos, cabras montesas, ovejas salvajes y otros ani-
males herbívoros, cuantos pudieron ser cazados o
alimentados. Y, a renglón seguido, se dejó entrar a
la gente del pueblo y cada cual cogió lo que quiso. 5
Otro día hizo salir en una sola carrera en el anfi-
teatro a cien leones de largas crines, los cuales pa-
recían emitir grandes truenos con sus rugidos. Fue- 6
ron todos ellos abatidos por la espada sin ofrecer
un gran espectáculo al morir, pues sus embestidas
ya no eran como suelen ser las de las fieras cuando
salen de las jaulas; además, un buen número de ellos
que no querían seguir la dirección pretendida fue-
ron matados a flechazos. Después, se representa- 7
ron al público cien leopardos de Libia y, a conti-
nuación, cien de Siria, cien leones y trescientos osos
a la vez. Ahora bien, se sabe que el espectáculo que
proporcionaron todas estas fieras no resultó agra-
dable, aunque sí grandioso. Ofreció además un 8
combate de trescientas parejas de gladiadores, en el
que lucharon la mayor parte de blemios que fue-
ron exhibidos en su entrada triunfal, un gran nú-
mero de germanos y sármatas y también algunos la-
drones isaurios.

20. Al acabar estos espectáculos, cuando se prepara-
ba a luchar contra los persas, sus soldados le qui-
taron la vida mediante una emboscada en el trans-
curso de una marcha que realizaba a través del Ilí- 2
rico. Las causas de su muerte fueron éstas: en pri-
mer lugar, no haber permitido que los soldados
permanecieran ociosos, ya que llevó a cabo muchos

de sus trabajos con mano de obra militar, alegando que el soldado no debía comer gratuitamente los alimentos que se le proporcionaban. A éstas aña- 3
dió otra, la pronunciación de esta frase, onerosa para ellos, si alguna vez se ponía en práctica, pero saludable para la república: «Que en breve los soldados ya no serían necesarios». ¿Qué era lo que él 4
había concebido en su espíritu al decir esto? pero ¿acáso no había sometido él ya todas las naciones bárbaras y había conseguido que todo el mundo fuera romano? «En breve tiempo», dijo, «no ten- 5
dremos soldados forzosos», lo que es lo mismo que decir: pronto no habrá ningún soldado romano; después la república, segura, extenderá su dominio por todas las partes y se adueñará de todo, ningún 6
lugar del mundo fabricará armas, ni suministrará vituallas para el ejército, los bueyes serán retenidos por el arado, el caballo nacerá para que se le utilice pacíficamente, no habrá guerra alguna, ni existirán prisioneros, por todas las partes se impondrán las leyes romanas y juzgarán nuestros jueces.

21 Movido por el amor hacia este emperador extraordinario, he ido más lejos de lo que demanda un estilo prosaico. Por ello, voy a añadir solamente el hecho que apresuró, más que ningún otro, la muerte fatal de tan eximio varón. En efecto, cuan- 2
do llegó a Sirmio con el proyecto de ensanchar y hacer más fértil el suelo de su patria, destinó simultáneamente a muchos millares de soldados a desecar un pantano, ordenando que construyeran una fosa gigantesca para utilizarla desviando sus canales al Savo, con el fin de sanear aquellos terrenos que de ese modo podrían ser aprovechados por los siemienses. Pero los soldados, soliviantados por 3
ello, le dieron muerte en el quinto año de su reinado, en el momento en que trataba de huir a una torre guarnecida con hierro, que había ordenado construir a gran altura para utilizarla como atalaya. No obstante, todos los soldados, de común acuer- 4

do, le erigieron poco después un sepulcro, tras levantar un gran terraplén para ello, e hicieron colocar una inscripción grabada en mármol que decía: «Aquí yace el emperador Probo, que es verdaderamente probo, vencedor de todos los pueblos bárbaros, vencedor también de los tiranos».

22 Al tratar de comparar al emperador Probo con los demás emperadores me doy cuenta de que este hombre, o fue igual que casi todos los generales romanos que fueron en unos casos valientes, en otros prudentes y en otros dignos de admiración, o, si no lo contradice una violenta antipatía, mejor que ellos. En efecto, durante el quinquenio que ejerció 2
el poder imperial llevó a cabo por todo el orbe de la tierra tantas guerras, dirigiéndolas personalmente, que causa admiración cómo pudo afrontar tantas batallas. Realizó muchas proezas con su propia 3
mano e instruyó a famosísimos generales, pues se formaron con sus enseñanzas Caro, Diocleciano, Constantino, Asclepiodoto [13], Anibaliano, Leónides, Cecropio, Pisoniano, Hereniano, Gaudioso, Ursiniano y otros a los que nuestros padres admiraron y de entre los cuales algunos fueron buenos emperadores. A quien le plazca, que compare aho- 4
ra con su reinado los veinte años que gobernaron Trajano y Adriano, que compare los años, casi igual en número del reinado de los Antoninos. Y ¿qué voy a decir de Augusto, cuando es casi imposible sobrevivir los años de su gobierno? Respecto a los príncipes malos, guardo silencio. Las mismas palabras de Probo indican bien claramente lo que él esperaba haber podido realizar, puesto que afirmaba que pronto los soldados no serían necesarios.

23 Pero, consciente de sí mismo, no temió ni a los bárbaros ni a los tiranos. En fin, ¿cuánta felicidad 2

[13] Excepto los emperadores, Julio Asclepiodoto y Afranio Anibaliano, cónsules del año 292, y Hereniano (tal vez Verconio Hereniano mencionado en *Aureliano,* 44, 2 (los demás son desconocidos).

hubiera brillado para el imperio, si no hubiera ha-
bido soldados durante su gobierno? Ningún habi-
tante de las provincias tendría que tributar para el
avituallamiento, no se pagaría ninguna soldada ex-
trayéndola de los donativos públicos, la república
romana dispondría de tesoros inagotables, el empe-
rador no realizaría ningún gasto y los propietarios
no pagarían impuesto alguno: ciertamente, Probo
prometía un siglo de oro. No habría en adelante 3
campamentos, en ninguna parte se oiría el clarín de
guerra, no se fabricarían ya armas, este pueblo de
guerreros, que ahora trastorna la república con
guerras civiles, se dedicaría a labrar la tierra, se en-
tregaría al estudio, se instruiría en las artes y se ejer-
citaría en la navegación. Añade a todo ello que na-
die moriría ya en la guerra. ¡Oh dioses bondado- 4
sos! ¿qué ofensa tan grande ha cometido contra vo-
sotros la república romana a la que habéis arreba-
tado tan gran emperador? Váyanse los que prepa- 5
ran a los soldados para las guerras civiles, los que
desean armar las diestras de sus hermanos para que
den muerte a sus hermanos, exhortar a los hijos a
que hieran a sus padres y negar a Probo la divini-
dad, siendo así que nuestros hijos emperadores juz-
garon prudentemente que debía ser inmortalizada
con imágenes, honrada con templos y glorificada
con la celebración de juegos circenses.

24 Los descendientes de Probo, impulsados por el
odio o por temor a la envidia, huyeron de Roma y
establecieron sus lares en Italia cerca de Verona,
junto a los lagos de Benaco y Lario. Ciertamente, 2
no he podido pasar por alto esto: que, cuando la
estatua de Probo emplazada en un lugar de Verona
se vio afectada por el impacto de un rayo de ma-
nera que la pretexta que cubría el cuerpo cambió
de color, los arúspices vaticinaron que los descen-
dientes de su familia alcanzarían tanta fama que to-
dos llegarían a desempeñar los más altos cargos. 3
Pero, en realidad, nosotros no hemos conocido a

ninguno de ellos, aunque su descendencia parece disfrutar de la eternidad y no tener un límite.

El senado acogió la muerte de Probo con gran pe- 4
sadumbre, igual que el pueblo. Y cuando llegó la noticia de que había asumido el poder imperial Caro, hombre bondadoso pero de costumbres muy diferentes de las de Probo por la influencia de su hijo Carino, que había llevado siempre una vida muy degenerada, tanto el pueblo como el senado
se llenaron de horror. En efecto, todos temían a un 5
príncipe tan siniestro, pero aún más a su perverso heredero.

Esto es lo que conocemos sobre Probo, o lo que 6
hemos considerado digno de mención. Ahora ha- 7
blaremos de Firmo, Saturnino, Bonoso y Próculo, 8
en otro libro que será breve. En efecto, no era apropiado mezclar la vida de estos cuatro tiranos con la de un príncipe bueno. Después, en caso de que me quede aún vida, comenzaré a redactar la biografía de Caro junto con la de sus hijos.

29. FIRMO, SATURNINO, PRÓCULO Y BONOSO

(Flavio Vopisco Siracusano).

1 Sé que la mayor parte de los escritores no han hablado de los usurpadores de escasa importancia o no los han mencionado sino de pasada. Por ejemplo, Suetonio Tranquilo, escritor veracísimo y de gran imparcialidad, omitió las biografías de Antonio y de Víndex [1], limitándose a hacer una referencia rápida de ellos, y Mario Máximo incluyó a Avidio en la época de Marco y Albino y Nigro en la época de Severo, no en las bografías dedicadas a ellos, sino en las de otros príncipes. Y en cuanto a 2
Suetonio, no nos parece extraño, pues le fue connatural amar la concisión. Pero, ¿qué decir de Mario Máximo, el más locuaz de todos los hombres, que se enredó en la composición de obras fabulosas? ¿descendió acaso a tanta exactitud y detalle? 3
Por el contrario, Trebelio Polión fue de una escrupulosidad y diligencia tal a la hora de editar las biografías de los buenos y de los malos emperadores, que incluyó en un solo libro, brevemente, los treinta usurpadores que hubo en tiempos de Valeriano y de Galieno y de los príncipes no mucho anteriores o posteriores a ellos. Por ello también nosotros, 4
a pesar de la premura con que actuamos, hemos observado una gran diligencia para no guardar silen-

[1] Vindex fue un gobernador de la Galia Narbonense que se rebeló contra Nerón en el año 68 d. de C. Para L. Saturnino Antonio, cf. *Pescenio Nigro*, 9, n. 7.

cio sobre Saturnino, Bonoso, Próculo y Firmo que vivieron bajo Aureliano, una vez expuestas ya las vidas de Aureliano, Tácito, Floriano e incluso la del magnífico y extraordinario emperador Probo, aunque aún tengamos que escribir la de Caro, Carino y Numeriano.

2 Bien sabes, Baso mío [2], la violenta discusión que tuvimos hace poco con Marco Fonteyo, hombre apasionado por los cuentos, pues decía que Firmo, que había ocupado Egipto en tiempo de Aureliano, había sido un ladronzuelo, no un príncipe, mientras que, al contrario, Rufio Celso, Ceyonio Juliano, Fabio Sosiano y yo nos oponíamos a ello defendiendo que no sólo había vestido la púrpura, sino que además había recibido el título de Augusto en las monedas que había acuñado, como lo demuestra el hecho de que Severo Acontio mostró también algunas monedas suyas y probó mediante el testimonio de libros griegos y egipcios que en sus edictos se llamaba a sí mismo autócrata [3]. Pero, 2
en realidad, la única razón que alegó Fonteyo cuando nos contradecía fue, según él, que Aureliano, en un edicto que hizo público, no escribió que él había matado a un tirano, sino que él había alejado a cierto bandolero de la república, como si fuera una honra que un príncipe de tanta nombradía diera el nombre de usurpador a un hombre desconocido o que los grandes emperadores no hubieran dado siempre el nombre de ladrones a todos aquéllos que llegaron a matar para conseguir la púrpura. Yo mis- 3
mo, en la vida de Aureliano, antes de conocer más detalles sobre Firmo, no le consideré como uno de los purpurados, sino como un ladrón cualquiera; y he hecho esta salvedad para que nadie piense que

[2] Este y los personajes que siguen son desconocidos.
[3] Vopisco utiliza el término griego que indica el título que en Grecia se confería al emperador por considerar que éste tenía poderes absolutos.

me he olvidado de lo que yo mismo he dicho. Pero 4
pasemos ya a la vida de Firmo, para no multiplicar las noticias en un libro que prometí que sería muy breve.

3 La patria de Firmo fue Seleucia, aunque la mayor parte de los escritores griegos le atribuyen otra, porque desconocen que por entonces hubo tres Firmos, de los cuales uno fue prefecto de Egipto, otro, jefe de las fronteras de África y también procónsul, y el tercero, el cómplice y amigo de Zenobia que, impulsado por el entusiasmo que caracteriza a los egipcios, se apoderó de la ciudad de Alejandría, y al que Aureliano derrotó con el éxito que solía
acompañar a su coraje. Corrían muchos rumores 2
sobre sus riquezas. En efecto, se dice que había amueblado su casa dotándola de espejos cuadrados fijados con asfalto y otros preparados, y que tenía una cantidad tan grande de libros, que comentaba muchas veces en público que podía alimentar
un ejército con cola y pergamino. Mantuvo una so- 3
lidísima alianza con los blemios y con los sarracenos. Envió también frecuentemente naves a las In-
dias para comerciar. Se dice también que poseía dos 4
colmillos de elefante de diez pies de largos, con los que Aureliano había decidido, añadiendo otros dos colmillos más, hacer un sitial en el que se pudiera aposentar una estatua de Júpiter tallada en oro, tachonada de piedras preciosas y vestida con una pretexta especial, para exponerlo a la veneración en el templo del Sol y al que, tras consultar las suertes de los Apeninos [4], había decidido que le dieran el
nombre de Júpiter Cónsul o Consejero. Pero, poco 5
después, Carino regaló estos mismos colmillos a una mujer que, según cuentan, se hizo un lecho con ellos. Su nombre me lo callo, no sólamente porque

[4] Cf. *Alejandro Severo*, 6,6 y *Claudio*, 10,4. Para el sentido del término «suertes», cf. *Adriano*, 2,8, n. 12.

se conoce aún actualmente, sino porque no aprovechará nada saberlo a las generaciones futuras. De 6
este modo este regalo de la India ofrendado en un principio a Júpiter Óptimo Máximo, se convirtió, según parece, por decisión de este príncipe tan malvado, en precio e instrumento de lujuria.

4 Firmo fue de gran estatura, de ojos desorbitados, de cabellos rizado. Tenía la frente cubierta de cicatrices, el rostro un tanto oscuro, el resto del cuerpo blanco, pero belludo e hirsuto, de tal manera que la mayoría de las personas le llamaban Cíclope [5]. Se alimentaba a base de grandes cantidades de 2
carne y cuentan que se comió una avestruz en un día. Bebía poco vino, pero muchísima agua. Tenía una extraordinaria firmeza de carácter y una musculatura tan fuerte, que aventajaba en este aspecto a Tritano [6], de quien hace mención Varrón. Efec- 3
tivamente, llegó a aguantar un yunque colocado sobre su pecho, mientras otros lo golpeaban sin cesar, manteniéndose suspendido sobre sus manos e inclinado hacia atrás formando un arco. Además, cuando los generales de Aureliano querían probarle, no dudó en competir con ellos a ver quién bebía más. Pues bien, un día que le provocó a beber 4
un borracho famosísimo llamado Búrburo, que servía en una unidad de vexilarios, se trincó dos cubos de vino puro, pero se mantuvo sereno después durante todo el banquete; y cuando Búrburo le dijo: «Por qué no te has bebido las heces», él le contestó: «Necio, la tierra no se bebe». Pero me estoy entreteniendo en nimiedades, siendo así que se deben narrar los hechos de mayor importancia.

5 Así, pues, Firmo se apoderó del imperio contra

[5] Los cíclopes eran seres mitológicos hermanos de los Titanes, de gran corpulencia, belludos y de un solo ojo en la frente. Realizaron grandes azañas.

[6] Nombre de un soldado de Pompeyo, cuyas proezas describe Plinio, *Nat Hist.*, VII,81.

Aureliano para defender las regiones que aún permanecían bajo el poder de Zenobia. Pero fue derrotado por aquél cuando volvía de Tracia. Muchos di- 2
cen que se quitó la vida ahorcándose; pero Aureliano da a entender otra cosa distinta en sus edictos. En efecto, después de haber alcanzado la victoria sobre él, ordenó que se expusiera públicamente en
Roma este edicto: «Aureliano Augusto saluda al 3
pueblo romano, que le ama sobremanera. Después de haber pacificado todas las regiones del mundo y los pueblos que las habitan, para no entrar en más detalles, hemos puesto en fuga, asediado, enviado a la tortura y dado muerte también a Firmo, ese ladrón egipcio que se embravecía sacando partido de los tumultos de los bárbaros y congregaba a los úl-
timos seguidores de una mujer desvergonzada. Ya 4
no hay nada que podáis temer, ciudadanos romanos, hijos de Rómulo. La contribución que aportaba Egipto, y que había interceptado ese malvado
ladrón, volverá a llegar a Roma íntegra. Mantened 5
la concordia con el senado, la amistad con el orden ecuestre y la buena disposición de siempre con los pretorianos. Yo conseguiré que no exista ninguna
preocupación en Roma. Entregáos a los juegos, en- 6
tregaos a las competiciones del circo. Que a nosotros nos mantengan ocupados las necesidades públicas; que a vosotros, en cambio, os tengan absorvidos las diversiones. Por ello, venerabilísimos ciudadanos», etc.

6 Tú debes saber que son éstos los hechos que yo conozco sobre Firmo; me refiero a los que son dig-
nos de mención. Porque, si tú deseas conocer aque- 2
llas otras noticias que escribió sobre él más pormenorizadamente Aurelio Festivo, liberto de Aureliano, deberás leer su obra, sobre todo aquellos pasajes en los que cuenta que Firmo nadaba entre cocodrilos, tras embadurnarse con grasa de estos animales, que había guiado elefantes y montado sobre hipopótamos y que se había hecho arrastrar senta-

do sobre grandes avestruces, haciendo que volaba. 3
Pero ¿qué utilidad tiene saber todo esto? También
Livio y Salustio silenciaron los detalles sin impor-
tancia de aquellos personajes sobre los que escri-
bieron. En efecto, no sabemos cómo eran los mu- 4
los que tenía Clodio [7] o las mulas que tenía Mi-
lón [8], o si era etrusco o sardo el caballo que cabal-
gó Catilina o de qué clase era la clámide que usaba
Pompeyo, si era de púrpura o no. Por tanto, aca- 5
bemos la vida de Firmo e iniciemos la de Saturnino
que, enfrentándose a Probo, reivindicó para sí el
imperio en la región oriental.

7 Saturnino fue galo de nacimiento, de una raza de
hombres turbulentísima y que estaba siempre ávi-
da o de nombrar a un nuevo príncipe o de consti-
tuir un imperio. Aureliano le eligió entre los res- 2
tantes generales para confiarle el mando de la fron-
tera oriental, porque le creía realmente el hombre
más prestigioso, ordenándole con gran sensatez que
no visitara nunca Egipto. Efectivamente, este hom- 3
bre tan sagaz pensaba, por lo que se ve, en el ca-
rácter de los galos, temiendo que, si Saturnino vi-
sitaba aquel violentísismo país, se dejaría arrastrar,
como consecuencia también de la amistad con sus
habitantes, a donde su propia inclinación le impul-
saba. Porque los egipcios son, como tu sabes, pre- 4
suntuosos, irritables, jactanciosos, injustos y tan
casquivanos, lincenciosos y ávidos de novedades
que llegan a celebrarlas en canciones populares, ver-
sificadores, epigramáticos, astrólogos, arúspices y
médicos. Entre ellos viven cristianos, samaritanos 5
y otras personas que censuran siempre con extre-

---

[7] P. Clodio Pulcro muerto en el 52 a. de C., tribuno de la plebe en el año 52, para pasar a la cual modificó la ortografía de su propio nombre *(Claudius Clodius)*. Hizo desterrar a Cicerón acusándole de haber condenado ilegalmente a Catilina y murió asesinado en el año 52 por Milón, cf. n. siguiente.

[8] T. Anio Milón, aristócrata enemigo de Clodio, a quien defendió Cicerón del asesinato de Clodio con su famoso discurso *Pro Milone*.

[9] Cf. *Adriano*, 16,1.

ma libertad los tiempos presentes. Y, para que nin- 6
gún egipcio se irrite contra mí y piense que lo que
he escrito es invención mía, expondré una carta de
Adriano, sacada de los libros de su liberto Flegon-
te [9], que describe perfectamente las costumbres de
los egipcios.

8 «Adriano Augusto al cónsul Serviano, salud.
Bien se, queridísimo Serviano, que Egipto, al que
tu me alabas, es un país completamente frívolo, in-
seguro y que vuela de acá para allá, según los dis-
tintos impulsos de la fama. Allí, los que honran a 2
Serapis son cristianos, y están consagrados a este
dios los que se llaman obispos de Cristo; allí no 3
hay ningún jefe de la sinagoga de los judíos, nin-
gún samaritano, ningún prebístero de los cristianos
que no sea astrólogo o arúspice o curandero [10]. El 4
mismo patriarca, cuando llega a Egipto, es obliga-
do por unos a adorar a Serapis y por otros a ado-
rar a Cristo. Es una raza de hombres muy levantis- 5
ca, muy frívola y propensa a la injuria; su capital es
próspera, rica, fecunda y en ella nadie puede vivir
ocioso. Unos soplan el vidrio, otros confeccionan 6
el papel, todos en realidad son tejedores de lino y,
según parece, poseen cualquier otra habilidad; los
cojos tienen una tarea específica, los eunucos y los
ciegos también, y ni siquiera los que padecen la gota
en las manos se hallan entre ellos ociosos. Su único
dios es el dinero. A éste adoran los cristianos, los 7
judíos y todos, incluso los gentiles. Ojalá las cos-
tumbres fueran mejores en esta ciudad que por su
riqueza y por su magnificencia merece ser la capital
de todo el Egipto. Yo la he hecho todo tipo de con- 8
cesiones, la he devuelto sus antiguos privilegios y

[10] En latín *aliptes* o *alipta* (del griego ἀλείπτης), persona que ungía y trotaba a los atletas con aceite y otros ungüentos antes y después de la lucha en la palestra, por lo cual se le exigía tener conocimiento de anatomía y medicina. No se daba confundir con el *unctor*, esclavo que había en los baños para secar y ungir a los bañistas (cf. Séneca, *Ep.*, 56).

la he concedido otros nuevos, de tal manera que,
cuando estuve allí, me dieron las gracias. Pero, tan
pronto como salí del país, lanzaron contra mi hijo
Vero múltiples improperios e hicieron correr sobre
Antinóo diversos rumores, que creo que tu cono-
ces. Yo no les deseo más que se coman sus propios 9
pollos, a los que crían de una forma que da ver-
güenza decirlo. Te he enviado unas copas tornaso- 10
ladas de distinto color, que me ofreció a mí el sa-
cerdote del templo y que yo he dedicado de una
manera especial a mi hermana y a ti. Mi deseo es
que tú las utilices en los convites que ofrezcas los
días de fiesta. Sin embargo, procura que nuestro
Africano [11] no las use a su capricho».

9 Por tanto, como pensaba así sobre los egipcios,
Aureliano había dado la orden a Saturnino, y sin
duda con inteligencia divina, de que no visitara
Egipto. En efecto, tan pronto como los egipcios
vieron que una altísima dignidad llegaba a su tierra
exclamaron: «Saturnino Augusto, que los dioses te
protejan». Pero como él era —no se puede negar—, 2
un hombre prudente, en seguida se marchó de Ale-
jandría y volvió a Palestina. No obstante, como ha- 3
bía comenzado a sospechar que allí no estaría se-
guro si vivía como un ciudadano particular, se cu-
brió con un manto de púrpura arrebatado a una es-
tatua de Venus y con la toga cíclada [12] de su espo-
sa en presencia de los soldados que le rodeaban y
al punto recibió su adoración. Oí a mi abuelo decir 4
muchas veces que él estuvo presente en el momen-
to en que Saturnino era adorado. «Lloraba», decía 5
mi abuelo, «y decía»: «la república ha perdido un
ciudadano indispensable, si se me permite hablar sin
arrogancia. Yo he reorganizado, realmente, las Ga-
lias, yo he devuelto Africa que estaba en poder de

[11] Un sobrino de Adriano del que se desconocen sus datos biográficos.

[12] Del griego κυκλάς: toga redonda y larga.

los moros, yo he pacificado las provincias de *Hispania*. pero, ¿de qué me sirve? pues todo ello ha resultado inútil, en cuanto he aspirado al trono».

10 Y, como aquéllos que le habían revestido con la púrpura le animaban a que defendiera su vida o a que se mantuviera en el trono, él les habló así: «No sabéis amigos, qué desgracia es ser emperador. Se 2
ciernen sobre nuestras cabezas espadas que penden de un hilo y por todas partes te apuntan lanzas y dardos. Se teme a los guardianes propios y la propia escolta causa temor. No se come con placer, ni se viaja con voluntad, ni se pelea por propia decisión, ni se utilizan las armas por gusto. Suma a es- 3
tas desventajas que, cuando se es emperador, cualquier edad está expuesta a la censura: si es uno anciano, le consideran inepto; en cambio, si es joven, dicen que se abrasa de entusiasmo. Entonces ¿por qué afirmo yo que Probo es amado por todos? Cuando deseáis que yo trate de imitarle a él, a quien cedo gustoso el puesto y de quien yo deseo ser su general, me arrastráis a la fatalidad de la muerte. Pero tengo un consuelo para mi muerte: que no podré perecer solo». Marco Salvidieno dice que es ver- 4
dad que este discurso es de Saturnino, y no hay duda de que él fue muy erudito, pues había sido discípulo de un retórico en África y había frecuentado las pérgolas [13] donde enseñaban los maestros en Roma.

11 Pues bien, para no ser más prolijo, he de decir algo que afecta de una manera especial a Saturnino: que algunos se equivocan al identificarle con aquel Saturnino que se apoderó del trono imperial en época de Galieno, pues éste es otro hombre totalmente distinto, que fue asesinado sin que Probo apenas opusiera resistencia. Sin embargo, se dice 2
que Probo le escribió varias cartas en las que se

[13] Galerías en las que se habilitaban las escuelas.

mostraba clemente con él y que le prometió el perdón, pero que los soldados que habían estado con él no se lo creyeron. Finalmente, tras haber sido si- 3
tiado en un fuerte, fue asesinado por los soldados que había enviado Probo, contraviniendo su voluntad.

Resulta pesado exponer los detalles insustancia- 4
les, uno por uno, e importuno decir cuál fue su estatura, su constitución corporal, su atractivo y qué es lo que comía y bebía. Sean otros los que relaten estos pormenores que no tienen casi ninguna utilidad para proponerlos como ejemplo. Nosotros retomemos el hilo de aquello que aún nos queda por exponer.

12 La patria de Próculo fue Albingauno [14], ciudad situada en los Alpes que lindan con el litoral. Era de familia noble, aunque sus antepasados se dedicaban al pillaje y, por este motivo, era bastante rico en ganados y esclavos y en otros bienes que él mis-
mo había robado. Se dice, en fin, que armó dos mil 2
esclavos suyos en la época en que se apoderó del
imperio. Su esposa, que le impulsó a semejante lo- 3
cura, era una mujer de carácter varonil, llamado Samso, nombre que la impusieron más tarde en sus-
titución del antiguo de Vitúriga. Su hijo era Here- 4
niano, al que, si hubiera llegado a cumplir los cinco años, le habría enriquecido, como él decía, con
el imperio. Un hombre, lo cual no se puede negar... 5
y muy valiente, que estaba habituado a tomar parte en actos de piratería y que, no obstante, vivió entregado a las armas. En efecto, estuvo al frente de muchas legiones como tribuno y realizó actos he-
róicos. Y, puesto que los actos insignificantes son 6
también agradables y ofrecen cierto encanto cuando se leen, no hay que silenciar un hecho del que se gloría él personalmente en una carta suya que yo

[14] La moderna Albenga a 50 millas aproximadamente al Suroeste de Génova.

prefiero incluir aquí, en lugar de hablar extensamente sobre ella. «Próculo a su pariente Meciano, 7
salud. He capturado a los sármatas cien vírgenes. He desflorado a diez en una sola noche, pero a todas ellas las hice mujeres en el plazo de quince días, pues tenía potencia sexual para ello»».— Como ves, 8
se gloría de una acción torpe y bastante lasciva y cree que se le incluirá entre los hombres fuertes, si se encallece multiplicando los crímenes.

13 Este hombre, aún cuando después de haber conseguido los honores militares se conducía de forma obscena y desenfrenada, pero con valentía, a instancias de los lionenses que se consideraban gravemente humillados por Aureliano y que temían intensísimamente a Probo, fue proclamado emperador en una especie de chanza o de juego que recuerda Onésimo [15], pero que no he encontrado en ningún otro autor. En efecto, un día que jugaba al 2
juego de los ladrones [16] en un banquete y le tocó por diez veces consecutivas hacer de emperador, un bufón que era bastante conocido le dijo: «Yo te saludo, Augusto» y tomando un paño de lana de color de púrpura le cubrió los hombros y le adoró; a partir de aquel momento, los cómplices del acto empezaron a temer y consiguientemente trataron de seducir al ejército y de obtener el trono para Próculo. No obstante, Próculo les fue muy útil a los 3
galos, porque derrotó, no sin alcanzar un gran prestigio, a los alamanos que aún se llamaban germanos, a pesar de que luchó siempre con la estrategia de un bandolero. Pero Probo le derrotó y le quitó 4
la vida tras hacerle huir hasta las tierras más lejanas, y cuando se disponía a pedir ayuda a los francos, de los que él decía que derivaba su origen, fueron

[15] Autor de una vida de Probo, según 14,4 y *Caro*, 4,2.

[16] Se trata del *ludus latrunculorum* al que se jugaba sobre una plancha llamada *Tabula latruncularia*, que tenía cierto parecido con nuestro juego de damas.

los mismos francos los que le traicionaron, pues en
ellos es un hábito romper el juramento de fidelidad
con la sonrisa entre los labios. Sus descendientes vi- 5
ven todavía hoy con los albigaunos y suelen decir
en bromas que a ellos no les gusta ser ni empera-
dores ni ladrones.

Éstas son las cosas dignas de mención que re- 6
cuerdo haber llegado a saber sobre Próculo. Pase-
mos a Bonoso, sobre quien he redactado muchas
menos noticias aún.

14 Bonoso fue descendiente de una familia hispana,
britano de origen, aunque se madre era gala, e hijo,
como él mismo decía, de un profesor de retórica,
o como yo he descubierto por otros autores, de un
profesor de literatura. Perdió a su padre cuando era
aún un niño, habiendo sido educado después por
su madre, que era muy enérgica, ya no aprendió
nada de literatura. Sirvió primero en el ejército 2
como soldado en una legión, después entre los ca-
balleros; a continuación ostentó el grado de centu-
rión, desempeñó distintos tribunados, fue jefe de la
frontera de Recia y bebía más que ningún otro
hombre. Aureliano decía muchas veces de él: «Ha 3
nacido para beber, no para vivir»[17]. Con todo, le
mantuvo en su estima durante mucho tiempo por
el servicio que le prestaba. En efecto, si alguna vez 4
llegaban bárbaros desde cualquier parte del mun-
do, se les invitaba a beber, para embriagarlos y ad-
quirir información de todos sus planes, valiéndose
del vino para ello. Pero él, por mucho que bebiera,
se mantenía sereno y despejado y, según dice Oné-
simo, autor de la vida de Probo, se mostraba más
sagaz cuando había bebido. Tenía además la ven- 5
taja admirable de que meaba cuanto bebía y de que
nunca su pecho, su vientre o su vejiga sintieran ma-
lestar.

15 Este mismo hombre, como en cierta ocasión los

[17] Juego de palabras: *uiuere* «vivir» *bibere* «beber».

germanos incendiaron unas naves de crucero que tenían los romanos en el Rin, ante el temor de que tendría que sufrir algunas penas por ello, se apoderó del trono y lo conservó en su poder más tiempo de lo que merecía. Al fin, después de haber 2 sido derrotado por Probo tras una dura y larga batalla, puso fin a su vida con un lazo, por lo que se difundió un chascarrillo que decía que lo que colgaba era una ánfora, no un hombre.

Dejó dos hijos, a los que Probo otorgó el per- 3 dón, manteniendo también en su aprecio a la esposa de aquél, a la que concedió una pensión hasta su muerte. Se dice, en efecto, como también decía mi 4 abuelo, que ésta fue una mujer de una ejemplaridad singular y de familia noble, aunque de raza gala. Aureliano se la había concedido a Bonoso como esposa, para conocer por él todos los proyectos de los galos, pues era una doncella de estirpe real. Se conserva una carta escrita al legado de 5 las Tracias sobre esta boda y sobre los regalos que Aureliano ordenó que con motivo de ella se le dieran al general Bonoso, carta que he incluido aquí: 6 «Aureliano Augusto a Galonio Avito, salud. Te he dado las órdenes oportunas, en una carta anterior, para que distribuyas en Perinto a las jovenes de la aristocracia goda y he decretado para ellas determinadas asignaciones, no para una a una por separado, sino para que coman simultáneamente en grupos de siete, pues si la reciben una a una, resulta insuficiente y el Estado gasta excesivamente. Sin 7 embargo, puesto que he determiando que Hunila sea entregada en matrimonio a Bonoso, le darás a él también, de acuerdo con el breve documento que adjunto, todo lo que he prescrito y harás celebrar sus bodas con dinero procedente del Estado».

Ésta era la lista de regalos: dos túnicas paliola- 8 das [18] de color de jacinto y al cincuenta por ciento

[18] La túnica paliolada *(túnica palliolata)* era una prenda que reunía

de seda, una túnica en la misma proporción de seda con bandas de oro y de una libra de peso, dos túnicas interiores con dos bandas de color y otras cosas que cuadran a una mujer casada. A él mismo le darás cien Filipeos de oro, mil Antoninianos de plata y diez mil sestercios de cobre».

Éstas son las cosas que yo recuerdo haber leído 9
sobre Bonoso. En realidad, también yo podía haber omitido la vida de estos usurpadores sobre los que nadie quería investigar; no obstante, para no faltar un ápice a la verdad, he procurado también dar a conocer las noticias que yo había adquirido
sobre ellos. Pero aún me quedan Caro, Carino y 10
Numeriano, pues Diocleciano y sus sucesores deben ser biografiados en un estilo más elevado.

---

las características de la *túnica* y del *pallium* (cf. Adriano, 22,4, n. 96), lo que los gramáticos llamaban *tunicopallium*, nombre acuñado para indicar la naturaleza especial del vestido llamado *palla*, pues la parte superior del ropaje que formaba la toga de ceremonia de las damas ricas, actores, músicos, etc. *(palla)* se colocaba imitando un pequeño manto *(palliolum)* colocando sobre las espaldas y el pecho, en lugar de sobre la cabeza.

30. CARO, CARINO Y NUMERIANO

(Flavio Vopisco Siracusano)

1 La muerte de Probo[1] demuestra suficientemente que la república es gobernada por el destino y que por él es encumbrada a lo más alto o reducida a las condiciones más deplorables. En efecto, después 2
de que soportó casi todos los sufrimientos que la naturaleza humana soporta en la vida de un hombre, tras haber sido dirigida a lo largo de los tiempos por distintas conmociones que unas veces la debilitaban y otras la reanimaban, cambiando a causa de alguna tempestad o de algún acontecimiento favorable, parecía que después de tan variados males iba a permanecer ya segura y en perpétua felicidad al acabar el gobierno de Aureliano[2], príncipe severo, cuando Probo moderaba las leyes y goberanda el timón del Estado ateniéndose a la voluntad del pueblo y del senado. Pero, cuando los sôldados ati- 3
zados por el destino quitaron de en medio a este príncipe, una gran catástrofe similar a un naufragio o a un incendio redujo los deseos del pueblo a una desesperación tal, que todos temían a los Domicianos, Vitelios y Nerones. En efecto, el carácter ve- 4
leidoso de un emperador provoca más temor que esperanza, sobre todo en aquella república que,

---

[1] Ultimo rey de Roma, entre el 534-509.

[2] Rey del Epiro al que Tarento pidió ayuda para defenderse de Roma. Tras varias victorias sobre los romanos, sufrió en el año 275 un gran descalabro en Benevento.

desgarrada por recientes heridas, ha deplorado la
cautividad a que le sometió Valeriano y la disolu-
ción de Galieno, soportando el caos a que dieron
lugar cerca de treinta tiranos que reivindicaban cada
uno para sí los miembros despedazados de sus pro-
pios compatriotas.

2 Efectivamente, si pretendemos recordar los cam-
bios que la república romana ha experimentado
desde que se fundó la ciudad de Roma, constatare-
mos que ninguna otra alcanzó más brillo bajo el go-
bierno de príncipes bondadosos, ni padeció tanto
por el gobierno de los malos. Y, para comenzar por 2
Rómulo, verdadero padre y fundador de la repú-
blica, ¿cuál fue la felicidad de aquél que fundó, con-
solidó e hizo poderosa a la república y que dejó
una Ciudad perfecta, como no hizo ningún otro
fundador? Después, ¿qué diré de Numa que pro- 3
tegió con la coraza de las instituciones religiosas a
una Ciudad que rugía con las guerras y que se veía
abrumada por los triunfos? Y así continuó flore- 4
ciendo nuestra patria hasta los tiempos de Tarqui-
nio el Soberbio; pero, tras soportar la adversidad
como consecuencia del carácter de este rey, se ven-
gó a sí misma, no sin una imponente destrucción. 5
Después adquirió mayor prestigio hasta la época de
la confrontación con los galos; pero, sumergida en
una especie de naufragio, cuando fue capturada
toda la Ciudad excepto la fortaleza, experimentó
entonces un castigo casi superior al éxito de que se
ensoberbecía. Volvió a recobrar su integridad, pero 6
se vio abrumada por el peso de las guerras púnicas
y por el espanto suscitado por Pirro hasta tal pun-
to, que llegó a sentir los mismos sufrimientos de
los mortales por el temor que prendió en sus entra-
ñas.

3 Después de la victoria sobre Cartago y de exten-
der su imperio más allá del mar, se hizo más po-
derosa, pero, debilitada a causa de las guerras civi-
les y apagada la sensación de felicidad de que dis-

frutaba, envejeció extenuada por las discordias civiles hasta el reinado de Augusto. Después fue restaurada por Augusto, si se puede llamar restauración a la destrucción de la libertad. Pero en cual- 2
quier caso, aunque fue desdichada en el interior, floreció entre los pueblos extranjeros. A continuación, tras soportar un buen número de Nerones, levantó la cabeza gracias al gobierno de Vespasiano. 3
Y no habiendo disfrutado de la felicidad plena del reinado de Tito, después de haber sido lastimada por la crueldad de Domiciano, pero siendo más afortunada que de costumbre durante los reinados de Nerva y Trajano hasta el advenimiento de Marco Aurelio, se vio atormentada por la locura y crueldad de Cómodo. Después de esto, no experi- 4
mentó ningún otro bien salvo el de la solicitud de Severo hasta que reinó Alejandro, el hijo de Mamea. Es muy pesado narrar todas las vicisitudes que 5
siguen después: en efecto, no pudo aprovecharse del principado de Valeriano y tuvo que soportar el de Galieno durante quince años. La fortuna, propi- 6
cia siempre al cambio y enemiga permanente de la justicia, privó a Claudio de un largo reinado. De tal ma- 7
nera se llevó a cabo el asesinato de Aureliano, la aniquilación de Tácito y la matanza de Probo, que se constata que nada es tan grato a la fortuna como transformar los planes que afectan a la administración del Estado, mediante diversos acontecimientos. Pero ¿con qué objeto nos entretenemos en ta- 8
les quejas y en las vicisitudes de las distintas épocas? Pasemos a Caro, un hombre de cualidades intermedias, por así decirlo, y que debe ser catalogado más bien entre los príncipes buenos que entre los malos, y que hubiera sido mucho mejor aún, si no hubiera dejado a Carino por heredero.

4 La mayoría de los autores hablan de la patria de Caro con tanta ambigüedad, que no puedo decir, ante un cúmulo tan grande de opiniones, cuál de ellas es la verdadera. Efectivamente, Onésimo, que 2

escribió con muchísimo detalle la biografía de Pro-
bo, defiende que Caro nació y fue educado en
Roma, pero que sus padres eran de Iliria. En cam- 3
bio, Fabio Ceriliano [3] que describió con gran ha-
bilidad la época de Caro, Carino y Numeriano, ase-
gura que no nació en Roma, sino en la Iliria y que
sus padres no eran de Panonia sino cartagineses. Yo 4
recuerdo haber leído en unas efemérides que Caro
había venido al mundo en Milán, pero que había
sido inscrito en el registro de la Curia de la ciudad
de Aquileya. Él mismo deseó que le consideraran ro- 5
mano, dato que es imposible negar, como lo revela
una carta que siendo procónsul envió a su lugarte-
niente, exhortándole a ejercer sus honrosos debe-
res.

Carta de Caro: «Marco Aurelio Caro, procónsul 6
de Cilicia, a Junio su lugarteniente. Los príncipes
romanos que nos precedieron, a la hora de elegir a
sus lugartenientes, tuvieron la costumbre de ofre-
cer una muestra de sus propias virtudes por medio
de aquéllos a los que confiaban el gobierno del Es-
tado. En lo que a mí respecta, empero, aunque no 7
hubiera sido así, no habría actuado de otro modo.
En efecto, no he actuado de otro modo y no que-
daré defraudado si tú me ayudas. Procura, por tan-
to, que no discrepemos de nuestros antepasados, es
decir, de los ciudadanos romanos». Ya ves, por el
sentido de toda la carta, que él desea que sus ante-
pasados sean considerados romanos.

5 Y también un discurso suyo dirigido al senado
muestra la misma presunción sobre su linaje. En
efecto, tan pronto como fue elegido emperador, es-
cribió lo que sigue al senado, entre otras cosas: 2
«Hay que alegrarse pues, padres conscriptos, por-
que ha sido nombrado emperador un miembro de
vuestro estamento y de vuestra raza. Esforcémo-

[3] Escritor desconocido.

nos, por tanto, en no permitir que se crea que son mejores los extranjeros que vuestros compatriotas». 3
También en este pasaje se ve con bastante claridad que él quería que le considerasen romano, es decir, originario de Roma.

Así, pues, después de que fue elegido por Probo 4
prefecto del Pretorio, tras ocupar distintos grados de la vida civil y militar, como atestiguan las inscripciones de sus estatuas, logró que los soldados le tuvieran tanto afecto que, una vez asesinado un príncipe tan grande como Probo, a todos les pareció que no había otro candidato más digno del trono que él.

6 No se me oculta que la mayor parte de los escritores sospechan que Probo fue eliminado por una facción partidaria de Caro y que así lo han constatado ellos en los fastos [4]; pero ni la conducta de Probo hacia Caro, ni las costumbres de Caro permiten que se crea su versión, ya que además éste vengó la muerte de Probo con extraordinaria crueldad y pertinacia. Y, respecto a la opinión que Pro- 2
bo tenía de Caro, una buena muestra es esta carta que aquél dirigió al senado sobre los honores que le tributó:

«Probo Augusto saluda al senado, al que ama sobre manera»: Y, entre otras cosas, continuaba: «Nuestra patria sería dichosa, si tuviera en los cargos públicos a muchos como Caro o como la mayor parte de vosotros. Por ello pienso que, si os pa- 3
rece bien, debe decretarse para un hombre que observa las costumbres ancestrales una estatua ecuestre, añadiendo la petición de que se le construya un palacio a expensas públicas, con distintos tipos de

[4] Los fastos designaban originariamente los días aptos (de *fas* «lícito») para tratar asuntos judiciales y civiles; pero el término indica también el mismo calendario en su conjunto, así como las listas de los magistrados, de triunfos, etc., y los comentarios o crónicas de distintos hechos.

mármol que yo traeré de una cantera. Porque conviene que recompensemos la integridad de un hombre como éste», etc.

7 Pero, para no añadir todo tipo de nimiedades y de pormenores que se pueden encontrar en otros autores, diré que, tan pronto como asumió el imperio, con el consentimiento general del ejército, confirió a sus hijos el título de Césares y luego comenzó la guerra contra los persas, que preparaba Probo, adoptando la siguiente estrategia: destinar a Carino a la Galias para que las defendiera con tropas de las más selectas, mientras que él se llevaba a Numeriano, joven muy distinguido y de extraordinaria elocuencia. Y, por cierto, dicen que repetía 2
con frecuencia que era un desdichado por haber enviado a las Galias como príncipe a Carino y porque Numeriano aún no había alcanzado la edad adecuada para poderle confiar el imperio galo, cuyo gobierno reclamaba un príncipe de una firmeza excepcional. Pero reservaremos estos pormenores para otra ocasión. En efecto, existe también una 3
carta de Caro en la que se lamenta ante su prefecto de las costumbres de Carino, con lo que se confirma la veracidad de la afirmación de Onésimo cuando dice que Caro tuvo la intención de arrebatar a Carino el poder que tenía como César. Pero, como 4
ya hemos dicho, hablaremos de esto en otro momento en la biografía del mismo Carino [5]. Ahora volvamos al hilo del relato.

8 Después de haber acabado en gran parte la guerra que mantenía con los sármatas, merced a los grandes dispositivos bélicos y al conjunto de tropas que había alistado Probo, dirigiéndose contra los persas, se apoderó de Mesopotamia sin que ningún enemigo le saliera al paso, llegó hasta la ciudad de Ctesifonte y, como los persas se hallaban absorbi-

absortos

[5] Cf. 17,6.

dos por una rebelión intestina, consiguió le otor-
garan el título de emperador de Persia. Pero, al ha- 2
ber penetrado más de lo debido en el país, movido
por el deseo de gloria y, aún más, por las instan-
cias de su prefecto quien, deseando obtener el po-
der, buscaba su destrucción y la de sus hijos, mu-
rió abatido por una enfermedad, según unos, o ful-
minado por un rayo, según otros. No puede negar- 3
se que en el momento de su muerte se produjeron
tantos truenos que, según cuentan, muchas perso-
nas murieron presas de terror. Según esta versión,
cuando yacía postrado en su tienda por una enfer-
medad, perdió la vida al desencadenarse una vio-
lenta tempestad acompañada de grandes relámpa-
gos y de truenos aún más espantosos, como ya di-
jimos. Su secretario Julio Calpurnio entregó esta 4
carta sobre la muerte de Caro al prefecto de la Ciu-
dad. Entre otras cosas, decía: «Cuando Caro, nues- 5
tro príncipe realmente Caro [6], se hallaba enfermo,
surgió inesperadamente un temporal que produjo
una tormenta tan grande que todo quedó oscure-
cido y nadie se reconocía entre sí; a continuación,
una vibración continua de centellas y truenos, si-
milar a la de los destellos de una estrella encendida
nos privó a todos nosotros de conocer lo que pa-
saba. En efecto, súbitamente, pero de un modo es- 6
pecial después de aquél trueno que había ocasiona-
do el terror general, surgió un griterío unánime
anunciando la muerte del emperador. A estos he- 7
chos, se sumó la circunstancia de que los ayudas de
cámara de Caro, afligidos por su muerte, incendia-
ron su tienda. Por esto rápidamente surgió el ru-
mor de que el emperador había sido fulminado por
un rayo cuando, por lo que podemos saber, hay
constancia de que pereció por una enfermedad».

9 He insertado aquí esta carta porque la mayor

[6] Juego de palabras: *Carus* «Caro» (nombre propio) *carus* «querido» (adjetivo).

parte de los autores dicen que existe un decreto del destino, según el cual ningún emperador romano puede pasar más allá de Ctesifonte, y que, precisamente por ello, Caro fue fulminado por un rayo cuando pretendía traspasar aquellos límites que habían sido fijados por el destino. Pero dejemos que 2
la cobardía, a la que hay que aplastar a base de valor, mantenga sus artilugios. Es y será lícito desde 3
luego, (y así lo ha probado nuestro sacratísimo César Maximiano) vencer a los persas y traspasar sus fronteras, y pienso que esto ocurrirá algún día, si los nuestros no descuidan la protección que la divinidad les ha prometido.

Hay muchos hechos que demuestran que Caro 4
fue un buen príncipe, entre ellos esta maniobra que utilizó con los sármatas: apenas conseguida la dignidad imperial, cuando los sármatas se mostraban tan audaces ante la muerte de Probo que amenazaban invadir no sólo el Ilírico, sino incluso las Tracias e Italia, los debilitó con tanta habilidad aislando los combates, que en muy pocos días pudo obsequiar con una seguridad absoluta a las Panonias, después de haber dado muerte a dieciseis mil sármatas y haber capturado a diez mil prisioneros de ambos sexos.

10 Creo que esto es suficiente sobre Caro. Pasemos a Numeriano. Su biografía está más unida a su padre que la de Carino y se hizo más célebre, al parecer, por el crimen de su suegro. Y, aunque Carino fue mayor en edad y recibió el título de César antes que Numeriano, es necesario, no obstante, que hablemos primero de éste que murió después de su padre, y a continuación de Carino, a quien un hombre providencial para la república como Diocleciano Augusto le quitó la vida después de haber mantenido diversos combates con él.

11 Numeriano [7], hijo de Caro, poseyó virtudes ex-

[7] Su nombre completo era M. Aurelio Numeriano Augusto.

cepcionales y fue realmente digno del trono, destacando también por su elocuencia hasta tal punto que, ya de niño, declamó en público y aún circulan obras célebres compuestas por él, aunque más ajustadas al género declamatorio que al estilo ciceroniano. Por otra parte, se dice que fue tan hábil en 2
la versificación que superó en este arte a todos los poetas de su tiempo. En efecto, no sólamente compitió con Olimpio Nemesiano [8], que escribió tratados de piscicultura, de cinegética y navegación y que se hizo famoso porque dominaba todos los recursos estilísticos, sino que también, cuando se publicaron las cosas que había recitado en público, eclipsó como con un rayo de sol al poeta satírico Aurelio Apolinar, que había escrito las gestas de su padre. Dicen que el discurso que envió al senado era 3
tan elocuente que esta asamblea le decretó una estatua, no en calidad de César sino de retórico, para que la emplazaran en la biblioteca Ulpia con la siguiente inscripción: «Al César Numeriano, el más prestigioso orador de su tiempo».

12 Numeriano acompañó a su padre en la guerra contra los partos. A la muerte de éste, aprovechando la circunstancia de que había comenzado a padecer una afección ocular, un tipo de dolencia que fue habitual en él por estar agotado debido a su excesivo insomnio, y cuando era transportado en una litera, fue asesinado por los partidarios de su suegro Apro, que intentaba apoderarse del trono. 2
Pero, cuando los soldados preguntaban un día y otro por la salud del emperador y se descubrió la verdad por el hedor del cadáver, en contra de las afirmaciones de Apro que proclamaba públicamente que no se le podía ver porque debía proteger sus ojos enfermos del viento y del sol, todos se lanza-

[8] M. Aureliano Olimpio Nemesiano. Se conservan cuatro églogas en las que imita a Virgilio y unos fragmentos de un poema didáctico titulado *Cynegetica*.

ron contra Apro, cuya artimaña no pudo permanecer oculta, y le arrastraron hasta las banderas del cuartel general. A continuación se celebró una concurridísima asamblea y se construyó un tribunal.
13 Y, cuando se preguntaban unos y otros a quién debería confiarse, por ser el más digno, la venganza de Numeriano y quién debería ser elegido príncipe de la república por sus buenas cualidades, todos con extraordinaria unanimidad nombraron Augusto a Diocleciano [9], a quien decían que se le habían dado ya muchos presagios del imperio, en aquel momento comandante de la guardia de corps, un hombre insigne, hábil, fiel a la república, amante de los suyos y convenientemente dispuesto a lo que cada circunstancia exigía, que mantenía siempre elevados designios y a veces mostraba un rostro insensible, aunque reprimía los impulsos de su turbulento corazón con prudencia y gran firmeza. 2
Después de que subió al tribunal y recibió el título de Augusto, cuando le preguntaban cómo había sido asesinado Numeriano, desenvainando su espada y apuntando al prefecto del Pretorio Apro, le atravesó con ella agregando estas palabras: «Éste es el autor de la muerte de Numeriano». De esta manera Apro, que vivía una vida vergonzosa y albergaba horribles proyectos, tuvo el fin que merecía por sus costumbres. Mi abuelo me contó que asis- 3
tió a la asamblea en la cual Apro fue asesinado a manos de Diocleciano; y decía que la frase que pronunció Diocleciano al herir a Apro fue: «Gloríate, Apro»,

«Caes bajo la diestra del gran Eneas»[10].

frase que yo me extraño de que la pronunciara un 4
militar, aunque sé a ciencia cierta que hay un gran número de militares que utilizan expresiones en

[9] Se trata de C. Aurelio Diocleciano Augusto, emperador de 284 a 305.

[10] Virgilio, *Aen.*, X,830.

griego o latín de comediógrafos u otros poetas semejantes. En fin, hasta los mismos cómicos en muchas ocasiones introducen soldados en escena 5
haciéndoles decir proverbios antiguos. Por ejemplo, «Tú también comes liebre, pero reclamas pulpamento» [11], es también un proverbio de Livio Andronico [12], y así otros muchos que consagraron Plauto y Cecilio.

14 No considero que sea indiscreto ni demasiado vulgar relatar una anécdota sobre Diocleciano Augusto, que cuadra a este lugar y que constituyó para él un presagio del imperio. —Mi abuelo me dijo que la había conocido por boca del propio Diocleciano—. «En una ocasión en que éste», decía mi 2
abuelo, «se detuvo algún tiempo en una posada de la Galia en la región de los tungros, cuando aún militaba en los grados más inferiores del ejército y echaba las cuentas con una Druida de los víveres que había comido cada día, y ésta le decía: «Diocleciano, eres demasiado avaro y demasiado ahorrativo», Diocleciano, según se dice, la respondió, no en serio, sino en broma: «Ya seré generoso cuando llegue a emperador». Y, al escuchar estas palabras, 3
dicen que la Druida exclamó: «Diocleciano, no pretendas mofarte, pues serás emperador cuando hayas dado muerte a Apro» [13].

15 Diocleciano mantuvo siempre en su espíritu el deseo del trono y de ello era consciente Maximiano y mi abuelo, al que él personalmente le refirió las palabras que le había dicho la Druida. Pero como era astuto, se lo tomó a risa y guardó silencio. No obstante, mató siempre los jabalíes con su 2

---

[11] *Pulpamentum*, nombre con el que se designaban trozos de carne o pescado o determinados platos de carne guisada.

[12] La frase es de Terencio, *Eun.*, 426, aunque es posible que remonte a Livio Andronico, el primer poeta romano (280-204).

[13] Frase con doble sentido, pues *aper* significa «jabalí» y *aper* «apro», nombre propio.

propia mano en las cacerías, cuando se le presentó
oportunidad de hacerlo. En fin, como Aureliano, 3
Probo, Tácito y el propio Caro alcanzaron sucesivamente el trono, Diocleciano exclamó: «Yo siempre mato jabalíes, pero otro se come la carne». Por 4
lo demás, es conocida y está suficientemente divulgada la frase que pronunció, según cuentan, cuando mató al prefecto del Pretorio: «Al fin he dado
muerte al Apro, señalado por el destino». Mi abue- 5
lo también decía que Diocleciano había afirmado que su único propósito, al dar la muerte a aquel hombre con su propia mano, había sido el de cumplir la predicción de la Druida y asegurarse el trono. Efectivamente, él no hubiera deseado mostrar- 6
se tan cruel, sobre todo en los primeros años de su reinado, si la necesidad no le hubiera arrastrado a cometer aquel atroz asesinato.

16 Ya he hablado de Caro y de Numeriano; pero aún me falta hablar de Carino, el más impuro de los hombres, adúltero; y corruptor pertinaz de la juventud, quien además hizo mal uso de los placeres
de su propio sexo. Éste, cuando ejercía el poder 2
concerniente a un César, tras haberle sido confiados por un decreto las Galias, Italia, el Ilírico, las Hispanias, las Bretañas y el África, donde su padre le había dejado con dicho título, pero con la condición de desempeñar todas las funciones que correspondían a un Augusto, se mancilló con vicios desmesurados cayendo en una gigantesca de-
gradación, alejó a los amigos más virtuosos, eligió 3
y mantuvo a su lado a los más malvados e hizo prefecto de la Ciudad a uno de sus ujieres [14], la acción más abdominable que jamás pudo pensarse o de-
cirse. Mató a su prefecto del Pretorio; en su lugar 4 5
nombró a un antiguo alcahuete llamado Macronia-

[14] Traducción de *unum ex cancellariis suis,* pues el *cancellarius* era un oficial que montaba la guardia ante la tienda del emperador o de su dormitorio, cuyo acceso estaba protegido por un enrejado *(cancelli).*

no, uno de sus secretarios al que había tenido siem-
pre como cómplice y colaborador de sus estupros
y placeres. Se presentó en público como cónsul, 6
contraviniendo la voluntad de su padre. Escribió al
senado cartas arrogantes. Prometió los bienes de los
senadores al populacho de la ciudad de Roma,
como si se tratara del pueblo romano. Tomó a nue- 7
ve mujeres como esposas tras sucesivos matrimo-
nios y divorcios, repudiando a la mayor parte de
ellas cuando se hallaban preñadas. Llenó el Palacio
de actores de baja estofa, meretrices, pantomi-
mos [15], cantores y alcahuetes. Sentía tal hastio de 8
firmar documentos, que encomendó esta tarea a un
hombre degradado con el que gastaba siempre bro-
mas al mediodía, y al que reprochaba en muchas
ocasiones que imitara correctamente su firma.

17 Llevaba piedras preciosas en sus zapatos. No
usaba broches que no estuvieran adornados con
perlas y su tahalí también muchas veces estaba
guarnecido de pedrería. En fin, la mayor parte de
los ilírios le daban el título de rey. Nunca salía a 2
recibir a los prefectos ni a los cónsules. Otorgó mu-
chos honores a hombres perversos y los invitaba
habitualmente a sus festines. En ellos ofrecía con 3
frecuencia cien libras de aves, cien libras de peces
y mil libras de carne variada. Hacía servir grandes
cantidades de vino. Nadaba entre frutas y melones.
Alfombraba sus triclinios y sus dormitorios con ro-
sas de Milán. Tomaba baños fríos, a la temperatura 4
que suelen estar las habitaciones de los sótanos,
pues los tomaba en cámaras refrigeradas constante-
mente con nieve. Una vez, cuando llegó durante la 5
estación invernal a un lugar en el que había un ma-
nantial del que solía manar de forma natural du-
rante el invierno agua muy tibia y se bañó en una

[15] Actores parecidos a nuestros bailarines de ballet. Utilizaban más-
caras y representaban historias amorosas y mitológicas, escandalizando
con sus procacidades.

piscina utilizando aquel agua, dicen que comentó a
los bañeros: «Me habéis preparado un baño propio
de mujeres», y se dice que esta frase fue la más fa-
mosa que pronunció. Su padre, cuando recibía no- 6
ticias de las cosas que hacía, exclamaba: «Éste no
es mi hijo». En fin, había decidido dar muerte a
su padre, según dice Onésimo, y elegir para que le
sustituyera a Constancio [16], que entonces se ocu-
paba del gobierno de la Dalmacia y después fue
nombrado César, porque no había en aquellos mo-
mentos, al parecer, ningún hombre más virtuoso
que él. Resultaría prolijo que yo pretendiera ofre- 7
cer muchas noticias sobre su lujuria. El que desee co-
nocer su vida en detalle que lea también a Fulvio
Aspriano que expone la totalidad de sus ademanes
hasta llegar a aburrir.

18 Cuando Carino supo que su padre había sido ful-
minado por un rayo, que su hermano había sido eli-
minado por su suegro y que Diocleciano había sido
elegido emperador, exhibió mayores vicios y come-
tió delitos más graves, como si la muerte de los su-
yos le hubiera liberado de los frenos que le impo-
nía el respeto hacia su familia. Sin embargo, no le 2
faltó coraje a su espíritu para reivindicar el trono,
pues luchó contra Diocleciano en numerosos com-
bates, pero cayó vencido en la última batalla en la
que se enfrentaron cerca de Margo [17].

Éste fue el fin que tuvieron estos tres príncipes, 3
Caro, Numeriano y Carino. Después de ellos, los
dioses nos otorgaron a Diocleciano y a Maximiano,
y, junto a tan ilustres personalidades, a Galerio y
Constancio, de los que el uno nació para borrar la
ignominia que supuso el cautiverio de Valeriano y
el otro para someter de nuevo a las Galias a las le-
yes de Roma. Ciertamente, estos cuatro caudillos 4
del mundo fueron aguerridos, sabios, benignos y

---

[16] Es decir, Constancio Cloro o Constancio I.
[17] La actual Moravia.

muy generosos, de idénticas ideas políticas, sumamente respetuosos con el senado romano, mesurados, amigos del pueblo, muy piadosos, ponderados, religiosos y príncipes como los que hemos suplicado. Claudio Eustenio, que fue secretario de 5
Diocleciano, escribió sus biografías dedicando a cada una de ellas un libro, detalle que he reseñado aquí para que nadie me exija una tarea tan árdua, máxime cuando no se puede narrar la vida de los príncipes que aún viven, sin exponerse a la censura.

19 El reinado de Caro, Carino y Numeriano tuvo como hecho más memorable la concesión al pueblo romano de unos juegos realzados con nuevos espectáculos, que hemos contemplado en unas pinturas de Palacio cerca del pórtico de las caballerizas. En efecto, se exhibió un funambulista que se 2
movía con sus coturnos como sostenido por el viento, un escalador de muros que corrió por una pared eludiendo a un oso, y otros osos representando un mimo, a cien trompetistas tocando al unísono, a cien tañedores de cuernos, a cien flautistas de los que acompañan los coros y a otros cien de los que celebran los combates píticos, a mil pantomimos y gimnastas y, además, un teatro móvil cuya escena se consumió por las llamas y que Diocleciano después reconstruyó con mayor suntuosidad. Hizo venir a actores de mimos de todas las 3
partes. Ofreció también los juegos Sarmáticos, que superan en diversión a todos los demás. Ofreció una representación alusiva a los Cíclopes [18]. Se concedieron regalos en oro y plata a los artistas griegos, a los gimnastas, a los actores y a los músicos, y se les regaló también vestidos de seda.

20 Pero, aunque todas estas cosas tienen una insospechada aceptación ante el pueblo, no tienen valor alguno ante los príncipes buenos. En fin, corre en- 2

[18] Cf. *Firmo*, n. 5.

tre la gente una frase que Diocleciano pronunció cuando uno de sus tesoreros elogiaba el espectáculo de Caro diciendo que aquellos emperadores habían sido muy grandes debido a las representaciones teatrales y circenses que habían procurado: «Por ese motivo», dijo aquél, «con razón Caro ha sido motivo de risa en su propio reinado». En fin, 3
aunque Diocleciano ofreció unos espectáculos a los que invitó a asistir a todos los pueblos, fue muy remiso en su liberalidad, alegando que era conveniente que los juegos fueran más decorosos cuando a ellos asistía algún censor.

Ojalá lea este pasaje Junio Mesala, a quien yo me 4
atrevo a censurar sin cortapisas. En efecto, él entregó sus bienes patrimoniales a unos comediantes y se los negó a sus herederos, entregando la túnica de su madre a una actriz y el manto de su padre a un pantomimo —y correctamente, si un actor trágico podía haber usado ya como disfraz trágico el manto de púrpura y oro de su abuela—. Todavía 5
se conserva escrito el nombre de la esposa de Mesala en el manto de púrpura violeta de un flautista que se ufana de dicha prenda como si se tratara de un despojo conquistado a la nobleza. Y, ¿para qué voy hablar de los vestidos de lino importados de Egipto? ¿para qué de los importados de Tiro y Sidón muy transparentes debido a su finura, brillantes por su púrpura y famosísimos por sus trabajosos bordados? Distribuyó como regalos capotes [19] impor- 6
tados del país de los atrabatos, de Canusio y de África, lujosas prendas que hasta entonces no se habían contemplado sobre la escena.

21 Por cierto, he publicado estos pormenores movido por el deseo de que el pudor invite a los futuros organizadores de espectáculos públicos a

[19] Los famosos *birri* de estos lugares, prendas que guardaban bien el calor (en relación con el griego πῦρ «fuego»).

no asignar sus patrimonios a pantomimos y maleantes en detrimento de sus legítimos herederos.

Acepta, amigo mío, este regalo que, como he re- 2
petido muchas veces, he dado a la luz pública no por su elocuencia, sino por su exactitud informativa, intentando sobre todo esto: que, si algún escritor elocuente desea contar las acciones de los emperadores, no tenga que buscar ya material para ello, pues podrá contar con mis libros como ins-
trumentos auxiliares de su elocuencia. Te ruego, 3
pues, que te sientas contento con mi regalo y que comprendas que yo he intentado escribir la obra lo mejor que me ha sido posible.

III. Índice de nombres

1. *Abreviaturas*

A = Adriano
AP = Antonino Pío
AS = Alejandro Severo
Aur = Aureliano
Av = Avidio Casio
C = Cómodo
Ca = Caro, Carino, Numeriano
Car = Caracalla
Cl = Claudio
ClA = Clodio Albino
D = Diadumeno
DJ = Didio Juliano
E = Elio
F = Firmo, Saturnino, Próculo y Bonoso
G = Galieno
Ge = Geta
Go = Gordianos
H = Heliogábalo
M = Maximinos
MA = Marco Aurelio
Max = Maximino y Balbino
Ma = Macrino
P = Pértinex
Pro = Probo
PN = Pescenio Nigro
SS = Septimio Severo
T = Tácito
TU = Treinta Usurpadores
V = Vero
Va = Valeriano

En el índice se recogen todos los nombres, salvo los de Roma, Ciudad (referido a Roma), Estado; los de tratamiento, como Clemencia; los de los títulos de Augusto/a, César y algunos otros. Los hemos castellanizado en general, exceptuando sólo aquéllos casos en los que hacerlo supondría violentar su forma, consagrada ya fuertemente por el uso, como en *Caracalla, Escitia, Ennio, Pértinax, Víndex* y algunos más. Hemos recurrido a la utilización del paréntesis para introducir en él elementos que permitan una mejor identificación del nombre a que se alude o para completar con él la forma de éste. Así mismo, se introducen en él las distintas referencias a títulos, sobrenombres, etc., mediante la abreviación *r.*, por ejemplo, (r. Aureliano) =«referido a Aureliano»). Téngase en cuenta, por último, que bajo el nombre de los emperadores se recogen las distintas denominaciones que éstos poseyeron.

2. *Indice*